
Igualdad

Edward Bellamy

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7931

Título: Igualdad

Autor: Edward Bellamy

Etiquetas: Novela

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 16 de enero de 2023

Fecha de modificación: 16 de enero de 2023

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Prefacio

Mirando Atrás era un libro pequeño y no fui capaz de entrar en todo lo que deseaba decir sobre el asunto. Desde que fue publicado, lo que se quedó fuera de él ha demostrado ser tanto más importante que lo que contenía, que me he visto obligado a escribir otro libro. He tomado la fecha de Mirando Atrás, el año 2000, como la de Igualdad, y he utilizado el marco de referencia del anterior relato como punto de partida para este que ahora ofrezco. Para que aquellos que no hayan leído Mirando Atrás no estén en desventaja, se adjunta una reseña de los aspectos esenciales:

En el año 1887, Julian West era un joven rico que vivía en Boston. Se iba a casar pronto con una joven de familia adinerada llamada Edith Bartlett, y mientras tanto vivía solo con su sirviente Sawyer en la mansión familiar. Como padecía de insomnio, había hecho construir una cámara de piedra bajo los cimientos de la casa, que usaba como dormitorio. Cuando incluso el silencio y el aislamiento de su retiro no conseguían hacerle conciliar el sueño, a veces llamaba a un hipnotizador profesional que le inducía el sueño mediante hipnosis, del que Sawyer sabía cómo despertarle en un momento determinado. Este hábito, así como la existencia de la cámara subterránea, eran secretos conocidos únicamente por Sawyer y el hipnotizador que le prestaba sus servicios. En la noche del 30 de mayo de 1887, West mandó llamar a este último, quien le indujo el sueño como de costumbre. El hipnotizador había informado previamente a su cliente de que tenía intención de irse de la ciudad para siempre esa misma noche, y le dio referencias de otros profesionales. Esa noche, la casa de Julian West se incendió y quedó completamente destruída. Se encontraron unos restos que fueron identificados como los de Sawyer y, aunque no apareció

vestigio de West, se asumió que ciertamente había perecido también.

Ciento trece años después, en septiembre de 2000, el Dr. Leete, un médico de Boston, jubilado, estaba llevando a cabo unas excavaciones en su jardín, para hacer los cimientos de un laboratorio privado, cuando los obreros se toparon con una masa de mampostería cubierta con cenizas y carbón vegetal. Al abrirla, una cripta, lujosamente acondicionada al estilo de un dormitorio del siglo diecinueve, fue hallada, y sobre la cama un cuerpo de un joven que parecía como si acabase de acostarse para dormir. Aunque árboles magníficos habían crecido por encima de la cripta, la inaudita conservación del cuerpo del joven tentó al Dr. Leete para tratar de devolverlo a la vida, y para su asombro, sus esfuerzos tuvieron éxito. El durmiente volvió a la vida, y, tras un breve tiempo, al completo vigor de la juventud que su apariencia había indicado. Su conmoción al saber lo que le había ocurrido fue tan grande como para haber puesto en peligro su cordura, de no haber sido por las habilidades médicas del Dr. Leete, y los no menos comprensivos servicios de los otros miembros de la familia, la esposa del doctor y Edith, su hermosa hija. Enseguida, sin embargo, el joven olvidó maravillarse de lo que le había sucedido ante su asombro al conocer las transformaciones sociales por las que había pasado el mundo mientras él yacía dormido. Paso a paso, casi como a un niño, sus anfitriones le explicaron a él, que no había conocido otro modo de vivir excepto el de la lucha por la existencia, lo que eran los sencillos principios de la cooperación nacional para la promoción del bienestar general sobre los cuales se asentaba la nueva civilización. Se enteró de que ya no había nadie que fuese o pudiese ser más rico o más pobre que los demás, sino que todos eran económicamente iguales. Se enteró de que ya nadie trabajaba para otro, ni por coacción ni por contrato, sino que todos por igual estaban al servicio de la nación trabajando para el fondo común, que todos compartían por igual, y que incluso la atención personal necesaria, como la de un médico,

era dada en lo que se refiere al estado como la de un cirujano militar. Todas estas maravillas, le explicaron, habían ocurrido con toda sencillez como resultado de reemplazar el capitalismo privado por el capitalismo público, y organizar la maquinaria de producción y distribución, como el gobierno político, como cuestiones de interés general que han de ser realizadas para el beneficio público en vez de para el lucro personal.

Pero, aunque hacía poco tiempo que el primer asombro del joven forastero ante las instituciones del nuevo mundo se había transformado en admiración entusiasta y estaba listo para admitir que la humanidad había aprendido por primera vez a vivir, pronto comenzó a quejarse por el destino que le había presentado ante el nuevo mundo únicamente para dejarle oprimido por un sentido de soledad sin esperanza, que todas las amabilidades de sus nuevos amigos no podían aliviar, sintiendo que, como debía ser, estaban dictadas únicamente por la compasión. Entonces fue cuando se enteró de que su experiencia había sido aún más maravillosa de lo que había supuesto. Edith Leete no era otra que la biznieta de Edith Bartlett, su prometida, quien, tras largo luto por su amor perdido, se había permitido al fin ser consolada. La narración de la trágica pérdida que había ensombrecido su juventud era una tradición familiar, y entre las reliquias familiares estaban las cartas de Julian West, junto con una fotografía que representaba un joven tan apuesto que Edith estaba ilógicamente inclinada a criticar a su bisabuela por haberse casado con otro. En cuanto al retrato del joven, ella lo conservaba sobre su tocador. Naturalmente, de esto resultó que la identidad del inquilino de la cámara subterránea había sido completamente conocida para sus rescatadores desde el momento del descubrimiento; pero Edith, por razones propias, había insistido en que él no debería saber quién era ella hasta que ella considerase adecuado decirselo. Cuando, en el momento oportuno, ella vio que era adecuado hacer tal cosa, no hubo más cuestión de soledad para el joven, ya que ¿cómo podría el destino

haber indicado de un modo más inconfundible que dos personas estuviesen hechas la una para la otra?

Estando ahora su copa de felicidad a rebosar, tuvo una experiencia en la cual pareció que se la arrebataban de los labios. Mientras dormía en su cama en casa del Dr. Leete, se vio agobiado por una horrenda pesadilla. Le pareció que abría sus ojos para encontrarse en su cama de la cámara subterránea donde el hipnotizador le había dejado dormido. Sawyer estaba completando los pases usados para despertarle de la influencia hipnótica. Mandó que le trajesen el periódico de la mañana, y leyó la fecha 31 de mayo de 1887. Entonces supo que todo este asunto maravilloso del año 2000, su mundo de hermanos, feliz, libre de preocupaciones, y la chica tan hermosa que había conocido allí no eran sino fragmentos de un sueño. Con su mente en un torbellino, se fue por la ciudad. La frenética locura del sistema competitivo industrial, los contrastes inhumanos del lujo y el infortunio — orgullo y abyección — la sordidez sin límites, miseria y locura del entero esquema de las cosas, que sus ojos encontraban en cada esquina, ultrajaba su razón y enfermaba su corazón. Se sentía como un hombre sano encerrado en un manicomio por accidente. Tras vagar todo el día de este modo, se encontró a la caída de la tarde en compañía de sus antiguos camaradas, quienes se congregaban a su alrededor debido a su angustiada apariencia. Les contó su sueño y lo que éste le había enseñado acerca de las posibilidades de un sistema social más justo, noble y sabio. Razonó con ellos, mostrándoles lo fácil que sería, dejando a un lado la locura suicida de la competición, por medio de la cooperación fraternal, hacer el mundo actual tan bendito como el que él había soñado. Al principio se burlaron de él, pero, viendo que iba en serio, se enfadaron, y le acusaron de ser un tipo infame, un anarquista, un enemigo de la sociedad y lo echaron. Entonces

fue cuando, en un llanto de agonía, despertó, esta vez despertando de verdad, no falsamente, y se encontró en su cama en la casa del Dr. Leete, con el sol matutino del siglo veinte brillando en sus ojos. Mirando por la ventana de su habitación, vio a Edith en el jardín, recolectando flores para la mesa del desayuno, y se apresuró a descender hasta donde ella se encontraba y relatarle su experiencia. En este punto, le dejaremos que continúe la narrativa por sí mismo.

I. Una aguda investigadora de análisis cruzado

Con muchas expresiones de compasión e interés, Edith escuchó el relato de mi sueño. Cuando, por último, puse punto final, ella se quedó meditando.

"¿En qué piensas?" dije.

"Estaba pensando," respondió, "cómo habría sido si tu sueño hubiese sido verdad."

"¡Verdad!" exclamé. "¿Cómo podría haber sido verdad?"

"Quiero decir", aseveró, "si todo hubiese sido un sueño, como supusiste que lo fue en tu pesadilla, y nunca hubieses visto realmente nuestra República de la Regla de Oro ni a mi, sino que solamente hubieses dormido una noche y soñado todo acerca de nosotros. Y supón que hubieses procedido tal y como lo hiciste en tu sueño, y hubieses ido arriba y abajo diciéndole a la gente la terrible locura y maldad de su modo de vida y cómo había un modo más noble y feliz. Piensa cuánto bien podrías haber hecho, cuánto podrías haber ayudado a la gente en aquellos días en los que tanta ayuda necesitaban. Me parece que debes casi lamentar el haber regresado aquí."

"Tienes el aspecto de casi lamentarlo tú misma," dije, porque su expresión de tristeza parecía susceptible de esa interpretación.

"Oh, no," respondió, sonriendo. "Era sólo por ti. En cuanto a mi, tengo muy buenas razones para estar contenta de que hayas regresado."

"Lo mismo debería decir yo, de hecho. ¿Te has parado a pensar que si hubiese soñado todo ello, tú no habrías existido salvo como una ficción en la mente de un hombre que dormía hace cien años?"

"No había pensado en esa parte," dijo sonriendo y aún medio seria; "aún así, si yo pudiese haber sido más útil a la humanidad como una ficción que como una realidad, no me debería haber importado el inconveniente."

Pero le contesté que mucho me temía que ninguna oportunidad de ayudar a la humanidad en general me habría reconciliado con la vida en ningún lugar o bajo ninguna condición después de dejarla atrás en un sueño —una confesión de vergonzoso egoísmo que ella hizo el favor de pasar por alto sin especial reproche, en consideración, sin duda, a mi desafortunada educación.

"Además," volví a la carga, con la intención de defenderme un poco más, "no habría hecho ningún bien. Te acabo de decir cómo, en mi pesadilla de anoche, cuando trataba de contar a mis contemporáneos e incluso a mis mejores amigos el más noble modo en que las personas podían vivir unidas, me ridiculizaron como a un tonto y a un loco. Esto es exactamente lo que habrían hecho en realidad si el sueño hubiese sido cierto y me hubiese puesto a predicar como en el caso que supones."

"Quizá unos pocos podrían haber actuado al principio como lo hicieron en tu sueño," replicó. "Quizá no les habría gustado en un principio la idea de la igualdad económica, temiendo que ello podría suponer bajar su nivel, y no entendiendo que pronto supondría elevar el nivel de todos juntos a un plano de vida y felicidad, de bienestar material y dignidad moral, inmensamente más alto que el más afortunado que hubiesen disfrutado jamás. Pero incluso si los ricos en un principio te hubiesen confundido con un enemigo de su clase, los pobres, las grandes masas de los pobres, la nación auténtica, ellos

seguramente habrían escuchado desde el primer momento, por sus vidas, porque para ellos tu relato habría significado buenas noticias motivo de enorme alegría."

"No me sorprende que pienses así," respondí, "pero, aunque todavía estoy aprendiendo el A B C de este nuevo mundo, conocía a mis contemporáneos y sé que no habría sido como imaginas. Los pobres no habrían escuchado mejor que los ricos, porque, aunque en mis tiempos los pobres y los ricos eran dispares en todo lo demás, estaban de acuerdo en creer que debía haber ricos y pobres, y que una situación de igualdad material era imposible. Se solía decir y a menudo parecía verdad, que el reformador social que tratase de mejorar la condición de la gente encontraría un obstáculo más desalentador en la falta de esperanza de las masas a las que quería enardecer, que en la activa resistencia de los pocos, cuya superioridad estaba amenazada. Y de hecho, Edith, para ser justos con mi propia clase, estoy obligado a decir que el mejor de los ricos a menudo tenía tanto esta misma falta de esperanza como el deliberado egoísmo que les hizo lo que solíamos llamar conservadores. Ya lo ves, no habría hecho ningún bien incluso si hubiese ido a predicar como imaginas. Los pobres habrían considerado mi charla sobre la posibilidad de una igualdad de riqueza como un cuento de hadas, cuya escucha no se merece el tiempo de un trabajador. De los ricos, el de la peor clase se habría burlado y el de la mejor clase habría suspirado, pero ninguno habría prestado oído seriamente."

Pero Edith sonrió con serenidad.

"Puede parecer un gran atrevimiento que yo trate de corregir las impresiones que tienes de tus propios contemporáneos y de lo que se podría esperar que pensasen o hiciesen, pero ya ves que las peculiares circunstancias me dan una ventaja bastante injusta. Tu conocimiento de tus tiempos termina cerca de 1887, cuando dejaste de ser consciente del curso de los acontecimientos. Yo, por otra parte, habiendo ido a la escuela en el siglo veinte, y habiendo sido obligada, muy en

contra de mi voluntad, a estudiar la historia del siglo diecinueve, conozco naturalmente lo que ocurrió después de la fecha en que cesó tu conocimiento. Sé, aunque pueda parecerte imposible, que caíste en tu largo sueño muy poco antes de que el pueblo americano comenzase a estar profunda y ampliamente apasionado por aspiraciones a un orden igual al que disfrutamos, y que muy pronto se alzó el movimiento político que, tras varias mutaciones, resultó a principios del siglo veinte en el derrocamiento del antiguo sistema y el establecimiento del actual.

Esto fue de hecho una información interesante para mi, pero cuando empecé a preguntar más a Edith, ella suspiró y sacudió la cabeza.

"Habiendo intentado mostrar mi superior conocimiento, debo ahora confesar mi ignorancia. Todo lo que sé es el escueto hecho de que el movimiento revolucionario comenzó, como decía, muy poco después de que te durmieses. Mi padre debe contarte el resto. Yo podría perfectamente admitir y estoy a punto de hacerlo, porque lo averiguarás muy pronto, que no sé casi nada ni de la Revolución ni de los asuntos del siglo diecinueve en general. No tienes ni idea de lo afanosamente que he intentado ponerme al corriente sobre el tema para ser capaz de hablar inteligentemente contigo, pero me temo que no ha servido de nada. No pude entenderlo en la escuela y parece que no puedo entenderlo mucho mejor ahora. Más que nunca, esta mañana estoy segura de que nunca lo entenderé. Desde que me has estado contando cómo te parecía que era el viejo mundo en ese sueño, tu charla me ha traído aquellos días tan terriblemente cerca que casi puedo verlos, y aun así no puedo decir que parezcan ni una pizca más inteligibles que antes."

"Las cosas eran bastante malas y bastante negras ciertamente," dije; "pero no veo qué tenían de particularmente ininteligibles. ¿Cuál es la dificultad?"

"La principal dificultad viene de la completa falta de acuerdo

entre las pretensiones de tus contemporáneos acerca de la manera en que su sociedad estaba organizada y los hechos reales como se cuentan en la historia."

"¿Por ejemplo?" interrogué.

"No supongo que sea de mucha utilidad tratar de explicar mi problema," dijo. "Pensarás únicamente que soy tonta por mis inquietudes, pero trataré de hacerte ver lo que quiero decir. Deberías ser capaz de clarificar el asunto, si hay alguien que puede hacerlo. Acabas de hablarme de las chocantes condiciones de desigualdad entre la gente, los contrastes de despilfarro y necesidad, de orgullo y poder de los ricos, de abyección y servidumbre de los pobres, y todo el resto del espantoso relato."

"Sí."

"Parece que esos contrastes eran casi tan grandes como en cualquier otro período previo de la historia."

"Es dudoso" repliqué, "si hubo alguna vez una mayor disparidad entre las condiciones de las diferentes clases que la que encontrarías en una media hora andando por Boston, Nueva York, Chicago, o cualquier otra gran ciudad de América en el último cuarto del siglo diecinueve."

"Y aun así," dijo Edith, "en todos los libros aparece que al mismo tiempo el mayor orgullo de los americanos era que se diferenciaban de todas las otras y anteriores naciones en que ellos eran libres e iguales. Uno se encuentra constantemente con esta frase en la literatura de aquellos días. Ahora bien, has dejado claro que ellos no eran ni libres ni iguales en el sentido habitual de la palabra, sino que estaban divididos como la humanidad había estado dividida anteriormente, en ricos y pobres, amos y sirvientes. ¿Podrías decirme entonces, por favor, qué querían decir cuando se llamaban a sí mismos libres e iguales?"

"Quería decirse, supongo, que eran todos iguales ante la ley."

"Eso significa en los juzgados. ¿Y eran los ricos y los pobres iguales en los juzgados? ¿Recibían el mismo tratamiento?"

"Estoy obligado a decir", repliqué, "que en ninguna otra parte eran más desiguales. La ley se aplicaba igual para todos en sus términos, pero no de hecho. Había más diferencia en la posición de los hombres ricos y de los pobres ante la ley que en cualquier otro aspecto. Los ricos estaban prácticamente por encima de la ley, los pobres bajo sus ruedas."

"En qué aspecto, entonces, eran iguales los ricos y los pobres?"

"Se decía que eran iguales en oportunidades."

"¿Oportunidades para qué?"

"Para mejorar, para hacerse ricos, para ponerse por delante de otros en la lucha por la riqueza."

"Me parece a mi que sólo significaba, si fuese verdad, no que todos eran iguales, sino que todos tenían la misma oportunidad de hacerse desiguales. ¿Pero era verdad que todos tenían iguales oportunidades para hacerse ricos y mejorar?"

"Puede haber sido así hasta cierto punto, en los tiempos en que el país era nuevo," repliqué, "pero ya no era así en mis días. El capital había monopolizado prácticamente todas las oportunidades económicas en aquél tiempo; no había entrada en las empresas de negocios para aquellos que no tuvieran un gran capital, excepto por alguna extraordinaria fortuna."

"Pero seguramente," dijo Edith, "¿debe de haber habido, para darle al menos una apariencia a todo este alardeo sobre la igualdad, algún aspecto en el que las personas fuesen iguales de verdad?"

"Sí, lo había. Eran políticamente iguales. Tenían todos un

voto equivalente, y la mayoría era el supremo legislador."

"Eso dicen los libros, pero esto hace que las cosas sean más absolutamente incomprensibles de hecho."

"¿Por qué?"

"Vaya, porque si estas personas tenían todas una voz igual en el gobierno— esas masas de pobres que trabajaban duro, que pasaban hambre, que pasaban frío, que estaban en la miseria— ¿por qué no pusieron término enseguida a todas esas desigualdades que padecían?"

"Con toda probabilidad," añadió, ya que no repliqué inmediatamente, "al decir esto sólo estoy demostrando lo tonta que soy. Sin duda estoy pasando por alto algún hecho importante, pero ¿no decías que toda la gente, al menos todos los hombres, tenían una voz en el gobierno?"

"Ciertamente; en la última parte del siglo diecinueve el sufragio de los hombres se había hecho prácticamente universal en América."

"Es decir, la gente hacía las leyes a través de los agentes que elegían. ¿Es lo que quieres decir?"

"Ciertamente."

"Pero recuerdo que teníais Constituciones de la nación y de los Estados. Quizá ellas evitaban que la gente hiciese todo lo que deseaba."

"No; las Constituciones eran sólo un tipo de ley más fundamental. La mayoría las hacía y alteraba a voluntad. La gente era el único y supremo poder final, y su voluntad era absoluta."

"Si, entonces, a la mayoría no le gustase un acuerdo existente, o pensase que ello era para su conveniencia, ¿podían cambiarlo tan radicalmente como quisiesen?"

"Ciertamente; la mayoría popular podía hacer cualquier cosa si era lo suficientemente amplia y con la suficiente determinación."

"¿Y la mayoría, entiendo, eran los pobres, no los ricos— los únicos a los que les tocaba la parte mala de las desigualdades que prevalecían?."

"Así era, tajantemente; los ricos no eran sino un puñado, en comparación."

"Entonces no había nada de nada que evitase que la gente en cualquier momento, si simplemente lo quisiese, pusiese fin a sus sufrimientos y organizase un sistema como el nuestro que habría garantizado su igualdad y prosperidad?"

"Nada de nada."

"Entonces una vez más te pido que seas tan amable de decirme ¿por qué, en nombre del sentido común, no lo hicieron inmediatamente y fueron felices en vez de dar un espectáculo tan lamentable de sí mismos que incluso cien años después nos hace llorar?"

"Porque," repliqué, "les habían enseñado y creían que la regulación de la industria y el comercio y la producción y distribución de la riqueza era algo completamente fuera de la propia incumbencia del gobierno."

"Pero, Dios mío, Julian, la vida misma y todo lo que mientras tanto hace que la vida merezca la pena ser vivida, desde la satisfacción de las necesidades físicas más primarias hasta la gratificación de los gustos más refinados, todo lo que pertenece al desarrollo de la mente así como del cuerpo, depende en primer lugar, en último, y siempre, de la manera en la cual es regulada la producción y distribución de la riqueza. Seguramente que esto debe haber sido tan cierto en tus tiempos como en los nuestros."

"Por supuesto."

"Y aun así me dices, Julian, que la gente, después de haber abolido el dominio de los reyes y tomado el supremo poder de regular sus asuntos con sus propias manos, consintieron deliberadamente excluir de su jurisdicción el control de la clase más importante y de hecho la única clase importante de sus intereses."

"¿No dice eso la historia?"

"Así lo dice, y por eso precisamente nunca he podido entenderla. La cosa parecía tan incompresible que pensé que debía haber alguna manera de explicarlo. Pero dime, Julian, viendo la gente que no pensaban que ellos pudiesen confiarse a sí mismos la regulación de su propia industria y la distribución del producto, ¿a quién le dejaron la responsabilidad?"

"A los capitalistas."

"¿Y la gente elegía a los capitalistas?"

"Nadie los elegía."

"¿Por quién eran nombrados entonces?"

"Nadie los nombraba."

"¡Qué sistema tan singular! Bueno, si nadie los elegía ni los nombraba, aun así seguramente debieron haber rendido cuentas ante alguien por la manera en que ejercían su poder del cual dependía el bienestar y la mismísima existencia de todos."

"Al contrario, no rendían cuentas a nadie ni a nada, excepto a sus propias conciencias."

"¡Sus conciencias! ¡Ah, ya veo! Quieres decir que eran tan benevolentes, tan desinteresados, tan entregados al bien

público, que la gente toleraba su usurpación debido a su gratitud. Hoy en día la gente no habría resistido el gobierno irresponsable ni siquiera de semidioses, pero probablemente era diferente en tus tiempos."

"Yo mismo, como ex-capitalista, debería estar encantado de confirmar tu conjetura, pero nada podría realmente estar más lejos de los hechos. En cuanto a cualquier interés benevolente en el manejo de la industria y el comercio, los capitalistas expresamente lo repudiaban. Su único objetivo era asegurar la mayor ganancia posible para sí mismos sin ninguna consideración de ningún tipo hacia el bienestar público."

"¡Dios mío! ¡Dios mío! O sea, sugieres que esos capitalistas han sido incluso peores que los reyes, porque los reyes al menos profesaban el gobierno para el bienestar de su pueblo, como los padres hacen por los hijos, y los buenos reyes así trataron de hacerlo. Pero los capitalistas, dices, ¿ni siquiera pretendieron sentir ninguna responsabilidad por el bienestar de sus subordinados?"

"Ninguna, de ningún tipo."

"Y, si entiendo bien, " prosiguió Edith, "este gobierno de los capitalistas carecía no sólo de sanción moral de ninguna clase o alegación de intenciones benevolentes, sino que era prácticamente un fracaso económico— esto es, no aseguró la prosperidad de la gente."

"Lo que vi en mi sueño anoche," repliqué, "y he intentado decirte esta mañana, no da sino una muy ligera idea de la miseria del mundo bajo el dominio capitalista."

Edith meditó en silencio por unos momentos. Finalmente dijo: "Tus contemporáneos no eran locos ni tontos; seguramente hay algo que no me has dicho; debe de haber alguna explicación o al menos un tinte de excusa por la cual la gente no sólo abdicase del poder de controlar sus intereses

más vitales e importantes, sino que se los entregase a una clase que ni siquiera fingía interés alguno en su bienestar, y cuyo gobierno fracasó por completo en garantizarlo."

"Oh, sí," dije, "había una explicación, y una que suena muy bien. Fue en nombre de la libertad individual, libertad industrial, e iniciativa individual, como el gobierno económico del país fue sometido a los capitalistas."

"¿Quieres decir que una forma de gobierno que parece haber sido la más irresponsable y despótica posible era defendida en nombre de la libertad?"

"Ciertamente; la libertad de iniciativa económica por el individuo."

"¿Pero no acabas de decirme que la iniciativa económica y la oportunidad de negocio estaba prácticamente monopolizada en tus tiempos por los propios capitalistas?"

"Ciertamente. Se admitía que en los negocios no había sitio para nadie excepto para los capitalistas, y rápidamente llegó a suceder que únicamente los más grandes de entre los propios capitalistas tenían poder de iniciativa."

"Y aun así dices que la razón dada para abandonar la industria al gobierno capitalista era la promoción de la libertad industrial e iniciativa individual entre la gente en general."

"Ciertamente. A la gente se le enseñaba que disfrutaría individualmente de mayor albedrío y libertad de acción en asuntos industriales bajo el dominio de los capitalistas que si la gente colectivamente dirigiese el sistema industrial para su propio beneficio; que los capitalistas, además, mirarían por el bienestar de la gente, más sabiamente y con más cariño que la propia gente podría hacerlo, así que la gente podría obtener más abundancia de la porción de lo producido que los capitalistas pudiesen estar dispuestos a darle, que lo que la misma gente posiblemente podría obtener si fuese su propio

empleador y se repartiese el producto completo."

"Pero eso era pura mofa; era añadir el insulto a la injuria."

"Suenas así, ¿verdad? Pero te aseguro que en mi época era considerado el género más sano de economía política. Aquellos que lo cuestionaban eran tachados de visionarios peligrosos."

"Pero supongo que el gobierno de la gente, el gobierno al que votaban, debió de haber hecho algo. Debió haber habido algunas cuestiones que los capitalistas dejasen para que el gobierno las atendiese."

"Oh, sí, de hecho. Tenía en sus manos mantener la paz entre la gente. Esa era la principal parte de los asuntos de los gobiernos políticos en mi época."

"¿Por qué la paz requería tan gran cantidad de cuidado? ¿Por qué no se mantenía sola, como lo hace ahora?"

"A cuenta de la desigualdad de las condiciones que prevalecía. La lucha por la riqueza y la desesperación de la necesidad, mantenían en un resplandor inextinguible un infierno de avaricia y envidia, miedo, lujuria, odio, venganza, y toda loca pasión del averno. Para mantener este frenesí general en algún comedimiento, para que el sistema social entero no se resolviese en una masacre general, se requería un ejército de soldados, policía, jueces y alcaides, y administrar leyes sin cesar para dirimir las disputas. Añade a estos elementos de discordia una horda de marginados degradados y desesperados, convertidos en enemigos de la sociedad por su sufrimiento y que era necesario mantener vigilados, y admitirás fácilmente que había tarea de sobra para el gobierno elegido por la gente."

"Por lo que veo," dijo Edith, "la ocupación principal del gobierno elegido por la gente era la lucha contra el caos social que resultaba del fracaso de la gente para tomar el control del sistema económico y regularlo en base a la

justicia."

"Así es exactamente. No podías establecer todo el caso de un modo más adecuado si escribieses un libro."

"Más allá de proteger el sistema capitalista de sus propios efectos, ¿no hacía el gobierno político absolutamente nada?"

"Oh, sí, nombraba administradores de correos y empleados de aduanas, mantenía un ejército y una armada, y provocaba disputas con países extranjeros."

"Debería decir que el derecho de un ciudadano a tener voz en un gobierno limitado al rango de funciones que has mencionado apenas le habría parecido de mucho valor."

"Creo que el precio medio de los votos en comicios inminentes en la América de mis tiempos era de unos dos dólares."

"¡Dios mío, tanto!" dijo Edith. "No sé exactamente cuál era el valor de la moneda en tu época, pero diría que el precio era bastante desorbitado."

"Creo que tienes razón," respondí. "Yo solía acceder a hablar del valor inapreciable del derecho al sufragio, y a la denuncia de aquellos a quienes cualquier tensión derivada de la pobreza podía inducir a vender su voto por dinero, pero desde el punto de vista al que me has traído esta mañana estoy inclinado a pensar que los que vendían su voto tenían una más clara idea de la impostura del denominado gobierno popular, en tanto que limitado a la clase de funciones que te he descrito, que la que tenía cualquiera del resto de nosotros, y que si ellos estaban equivocados era, como sugieres, por pedir un precio demasiado alto."

"Pero ¿quién pagaba por los votos?"

"Eres una implacable investigadora de análisis cruzado," dije. "Las clases que tenían un interés en controlar el gobierno

—esto es, los capitalistas y los aspirantes a cargos públicos— hacían la compra. Los capitalistas adelantaban el dinero necesario para procurarse la elección de los aspirantes a cargos públicos con el compromiso de que cuando fuesen elegidos estos últimos deberían hacer lo que los capitalistas quisiesen. Pero no debería darte yo la impresión de que el grueso de los votos era comprado completamente. Eso habría sido una confesión demasiado manifiesta del engaño del gobierno popular y también demasiado caro. El dinero con el cual los capitalistas contribuían para procurarse la elección de los aspirantes a cargos públicos era gastado principalmente para influenciar a la gente por medios indirectos. Para este propósito se recaudaban sumas inmensas bajo el nombre de fondos de campaña y se utilizaban en innumerables estratagemas, tales como fuegos artificiales, oratoria, desfiles, bandas de músicos, barbacoas, y toda clase de ardides, cuyo objeto era galvanizar a la gente hasta un grado suficiente de interés en las elecciones como para ir a votar. Nadie que de hecho no haya sido testigo de unas elecciones del siglo diecinueve en América podría ni siquiera empezar a imaginar lo grotesco del espectáculo."

"Entonces, parece" dijo Edith, "que los capitalistas no sólo mantenían el gobierno económico como su especial incumbencia, sino que también prácticamente manejaban la maquinaria del gobierno político."

"Oh, sí, los capitalistas no podrían haber seguido adelante en absoluto sin el control del gobierno político. El Congreso, los poderes legislativos, y los ayuntamientos eran totalmente necesarios como instrumentos para completar sus esquemas. Además, para protegerse a sí mismos y a sus propiedades contra revueltas populares, era enormemente necesario que la policía, los tribunales y los soldados fuesen leales a sus intereses, y el Presidente, los Gobernadores y los alcaldes, estuviesen a su entera disposición."

"Pero yo pensaba que el Presidente, los Gobernadores, y los

poderes legislativos representaban a la gente que votaba por ellos."

"¡Dios bendiga tu corazón! No, ¿por qué tendrían que hacerlo? Era a los capitalistas, y no a la gente, a quien ellos debían la oportunidad de tener un cargo público. La gente que votaba tenía pocas opciones para escoger a quién votar. La cuestión estaba determinada por las organizaciones de los partidos políticos, que eran mendigos de los capitalistas para obtener soporte monetario. A nadie que se opusiese a los intereses capitalistas se le daba la oportunidad, como candidato, de apelar a la gente. Para alguien que tuviese un cargo público, dar soporte a los intereses de la gente en contra de los intereses de los capitalistas habría sido un modo infalible de sacrificar su carrera. Debes recordar, si has entendido cuán absolutamente los capitalistas controlaban el Gobierno, que un Presidente, Gobernador, o alcalde, o miembro del concejo municipal, nacional o estatal, era sólo un servidor temporal de la gente o era dependiente de su favor. Su posición pública la mantenía sólo de elección en elección, y rara vez por mucho tiempo. Su permanente, vitalicio, y dominante interés, como el de todos nosotros, era su sustento, y eso dependía, no del aplauso de la gente, sino del favor y patrocinio del capital, y no podía permitirse ponerlo en peligro persiguiendo burbujas de popularidad. Estas circunstancias, incluso si no hubiese habido casos de soborno directo, explicarían suficientemente por qué nuestros políticos y cargos públicos, salvo pocas excepciones, eran vasallos e instrumentos de los capitalistas. Los abogados, quienes, a cuenta de las complejidades de nuestro sistema, eran casi la única clase competente para los asuntos públicos, eran especial y directamente dependientes del patrocinio de los grandes intereses capitalistas para su sustento."

"Pero ¿por qué no elegía la gente cargos y representantes de su propia clase, quienes habrían prestado atención a los intereses de las masas?"

"No había garantía de que hubieran sido más fiables. Su misma pobreza les habría hecho los más propensos a la tentación del dinero; y los pobres, debes recordar, aunque mucho más dignos de compasión, no estaban moralmente por encima de los ricos de ningún modo. Entonces, también —y esta era la razón más importante por la cual las masas del pueblo, que eran pobres, no enviaban hombres de su clase a representarlos— por regla general, la pobreza implicaba ignorancia, y por consiguiente inhabilitaba en la práctica, incluso cuando la intención fuese buena. Tan pronto como un pobre desarrollase inteligencia, tendría todas las tentaciones de desertar de su clase y buscar el patrocinio del capital."

Edith permaneció en silencio y pensativa durante unos instantes.

"De verdad," dijo, finalmente, "parece que la razón por la cual yo no podía entender el denominado sistema popular de gobierno de tu época es que estaba intentando averiguar qué parte tenía la gente en él, y parece que la gente no tenía parte en él en absoluto."

"Has procedido de un modo genial," exclamé. "Indudablemente la confusión de términos en nuestro sistema político está bastante calculada para desconcertarle a uno al principio, pero si captas con nitidez el punto esencial de que el dominio de los ricos, la supremacía del capital y sus intereses, en tanto que en contra de los de la gente en general, era el principio central de nuestro sistema, al cual se habían subordinado todos los demás intereses, tendrás la clave que aclara todos los misterios."

II. Por qué la revolución no llegó antes

Absortos en nuestra charla, no habíamos oído los pasos del Dr. Leete según se aproximaba.

"He estado mirandoos durante diez minutos desde la casa," dijo, "hasta que, de hecho, ya no he podido resistir el deseo de saber qué encontrabais tan interesante."

"Su hija," dije, "ha demostrado ser una experta en el método socrático. Bajo un pretexto plausible de ignorancia integral, ha estado haciéndome una serie de preguntas fáciles, con el resultado de que veo, como nunca antes imaginé, la colosal falsa apariencia de nuestro pretendido gobierno popular en América. Como uno de los ricos yo sabía, desde luego, que teníamos mucho poder en el estado, pero antes no comprendía cuán absolutamente la gente no tenía influencia en su propio gobierno."

"¡Ajá!" exclamó el doctor con gran hilaridad, "¿así que mi hija se levanta por la mañana temprano con el propósito de suplantar a su padre en su posición de instructor en historia?"

Edith se había levantado del banco del jardín en el que había estado sentada y estaba arreglando sus flores para llevarlas al interior de la casa. Agitó su cabeza con bastante seriedad en réplica al desafío de su padre.

"No hace falta que estés receloso en absoluto," dijo; "Julian me ha curado por completo esta mañana de cualquier deseo que yo pudiese haber tenido de hacer más averiguaciones sobre las circunstancias de nuestros antepasados. Siempre había estado horriblemente apenada por la pobre gente de aquella época a cuenta de la miseria que sufrían a causa de la pobreza y de la opresión de los ricos. De ahora en

adelante, sin embargo, me lavo las manos en lo que a ellos respecta y reservaré mi compasión para cosas que la merezcan más."

"¡Dios mío!" dijo el doctor, "¿qué ha secado tan repentinamente las fuentes de tu compasión? ¿Qué te ha estado diciendo Julian?"

"Nada, en realidad, supongo, que yo no haya leído antes y debiera haber sabido, pero el relato siempre parecía tan irrazonable e increíble que nunca me lo había creído del todo, hasta ahora. Pensaba que debía de haber algunos hechos que cambiarían las cosas y que no habían sido escritos en los libros de historia."

"¿Pero qué te ha estado diciendo?"

"Parece," dijo Edith, "que esta misma gente, estas mismas masas de pobres, tenían todo el tiempo el control supremo del Gobierno y podían, estando determinados y unidos, poner fin en cualquier momento a todas las desigualdades y opresiones de las cuales se quejaban e igualar las cosas como hemos hecho nosotros. No sólo no hicieron esto, sino que dieron como razón para soportar su esclavitud que sus libertades estarían en peligro a no ser que tuviesen amos irresponsables para manejar sus intereses, y que hacerse cargo de sus propios asuntos pondría en peligro su libertad. Tengo la sensación de que he sido estafada en todas las lágrimas que he derramado por los sufrimientos de aquella gente. Aquellos que mansamente soportan males, teniendo poder para ponerles término, no merecen compasión, sino desprecio. Me ha hecho sentirme un poco mal que Julian hubiese sido uno de los de la clase opresora, uno de los ricos. Ahora que verdaderamente entiendo el asunto, me alegro. Me temo que, si él hubiese sido uno de los pobres, uno de los de la masa de los auténticos amos, quienes con el supremo poder en sus manos consintieron ser siervos, yo le habría despreciado."

Habiendo, de este modo, dado aviso formal acerca de mis contemporáneos, en relación con el hecho de que no deben esperar más compasión por parte de ella, Edith entró en la casa, dejándome con una vívida impresión de que si los hombres del siglo veinte demostraron no ser capaces de preservar sus libertades, podía confiarse en que las mujeres lo habrían sido.

"Verdaderamente, doctor," dije, "debería estar enormemente agradecido a su hija. Le ha ahorrado un montón de tiempo y esfuerzo."

"¿Cómo, exactamente?"

"Haciendo innecesario que se tome la molestia de darme más explicaciones sobre cómo y por qué erigieron su sistema industrial nacionalizado y su igualdad económica. Si alguna vez ha visto usted algún espejismo en un desierto o en el mar, recordará que, mientras la imagen que hay en el cielo es muy evidente y diferenciada en sí misma, su irrealidad es traicionada por una falta de detalle, una especie de aspecto borroso, donde se mezcla con el fondo sobre el que está superpuesta. ¿Sabe que este nuevo orden social del cual he llegado a ser testigo de un modo tan extraño, ha tenido hasta ahora algo de este efecto de espejismo? En sí mismo, es un esquema preciso, ordenado, y muy razonable, pero no podía ver una manera mediante la cual pudiese haber surgido de modo natural a partir de las circunstancias absolutamente diferentes del siglo diecinueve. Solo podía imaginarme que esta transformación del mundo debe haber sido el resultado de nuevas ideas y fuerzas que hubiesen entrado en acción después de mi época. Tenía preparada toda una batería de preguntas para hacerle sobre este asunto, pero ahora podremos emplear el tiempo en hablar de otras cosas, porque Edith me ha mostrado en diez minutos que la única cosa maravillosa de su organización del sistema industrial como un asunto público no es que haya tenido lugar, sino que haya pasado tanto tiempo antes de que tuviese lugar, que una nación de seres racionales consintiesen en seguir siendo

siervos económicos de amos irresponsables durante más de un siglo después de tomar posesión del poder absoluto de cambiar a placer todas las instituciones sociales que les causasen inconvenientes."

"Verdaderamente," dijo el doctor, "Edith a demostrado ser una maestra muy eficiente, si acaso involuntaria. Ha tenido éxito, de un sólo golpe, en mostrarle el moderno punto de vista en relación con la época de usted. Según lo vemos nosotros, el preámbulo inmortal de la Declaración de Independencia americana, allá por el 1776, contenía de manera lógica la declaración íntegra de la doctrina de la igualdad económica universal garantizada por la nación colectivamente para sus miembros individualmente. Usted recordará lo que dice:

"Mantenemos que estas verdades son evidentes en sí mismas; que todos los hombres son creados iguales, con ciertos derechos inalienables; que entre éstos está la vida, la libertad, y la búsqueda de la felicidad; que para asegurar estos derechos se instituyen entre los hombres los gobiernos, derivando sus justos poderes del consentimiento de los gobernados; que donde quiera que cualquier forma de gobierno se haga destructiva de estos derechos, es derecho del pueblo el alterarla o abolirla e instituir un nuevo gobierno, sentando sus bases sobre tales principios y organizando sus poderes de una forma tal como pueda parecer más probable que tenga efecto sobre su seguridad y felicidad."

"¿Es posible, Julian, imaginar cualquier sistema gubernamental menos adecuado que el nuestro que pudiese realizar este gran ideal de lo que debería ser un gobierno auténticamente del pueblo? La piedra angular de nuestro estado es la igualdad económica, ¿y no es la obvia, necesaria, y única garantía adecuada de estos tres derechos básicos —vida, libertad, y felicidad? ¿Qué es la vida sin su base material, y qué es el igual derecho a la vida sino un derecho a una base material igual para ella? ¿Qué es la libertad? ¿Cómo pueden

ser iguales los hombres, si tienen que pedir el derecho al trabajo y vivir de sus semejantes y sacar su pan de las manos de otros? ¿Cómo si no, puede ningún gobierno garantizar la libertad para los hombres salvo proporcionándoles un medio de trabajo y de vida unido a su independencia; y cómo podría hacerse eso a no ser que el gobierno dirigiese el sistema económico del cual dependen el empleo y la manutención? Finalmente, ¿qué está implícito en el igual derecho de todos a la búsqueda de la libertad? ¿Qué forma de felicidad, en tanto que depende completamente de hechos materiales, no está ligada a las condiciones económicas; y cómo será garantizada una igual oportunidad para la búsqueda de la felicidad para todos excepto mediante una garantía de igualdad económica?"

"Sí," dije, "de hecho está todo en ella, pero ¿cómo hemos tardado tanto en verlo?"

"Pongámonos cómodos en este banco," dijo el doctor, "y le diré cuál es la moderna respuesta a la muy interesante pregunta que acaba de hacer. A primera vista, ciertamente el retraso del mundo en general, y especialmente del pueblo americano, para comprender que la democracia significa en buena lógica que el gobierno popular sustituya el dominio de los ricos en la regulación de la producción y la distribución de la riqueza, parece incomprensible, no sólo porque era tan claramente una inferencia de la idea de gobierno popular, sino también porque era una en la cual las masas del pueblo estaban tan directamente interesadas en llevar a cabo. La conclusión de Edith de que gente que no fue capaz de un proceso de razonamiento tan sencillo como ese, no merece mucha compasión por las aflicciones que tan fácilmente podían haber remediado, es una primera impresión muy natural.

"Reflexionando, sin embargo, creo que llegaremos a la conclusión de que el tiempo que le llevó, al mundo en general y a los americanos en particular, averiguar el completo significado de democracia como una propuesta

económica y política no fue mayor que el que podía haberse esperado, considerando la inmensidad de la conclusión implicada. Es una idea democrática el que todos los seres humanos son iguales en derechos y dignidad, y que la única excusa y finalidad justa del gobierno humano es, por tanto, el mantenimiento y fomento del bienestar común en términos de igualdad. Esta idea era el más grande concepto social que la mente humana había formado nunca hasta ese momento. Contenía, cuando fue concebido por primera vez, la promesa y la potencia de una completa transformación de todas las instituciones entonces existentes, cada una de las cuales se había hasta entonces basado y formado sobre el principio del privilegio y la autoridad personal y de clase, y el dominio y el uso egoísta de los muchos por los pocos. Pero era simplemente inconsistente con las limitaciones del intelecto humano que las implicaciones de una idea tan prodigiosa se hubiesen captado inmediatamente. La idea debe tener tiempo para crecer, absolutamente. Todo el presente orden de democracia económica e igualdad estaba de hecho encuadrado en la primera declaración completa de la idea democrática, pero únicamente como todo el árbol está en la semilla: tanto en un caso, como en el otro, el tiempo es un elemento esencial en la evolución del resultado.

"Nosotros dividimos la historia de la evolución de la idea democrática en dos fases ampliamente contrastadas. A la primera de estas la llamamos la fase de la democracia negativa. Para entenderlo debemos considerar cómo se originó la idea democrática. Las ideas nacen de ideas previas y tardan en rebasar las características y limitaciones impuestas en ellas por las circunstancias bajo las que nacieron. La idea de gobierno popular, en el caso de América como en experimentos republicanos anteriores en general, era una protesta contra el gobierno de los reyes y sus abusos. Nada es más cierto que el hecho de que los signatarios de la inmortal Declaración no tenían idea de que la democracia significaba necesariamente algo más que un dispositivo para seguir adelante sin reyes. La concibieron

únicamente como un cambio en las formas de gobierno, y no en los principios y propósitos del gobierno, en absoluto.

"No estaban, de hecho, completamente exentos de desconfianza por miedo a que alguna vez se le pudiese ocurrir al pueblo soberano que, siendo soberano, pudiese ser una buena idea usar su soberanía para mejorar su propia condición. De hecho, parece que habían pensado seriamente en esa posibilidad, pero todavía eran tan poco capaces de apreciar la lógica y la fuerza de la idea democrática que creyeron que era posible mediante cláusulas ingeniosas en Constituciones de papel evitar que las personas utilizaran su poder para ayudarse a sí mismas incluso aunque quisiesen.

"Esta primera fase de la evolución de la democracia, durante la cual era concebida únicamente como un sustituto de la realeza, incluye todos los así llamados experimentos republicanos hasta comienzos del siglo veinte, de los cuales, desde luego, la República Americana era el más importante. Durante este período, la idea democrática no era más que una mera protesta contra una forma anterior de gobierno, absolutamente sin ningún nuevo principio positivo o vital propio. Aunque las personas habían depuesto al rey como conductor del carruaje social, y tomado las riendas en sus propias manos, todavía no pensaban en nada excepto en mantener el vehículo en las viejas rutas y naturalmente los pasajeros apenas notaron el cambio.

"La segunda fase en la evolución de la idea democrática comenzó con la toma de conciencia por la gente de la percepción de que el deponer a los reyes, en vez de ser la principal finalidad y misión de la democracia, era meramente preliminar a su programa auténtico, el cual era el uso de la maquinaria social colectiva para la perpetua promoción del bienestar de la gente en general.

"Resulta un hecho interesante el que la gente comenzase a pensar en aplicar su poder político para la mejora de sus circunstancias materiales en Europa antes que en América,

aunque las formas democráticas habían encontrado mucha menos aceptación allí. Esto era, desde luego, a consecuencia de la angustia económica perenne de las masas en los viejos países, que las impulsó a pensar por primera vez en la relevancia que cualquier nueva idea pudiera tener sobre la cuestión de su sustento. Por otra parte, la prosperidad general de las masas en América y la comparativa facilidad para ganarse la vida hasta el comienzo del último cuarto del siglo diecinueve explica el hecho de que hasta entonces los americanos no comenzasen a pensar seriamente en mejorar su condición económica mediante la acción colectiva.

"Durante la fase negativa de la democracia, se la había considerado diferente de la monarquía únicamente en la medida en que dos máquinas pueden diferir, cuando el uso y propósito general de ellas fuese el mismo. Con la evolución de la idea democrática en la segunda o positiva fase, se reconoció que la transferencia al pueblo del poder supremo del rey y los nobles no significaba meramente un cambio en las formas de gobierno, sino una revolución fundamental en la idea completa de gobierno, sus motivos, propósitos, y funciones —una revolución equivalente a una inversión de polaridad en el sistema social al completo, arrastrando consigo por completo, por así decirlo, la rosa de los vientos de la brújula, y poniendo el norte al sur, y el este al oeste. Entonces se vio lo que a nosotros nos parece tan claro que es difícil entender por qué no se había visto siempre, que en vez de ser propio del pueblo soberano confinarse a sí mismo en las funciones que los reyes y clases habían designado cuando estaban en el poder, la suposición fue, por el contrario, ya que el interés de los reyes y clases había sido exactamente opuesto al del pueblo, que cualquier cosa que los gobiernos previos hubiesen hecho, el pueblo como gobernante no debería hacerlo, y cualquier cosa que los gobiernos previos no hubiesen hecho, debía suponerse que era bueno que se hiciese, para el interés del pueblo; y que el uso y función principal del gobierno popular era propiamente uno al cual ningún gobierno anterior había prestado atención,

a saber, el uso del poder de la organización social para elevar el bienestar moral y material de todo el conjunto del pueblo soberano al punto más alto posible al cual el mismo grado de bienestar pudiese asegurarse para todos —es decir, un nivel igual. La democracia de la segunda o positiva fase triunfó en la gran Revolución, y ha sido desde entonces la única forma de gobierno conocida en el mundo."

"Lo cual es tanto como decir," observé, "que nunca hubo un gobierno democrático propiamente dicho antes del siglo veinte."

"Exactamente," asintió el doctor. "A las denominadas repúblicas de la primera fase las clasificamos como seudoivrepúblicas o democracias negativas. No eran, desde luego, en ningún sentido, auténticos gobiernos populares en absoluto, sino meramente máscaras para la plutocracia, ibajo las cuales los ricos eran los auténticos aunque irresponsables gobernantes! Verá fácilmente que no podían haber sido otra cosa. Las masas, desde el comienzo del mundo, han estado sometidas a los ricos y han sido sus sirvientes, pero los reyes habían estado por encima de los ricos, y constituían un freno a su dominación. El derrocamiento de los reyes dejó sin freno alguno el poder de los ricos, el cual se transformó en supremo. Las personas, de hecho, eran nominalmente soberanas; pero en tanto que esos soberanos eran individualmente y como clase los siervos económicos de los ricos, y vivían a su merced, los llamados gobiernos populares se convirtieron en la mera estratagema de los capitalistas.

"Contempladas como pasos necesarios en la evolución de la sociedad desde la pura monarquía a la pura democracia, estas repúblicas de la fase negativa marcan un escenario de progreso; pero si se contemplan como finalidades eran un tipo mucho menos admirable en su conjunto que las monarquías decentes. Especialmente respecto a su susceptibilidad de corrupción y subversión plutocrática eran la peor clase de gobierno posible. El siglo diecinueve, durante el cual esta cosecha de seudo-democracias maduró para la

segadera de la gran Revolución, parece bajo la visión moderna nada más que un lúgubre interregno de gobierno mediocre, indolente, intermedio entre la decadencia de la monarquía viril en el siglo dieciocho y el surgimiento de la democracia positiva en el veinte. El período puede ser comparado con el de la minoría de edad de un rey, durante la cual malvados administradores abusan del poder regio. El pueblo ha sido proclamado como soberano, pero todavía no ha asumido el cetro."

"Y aun así," dije, "durante la última parte del siglo diecinueve, cuando, como dice usted, el mundo no había visto todavía ni un espécimen de gobierno popular, nuestros sabios estaban diciéndonos que el sistema democrático había sido probado al completo y estaba listo para ser juzgado en base a sus resultados. Nadie, de hecho, fue tan lejos como para decir que el experimento democrático había demostrado ser fallido cuando, de hecho, parece que ningún experimento en democracia, propiamente entendido, hubiese sido hasta ese momento nada más que un intento."

El doctor se encogió de hombros.

"Es una tarea muy agradable," dijo, "explicar la lentitud de las masas en encontrar su camino hacia una comprensión de todo lo que la idea democrática significaba para ellos, pero es una tarea igualmente difícil e ingrata el explicar el fracaso absoluto de los filósofos, historiadores, y hombres de estado de su época en llegar a una estimación inteligente del contenido lógico de la democracia y pronosticar su resultado. Seguramente la mera pequeñez de los resultados prácticos logrados hasta entonces por el movimiento democrático comparados con la magnitud de su propuesta y las fuerzas tras él, les debería haber sugerido que su evolución estaba tan sólo en el primer estadio. ¿Cómo pudieron hombres inteligentes engañarse a sí mismos con la noción de que la idea más portentosa y revolucionaria de todos los tiempos había agotado su influencia y cumplido su misión al cambiar el título del poder ejecutivo de una nación de rey a

Presidente, y el nombre del poder legislativo nacional de Parlamento a Congreso? Si sus pedagogos, presidentes y profesores de universidad, y demás que fueron responsables de su educación, hubiesen merecido su salario, no habría encontrado usted nada en el presente orden de igualdad económica que le hubiese sorprendido lo más mínimo. Habría dicho usted inmediatamente que era lo que le habían enseñado que necesariamente debería ser la siguiente fase en la inevitable evolución de la idea democrática."

Edith nos hizo señas desde la puerta y nos levantamos del asiento.

"El partido revolucionario en la gran Revolución," dijo el doctor, mientras paseábamos despacio en dirección a la casa, "procedió con el trabajo de agitación y propaganda bajo varios nombres más o menos grotescos e inadecuados, como los nombres de los partidos políticos eran propensos a ser, pero la sola palabra democracia, con sus varios equivalentes y derivados, expresaba, explicaba y justificaba con precisión y completamente, su método, razón y propósito, más de lo que lo podría hacer una biblioteca de libros. El pueblo americano se imaginó que habían establecido un gobierno popular cuando se separó de Inglaterra, pero estaba engañado. Conquistando el poder político ejercido anteriormente por el rey, la gente tan sólo había tomado los puestos exteriores de la fortaleza de la tiranía. El sistema económico que era la ciudadela y controlaba cada parte de la estructura social seguía en posesión de gobernantes privados e irresponsables, y en tanto así estuviese poseído, la posesión de los puestos exteriores no era de ninguna utilidad para el pueblo, y eran únicamente retenidos por la tolerancia de la guarnición de la ciudadela. La Revolución llegó cuando el pueblo vio que debía tomar la ciudadela o evacuar los puestos exteriores. Que debían completar el trabajo de

establecer el gobierno popular que había sido apenas comenzado por sus padres, o abandonar todo lo que sus padres habían logrado."

III. Adquiero una participación en el país

Yendo a desayunar, las señoras se reunieron con nosotros trayendo una interesante información que habían encontrado en las noticias de la mañana. Era, de hecho, nada menos que un comunicado de la acción emprendida por el Congreso de los Estados Unidos en relación conmigo. Una resolución, según parece, había pasado con unanimidad, la cual, tras enumerar los hechos de mi extraordinario retorno a la vida, procedía a despejar cualquier cuestión concebible que pudiera surgir sobre mi status legal declarándome ciudadano americano de pleno derecho, facultado con todos los derechos e inmunidades de un ciudadano, pero al mismo tiempo un invitado de la nación, y como tal, libre de obligaciones y servicios desempeñados por los ciudadanos en general salvo que yo optase por asumirlos.

Confinado como había estado hasta ahora en la familia Leete, esta era casi la primera intimación que el público hacía en mi caso. Ese interés, ahora me informaron, había sobrepasado mi persona y ya estaba produciendo un reavivamiento del estudio de la literatura y la política del siglo diecinueve, y especialmente de la historia y la filosofía del período de transición, cuando el viejo orden dio paso al nuevo.

"El hecho es," dijo el doctor, "que la nación únicamente ha saldado una deuda de gratitud haciéndole su invitado, porque usted ya ha hecho más por nuestros intereses educativos, promoviendo el estudio de la historia, que el que un regimiento de instructores podría lograr en toda su vida."

Volviendo al asunto de la resolución del Congreso, el doctor dijo que, en su opinión, era superflua, porque aunque ciertamente había dormido respecto mis derechos como

ciudadano más bien durante un tiempo extraordinariamente largo, no había fundamento en base al cual pudiese argumentarse que había perdido el derecho a ninguno de ellos. Como quiera que fuese, viendo que la resolución no dejaba duda en cuanto a mi status, sugirió que la primera cosa que hiciésemos después de desayunar fuese ir al Banco Nacional y abrir mi cuenta de ciudadano.

"Desde luego," dije, según salíamos de casa, "me alegro de ser relevado de la necesidad de ser un pensionista a costa de usted por más tiempo, pero confieso que me siento un poco inferior aceptando como regalo esta generosa provisión de la nación."

"Mi querido Julian," replicó el doctor, "a veces es un poco difícil para mí llegar a entender completamente su punto de vista acerca de nuestras instituciones."

"Creo que debería ser bastante fácil en este caso. Tengo la sensación de ser objeto de la caridad pública."

"¡Ah!" dijo el doctor, "tiene la sensación de que la nación le ha hecho un favor, que le ha puesto en un compromiso. Debe disculpar mi torpeza, pero el hecho es que nosotros contemplamos este asunto de la provisión económica para los ciudadanos desde un punto de vista completamente diferente. A nosotros nos parece que reclamando y aceptando su sustento como ciudadano usted ejecuta un deber cívico, mediante el cual usted pone a la nación—esto es, al conjunto de sus conciudadanos—en bastante más obligación que en la que usted incurre."

Me giré para ver si el doctor estaba bromeando, pero era evidente que hablaba completamente en serio.

"A estas alturas debería estar acostumbrado a hallar que en esta época todo es a la inversa," dije, "pero realmente, ¿mediante qué inversión del sentido común, como era entendido en el siglo diecinueve, explica usted que

aceptando una provisión pecuniaria de la nación la pongo en obligación más de lo que ello me obliga a mí?"

"Creo que será fácil hacérselo ver," replicó el doctor, "sin que ello requiera violentar ninguno de los métodos de razonamiento a los cuales estaban acostumbrados sus contemporáneos. Ustedes tenían, creo, un sistema de educación pública gratuita mantenido por el estado."

"Sí."

"¿Cuál era la idea?"

"Que, sin educación, un ciudadano no era un votante saludable."

"Precisamente. El estado, por tanto, con un gran gasto, proporcionaba educación gratis a todas las personas. Iba sobre todo en provecho del ciudadano el aceptar esta educación igual que lo es para usted el aceptar esta provisión, pero iba todavía más en interés del estado que el ciudadano la aceptase. ¿Ve el quid de la cuestión?"

"Puedo ver que el interés del estado es que yo acepte una educación, pero no exactamente por qué es interés del estado el que yo acepte una participación en la riqueza pública."

"Sin embargo es por la misma razón, a saber, el interés público en el buen gobierno. Sostenemos que es un principio evidente en sí mismo que cada uno de quienes ejercen el sufragio no sólo reciba una educación, sino que tenga una participación en el país, para que su propio interés se identifique con el interés público. En tanto que el poder ejercido por cada ciudadano a través del sufragio es el mismo, la participación económica debería ser la misma, y de este modo ve usted cómo llegamos a la razón del por qué la seguridad pública requiere que usted acepte lealmente su igual participación en el país completamente al margen de la ventaja personal que obtiene al hacerlo."

"¿Sabe," dije, "que esta idea de ustedes, de que cada uno de los que votan debería tener una participación económica en el país, es una idea en la cual nuestros más rancios Conservadores insistían con gran afición, pero la conclusión práctica que extraían de ella era diametralmente opuesta a la que extraen ustedes? Ellos habrían estado de acuerdo con ustedes en el axioma de que el poder político y la participación económica en el país deberían ir juntos, pero la aplicación práctica que hacían de ello era negativa en vez de positiva. Usted argumenta que debido a que junto al sufragio debería ir un interés económico en el país, todos los que tienen sufragio deben tener ese interés garantizado. Ellos argumentaban, a la inversa, que a todos los que no tenían participación económica había que quitarles el voto. No pocos de mis amigos mantenían que alguna limitación semejante sobre el voto era necesaria para salvar del fracaso el experimento democrático."

"Es decir," observó el doctor, "se proponía la salvación del experimento democrático mediante su abandono. Era un pensamiento ingenioso, pero resulta que la democracia no era un experimento que pudiese ser abandonado, sino una evolución que debía ser hecha realidad. ¡De qué manera tan estremecedora ese discurso de sus contemporáneos sobre limitar el sufragio en función de la posición económica de los ciudadanos ilustra el fracaso de incluso las clases más inteligentes de su época en captar el pleno significado de la fe democrática que profesaban! El principio fundamental de la democracia es el valor y la dignidad del individuo. La dignidad, que consiste en la calidad de la naturaleza humana, es esencialmente la misma en todos los individuos, y por tanto la igualdad es el principio vital de la democracia. A esta intrínseca e igual dignidad del individuo deben supeditarse todas las circunstancias materiales, y subordinarse los accidentes y atributos personales. La elevación del ser humano independientemente de las personas es el único motivo constante y racional de la política democrática."

Contrasta con este concepto esa afectada noción de sus contemporáneos en cuanto a restringir el sufragio. Reconociendo las disparidades materiales en las circunstancias de los individuos, propusieron adaptar los derechos y dignidades del individuo a sus circunstancias materiales en vez de adaptar las circunstancias materiales a la esencial e igual dignidad del hombre."

"En resumidas cuentas," dije, "mientras bajo nuestro sistema adaptábamos el hombre a las cosas, ustedes creen que es más razonable adaptar las cosas al hombre?"

"Esa es, de hecho," replicó el doctor, "la diferencia vital entre el viejo y el nuevo orden."

Caminamos en silencio durante un rato. Luego, dijo el doctor: "Intentaba recordar una expresión que usó usted, que sugería una gran diferencia entre el sentido en que la misma frase era entendida en su época y lo es ahora. Estaba diciendo que pensábamos que todo el que vota debería ser propietario de una participación en el país, y usted hizo la observación de que alguna gente tenía la misma idea en su época, pero conforme a nuestro punto de vista sobre lo que es una participación en el país, nadie la tenía o podía tenerla bajo su sistema económico."

"¿Por qué no? pregunté. "¿Las personas que eran dueños de una propiedad en un país—un millonario, por ejemplo, como yo—no tenían una participación en él?"

"En el sentido de que su propiedad estaba geográficamente ubicada en el país, pudiera llamarsele quizá una participación dentro del país, pero no una participación en el país. Se trataba de una exclusiva propiedad de un pedazo del país o de una porción de la riqueza que había en el país, y a todo lo que motivaba al propietario era a la dedicación a y la preocupación por esa específica porción, sin tener en cuenta el resto. Esa participación separada o la ambición por obtenerla, lejos de hacer a su propietario o buscador un

ciudadano devoto del bienestar común, era completamente probable que le hiciese un ciudadano peligroso, porque su interés egoísta era agrandar su participación independiente a expensas de sus conciudadanos y del interés público. Sus millonarios—y no se dé por aludido, por supuesto—parecen haber sido la clase más peligrosa de ciudadanos que tenían ustedes, y eso es justo lo que podría esperarse del hecho de que tuviesen lo que ustedes llamarían, pero nosotros no, una participación en el país. La riqueza poseída de esa manera, sólo podía ser una influencia disgregadora y antisocial.

"Lo que nosotros queremos decir con una participación en el país es algo que nadie podía tener hasta que la solidaridad económica hubiese reemplazado a la propiedad privada del capital. Cada uno, desde luego, tiene su propia casa y terreno si él o ella los desea, y siempre sus propios ingresos para usarlos como les plazca; pero estos son asignaciones para uso únicamente, y, siendo siempre iguales, no pueden ser motivo de desavenencias. El capital de la nación, la fuente de todo este consumo, es poseído por todos en común, y es imposible que hubiese ninguna disputa, basada en el egoísmo, en cuanto a la administración de este interés común del cual dependen todos los intereses privados, no importa cuales sean las diferencias de criterio que pueda haber. La participación de los ciudadanos en este fondo común es un tipo de participación en el país que hace imposible lesionar el interés de otro sin lesionar el propio interés, o favorecer el propio interés sin promover igualmente todos los demás intereses. En cuanto a su relevancia económica puede decirse que hace que la Regla de Oro sea un principio automático de gobierno. Lo que haríamos por nosotros mismos debemos necesariamente hacerlo por los demás. Antes de que la solidaridad económica hiciese posible llevar a cabo en este sentido la idea de que cada ciudadano debería tener una participación en el país, el sistema democrático nunca había tenido una oportunidad para desarrollar su talento natural."

"Parece," dije, "que su principio fundamental de igualdad

económica que supuse que estaba principalmente sugerido y proyectado en interés del bienestar material de la gente, es no menos un principio político para salvaguardar la estabilidad y el sabio ordenamiento del gobierno."

"Indudablemente," replicó el doctor. "Nuestro sistema económico es una medida de nuestros hombres de estado tanto como de la humanidad. Ya ve, la primera condición de eficiencia o estabilidad en cualquier gobierno es que el poder que gobierna tenga un interés directo, constante, y supremo en el bienestar general—esto es, en la prosperidad del estado al completo en tanto que distinguible de cualquier parte de él. El punto fuerte de la monarquía fue que el rey, por razones egoístas en tanto que poseedor del país, tenía la sensación de este interés. La forma autocrática de gobierno, basada únicamente en eso, siempre tuvo un cierto tipo tosco de eficiencia. Por otra parte, la fatal debilidad de la democracia durante su fase negativa previa a la gran Revolución había sido que el pueblo, que era el gobernante, tenía individualmente un interés únicamente indirecto y sentimental en el estado en su conjunto, o en su maquinaria—su interés real, principal, constante, y directo estaba concentrado en sus fortunas personales, sus participaciones privadas, diferentes de y contrarias a la participación general. En momentos de entusiasmo podían unir fuerzas en apoyo del bien público, pero en su mayor parte éste no tenía guardián, sino que estaba a merced de hombres y facciones arteros que buscaban desvalijar el bien público y utilizar la maquinaria del gobierno para fines personales o de clase. Esta era la debilidad estructural de las democracias, mediante cuyo efecto, después de pasar su primera juventud, se hacían invariablemente, a medida que se desarrollaba la desigualdad de la riqueza, las más corruptas y despreciables de todas las formas de gobierno y las más susceptibles de abuso y perversión para propósitos

egoístas, personales y de clase. Era una debilidad incurable en tanto que el capital del país, sus intereses económicos, permaneciese en manos privadas, y una debilidad que sólo podía ser remediada mediante la radical abolición del capitalismo privado y la unificación del capital de la nación bajo el control colectivo. Hecho esto, el mismo motivo económico —que, mientras el capital permanecía en manos privadas, era una influencia disgregadora tendente a destruir el espíritu público que es el aliento de la vida en una democracia— se convirtió en la más poderosa de las fuerzas cohesivas, haciendo del gobierno popular no sólo el más justo idealmente, sino en la práctica el más exitoso y el más eficiente de los sistemas políticos. El ciudadano, que antes había sido el adalid de una parte contra el resto, se convirtió mediante este cambio en el guardián de la totalidad."

IV. Una oficina bancaria del siglo veinte

Las formalidades en el banco resultaron ser muy simples. El Dr. Leete me presentó al superintendente, y el resto se siguió como algo natural, no llevando todo el proceso más de tres minutos. Fui informado de que el crédito anual de un ciudadano adulto para ese año era de 4000 dólares, y que la porción que me correspondía para lo que quedaba de año, estando a últimos de septiembre, era de 1075,41 dólares. Saqué justificantes hasta una cuantía de 300 dólares, dejando el resto en depósito exactamente como habría hecho en uno de los bancos del siglo diecinueve al sacar dinero para uso en el momento. Cuando concluyó la transacción, el Sr. Chapin, el superintendente, me invitó a su oficina.

"¿Qué le parece nuestro sistema bancario comparado con el de su época?" preguntó.

"Tiene una manifiesta ventaja desde el punto de vista de un resucitado sin blanca como yo," dije—"a saber, que uno recibe un crédito sin haber hecho un depósito; aparte de eso apenas conozco lo suficiente de él para dar una opinión."

"Cuando llegue a familiarizarse más con nuestros métodos bancarios," dijo el superintendente, "creo que quedará impresionado con su parecido con los de su época. Desde luego, no tenemos dinero y nada que responda a dinero, pero toda la ciencia bancaria desde sus comienzos estaba preparando el camino para la abolición del dinero. El único modo, realmente, en el cual nuestro sistema difiere del suyo es que cada uno empieza el año con el mismo balance en su crédito y que este crédito no es transferible. En cuanto a requerir depósitos antes de que las cuentas sean abiertas, somos total y necesariamente tan estrictos como lo eran sus

banqueros, únicamente en su caso el pueblo, colectivamente, hace el depósito de una vez. Este depósito colectivo está hecho de provisiones de tales diferentes artículos e instalaciones para los diferentes servicios públicos como se espera que sean necesarios. Se ponen los precios o los costes estimados sobre estos artículos y servicios, y la suma agregada de los precios dividida por la población da la cuantía del crédito personal de los ciudadanos, que es simplemente su parte alícuota de los artículos y servicios disponibles para el año. No hay duda, sin embargo, de que el Dr. Leete le ha hablado de todo esto."

"Pero yo no estaba aquí para ser incluido en la estimación del año," dije. "Espero que mi crédito no sea sacado del de otras personas."

"No debe sentir preocupación," replicó el superintendente. "Aunque es asombroso cómo las variaciones en la demanda se equilibran unas con otras cuando están involucradas grandes poblaciones, aun así sería imposible dirigir un asunto tan grande como el nuestro sin grandes márgenes. El objetivo de la producción de productos perecederos, y aquellos en los cuales el capricho cambia a menudo, es mantenerse tan poco por delante de la demanda como sea posible, pero en todos los productos de primera necesidad importantes se arrastran constantemente excedentes tan grandes que una sequía de dos años no afectaría el precio de los no perecederos, mientras que un inesperado aumento de varios millones en la población podría asumirse en cualquier momento sin alteraciones."

"El Dr. Leete me ha dicho," dije, "que toda parte del crédito que no sea usada por un ciudadano durante el año es cancelada, no siendo válida para el año siguiente. Supongo que esto es para evitar la posibilidad de acaparar, mediante la cual la igualdad de sus circunstancias económicas podría ser socavada."

"Tendría el efecto de evitar tal acaparamiento, ciertamente,"

dijo el superintendente, "pero es por otra parte necesario para simplificar la contabilidad nacional y evitar la confusión. El crédito anual es una ordenanza sobre una provisión específica disponible durante cierto año. Para el año siguiente se ha de hacer un nuevo cálculo con elementos algo diferentes, y para hacerlo, los libros han de estar cuadrados, y cancelados todos los pedidos que no se han presentado, para que podamos saber exactamente dónde estamos."

"Por otra parte, ¿qué ocurrirá si sobrepaso mi crédito antes de que termine el año?"

El superintendente sonrió. "He leído," dijo, "que el despilfarro era un grave mal en su época. Nuestro sistema tiene la ventaja sobre el suyo porque los más incorregibles derrochadores no pueden sobrepasar la fontera de su capital, que consiste en su indivisible e igual participación en el capital de la nación. Todo lo que puede hacer como mucho es despilfarrar el dividendo anual. Si usted hace esto, no tengo duda de que sus amigos cuidarán de usted, y si no lo hacen, puede estar seguro de que lo hará la nación, porque no tenemos el estómago que permitió a nuestros antepasados disfrutar de la abundancia con gente hambrienta a su alrededor. El hecho es que somos tan aprensivos que si supiésemos que un sólo individuo en la nación estuviera en necesidad, nos quitaría el sueño. Si usted insistiese en estar en necesidad, tendría que esconderse para tal propósito.

"¿Tiene alguna idea," pregunté, "sobre a cuánto equivale este crédito de 4000 dólares en términos de poder adquisitivo de 1887?"

"Entre aproximadamente 6000 ó 7000 dólares, diría yo," replicó el Sr. Chapin. "Estimando la posición económica del ciudadano debe considerar que ahora hay una gran variedad de servicios y artículos de los que se provee gratuitamente por cuenta pública, por los cuales antaño los individuos tenían que pagar, como, por ejemplo, el agua, la luz, la música, las noticias, el teatro y la ópera, toda clase de

comunicaciones postales y eléctricas, el transporte, y otras cosas demasiado numerosas para detallar."

"Puesto que suministran tanto por cuenta pública o común, ¿por qué no suministran todo de ese modo? Simplificaría las cosas, digo yo."

"Nosotros creemos, por el contrario, que complicaría la administración, y ciertamente no sería conveniente para la gente tampoco. Ya ve, aunque insistimos en la igualdad, detestamos la uniformidad, y pretendemos dar juego libre a la mayor variedad posible de gustos en nuestro gasto."

Pensando que podría estar interesado en inspeccionarlos, el superintendente había traído a la oficina algunos de los libros del banco. Sin haber sido experto en absoluto en los métodos de contabilidad del siglo diecinueve, quedé muy impresionado con la extrema sencillez de estas cuentas comparadas con cualquiera de aquellas con las que había estado familiarizado. Hablando de esto, añadí que me impresionaba tanto más, cuanto me había dado la impresión de que, grandes como eran las superioridades del sistema de cooperación nacional sobre nuestro modo de hacer negocios, debían de implicar un gran incremento en la cantidad de contabilidad comparada con lo que era necesario bajo el viejo sistema. El superintendente y el Dr. Leete se miraron entre sí y sonrieron.

"¿Sabe, Sr. West," dijo el primero, "que nos sorprende como algo singular que tuviese usted esa idea? Estimamos que bajo nuestro sistema basta un contable donde se necesitaban docenas en su época."

"Pero," dije, "la nación tiene ahora una cuenta diferente con o para cada hombre, mujer, y niño del país."

"Desde luego," replicó el superintendente, "pero ¿no la tenía en su época? ¿Cómo, si no, podría haber evaluado y recaudado impuestos o cobrado una docena de otros

gravámenes a los ciudadanos? Por ejemplo, su sistema de impuestos por sí solo con sus investigaciones, tasaciones, maquinaria de recaudación y multas era inmensamente más complejo que la contabilidad de estos libros que tiene delante, los cuales consisten, como ve, en dar a cada persona el mismo crédito al principio del año, y después sencillamente registrar lo que se va retirando, sin cálculo de interés u otras circunstancias cuales sean. De hecho, Sr. West, las circunstancias son tan sencillas e invariables que las cuentas se mantienen automáticamente mediante una máquina, y el contable meramente desempeña su función mediante un teclado."

"Pero entiendo que también se mantiene un registro de cada ciudadano sobre sus servicios, como base para ascenderle o degradarle."

"Ciertamente, y muy minucioso, tomando muchísimas precauciones contra el error o la falta de equidad. Pero es un registro que no tiene ninguna de las complicaciones de las de sus cuentas de dinero o salarios por el trabajo realizado, sino que es más bien como los sencillos registros de honores de sus instituciones educativas mediante los cuales se determinaba el rango de los estudiantes."

"¿Pero el ciudadano también tiene relaciones con los almacenes públicos desde los cuales abastece sus necesidades?"

"Ciertamente, pero no una relación contable. Como su gente habría dicho, todas las compras son en efectivo —esto es, con la tarjeta de crédito."

"Queda," insistí, "la contabilidad por bienes y servicios entre los almacenes y los departamentos productivos y entre los diferentes departamentos."

"Ciertamente; pero estando todo el sistema bajo una única dirección y trabajando todas las partes conjuntamente sin

fricción y sin motivo para segundas intenciones, tal contabilidad es un juego de niños comparado con el ajuste de las transacciones entre los capitalistas privados, que desconfiaban mutuamente, que se repartían entre ellos el campo de los negocios de su época, y se sentaban por las noches a urdir trucos para engañarse, derrotarse, y extralimitarse mutuamente."

"Pero ¿qué pasa con las estadísticas elaboradas sobre las cuales se basan los cálculos que guían la producción? Al menos se necesita bastante cálculo."

"Su gobierno nacional y los estatales," replicó el Sr. Chapin, "publicaban anualmente cantidades masivas de similares estadísticas, aunque a menudo muy imprecisas, la obtención de cuyo acumulado debe de haber costado muchos más apuros, considerando que implicaba una investigación, que no era bienvenida, en los asuntos de personas privadas, en vez de una mera recolección de informes de los libros de diferentes departamentos de un gran negocio. En su época, cada fabricante, comerciante, y almacenista tenía que hacer un pronóstico del probable consumo, y los errores significaban la ruina. Sin embargo, no podía sino adivinar, porque no tenía suficientes datos. Dense los completos datos que tenemos nosotros, y el pronóstico se verá tan incrementado en certidumbre como simplificado en dificultad."

"Cortesmente le ruego me ahorre más demostraciones de la estupidez de mi crítica."

"Dios mío, Sr. West, no es cuestión de estupidez. Un sistema de cosas completamente nuevo siempre causa en la mente la impresión de complejidad a primera vista, aunque al examinarlo puede descubrirse que es la simplicidad en sí misma. Pero por favor no me haga parar justo ahora, porque solamente le he contado una parte del asunto. Le he

mostrado cuán pocas y sencillas son las cuentas que llevamos comparadas con las de las correspondientes relaciones que llevaban ustedes; pero la parte principal del asunto la constituyen las cuentas que tenían que llevar ustedes y que nosotros no llevamos en absoluto. El débito y crédito ya no se conocen; el interés, la renta, las ganancias, y todos los cálculos basados en ellos ya no tienen lugar en los asuntos humanos. En su época, todos, además de en su cuenta con el estado, estaban involucrados en una red de cuentas con todo lo que se relacionaba con ellos. Incluso el más humilde asalariado estaba en los libros de media docena de comerciantes, mientras un hombre con posesiones podía estar en cientos, y esto sin hablar de hombres implicados en actividades comerciales. Un simple dólar tenía que ser asentado tantas veces en tantos lugares, al ir de mano en mano, que nosotros calculamos en alrededor de cinco años lo que debe haber costado en tinta, papel, pluma, y contrato del administrativo, por no hablar de irritación y preocupación. Todas esas formas de cuentas y negocios privados ahora se han terminado. Nadie debe a nadie, ni nadie le debe, ni tiene ningún contrato con nadie, ni ninguna cuenta de ninguna clase con nadie, sino que está sencillamente en deuda con todos por tan amable consideración como sus virtudes puedan atraer."

V. Experimento una nueva sensación

"Doctor," dije según salíamos del banco, "tengo una sensación muy singular."

"¿Qué clase de sensación?"

"Es una sensación que nunca antes había tenido," dije, "y nunca pensé que iba a tener. Me siento con ganas de ir a trabajar. Sí, Julian West, millonario, zángano de profesión, que nunca hizo nada útil en su vida y nunca quiso hacerlo, se encuentra arrebatado por un subyugante deseo de arremangarse y hacer algo que resulte en un equivalente a su sustento."

"Pero," dijo el doctor, "el Congreso le ha declarado invitado de la nación, y le ha eximido expresamente del deber de prestar cualquier clase de servicio público."

"Todo eso está muy bien, y lo acepto cortesmente, pero empiezo a tener la sensación de que no disfrutaría sabiendo que estaba viviendo a costa de otra gente."

"¿Qué supone usted," dijo el doctor, sonriendo, "que le ha dado esta sensibilidad acerca de vivir a costa de otros, lo cual, como usted dice, no había sentido antes?"

"Nunca he sido muy dado al autoanálisis," repliqué, "pero el cambio en mi modo de sentir se explica muy fácilmente en este caso. Me encuentro rodeado por una comunidad donde todo miembro que no esté físicamente incapacitado está cumpliendo su papel con objeto de proporcionar la prosperidad material que comparto. La sensibilidad de una persona tiene que ser notablemente dura para no sentirse avergonzado en tales circunstancias si dicha persona no se

responsabiliza con el resto y cumple su papel. ¿Por qué no me sentía de este modo en el siglo diecinueve en relación con el deber de trabajar? Vaya, sencillamente porque entonces no había tal sistema para compartir el trabajo, o de hecho absolutamente ningún sistema. Debido a que no había juego limpio ni insinuación de justicia en la distribución del trabajo, quienes podían lo eludían, y quienes no podían eludirlo maldecían a los afortunados y se vengaban haciendo un trabajo tan malo como podían. Suponga que un joven rico como yo tuviese la sensación de que le gustaría cumplir con su papel. ¿Cómo le iba a ir? No había absolutamente ninguna organización mediante la cual el trabajo pudiese ser compartido en base a ningún principio de justicia. No había posibilidad de cooperación. Teníamos que elegir entre aprovecharnos del sistema económico para vivir a costa de otra gente o que dicha gente se aprovechara de él para vivir a nuestra costa. Teníamos que trepar por la espalda de los demás como único medio de evitar que trepasen por la nuestra. Teníamos el dilema de beneficiarnos de un sistema injusto o ser sus víctimas. No habiendo más satisfacción moral en una de estas alternativas que en la otra, naturalmente preferíamos la primera. En visiones momentáneas, lo más decente de nosotros comprendía la infame mezquindad de gorronear a los trabajadores, pero nuestras conciencias estaban completamente endemoniadas por un sistema económico que parecía un follón sin esperanza, a través del cual nadie podía ver o que nadie podía arreglar o bajo el cual nadie podía hacer lo correcto. Y digo que no había nadie de mi clase, ciertamente ninguno de mis amigos, que, puesto en la misma situación que yo estoy esta mañana en presencia de un absolutamente sencillo, justo y equitativo sistema de distribución de la carga industrial, no sentiría exactamente como yo el impulso de arremangarse y responsabilizarse."

"Estoy totalmente seguro de ello," dijo el doctor. "Su experiencia confirma sorprendentemente el capítulo de la historia revolucionaria que nos cuenta que cuando el

presente orden económico fue establecido, aquellos que bajo el antiguo sistema habían sido los más incorregibles zánganos y vagabundos, respondiendo a la absoluta justicia y ecuanimidad del nuevo orden, se enrolaron al servicio del estado con entusiasmo. Pero hablando de lo que va a hacer, ¿por qué no le parece bien mi primera sugerencia, de hablar a nuestro pueblo sobre el siglo diecinueve, mediante conferencias?"

"Primero pensé que sería una buena idea," repliqué, "pero nuestra charla de esta mañana en el jardín casi me ha convencido de que la última persona que podía pensarse que tiene una idea inteligente del siglo diecinueve, de lo que significó, y de adónde nos estaba llevando, era precisamente yo y mis contemporáneos de entonces. Después de que haya estado con usted unos años puede que aprenda lo suficiente sobre mi propia época para discutir de ella inteligentemente."

"Hay algo de verdad en eso," replicó el doctor. "Mientras tanto, ¿ve ese gran edificio con una cúpula, justo cruzando la plaza? Es nuestra Bolsa Industrial local. Quizá, en vista de que estamos hablando de lo que va a hacer usted para ser útil, puede interesarle conocer un poco el método mediante el cual nuestro pueblo elige su ocupación."

Asentí de buena gana, y cruzamos la plaza hacia la bolsa.

"Hasta ahora le he dado," dijo el doctor, "únicamente una descripción general de nuestro sistema de servicio industrial universal. Sabe que cada persona de ambos sexos, a no ser que esté exenta por alguna razón temporal o permanente, entra al servicio público industrial a los veintiún años, y tras tres años de un tipo general de aprendizaje en grados no clasificados elige una ocupación en particular, a no ser que prefiera estudiar más en alguna de las profesiones científicas. Como hay un millón de jóvenes, más o menos, que eligen de este modo anualmente su ocupación, puede imaginar que debe ser una tarea compleja el encontrar un lugar para cada uno, que resulte adecuado para el gusto de

él o ella y para las necesidades del servicio público."

Aseguré al doctor que de hecho yo ya había hecho esta reflexión.

"Unos breves momentos bastarán," dijo, "para desengañarle de esa noción y para mostrarle de qué modo tan maravilloso un pequeño sistema racional ha simplificado la tarea de encontrar una adecuada vocación en la vida, lo cual solía ser un asunto tan difícil en su época y tan raro de lograr de una manera satisfactoria."

Encontrando un rincón confortable para nosotros cerca de las ventanas del vestíbulo central, el doctor trajo acto seguido un montón de formularios y horarios y procedió a explicármelos. Primero me mostró la declaración anual de exigencias del Gobierno Central, que especificaba en qué proporción la fuerza de trabajadores que iba a estar disponible ese año debía distribuirse entre las diversas ocupaciones para continuar con el servicio industrial. Esa era la parte del asunto que representaba las necesidades del servicio público que debían ser cubiertas. A continuación me mostró el formulario de voluntariado o preferencia, en el cual cada joven que ese año se graduaba del servicio no clasificado, indicaba, si así lo elegía, el orden de su preferencia en relación a las diversas ocupaciones de que consta el servicio público, sobreentendiéndose que si no rellenaba el formulario, él o ella deseaban ser asignados a conveniencia del servicio.

"Pero," dije, "el lugar de residencia es a menudo tan importante como la clase de ocupación que uno tiene. Por ejemplo, uno podría no desear ser separado de los padres, y ciertamente no desearía ser separado de su novia, no importa lo agradable que la ocupación asignada pudiese ser en otros aspectos."

"Muy cierto," dijo el doctor. "Si, de hecho, nuestro sistema industrial se dedicase a separar enamorados y amigos,

maridos y mujeres, padres e hijos, sin considerar sus deseos, ciertamente no habría durado mucho. Vea esta columna de áreas. Si pone una cruz en Boston en esa columna, se hace imperativo para la administración el proporcionarle un empleo en algún lugar de este distrito. Es uno de los derechos de todo ciudadano el pedir empleo en su propio distrito. De otro modo, como dice usted, los lazos de amor y amistad podrían romperse bruscamente. Pero, desde luego, uno no puede nadar y guardar la ropa también; si hace usted imperativo el propio distrito, puede tener que tomar una ocupación cuando habría preferido otra que pudiese haber estado abierta para usted si hubiese estado dispuesto a dejar su hogar. Sin embargo, no es común que uno tenga que sacrificar, por lazos de afecto, la carrera elegida. El país está dividido en distritos o círculos industriales, cada uno de los cuales se pretende que sea un sistema industrial completo, tanto como sea posible, donde todas las artes y ocupaciones importantes estén representadas. De este modo se hace posible para la mayoría de nosotros el encontrar una oportunidad en la ocupación elegida sin separarnos de los amigos. Esto se hace de la manera más sencilla, ya que los modernos medios de comunicación han abolido hasta tal punto la distancia que el hombre que vive en Boston y trabaja en Springfield, a más de cien kilómetros, están tan cerca de su lugar de trabajo como lo estaba el trabajador corriente en su época. Uno que, viviendo en Boston, trabajase a unos trescientos kilómetros (en Albany), estaría mucho mejor situado que el habitante de los suburbios que trabajase en Boston hace un siglo. Pero mientras un gran número desea encontrar ocupaciones al lado de casa, hay también muchos que por amor al cambio tienen gran predilección por dejar los escenarios de su niñez. Estos también indican sus preferencias marcando el número del distrito al cual prefieren ser asignados. Igualmente puede indicarse una segunda o tercera preferencia, para que de hecho sea difícil que uno no obtenga, al menos, una ubicación en la parte del país que desea, aunque el área de preferencia sea imperativo únicamente cuando la persona

deseo permanecer en su distrito. En otro caso, se hacen consultas en lo concerniente a su consistencia con las pretensiones que puedan estar en conflicto. El voluntario que ha rellenado de este modo su formulario de preferencias, lo lleva al registrador adecuado y se estampa en él oficialmente su clasificación."

"¿En qué consiste la clasificación?" pregunté.

"Es el número que indica su status previo en las escuelas y durante su servicio como trabajador no clasificado, y se supone que proporciona el mejor criterio alcanzable hasta ese momento acerca de su relativa inteligencia, eficiencia, y dedicación al deber. Donde haya más voluntarios para una ocupación en particular que las plazas disponibles, los que están más abajo en la clasificación se tienen que conformar con su segunda o tercera preferencia. Los formularios de preferencia se entregan finalmente a la bolsa local, y son ordenados en la oficina central del distrito industrial. Todos los que han hecho imperativo el trabajo en su distrito reciben trabajo en primer lugar conforme a su clasificación. Los formularios de los que prefieren trabajar en otros distritos se reexpiden a la oficina nacional y son ordenados con los de los otros distritos, para que los voluntarios puedan recibir un trabajo lo más parecido a sus deseos, sujeto, cuando surja conflicto entre demandas, al derecho de su clasificación relativa. Siempre se ha observado que las excentricidades personales de individuos dentro de grandes conjuntos tienen una asombrosa tendencia a equilibrarse y complementarse mutuamente, y este principio está sorprendentemente ilustrado en nuestro sistema de elección de ocupación y área. Los formularios de preferencia se rellenan en junio, y el primero de agosto cada uno o cada una sabe dónde ha de presentarse al servicio en octubre.

"Sin embargo, si uno ha recibido una asignación que rotundamente no es bien acogida, sea por el área o por la ocupación, no es demasiado tarde incluso entonces, o de hecho en cualquier otro momento, para esforzarse en

encontrar otra. La administración ha hecho todo lo posible para ajustar las aptitudes y deseos individuales de cada trabajador a las necesidades del servicio público, pero su maquinaria está al servicio del trabajador para cualquier intento ulterior que quiera hacer para acomodarse mejor."

Y entonces el doctor me llevó al Departamento de Transferencias y me mostró cómo las personas que no estaban satisfechas con la ocupación asignada o con el área se ponían en comunicación con todos los demás de cualquier parte del país que estuviesen similarmente no satisfechos, y arreglasen, sujetos a regulaciones liberales, los intercambios que les resultasen mutuamente agradables.

"Si una persona no es absolutamente reacia a hacer nada de nada," dijo, "y no objeta todas las partes del país igualmente, debería ser capaz de encontrar, antes o después, tanto una ocupación como un área casi como desea. Y si, después de todo, hubiese alguien tan torpe que no tuviese esperanzas de acertar en la ocupación ni hacer un mejor intercambio con otro, aun así no hay ocupación tolerada por el estado que no hubiese sido en lo que a sus condiciones respecta un regalo de Dios para los trabajadores de su época situados con la mejor suerte. No hay ninguna en la cual el peligro para la vida o la salud no se haya reducido a un mínimo, y la dignidad y los derechos del trabajador no estén absolutamente garantizados. La administración estudia constantemente poner atractivos a las ocupaciones menos atractivas, mediante ventajas especiales en cuanto al ocio y por otra parte siempre para mantener el equilibrio de preferencias entre ellas tanto como sea posible; y si, finalmente, hubiese alguna ocupación que, después de todo, permaneciese tan desagradable que no atrajese voluntarios, y aun así fuese necesaria, sus funciones serían llevadas a cabo por todos en rotación."

"Como, por ejemplo," dije, "el trabajo de reparar y limpiar las alcantarillas."

"Si esa clase de trabajo fuese tan ofensiva como debe de haber sido en su época, me atrevo a decir que podría haberse hecho mediante una rotación en la que todos habrían tenido su turno," replicó el doctor, "pero nuestras alcantarillas están tan limpias como nuestras calles. Solamente llevan agua que ha sido depurada químicamente y se le ha quitado el mal olor antes de entrar en ellas, mediante un aparato conectado con cada casa. Mediante el mismo aparato todos los residuos sólidos son incinerados electricamente, y separados en forma de cenizas. Esta mejora en el sistema de alcantarillado, que siguió a la gran Revolución muy de cerca, podía haber esperado cien años a ser introducido, a no ser por la Revolución, aunque el necesario conocimiento científico y los aparatos habían estado disponibles desde hacía mucho. Este caso es un mero ejemplo entre mil, de los dispositivos para evitar las clases de trabajo repulsivas y peligrosas que, aunque bastante sencillos, el mundo nunca se habría preocupado de adoptar en tanto los ricos tuviesen en los pobres una raza de resignados siervos económicos sobre los cuales echar todas sus cargas. El efecto de la igualdad económica fue hacer que todos tuviesen igual interés en evitar, tanto como fuese posible, las tareas más desagradables, ya que desde entonces debían ser compartidas por todos. De este modo, completamente aparte de los aspectos morales del asunto, el progreso de la ciencia química, sanitaria, y mecánica está en deuda incalculable con la Revolución."

"Probablemente," dije, "a veces tendrán personas excéntricas —'varas torcidas' los llamábamos— que se niegan a adaptarse al orden social bajo ningún concepto o a admitir nada semejante a la obligación social. Si una persona así se niega de plano a prestar cualquier clase de servicio industrial o útil, bajo ningún concepto, ¿qué se hace con ella? ¿Sin duda habrá un aspecto coercitivo en su sistema para tratar con tales personas?"

"No, en absoluto," replicó el doctor. "Si nuestro sistema no

puede mantenerse en pie sobre sus méritos, como el mejor orden para promover el más alto bienestar para todos, dejemosle caer. En cuanto al asunto del servicio industrial, la ley es sencilla, y a cualquiera que se niegue a asumir su papel en el mantenimiento del orden social no se le permitirá participar de sus beneficios. Obviamente no sería justo para el resto, que así lo hiciese. Pero en cuanto a obligarle a trabajar contra su voluntad por la fuerza, tal idea sería horrenda para nuestro pueblo. El servicio a la sociedad es, por encima de todo, un servicio de honor, y todo lo que se asocia con él es lo que ustedes llamaban caballeroso. Al igual que en su época los soldados no servirían con remolones, sino que expulsarían ignominiosamente del campo a los cobardes, así nuestros trabajadores rechazarían la compañía de personas que abiertamente buscasen evadir su deber cívico."

"¿Pero qué hacen con tales personas?"

"Si un adulto, no siendo criminal ni estando loco, se negase deliberada e inamoviblemente a prestar su parte de servicio de todas las maneras, sea en una ocupación de su elección o, si fracasa en su elección, en una asignada, se le proporcionaría una colección de semillas y herramientas que podría escoger y se le soltaría en una reserva expresamente preparada para tales personas, correspondiendo un poco quizá con las reservas apartadas para aquellos indios de su época que no estaban dispuestos a aceptar la civilización. Allí se le dejaría para que desarrollase una mejor solución para el problema de la existencia que la que ofrece nuestra sociedad, si puede. Creemos que tenemos el mejor sistema social posible, pero si hay uno mejor, queremos saberlo, para poder adoptarlo. Nosotros alentamos el espíritu del experimento."

"¿Y hay en realidad casos," dije, "de individuos que abandonan voluntariamente de este modo la sociedad en vez de cumplir su deber social?"

"Ha habido tales casos, aunque no conozco que haya ninguno actualmente. Pero la provisión para ellos existe."

VI. Honi soit qui mal y pense

Cuando llegamos a casa, el doctor dijo:

"Esta mañana voy a dejarle con Edith. El hecho es que mis obligaciones como mentor, aunque son muy de mi gusto, no son ningún chollo. Las cuestiones que han surgido en nuestras charlas, a menudo sugieren la necesidad de refrescar mi conocimiento general de los contrastes entre su época y esta, mediante la consulta de las autoridades en historia. La conversación de esta mañana ha señalado líneas de investigación que me mantendrán ocupado en la biblioteca durante el resto del día."

Encontré a Edith en el jardín, y recibí sus felicitaciones en relación con mi ciudadanía de pleno derecho. No pareció sorprenderse en absoluto al conocer mi intención de encontrar rápidamente un lugar en el servicio industrial.

"Desde luego querrás entrar al servicio lo antes que puedas," dijo. "Sabía que querrías. Es la única manera de entrar en contacto con la gente y sentir de verdad que se es uno de la nación. Es el gran acontecimiento que todos esperamos con ilusión desde la niñez."

"Hablar del servicio industrial," dije, "me recuerda una cuestión que se me ha ocurrido preguntarte docenas de veces. Entiendo que todo el que es capaz de hacerlo, tanto mujeres como hombres, sirve a la nación en alguna ocupación útil desde que tiene veintiún años hasta que tiene cuarenta y cinco; pero por lo que he visto hasta ahora, aunque das la imagen de salud y vigor, no tienes empleo, sino que eres como las jóvenes elegantes y ociosas de mi época, que pasaban su tiempo sentadas en el salón y estando atractivas."

Desde luego, es sumamente agradable para mi que estés tan libre, pero ¿cómo cuadra exactamente tanto tiempo de ocio con la obligación universal de servicio?"

Edith se divertía de lo lindo. "¿Y entonces pensabas que estaba haciendo el vago? ¿No se te ha ocurrido que en el servicio industrial pudiera haber cosas tales como vacaciones o permisos, y que el invitado bastante inusual e interesante que hay en nuestra familia pudiera darme una ocasión natural para tomar un permiso si podía conseguirlo?"

"¿Y puedes tomarte las vacaciones cuando te plazca?"

"Podemos tomar una parte de ellas cuando nos plazca, siempre sujetos, por supuesto, a las necesidades del servicio."

"Pero ¿qué haces cuando estás trabajando —enseñar en una escuela, pintar objetos de porcelana, llevar la contabilidad del Gobierno, estar tras un mostrador en los almacenes públicos, o de operadora con un teclado o línea telegráfica?"

"¿Esa lista agota el número de las ocupaciones de las mujeres de tu época?"

"Oh, no; esas eran únicamente algunas de sus ocupaciones más ligeras y placenteras. Las mujeres eran también las que fregaban, las que lavaban, las sirvientas de todo trabajo. Los tipos más repulsivos y humillantes de trabajo duro estaban adjudicados a las mujeres de las clases más pobres; pero supongo que, desde luego, no haces ninguno de esos trabajos."

"Puedes estar seguro de que hago mi parte de cualquier cosa desagradable que haya que hacer, y así lo hacen todos en la nación; pero, desde luego, hace tiempo que hemos arreglado los asuntos para que haya muy poco trabajo que hacer de ese tipo. Pero, dime, ¿no había mujeres en tu época que fuesen maquinistas, granjeras, ingenieras, carpinteras, que trabajasen en una fundición, constructoras, que manejasen motores, o miembros de otros grandes oficios?"

"No había mujeres en tales ocupaciones. Sólo las hacían los hombres."

"Supongo que lo sabía," dijo; "así lo he leído; pero es extraño hablar con un hombre del siglo diecinueve que es tan parecido a un hombre de hoy y darse cuenta de que las mujeres eran tan diferentes que parecían otra clase de seres."

"Pero, en realidad," dije, "no entiendo cómo las mujeres pueden ahora desenvolverse a este respecto de modo muy diferente, a no ser que sean físicamente mucho más fuertes. La mayoría de estas ocupaciones que acabas de mencionar eran demasiado pesadas para su fuerza, y por esa razón, principalmente, estaban limitadas a los hombres, como supongo que deben estarlo todavía."

"No hay ni una profesión u ocupación en toda la lista," replicó Edith, "en la cual las mujeres no tomen parte. Debido en parte a que somos físicamente más vigorosas que las pobres criaturas de tu época, hacemos tipos de trabajo que eran demasiado pesados para ellas, pero aún más es debido a la perfección de la maquinaria. En la medida en que nos hemos hecho más fuertes, todo tipo de trabajo se ha hecho más ligero. Ahora no se hace directamente casi ningún trabajo pesado; las máquinas hacen todo, y sólo tenemos que guiarlas, y cuanto más ligera es la mano que guía, mejor es el trabajo realizado. Así que ya ves que hoy en día las cualidades físicas tienen mucho menos que ver que las mentales con la elección de las ocupaciones. La mente está constantemente acercándose al trabajo, y mi padre dice que algún día seremos capaces de trabajar directamente por el mero poder de la voluntad y no tendremos necesidad de las manos en absoluto. Se dice que de hecho hay más mujeres que hombres en trabajos con grandes máquinas. Mi madre fue primer teniente en una gran fundición. Algunos tienen la teoría de que el sentido de poder que uno tiene al controlar máquinas gigantes atrae la sensibilidad de las mujeres incluso

más que la de los hombres. Pero realmente no es muy justo hacerte adivinar cuál es mi ocupación, porque todavía no me he decidido del todo."

"Pero has dicho que ya estabas trabajando."

"Oh, sí, pero ya sabes que antes de elegir en qué trabajaremos durante nuestra vida, estamos tres años en la clase de trabajadores no clasificados o misceláneos. Yo estoy en mi segundo año en esa clase."

"¿Qué haces?"

"Un poco de todo y nada durante mucho tiempo. La idea es darnos durante ese período un poco de experiencia práctica en todos los principales departamentos de trabajo, para que podamos conocer mejor cómo y qué elegir como ocupación. Se supone que hemos terminado la escuela antes de incorporarnos a esta clase, pero en realidad he aprendido más desde que estoy trabajando que en el doble de tiempo que pasé en la escuela. No puedes imaginarte lo perfectamente delicioso que es este grado de trabajo. No me extraña que algunos prefieran quedarse en él toda la vida, por el cambio constante de tarea, en vez de elegir una ocupación asidua. Justo ahora estoy entre trabajadores agrícolas en la gran granja que hay cerca de Lexington. Es delicioso, y estoy a punto de decidirme por elegir el trabajo en la granja como ocupación. Eso es lo que tenía en mente cuando te pedí que adivinases mi ocupación. ¿Crees que lo habrías adivinado alguna vez?"

"No creo que lo hubiese adivinado nunca, y a menos que las condiciones del trabajo en una granja hayan cambiado mucho desde mi época, no puedo imaginarme cómo podrías apañártelas con un traje de mujer."

Edith me miró durante un instante con una expresión sencillamente de sorpresa, abriendo más sus ojos. Luego su mirada se dirigió a su ropa, y cuando volvió a alzar su mirada

su expresión había cambiado y era a la vez meditativa, humorística, y completamente inescrutable. Acto seguido, dijo:

"¿No has observado, mi querido Julian, que la ropa de las mujeres que ves por la calle es diferente de la que las mujeres llevaban en el siglo diecinueve?"

"He notado, desde luego, que en general no llevan falda, pero que tu madre y tú vestís como las mujeres de mi época."

"¿Y no se te ha ocurrido preguntarte por qué nuestra ropa no era como la de ellas— por qué vestimos con falda y ellas no?"

"Posiblemente se me ha ocurrido entre las miles de preguntas que cada día surgen en mi pensamiento, únicamente para ser desterradas por otras miles antes de poder hacerlas; pero en este caso creo que me debería más bien haber preguntado por qué esas otras mujeres no visten como tú, en vez de por qué tú no vistes como ellas, porque tu ropa, que es como la que yo estoy acostumbrado a ver, naturalmente me da la impresión de ser la normal, y este otro estilo una variación por alguna razón especial o local que más tarde debería conocer. No debes pensar que soy completamente tonto. A decir verdad, estas otras mujeres apenas me han dado la impresión de ser muy reales. Al principio eras la única persona a mi alrededor de cuya realidad estaba completamente seguro. Todas las demás parecían meramente partes de un fantástico farrago de maravillas, más o menos posible, que tan sólo está comenzando a ser inteligible y coherente. Con el tiempo sin duda habría tomado conciencia del hecho de que había otras mujeres en el mundo además de ti y habría comenzado a hacer preguntas sobre ello."

Mientras hablaba del carácter absoluto con el que había dependido de ella durante aquellos primeros y

desconcertantes días para tener la certeza de incluso mi propia identidad, rápidamente las lágrimas brotaron en los ojos de mi acompañante, y, bueno, durante un tiempo las otras mujeres quedaron más completamente olvidadas que nunca.

Acto seguido dijo: "¿De qué estábamos hablando? Oh, sí, ya recuerdo sobre esas otras mujeres. Tengo que hacer una confesión. He sido culpable todo este tiempo de una especie de fraude hacia ti, o al menos de una flagrante supresión de la verdad, que no debería ser mantenida ni un momento más. Sinceramente espero que me perdones, en consideración a mis motivos, y no——"

"¿No qué?"

"No te sobresaltes demasiado."

"Me haces sentir mucha curiosidad," dije. "¿Cuál es el misterio? Creo que podré soportar la revelación."

"Escucha, entonces," dijo. "Aquella noche maravillosa, cuando te vi por primera vez, por supuesto que nuestro principal pensamiento fue evitar inquietarte, cuando recuperases la plena consciencia, con no mayor evidencia de las cosas asombrosas que habían ocurrido desde tu época que las que fuese necesario que vieses. Sabíamos que en tu época el uso de faldas largas en las mujeres era universal, y pensamos que ver a mi madre y a mi con ropa moderna sin duda te impactaría y te extrañaría mucho. Ahora, ya ves, aunque vestir sin falda es lo general —de hecho, casi universal— los almacenes suministran, o en ellos puede obtenerse con la mayor brevedad posible, ropa para muchas ocasiones, todos los vestidos posibles, antiguos y modernos, de todas las razas, edades y civilizaciones. Por tanto, fue muy fácil para nosotras aprovisionarnos con vestidos de estilo antiguo antes de que mi padre te presentase a nosotras. Dijo que la gente tenía en tu época unas ideas del recato y del decoro femeninos, que eso sería lo mejor. ¿Puedes perdonarnos,

Julian, por aprovecharnos de ese modo de tu desconocimiento?"

"Edith," dije, "en el siglo diecinueve había muchísimas costumbres arraigadas que tolerábamos porque no sabíamos como deshacernos de ellas, sin, no obstante, tener mejor opinión de ellas que la que tú tienes, y una de ellas era los vestidos por medio de los cuales nuestras mujeres solían disfrazarse e incapacitarse."

"¡Estoy encantada!" exclamó Edith. "¡Detesto absolutamente esas horribles bolsas, y no las llevaré puestas ni un momento más!" Y rogándome que esperase donde estaba, entró corriendo en casa.

Cinco minutos, quizá, espere allí en el cenador, donde habíamos estado sentados, y entonces, al oír unos pasos ligeros por la hierba, alcé mi mirada para ver a Edith con ojos de sonriente desafío de pie ante mí con ropa moderna. La he visto en cientos de variaciones de esa ropa desde entonces, y me he familiarizado con la inagotable diversidad de sus adaptaciones, pero desafío la imaginación del más grande artista para idear un diseño de color y tejido que produzca de nuevo en mí el efecto de cautivadora sorpresa que recibí de ese sencillo vestido que se puso tan rápidamente.

No sé por cuánto tiempo permanecí en pie mirándola sin palabras, con mis ojos mientras tanto testificando sin duda con bastante elocuencia cuán adorable la encontraba. Parece que ella, sin embargo, adivinaba más que eso en mi expresión, porque acto seguido exclamó:

"¡Daría cualquier cosa por saber qué estás pensando en el fondo! Debe de ser algo terriblemente raro. ¿Por qué te pones tan colorado?"

"Me abochorno por mí mismo," dije, y eso es todo lo que habría dicho, por más que me hubiese provocado. Ahora, a esta distancia en el tiempo, puedo decir la verdad. Mi primer

sentimiento, aparte de la abrumadora admiración, fue un leve asombro por la absoluta calma y soltura con que soportaba cómo la miraba fijamente. Esta es una confesión que muy bien puede resultar incomprensible para los lectores del siglo veinte, y no quiera Dios que capten jamás el punto de vista que les permita entenderla mejor. Una mujer de mi época, a no ser que estuviese profesionalmente acostumbrada a esta clase de ropa, se habría sentido abochornada y violenta, al menos durante un tiempo, bajo una mirada fija tan atenta como la mía, aunque fuese la de un hermano o la de un padre. Parece que yo estaba preparado para al menos una leve apariencia de confusión por parte de Edith, y fui consciente de mi sorpresa ante un comportamiento que sencillamente expresaba una ingenua satisfacción ante mi admiración. Me refiero a esta momentánea experiencia porque siempre me ha parecido que ilustra de un modo particularmente intenso el cambio que ha tenido lugar no sólo en la ropa sino en la actitud mental de un sexo respecto al otro, desde mi vida anterior. Para ser justo conmigo mismo debo apresurarme a añadir que este primer sentimiento de sorpresa se desvaneció igual que apareció, en un momento, entre dos latidos del corazón. Por sus ojos iluminados, serenos, capté el punto de vista del hombre moderno en lo que respecta a las mujeres, para no olvidarlo jamás. Entonces me ruboricé avergonzándome de mi mismo. Caballos salvajes no podrían haberme sacado a rastras el secreto de mi rubor en aquel momento, aunque a ella se lo dije hace tiempo.

"Estaba pensando," dije, y también así lo pensaba, "que deberíamos estar muy agradecidos a las mujeres del siglo veinte por revelar por primera vez las posibilidades artísticas de la ropa masculina."

"La ropa masculina," repitió, como si ella no terminase de comprender lo que yo quería decir. "¿Quieres decir mi ropa?"

"Vaya, sí; supongo que es ropa de hombre, ¿no?"

"¿Por qué más que de mujer?" respondió de un modo muy inexpresivo. "Ah, sí, de hecho he olvidado por un momento con quién estaba hablando. Ya veo; así que se consideraba ropa de hombre en tu época, cuando las mujeres se disfrazaban de sirenas. Puedes pensar que soy tonta por no captar tu idea más rápidamente, pero ya te dije que no despuntaba en historia. Han pasado ya dos generaciones desde que las mujeres y los hombres visten con esta ropa, y la idea de asociarla con los hombres más que con las mujeres no se le habría ocurrido sino a un profesor de historia. A nosotros nos da meramente la impresión de ser la única solución natural y conveniente para la necesidad de vestirnos, que es esencialmente la misma para ambos sexos, ya que la estructura de sus cuerpos es en líneas generales la misma."

VII. Una cadena de sorpresas

Los tintes en extremo delicados del atuendo de Edith me hicieron advertir que los efectos de color de la ropa actual parecían ser en general muy ligeros comparados con los que prevalecían en mi época.

"El resultado," dije, "es extremadamente agradable, pero si me disculpas una sugerencia más bien prosaica, se me ocurre que con toda la nación dada a vestir estos delicados diseños de color, las cuentas por lavado deben de ser bastante grandes. Supongo que empantanarían el tesoro nacional si las facturas de la lavandería son como las que solían ser."

Esta observación, que pensé que era muy sensata, hizo reír a Edith. "No hay duda de que no podríamos hacer mucho más si lavásemos nuestra ropa," dijo; "pero ya ves, no la lavamos."

"¡No la laváis!—¿por qué no?"

"Porque no creemos que sea agradable vestir con la misma ropa después de que se haya ensuciado tanto como para que se necesite lavarla."

"Bueno, no diré que estoy sorprendido," repliqué; "de hecho, creo que ya no voy a ser capaz de sorprenderme por nada; pero quizá seas tan amable de decirme qué hacéis con un vestido cuando se ensucia."

"Lo tiramos, es decir, regresa a la fábrica para ser transformado en otra cosa."

"¡De veras! Para mi intelecto del siglo diecinueve, tirar ropa parecería incluso más caro que lavarla."

"Oh, no, ni mucho menos. ¿Cuánto supones, entonces, que cuesta este vestido que llevo?"

"Estoy seguro de que no lo sé. Nunca tuve una esposa a quien pagar las facturas de la modista, pero ciertamente diría que cuesta mucho dinero."

"Estos vestidos cuestan entre diez y veinte céntimos," dijo Edith. "¿De qué supones que está hecho?"

Tomé el borde de su manto entre mis dedos.

"Creí que era seda o lino fino," repliqué, "pero veo que no lo es. Sin duda es alguna nueva fibra."

"Hemos descubierto muchas nuevas fibras, pero es más bien una cuestión de proceso que de material la que tengo en mente. Esto no es un tejido textil en absoluto, sino papel. Ese es el material más común para las prendas de vestir hoy en día."

"Pero-pero," exclamé, "¿y si la lluvia cayese sobre estas ropas de papel? ¿No se desharían, y se fragmentarían con pequeño tirón?"

"Un vestido como este," dijo Edith, "no es para el tiempo lluvioso, y aun así de ningún modo se desharía bajo una tormenta, no importa lo mucho que lloviese. Para vestidos de lluvia tenemos un papel que es absolutamente impermeable por su superficie exterior. En cuanto a la resistencia, creo que encontrarás que este papel es tan difícil de rasgar como cualquier ropa corriente. El tejido está tan reforzado con filamentos como para que se mantenga en una pieza tenazmente."

"Pero en invierno, al menos, cuando necesitéis calor, debéis volver a nuestra vieja amiga la oveja."

"¿Quieres decir prendas de vestir hechas de pelos de oveja? Oh, no, no hay utilidad moderna para ellas. El papel poroso

hace una prenda de vestir tan cálida como lo sería una de lana, y muchísimo más ligera que la ropa que teníais vosotros. Nada excepto un edredón podría ser a la vez tan cálido y ligero como nuestra ropa de papel."

"¡Y el algodón! — ¡el lino! ¿No me digas que se han abandonado, como la lana?"

"Oh, no; urdimos tejidos de esos y otros productos vegetales, y son casi tan baratos como los de papel, pero el papel es mucho más ligero y se moldea más fácilmente de todas las formas que son preferidas en general para las prendas de vestir. Pero, en cualquier caso, no consideraríamos que un material es válido para hacer prendas de vestir si no pudiese tirarse después de que se ensucia. La idea de lavar y limpiar artículos de uso corporal, poniéndonoslos una y otra vez sería totalmente intolerable. Por esta razón, aunque queremos prendas de vestir hermosas, claramente no queremos prendas de vestir que duren. En tu época, parece ser, incluso peor que la práctica de lavar las prendas de vestir para volver a usarlas teníais la costumbre de guardar las prendas de vestir externas sin lavarlas en absoluto, no sólo día tras día, sino semana tras semana, año tras año, a veces incluso vidas enteras, cuando eran especialmente valiosas, y finalmente, quizá cediéndoselas a otros. Parece que las mujeres a veces guardaban su traje de novia durante el tiempo suficiente para que las hijas lo llevaran en su boda. A nosotros esto nos parecería espeluznante, y aun así, incluso vuestras más refinadas señoras hacían tales cosas. En cuanto a lo que los pobres tenían que hacer en el modo de conservar y vestir su ropa vieja hasta que se hacía harapos, da horror pensar en ello."

"Es bastante asombroso," dije, "descubrir que el problema de lavar la ropa se ha resuelto aboliendo el pilón, aunque percibo que era la única y radical solución. 'Garantizado contra desgaste y lavado' solía ser la propaganda de nuestros comerciantes en ropa, pero ahora parece que, si vendieseis ropa, no deberíais garantizar los artículos ni para

desgaste ni para lavado."

"En cuanto al desgaste," dijo Edith, "nuestra ropa nunca tiene la ocasión de mostrar cómo se desgastaría antes de que la tiremos, no más que los otros tejidos, tales como alfombras, ropa de cama, y cortinas que usamos en nuestras casas."

"¡No querrás decir que también están hechas de papel!" exclamé.

"No siempre están hechas de papel, pero siempre de algún tejido tan barato que pueden desecharse tras el más breve período de uso. Cuando vosotros habríais barrido una alfombra, nosotros ponemos una nueva en su lugar. Donde vosotros lavaríais o airearíais la ropa de cama, nosotros la renovamos, y así con todas las cortinas de nuestras casas si acaso las usamos. Quitamos el polvo con aire o agua en vez de con plumas. Está más allá de mi entendimiento el cómo podíais soportar vuestras habitaciones llenas de polvo y que olían a humedad y a cerrado, con la mugre y los gérmenes de enfermedades de generaciones enteras almacenados en los tejidos de lana y pelo que las equipaban. Cuando nosotros limpiamos el interior de una habitación aplicamos la manguera al techo, paredes y suelo. No hay nada que pueda dañarse, nada salvo las baldosas u otras superficies duras. Nuestros higienistas dicen que el cambio de las costumbres en estos asuntos relacionados con la pureza de nuestra ropa y casas, ha hecho más que todo el resto de nuestros adelantos, para erradicar los gérmenes de las enfermedades, contagiosas o no, y relegar las epidemias a la historia antigua.

"Hablando del papel," dijo Edith, extendiendo un muy elegante pie para atraer mi atención sobre lo que llevaba en él, "¿qué piensas de nuestro calzado moderno?"

"¿Quieres decir que también está hecho de papel?" exclamé.

"Por supuesto."

"He notado que los zapatos que me ha dado tu padre son

muy ligeros comparados con todos los que he llevado anteriormente. Realmente es una magnífica idea, porque la ligereza en el calzado es la primera necesidad. En mi época, los zapateros granujas solían poner suelas de papel en los zapatos. Es evidente que en vez de perseguirlos por pillos deberíamos haberlos reverenciado por profetas inconscientes. Pero, de hecho, ¿cómo preparáis suelas de papel que duren?"

"Hay abundantes soluciones que hacen que el papel sea tan duro como el hierro."

"¿Y estos zapatos no se calan en invierno?"

"Tenemos diferentes tipos para diferentes tiempos. Todos son sin costuras, y los de tiempo húmedo están revestidos por fuera con una laca impermeable."

"Eso quiere decir, supongo, que también el caucho como artículo para el calzado ha sido enviado al museo?"

"Usamos el caucho, pero no en el calzado. Nuestro papel a prueba de agua es mucho más ligero y mejor en todos los sentidos."

"Después de todo esto, resulta fácil de creer que vuestros sombreros y gorros también estén hechos de papel"

"Y lo están en gran parte," dijo Edith; "los pesados sombreros que dejaron calvos a vuestros hombres, los nuestros no los soportarían. En nuestras cabezas queremos lo mínimo posible, y tan ligero como sea posible."

"¡Sigue!" exclamé. "Supongo que estoy a punto de que me digan que los deliciosos pero misteriosos artículos de comida que llegan por el transportador neumático desde el restaurante o que se sirven allí están hechos igualmente de papel. Proceded—¡estoy preparado para creerlo!"

"No es tan absolutamente malo como eso," se carcajeaba mi

acompañante, "pero realmente es lo más próximo a ello, porque los platos en los que la comes están hechos de papel. La rotura de la vajilla de loza y los vasos, que parecía haber sido una clase de acompañamiento corriente de las faenas domésticas de tu época, ya no se oye en el país. Nuestros platos y cazuelas para comer o cocinar, cuando necesitan limpieza se tiran, o más bien, como en el caso de todos estos materiales desechados de los que te he hablado, son devueltos a las fábricas para ser reducidos de nuevo a pulpa y transformados en otra cosa."

"¿Pero sin lugar a dudas no usáis cazuelas de papel? El fuego todavía quemará, imagino, aunque parece que habéis cambiado la mayoría de las otras reglas por las que hemos pasado."

"El fuego todavía quema, efectivamente, pero se ha adoptado el calor eléctrico para cocinar como para todos los demás propósitos. Ya no calentamos nuestros recipientes desde fuera, sino desde dentro, y la consecuencia es que cocinamos en recipientes de papel sobre fogones de madera, igual que hacían los salvajes en recipientes de corteza de abedul con piedras calientes, porque, así dicen los filósofos, la historia se repite en una espiral ascendente."

Y entonces Edith comenzó a reír ante mi expresión de perplejidad. Dijo que estaba claro que mi credulidad había sido puesta a prueba con estas explicaciones de las novedades modernas hasta el punto que sería prudente hacerlo sin proporcionar alguna evidencia adicional de la verdad de las afirmaciones que había hecho. Propuso consecuentemente, para equilibrar la mañana, una visita a una de las grandes fábricas de procesado de papel.

VIII. La mayor maravilla hasta ahora: la moda destronada

"Seguro que no puedes hacerte ni la más mínima idea del éxtasis corporal que me produce el haber acabado con esa horrible farsa con ropas de momia," exclamó mi acompañante según salíamos de casa. "¡Pensar que esta es la primera vez que realmente caminamos juntos!"

"Seguro que olvidas," repliqué, "que hemos salido juntos varias veces."

"Salido juntos, sí, pero no caminando," respondió; "al menos yo no estaba caminando. No sé cuál sería el término zoológico apropiado para describir el modo en que yo me movía por encima del suelo dentro de esas bolsas, pero ciertamente no estaba caminando. Las mujeres de tu época, ya ves, eran entrenadas desde la niñez en ese modo de avanzar, y sin duda adquirirían alguna destreza en ello; pero yo nunca en mi vida he llevado falda, excepto una vez, en una función de teatro. Fue la cosa más dura que he tratado de hacer jamás, y dudo si volveré a darte nunca una prueba tan fuerte de mi consideración. Estoy asombrada de que no parecías notar qué momentos tan angustiosos estaba pasando."

Pero si, estando acostumbrado, como lo había estado, al modo de andar de mujeres cuyos movimientos estaban restringidos por los ropajes, no había observado nada inusual el el modo de andar de Edith cuando habíamos salido en ocasiones anteriores, la boyante gracia de su porte y el elástico vigor de su paso según ahora daba zancadas a mi lado era una revelación de las posibilidades de una compañera atlética lo cual era bastante embriagador.

Para describir en detalle lo que vi en mi recorrido ese día por las fábricas de procesado de papel sería contar una vieja historia para los lectores del siglo veinte; pero lo que me impresionó más que toda el ingenio y variedad de las adaptaciones mecánicas fueron los propios trabajadores y las condiciones de su trabajo. No es necesario que diga a mis lectores lo que las grandes fábricas son en esta época: nobles, pabellones bien ventilados, con hermosos diseños en azulejos y metal en sus paredes, guarnecidos como palacios, con todas las comodidades, con la maquinaria funcionando casi sin ruido, y cada circunstancia del trabajo que pudiese ser ofensiva en cualquier sentido, reducida al mínimo mediante ingeniosos dispositivos. Ni es necesario que os describa los principescos trabajadores de estos palacios de la industria, los fuertes y espléndidos hombres y mujeres, con sus rostros refinados y civilizados, llevando a cabo con el entusiasmo de un artista la tarea que ellos mismos eligieron que conjuga utilidad y belleza. Todos sabéis lo que son vuestras fábricas hoy; sin duda no encontraréis ninguna demasiado agradable o conveniente, habiendo estado acostumbrados a tales cosas toda vuestra vida. Sin duda incluso las criticáis, en diversos sentidos, de quedarse cortas de lo que deberían ser, porque así es la naturaleza humana; pero si quisieseis comprender lo que me parecen a mi, cerrad vuestros ojos un momento y tratad de concebir con vuestra imaginación cómo eran nuestras fábricas de algodón y lana y papel hace cien años.

Imaginad recintos con el techo bajo de tablones bastos y mugrientos y con las paredes de ladrillo al descubierto o pintado a la cal. Imaginad el suelo tan abarrotado de maquinaria para economizar el espacio como para dejar escaso sitio para que los trabajadores se retuerzan entre los brazos y mandíbulas de acero al vuelo, un falso movimiento significaba la muerte o la mutilación. Imaginad el espacio de aire que había por encima no lleno de aire, sino de una mezcla de hedores de lubricantes y mugre, cuerpos humanos

sin lavar, y ropas asquerosas. Imaginad continuos sonidos y golpes metálicos de maquinaria como el chirrido de un tornado.

Pero estas eran sólo las condiciones materiales de la escena. Cerrad los ojos una vez más, para que podáis ver lo que de buena gana olvidaría que he visto jamás —las interminables filas de mujeres, pálidas, con hoyos en sus mejillas, con rostros vacíos y apáticos, salvo por el acento de la miseria, con sus ropas hechas harapos, descoloridas y asquerosas; y no solamente mujeres, sino multitudes de niños pequeños, harapientos y con el rostro arrugado—la leche de cuyas madres apenas brotaba de su sangre, niños cuyos huesos todavía eran ternillas.

* * *

Edith me presentó a la superintendente de una de las fábricas, una mujer agraciada de quizá cuarenta años. Ella me mostró amablemente la fábrica y me explicó todo, y estaba muy interesada a su vez en conocer lo que yo pensaba de las fábricas modernas y sus puntos de contraste con las de épocas anteriores. Naturalmente, le dije que había quedado impresionado, mucho más que por cualquier cosa de los nuevos dispositivos mecánicos, por la transformación en las propias condiciones de los trabajadores.

"Ah, sí," dijo, "por supuesto que iba usted a decirlo; ese debe ser ciertamente el gran contraste, aunque la manera actual parece una cosa tan completamente natural para nosotros, que olvidamos que no siempre ha sido así. Cuando los trabajadores establecieron cómo debía hacerse el trabajo, no es asombroso que las condiciones fuesen las más agradables posibles. Por otro lado, cuando, como en su época, una clase como sus capitalistas privados, que no participaban en el trabajo, establecieron sin embargo cómo debería hacerse no es sorprendente que las condiciones de la industria fuesen tan crueles como fueron, especialmente cuando el funcionamiento del sistema competitivo obligaba a los

capitalistas a conseguir el máximo de trabajo posible de los trabajadores en los más baratos términos."

"¿Entiendo," respondí, "que los trabajadores de cada profesión regulan por sí mismos las condiciones de su trabajo específico?"

"De ningún modo. El carácter unitario de nuestra administración industrial es la idea vital del mismo, si la cual se haría impracticable al instante. Si los miembros de cada profesión controlaran sus condiciones, estarían inmediatamente tentados de conducirlo egoístamente y de manera adversa al interés general de la comunidad, buscando, como los capitalistas privados de ustedes, conseguir tanto y dar tan poco como fuese posible. Y no sólo cada diferente clase de trabajadores estaría tentada de actuar de esta manera, sino cada subdivisión de trabajadores de la misma profesión estaría inmediatamente siguiendo la misma política, hasta que todo el sistema industrial se desintegrara, y tendríamos que llamar a los capitalistas para que salieran de sus tumbas y viniesen a salvarnos. Cuando he dicho que los trabajadores regulaban las condiciones de trabajo, he querido decir que los trabajadores, en conjunto—esto es, las personas en general, que hoy en día son todas ellas trabajadores, ya sabe. La regulación y mutuo ajuste de las condiciones de las diversas ramas del sistema industrial son hechos por completo por el Gobierno General. Al mismo tiempo, sin embargo, la regulación de las condiciones de trabajo de cualquier ocupación es efectivamente, aunque indirectamente, controlada por los trabajadores que la realizan a través del derecho que todos tenemos a elegir y cambiar nuestra ocupación. Nadie elegiría una ocupación cuyas condiciones no fuesen satisfactorias, así que debe hacerse que sean satisfactorias y que se mantengan satisfactorias."

* * *

Mientras estábamos en la fábrica llegó el mediodía, y pedí a

la superintendente y a Edith que salieran a comer conmigo. De hecho, quería constatar si la tarjeta de crédito que había adquirido recientemente valía de verdad para algo o no.

"Hay una cuestión sobre sus vestidos modernos," dije, según nos sentábamos en nuestra mesa en el pabellón de comer, "sobre la cual siento bastante curiosidad. ¿Pueden decirme quién o qué establece la moda?"

"El Creador determina la única moda que ahora se sigue generalmente," respondió Edith.

"¿Y cuál es?"

"La moda de nuestros cuerpos," respondió.

"Ah, sí, muy bien," repliqué, "y muy cierto, también, dicho de sus prendas de vestir, como ciertamente no lo era de las nuestras; pero mi pregunta sigue en pie. Admitiendo que tenéis una teoría general del vestir, hay mil diferencias en los detalles, con posibles variaciones de estilo, hechura, color, material, y todo lo demás. Ahora, la confección de las prendas de vestir es llevada, supongo, como el resto de todas vuestras industrias, como asuntos públicos, bajo gestión colectiva, ¿no?"

"Ciertamente. La gente, desde luego, puede hacerse su propia ropa si lo desea, al igual que pueden hacer cualquier otra cosa, pero sería una gran pérdida de tiempo y energía."

"Muy bien. Las prendas de vestir producidas por las fábricas han de ser hechas a partir de algún diseño o diseños particulares. En mi época la cuestión de los diseños de prendas de vestir era establecida por líderes sociales, revistas de moda, edictos que venían de París, o Dios sabe cómo; pero de todos modos la cuestión estaba establecida para nosotros, y no teníamos nada que hacer salvo obedecer. No digo que era un buen método; al contrario, era detestable; pero lo que quiero saber es ¿qué sistema tenéis en su lugar, porque supongo que ahora no tenéis líderes

sociales, revistas de moda, o edictos que vengan de París?
¿Quién establece la cuestión de qué vais a vestir?

"Nosotras," replicó la superintendente.

"Quiere decir, supongo, que lo determinan colectivamente mediante métodos democráticos. Ahora, cuando miro a mi alrededor en este pabellón de comer y veo la variedad y belleza de las prendas de vestir, estoy obligado a decir que el resultado de su sistema parece satisfactorio, y aun así creo que al más firme creyente en la democracia le daría la impresión de que la ley de la mayoría apenas debería extenderse al vestir. Admito que el yugo de la moda ante el que nos doblegábamos era muy oneroso, y aun así era cierto que si hubiésemos sido lo suficientemente valientes, como unos pocos lo eran en efecto, habríamos podido desafiarlo; pero con el estilo de vestir determinado por la administración, y solamente fabricando ciertos estilos, deben ustedes o bien seguir el gusto de la mayoría o bien quedarse en la cama. ¿Por qué se ríen? ¿No es así?"

"Estábamos sonriendo," replicó la superintendente, "a cuenta del leve malentendido por su parte. Cuando he dicho que nosotras regulábamos las cuestiones del vestir, he querido decir que las regulábamos no colectivamente, por mayoría, sino individualmente, cada una por sí misma o cada uno por sí mismo."

"Pero no veo cómo pueden hacerlo," insistí. "El negocio de producir tejidos y de transformarlos en prendas de vestir es llevado por el Gobierno. ¿No implica esto, prácticamente, un control o iniciativa gubernamental en la moda del vestir?"

"¡Dios mío, no!" exclamó la superintendente. "Es evidente, Sr. West, como de hecho dice la historia, que la acción gubernamental llevaba consigo en su época una implicación arbitraria de la que carece ahora. El Gobierno es ahora en realidad lo que nominalmente era en la América de su época—el servidor, herramienta, e instrumento mediante el

cual la gente hacía efectiva su voluntad, no teniendo voluntad por sí mismo. La voluntad popular se expresa de dos maneras, que son totalmente diferentes y están relacionadas con diferentes esferas: Primero, colectivamente, por mayoría, con respecto a intereses conjugados, mutuamente implicados, tales como los grandes intereses económicos y políticos de la comunidad; segundo, personalmente, cada uno por sí mismo o cada una por sí misma en el fomento de asuntos privados o tocantes al propio individuo. El Gobierno no es más absolutamente el servidor de la voluntad colectiva en relación a los intereses conjugados de la comunidad que lo es de la conveniencia individual en asuntos personales. Es a la vez el augusto representante de todos en intereses generales, y el agente de cada uno, chico de los recados y factotum para todos los fines privados. Nada es demasiado elevado o demasiado bajo, demasiado grande o demasiado pequeño, para que no lo haga para nosotros.

"El departamento de corte y confección mantiene su vasta provisión de fábricas y maquinaria a la absoluta disposición de los antojos de cada hombre o mujer de la nación. Puedes ir a uno de los almacenes y pedir cualquier traje del que exista una descripción histórica, desde la época de Eva hasta ayer, o puedes proporcionar un diseño de tu propia invención para un traje completamente nuevo, designando cualquier material que exista hoy en día, y se te enviará a casa en menos tiempo incluso que el que cualquier modista del siglo diecinueve prometía para cumplir con un encargo. Realmente, hablando de esto, quiero que vea en operación nuestras máquinas de hacer prendas de vestir. Nuestras prendas de vestir de papel, por supuesto, no tienen costuras, y están hechas por completo mediante maquinaria. Siendo el aparato ajustable a cualesquiera medidas, un traje producido para ti puedes tenerlo completado mientras inspeccionas la máquina. Hay, desde luego, algunos estilos generales y hechuras que son habitualmente populares, y los almacenes tienen a mano un suministro de ellos, pero eso es por conveniencia de la

gente, no del departamento, que siempre está listo para seguir las iniciativas de cualquier ciudadano y proporcionar en el menor tiempo posible cualquier cosa que se pida."

"¿Entonces cualquiera puede establecer la moda?" dije.

"Cualquiera puede establecerla, pero el que sea seguida depende de si es buena y realmente tiene algo nuevo que sea relevante con respecto a la conveniencia o la belleza; de otro modo no se convertirá en moda. Su boga será precisamente proporcional al mérito que el gusto popular reconozca en ella, justo como si fuese un invento mecánico. Si una idea nueva en el vestir tiene algún mérito, se acoge con gran prontitud, porque nuestra gente está interesada en extremo en realzar la belleza personal mediante las prendas de vestir, y la ausencia de cualquier arbitrario estándar de estilo tal como la moda establecía para ustedes nos deja a la expectativa del encanto y las novedades en la hechura y el color. Es en su variedad de efecto como nuestro modo de vestir parece de hecho diferir más del de ustedes. Los estilos de ustedes eran cambiados constantemente por los edictos de la moda, pero como sólo un estilo era admitido a la vez, solamente tenían una variedad sucesiva, y no simultánea como la tenemos nosotros. Imagino que esta uniformidad de estilo, que se extendía del mismo modo, según entiendo que lo hacía a menudo, al tejido, al color, y a la hechura, debe de haber causado que sus grandes colecciones presentasen un deprimente efecto de monotonía.

"Ese era un hecho completamente admitido en mi época," repliqué. "Los artistas eran los enemigos de la moda, y ciertamente lo era toda la gente sensata, pero resistir era en vano. Sabe, si volviese al siglo diecinueve, quizá no hay ninguna otra cosa que pudiera decir a mis contemporáneos acerca de los cambios que han hecho ustedes que les impresionase tan profundamente como la información de que han roto el cetro de la moda, que ya no había ningún estándar arbitrario reconocido en el vestir, y que ningún estilo tenía ninguna otra boga que pudiese otorgársele salvo

mediante el reconocimiento individual de sus méritos. Que la mayoría de los otros yugos que la humanidad llevaba puestos podrían ser rotos algún día, lo creíamos los más esperanzados de nosotros, pero nunca esperamos liberarnos del yugo de la moda, excepto quizá en el cielo."

"El reino de la moda, como le llaman los libros de historia, siempre me pareció una de las cosas más absolutamente incomprensibles del viejo orden," dijo Edith. "Parecería que debía de haber tenido alguna gran fuerza tras él para imponer una sumisión tan abyecta a un dominio tan tiránico. Y aun así parece que no se utilizaba ninguna fuerza en absoluto. ¿Nos dirás cuál era el secreto, Julian?"

"No me preguntes", protesté. "Parece que estábamos sujetos a algún encantamiento—es todo lo que sé. Nadie entendía por qué hacíamos lo que hacíamos. ¿No puede decirnos," añadí, volviéndome hacia la superintendente—"cómo diagnostican ustedes los modernos la manía de la moda que hizo de nuestras vidas semejante carga para nosotros?"

"Ya que usted apela a mi," replicó nuestra acompañante, "puedo decir que los historiadores explican el dominio de la moda en su época como el resultado natural de una disparidad en las condiciones económicas que prevalecían en una comunidad en la cual las rígidas distinciones de casta habían dejado de existir. Ello resultó de dos factores: el deseo del rebaño común de imitar a la clase superior, y el deseo de la clase superior de protegerse de esa imitación y preservar la distinción de la apariencia. En tiempos y países donde clase significaba casta, y estaba fijada por ley o férrea costumbre, cada casta tenía su distintiva forma de vestir, cuya imitación no se permitía a otra clase. Consecuentemente las modas eran estacionarias. Con la llegada de la democracia, la protección legal de las distinciones de clase fue abolida, mientras la disparidad real en los rangos sociales existía todavía, debido a la persistencia de desigualdades económicas. Ahora había libertad para todos para imitar a la clase superior, y de este

modo parecer al menos que se es tan bueno como ella, y ninguna clase de imitación era tan natural y fácil como el vestir. Primero, las ambiciones sociales lideraron en esta imitación; inmediatamente después los menos pretenciosos se vieron forzados a seguir su ejemplo, para evitar una aparente confesión de inferioridad social; hasta que, finalmente, incluso los filósofos tuvieron que seguir al rebaño y seguir la moda, para evitar llamar la atención a causa de una apariencia excepcional."

"Puedo ver," dijo Edith, "cómo la emulación social hacía que las masas imitasen a las clases ricas y superiores, y cómo las modas debían establecerse en este sentido; pero ¿por qué cambiaban tan a menudo, cuando debía de ser tan terriblemente caro y lleno de dificultades el hacer los cambios?"

"Por la razón," respondió la superintendente, "de que la única manera mediante la cual la clase superior podía escapar de sus imitadores y preservar su distinción en el vestir era adoptando nuevas modas constantemente, únicamente abandonándolas por unas más nuevas y tan pronto como eran imitadas. —¿No le parece, Sr. West, que esta explicación corresponde con los hechos tal como los observaba usted?"

"Completamente," repliqué. "Podría añadirse, también, que los cambios en las modas estaban fomentados y acompañados en gran medida por el egoísmo de vastos intereses industriales y comerciales ocupados en proveer los materiales de las prendas de vestir y los objetos personales. Cada cambio, creando una demanda para nuevos materiales y haciendo obsoletos los que estaban en uso, era lo que llamábamos bueno para el negocio, aunque si los comerciantes eran lo suficientemente desafortunados para verse atrapados por un cambio repentino de la moda con muchos artículos en sus manos significaba la ruina para ellos. Grandes pérdidas de esta clase, de hecho, acompañaban cada cambio en la moda."

"Pero hemos leído que había modas en muchas cosas además del vestir," dijo Edith.

"Ciertamente," dijo la superintendente. "El vestir era el baluarte y la esfera principal de la moda porque la imitación era más fácil y más efectiva en el vestir, pero en casi todo lo que pertenecía a los hábitos de vivir, comer, beber, recreación, a las casas, muebles, caballos y coches, y sirvientes, a la manera de hacer reverencias incluso, y estrechar las manos, al modo de comer la comida y de tomar té, y no sé qué más— había modas que debían ser seguidas, y eran cambiadas tan pronto como eran seguidas. De hecho era una carrera triste, fantástica, y, los contemporáneos del Sr. West parece que lo habían comprendido completamente; pero en tanto en cuanto la sociedad estaba constituida por desiguales sin barreras de casta para evitar la imitación, los inferiores estaban empeñados en imitar a los superiores, y los superiores estaban empeñados en frustrar la imitación, tanto como fuese posible, buscando artificios siempre naturales para expresar su superioridad."

"En resumen," dije, "nuestra tediosa monotonía en el vestir y en los modales a ustedes les parece haber sido el resultado lógico de nuestra falta de igualdad en la posición social."

"Precisamente," respondió la superintendente. "Porque no eran ustedes iguales, se hicieron desdichados y desagradables intentando parecerlo. El equivalente estético del mal moral de la desigualdad era la artística abominación de la uniformidad. Por otro lado, la igualdad crea una atmósfera que aniquila la imitación, y está preñada de originalidad, porque cada uno actúa por propia iniciativa, no teniendo nada que ganar imitando a ningún otro."

IX. Algo que no había cambiado

Cuando nos separamos de la superintendente de la fábrica de procesado de papel, dije a Edith que hasta esa mañana había asimilado todas las nuevas impresiones y nuevas filosofías que podía digerir por el momento, y sentí una gran necesidad de descansar la mente durante un tiempo en la contemplación de algo—si de hecho hubiese algo—que no hubiese cambiado o no hubiese sido mejorado en el último siglo.

Tras considerarlo un momento, Edith exclamó: "¡Lo tengo! No preguntes nada, únicamente ven conmigo."

Inmediatamente, mientras nos encaminábamos por la ruta que ella había tomado, tocó mi brazo diciendo, "apresurémonos un poco."

Pero, apresurarse era la regla en el modo de andar en el siglo diecinueve. "¡Apresurate!" casi era la frase más desgastada del idioma, y en vez de "E pluribus unum" debería haber sido especialmente el lema del pueblo norteamericano, pero era la primera vez que el tono de precipitación había impresionado mi consciencia desde que estaba viviendo en los días del siglo veinte. Este hecho, junto con el toque de mi acompañante en mi brazo en tanto que pretendía que aligerase el paso, hizo que mirase a mi alrededor, y al hacerlo me detuve abruptamente.

"¿Qué es esto?" exclamé.

"¡Es una lástima!" dijo mi acompañante. "He intentado que pasases de largo sin verlo."

Pero de hecho, aunque había preguntado qué era este

edificio en cuya presencia nos encontrábamos, nadie podía saber tan bien como yo lo que era. El misterio era cómo había llegado a estar ahí, porque en medio de esta espléndida ciudad de iguales, donde la pobreza era una palabra desconocida, me encontré cara a cara con un típico edificio de pisos del siglo diecinueve, de la peor clase—uno de los edificios abarrotados y desvencijados que, de hecho, abundaban en el extremo norte y otras partes de la ciudad. El entorno ciertamente contrastaba de un modo bastante fuerte con el de tales edificios de mi época, encerrados, como generalmente lo estaban, en un laberinto de repugnantes callejones y patios oscuros y húmedos que eran nauseabundos depósitos de olores fétidos, que eran retenidos allí dentro por elevados muros que no dejaban pasar la luz. Este edificio se alzaba solo, en medio de una plaza abierta, como si hubiese sido un palacio u otro ejemplo de belleza o excelencia. Pero más aún, de hecho, mediante este refinado escenario, se acentuaba la deprimente sordidez de la mugrienta estructura. Parecía exhalar una atmósfera de tenebrosidad y escalofrío que todo el brillo del sol y el suave viento de esta tarde de septiembre no era capaz de dominar. Uno no se habría sorprendido, incluso a mediodía, de ver fantasmas en las negras ventanas. Había una inscripción sobre la puerta, y crucé la plaza para leerla, Edith me siguió a disgusto. Leí estas palabras, que estaban sobre el portal central:

"ESTA MORADA DE CRUELDAD ES CONSERVADA COMO UN RECUERDO, PARA LAS GENERACIONES VENIDERAS, DEL GOBIERNO DE LOS RICOS."

"Este es uno de los edificios fantasma," dijo Edith, "conservados para asustar a la gente, para que nunca se arriesguen a nada que se asemeje a traer de vuelta el viejo orden de cosas, no admitiendo de nadie ninguna súplica para obtener una ventaja económica sobre otro. Creo que más valdría que lo demoliesen, porque no hay más peligro de que el mundo regrese al viejo orden, que el de que el globo

terráqueo invierta su rotación."

Una pandilla de niños, acompañados por una mujer joven, vino cruzando la plaza mientras estábamos ante el edificio, y entraron en fila por el portal y subieron por las negras y estrechas escaleras. Los rostros de los pequeños estaban muy serios, y hablaban susurrando.

"Son niños de la escuela," dijo Edith. "A todos nos traen a ver este edificio, o algún otro como él, cuando estamos en las escuelas, y el maestro explica de qué manera se hacían y soportaban las cosas ahí. Recuerdo bien cuando me trajeron a ver este edificio cuando era niña. Después pasó mucho tiempo hasta que me recuperé por completo de la terrible impresión que recibí. De verdad, no creo que sea una buena idea traer a niños pequeños aquí, pero es una costumbre que se estableció en el período posterior a la Revolución, cuando el horror de la esclavitud de la que habían escapado estaba todavía fresco en la mente de la gente, y su gran temor era que por alguna falta de vigilancia pudiese ser restaurado el gobierno de los ricos.

"Desde luego," continuó, "este edificio y los otros como él, que fueron preservados como avisos mientras el resto era demolido hasta los cimientos, han sido limpiados por completo y reforzados y hechos higiénicos y seguros en todos los sentidos, pero nuestros artistas han imitado muy hábilmente todos los viejos efectos de mugre y sordidez, para que la apariencia de todo sea justo la que era. Unas placas en las habitaciones describen cuántos seres humanos se hacinaban en ellos, y las horribles condiciones de sus vidas. Lo peor de todo es que los hechos están todos tomados de registros históricos, y son absolutamente ciertos. Hay algunos de estos lugares en los cuales se han reproducido en cera o yeso a los moradores de los edificios tal y como se apiñaban en ellos con todos los detalles de sus prendas de vestir, muebles y todas las demás características, en base a registros reales o fotografías de la época. Hay algo indescriptiblemente atroz al visitar los

edificios reacondicionados de ese modo. Las mudas figuras parecen apelarte para que les ayudes. Fue hace tanto tiempo, y aun así le hace a una sentirse atormentada por no ser capaz de hacer nada."

"Pero, Julian, vete de aquí. El que yo te haya hecho pasar por aquí ha sido tan sólo un estúpido accidente. Cuando decidí mostrarte algo que no hubiese cambiado desde tu época, no pretendía burlarme de ti."

Gracias al rápido transporte moderno, diez minutos después estábamos en la costa del océano, con las olas del Atlántico rompiendo con gran estrépito a nuestros pies y con su azul suelo extendiéndose sin interrupción hacia el horizonte. Aquí ciertamente había algo que no había cambiado—una poderosa existencia, para la cual mil años eran como un día y un día como mil años. No podría haber mejor tónico para mi caso que la inspiración de esta magnífica presencia, este inalterable testigo de todas las mutaciones de la tierra. ¡Qué insignificante parecía el truquillo de tiempo del que yo había sido víctima, mientras estaba en presencia de este símbolo de eternidad que hacía que los términos pasado, presente, y futuro tuviesen escaso significado!

Al acompañar a Edith a la parte de la playa donde estábamos, no había tomado nota de las direcciones, pero ahora, según empezaba a estudiar la costa, observaba con viva emoción cómo ella me había traído, sin saberlo, al lugar de mi antigua casa a orillas del mar en Nahant. Los edificios ciertamente ya no estaban, y el crecimiento de los árboles había cambiado por completo el aspecto del paisaje, pero la línea de la costa permanecía inalterada, y la reconocí inmediatamente. Pidiéndole a ella que me siguiera, me dirigí rodeando una punta hacia una pequeña franja de playa entre el mar y un muro de roca que cortaba toda vista o sonido del terreno que había tras él. En mi anterior vida, el lugar había sido un centro de recreo favorito cuando yo visitaba la costa. Aquí, en esa vida de hace tanto tiempo, y aun así recordada como si fuese ayer, me había acostumbrado desde chaval a

soñar despierto. Cada rasgo de cada rinconcillo me era tan familiar como mi dormitorio y todo estaba totalmente inalterado. El mar enfrente, el cielo arriba, las islas y las azules puntas de tierra de la distante costa—de hecho, todo lo que abarcaba la vista era igual en cada detalle. Me arrojé sobre la cálida arena a la orilla del mar, como acostumbraba a hacerlo, y en un momento el aluvión de familiares asociaciones de ideas me había llevado tan completamente de regreso a mi antigua vida que todas las maravillas que me habían sucedido, cuando inmediatamente empecé a recordarlas, me parecían meramente como si soñase despierto, como tantas otras veces me había ocurrido anteriormente en este lugar de la costa. Pero ¡qué sueño había sido, esa visión del mundo futuro; seguramente, de todos los sueños que había tenido allí al lado del mar, el más extraño!

Había una chica en el sueño, una doncella muy deseable. Hubiera estado mal si la hubiese perdido; pero no la había perdido, porque aquí estaba ella, la chica con este insólito y grácil garbo, de pie junto a mi y sonriéndome. Por alguna gran fortuna, la había traído de regreso desde el país de los sueños, reteniéndola por la propia fuerza de mi amor cuando todo el resto de la visión se había disuelto al abrir los ojos.

¿Por qué no? ¿Qué joven no ha sido visitado a menudo en sus sueños por las más bellas e ideales doncellas que caminan sobre la tierra, por quienes, al despertar, ha suspirado, y ha sido perseguido durante días por la inolvidable belleza de sus rostros recordados a medias? Yo, más afortunado que ellos, había burlado al celoso guardián que hay a las puertas del sueño y había salvado a mi reina del país de los sueños.

Cuando procedí a manifestar a Edith esta teoría para explicar su presencia, ella manifestó hallarla sumamente razonable, y procedimos a desarrollar la idea en detalle.

Haciendo la suposición de que ella era una anticipación de la mujer del siglo veinte en vez de ser yo una reliquia excavada del hombre del siglo diecinueve, especulamos con lo que deberíamos hacer durante el verano. Decidimos visitar los magníficos centros de recreo, donde, sin duda, dadas las circunstancias, se excitaría mucho su curiosidad y al mismo tiempo tendría una oportunidad para estudiar lo que para su pensamiento del siglo veinte parecerían tipos de humanidad más asombrosos incluso que lo que ella les parecería a ellos—a saber, personas que, rodeadas por un mundo necesitado y angustiado, se permitían a sí mismos ser felices en una ociosidad frívola y derrochadora. Después iríamos a Europa y allí inspeccionaríamos las cosas que pudiesen naturalmente ser curiosidades para una chica del año 2000, tales como un Rothschild, un emperador, y unos pocos especímenes de seres humanos, alguno de los cuales todavía existiría en ese momento en Alemania, Austria, y Rusia, quienes honestamente creían que Dios había dado a ciertos prójimos un derecho divino para reinar sobre ellos.

X. Un chapuzón a medianoche

Era de noche cuando llegamos a casa, y varias horas más tarde antes de que terminásemos de contar nuestras aventuras. De hecho, mis anfitriones parecían todo el tiempo incapaces de cansarse de escuchar mis impresiones sobre las cosas modernas, pareciendo estar tan interesados en lo que pensaba de ellos como yo lo estaba en las cosas en sí mismas.

"Ya ve, realmente," había dicho la madre de Edith, "es la manifestación de la vanidad por nuestra parte. Es usted una especie de espejo para nosotros, en el cual podemos ver lo que parecemos desde un punto de vista diferente al nuestro. Si no fuese por usted, nunca habríamos comprendido las personas tan admirables que somos, porque entre nosotros, se lo aseguro, nos parecemos muy corrientes."

A lo cual repliqué que hablando con ellos sufrí el mismo efecto de espejo en lo que a mi y a mis contemporáneos se refiere, pero que era un efecto que de ningún modo satisfacía mi vanidad.

Cuando, mientras hablábamos, la esfera del reloj de color se volvió blanca, anunciando que era medianoche, alguien habló de irnos a la cama, pero el doctor tenía otro plan.

"Propongo," dijo, "como modo de preparar un buen descanso nocturno para todos nosotros, que vayamos a la piscina y nos demos un chapuzón."

"¿Hay baños públicos abiertos tan tarde?" dije. "En mi época todo estaba cerrado mucho antes de esta hora."

En ese preciso momento el doctor me dio una información

que, algo natural como lo es para los lectores del siglo veinte, fue bastante sorprendente para mí: que hoy en día no se interrumpía ningún servicio o instalación pública, ya fuese de día o de noche, a lo largo de todo el año; y de tal manera que, aunque el servicio proporcionado varía en magnitud, conforme a la demanda, nunca varía en calidad.

"Nos parece," dijo el doctor, "que entre los inconvenientes menores de la vida en su época, ninguno podía haber sido más exasperante que la recurrente interrupción de todos, o de la mayor parte de todos, los servicios públicos cada noche. La mayoría de las personas, por supuesto, están durmiendo a la sazón, pero siempre hay una parte de ellas que tiene que estar despierta y yendo de un lado para otro, y todos nosotros a veces, y deberíamos considerar que es un servicio público algo cojo el que no da a los trabajadores nocturnos un servicio tan bueno como a los trabajadores diurnos. Por supuesto, ustedes no podían darlo, faltándoles toda organización industrial unitaria, pero es muy fácil para nosotros. Tenemos turnos para todos los servicios públicos día y noche—para esta última, desde luego, mucho menores."

"¿Y qué hay de las fiestas oficiales; las han abandonado?"

"Por lo general. Las fiestas oficiales ocasionales de su época eran apreciadas por la gente, porque le daba los muy necesarios espacios para respirar. Hoy en día, cuando la jornada laboral es tan corta y el año laboral está tan salpicado de amplias vacaciones, las vacaciones a la antigua han dejado de tener ningún propósito, y serían consideradas como una molestia. Preferimos elegir y usar nuestro ocio como nos plazca."

Encaminábamos nuestros pasos hacia la Piscina Leandro. Como no necesito recordarle a los bostonianos, éste es uno de los más antiguos baños, y considerado bastante inferior que los modernos edificios. Para mí, sin embargo, era un espectáculo enormemente impresionante. El noble interior con luz resplandeciente, la inmensa piscina, las cuatro

grandes fuentes llenando el aire con resplandor diamantino y el ruido del agua al caer, junto con el gentío de bañistas con sus alegres trajes y riendo, componían una escena vivificante y magnífica, la cual constituía una eficaz presentación de la parte atlética de la vida moderna. Lo más bonito de todo era la gran extensión de agua que se hacía traslúcida por medio de la luz reflejada desde el fondo de baldosas blancas, así que los nadadores, con todo su cuerpo visible, parecían flotar en una pálida nube esmeralda, con un efecto de liviandad e ingravidez que era tan asombroso como encantador. Edith me dijo rápidamente, sin embargo, que esto no era nada comparado con la belleza de algunos de los nuevos y mayores baños, donde, mediante la variación de los colores de las baldosas del fondo, se daban al agua todos los matices de todos los colores del arcoiris conservando el mismo aspecto traslúcido.

Me había formado una idea de que el agua estaría dulce, pero el matiz verde, por supuesto, mostraba que provenía del mar.

"Tenemos una pobre opinión del agua dulce para nadar cuando podemos conseguir sal," dijo el doctor. "Esta agua entró con la última marea del Atlántico."

"Pero ¿cómo consiguen subirla hasta este nivel?"

"Hacemos que ella misma se eleve," dijo el doctor riendose; "sería una lástima si la fuerza de la marea que eleva toda el agua del puerto más de dos metros, no pudiese elevar la poquita que queremos un poquito más arriba. No la mire tan desconfiadamente," añadió. "Sé que el agua del Puerto de Boston estaba lejos de ser lo suficientemente limpia para bañarse en ella en su época, pero todo eso ha cambiado. Sus sistemas de alcantarillado, recuerde, son abominaciones olvidadas, y hoy en día no se permite que nada que pueda contaminar alcance el mar o los ríos. Por esa razón podemos usar y usamos agua de mar, no sólo para todos los baños públicos, sino dándola como un servicio diferente para los baños de nuestras casas y también para las fuentes públicas,

las cuales, inagotablemente abastecidas de este modo, pueden estar siempre en funcionamiento. Pero metámonos."

"Ciertamente, si usted lo dice," dije, con un escalofrío, "pero ¿está seguro de que no está un pelín fría? Nosotros pensábamos que el agua del océano estaba fría para bañarse a finales de septiembre."

"¿Cree que íbamos a darle muerte?" dijo el doctor. "Por supuesto, el agua es calentada hasta una temperatura confortable; estos baños están abiertos todo el invierno."

"¡Pero, Dios mío! ¿Cómo es posible que puedan calentar un volumen tan grande de agua, que está siendo constantemente renovada, especialmente en invierno?"

"Oh, no somos conscientes en absoluto de lo que conseguimos que las mareas hagan para nosotros," replicó el doctor. "No sólo conseguimos que eleven el agua hasta aquí, sino también que la calienten. Vaya, Julian, frío o caliente son términos que carecen de significado real, son meros aires de coquetería que adopta la Naturaleza, indicando que quiere que la cortejen un poco. Indistintamente, te calentaría o te congelaría, si te acercases a ella del modo adecuado. Las ventiscas que congelaban a los de su generación podrían igualmente haber tenido lugar en sus minas de carbón. Parece que no se lo cree, pero permítame que le diga ahora, como un primer paso hacia la comprensión de las circunstancias modernas, que hoy la energía, con todas sus aplicaciones de luz, calor, y fuerza, es prácticamente inagotable y sin coste, y apenas entra como un elemento en los cálculos mecánicos. Los usos de las mareas, vientos, y saltos de agua no son de hecho sino toscos métodos de extraer los recursos de fuerza de la Naturaleza comparados con los otros que se emplean, mediante los cuales se desarrolla energía ilimitada a partir de las desigualdades naturales de temperatura."

Unos instantes más tarde estaba disfrutando del más delicioso baño de mar que había tenido la fortuna de

disfrutar hasta entonces; el placer de estar bajo los chorros de las fuentes era para mi una sensación nueva en la vida.

"Va a ser un bostoniano del siglo veinte de primera," dijo el doctor, riendose de cómo disfrutaba yo. "Se dice que una acentuada característica de nuestra moderna civilización es que estamos tendiendo a regresar al género anfibio de nuestra remota ascendencia; evidentemente no pondrá objeciones a moverse empujado por la marea."

Era la una en punto cuando llegamos a casa.

"Supongo," dijo Edith, según le daba las buenas noches, "que en diez minutos estarás de regreso entre tus amigos del siglo diecinueve si sueñas como lo hiciste anoche. ¡Qué no daría por hacer el viaje contigo y ver por mi misma cómo era el mundo!"

"Y yo daría otro tanto por ahorrarme la repetición de la experiencia," dije, "a no ser que fuese en tu compañía."

"¿Quieres decir que de verdad tienes miedo de soñar con los viejos tiempos otra vez?"

"Tengo tanto miedo," repliqué, "que estoy pensando muy en serio quedarme despierto toda la noche para evitar la posibilidad de otra pesadilla semejante."

"¡Dios mío! no hace falta que hagas eso," dijo. "Si quieres, yo cuidaré de que ya no vuelvas a verte turbado de ese modo."

"¿Entonces, eres un mago?"

"Si te digo que no sueñes con cualquier asunto concreto, no lo harás," dijo.

"Sin duda eres la dueña de mis pensamientos despierto," dije; "pero ¿puedes controlar también mi mente cuando duermo?"

"Ya verás," dijo, y, fijando su mirada en la mía, dijo tranquilamente, "¡Recuerda, esta noche no vas a soñar con nada que pertenezca a tu antigua vida!" y, según hablaba, supe cabalmente que sería como ella decía.

XI. La vida, base del derecho de propiedad

Entre las piezas del mobiliario de la cámara subterránea donde el Dr. Leete me había encontrado durmiendo, había una de las más fuertes cajas de hierro hábilmente cerrada que en mi época se usaban para el almacenamiento de dinero y objetos de valor. La ubicación de esta cámara a tanta profundidad bajo tierra, su sólida construcción de piedra y pesadas puertas, no sólo la había hecho impermeable al ruido sino igualmente a prueba de ladrones, y siendo su mera existencia, además, un secreto, había pensado que ningún lugar podría ser más seguro para guardar las evidencias de mi fortuna.

Edith había mostrado mucha curiosidad por la caja fuerte, éste era el nombre que le dábamos, y varias veces que habíamos visitado la cámara acorazada había expresado un vivo deseo de ver lo que había dentro. Yo había propuesto abrirla para ella, pero ella había sugerido que, como su padre y su madre estarían tan interesados en el proceso como ella, lo mejor sería posponer el trato hasta que todos estuviesen presentes.

Mientras estábamos sentados desayunando al día siguiente de las experiencias narradas en los capítulos previos, ella preguntó por qué aquella mañana no sería un buen momento para mostrar el interior de la caja fuerte, y todos estuvieron de acuerdo que no podría haber mejor momento.

"¿Qué hay en la caja fuerte?" preguntó la madre de Edith.

"Cuando la cerré por última vez en el año 1887," contesté, "había en ella certificados y evidencias de valor de varias

clases que representaban aproximadamente un millón de dólares. Cuando la abramos esta mañana, encontraremos, gracias a la gran Revolución, una excelente colección de papel de desecho.— Me pregunto, por cierto, doctor, ¿qué dirían sus jueces si les llevase esos certificados e hiciese una demanda formal para que me fuesen restituídas las posesiones que representan? Suponga que dijese: 'Sus señorías, estas propiedades fueron mías una vez y nunca me he separado voluntariamente de ellas. ¿Por qué no son mías ahora, y por qué no deberían serme devueltas?' Comprenderá usted, por supuesto, que no tengo ningún deseo de iniciar una revuelta contra el presente orden, el cual estoy muy dispuesto a admitir que es mucho mejor que los antiguos, pero tengo bastante curiosidad por saber sencillamente lo que los jueces responderían ante semejante demanda, supuesto que consintiesen en sopesarla seriamente. Supongo que se reirían de mi a carcajadas en el juzgado. Aun así, creo que podría debatir con alguna plausibilidad que, considerando que no estuve presente cuando la Revolución nos desposeyó a nosotros los capitalistas de nuestra fortuna, al menos tengo derecho a una cortés explicación de los fundamentos sobre los cuales ese supuesto estuvo justificado en aquella época. No quiero que me devuelvan mi millón, aunque fuese posible devolvermelo, pero como una cuestión de satisfacción racional me gustaría saber simplemente sobre qué alegación la comunidad se apropió de él y lo retiene."

"De veras Julian," dijo el doctor, "sería una excelente idea si hiciese usted exactamente lo que ha sugerido—esto es, abrir un procedimiento formal contra la nación para la restitución de su antigua propiedad. Despertaría el más vivo interés popular y estimularía una discusión sobre las bases éticas de nuestra igualdad económica que sería de gran valor educativo para la comunidad. Ya ve, el presente orden ha sido establecido hace tanto tiempo que a nadie se le ocurre, excepto a los historiadores, que alguna vez hubo otro. Sería algo bueno para las personas, que estimulasen sus mentes

con el asunto y se les obligase a hacer alguna reflexión fundamental sobre los méritos de las diferencias entre el viejo y el nuevo orden y las razones que justifican el presente sistema. Enfrentándose al tribunal con esos certificados en su mano, crearía una excelente situación dramática. Sería el siglo diecinueve desafiando al veinte, la vieja civilización, demandando una explicación a la nueva. Los jueces, puede estar seguro, le tratarían con la mayor consideración. Inmediatamente admitirían sus derechos, bajo las peculiares circunstancias, para reabrir desde el principio la cuestión completa de la distribución de la riqueza y los derechos de propiedad, y estarían listos para discutirlo con el espíritu más abierto."

"No lo dudo," respondí, "pero ilustra, supongo, la falta de espíritu público altruista entre mis contemporáneos, el que no me sienta dispuesto a convertirme en un espectáculo ni siquiera por motivos educativos. Además, ¿qué necesidad hay? Usted puede decirme, tan bien como podrían los jueces, cuál sería la respuesta, y como lo que quiero es la respuesta y no la propiedad, bastará igualmente."

"Sin duda," dijo el doctor, "le podría dar las líneas generales del razonamiento que ellos seguirían."

"Muy bien. Supongamos, entonces, que está usted en el tribunal. ¿Sobre qué base se negaría a devolverme mi millón, porque supongo que se negaría?"

"Desde luego sería la misma base," respondió el doctor, "sobre la cual la nación procedió a nacionalizar la propiedad que ese mismo millón representaba en la época de la gran Revolución."

"Así lo supongo; ahí es adonde quiero llegar. ¿Cuál es esa base?"

"El tribunal diría que permitir a cualquier persona retirar o retener de la administración pública, de su uso común,

cualquier porción de capital mayor que la porción asignada a todos por igual para el uso y consumo personal, incapacitaría a la sociedad para llevar a cabo su primer deber para con sus miembros."

"¿Cuál es ese primer deber de la sociedad para con sus miembros, con el cual se interferiría permitiendo que ciudadanos particulares se apropiasen de más que una igual proporción del capital del país?"

"El deber de salvaguardar el primero y más alto derecho de sus miembros—el derecho a la vida."

"¿Pero cómo se interfiere con el deber de la sociedad de salvaguardar las vidas de sus miembros cuando una persona tiene más capital que otra?"

"Sencillamente," respondió el doctor, "porque la gente tiene que comer para vivir, también tiene que vestirse y consumir una cantidad de cosas necesarias y deseables, la suma de las cuales constituye lo que llamamos riqueza o capital. Entonces, si el suministro de esas cosas fuese siempre ilimitado, como lo es el aire que necesitamos para respirar, no sería necesario procurar que cada uno tuviese su parte, pero siendo el suministro de riqueza, de hecho, limitado en cualquier momento, se sigue que si alguno tiene una parte desproporcionada, el resto no tendrá suficiente y puede ser dejado sin nada, como de hecho era el caso de millones de personas en todo el mundo hasta que la gran Revolución estableció la igualdad económica. Si, entonces, el primer derecho del ciudadano es la protección de la vida y el primer deber de la sociedad es proporcionar eso, el estado debe evidentemente procurar para ello que individuos particulares no se apropien de los medios de vida, sino que estén distribuidos de tal modo que cubran las necesidades de todos. Además, para asegurar los medios de vida para todos, no es meramente necesario que el estado vele por que la riqueza disponible para el consumo sea distribuida adecuadamente en todo momento; porque, aunque a todos

podría en ese caso irles bien hoy, mañana todos podrían morir de hambre, a no ser que, mientras tanto, sea producida nueva riqueza. El deber de la sociedad de garantizar la vida del ciudadano implica, por tanto, no meramente la igual distribución de la riqueza para el consumo, sino su empleo como capital para el mayor provecho posible para todos en la producción de más riqueza. En ambos sentidos, por tanto, verá usted inmediatamente que la sociedad fracasaría en su primer y mayor función en proporción si permitiese que de la pública administración del interés común los individuos retirasen riqueza más allá de la igual cuota, sea para consumo o empleo como capital."

"La ética moderna de la propiedad es asombrosamente simple para un representante del siglo diecinueve," observé. "¿Los jueces ni siquiera me preguntarían mediante qué derecho o título de propiedad reclamaba mi riqueza?"

"Por supuesto que no. Es imposible que usted o cualquier otro pudiera tener un derecho tan fuerte a las cosas materiales como el menor de sus conciudadanos tenía a su vida, o que pudiese hacer un alegato tan fuerte para usar el poder colectivo para hacer valer su derecho a las cosas que pudiese hacer que el poder colectivo debiera hacer valer su derecho a la vida contra su derecho a las cosas no importa el punto en el que ambas demandas pudiesen directa o indirectamente estar en conflicto. El efecto que la posesión desproporcionada de la riqueza de una comunidad por alguno de sus miembros tiene de restringir y amenazar la vida de los demás no es en ningún modo afectado por los medios mediante los cuales esa riqueza fue obtenida. Los medios pueden haber constituido, como en épocas pasadas a menudo lo hicieron por su iniquidad, un daño añadido, sin que importe su origen. Nuestra ética de la riqueza es de hecho, como dice usted, sumamente sencilla. Consiste meramente en la ley de supervivencia, defendida en nombre de todos contra la usurpación de cualquiera. Descansa sobre un principio que un niño puede entender tan bien como un filósofo, y que ningún

filósofo nunca intentó refutar—a saber, el supremo derecho de todos a vivir, y consecuentemente a insistir en que la sociedad deberá estar organizada de tal modo que asegure ese derecho.

"Pero, después de todo," dijo el doctor, "¿qué hay en nuestra aplicación económica de este principio que necesariamente impresione a un hombre de su época con una sensación que no sea la de sorprenderse de que no se hiciese antes? Desde que existe lo que ustedes solían llamar la civilización moderna, ha sido un principio suscrito por todos los gobiernos y pueblos que el primer y supremo deber del estado es proteger las vidas de los ciudadanos. Con el propósito de hacer esto ha existido la policía, los juzgados, el ejército, y la mayor parte de la maquinaria de los gobiernos. Usted ha ido tan lejos como para sostener que un estado que no salvaguarda las vidas de sus ciudadanos a cualquier precio y con el mayor esfuerzo de sus recursos pierde el derecho a toda reclamación de sus lealtades.

"Pero aunque ha manifestado este principio tan de manera general en palabras, ha ignorado completamente en la práctica una parte y la inmensamente mayor parte de su significado. Usted ha pasado completamente por alto y ha hecho caso omiso del peligro al cual la vida está expuesta por la vertiente económica—la vertiente del hambre, el frío y la sed. Ha seguido la teoría de que la vida solamente podría ponerse en peligro mediante mazo, cuchillo, bala, veneno o alguna otra forma de violencia física, como si el hambre, el frío y la sed—en una palabra, la necesidad económica—no fuese un enemigo mucho más constante y mortal para la existencia que todas las demás formas de violencia juntas. Usted ha pasado por alto el simple hecho de que cualquiera que por cualquier medio, no importa que sea indirecto o remoto, quitase o redujese los medios de subsistencia de alguien, atacaría la vida de ese alguien tan peligrosamente como podría hacerse con cuchillo o bala—más aún, de hecho, viendo que contra un ataque

directo podría haber tenido una mejor oportunidad de defenderse. Usted no ha considerado que no hay protección policial, judicial, y militar, que pudiese evitar que alguien pereciese miserablemente si no tuviese suficiente para comer y vestir."

"Nosotros seguimos la teoría," dije, "de que no era correcto que el estado se inmiscuyese para hacer por el individuo o para ayudarlo a hacer lo que él no era capaz de hacer por sí mismo. Nosotros sostuvimos que la organización colectiva solamente debería ser apelada cuando el poder del individuo fuese manifiestamente desigual para la tarea de autodefensa."

"No era una teoría tan mala si hubiesen estado a la altura de ella," dijo el doctor, "aunque es mucho más racional la teoría moderna de que cualquier cosa que pueda hacerse por acción colectiva mejor que por acción individual, debería acometerse de aquel modo, incluso si pudiese, de una manera más imperfecta, realizarse individualmente. Pero ¿no cree que bajo las condiciones económicas que prevalecían en América al final del siglo diecinueve, por no hablar de Europa, el hombre corriente armado con un buen revólver habría encontrado la tarea de protegerse a sí mismo y a su familia contra la violencia mucho más fácil que la de protegerlos contra la necesidad? ¿No eran las probabilidades en su contra mayores en ésta lucha que las que podían haber sido, si fuese un tolerablemente buen tirador, en aquella? ¿Por qué, entonces, conforme a su propia máxima, estaba la fuerza colectiva de la sociedad dedicada sin restricciones a salvaguardarlo contra la violencia, lo cual él podría haber hecho por sí mismo razonablemente bien, mientras que era abandonado en la lucha, sin esperanza y contra pronóstico, por los medios para llevar una existencia decente? ¿Qué hora, de qué día de qué año, pasó jamás, en la cual el número de muertes, y la angustia física y moral resultante de la anarquía de la lucha económica y las probabilidades aplastantemente en contra de los pobres, no sobrepasasen cien veces en peso el recuento, correspondiente a esa misma

hora, de muerte o sufrimiento resultantes de la violencia? La sociedad habría cumplido mucho mejor su reconocido deber de salvaguardar las vidas de sus miembros si, revocando toda ley criminal y despidiendo a todo juez y policía, hubiese dejado que los hombres se protegiesen a sí mismos como mejor pudiesen contra la violencia física, estableciendo al mismo tiempo en vez de la maquinaria de la justicia criminal un sistema de administración económica por medio del cual todos hubiesen estado garantizados contra la necesidad. Si, de hecho, hubiese sustituido el sistema criminal y judicial con esta organización económica colectiva, inmediatamente habría tenido tan poca necesidad de aquella como nosotros, porque muchos de los crímenes que les plagaban a ustedes eran directa o indirectamente consecuencia de sus condiciones económicas injustas, y habrían desaparecido con ellas.

"Pero disculpe mi vehemencia. Recuerde que estoy acusando a su civilización y no a usted. Lo que quería manifestar es que el principio de que el primer deber de la sociedad es salvaguardar las vidas de sus miembros era admitido tan plenamente por su mundo como por el nuestro, y que no dando a dicho principio una interpretación económica tanto como una policial, judicial, y militar, su mundo fue convicto de una inconsistencia tan manifiesta en la lógica como cruel en las consecuencias. Nosotros, por otro lado, asumiendo como nación la responsabilidad de salvaguardar las vidas de la gente en la vertiente económica, hemos meramente, por primera vez, llevado a cabo un principio tan antiguo como el estado civilizado."

"Eso está suficientemente claro," dije. "Cualquiera, por la mera enunciación del caso, estaría obligado por supuesto a admitir que el deber reconocido del estado a garantizar la vida del ciudadano contra la acción de sus semejantes no implica lógicamente una responsabilidad para protegerlo de influencias que ataquen las bases económicas de la vida tanto como de los asaltos directos por la fuerza. Los

gobiernos más avanzados de mi época, mediante sus pobres leyes y sistemas, admitían vagamente esta responsabilidad, aunque la clase de provisión que hacían para los económicamente infortunados era tan exigua y acompañada de tales condiciones de ignominia que las personas normalmente preferirían morir que aceptarlas. Pero concediendo que la clase de reconocimiento que dábamos al derecho del ciudadano a que se le garantizase una subsistencia era una burla más brutal que lo habría sido su total denegación, y que una más amplia interpretación de su deber a este respecto era incumbencia del estado, aun así ¿cómo se sigue lógicamente que una sociedad está obligada a garantizar, o el ciudadano a demandar, una absoluta igualdad económica?"

"Es muy cierto, como usted dice," respondió el doctor, "que el deber de la sociedad de garantizar a cada miembro las bases económicas para su vida, pudiera de alguna forma no incluir el establecimiento de la igualdad económica. Justo así en su época pudiera el deber del estado de salvaguardar las vidas de los ciudadanos contra la violencia física no haber incluido alguna forma nominal si se hubiese dedicado a evitar por completo los asesinatos, mientras dejaba a la gente sufrir, por el libertinaje de todos, toda clase de violencia no directamente mortal; pero dígame, Julian, ¿los gobernantes de su época hubieran estado complacidos con esta interpretación del límite de su deber de proteger a los ciudadanos contra la violencia, o los ciudadanos habrían estado complacidos con semejante limitación?"

"Por supuesto que no."

"Un gobierno que en su época," continuó el doctor, "hubiese limitado su cometido de proteger a los ciudadanos contra la violencia a meramente evitar asesinatos, no habría durando un sólo día. No habría gente tan salvaje como para haberlo tolerado. De hecho, no sólo todos los gobiernos se encargaron de proteger a los ciudadanos de los ataques contra sus vidas, sino de todas y cada una de las clases de

ataque y ofensa, no importa lo insignificantes que fuesen. No sólo ninguna persona podía poner ni un dedo sobre otra con ira, sino que aunque únicamente menease su lengua contra ella maliciosamente era encadenado y llevado a prisión. La ley se encargó de proteger a las personas en su dignidad tanto como en su mera integridad corporal, reconociendo acertadamente que ser insultado o escupido es un agravio tan grande como cualquier ataque contra la vida misma.

"Entonces, encargándonos de asegurar al ciudadano su derecho a la vida en la vertiente económica, no hacemos sino seguir con esmero el precedente de ustedes de salvaguardarlo contra los ataques directos. Si no hiciésemos más que asegurar su base económica para evitar la muerte por efecto directo del hambre y el frío como sus pobres leyes pretendían hacer, seríamos como un Estado de su época que prohibiese categóricamente el asesinato pero permitiese todos los tipos de ataque que no llegaban a serlo. La angustia y la privación resultantes de la necesidad económica, que no llegaban a ser en realidad morir de hambre, precisamente corresponden a los actos de menor violencia contra los cuales su Estado protegía a los ciudadanos con tanto cuidado como contra el asesinato. El derecho del ciudadano a tener su vida asegurada en la vertiente económica no puede por tanto ser satisfecho mediante ninguna provisión para la mera subsistencia, o mediante cualquier cosa menor que los medios para el más completo abastecimiento de toda necesidad que la nación pueda mediante la más ahorrativa administración de los recursos nacionales suministrar a todos.

"Es decir, extendiendo el reino de la ley y la justicia pública a la protección y seguridad de los intereses de las personas en la vertiente económica, hemos seguido meramente, como razonablemente estábamos obligados a seguir, su tan cacareada máxima de 'igualdad ante la ley'. Esa máxima significaba, en la medida en que la sociedad colectivamente se encargó de cualquier función gubernamental, que debe

actuar absolutamente sin considerar qué persona, para igual beneficio de todos. A no ser, por tanto, que fuésemos a rechazar el principio de 'igualdad ante la ley', era imposible que la sociedad, habiendo asumido a su cargo la producción y distribución de la riqueza como una función colectiva, pudiese llevarla a cabo en base a cualquier otro principio que no fuese la igualdad."

"Si le complace al tribunal," dije, "me gustaría que se me permitiese en este punto terminar y retirar mi pleito para la restauración de mi antigua propiedad. En mi época solíamos aferrarnos a todo lo que teníamos y luchar por todo lo que podíamos conseguir, echándole valor, porque nuestros rivales eran tan egoístas como nosotros, y no eran representantes de un más alto derecho o mejor opinión. Pero este sistema social moderno con su administración pública de todo el capital para el bienestar general, cambia totalmente la situación. Coloca a quien pide más que su parte, a la altura de una persona que ataca el medio de vida y busca deteriorar el bienestar del resto de personas de la nación. Para disfrutar con tal actitud, alguien debe estar bastante más convencido de lo justo que es su derecho de lo que yo estuve jamás, incluso en los viejos tiempos."

XII. Cómo la desigualdad de riqueza destruye la libertad

"Sin embargo," dijo el doctor, "he enunciado sólo la mitad de las razones que los jueces darían de por qué no podrían, devolviéndole su riqueza, permitir el deterioro de nuestro sistema económico colectivo y el comienzo de la desigualdad económica en la nación. Hay otro gran e igual derecho de todas las personas, el cual, aunque estrictamente incluído en el derecho a la vida, es puesto por las mentes generosas incluso por encima de él: me refiero al derecho a la libertad— es decir, el derecho no sólo a vivir, sino a vivir con independencia personal de los semejantes, teniendo únicamente aquellas obligaciones sociales comunes que descansan sobre todos por igual.

"Ahora bien, el deber del estado de salvaguardar la libertad de los ciudadanos estaba reconocido en su época justo como lo estaba su deber de salvaguardar sus vidas, pero con la misma limitación, a saber, que la salvaguarda se aplicaba únicamente a la protección contra ataques violentos. Si se intentase raptar a un ciudadano y reducirlo a la esclavitud mediante el uso de la fuerza, el estado interferiría, pero no en otro caso. Sin embargo, era cierto en su época de libertad e independencia personal, como para la vida, que los peligros a los cuales estaban expuestos no provenían de la fuerza o la violencia, sino que resultaban de causas económicas, las necesarias consecuencias de las desigualdades en la riqueza. Porque el estado ignoraba absolutamente esta vertiente, la cual era incomparablemente la vertiente mayor de la cuestión de la libertad, su pretensión de defender las libertades de los ciudadanos era una mofa tan burda, como la de garantizar sus vidas. Más aún, era todavía una mofa más

absoluta y a mucho más inmensa escala.

"Porque, aunque he hablado de la monopolización de la riqueza y de la maquinaria productiva por una parte de las personas como la primera de todas las amenazas a las vidas del resto de la comunidad y contra la cual, como tal, habría que resistirse, sin embargo el principal efecto práctico del sistema no era desproveer de vida por completo a las masas de la humanidad, sino forzarlas, a través de la necesidad, a comprar sus vidas mediante la rendición de sus libertades. Es decir, aceptaban la servidumbre a la clase poseedora y convertirse en siervos de ésta a condición de recibir los medios de subsistencia. Aunque las multitudes estaban siempre pereciendo por la falta de subsistencia, aun así no era política deliberada de la clase poseedora el que así fuese. Los ricos no se beneficiaban de las personas muertas; por otra parte, obtenían beneficio sin fin de los seres humanos y sirvientes, no sólo para producir más riqueza, sino como los instrumentos de su placer y lujo.

"Como no necesito recordarle a usted que estaba familiarizado con ello, el sistema industrial del mundo antes de la gran Revolución estaba completamente basado en la servidumbre obligatoria de las masas de la humanidad a la clase poseedora, forzadas por la coacción de la necesidad económica."

"Indudablemente," dije, "los pobres como clase estaban al servicio económico de los ricos, o, como solíamos decir, el trabajo era dependiente del capital para el empleo, pero este servicio y empleo se habían convertido en el siglo diecinueve en una relación totalmente voluntaria por parte del sirviente o empleado. Los ricos no tenían poder para obligar a los pobres a ser sus sirvientes. Únicamente tomaban a los que voluntariamente venían a pedir ser tomados como sirvientes, e incluso suplicaban serlo, con lágrimas. Seguramente un servicio así buscado apenas podría llamarse obligatorio."

"Diganos, Julian," dijo el doctor, "¿iban los ricos entre sí

pidiéndose el privilegio de ser los sirvientes o empleados unos de otros?"

"Por supuesto que no."

"¿Pero por qué no?"

"Porque, naturalmente, nadie podría desear ser el sirviente de otro o estar sujeto a sus órdenes si pudiese irle bien sin ello."

"Así lo supongo, pero ¿por qué, entonces, los pobres buscaban con tanto empeño servir a los ricos cuando los ricos rehusaban con desdén servirse entre ellos? ¿Era porque los pobres amaban tanto a los ricos?"

"Seguramente no."

"¿Por qué, entonces?"

"Era, desde luego, porque era la única manera en que los pobres podían conseguir su subsistencia."

"¿Quiere decir que era únicamente la presión de la necesidad o el miedo a ella lo que conducía a los pobres al punto de convertirse en sirvientes de los ricos?"

"Eso es todo."

"¿Y llamaría a eso servicio voluntario? La distinción entre servicio forzado y semejante servicio como ese a nosotros nos parecería totalmente imperceptible. Si puede decirse que una persona hace voluntariamente lo que únicamente la presión de una amarga necesidad le obliga a elegir hacer, nunca ha habido una cosa tal como la esclavitud, porque todos los actos de un esclavo son en última instancia la aceptación de un mal menor por miedo a uno peor. Suponga, Julian, que usted o algunos de ustedes poseyeran el suministro principal de agua, o comida, vestido, tierra, o las principales oportunidades industriales de una comunidad y

podiesen mantener su propiedad, ese hecho por sí solo haría al resto de la gente sus esclavos, ¿no?, y eso, también, sin que usted ejerciese ninguna obligación directa, cualquiera que fuese."

"Sin duda."

"Suponga que alguien le acusase de mantener a la gente bajo servidumbre obligada, y que usted respondiese que usted no había puesto una mano sobre ellos sino que ellos voluntariamente recurrieron a usted y besaron sus manos por tener el privilegio de serles permitido servirle a cambio de agua, comida, o ropa, ¿no sería eso un modo muy transparente de eludir su parte de la acusación de práctica de posesión de esclavos?"

"Lo sería sin duda."

"Bien, ¿y no era esa precisamente la relación que mantenían los capitalistas o empleadores como clase hacia el resto de la comunidad a través de su monopolización de la riqueza y la maquinaria de producción?"

"Debo decir que lo era."

"Los economistas de su época dijeron mucho," continuó el doctor, "sobre la libertad de contrato—el acuerdo voluntario, sin trabas, del trabajador con el empleador en cuanto a los términos de su empleo. ¡Qué hipocresía podría haber sido tan cínica como esa pretensión cuando, de hecho, cada contrato hecho entre los capitalistas que tenían pan y podían quedarse con él y el trabajador que debía tenerlo o morir, habría sido declarado nulo, si se hubiese juzgado justamente, incluso bajo sus leyes, como contrato hecho bajo la coacción del hambre, el frío, y la desnudez, nada menos que la amenaza de muerte! Si posees las cosas que las personas deben tener, posees a las personas que deben tenerlas."

"Pero el apremio de la necesidad," dije, "que significa el hambre y el frío, es un apremio de la Naturaleza. En ese

sentido estamos todos bajo la servidumbre forzosa de la Naturaleza."

"Sí, pero no los unos de los otros. Esa es la completa diferencia entre esclavitud y libertad. Hoy ningún hombre sirve a otro, sino todos al bien común que todos compartimos por igual. Bajo el sistema de ustedes, el apremio de la Naturaleza a través de la apropiación, por los ricos, de los medios de abastecer las demandas de la Naturaleza fue convertido en un garrote mediante el cual los ricos hicieron pagar a los pobres la deuda de trabajo de la Naturaleza no sólo para ellos mismos, sino para los ricos también, con un inmenso recargo además por el innecesario despilfarro del sistema."

"Da usted a entender que nuestro sistema era poco mejor que la esclavitud. Esa es una palabra dura."

"Es una palabra muy dura, y queremos ser justos por encima de todo. Consideremos la cuestión. La esclavitud existe donde hay una utilización obligatoria de las personas por otras personas para el beneficio de los que hacen el uso. Creo que estamos totalmente de acuerdo en que el pobre de su época trabajaba para el rico únicamente porque sus necesidades le obligaban a hacerlo. Esa obligación variaba en fuerza conforme al grado de necesidad en la que estaba el trabajador. Aquellos que tenían unos pocos medios económicos, sólo prestarían las más ligeras clases de servicio bajo condiciones más o menos fáciles y honorables, mientras aquellos que tenían menos medios o ninguno en absoluto, harían cualquier cosa en cualesquiera términos no importa cuán dolorosos o degradantes. Para la masa de trabajadores, el apremio de la necesidad era de la clase más pronunciada. El esclavo podía elegir entre trabajar para su amo o el látigo. El asalariado elegía entre trabajar para un empleador o morir de hambre. En las más antiguas, más crudas formas de esclavitud, los amos tenían que estar vigilando constantemente para evitar que sus esclavos se escapasen, y sufrían la molestia de la carga de alimentarlos."

El sistema de ustedes era más conveniente, en tanto que hizo de la Naturaleza su capataz, y dependía de ella para hacer que sus sirvientes continuasen con sus quehaceres. Había una diferencia entre el ejercicio directo de la coacción, en el cual el esclavo estaba siempre a punto de rebelarse, y una coacción indirecta mediante la cual se obtenía el mismo resultado industrial, mientras el esclavo, en vez de rebelarse contra la autoridad de su amo, estaba agradecido por la oportunidad de servirle."

"Pero," dije, "el asalariado recibía salario y el esclavo no recibía nada."

"Le ruego me disculpe. El esclavo recibía el sustento—ropa y cobijo—y el asalariado que podía conseguir más que eso con su salario era raramente afortunado. La tarifa salarial, excepto en países nuevos y bajo condiciones especiales y para trabajadores cualificados, se mantenía aproximadamente en el punto de subsistencia, tan a menudo cayendo por debajo como elevándose por encima. La principal diferencia era que el amo desembolsaba el salario de subsistencia del esclavo, mientras que el asalariado lo desembolsaba él mismo. Esto era mejor para el trabajador en algunos sentidos; en otros, menos deseable, porque el amo, por interés propio, habitualmente cuidaba que los hijos del esclavo tuviesen lo suficiente; mientras el empleador, no teniendo interés en la vida o la salud del asalariado, no se preocupaba por si vivía o moría. Nunca hubo barrios tan viles de esclavos como las casas de pisos de los barrios bajos de la ciudad, donde los asalariados se alojaban."

"Pero al menos," dije, "había esta radical diferencia entre el asalariado de mi época y el esclavo: aquél podía dejar su empleo a voluntad, éste no podía."

"Sí, esa es una diferencia, pero una diferencia que seguramente no dice tanto en favor como en contra del asalariado. En todos los países, excepto en los temporalmente afortunados con escasa población, el

trabajador se habría alegrado efectivamente de canjear su derecho a dejar a su empleador por una garantía de que éste no le despediría. El miedo a perder su oportunidad de trabajar—su colocación, como ustedes lo llamaban—era la pesadilla de la vida del trabajador, tal como quedó reflejado en la literatura de su época. ¿No era así?"

Tuve que admitir que era precisamente así.

"El privilegio de dejar a un empleador por otro," prosiguió el doctor, "aunque no hubiese estado más que equilibrado con el inconveniente del despido, le merecía muy poco la pena al trabajador, en vista del hecho de que la tarifa salarial era aproximadamente la misma dondequiera que pudiese ir, y el cambio sería meramente una elección entre las actitudes personales de los diferentes amos, y esa diferencia era bastante leve, porque las reglas de los negocios controlaban las relaciones entre amos y personas."

Reuní fuerzas una vez más.

"Al menos debe usted admitir un punto de auténtica superioridad que tenía el asalariado sobre el esclavo. Aquél podía ascender por méritos y convertirse él mismo en un empleador, un rico."

"Seguramente olvida, Julian, que rara vez ha habido un sistema de esclavitud bajo el cual los más activos, inteligentes, y ahorrativos esclavos no pudiesen comprar y no comprasen su libertad o les fuese concedida por sus amos. Los libertos de la antigua Roma ascendieron a lugares de importancia y poder tan a menudo como los nacidos proletarios de Europa o América salieron de su condición."

No pensé en nada para replicar en ese momento, y el doctor, teniendo compasión de mi, prosiguió: "Es un viejo ejemplo de los diferentes puntos de vista entre su siglo y el nuestro, el que precisamente este argumento que expone sobre la posibilidad de que el asalariado ascendiese, aunque esa

posibilidad tendía a cero en su época, a nosotros nos parece la característica más auténticamente diabólica de todo el sistema. La perspectiva de ascender como motivo para reconciliar al asalariado o al pobre en general con su sometimiento, ¿qué importancia tenía? No era sino decirle, 'Sé un buen esclavo, y tú, también, tendrás esclavos tuyos.' Mediante esta cuña separaban a los más listos de los asalariados, de la masa de ellos, y dignificaban la traición a la humanidad, llamándola ambición. Ningún hombre de verdad, desearía ascender salvo para que los demás ascendiesen con él."

"Sin embargo, al menos debe usted admitir un punto de diferencia," dije. "En la esclavitud el amo tenía un poder sobre las personas de sus esclavos que el empleador no tenía ni incluso sobre los más pobres de sus empleados: no podía poner su mano sobre ellos con violencia."

"De nuevo, Julian," dijo el doctor, "ha mencionado un punto de diferencia que habla en favor de la esclavitud como un método industrial más humano que el sistema de salarios. Si aquí y allí la ira del dueño del esclavo le hizo olvidar tanto el dominio de sí mismo como para dejar lisiados o mutilados a sus esclavos, aun así semejantes casos fueron en general raros, y tales amos eran tenidos en cuenta por la opinión pública, si no por la ley; pero bajo el sistema de salarios el empleador no tenía motivo para contenerse de prescindir de una vida o un miembro de sus empleados, y eludía toda responsabilidad por el hecho del consentimiento e incluso entusiasmo de la gente necesitada para emprender las más peligrosas y penosas tareas, por el pan. Hemos leído que en los Estados Unidos, cada año, al menos doscientos mil hombres, mujeres, y niños morían o quedaban mutilados llevando a cabo sus deberes industriales, casi cuarenta mil sólo en una subsidiaria del servicio del ferrocarril. No parece haberse jamás intentado ninguna estimación del muchas veces mayor número de quienes perecieron más indirectamente por los dañinos efectos de las malas

condiciones industriales. ¿Qué sistema de esclavitud registró jamás semejante despilfarro de vida humana, como ese?

"Más aún, el propietario del esclavo, si golpeaba con dureza a su esclavo, lo hacía bajo la ira y, tan probablemente como no, con alguna provocación; pero estas carnicerías al por mayor de asalariados, que volvieron roja la tierra de ustedes, fueron hechas con total sangre fría, sin otro motivo por parte de los capitalistas, que eran los responsables, salvo el lucro.

"Y además, el sometimiento de las mujeres esclavas a la lujuria de sus amos, siempre se consideró una de las más nauseabundas características de la esclavitud. ¿Qué sucedía a este respecto bajo el gobierno de los ricos? Hemos leído en nuestros libros de historia que en su época, una gran multitud de mujeres eran forzadas por la pobreza a hacer negocio brindando sus cuerpos a aquellos que tenían los medios para proporcionarles un poco de pan. Los libros dicen que esas multitudes ascendían en sus grandes ciudades a treinta o cuarenta mil mujeres. Han llegado historias hasta nuestros días sobre la magnitud del tributo de doncellas recaudado entre las clases pobres para la gratificación de la lujuria de aquellos que podían pagar, que los anales de la antigüedad apenas podrían compararse en horror. ¿Estoy diciendo demasiado, Julian?"

"No ha mencionado nada salvo los hechos que me saltaron a la vista toda la vida," repliqué, "y aun así parece que he tenido que esperar a un hombre de otro siglo para que me diga lo que significaban."

"Precisamente porque le saltaban a la vista a usted y a sus contemporáneos tan constantemente, y siempre lo hicieron, perdieron ustedes la facultad de juzgar su significado. Estaban, como podríamos decir, demasiado cerca de sus ojos

para ser vistos bien. Ahora está usted lo suficientemente lejos de los hechos para comenzar a verlos claramente y comprender su significado. A medida que continúe adquiriendo este punto de vista moderno, llegará con nosotros a ver cada vez más completamente que uno de los más nauseabundos aspectos de la condición humana antes de la gran Revolución no era el sufrimiento a causa de la privación física o incluso la rotunda muerte por hambre de las multitudes, que resultaba directamente de la desigual distribución de la riqueza, sino el efecto indirecto de esa desigualdad para reducir a casi toda la humanidad al estado de degradante esclavitud respecto a sus semejantes. Tal como a nosotros nos parece, la ofensa del viejo orden contra la libertad fue incluso mayor que la ofensa a la vida; e incluso si fuese concebible que pudiese haber satisfecho el derecho a la vida garantizando la abundancia para todos, debería igualmente haber sido destruído, porque, aunque la administración colectiva del sistema económico hubiera sido innecesaria para garantizar la vida, no podría haber tal cosa como la libertad en tanto que por el efecto de las desigualdades de riqueza y el control privado de los medios de producción la oportunidad de las personas para obtener los medios de subsistencia dependía de la voluntad de otras personas."

XIII. Capital privado robado del fondo social

"Observo," prosiguió el doctor, "que Edith se está poniendo muy impaciente con estas áridas disquisiciones, y piensa que ya va siendo hora de que pasemos de la riqueza en abstracto a la riqueza en concreto, ilustrada por el contenido de su caja fuerte. Retrasaré la empresa sólo mientras digo unas pocas palabras más; pero realmente esta cuestión de la restauración de su millón, planteada como ha sido medio en broma, toca de un modo tan vital el principio central y fundamental de nuestro orden social que quiero darle al menos un bosquejo de idea de la ética moderna de la distribución de la riqueza.

"En este momento ya conoce la diferencia esencial entre el nuevo y el viejo punto de vista. La vieja ética concebía la cuestión de lo que una persona pudiera poseer legítimamente, como una cuestión que empezaba y terminaba con la relación de los individuos con las cosas. Las cosas no tienen derechos frente a los seres morales, y no había razón, por tanto, en la naturaleza del caso, en tanto que establecido de este modo, por la cual los individuos no deberían adquirir una propiedad ilimitada de cosas en tanto sus habilidades se lo permitiesen. Pero esta visión ignoraba absolutamente las consecuencias sociales que resultan de una desigual distribución de las cosas materiales en un mundo donde todos dependen absolutamente, para la vida y todo su disfrute, de la parte que tienen de esas cosas. Es decir, la vieja supuesta ética de la propiedad pasaba absolutamente por alto toda la vertiente ética del asunto—a saber, su vínculo con las relaciones humanas. Precisamente esta consideración es la que proporciona toda la base de la ética

moderna de la propiedad. Todos los seres humanos son iguales en derechos y dignidad, y sólo un sistema semejante de distribución de riqueza puede por tanto ser defendible en tanto que respeta y asegura esas igualdades. Pero mientras este es el principio que más oírán enunciar generalmente como fundamento moral de nuestra igualdad económica, hay otro fundamento totalmente suficiente y completamente diferente en base al cual, aunque no estuviesen implicados los derechos a la vida y a la libertad, aun así deberíamos mantener que el reparto por igual del producto total de la industria sería el único plan justo, y que cualquier otro sería un robo.

"El principal factor en la producción de riqueza entre personas civilizadas es el organismo social, la maquinaria del trabajo e intercambio mancomunado mediante el cual cientos de millones de individuos abastecen la demanda de los respectivos productos y mutuamente complementan sus respectivos trabajos, haciendo en consecuencia de los sistemas productivos y distributivos de una nación y del mundo una gran máquina. Esto era cierto incluso bajo el capitalismo privado, a pesar del prodigioso despilfarro y fricción de sus métodos; pero desde luego es una verdad mucho más importante ahora que la maquinaria de la cooperación funciona con absoluta suaviad y cada gramo de energía se utiliza hasta su máximo efecto. En el producto industrial total que es debido al organismo social, el elemento está representado por la diferencia entre el valor de lo que una persona produce como trabajadora en conexión con la organización social y lo que podría producir en condiciones de aislamiento. Trabajando en consonancia con sus semejantes mediante la ayuda del organismo social, ella y ellos producen lo suficiente para mantener a todos al más alto lujo y refinamiento. Afanándose en aislamiento, la experiencia humana ha demostrado que sería afortunada si pudiese producir como mucho lo bastante para mantenerse viva. Se estima, creo, que el promedio del producto diario de un trabajador en América es hoy unos cincuenta dólares. El

producto de la misma persona trabajando en aislamiento sería muy probablemente estimado, sobre las mismas bases de cálculo, en un cuarto de dólar. Ahora dígame, Julian, ¿a quién pertenece el organismo social, esta vasta maquinaria de asociación humana, que incrementa unas doscientas veces el producto del trabajo de cada uno?"

"Manifiestamente," respondí, "no puede pertenecer a nadie en particular, sino a nada menos que a la sociedad colectivamente. La sociedad colectivamente puede ser el único heredero de la herencia social del intelecto y el descubrimiento, y es la sociedad colectivamente la que garantiza la continua y diaria concurrencia que por sí sola hace efectiva esa herencia."

"Así es exactamente. El organismo social, con todo lo que es y lo que hace posible, es la herencia indivisible de todos en común. ¿A quién, entonces, pertenece propiamente ese incremento de doscientas veces el valor del trabajo de cada uno, que es debido al organismo social?"

"Manifiestamente, a la sociedad colectivamente—al fondo general."

"Antes de la gran Revolución," prosiguió el doctor, "aunque parece haber existido una vaga idea de un fondo social semejante a este, que pertenecía a la sociedad colectivamente, no había un concepto claro de su inmensidad, y no había guardián, o posible provisión para vigilar que fuese recolectado y aplicado para el uso común. Era necesaria una organización pública de la industria, un sistema económico nacionalizado, antes de que el fondo social pudiese ser adecuadamente protegido y administrado. Hasta entonces, debía ser objeto de universal pillaje y malversación. De la maquinaria social se habían apoderado aventureros que la habían convertido en un medio para enriquecerse ellos mismos, recolectando un tributo de la gente a quien pertenecía y a quien debía haber enriquecido. Sería un modo de describir el efecto de la Revolución decir

que fue sólo la toma de posesión, por la gente colectivamente, de la maquinaria social que siempre le había pertenecido, para ser conducida a partir de ese momento como una instalación pública, los beneficios de la cual iban a ir a los propietarios, en tanto que dueños por igual, y nunca más a bucaneros.

"Fácilmente verá," continuó el doctor, "cómo este análisis del producto de la industria debe necesariamente tender a minimizar la importancia de la ecuación personal del desempeño entre trabajadores individuales. Si el hombre moderno, mediante la ayuda de la maquinaria social, puede producir un valor de cincuenta dólares de producto donde no podía producir más de un cuarto de dólar sin la sociedad, entonces cuarenta y nueve dólares y tres cuartos de cada cincuenta dólares deben ser atribuídos al fondo social para ser distribuídos a partes iguales. La eficiencia industrial de dos personas trabajando sin la sociedad pudiera haber diferido como de dos a uno—esto es, mientras una persona era capaz de producir el valor de un cuarto de dólar de trabajo en un día, el otro podría producir sólo el valor de doce céntimos y medio. Esta era una diferencia muy grande bajo aquellas circunstancias, pero doce céntimos y medio es una fracción tan pequeña de cincuenta dólares como para que no merezca la pena mencionarla. Es decir, la diferencia en dotaciones individuales entre dos personas trabajando seguiría siendo la misma, pero esa diferencia se reduciría a una relativa irrelevancia por la prodigiosa suma de partes iguales hecha en relación al producto de ambas similarmente por el organismo social. O también, antes de que se inventase la pólvora, un hombre podía fácilmente valer por dos como guerrero. La diferencia entre los hombres como individuos era la que era; aun así el arrollador factor añadido al poder de ambos igualmente mediante el arma de fuego, prácticamente los igualaba como combatientes. Hablando de armas de fuego, pongamos un ejemplo todavía mejor—la relación de los soldados individuales en un escuadrón de infantería respecto a la formación. Podría haber grandes

diferencias en el poder de los soldados individuales por separado fuera de las filas. Una vez en las filas, sin embargo, la formación añade por igual a la eficiencia luchadora de cada soldado un elemento tan arrollador como para dejar enana la diferencia entre la eficiencia individual de los diferentes hombres. Digamos, por ejemplo, que la formación añade un factor de diez a uno a la fuerza luchadora de cada miembro, entonces el hombre que fuera de las filas era como dos a uno en poder comparado con su camarada sería, cuando ambos estuviesen en las filas, comparado con él únicamente como doce a once—una insignificante diferencia.

"Apenas necesito hacerle hincapié, Julian, en la relevancia del principio del fondo social en la igualdad económica cuando el sistema industrial fue nacionalizado. Se hizo obvio que aunque fuese posible imaginar de manera satisfactoria la diferencia en los productos industriales que en una contabilidad con el fondo social podría ser respectivamente adscrito a diferencias en el desempeño individual, el resultado no merecería la pena. Incluso el trabajador de especial capacidad, quien podría esperar ganar más mediante él, no podría esperar ganar tanto como habría perdido en común con los demás sacrificando la acrecentada eficiencia de la maquinaria industrial que resultaría del sentimiento de solidaridad y espíritu público entre los trabajadores que surge de un sentimiento de completa unidad de interés."

"¡Doctor," exclamé, "me gusta muchísimo esa idea de fondo social! Me hace comprender, entre otras cosas, la plenitud con la cual parecen ustedes haber superado la noción de salario, la cual era fundamental de una u otra forma para todo el pensamiento económico de mi época. Es porque están acostumbrados a considerar el capital social como la principal fuente de su riqueza, en vez de sus esfuerzos específicos del día a día. Es, en una palabra, la diferencia entre la actitud del capitalista y del proletario."

"Con todo y con eso," dijo el doctor, "la revolución nos hizo a todos capitalistas, y la idea de dividendo ha suplantado la de

estipendio. Nosotros tomamos los salarios sólo en honor. Desde nuestro punto de vista en relación a la propiedad colectiva de la maquinaria económica del sistema social, y la absoluta demanda de su producto de la sociedad colectivamente, hay algo cómico en las laboriosas disputas mediante las cuales sus contemporáneos solían tratar de establecer a cuánto, mucho o poco, salario o compensación por servicios, tenía derecho este o aquel individuo o grupo. Vaya, Dios mío, Julian, si el trabajador más listo estuviese limitado a su propio producto, estrictamente separado y diferenciado de elementos mediante los cuales el uso de la maquinaria social lo ha multiplicado, no habría pasado de ser un salvaje medio muerto de hambre. Todos tienen derecho no sólo a su propio producto, sino a inmensamente más— a saber, a su parte en el producto del organismo social, además de su producto personal, pero tiene derecho a esta parte no en el plan de su época de agrarrar lo que se pueda, mediante el cual algunos se hicieron millonarios y otros mendigos, sino en términos de igualdad con todos sus prójimos capitalistas."

"En mi época se hablaba de la idea de un incremento no devengado dado a propiedades privadas por el organismo social," dije, "pero sólo, según recuerdo, con referencia a valores en terrenos. Había reformadores que sostenían que la sociedad tenía el derecho de tomar en impuestos todo incremento en el valor de los terrenos que resultase de factores sociales, tales como incremento de población o mejoras públicas, pero parece que pensaban que la doctrina sólo era aplicable a los terrenos."

"Sí," dijo el doctor, "y es bastante raro que, teniendo el ovillo, no lo siguiesen."

XIV. Inspeccionamos mi colección de arneses

Cables para la luz y el calor habían sido instalados en la cámara acorazada, y era tan cálida y brillante, y un lugar tan habitable, como había sido hace un siglo, cuando era mi dormitorio. Arrodillándome ante la puerta de la caja fuerte, me puse de inmediato a manipular el dial, mientras que mis acompañantes se inclinaban sobre mi en actitud de ferviente interés.

Habían pasado cien años desde que cerré la caja fuerte por última vez, y bajo circunstancias normales habría sido un tiempo suficiente para que olvidase la combinación varias veces, pero estaba tan fresca en mi mente como si la hubiese ideado hace un par de semanas, siendo ese, de hecho, el tiempo total del período transcurrido en tanto a lo que mi vida consciente concierne.

"Observen," dije, "que giro este dial hasta que la letra 'K' esté en oposición con la letra 'R'. Entonces muevo este otro dial hasta que el número '9' esté en oposición con el mismo punto. Ahora la caja fuerte está prácticamente abierta. Todo lo que tengo que hacer para abrirla es girar este tirador, que mueve los cerrojos, y luego hacer girar la puerta, como ven."

Pero justo entonces no vieron, porque el tirador no giró, y la cerradura permaneció firmemente ajustada. Sabía que no había cometido ningún error en cuanto a la combinación. Alguna de las piezas abatibles de la cerradura no había caído. La cerradura mantenía su resistencia. Se podría haber dicho que la memoria de la caja fuerte no era tan buena como la mía. Había olvidado la combinación. Una explicación materialista algo más probable era que el lubricante de la

cerradura se había vuelto más viscoso con el tiempo hasta ofrecer una leve resistencia. La cerradura no podía haberse oxidado, porque la atmósfera de la habitación había estado completamente seca. De otro modo, yo no habría sobrevivido.

"Siento decepcionarles," dije, "pero tendremos que llamar a la sede central del fabricante de la caja fuerte para que venga un cerrajero. Yo sabía dónde había que ir, en la calle Sudbury, pero supongo que el negocio de cajas fuertes se habrá trasladado desde entonces."

"No se ha trasladado meramente," dijo el doctor, "ha desaparecido; hay cajas fuertes como esta en el museo histórico, pero nunca he sabido cómo se abrían, hasta ahora. Es realmente muy ingenioso."

"¿Y quiere decir que en realidad hoy en día no hay cerrajeros que pudieran abrir esta caja fuerte?"

"Cualquier mecánico puede cortar el acero como si fuera cartón," replicó el doctor; "pero realmente no creo que haya nadie en el mundo que pudiera forzar la cerradura. Tenemos, por supuesto, cerraduras sencillas para asegurar la privacidad y para que los niños no hagan travesuras, pero nada calculado para ofrecer una seria resistencia contra la fuerza o la destreza. El arte de los cerrajeros está extinto."

A esto, Edith, que estaba impaciente por ver abierta la caja fuerte, exclamó que el siglo veinte no tenía nada de qué presumir si no podía resolver un rompecabezas que estaba a la altura de cualquier ladrón del siglo diecinueve.

"Desde el punto de vista de una joven impaciente, puede parecerlo," dijo el doctor. "Pero debemos recordar que las artes perdidas son a menudo monumentos del progreso humano, indicando la superación de las limitaciones y necesidades a las cuales servían. Ya no tenemos cerrajeros porque ya no tenemos ladrones. El pobre Julian tenía que pasar por todos estos tormentos para proteger los papeles

que hay en esa caja fuerte, porque si los perdía podía convertirse en mendigo, y, de ser uno de los amos de la mayoría, podía pasar a ser uno de los sirvientes de la minoría, y quizá verse tentado de convertirse él mismo en ladrón. No es asombroso que hubiese demanda de cerrajeros en aquella época. Pero ahora ya ve, incluso suponiendo que cualquiera de esta comunidad que disfruta universal e igual riqueza pudiese desear robar cualquier cosa, no hay nada que pudiese robar con vistas a venderlo otra vez. Nuestra riqueza consiste en la garantía de igual participación en el capital y los ingresos de la nación—una garantía que es personal y que no puede quitársenos ni ser cedida, siendo concedida a cada uno en el momento de nacer, y viendonos despojados de ella sólo por la muerte. Así que ya ve que el cerrajero y el fabricante de cajas fuertes serían personas muy inútiles."

Mientras hablábamos, yo había continuado operando el dial con la esperanza de que a la obstinada pieza abatible le diese la gana de comportarse, y un débil clic recompensaba ahora mis esfuerzos, y abrí la puerta.

"¡Fu!" exclamó Edith ante la bocanada de olor a cerrado del aire confinado que vino a continuación. "Lo siento por tu gente si esa es una buena muestra de lo que teníais que respirar."

"Se trata probablemente de la única muestra que queda, en todo caso," observó el doctor.

"¡Dios mío! ¡Qué cajita tan ridícula resulta ser para tan pretencioso exterior!" exclamó la madre de Edith.

"Sí," dije. "Las gruesas paredes son para guardar su contenido a prueba de fuego y también a prueba de ladrones—y, por cierto, yo diría que necesitan ustedes cajas fuertes a prueba de fuego, todavía."

"No tenemos incendios, excepto en las viejas estructuras," replicó el doctor. "Desde que el pueblo colectivamente se

encarga de la construcción, ya ve usted, no podemos permitirnos tenerlos, porque la destrucción de la propiedad significa para la nación una pérdida total, mientras que bajo el capitalismo privado esa pérdida podía ser traspasada a otros por toda clase de medios. Podían asegurarse, pero la nación tiene que asegurarse a sí misma."

Abriendo la puerta interior de la caja fuerte, saqué varios cajones llenos de certificados de todas clases, y los vacié sobre la mesa de la habitación.

"¿Esos papeles mal ventilados son lo que llamabais riqueza?" dijo Edith, con evidente decepción.

"No los papeles en sí mismos," dije, "sino lo que representaban."

"¿Y qué representaban?" preguntó.

"La propiedad de terrenos, casas, fábricas, barcos, ferrocarriles, y toda guisa de otras cosas," repliqué y procedí a explicar a su madre y a ella misma, lo mejor que pude, lo que eran las rentas, las ganancias, el interés, los dividendos, etc. Pero era evidente, por la inexpresividad de sus semblantes, que no estaba haciendo mucho progreso.

Poco después, el doctor levantó la vista de los papeles que estaba devorando con el celo de un anticuario, y profirió unas risitas.

"Me temo, Julian, que ha equivocado el rumbo. Ya ve, la ciencia económica de su época era una ciencia de las cosas; en nuestra época es una ciencia de los seres humanos. No tenemos nada en absoluto que corresponda con su renta, interés, ganancias, u otros artificios financieros, y los términos que los expresan no tienen significado excepto para estudiantes. Si desea que Edith y su madre le entiendan, debe traducir esos términos de dinero en términos de hombres y mujeres y niños, y los simples hechos de sus relaciones en tanto que afectadas por su sistema.

¿Consideraría impertinente si yo tratase de aclararles a ellas el asunto un poco más?"

"Le quedaría muy agradecido," dije; "y quizá al mismo tiempo me lo aclarará a mi."

"Creo," dijo el doctor, "que entenderemos mucho más la naturaleza y el valor de estos documentos si, en vez de hablar de ellos como títulos de propiedad de granjas, fábricas, minas, ferrocarriles, etc., enunciamos simplemente que eran evidencias de que sus poseedores eran los amos de varios grupos de hombres, mujeres, y niños de diferentes partes del país. Por supuesto, como Julian dice, los documentos enuncian sobre el papel su derecho a las cosas únicamente, y no dice nada acerca de hombres y mujeres. Pero lo que daba todo el valor a la posesión de las cosas era los hombres y mujeres que iban con los terrenos, las máquinas, y las diversas otras cosas, y que estaban ligados a ellas por necesidades físicas.

"Pero a no ser por la implicación de que había hombres que, porque debían tener el uso de las tierras, se someterían a trabajar para el propietario de ellas a cambio del permiso para ocuparlas, estas deudas e hipotecas no habrían tenido ningún valor. Lo mismo puede decirse de estas acciones de fábricas. Hablan únicamente de centrales hidroeléctricas y telares, pero no tendrían ningún valor a no ser por los miles de trabajadores humanos ligados por necesidades físicas a las máquinas tan firmemente como si estuviesen encadenados a ellas. Lo mismo puede decirse de estas acciones de minas de carbón. De no ser por la multitud de seres desgraciados condenados por la necesidad a trabajar en tumbas vivientes, ¿de qué valor podrían haber sido estas acciones que aun así no hacen mención de ellos? ¡Y vea una vez más qué significativo es el hecho de que se estimaba innecesario hacer mención de y enumerar por el nombre de estos siervos del campo, del telar, de la mina! Bajo sistemas de esclavitud, tales como los que prevalecieron anteriormente, era necesario nombrar e identificar a cada

esclavo, para que pudiese ser recuperado en caso de fuga, y se llevase cuenta de la pérdida en caso de muerte. Pero no había peligro de pérdida por fuga o muerte de los siervos transferidos mediante estos documentos. Ellos no se darían a la fuga, porque no había ningún lugar mejor adonde fugarse ni ningún escape del sistema económico mundial que los esclavizaba; y si morían, eso no implicaba ninguna pérdida para sus propietarios, porque siempre había muchos más para tomar su lugar. Indudablemente, habría sido un despilfarro de papel enumerarlos.

"Justo ahora en la mesa del desayuno," continuó el doctor, "estaba explicando el moderno punto de vista sobre el sistema económico del capitalismo privado como un punto de vista basado en la servidumbre obligatoria de las masas a los capitalistas, una servidumbre que éstos forzaban monopolizando el grueso de los recursos y la maquinaria del mundo, dejando que la presión de la necesidad obligase a las masas a aceptar su yugo, mientras la policía y los soldados los defendían en sus monopolios. Estos documentos aparecen oportunamente para ilustrar los ingeniosos y eficaces métodos mediante los cuales las diferentes clases de trabajadores eran organizadas para servir a los capitalistas. Para usar una sencilla ilustración, estas diversas clases de las así llamadas garantías pueden ser descritas como tantas otras clases de arneses humanos mediante los cuales a las masas, quebradas y domadas por la presión de la necesidad, se les ponía yugo y se les ataba con cinchas al carruaje de los capitalistas."

"Por ejemplo, aquí hay un paquete de hipotecas sobre granjas de Kansas. Muy bien; en virtud de la operación de esta garantía, ciertos granjeros de Kansas trabajaban para el propietario de dicha hipoteca, y aunque ellos nunca hubiesen sabido quién era el propietario, o el propietario quienes eran ellos, aun así ellos eran esclavos del propietario con tanta seguridad y certeza como si hubiese estado sobre ellos con un látigo en vez de estar sentado en su salón en Boston,

Nueva York, o Londres. Este arnés hipoteca era generalmente usado para el enganche de la clase agrícola de la población. La mayoría de los granjeros del oeste ya tiraban de él hacia el final del siglo diecinueve.—¿No era así, Julian? Corríjame si estoy equivocado."

"Está enunciando los hechos con mucha precisión," respondí. "Estoy comenzando a comprender con más claridad la naturaleza de mis antiguas posesiones."

"Ahora veamos qué es este paquete," prosiguió el doctor. "¡Ah! sí; estas son acciones de fábricas de algodón de Nueva Inglaterra. Esta clase de arnés era usado principalmente para mujeres y niños, los tamaños disminuían hasta ajustarse a niños y niñas de once y doce años. Se decía que era únicamente el margen de beneficio proporcionado por el trabajo casi sin coste alguno de los niños pequeños lo que hacía que estas factorías fuesen propiedades rentables. La población de Nueva Inglaterra era en gran medida domesticada para trabajar a muy tierna edad en este estilo de arnés."

"Aquí, ahora, hay una clase un poco diferente. Estas son acciones de ferrocarril, gas, y obras hidráulicas. Era una clase de arnés integral, por el cual no sólo una clase concreta de trabajadores, sino comunidades enteras, eran enganchadas y puestas a trabajar por el propietario de la garantía."

"Y, por último, tenemos aquí el arnés más fuerte de todos, el bono del Gobierno. Este documento, ya veis, es un bono del Gobierno de los Estados Unidos. Mediante él, setenta millones de personas—toda la nación, de hecho—era enganchada con arneses al carruaje del propietario de este bono; y, lo que es más, el conductor en este caso era el Gobierno mismo, contra el cual a la yunta le resultaría difícil dar coces. Había muchas coces y encabritamientos en las otras clases de arneses, y los capitalistas a menudo eran incomodados y temporalmente desprovistos del trabajo de los hombres que habían comprado y por los que habían pagado una buena

suma. Naturalmente, por tanto, el bono del Gobierno era enormemente apreciado por ellos como inversión. Hacían todos los esfuerzos posibles para inducir a los diversos gobiernos a poner más y más de esta clase de arneses a la gente, y los gobiernos, siendo llevados por los agentes de los capitalistas, desde luego continuaron haciéndolo, hasta los mismos albores de la gran Revolución, que convirtió los bonos y todos los demás arneses en papel de desecho."

"Como representante del siglo diecinueve," dije, "no puedo negar la sustancial exactitud de su más bien sorprendente modo de describir nuestro sistema de inversiones. Aun así, admitiré que, malo como era el sistema y amarga como era la condición de las masas bajo él, la función desempeñada por los capitalistas, de organizar y dirigir una industria tal como la que teníamos, fue un servicio al mundo de algún valor."

"Naturalmente, naturalmente," replicó el doctor. "El mismo pretexto podría urgirse, y lo fue, en defensa de todo sistema mediante el cual los hombres hicieron que otros hombres fuesen sus siervos, desde el principio de los tiempos. Siempre había algún servicio, generalmente valioso e indispensable, al cual los opresores podían urgir y urgieron como fundamento y excusa de la servidumbre a la que forzaban. A medida que los hombres se hicieron más sabios, observaron que se les pagaba un precio ruinoso por los servicios que prestaban. Así, primero dijeron a los reyes: 'Sin duda, ayudáis a defender el estado de los extranjeros y colgáis a los ladrones, pero es demasiado pedirnos que seamos vuestros siervos a cambio; nosotros podemos hacerlo mejor.' Y así establecieron repúblicas. Así también, la gente dijo a los sacerdotes: 'Habéis hecho algo por nosotros, pero habéis cobrado demasiado por vuestros servicios al pedirnos que sometamos nuestras mentes a vosotros; nosotros podemos hacerlo mejor.' Y así establecieron la libertad religiosa."

"E igualmente, en este último asunto del que estamos

hablando, la gente al final dijo a los capitalistas: 'Sí, habéis organizado nuestra industria, pero al precio de esclavizarnos. Nosotros podemos hacerlo mejor.' Y reemplazando el capitalismo por la cooperación nacional, establecieron la república industrial basada en la democracia económica. Si fuese verdad, Julian, que cualquier consideración del servicio prestado a otros, no importa cuál valioso, pudiese disculpar a los benefactores por convertir a los beneficiados en esclavos, entonces nunca hubo despotismo o sistema esclavista que no pudiese disculparse a sí mismo."

"¿No tienes dinero de verdad que puedas mostrarnos," dijo Edith, "algo, aparte de estos papeles— algo de oro o plata como el que hay en el museo?"

No era costumbre en el siglo diecinueve que la gente mantuviese grandes provisiones de dinero en efectivo en su casa, pero, para emergencias, yo tenía una pequeña reserva en mi caja fuerte, y en respuesta a la solicitud de Edith saqué un cajón que contenía varios cientos de dólares en oro y lo vacié sobre la mesa.

"¡Qué bonitas son!" exclamó Edith, impulsando sus manos en el montón de monedas amarillas y haciendo que tintineasen unas contra otras. "¿Y es realmente cierto que simplemente si tenías suficientes cosas de estas, no importa cómo o dónde las consigieras, los hombres y las mujeres podían someterse a ti y dejarte que los usases como quisieras?"

"No sólo te dejarían que los usases como quisieras, sino que te estarían sumamente agradecidos por ser tan bueno como para usarlos a ellos en vez de a otros. Los pobres luchaban entre sí por el privilegio de ser los sirvientes y subordinados de los que tenían el dinero."

"Ahora veo," dijo Edith, "lo que significaba los Amos del Pan."

"¿Qué es eso de los Amos del Pan?" pregunté. ¿Quiénes eran?"

"Era un nombre que se daba a los capitalistas durante el

período revolucionario," respondió el doctor. "Esto de lo que habla Edith es un retazo de la literatura de aquella época, cuando la gente comenzó por primera vez tomar plena consciencia del hecho de que el monopolio de clase sobre la maquinaria de producción significaba la esclavitud para la masa."

"A ver si puedo recordarlo," dijo Edith. "Empieza de este modo: 'Por doquier, hombres, mujeres, y niños estaban en el mercado gritando a los Amos del Pan para que los tomasen para ser sus sirvientes, para que pudiesen tener pan. Los hombres fuertes decían: "Oh Señores del Pan, notad nuestra fuerza muscular y nuestros tendones, nuestros brazos y nuestras piernas; mirad qué fuertes somos. Tomadnos y usadnos. Cavaremos para vosotros. Talaremos para vosotros. Bajaremos a la mina y excavaremos para vosotros. Nos congelaremos y moriremos de hambre en la cubierta de proa de vuestros barcos. Enviadnos a los infiernos de las calderas de vuestros barcos de vapor. ¡Haced lo que queráis con nosotros, pero dejad que os sirvamos, para que podamos comer y no morir!"

"Entonces hablaron más alto también los hombres cultos, los escribanos y los abogados, cuya fuerza estaba en sus cerebros y no en sus cuerpos: "Oh Amos del Pan," dijeron, "tomadnos para ser vuestros sirvientes y hacer vuestra voluntad. Mirad qué refinado es nuestro ingenio, qué grande es nuestro conocimiento; en nuestras mentes están acumulados los tesoros del saber y la sutileza de todas las filosofías. A nosotros se nos ha dado una visión más clara que a otros, y el poder de la persuasión de que deberíamos ser líderes del pueblo, voces de los sin voz, y ojos de los ciegos. Pero la gente a quien deberíamos servir no tiene pan para darnos. Por tanto, Amos del Pan, dadnos de comer, y traicionaremos a la gente por vosotros, porque tenemos que vivir. Abogaremos por vosotros en los juzgados, en contra de la viuda y del huérfano. Hablaremos y escribiremos elogiándoos, y con palabras astutas confundiremos a quienes

hablen contra vosotros y vuestro poder y condición. Y nada de lo que requiráis de nosotros nos parecerá demasiado. Pero porque vendemos no sólo nuestros cuerpos, sino nuestras almas también, dadnos más pan que el que reciben aquellos trabajadores que sólo venden sus cuerpos."

"Y los sacerdotes y Levitas también alzaron la voz mientras los Señores del Pan pasaban por el mercado: "Tomadnos, Amos, para ser vuestros sirvientes y para hacer vuestra voluntad, porque también tenemos que comer, y sólo vosotros tenéis el pan. Somos los guardianes de los sagrados oráculos, y la gente nos escucha y no replica, porque nuestra voz, para ellos, es la voz de Dios. Pero tenemos que tener pan para comer, como los demás. Dadnos, por tanto, en abundancia, de vuestro pan, y diremos a la gente que debe quedarse tranquila y no molestaros con sus quejas a causa del hambre. En el nombre de Dios Padre les prohibiremos reclamar los derechos de hermanos, y en el nombre del Príncipe de la Paz predicaremos vuestra ley de la competencia."

"Y por encima de todo el clamor de los hombres, fueron oídas las voces de una multitud de mujeres gritando a los Amos del Pan: "No paséis de largo, porque también nosotras tenemos que comer. Los hombres son más fuertes que nosotras, pero comen mucho pan, mientras que nosotras comemos poco, así que aunque no seamos tan fuertes aun así al final no perderéis si nos tomáis para ser vuestras sirvientes en vez de a ellos. Y si no nos tomáis por nuestro trabajo, miradnos: somos mujeres, y debería estar claro ante vuestra vista. Tomadnos y haced con nosotras conforme a vuestro placer, porque tenemos que comer."

"Y por encima del regateo del mercado, las roncas voces de los hombres, y las estridentes voces de las mujeres, se alzaron los aflautados agudos de los niños, gritado: "Tomadnos para ser vuestros sirvientes, porque los pechos de nuestras madres están secos y nuestros padres no tienen pan para nosotros y tenemos hambre. Somos débiles, por

supuesto, pero también somos tan pequeños, tan pequeñitos, que al final seremos más baratos para vosotros que los hombres, nuestros padres, que comen tanto, y las mujeres, nuestras madres, que comen más que nosotros."

"Y los Amos del Pan, habiendo tomado para su uso o placer a los hombres, las mujeres, y los pequeños que les parecieron adecuados, pasaron de largo. Y una gran multitud se quedó en el mercado, para quienes no hubo pan."

"¡Ah!" dijo el doctor, rompiendo el silencio que siguió cuando cesó la voz de Edith, "era de hecho el último refinamiento de la indignidad impuesta sobre la naturaleza humana por el sistema económico de ustedes, que se obligase a los hombres a venderse. En realidad no era una venta voluntaria, desde luego, porque la necesidad o el miedo a ésta, no dejaba opción en cuanto a la necesidad de venderse a alguien, pero en cuanto a la transacción particular había suficiente margen de elección como para hacerla vergonzosa. Tenían que buscar a aquellos a quienes ofrecerse y activamente procurarse su propia compra. A este respecto, el sometimiento de los hombres a otros hombres a través de la relación de empleo era más abyecta que bajo una esclavitud que se basase directamente en la fuerza. En ese caso el esclavo podía ser obligado a doblegarse a la coacción física, pero podía mantener todavía una mente libre y rencorosa hacia su amo; pero en la relación de empleo los hombres buscaban a sus amos y les suplicaban, como favor, que les usasen, en cuerpo y mente, para su beneficio o placer. Bajo nuestro punto de vista moderno, por lo tanto, el esclavo era una figura más digna y heroica que el asalariado de su época, que se llamaba a sí mismo trabajador libre.

"Era posible para el esclavo elevarse en alma por encima de sus circunstancias y ser un filósofo en esclavitud como Epicteto, pero el asalariado no podía abominar de las ataduras que buscaba. La abyección de su posición no era meramente física, sino mental. Vendiéndose, había vendido necesariamente su independencia de mente también. Todo el

sistema industrial de ustedes al completo parece, bajo este punto de vista, mejor y más adecuadamente descrito mediante una palabra que ustedes reservaban de una manera bastante curiosa para designar una fase concreta de la venta propia practicada por las mujeres.

"El trabajo para otros en el nombre del amor y la bondad, y el trabajo con otros por un fin común en el cual están mutuamente interesados, y el trabajo para el propio disfrute, son del mismo modo honorables, pero el empleo a cuenta de nuestras facultades para los egoístas usos de otros, que era la forma de trabajo generalmente tomada en su época, es indigno de la naturaleza humana. La Revolución hizo por primera vez en la historia que el trabajo fuese auténticamente honorable, haciendo que se basase en la fraternal cooperación para un resultado común y compartido en igualdad. Hasta entonces, había sido, en el mejor de los casos, una vergonzosa necesidad."

Inmediatamente dije: "Cuando hayan satisfecho su curiosidad en relación a estos papeles, supongo que podríamos hacer una hoguera con ellos, porque parece que ahora no tienen más valor que una colección de fetiches paganos después de que los primeros creyentes hubiesen abrazado el Cristianismo."

"Bueno, ¿y semejante colección no tiene un valor para el estudiante de historia?" dijo el doctor. "Desde luego, ahora estos documentos apenas son valiosos en el sentido que lo eran, pero en otro sentido tienen mucho valor. Veo entre ellos algunas variedades que son bastante escasas en las colecciones históricas, y si se siente dispuesto a presentar el lote completo a nuestro museo estoy seguro de que el regalo será muy apreciado. El hecho es que la gran hoguera que hicieron nuestros abuelos, aunque era una expresión muy natural y excusable de júbilo por el fin de su esclavitud, es mucho más de lamentar bajo un punto de vista arqueológico."

"¿Qué quiere decir con la gran hoguera?" pregunté.

"Fue un incidente bastante dramático, al final de la gran Revolución. Cuando la larga lucha había terminado y la igualdad económica, garantizada mediante la administración pública del capital, había sido establecida, la gente reunió, provenientes de todas partes del país, enormes colecciones de lo que ustedes llamaban evidencias de valor, las cuales, aunque pretendían ser certificados de propiedad de cosas, habían sido en realidad certificados de propiedad de hombres, derivando, como hemos visto, su completo valor de los siervos adjuntos a las cosas mediante la coacción de las necesidades físicas. La gente—exaltada, como bien puede imaginarse, por la inspiración de la libertad— se complació en recolectar un inmenso volumen en el lugar de la Bolsa de Nueva York, el gran altar del dios Plutón, en el que millones de seres humanos habían sido sacrificados a él, y allí hacer una hoguera con ellos. Una gran columna se alza hoy en día sobre el lugar, y de su cúspide siempre fluye una poderosa antorcha con una llama eléctrica, en conmemoración de aquel acontecimiento y como un testimonio para siempre del fin de la esclavitud del pergamino, que era más pesado que el cetro de los reyes. Se estima que certificados de propiedad sobre seres humanos, o, como los llamaban ustedes, títulos de propiedad, por un valor de cuarenta mil millones de dólares, junto con cientos de millones de papel moneda, ascendieron en aquel gran resplandor, que consideramos devotamente que debió de haber sido, de todos los innumerables fuegos de sacrificio que habían sido ofrecidos a Dios desde el principio de los tiempos, el que mejor le complació.

"Ahora bien, si yo hubiese estado allí, puedo imaginar fácilmente que me habría regocijado con aquella conflagración tanto como lo hizo el más exultante de aquellos que bailaron a su alrededor; pero desde el punto de vista más calmado del presente, lamento la destrucción de

un gran volumen de material histórico. Así que ya ve que sus bonos y escrituras e hipotecas y acciones de bolsa en realidad todavía son valiosos."

XV. A qué estábamos llegando de no ser por la revolución

"Leemos mucho en los libros de historia," dijo la madre de Edith, "sobre el asombroso extremo hasta el cual algunos individuos particulares y familias tuvieron éxito en concentrar en sus propias manos los recursos naturales, la maquinaria industrial, y los productos de los diversos países. Julian solamente tenía un millón de dólares, pero nos han dicho que muchos individuos o familias tenían una riqueza que ascendía a cincuenta, a cien, e incluso a doscientos o trescientos millones. Ahora bien, algo que nunca he visto mencionado en los libros es el límite, porque debe de haber habido algún límite fijo, para que un individuo pudiese apropiarse de la superficie y recursos de la tierra, los medios de producción, y los productos del trabajo."

"No había límite," repliqué.

"¿Quieres decir," exclamó Edith, "que sólo con que un hombre fuese lo bastante listo y sin escrúpulos podría apropiarse, digamos, de todo el territorio de un país y dejar a la gente de hecho sin sitio alguno para estar a no ser que él lo consintiese?"

"Sin lugar a dudas," repliqué. "De hecho, en muchos países del Viejo Mundo había individuos que eran dueños de provincias enteras, y en los Estados Unidos incluso regiones más inmensas habían pasado y estaban pasando a manos privadas y corporativas. No había límite, no importa cual fuese, para la extensión de tierra que una persona pudiera poseer, y desde luego esta propiedad implicaba el derecho a expulsar a todo ser humano del territorio a no ser que el propietario optase por dejar que los individuos se quedasen

bajo pago de un tributo."

"¿Y qué hay de las demás cosas, además de la tierra?" preguntó Edith.

"Era lo mismo," dije. "No había límite para el nivel al cual un individuo pudiera adquirir la exclusiva propiedad de todas las fábricas, tiendas, minas, y medios de la industria, y comercio de todas clases, de modo que ninguna persona pudiera encontrar una oportunidad para ganarse la vida excepto como siervo del propietario y en sus términos."

"Si estamos correctamente informados," dijo el doctor, "la concentración de la propiedad de la maquinaria de producción y distribución, comercio e industria, ya había sido llevada, antes de que usted se quedase dormido, hasta un punto en los Estados Unidos, a través de consorcios y coaliciones de empresas, que suscitaba la alarma general."

"Sin lugar a dudas," repliqué. "Ya entonces, una veintena de hombres de la ciudad de Nueva York tenía en su poder la posibilidad de parar a voluntad todo tren de los Estados Unidos, y la acción combinada de otros pocos grupos de capitalistas habría bastado prácticamente para detener las industrias y el comercio de todo el país, prohibir el empleo a todos, y matar de hambre a toda la población. El propio interés de estos capitalistas en que los negocios continuasen era el único fundamento de seguridad que tenía el resto de la gente para su sustento, día tras día. De hecho, cuando los capitalistas deseaban obligar a la gente a votar como ellos querían, era su costumbre habitual amenazar con parar las industrias del país y producir una crisis de negocios, si veían que el resultado de la votación no iba a convenirles."

"Suponga, Julian, que un individuo o familia o grupo de capitalistas, habiéndose convertido en el único propietario de toda la tierra y maquinaria de la nación, quisiese continuar y adquirir la exclusiva propiedad de toda la tierra y medios económicos y maquinaria de todo el mundo, ¿sería eso

inconsistente con la ley de propiedad que tenían ustedes?"

"En absoluto. Si un individuo, como usted sugiere, a causa de su astucia y habilidad, combinadas con herencias, obtuviese un derecho legal a todo el orbe, sería suyo para hacer lo que quisiese con él, tan absolutamente como si fuese un jardín, de acuerdo con nuestra ley de propiedad. Ni es del todo caprichosa su suposición de que una persona o familia llegase a ser propietaria de todo el mundo. Había, cuando me quedé dormido, una familia de banqueros europeos cuyo poder mundial y recursos eran tan inmensos y aumentaban a tan prodigiosa y acelerada velocidad que ya tenían una influencia sobre los destinos de naciones, más amplia que la que quizá ningún monarca hubiese ejercido jamás."

"Y si entiendo su sistema, si ellos hubiesen continuado y alcanzado la propiedad del orbe hasta la más mínima pulgada de terreno con marea baja, habría sido el derecho legal de esa familia o individuo, en nombre del sagrado derecho de propiedad, el dar aviso legal a las personas de la humanidad para marcharse de la tierra, y en caso de incumplimiento de acatar el requerimiento del aviso, instarles en nombre de la ley a constituirse en ayudantes de alguacil y expulsarse de la superficie de la tierra?"

"Indiscutiblemente."

"Oh padre," exclamó Edith, "Julian y tú estáis intentando burlaros de nosotras. Debéis de pensar que nos lo creemos todo siempre que pongáis cara seria. Pero estáis yendo demasiado lejos."

"No me asombra que penséis así," dijo el doctor. "Pero fácilmente podéis quedaros tranquilas leyendo los libros, y ver que no hemos exagerado de ningún modo las posibilidades del viejo sistema de propiedad. Lo que bajo ese sistema se llamaba derecho de propiedad, significaba el derecho ilimitado, de cualquiera que fuese lo bastante listo, a despojar a todos los demás de cualquier propiedad fuese cual

fuese."

"Parecería, entonces," dijo Edith, "que el sueño de la conquista del mundo por un individuo, si alguna vez se realizase, era más probable, bajo el viejo régimen, que se realizase por medios económicos que por militares."

"Muy cierto," dijo el doctor. "Alejandro y Napoleón se equivocaron de oficio; deberían haber sido banqueros, no soldados. Pero, de hecho, el tiempo no había madurado en su época para que hubiera una dinastía mundial del dinero, semejante a esta de la que hemos estado hablando. Los reyes tenían una ruda manera de interferir con los llamados derechos de propiedad cuando entraban en conflicto con el prestigio real o producían un peligroso descontento popular. Los mismos tiranos, no soportaban voluntariamente a tiranos rivales en sus dominios. Hasta que los reyes no vieron recortados sus poderes y fue establecido el interregno de falsa democracia, no dejando fuerza viril en el estado o el mundo para resistir el poder del dinero, no llegó la oportunidad para un despotismo plutocrático mundial. Entonces, en la parte final del siglo diecinueve, cuando las relaciones comerciales y financieras internacionales habrían roto las barreras nacionales y el mundo se había convertido en un único campo para las empresas económicas, la idea de un poder monetario universalmente dominante y centralizado no sólo se hizo posible, sino, como Julian ha dicho, se había hasta tal punto materializado, como para que se formase su sombra. Si la Revolución no hubiese ocurrido cuando ocurrió, no podemos dudar de que algo parecido a esta dinastía plutocrática universal o alguna oligarquía sumamente centralizada, basada en el completo monopolio de toda propiedad por un pequeño grupo, habría llegado a ser el gobierno del mundo mucho antes de esta época. Pero desde luego, la Revolución debía haber llegado cuando llegó, así

que no hace falta que hablemos de lo que habría ocurrido si no hubiese llegado."

XVI. Una excusa que condenaba

"He leído," dijo Edith, "que nunca hubo un sistema de opresión tan malo que aquellos a los que beneficiaba no reconociesen el sentido moral hasta el punto de fabricarse alguna excusa. ¿Era el viejo sistema de distribución de propiedad, mediante el cual los pocos tenían a los muchos en servidumbre mediante el miedo a morir de hambre, una excepción a esta regla? A buen seguro, los ricos no podrían haber mirado a la cara a los pobres a no ser que tuviesen alguna excusa que ofrecer, algún color de razón que dar ante el cruel contraste entre sus condiciones."

"Gracias por recordarnos este punto," dijo el doctor. "Como dices, nunca hubo un sistema tan malo que no se fabricase una excusa. No sería estrictamente justo con el viejo sistema desestimarlos sin considerar la excusa fabricada para él, aunque, por otra parte, sería realmente más amable no mencionarla, porque era una excusa que, lejos de excusar, proporcionaba un fundamento adicional para condenar el sistema que se encargaba de justificar."

"¿Cuál era la excusa?" preguntó Edith.

"Era la pretensión de que, como una cuestión de justicia, cada uno tiene derecho al efecto de sus cualidades—es decir, al resultado de sus habilidades, al fruto de sus esfuerzos. Siendo diferentes las cualidades, habilidades y esfuerzos de diferentes personas, naturalmente adquirirían ventaja sobre otros en la consecución de riqueza, como en otros sentidos; pero como esto estaba de acuerdo con la Naturaleza, se urgía que debía ser correcto, y nadie tenía ningún derecho a quejarse, a no ser al Creador.

"Ahora bien, en primer lugar, la teoría de que una persona tiene derecho, cuando trata con sus semejantes, a tomar ventaja de sus superiores capacidades, no es otra cosa que una expresión, dando un ligero rodeo, de la doctrina de la ley del más fuerte. Precisamente para evitar que se hiciese esto, el policía se ponía en la esquina, el juez se sentaba en el tribunal, y el verdugo obtenía sus propinas. Toda finalidad y cantidad de civilización ha sido de hecho reemplazar la ley natural de la fuerza superior por una igualdad artificial mediante la fuerza de la ley, por la cual, haciendo caso omiso de las diferencias naturales, los débiles y simples fueron hechos iguales a los fuertes y astutos por medio de la fuerza colectiva prestada a ellos.

"Pero mientras los moralistas del siglo diecinueve negaron tan drásticamente como nosotros el derecho de las personas a sacar ventaja de sus superioridades en el trato directo por medio de la fuerza física, sostuvieron que podrían hacerlo con razón cuando los tratos fuesen indirectos y llevados a cabo por medio de cosas. Es decir, una persona no podría hacer tanto como empujar a otra mientras bebía un vaso de agua, para que no se derramase, pero podría adquirir la fuente de agua de la cual la comunidad dependiese por completo y hacer que la gente pagase un dólar por gota de agua o que, si no, se marchase sin agua. O si llenaba la fuente de manera que se privase de agua a la población bajo cualquier condición, sostenía que actuaba dentro de su derecho. No podía quitar por la fuerza un hueso a un perro de un vagabundo, pero podría acaparar el suministro de grano de una nación y reducir a millones de personas a la muerte por hambre.

"Si tocas el medio de vida de un hombre, le tocas a él', parecería que se trata de una verdad tan clara como puede ser dicha con palabras; pero nuestros antepasados no tenían la menor dificultad en eludirla. 'Desde luego,' decían 'no debes afectar al hombre; poner un dedo sobre él sería un asalto castigable por la ley. Pero su medio de vida es una

cosa muy diferente. Eso depende del pan, la carne, el vestido, la tierra, las casas, y otras cosas materiales, de las cuales tienes un derecho ilimitado de apropiarte y disponer de ellas como te plazca sin la más mínima consideración de si dejas algo para el resto del mundo.'

"Creo que apenas necesito insistir en la total falta de cualquier justificación moral para la diferente regla que nuestros antepasados siguieron para determinar qué uso podrías hacer de tus superiores poderes, con razón, al tratar con tu vecino directamente mediante la fuerza física e indirectamente mediante la coacción económica. Ya nadie puede tener más derecho u otro derecho a quitar el medio de vida a otro mediante superior habilidad económica o astucia financiera, que si utilizase un garrote, sencillamente porque nadie tiene ningún derecho a sacar ventaja de nadie o tratar con él de otro modo que no sea con justicia, por los medios que sean. Siendo el fin en sí mismo inmoral, los medios empleados no podrían constituir ninguna diferencia. Los moralistas, no teniendo más remedio, argumentaban que un buen fin puede justificar malos medios, pero nadie, creo, fue tan lejos como para pretender que los buenos medios justificaban un mal fin; aun así esto era precisamente lo que los defensores del viejo sistema de propiedad aducían cuando argumentaban que era correcto que un hombre quitase el medio de vida a los demás y los hiciese sus sirvientes, con tal que su triunfo resultase de un superior talento o una más diligente dedicación a la adquisición de cosas materiales.

"Pero, de hecho, la teoría de que el monopolio de la riqueza podría ser justificado por la superior habilidad económica, incluso si fuese moralmente válido, en absoluto habría encajado en el viejo sistema de propiedad, porque de todos los planes concebibles para distribuir la propiedad, ninguno podría haber desafiado de manera más absoluta toda noción de merecimiento basado en el esfuerzo económico. Ninguno podría haber estado equivocado de un modo más absoluto, si

fuese verdad que la riqueza debería ser distribuída conforme a la habilidad y laboriosidad mostrada por los individuos."

"Toda esta conversación comenzó con la discusión sobre la fortuna de Julian. Ahora díganos Julian, ¿era su millón de dólares el resultado de su habilidad económica, el fruto de su laboriosidad?"

"Por supuesto que no," repliqué. "Cada céntimo de ella era heredado. Como a menudo le he dicho, nunca en la vida moví un dedo de una manera útil."

"¿Y era usted la única persona a quien la propiedad le vino por abolengo, sin esfuerzo de su parte?"

"Al contrario, el derecho por abolengo era la base y columna vertebral de todo el sistema de propiedad. Toda tierra, excepto en los nuevos países, junto con el grueso de las más estables clases de propiedad, era mantenido mediante ese derecho."

"Precisamente. Ya oímos lo que dice Julian. Mientras los moralistas y el clero justificaban solemnemente las desigualdades de riqueza y reprobaban el descontento de los pobres sobre la base de que aquellas desigualdades estaban justificadas por las diferencias naturales en habilidad y diligencia, sabían todo el tiempo, y todo el que les escuchaba lo sabía, que el principio fundamental de todo el sistema de propiedad no era la habilidad, el esfuerzo, o el merecimiento de ninguna clase, fuese cual fuese, sino meramente el accidente del nacimiento, ante lo cual, no hay ninguna pretensión posible que pudiera burlarse de la ética de un modo más absoluto.

"¡Pero, Julian," exclamó Edith, "seguro que debes de haber tenido alguna manera de excusarte en conciencia por retener, en presencia de un mundo necesitado, semejante exceso de cosas buenas como tenías!"

"Me temo," dije, "que no puedes imaginarte fácilmente lo

callosa que era la cutícula de la conciencia del siglo diecinueve. Puede haber habido algunos de mi clase que estuviesen en el plano intelectual del pequeño Jack Horner en Mamá Ganso, quien llegó a la conclusión de que debía de ser un buen chico porque "sacó una ciruela", pero al menos yo no pertenecía a ese grado. Nunca di en pensar mucho sobre el asunto de mi derecho a una abundancia, que no había hecho nada por ganar, en medio de un mundo de trabajadores hambrientos, pero en ocasiones, cuando pensaba en ello, tenía ganas de anhelar el perdón del mendigo que pedía limosna, por estar en posición de dársela.

"Es imposible discutir en modo alguno con Julian," dijo el doctor; "pero había otros de su clase menos racionales. Arrinconados en cuanto a la argumentación moral sobre sus posesiones, reincidieron en la de sus antepasados. Argumentaban que esos antepasados, suponiéndoles que habían tenido derecho a sus posesiones por mérito, tuvieron como una eventualidad de ese mérito el derecho a dárselas a otros. Aquí, desde luego, confundían absolutamente las ideas de derecho legal y moral. La ley podría de hecho dar a una persona el poder de transferir un título legal de propiedad de cualquier modo que les resultase apropiado a los legisladores, pero el derecho meritorio a la propiedad, descansando, como lo hacía, sobre el merecimiento personal, no podría en la naturaleza de las cosas morales transferirse o adscribirse a ningún otro. El abogado más listo nunca habría pretendido que podría obtener un documento que pudiese transportar el menor ápice de mérito de una persona a otra, no importa cuán cercano fuese el lazo de sangre.

"En la antigüedad era costumbre hacer a los hijos responsables de las deudas de sus padres y venderlos como esclavos para satisfacerlas. A la gente de la época de Julian le pareció injusto infligir sobre la inocente progenie el castigo de las faltas de sus progenitores. Pero si esos niños no merecían las consecuencias de la vagancia de sus progenitores, no tenían más derecho de ninguna clase al

producto de la laboriosidad de sus progenitores. Los bárbaros que insistieron en ambas clases de herencia eran más lógicos que los contemporáneos de Julian, quienes, rechazando una clase de herencia, retenían la otra. ¿Se dirá que al menos esta teoría de la herencia era más humana, aunque sesgada? Sobre ese punto debería usted haber sido capaz de obtener la opinión de las masas desheredadas, a quienes, por razón de la monopolización de la tierra y sus recursos, de generación en generación, por los poseedores de propiedad heredada, no se les dejaba ningún lugar para poder estar y ningún modo para vivir, excepto mediante el permiso de las clases que heredaban."

"Doctor," dije, "no tengo nada que ofrecer contra todo eso. Nosotros los que heredábamos nuestra riqueza no teníamos derecho moral para ello, y eso lo sabíamos tan bien como cualquier otro, aunque no se consideraba cortés referirse al hecho en nuestra presencia. Pero si voy a estar aquí en la picota como representante de la clase que heredaba, hay otros que deberían estar junto a mi. No éramos los únicos que no teníamos derecho a nuestro dinero. ¿No va decir nada sobre los que se lucraban, los bribones que juntaban grandes fortunas en unos pocos años mediante el fraude al por mayor y la extorsión?"

"Disculpeme, iba a ello precisamente," dijo el doctor. "Debéis recordar, señoras," prosiguió, "que los ricos, que en tiempos de Julian poseían casi todo lo de valor en todos los países, dejando a las masas meras migajas, eran de dos tipos: aquellos que habían heredado su fortuna, y aquellos que, como se decía, la habían hecho. Hemos visto hasta qué punto las clases que heredaban se justificaban en sus posiciones mediante el principio que el siglo diecinueve hacía valer como excusa para la riqueza—a saber, que los individuos tenían derecho al fruto de su trabajo. Investiguemos a continuación hasta qué punto el mismo principio justificaba las posesiones de los otros a quienes Julian se refiere, quienes pretendían que habían hecho su dinero ellos mismos,

y demostraban una vida absolutamente dedicada desde la niñez a la vejez, sin descanso o respiro, a apilar ganancias. Ahora bien, desde luego, el trabajo en sí mismo, no importa cuán árduo, no implica merecimiento moral. Puede tratarse de una actividad criminal. Veamos si estos hombres que afirmaban que hicieron su dinero, tenían mayor derecho a él que la clase de Julian, mediante la regla, argumentada como excusa para la desigual riqueza, de que cada uno tiene derecho al producto de su trabajo. El enunciado más completo de este principio del derecho de propiedad, basado en el esfuerzo económico, que ha llegado hasta nosotros, es esta máxima: 'Cada hombre tiene derecho a su propio producto, todo su producto, y nada más que su producto.' Ahora bien, esta máxima tiene un doble filo, uno negativo y uno positivo, y el filo negativo es muy afilado. Si cada uno tiene derecho a su propio producto, nadie más tiene derecho a ninguna parte de él, y si se encontrase que lo que alguien ha acumulado contuviese algún producto no estrictamente suyo, estaría condenado como ladrón por la ley que él invocaba. Si en las grandes fortunas de los especuladores, los reyes del ferrocarril, los banqueros, los grandes terratenientes, y otros señores acaudalados que presumían que habían empezado su vida sin un chelín—si en esas grandes fortunas que crecen tan rápido como hongos hubiese algo que fuera verdaderamente el producto de los esfuerzos de alguien que no fuese el propietario, no era suyo, y su posesión le condenaba como ladrón. Si hubiese estado justificado, no debería ser más cuidadoso para obtener todo lo que fuese su propio producto que para evitar tomar nada que no fuese su producto. Si insistía sobre la libra de carne que le otorgaba la letra de la ley, debería ajustarse a la letra, observando el aviso de Portia a Shylock:

No cortes menos ni más
Sino justo una libra de carne; si te llevas más
O menos de justo una libra, sea tanto
Cuanto representa lo ligero o lo pesado en lo esencial,
O la división de la veinteava parte

De un pobre escrúpulo; aun así, si el fiel de la balanza se inclina

Tan sólo en la medida del grosor de un cabello,
Tú mueres, y tus bienes son confiscados.

¿Cuántas de las grandes fortunas amasadas por los hombres de su época que se hicieron a sí mismos, Julian, habrían aguantado esta prueba?"

"Digo con seguridad," respondí, "que no había ninguna de las muchas, cuyos abogados no le habrían avisado de que hiciera como hizo Shylock, y renunciase a su pretensión en vez de intentar ejercer presión a riesgo de castigo. Vaya, Dios mío, nunca habría habido ninguna posibilidad de hacer una gran fortuna en toda una vida si el que la hiciera se hubiese limitado a su propio producto. Todo el reconocido arte de hacer fortuna a gran escala consistía en artificios para conseguir la posesión del producto de otras personas sin abrir demasiada brecha en la ley. Había un dicho corriente y verdadero en la época: que nadie podía adquirir un millón de dólares honradamente. Todos sabían que era sólo mediante la extorsión, especulación, jugar con las acciones, o alguna otra forma de saqueo bajo el pretexto de la ley, como semejante hazaña podía ser consumada. Ustedes mismos no pueden condenar a los cormoranes humanos que apilaban estas masas de ganancias conseguidas ilegalmente, con mayor acritud que lo hacía la opinión pública de su propia época. La execración y el desprecio de la comunidad perseguía a los grandes amasadores de fortunas hasta sus tumbas, y con la mayor de las razones. No tengo nada que decir en defensa de mi propia clase, quienes heredábamos nuestra riqueza, pero de hecho la gente parecía tener más respeto por nosotros que por estos otros que pretendían haber hecho su dinero. Porque si nosotros los herederos declaradamente no teníamos derecho moral a la riqueza que no habíamos hecho nada por producir o adquirir, aun así no habíamos cometido ningún mal para obtenerla."

"Ya ve," dijo el doctor, "qué lástima habría sido si hubiésemos

olvidado comparar la excusa ofrecida por el siglo diecinueve para la desigual distribución de la riqueza con los hechos reales de esa distribución. Los estándares éticos avanzan de época en época, y no siempre es justo juzgar los sistemas de una época mediante los estándares morales de una posterior. Pero hemos visto que el sistema de propiedad del siglo diecinueve no habría ganado nada via un veredicto más suave apelando a los estándares morales del siglo diecinueve desde los del veinte. No era necesario, para justificar su condena, invocar a la ética moderna de la riqueza, la cual deduce los derechos de propiedad de los derechos del hombre. Solamente era necesario aplicar a las realidades del sistema el alegato ético propuesto en su defensa—a saber, que cada uno tiene derecho al fruto de su propio trabajo, y que no tiene derecho al fruto del de nadie más—para no dejar piedra sobre piedra en toda la estructura."

"¿Pero no había, entonces, ninguna clase bajo su sistema," dijo la madre de Edith, "que incluso por los estándares de su época pudiese aducir un derecho tanto ético como legal a sus posesiones?"

"Oh, sí," repliqué, "hemos estado hablando de los ricos. Puede sentar como regla que los ricos, los poseedores de gran riqueza, no tenían derecho moral a ella en tanto que basada en el merecimiento, porque o sus fortunas pertenecían a la clase de riqueza heredada, o si no, si se habían acumulado durante una vida, necesariamente representaban, sobre todo, el producto de otros, obtenido más o menos por la fuerza o fraudulentamente. Había, sin embargo, un gran número de modestos medios de subsistencia, que eran reconocidos por la opinión pública como nada más que una justa medida del servicio prestado por sus poseedores a la comunidad. Por debajo de estos se encontraba la inmensa masa de los trabajadores que estaban casi por completo sin blanca, el auténtico pueblo. Aquí había de hecho una abundancia de derecho ético a la propiedad, porque estos eran los productores de todo; pero más allá de los andrajos que

vestían, tenían poca o ninguna propiedad."

"Parecería," dijo Edith, "que, hablando en general, la clase que sobre todo tenía la propiedad, tenía poco o ningún derecho a ella, incluso conforme a las ideas de su época, mientras que las masas, las cuales tenían el derecho, tenían pocas o ninguna propiedad."

"En esencia ese era el caso," repliqué. "Es decir, si hacemos la suma de las propiedades poseídas por mero derecho legal a la herencia, y añadimos a ella todo lo que había sido obtenido por medios que la opinión pública sostenía que eran especulativos, abusivos, fraudulentos, o que representaban resultados en exceso para los servicios prestados, quedaría poca propiedad, y ciertamente ninguna en absoluto en cuantías considerables."

"De lo que el clero predicaba en tiempos de Julian," dijo el doctor, "uno habría pensado que la piedra angular de la Cristiandad era el derecho de propiedad, y el crimen supremo era la ilegítima apropiación de propiedad. Pero si robar significaba solamente tomar de otro aquello a lo cual tenía un derecho ético válido, debe de haber sido uno de los crímenes más difíciles de cometer por falta de requisito material. Cuando uno tomaba las posesiones de los pobres era razonablemente seguro que estaba robando, pero entonces no tenía nada que llevarse."

"Lo que a mi me parece que es lo más completamente increíble de toda esta terrible historia," dijo Edith, "es que un sistema que resultaba ser semejante fracaso en cuanto a sus efectos sobre el bienestar general, que, desheredando a la gran masa de la gente, la había convertido en su enemigo más acérrimo, y que finalmente incluso gente como Julian, que era su beneficiaria, no intentase defender que tenía algún fundamento de justicia, pudiese haberse mantenido un sólo día."

"No hay que asombrarse de que te parezca incomprensible,

como ahora, de hecho, me lo parece a mi cuando miro atrás," repliqué. "Pero posiblemente no puedes imaginarte, como yo mismo estoy perdiendo rápidamente la capacidad de hacerlo, en mi nuevo entorno, cuán insensibilizador para la mente era el prestigio de la antigüedad inmemorial del sistema de propiedad como lo conocíamos y del dominio de los ricos basados en él. Ninguna otra institución, ninguna otra estructura de poder que el hombre haya conocido, podría compararse con él en cuanto a duración. No podría decirse en realidad que se hubiese conocido jamás ningún orden económico diferente. Había habido cambios y modas en todas las demás instituciones humanas, pero ningún cambio radical en el sistema de propiedad. El desfile de los sistemas políticos, sociales, y religiosos, las épocas reales, imperiales, sacerdotales, democráticas, y todas las demás grandes fases de los asuntos humanos, había sido como sombras de nubes que pasan, meras modas de un día, comparado con la canosa antigüedad del dominio de los ricos. ¡Considerese cuán profunda y cuán extensamente ramificada debe haber sido la raíz de semejante sistema en los prejuicios humanos, cuán abrumadora debe haber sido entre la masa de mentes la creencia contraria a la posibilidad de poner fin a un orden del que nunca se supo que hubiese tenido un comienzo! ¿Qué necesidad de excusas o defensores tenía un sistema tan profundamente basado en la costumbre y la antigüedad como este? No es demasiado decir que para la masa de los seres humanos de mi época la división de la humanidad en ricos y pobres, y el sometimiento de éstos a aquellos, parecía casi como una ley de la Naturaleza, como la sucesión de las estaciones—algo que podría no ser agradable, pero que era ciertamente inalterable. Y justo esta, puedo entender perfectamente, debe haber sido la más dura y, necesariamente, la primera tarea de los líderes revolucionarios—esto es, vencer el enorme peso muerto de inmemoriales heredados prejuicios en contra de la posibilidad de deshacerse de los abusos que habían perdurado tanto tiempo, y abrir los ojos de la gente al hecho de que el sistema de distribución de riqueza era meramente una

institución humana como otras, y que si hay una verdad en el progreso humano, es que cuanto más tiempo permaneció sin cambios una institución, fue más probable que se quedase completamente al margen del progreso del mundo, y más radical debía ser el cambio que debería volverla a poner en correspondencia con otras líneas de evolución social."

"Ese es totalmente el punto de vista moderno sobre el asunto," dijo el doctor. "Se me entendería si hablase con un representante del siglo que inventó el póker, si dijese que cuando los revolucionarios atacaron la justicia fundamental del viejo sistema de propiedad, sus defensores fueron capaces, a cuenta de su antigüedad, de enfrentarse a ellos con un tremendo alarde—el cual no hay que asombrarse que por algún tiempo fuese paralizador. Pero tras el alarde no había absolutamente nada. En el momento en que la opinión pública pudo ser enfervorizada hasta el punto de convocarla, el juego terminó. El principio de herencia, la columna vertebral del sistema de propiedad, al primer desafío de seria crítica, abandonó toda defensa ética y la rebajó a un mero convenio establecido por la ley, y para ser tan legitimamente desestablecido por ella en nombre de algo más justo. En cuanto a los bucaneros, los grandes amasadores de dinero, cuando se hizo la luz sobre sus métodos, la cuestión no era tanto salvar su botín como su tocino.

"Históricamente hay una diferencia marcada," continuó el doctor, "entre el declive y caída de los sistemas de poder de la realeza y del clero y el paso del dominio de los ricos. Los antiguos sistemas estaban profundamente enraizados en el sentimiento y el romanticismo, y durante generaciones después de su derrocamiento mantuvieron un fuerte arraigo en los corazones e imaginación de los seres humanos. Nuestra generosa especie ha recordado sin rencor todas las opresiones que ha soportado excepto únicamente el dominio

de los ricos. El dominio del poder del dinero siempre ha estado desprovisto de base o dignidad moral, y desde el momento en que se destruyeron sus soportes materiales, no sólo pereció, sino que pareció sumirse de inmediato en un estado de putrefacción que hizo que el mundo se apresurase a enterrarlo para siempre fuera de la vista y de la memoria."

XVII. La propiedad privada es salvada del monopolio por la revolución

"Verdaderamente," dijo su madre, "Edith aplicó la cerilla a una discusión bastante amplia cuando sugirió que debería usted abrir la caja fuerte para nosotros."

A lo cual añadí que había aprendido más esa mañana sobre las bases morales de la igualdad económica y los fundamentos para la abolición de la propiedad privada que en toda mi experiencia previa como ciudadano del siglo veinte.

"¡La abolición de la propiedad privada! exclamó el doctor. "¿Qué dice usted?"

"Desde luego," dije, "estoy totalmente dispuesto a admitir que tienen algo—muchísimo mejor en su lugar, pero ciertamente han abolido la propiedad privada—¿no? ¿No es eso de lo que hemos estado hablando?"

El doctor se volvió hacia las señoras como con lástima. "Y este joven," dijo, "que piensa que hemos abolido la propiedad privada, tiene en este momento en su bolsillo una tarjeta de crédito que representa unos ingresos privados anuales, para uso estrictamente personal, de cuatro mil dólares, basados en una participación en la más rica y sólida corporación del mundo, alcanzando el valor de su participación, calculando los ingresos sobre una base del cuatro por ciento, los cien mil dólares."

Me sentí un poco tonto siendo tan palpablemente convicto de hacer una observación irreflexiva, pero el doctor se apresuró a decir que entendía perfectamente lo que yo tenía en mente. Había oído, sin duda, cien veces, que los hombres

sabios de mi época sostenían que la igualación de las condiciones humanas en lo concerniente a la riqueza, necesitaría destruir la institución de la propiedad privada, y, sin haberme parado a pensar especialmente sobre el asunto, había naturalmente supuesto que una vez efectuada la igualación de la riqueza, la propiedad privada debía de haber sido abolida, conforme a la predicción.

"Gracias," dije; "es eso exactamente."

"La Revolución," dijo el doctor, "abolió el capitalismo privado—es decir, puso fin a la dirección de las industrias y el comercio por personas irresponsables en pro de su propio beneficio, y transfirió esa función al pueblo colectivamente para que fuese realizada por agentes responsables en pro del beneficio común. El cambio creó un sistema totalmente nuevo de tenencia de propiedad, pero ni directa ni indirectamente implica ninguna negación del derecho de propiedad privada. Muy al contrario, el cambio en el sistema situó los derechos de propiedad privada y personal de cada ciudadano sobre una base incomparablemente más sólida y segura y de mayor alcance que la que nunca antes tuvieron o podrían haber tenido mientras duró el capitalismo privado. Analicemos los efectos del cambio de sistemas y veamos si fue así o no."

"Suponga que usted y otras cuantas personas de su época, teniendo cada uno por separado una concesión en la misma región minera, formasen una corporación para seguir adelante como una única mina, consolidando sus propiedades, ¿tendrían menos propiedad privada que cuando poseían concesiones por separado? Habrían cambiado el modo y la tenencia de su propiedad, pero si el arreglo fuese atinado, sería íntegramente para su provecho, ¿no?"

"Sin duda."

"Desde luego, ya no podría usted ejercer el control personal y completo sobre la mina consolidada como lo ejercía sobre

su concesión separada. Junto a sus colegas de la corporación, tendrían que confiar la gestión de la propiedad combinada a una junta de directores elegidos por ustedes, pero no pensarían ustedes que eso significaría un sacrificio de su propiedad privada, ¿no?"

"Por supuesto que no. Esa era la forma bajo la cual una grandísima parte, sino la mayor parte, de la propiedad privada era objeto de inversión y control en mi época."

"Entonces parece" dijo el doctor, "que para la completa posesión y disfrute de la propiedad privada no es necesario que esté en una parcela separada ni que el propietario ejerza un control directo y personal sobre ella. Entonces, supongamos además que en vez de confiar la gestión de su propiedad consolidada a directores privados más o menos pícaros, que estarían constantemente intentando estafar a los accionistas, la nación se encargase de gestionar el negocio por ustedes mediante agentes elegidos y que respondiesen ante ustedes; ¿sería eso un ataque a sus intereses de propiedad?"

"Al contrario, incrementaría enormemente el valor de la propiedad. Sería como obtener una garantía gubernamental para los bonos privados."

"Bien, eso es lo que la gente hizo con la propiedad privada en la Revolución. Simplemente consolidó la propiedad que había en el país y que había estado previamente en parcelas separadas, y puso la gestión del negocio en manos de una agencia nacional encargada de pagar los dividendos a los accionistas para su uso individual. Hasta aquí, sin duda, debe admitirse que la Revolución no implicaba ninguna abolición de la propiedad privada."

"Eso es verdad," dije, "salvo por una particularidad. Es o solía ser una circunstancia habitual para el poseedor de una propiedad que ésta estuviese a disposición de la voluntad del propietario. El propietario de una participación en una mina o

fábrica no podía de hecho vender una parte de la mina o fábrica, aunque podía vender su participación en ella; pero el ciudadano ahora no puede disponer de su participación en la empresa nacional. Sólo puede disponer del dividendo."

"Ciertamente," replicó el doctor; "pero aunque el poder de alienar el principal de la propiedad de uno era una circunstancia habitual de la propiedad en su época, estaba muy lejos de ser una circunstancia necesaria o uno que fuese beneficiosa para el propietario, porque el derecho a disponer de la propiedad implicaba el riesgo de ser desposeído de ella por otros. Creo que había pocos poseedores de propiedades en su época que no se hubiesen alegrado mucho de renunciar al derecho de alienar sus propiedades si éstas se les hubiesen podido garantizar irrevocablemente a ellos y a sus hijos. Así, bloquear propiedades mediante consorcios cuyos beneficiarios no pudiesen tocar el principal, era el análisis de la gente rica que deseaba proteger mejor a sus herederos. Tomemos el caso de los terrenos con derechos de transmisión restringidos como otra ilustración de esta idea. Bajo ese modo de tenencia de propiedad, el poseedor no podía venderla, aun así era considerada la clase de propiedad más deseable a cuenta de ese mero hecho. El hecho al cual se refiere usted—el que el ciudadano no pueda alienar su participación en la corporación nacional que forma la base de sus ingresos—tiende del mismo modo a hacerla una clase más valiosa de propiedad, y no menos. Ciertamente su cualidad como clase estrictamente personal y privada de propiedad se intensifica por la mera irrevocabilidad con la cual se liga al individuo. Podría decirse que la reorganización del sistema de propiedad de la cual estamos hablando, implicó hacer de los Estados Unidos un terreno con derechos de transmisión restringidos, para el igual beneficio de los ciudadanos y de sus descendientes para siempre."

"Todavía no ha mencionado" dije, "la medida más drástica de todas mediante la cual la Revolución afectó a la propiedad privada, a saber, la absoluta igualación de la cuantía de

propiedades que cada uno podía tener. Aquí no había quizá ninguna negación del principio de propiedad privada en sí mismo, pero era ciertamente una prodigiosa interferencia con los que tenían propiedades."

"La distinción está bien clara. Es de vital importancia un correcto entendimiento de este asunto. La historia ha estado llena justamente de semejantes reajustes al por mayor de intereses de propiedad mediante el expolio, la conquista, o la confiscación. Han sido más o menos justificables, pero cuando menos nunca se pensó que implicasen ninguna negación de la idea de la propiedad privada en sí misma, porque iban justo a reafirmarla bajo una forma diferente. Menos que en cualquier previo reajuste de las relaciones de propiedad, la general igualación de la propiedad en la Revolución podría llamarse una negación del derecho de propiedad. Justamente al contrario, era la afirmación y reivindicación de ese derecho, a una escala nunca antes soñada. Antes de la Revolución, muy poca gente del pueblo tenía alguna propiedad si acaso y ningún ahorro de provisión de día en día. Mediante el nuevo sistema se aseguró a todos una gran, igual, y fija participación en el principal total e ingresos nacionales. Antes de la Revolución, incluso a aquellos que tenían a buen seguro una propiedad era probable que se la quitaran o que se les fuese de las manos a causa de mil accidentes. Incluso los millonarios no tenían asegurado que su nieto no se convirtiese en un vagabundo sin hogar o su nieta se viese forzada a una vida de vergüenza. Bajo el nuevo sistema, el derecho de cada ciudadano a su fortuna individual se hizo irrevocable, y sólo podía perderlo si la nación entrase en bancarrota. La Revolución, en otras palabras, en vez de negar o abolir la institución de la propiedad privada, la afirmó de una forma incomparablemente más certera, beneficiosa, permanente, y general que nunca antes se hubiese conocido.

"Desde luego, Julian, estaba en el modo de ser de la naturaleza humana, como algo totalmente natural, que sus contemporáneos alzaban la voz contra la idea de un derecho

universal de la propiedad por considerarlo un ataque contra el principio de propiedad. Nunca hubo un profeta o reformador que elevase su voz para una más pura, más espiritual, y perfecta idea de religión a quien sus contemporáneos no acusasen de pretender abolir la religión; ni nunca en asuntos políticos ningún partido proclamó un más justo, mayor, más sabio ideal de gobierno sin ser acusado de pretender abolir el gobierno. Así, fue totalmente conforme a precedente, como aquellos que enseñaron el derecho de todos a la propiedad fuesen acusados de atacar el derecho de propiedad. ¿Pero quienes, piensa usted, eran los auténticos amigos y defensores de la propiedad privada? ¿Aquellos que abogaban por un sistema bajo el cual un hombre, si era lo bastante listo, podía monopolizar el planeta—y un pequeñísimo número lo estaba monopolizando rápidamente—convirtiendo al resto de la humanidad en proletarios, o, por otra parte, aquellos que demandaban un sistema mediante el cual todos deberían convertirse en propietarios en términos de igualdad?"

"Me da la impresión," dije, "de que tan pronto como los líderes revolucionarios tuvieron éxito en abrir los ojos a la gente y hacerles ver su punto de vista sobre el asunto, mis viejos amigos los capitalistas debieron de haber encontrado que su grito sobre 'el sagrado derecho de propiedad' se transformaba en el tipo más peligroso de boomerang."

"Así fue. Nada podía haber servido mejor a los fines de la Revolución, como hemos visto, que sacar a relucir el derecho de propiedad. Nada fue tan deseable como que la gente en general fuese inducida a prestar un poco de atención en serio, en términos racionales y morales, a lo que era ese derecho, comparado con lo que debería ser. Entonces, muy pronto el grito de 'el sagrado derecho de propiedad,' sacado a colación en primer lugar por los ricos en nombre de los

pocos, fue devuelto con abrumador efecto por el eco de los millones de desheredados, en nombre de todos."

XVIII. Un eco del pasado

"¡Ah!" exclamó Edith, quien con su madre había estado hurgando en los cajones de la caja fuerte mientras el doctor y yo hablábamos, "aquí hay algunas cartas, si no me equivoco. Parece, entonces, que usábais las cajas fuertes para algo más que el dinero."

Era, de hecho, como percibí con una emoción totalmente indescriptible, un paquete de cartas y notas de Edith Bartlett, escritas en varias ocasiones durante nuestras relaciones como enamorados, que Edith, su biznieta, tenía en su mano. Se las cogí, y abriendo una, vi que era una nota fechada el 30 de mayo de 1887, el mismo día en el que me separé de ella para siempre. En la nota, me pedía que me reuniese con su familia en su visita del "Decoration Day" a la tumba de Monte Auburn donde yacía su hermano, que había caído en la guerra civil.

"No espero, Julian," había escrito, "que adoptes todas mis relaciones como tuyas porque te cases conmigo—eso sería demasiado—pero quiero que consideres a mi heroico hermano como tuyo propio, y esa es la razón por la cual me gustaría que vinieses con nosotros hoy."

El oro y los pergaminos, que una vez tuvieron un gran valor, ahora esparcidos descuidadamente por toda la habitación, lo habían perdido por completo, pero estas muestras de amor no habían perdido su potencia a través del tiempo transcurrido. Como mediante un mágico poder, evocaron en un momento una bruma de recuerdos que me encerraron en un mundo propio—un mundo en el cual el presente no tenía parte. No sé por cuánto tiempo permanecí sentado en este trance y abstraído del silencioso y comprensivo grupo que

había a mi alrededor. Fue mediante un profundo e involuntario suspiro de mis propios labios como finalmente desperté de mi abstracción, y volví del mundo de los sueños del pasado a una consciencia de mi presente entorno y sus circunstancias.

"Estas son cartas," dije, "de la otra Edith—Edith Bartlett, tu bisabuela. Quizá estarías interesada en echarles un vistazo. No sé quién tiene más o mejor derecho a ellas después, de mi, que tú y tu madre."

Edith tomó las cartas y comenzó a examinarlas con reverente curiosidad.

"Serán muy interesantes," dijo su madre, "pero me temo, Julian, que tendremos que pedirte que nos las leas."

Mi semblante sin duda expresó la sorpresa que sentí ante esta confesión de analfabetismo por parte de personas tan sumamente cultivadas.

"¿Debo entender," pregunté finalmente, "que la escritura, y su lectura, como la fabricación de cerraduras, es un arte que se ha perdido?"

"Me temo que así es," replicó el doctor, "aunque la explicación aquí no es, como en el otro caso, la igualdad económica tanto como el progreso de los inventos. A nuestros hijos todavía se les enseña a escribir y leer, pero tienen tan poca práctica en su vida posterior que habitualmente olvidan lo adquirido tan pronto como dejan la escuela; pero realmente Edith debería todavía ser capaz de descifrar una carta del siglo diecinueve.—Querida, me avergüenzo un poco de ti."

"Oh, puedo leer esto, papá," exclamó, alzando la vista, con las cejas todavía fruncidas a cuenta de una página que había estado estudiando. "¿No te acuerdas de que he estudiado esas viejas cartas de Julian a Edith Bartlett, que tenía mi madre?—aunque eso fue hace años, y me he oxidado un poco

desde entonces. Pero ya he leído casi dos líneas de esta. Es realmente bastante simple. Voy a resolverlo sin ayuda de nadie excepto de mi madre."

"¡Dios mío, Dios mío!" dije, "¿ya no escriben cartas?"

"Pues, no," replicó el doctor, "en la práctica, la escritura está en desuso. Para la correspondencia, cuando no usamos el teléfono, enviamos fonogramas, y usamos éstos, de hecho, para todos los propósitos para los que ustedes emplearían la escritura. Ha sido así desde hace tanto tiempo que apenas se nos ocurre que la gente hiciese jamás otra cosa. Pero sin duda esto es una evolución que apenas debe sorprenderle: ustedes tenían el fonógrafo, y sus posibilidades eran lo bastante patentes desde el principio. Para nuestros registros importantes, utilizamos principalmente caracteres, desde luego, pero el asunto impreso es transcrito a copia fonográfica, así que realmente, salvo emergencias, hay poco uso para la escritura. ¿No es curioso, cuando uno llega a pensarlo, que cuanto más madura se ha hecho una civilización, más perecederos se han hecho sus registros? Los Caldeos y Egipcios usaron ladrillos, y los Griegos y Romanos hicieron más o menos uso de la piedra y del bronce para la escritura. Si la humanidad fuese destruída hoy y el planeta fuese visitado, digamos desde Marte, quinientos años más tarde, o incluso menos, nuestros libros habrían perecido, y el Imperio Romano sería considerado el último y más elevado estadio de la civilización humana."

XIX. ¿Puede una doncella olvidar sus ornamentos?

Inmediatamente, Edith y su madre se fueron a la casa para estudiar las cartas, y estando el doctor tan agradablemente absorto con las acciones y bonos que hubiese sido descortés no dejarle solo, me dio la impresión de que la ocasión era favorable para la ejecución de un proyecto privado para el cual hasta ahora no había hallado oportunidad.

Desde el momento en que recibí mi tarjeta de crédito, había contemplado una compra en particular, la cual deseaba hacer a la primera oportunidad. Era un anillo de compromiso para Edith. Los regalos en general, era evidente, habían perdido su valor en esta época en la que todos tenían todo lo que querían, pero este era un regalo que, por mor del sentimiento, estaba seguro de que a una mujer le parecería deseable como siempre.

Aprovechando, por tanto, el inusual ensimismamiento de mis anfitriones en intereses especiales, me fui al gran almacén donde Edith me había llevado en una anterior ocasión, el único en el que había entrado hasta entonces. No viendo indicada la clase de artículos que deseaba en ninguno de los carteles que había encima de los nichos, inmediatamente pregunté a una de las jóvenes auxiliares que me indicase el departamento de joyería.

"Le ruego me disculpe," dijo, alzando un poco sus cejas, "¿qué he entendido que pregunta usted?"

"El departamento de joyería," repetí. "Quiero mirar algunos anillos."

"Anillos," repitió, mirándome bastante inexpresivamente. "¿Me permite que le pregunte qué clase de anillos, para qué tipo de uso?"

"Anillos para los dedos," repetí, con la sensación de que la joven no era tan inteligente como parecía.

"Ante mis palabras, ella me miró la mano izquierda, en uno de cuyos dedos llevaba yo un sello conforme a la moda de mi época. Su expresión se tornó de inmediato inteligente y del más vivo interés.

"¡Le ruego mil perdones! exclamó. "Debería haberle entendido antes. ¿Es usted Julian West?"

Estaba empezando a estar un poco molesto con tanto misterio acerca de un asunto tan sencillo.

"Soy ciertamente Julian West," dije; "pero disculpeme si no veo la relevancia de ese hecho para lo que le he preguntado."

"Oh, en realidad debe usted disculparme," dijo, "pero es muy relevante. Nadie en América, salvo justamente usted, preguntaría por anillos para los dedos. Vea usted que no han sido usados desde hace tanto tiempo que hemos dejado por completo de tenerlos en existencias; pero si quisiera uno hecho por encargo, solamente tiene que dar una descripción de lo que quiere y será fabricado inmediatamente."

Le di las gracias, pero llegué a la conclusión de que no iría más lejos en mi proyecto hasta que hubiese inspeccionado el terreno un poco más a conciencia.

En casa no dije nada de mi aventura, para que no se rieran de mi más de lo necesario; pero cuando después de cenar encontré al doctor a solas en su estudio exterior favorito en la buhardilla, le sondeé con cautela sobre el asunto.

Comentando, como de una manera completamente casual, que había notado que nadie llevaba nada semejante a un

anillo, le pregunté si llevar joyas estaba en desuso, y, si era así, ¿cuál era la explicación para el abandono de la costumbre?

El doctor dijo que ciertamente era un hecho que llevar joyas era virtualmente una costumbre obsoleta desde hacía un par de generaciones, si no más. "En cuanto a las razones para este hecho," prosiguió, "realmente se encuentran muy mucho en las consecuencias directas e indirectas de nuestro actual sistema económico. Hablando en general, supongo que la razón principal y suficiente de por qué el oro y la plata y las piedras preciosas han dejado de ser apreciadas como ornamentos es que perdieron completamente su valor comercial cuando la nación organizó la distribución de la riqueza en base a la irrevocable igualdad económica de todos los ciudadanos. Como sabe, una tonelada de oro o un kilate de diamantes no aseguraría una barra de pan en los almacenes públicos, no habiendo allí nada disponible excepto o además del crédito del ciudadano, que depende únicamente de su ciudadanía, y es siempre igual al de cualquier otro ciudadano. Consecuentemente nada vale nada para nadie hoy en día salvo para el uso o placer que pueda personalmente derivar de ello. La razón principal de por qué las gemas y los metales preciosos fueron anteriormente usados como ornamentos parece haber sido el gran valor convertible que tenían, que los hacía símbolos de riqueza e importancia, y consecuentemente un medio favorito para la ostentación social. El hecho de que hayan perdido totalmente esta cualidad explicaría, creo, en gran medida, el abandono de su uso como ornamentos, incluso si la ostentación en sí misma no hubiese estado desprovista de su motivo por la ley de igualdad."

"Indudablemente," dije; "aun así había quienes pensaban que eran bonitos completamente aparte de su valor."

"Bueno, posiblemente," replicó el doctor. "Sí, supongo que los salvajes honestamente pensaban así, pero, siendo honesto, no distinguían entre piedras preciosas y cuentas de vidrio en

tanto ambas fuesen igual de brillantes. En cuanto a la pretensión de las personas civilizadas de admirar las gemas o el oro por su belleza intrínseca aparte de su valor, sospecho que era más o menos una inconsciente falsa apariencia. Suponga que, por una repentina abundancia, los diamantes de primer agua tuviesen el mismo valor que el vidrio de una botella, ¿durante cuánto tiempo cree usted que alguien los habría llevado en su época?"

Me vi obligado a admitir que indudablemente habrían desaparecido de la vista rápida y permanentemente.

"Imagino," dijo el doctor, "que el buen gusto, que entendemos que incluso en su época fruncía el entrecejo ante el uso de tales ornamentos, vino en auxilio de la influencia económica al promover el abandono de su uso una vez que el nuevo orden de cosas había sido establecido. La pérdida por parte de las gemas y metales preciosos del glamour que les pertenecía como formas de riqueza concentrada, dejó libre al gusto para juzgar el valor estético real de los efectos ornamentales obtenidos mediante trozos de piedras brillantes y chapas y cadenas y aros de metal que colgaban por la cara y el cuello y los dedos, y parece que muy pronto se estuvo de acuerdo en la opinión de que semejantes combinaciones eran de salvajes y realmente nada hermosas en absoluto."

"Pero ¿qué ha sido de todos los diamantes y rubíes y esmeraldas, y las joyas de oro y plata?" exclamé.

"Los metales, desde luego—plata y oro—conservaron sus usos, mecánicos y artísticos. Son siempre hermosos en lugares apropiados, y son tan usados con propósito decorativo como siempre, pero esos propósitos son arquitectónicos, no personales, como anteriormente. Ya que no seguimos la antigua práctica de usar pinturas en nuestras caras y cuerpos, los usamos no obstante donde consideramos que es su lugar adecuado, y justamente es así con el oro y la plata. En cuanto a las piedras preciosas, algunas de ellas han

encontrado uso en aplicaciones mecánicas, y hay, desde luego, colecciones de ellas en museos, aquí y allá. Probablemente nunca hubo más que unos cientos de celemines de piedras preciosas en existencia, y es fácil explicar la desaparición y rápida pérdida de tan pequeña cantidad de tan diminutos objetos una vez que dejaron de ser valorados."

"Las razones que da para la desaparición de la joyería," dije, "ciertamente explican el hecho, y aun así apenas puede imaginarse cuánto me sorprende. La degradación del diamante al rango de cuenta de vidrio, salvo por sus usos mecánicos, expresa y tipifica como ningún otro hecho para mí la plenitud de la revolución, la cual, en el presente, ha subordinado las cosas a la humanidad. No sería difícil, desde luego, comprender que las personas pudiesen fácilmente haber dejado de llevar joyas, las cuales de hecho nunca fueron consideradas del mejor gusto como práctica masculina, excepto en los países salvajes, pero habría dejado perplejo al profeta Jeremías por haber respondido afirmativamente a su pregunta '¿puede una doncella olvidar sus ornamentos?'. "

El doctor se rio.

"Jeremías era un hombre muy sabio," dijo, "y si su atención se hubiese dirigido al asunto de la igualdad económica y su efecto sobre la relación de los sexos, estoy seguro de que habría previsto, como uno de sus lógicos resultados, el crecimiento de un sentimiento un tanto filosófico en lo concerniente a la ornamentación personal por parte de las mujeres como el que siempre han exhibido los hombres. No se habría sorprendido al saber que un efecto de esa igualdad entre hombres y mujeres había sido el revolucionar la actitud de las mujeres sobre toda la cuestión del vestir, tan completamente, que los más iracundos misóginos—si de hecho quedase alguno—ya no habrían podido acusarlas de estar más absortas en ese interés que los hombres."

"¡Doctor, doctor, no me pida que me crea que el deseo de ser atractiva ha dejado de motivar a las mujeres!"

"Disculpeme, no pretendía decir nada semejante," replicó el doctor. "Hablaba del desproporcionado desarrollo de ese deseo que tiende a anular su propia finalidad mediante la sobre—ornamentación y exceso de artificio. Si podemos juzgar por los registros de su época, esto era generalmente el resultado de la excesiva devoción al vestir por parte de sus mujeres; ¿no era así?"

"Indudablemente. El exceso en el vestir, el esfuerzo excesivo para estar atractivas, era el mayor inconveniente para el auténtico atractivo de las mujeres de mi época."

"¿Y qué ocurría con los hombres?"

"No puede decirse de ningún hombre que mereciese llamarse así. Estaban, por supuesto, los dandis, pero la mayoría de los hombres prestaban más bien demasiada poca atención a su apariencia."

"Es decir, ¿un sexo prestaba demasiada atención al modo de vestir y el otro demasiada poca?"

"Eso era."

"Muy bien; el efecto de la igualdad económica de los sexos y la consecuente independencia de las mujeres en todo momento, en cuanto a su sustento, de los hombres, es que las mujeres piensan mucho menos en el vestido que en su época y los hombres considerablemente más. De hecho, nadie pensaría en sugerir que cualquiera de los sexos se concentra más que el otro en realzar sus atractivos personales. Los individuos difieren en cuanto a su interés en este asunto, pero la diferencia no tiene que ver con el sexo."

"Pero ¿por qué atribuye este milagro," exclamé, "porque parece un milagro, al efecto de la igualdad económica sobre la realación de los hombres y las mujeres?"

"Porque desde el momento en que la igualdad llegó a establecerse entre ellos, dejó de ser un ápice mayor el interés de las mujeres por hacerse atractivas y deseables para los hombres que el de los hombres para producir la misma impresión sobre las mujeres."

"Lo que consecuentemente quiere decir que antes del establecimiento de la igualdad económica entre los hombres y las mujeres, era indudablemente mayor el interés de las mujeres por hacerse personalmente atractivas que el de los hombres."

"Definitivamente," dijo el doctor. "Dígame, ¿por qué motivo los hombres de su época atribuían la excesiva dedicación del otro sexo a los asuntos del vestir en comparación con el descuido de los hombres sobre el correspondiente asunto?"

"Bueno, no creo que tuviésemos pensamientos muy lúcidos sobre el asunto. De hecho, cualquier cosa que tuviese una insinuación sexual acerca de él, apenas era tratada en otro tono que no fuese sentimental o en broma, siempre."

"Ese es de hecho," dijo el doctor, "un rasgo impresionante de su época, aunque suficientemente explicable en vista de la redomada hipocresía subyacente a toda la relación entre los sexos, la pretendida caballerosa deferencia hacia las mujeres por una parte, unida a la práctica represión de éstas, por otra parte, pero deben de haber tenido alguna teoría para explicar la excesiva dedicación de las mujeres a su adorno personal."

"La teoría, creo, era la heredada de los antiguos—a saber, que las mujeres eran por naturaleza más vanas que los hombres. Pero no les gustaba oír que se dijera esto: así, el modo educado de explicar el hecho obvio de que a ellas les importase tanto más el vestir que a los hombres era que ellas tenían más sensibilidad para la belleza, que estaban más altruistamente deseosas de complacer, y otras frases

agradables."

"¿Y no se les ocurrió que la verdadera razón de por qué las mujeres se dedicaban a pensar tanto en las técnicas para realzar su belleza era sencillamente que, debido a su dependencia económica del favor de los hombres, el rostro de la mujer era su fortuna, y que la razón de que los hombres fuesen tan descuidados en su mayor parte en cuanto a su apariencia personal era que su fortuna en ningún modo dependía de su belleza; y que incluso cuando llegaba el momento de encomendarse al favor del otro sexo, su posición económica decía potencialmente más en su favor que cualquier cuestión de ventaja personal? A buen seguro esta obvia consideración explicaba por completo la mayor dedicación de las mujeres al adorno personal, sin suponer ninguna diferencia, cual fuera, en la dotación natural de los sexos en cuanto a la vanidad."

"¿Y consecuentemente," añadí, "cuando las mujeres dejaron de depender para su bienestar económico del favor de los hombres, dejó de ser su principal objetivo en la vida el hacerse atractivas a los ojos de los hombres?"

"Precisamente, para su inenarrable ganancia en comodidad, dignidad, y liberación de su mente para intereses más importantes."

"¿Pero para la disminución, sospecho, del pintoresquismo del panorama social?"

"En absoluto, sino indudabilísimamente para su notable beneficio. Hasta donde podemos juzgar, cualquiera que fuese la pretensión de las mujeres de su época para ser consideradas atractivas, lo lograron inconfundiblemente a pesar de sus esfuerzos para estarlo. Recordemos que estamos hablando sobre la excesiva preocupación de las mujeres por el realce de sus encantos, lo que condujo a la locura tras causar en su mayor parte la anulación del efecto buscado. Qüitemos el motivo económico que hizo del

atractivo de las mujeres para los hombres un medio para tener éxito en la vida, y nos quedaría el impulso de la Naturaleza para atraer la admiración del otro sexo, un motivo lo suficientemente fuerte para que la belleza sea un fin, y más efectivo no siendo demasiado fuerte."

"Es bastante fácil de ver," dije, "por qué la independencia económica de las mujeres debía haber tenido el efecto de moderar hasta una medida razonable su interés en el adorno personal; pero ¿por qué debería haber operado en la dirección opuesta sobre los hombres, haciéndoles más atentos en el vestir y la apariencia personal que antes?"

"Por la sencilla razón de que habiendo desaparecido su superioridad económica con respecto a las mujeres, ellos debían depender de ahí en adelante de su atractivo personal si querían ganar el favor de las mujeres o retenerlo cuando lo ganasen."

XX. Lo que la revolución hizo por las mujeres

"Se me ocurre, doctor," dije, "que a una mujer de mi época le habría merecido más la pena haber dormido hasta ahora que a mi, viendo que el establecimiento de la igualdad económica parece haber significado más para las mujeres que para los hombres."

"Quizá Edith no se habría sentido complacida con la sustitución," dijo el doctor; "pero realmente hay mucho de verdad en lo que dice, porque el establecimiento de la igualdad económica significó, de hecho, para las mujeres, incomparablemente más que para los hombres. En su época, la condición de la masa de hombres era abyecta comparada con su estado en el presente, pero la suerte de las mujeres era abyecta comparada con la de los hombres. La mayoría de los hombres, de hecho, eran sirvientes de los ricos, pero la mujer estaba sujeta al hombre tanto si era rico como si era pobre, y en este último y más común caso era de este modo la sirvienta de un sirviente. No importa cuán hundido en la pobreza pudiese estar un hombre, tenía una o más personas todavía más hundidas que él, las mujeres dependientes de él y sujetas a su voluntad. En el mismísimo fondo de la pila social, soportando la carga acumulada de toda la masa, estaba la mujer. Todas las tiranías del alma y de la mente y del cuerpo que la humanidad ha soportado, pesaban al final sobre ellas con fuerza acumulativa. Tan por debajo incluso del más mísero estado del hombre estaba el de la mujer, que habría sido una formidable elevación para ella si tan sólo hubiese alcanzado el nivel del hombre. Pero la gran Revolución no elevó meramente el nivel de ella a un nivel de igualdad con el del hombre, sino que elevó a ambos con el

mismo y formidable empuje hacia arriba hasta un nivel de dignidad moral y bienestar material tan por encima del anterior estado del hombre como el estado anterior de éste había estado por encima del de la mujer. Si los hombres deben gratitud a la Revolución, ¡cuánto mayor les debe parecer a las mujeres su deuda con ella! Si para los hombres la voz de la Revolución fue una convocatoria a un más elevado y noble plano de vida, para la mujer fue como la voz de Dios convocándola a una nueva creación."

"Indudablemente," dije, "las mujeres de los pobres lo pasaron indecentemente a causa de ello, pero las mujeres de los ricos ciertamente no estaban oprimidas."

"Las mujeres de los ricos," replicó el doctor, "eran numéricamente una proporción demasiado insignificante de la masa de mujeres para que merezca la pena considerarlas en una declaración general de la condición de las mujeres de su época. Tampoco, de hecho, consideramos su suerte preferible a la de sus hermanas pobres. Es cierto que no soportaban dureza física, pero eran, por el contrario, mimadas y malcriadas por sus hombres protectores como niñas demasiado consentidas; pero eso no nos parece un tipo de vida deseable. Hasta donde podemos saber por narraciones de la época y retratos sociales, las mujeres de los ricos vivían como en un invernadero en una atmósfera de adulación y afectación, todo ello menos favorable para el desarrollo moral o mental que las condiciones más duras de las mujeres de los pobres. Una mujer de hoy, si fuese condenada a volver a vivir en el mundo de ustedes, suplicaría al menos ser reencarnada como una mujer de la limpieza en vez de una mujer rica a la moda. Ésta, en vez de aquella, nos parece el tipo de mujer que tipifica más completamente la degradación del sexo en la época de usted."

Como a mi se me había ocurrido pensar lo mismo, incluso en mi vida anterior, no discutí este punto.

"El llamado movimiento femenino, el principio de la gran transformación en la condición de ellas," continuó el doctor, "ya estaba provocando bastante agitación en su época. Usted debe de haber oído y visto mucho acerca de él, y puede incluso haber conocido a alguna de las nobles mujeres que fueron sus primeras líderes."

"Oh, sí," repliqué. "Había una gran agitación en torno a los derechos de las mujeres, pero el programa anunciado entonces de ningún modo era revolucionario. Solamente tenía como objetivo el asegurar el derecho a votar, junto con varios cambios en las leyes acerca de la tenencia de propiedades por las mujeres, la custodia de los hijos en los divorcios, y detalles semejantes. Le aseguro que las mujeres no tenían en aquella época ninguna noción de revolucionar el sistema económico más que la que tenían los hombres."

"Así lo entendemos," replicó el doctor. "A ese respecto la lucha de las mujeres por su independencia se parecía a los movimientos revolucionarios en general, los cuales, en sus primeros estadios, iban dando bandazos y traspiés en semejante modo errático e ilógico en apariencia que haría falta un filósofo para calcular qué resultado esperar. El cálculo en cuanto al resultado definitivo del movimiento de las mujeres era, sin embargo, tan sencillo como era el mismo cálculo en el caso de lo que ustedes llamaban el movimiento de los trabajadores. Tras de lo que iban las mujeres era de su independencia de los hombres y su igualdad con ellos, mientras que el deseo de los trabajadores era poner fin a su vasallaje de los capitalistas. Ahora bien, la llave para los grilletes que llevaban las mujeres era la misma que abría los grilletes de los trabajadores. Era la llave económica, el control de los medios de subsistencia. Los hombres, como sexo, tenían ese poder sobre las mujeres, y los ricos como clase lo tenían sobre las masas trabajadoras. El secreto de la esclavitud sexual y de la esclavitud industrial era el mismo—a saber, la desigual distribución del poder de la riqueza, y el cambio que era necesario para poner fin a

ambas formas de esclavitud debía ser obviamente la igualación económica, que tanto en la relación sexual como en la industrial debería inmediatamente asegurar que la cooperación reemplazase a la coacción.

"Las primeras líderes de la revuelta de las mujeres no fueron capaces de ver más allá de los fines de sus narices, y consecuentemente adscribieron su condición de subordinación y los abusos que sufrían a la maldad del hombre, y parecían creer que el único remedio necesario era una reforma moral por parte de él. Este fue el periodo durante el cual expresiones semejantes a 'el déspota hombre' y 'el monstruo hombre' eran lemas de la agitación. Las adalides de las mujeres cayeron precisamente en el mismo error cometido por una amplia proporción de los primeros líderes de los trabajadores, quienes gastaron bastante aliento y desgastaron su temple denunciado a los capitalistas como los deliberados autores de todos los males del proletario. Esto era peor que el chismorreo; era desorientador y cegador. Los hombres esencialmente no estaban peor que las mujeres a las que oprimían, ni los capitalistas que los trabajadores a los que explotaban. Pongase a los trabajadores en los puestos de los capitalistas y habrían hecho lo que los capitalistas estaban haciendo. De hecho, donde quiera que los trabajadores llegaron a ser capitalistas, se decía comunmente de ellos que eran los amos más duros. Así, también, si las mujeres hubieran podido cambiar su lugar con los hombres, habrían indudablemente tratado a los hombres precisamente como los hombres las habían tratado. Era el sistema que permitía a los seres humanos llegar a relaciones de superioridad e inferioridad entre ellos lo que causaba todo el mal. El poder sobre otros es necesariamente depravante para el amo y degradante para el sometido. La igualdad es la única relación moral entre los seres humanos. Cualquier reforma, debiese resultar en remediar los abusos de los hombres sobre las mujeres, o de los capitalistas sobre los trabajadores, debía por tanto estar dirigida a igualar su situación económica. Y hasta que las mujeres, así como los

trabajadores, no abandonasen la locura de atacar las consecuencias de la desigualdad económica y atacasen la desigualdad en sí misma, no había ninguna esperanza para la liberación ni de las unas ni de los otros.

"La idea absolutamente inadecuada que las primeras líderes de las mujeres tenían de la gran salvación que debían tener, y cómo llegaría, está curiosamente ilustrada por su entusiasmo por las diversas agitaciones llamadas de templanza, de aquel periodo, con el propósito de vigilar la embriaguez entre los hombres. El especial interés de las mujeres, como clase, en la reforma de los modales de los hombres—porque las mujeres como norma no bebían alcohol—consistía en el cálculo de que si los hombres bebiesen menos, sería menos probable que abusasen de ellas, y facilitaría espléndidamente su sustento; es decir, sus más altas aspiraciones estaban limitadas a la esperanza de que, mediante la reforma moral de sus amos, pudiesen asegurar un tratamiento algo mejor para ellas mismas. La idea de abolir el puesto de amo no se les había ocurrido todavía como posibilidad.

"Este punto, por cierto, en cuanto a los esfuerzos de las mujeres de su época para reformar los hábitos de bebida de los hombres mediante ley, sugiere de un modo más bien impresionante la diferencia entre la posición de las mujeres entonces y ahora en su relación con los hombres. Si hoy en día los hombres fuesen adictos a cualquier práctica que les hiciese gravemente y generalmente ofensivos para las mujeres, a éstas no se les ocurriría intentar reprimirlo mediante ley. Nuestro espíritu de soberanía personal y la legítima independencia del individuo en todos los asuntos, sobre todo en los relativos a sí mismo, no toleraría de hecho ninguna de las interferencias legales, que eran tan comunes en su época, en las prácticas privadas de los individuos. Pero las mujeres no encontrarían la fuerza necesaria para corregir los modales de los hombres. Su absoluta independencia económica, dentro o fuera del matrimonio, les permitiría usar

una influencia más poderosa. Inmediatamente resultaría que los hombres que se hiciesen ofensivos para las susceptibilidades de las mujeres, demandarían su favor en vano. Pero era prácticamente imposible para las mujeres de su época el protegerse o hacer valer su voluntad asumiendo esa actitud. Casarse era una necesidad económica para una mujer, o al menos suponía una ventaja tan grande para ella que no podía dictar bien los términos a sus pretendientes, a no ser que estuviese muy afortunadamente situada, y una vez casada, se entendía, en la práctica, que a cambio de su mantenimiento por su marido ella debían estar a su disposición."

"Suenan horriblemente," dije, "a esta distancia en el tiempo, pero le ruego que crea que no era siempre tan malo como suena. El mejor hombre ejercitaba su poder con consideración, y con personas refinadas, las mujeres retenían virtualmente su propio control, y de hecho en muchos casos la mujer era prácticamente el cabeza de familia."

"Sin duda, sin duda," replicó el doctor. "Así ha sido siempre bajo toda forma de servidumbre. No importa cuán absoluto fuese el poder de un amo, era ejercido con un aceptable grado de humanidad en un gran número de casos, y en muchos de ellos el esclavo nominal, cuando tenía un fuerte carácter, ejercía en realidad una influencia controladora sobre el amo. Este hecho observado, sin embargo, no es considerado un argumento válido para someter a unos seres humanos a la arbitraria voluntad de otros. Hablando en general, es indudablemente cierto que tanto la situación de la mujer cuando estaba sometida al hombre, como la del pobre cuando estaba sometido al rico, eran de hecho mucho menos intolerables de lo que nos parece a nosotros que posiblemente podían haber sido. Así como la vida física del hombre puede ser mantenida y a menudo prosperar en cualquier clima desde los polos al ecuador, su naturaleza moral ha mostrado su capacidad para vivir e incluso poner flores fragantes bajo las más terribles condiciones sociales."

"Para comprender la prodigiosa deuda de la mujer con la gran Revolución," continuó el doctor, "debemos recordar que la esclavitud de la que se liberó era incomparablemente más completa y abyecta que cualquiera a la cual el hombre jamás hubiese sido sometido por sus semejantes. No estaba forzada por un simple yugo, sino por uno triple. El primer yugo era el sometimiento al dominio personal y de clase de los ricos, el cual la masa de las mujeres soportaba en común con la masa de los hombres. Los otros dos yugos eran característicos de ella. Uno de ellos era su sometimiento personal no sólo en la relación sexual, sino en todo su comportamiento, al hombre en particular de quien dependía para su subsistencia. El tercer yugo era intelectual y moral, y consistía en la servil conformidad que se la exigía en todo su pensamiento, habla, y actuación, con respecto a un conjunto de tradiciones y convecionalismos calculados para reprimir todo lo que era espontáneo e individual, e imponer una uniformidad artificial sobre la vida interior y la exterior.

"Este último era el yugo más pesado de los tres, y más desastroso en sus efectos tanto directamente sobre la mujer como indirectamente sobre la humanidad a través de la degradación de las madres de la especie. Sobre la propia mujer, el efecto era tan ahogador para el alma y tan atrofiante para la mente como para dar un pretexto plausible para ser tratada como alguien inferior por naturaleza por los hombres que no filosofaban lo suficiente como para ver que el pretexto que daban para el sometimiento de la mujer era en sí mismo el resultado de dicho sometimiento. La explicación del sometimiento de la mujer en pensamiento y acción a lo que en la práctica era un código de esclavitud—un código característico de su sexo y despreciado y ridiculizado por los hombres—era el hecho de que la principal esperanza de una vida cómoda para toda mujer consistía en atraer la favorable atención de algún hombre que pudiese mantenerla. Ahora bien, bajo su sistema económico era muy deseable para un hombre que buscaba empleo pensar y hablar como lo

hacía su empleador si quería que le fuese bien en la vida. Aun así, un cierto grado de independencia de mente y conducta era concedido a los hombres por sus superiores económicos bajo muchas circunstancias, en tanto que no fuesen ofensivas de hecho, porque, después de todo, lo que se requería de ellos principalmente era su trabajo. Pero la relación de una mujer con el hombre que la mantenía tenía un carácter muy diferente e íntimo. Ella debía ser para él 'persona grata', como sus diplomáticos solían decir. Para atraerle, ella debía complacerle personalmente, no ofender sus gustos o prejuicios mediante sus opiniones o conducta. De otro modo, era probable que él prefiriese a otra. De este hecho se seguía que mientras que la formación de un muchacho estaba orientada a hacerle capaz de ganarse la vida, una chica era educada con la finalidad suprema de hacerla, si no agradable, al menos no desagradable para los hombres.

"Ahora bien, si particulares mujeres hubiesen sido formadas especialmente para satisfacer los gustos de particulares hombres—formadas por encargo, por así decirlo—aunque eso habría sido suficientemente ofensivo para cualquier idea de dignidad femenina, aun así hubiese sido mucho menos desastroso, porque muchos hombres habrían preferido en gran medida mujeres con mentes independientes y opiniones originales y naturales. Pero como de antemano no se sabía qué hombre en particular mantendría a qué mujer en particular, el único modo seguro era formar a las chicas con vistas a una atracción negativa en vez de positiva, para que al menos no pudiesen ofender los prejuicios masculinos corrientes. Este ideal se aseguraba con mucha probabilidad, educando a una chica para conformarse con los acostumbrados hábitos de pensamiento, habla, y comportamiento, tradicionales y en boga—en una palabra a los estándares convencionales que prevalecían en la época. Por encima de todo, ella debía evitar el contagio de cualquier idea nueva u original o de líneas de conducta en cualquier aspecto importante, especialmente en asuntos religiosos,

políticos, y sociales. Es decir, tanto su mente como su cuerpo debían ser formados y vestidos conforme a los clichés al uso en ese momento. En pro de todas sus esperanzas de comodidad matrimonial, no debía conocerse que tuviese ninguna noción peculiar o inusual o certera sobre cualquier asunto más importante que bordar o decorar salones. Habiendo asegurado esto convencionalmente en lo esencial, cuanto más brillante e incisiva pudiese ser en asuntos menores y frívolos, mejor para sus oportunidades. ¿He errado al describir como funcionaba su sistema a este particular, Julian?"

"Sin duda," repliqué, "ha descrito usted fielmente el ideal correcto y en boga de la educación femenina de mi época, pero había, debe comprender, muchísimas mujeres que eran personas de mente totalmente original y seria, que se atrevían a pensar y hablar por sí mismas."

"Sin duda las había. Eran los prototipos de la mujer universal de hoy. Representaban la mujer que se avecinaba, la cual hoy ha llegado. Ellas habían roto por sí mismas las ataduras convencionales de su sexo, y demostrado al mundo la potencial igualdad de las mujeres y los hombres en cada campo de pensamiento y acción. Pero aunque las grandes mentes dominan sus circunstancias, la masa de mentes era dominada y formada por las circunstancias. Cuando pensamos en la carga del sistema sobre esta inmensa mayoría de mujeres, y cómo el virus de la esclavitud moral y mental entró a través de sus venas en la sangre de la especie, comprendemos cuán tremenda es la acusación de la humanidad contra el orden económico de ustedes, a cuenta de la mujer, y qué inmenso beneficio para la humanidad fue la Revolución que dio madres libres a la especie—libres no meramente de los grilletes físicos sino de los morales e intelectuales.

"Hace un momento me he referido," prosiguió el doctor, "al cercano paralelismo existente en su época entre la situación industrial y sexual, entre las relaciones de las masas

trabajadoras con los capitalistas, y las de las mujeres con los hombres. Esto es sorprendentemente ilustrado de otra manera más.

"La sumisión de los trabajadores a los dueños del capital estaba asegurada mediante la existencia en todo momento de una extensa clase de desempleados listos para ofertarse a un precio más bajo que los trabajadores y ansiosos para conseguir un empleo a cualquier precio y bajo cualesquiera términos. Este era el garrote con el cual los capitalistas controlaban a los trabajadores. De manera parecida, era la existencia de un cuerpo de mujeres inapropiadas lo que remachaban el yugo de la sumisión de las mujeres a los hombres. Siendo el mantenimiento el difícil problema de su época, había muchos hombres que no podían mantenerse a sí mismos, y un número inmenso que no podía mantener mujeres además de a sí mismos. El fracaso de un hombre para casarse podría costarle la felicidad, pero en el caso de las mujeres no sólo implicaba la pérdida de la felicidad, sino, por regla general, las exponía a la presión o peligro de la pobreza, porque era mucho más difícil para las mujeres que para los hombres el asegurarse mediante sus propios esfuerzos un sustento adecuado. El resultado era uno de los más impresionantes espectáculos que el mundo ha conocido jamás—nada menos, de hecho, que un estado de rivalidad y competición entre las mujeres por la oportunidad de casarse. Para comprender cuán indefensas estaban las mujeres de su época, para asumir hacia los hombres una actitud de dignidad e independencia física, mental o moral, basta con recordar su terrible desventaja en lo que sus contemporáneos llamaban con brutal claridad el mercado matrimonial.

"Y todavía no estaba llena la copa de humillación de la mujer. Todavía había otra y más horrible forma de competición por medio de su propio sexo a la cual estaba expuesta. No sólo había un constante e inmenso superávit de mujeres solteras deseosas de asegurarse el sustento económico que implicaba el matrimonio, sino que por debajo de éstas había hordas de

mujeres desgraciadas, sin esperanza de obtener el sustento de los hombres en términos honorables, y ansiosas por venderse a sí mismas por un mendrugo. Julian, ¿no le asombra que, de todos los aspectos del horrible lío que llamaban ustedes civilización en el siglo diecinueve, la relación sexual era lo que peorapestaba?"

"A nuestros filántropos les desasosegaba en gran medida lo que llamábamos el mal social," dije—"esto es, la existencia de esta gran multitud de mujeres descastadas—pero no era común diagnosticarlo como una parte del problema económico. Se consideraba más bien un mal moral resultante de la depravación del corazón humano, con el que se debía tratar adecuadamente mediante influencias morales y religiosas."

"Sí, sí, lo sé. A nadie en su época, por supuesto, se le permitía insinuar que el sistema económico era radicalmente perverso, y consecuentemente se acostumbraba a achacar todas sus abominables consecuencias a la pobre naturaleza humana. Sí, sé que había gente que estaba de acuerdo en que mediante la predicación podría ser posible disminuir los horrores del mal social, aunque aun así el país contenía millones de mujeres en desesperada necesidad, que no tenían otro medio de conseguir el pan salvo atendiendo a los deseos de los hombres. Soy un poco frenólogo, y he deseado a menudo haber tenido la oportunidad de examinar los desarrollos craneales de los filántropos del siglo diecinueve que creían honestamente en esto, si alguno de ellos de hecho lo creía honestamente."

"Por cierto," dije, "las mujeres de espíritu elevado, incluso en mi época, objetaban la costumbre que requería que tomaran los apellidos de sus maridos al casarse. ¿Cómo hacen ahora?"

"Los apellidos de las mujeres no se ven más afectados por el matrimonio que los de los hombres."

"Pero ¿y los de los niños?"

"Las chicas toman el apellido de la madre con el del padre como segundo nombre, mientras que con los muchachos es justo a la inversa."

* * *

"Se me ocurre," dije, "que sería sorprendente si un hecho que afecta tan profundamente a las relaciones de las mujeres con los hombres, como es el logro de la independencia económica, no hubiese modificado los estándares convencionales previos de moralidad sexual en algunos detalles."

"Diga más bien," replicó el doctor, "que la igualación económica de los hombres y las mujeres por primera vez hizo posible establecer sus relaciones sobre una base moral. La primera condición de la acción ética en cualquier relación es la libertad del actor. En tanto la dependencia económica de las mujeres respecto de los hombres las impedía ser agentes libres en la relación sexual, no podía haber ética en esa relación. Una apropiada ética de la conducta sexual se hizo posible por primera vez cuando las mujeres fueron capaces de acción independiente mediante el logro de la igualdad económica."

"Habría sorprendido a los moralistas de mi época," dije, "que les dijese que no teníamos ética sexual. Ciertamente teníamos un sistema muy estricto y elaborado de prohibiciones."

"Por supuesto, por supuesto," replicó mi acompañante. "Entendámonos exactamente en este punto, porque el asunto es sumamente importante. Tenían ustedes, como dice, un conjunto de normas y regulaciones muy rígidas en cuanto a la conducta de los sexos—esto es, especialmente en cuanto a las mujeres—pero la base de ello, en su mayor parte, no era ética, sino de prudencia, siendo su objeto la salvaguarda de los intereses económicos de las mujeres en sus relaciones

con los hombres. Nada podía haber sido más importante para la protección de las mujeres en conjunto, aunque tan a menudo causándoles cruelmente sufrimiento a nivel individual, que esas normas. Eran el único método mediante el cual, aunque una mujer seguía siendo una persona económicamente indefensa y dependiente, ella y sus hijos podían igualmente estar parcialmente a salvo del abuso y la negligencia masculina. No imagine ni por un momento que hablaría con ligereza del valor de este código social para la especie durante el tiempo que fue necesario. Pero al estar completamente basado en consideraciones no sugeridas por santidades naturales de la relación sexual en sí misma, sino totalmente por consideraciones de prudencia que inciden en resultados económicos, sería un uso inexacto de términos llamarlo un sistema de ética. Sería descrito con más precisión como un código de economía sexual—es decir, un conjunto de leyes y costumbres que cubren las necesidades de protección económica para las mujeres y los niños en la relación sexual y familiar.

"El contrato matrimonial estaba embellecido por un rico bordado de fantasías sentimentales y religiosas, pero no necesito recordarle que su esencia ante los ojos de la ley y de la sociedad era su carácter como contrato, una transacción estrictamente económica 'quid pro quo'. Era un cometido legal para el hombre el mantener a la mujer y a la futura familia en consideración a la rendición de ella a la exclusiva disposición de él—es decir, a condición de obtener un derecho sobre la propiedad de él, ella se convierte en parte de dicha propiedad. El único punto que la ley o la censura social contemplaban para fijar la moralidad o inmoralidad, pureza o impureza, de cualquier acto sexual era simplemente la cuestión de si esta transacción había sido ejecutada previamente de acuerdo con las formas legales. Habiendo sido atendido adecuadamente este punto, todo lo que anteriormente hubiese sido considerado como malo e impuro por las partes, se convertía en legítimo y casto. Podía haber personas no aptas para el matrimonio o para ser

padres; podían haber sido arrastrados por los más bajos y sórdidos motivos; la novia podía haberse visto obligada por la necesidad a aceptar a un hombre que aborrecía; la juventud podía haber sido sacrificada a la decrepitud, y ser ultrajadas todas las propiedades naturales; pero conforme con los estándares de ustedes, si el contrato había sido legalmente ejecutado, todo lo que seguía era blanco y hermoso. Por otro lado, si el contrato había sido omitido, y sin él una mujer había aceptado un amante, entonces, no importa cuán grande fuese su amor, no importa cuán adecuada fuese su unión en cada aspecto natural, la mujer era tachada de impúdica, impura, y abandonada y consignada a vivir la muerte de la ignominia social. Ahora permitame repetir que reconocemos completamente la excusa para esta ley social bajo su atroz sistema como el único modo posible de proteger los intereses económicos de las mujeres y los niños, pero hablar de ello como ético o moral en su visión de la relación sexual es ciertamente hacer un mal uso de las palabras, tan absurdo, que no es posible cometer un absurdo mayor. Por el contrario, debemos decir que era una ley que, para proteger los intereses materiales de la mujer, estaba obligada deliberadamente a hacer caso omiso de todas las leyes que están escritas en el corazón en lo tocante a tales asuntos.

"Por lo que consta en los archivos, parece que en su época se hablaba mucho sobre el hecho escandaloso de que había dos códigos morales diferentes en asuntos sexuales, uno para los hombres y otro para las mujeres—negándose los hombres a estar atados por la ley impuesta a las mujeres, y la sociedad ni siquiera intentaba hacérsela cumplir. Los abogados que reclamaban un único código para ambos sexos decían que lo que estaba mal o bien para la mujer lo estaba igualmente para el hombre, y que debería haber un estándar de bien y mal, pureza e impureza, moralidad e inmoralidad, para ambos. Era obviamente el punto de vista correcto sobre el asunto; pero ¿qué ganancia moral habría habido para la humanidad incluso si los hombres pudiesen haber sido

inducidos a aceptar el código de las mujeres—un código tan absolutamente indigno en su idea central de la ética de la relación sexual? Nada excepto la amarga coacción de su esclavitud económica hubiera forzado a las mujeres a aceptar una ley contra la cual la sangre de diez mil inmaculadas Margaritas, y las vidas arruinadas de una innumerable multitud de mujeres, cuyo único delito había sido un amor demasiado tierno, clamaban a Dios perpetuamente. Sí, debía haber habido sin duda un estándar de conducta para hombres y mujeres a la vez, como hay ahora, pero no debía ser el código del esclavo, con su sórdida base, impuesto sobre la mujer por sus necesidades. El común y más elevado código para hombres y mujeres que la conciencia de la humanidad demandaba se hizo posible por primera vez, e inmediatamente a partir de ese momento se aseguró, cuando hombres y mujeres estuvieron los unos frente a los otros en la relación sexual, como en las demás, en actitud de absoluta igualdad y mutua independencia."

"Después de todo, doctor," dije, "aunque al principio me sorprendió un poco oírle decir que no había ética sexual, aun así en realidad no dice usted nada más, ni usa palabras más fuertes, que las que usaron nuestros poetas y escritores satíricos al tratar sobre el mismo tema. La completa divergencia entre nuestra moralidad sexual convencional y la instintiva moralidad del amor era un tópico entre nosotros, y aportaba, como indudablemente sabrá usted bien, el motivo de una gran parte de nuestra literatura romántica y dramática."

"Sí," replicó el doctor, "nada podría añadirse a la fuerza y el sentimiento con el cual sus escritores expusieron la crueldad e injusticia de la férrea ley de la sociedad en cuanto a estos asuntos—una ley hecha doblemente cruel e injusta por el hecho de que fue padecida casi exclusivamente por las mujeres. Pero sus denuncias fueron inútiles, y las abundantes emociones que evocaron tuvieron un resultado estéril, por la razón de que fracasaron por completo en señalar el hecho

fundamental que era responsable de la ley que atacaban, y que debía ser abolido si la ley debía alguna vez ser sustituida por una ética justa. Ese hecho, como hemos visto, era el sistema de distribución de riqueza, mediante el cual la única esperanza de comodidad y seguridad para las mujeres fue hecha depender de su éxito en obtener de algún hombre una garantía legal de mantenimiento como precio por su persona."

"Me parece a mi," observé, "que cuando las mujeres, abrieron de una vez medianamente los ojos a lo que el programa revolucionario significaba para su sexo, mediante la demanda de igualdad económica para todos contenida en dicho programa, el interés propio debió haberlas hecho más ardientes devotas de la causa que incluso los hombres."

"Las hizo, de hecho," replicó el doctor. "Desde luego, la cegadora influencia de lo convencional, la tradición, y el prejuicio, así como la engendrada timidez de la inmemorial servidumbre, impidió durante largo tiempo que la masa de las mujeres comprendiese la grandeza de la liberación que se les ofrecía; pero una vez que la comprendieron, se arrojaron al movimiento revolucionario con una unanimidad y un entusiasmo que tuvo un efecto decisivo sobre la lucha. Los hombres podían contemplar la igualdad económica estando a favor o en contra, conforme a sus posiciones económicas, pero toda mujer, sencillamente porque era una mujer, estaba destinada a estar a su favor tan pronto como se le pasase por la cabeza lo que significaba para la mitad de la humanidad a la que ella pertenecía."

XXI. En el gimnasio

Edith había subido a la buhardilla de la casa a tiempo para oír lo último de nuestra charla, y entonces dijo a su padre:

"Considerando lo que has estado contándole a Julian sobre las mujeres de hoy en día comparadas con las de los viejos tiempos, me pregunto si no estaría interesado en visitar el gimnasio esta tarde y ver algo de cómo nos entrenamos. Va a haber allí algunas carreras pedestres y aéreas, y varias otras pruebas. En nuestro curso tenemos deporte por las tardes, y yo debería estar allí de todas formas."

A esta sugerencia, que acepté con entusiasmo, debo una de las más interesantes e instructivas experiencias de aquellos primeros días durante los cuales estaba trabando conocimiento con la civilización del siglo veinte.

En la puerta del gimnasio, Edith nos dejó para unirse a su clase en el anfiteatro.

"¿Va a competir en algo?" pregunté.

"Todo su curso—esto es, todos los de su edad—de este barrio participarán en unos u otros eventos."

"¿Cuál es la especialidad de Edith?" pregunté.

"En cuanto a las especialidades," replicó el doctor, "nuestra gente no las cultiva en gran medida. Desde luego, en privado hacen lo que les place, pero el objeto de nuestro entrenamiento público no es tanto el desarrollar especialidades atléticas como producir un desarrollo físico completo y bien proporcionado. Nuestro primer objetivo es asegurar un cierto estándar de fuerza y medidas para las

piernas, muslos, brazos, espalda, pecho, hombros, cuello, etc. Este no es el punto más alto de perfección física o rendimiento. Es el mínimo necesario. Todos los que lo alcanzan pueden ser considerados como hombres y mujeres sanos y en forma. Más allá de ese punto se deja que sean ellos quienes se desarrollen en direcciones específicas como les plazca.

"¿Cuánto tiempo dura esta educación gimnástica pública?"

"Es tan obligatoria como cualquier parte de la educación hasta que el cuerpo se ha desarrollado, lo cual nosotros situamos a la edad de veinticuatro años; pero prácticamente continúa toda la vida, aunque, desde luego, conforme al sentir de cada uno."

"¿Quiere decir que usted hace ejercicio regularmente en un gimnasio?"

"¿Por qué no? Para mi no es menor objetivo estar bien a los sesenta que a los veinte."

"Doctor," dije, "si parezco sorprendido debe usted recordar que en mi época se decía que ningún hombre mayor de cuarenta y cinco debería correr para subirse al tren, y en cuanto a las mujeres, dejaban de correr a los quince, cuando sus cuerpos eran metidos en un torno, sus piernas en bolsas, los dedos de sus pies en empulgueras, y decían adiós a la salud."

"Ustedes de hecho parecen haber estado terriblemente disconformes con sus cuerpos," dijo el doctor. "Las mujeres ignoraban los suyos del todo, y en cuanto a los hombres, por lo que puedo entender, hasta los cuarenta abusaban de sus cuerpos, y después de los cuarenta sus cuerpos abusaban de ellos, lo cual, después de todo, era simplemente justo. La inmensa masa de miseria física causada por la debilidad y enfermedad, resultante de causas completamente prevenibles, nos parece que, junto al aspecto moral del

asunto, era una de las cosas imputables a su sistema de desigualdad económica, porque parece que se puede seguir la pista, directa o indirectamente, de todas las peculiaridades del asunto hasta llegar a esa causa primera. Ni almas ni cuerpos podrían ser tenidos en consideración por las personas de su época en su loca lucha por la supervivencia, y por agarrar el sustento de otros, mientras el complicado sistema de esclavitud bajo el cual las mujeres eran mantenidas pervirtiese la mente y el cuerpo por igual, hasta era asombroso que quedase salud alguna en ellos."

Entrando en el anfiteatro vimos reunidos en un extremo de la arena unos doscientos o trescientos jóvenes, tanto hombres como mujeres, hablando y descansando. Estos, me dijo el doctor, eran los compañeros de Edith de la clase de 1978, teniendo todos ellos veintidos años, nacidos en el barrio o que habían venido a vivir en él. Vi con admiración las figuras de esos jóvenes y esas jóvenes, todos fuertes y hermosos como los dioses y diosas del Olimpo.

"¿Debo entender," pregunté, "que esto es una sencilla muestra de su juventud, y no una selección de los más atléticos?"

"Ciertamente," replicó; "todos los jóvenes de veintitrés años que viven en este barrio están hoy aquí, salvo quizá dos o tres excepciones por alguna razón especial."

"Pero ¿dónde están los lisiados, los deformes, los débiles, los tísicos?"

"¿Ve aquel joven allí en la silla con tantos otros a su alrededor?" preguntó el doctor.

"¡Ah! ¿entonces hay al fin un inválido?"

"Sí," replicó mi acompañante: "tuvo un accidente, y nunca será vigoroso. Es el único enfermizo de la clase, y ya ve cuánta atención le dedican los demás. Los lisiados y enfermizos de su época eran tantos que la piedad en sí

misma se cansaba y agotaba las lágrimas, y la compasión se hacía insensible con la costumbre; pero en nuestra época son tan pocos como para ser nuestros queridos niños mimados."

En ese momento sonó una corneta, y algunos grupos de jóvenes se lanzaron a una carrera pedestre desde donde estábamos nosotros. Mientras corrían, la corneta continuaba sonando en una forma tensa que tonificaba los nervios. Lo que más me asombró fue la uniformidad en la meta, en vista del hecho de que los participantes no estaban especialmente entrenados para correr, sino que eran meramente el grupo que en la ronda de pruebas había llegado ese día a las pruebas de carreras. En mi época, en una carrera con competidores similarmente no seleccionados, se habrían estirado a lo largo de la pista desde la meta hasta la mitad, y la mayoría cerca de ésta.

"Veo que Edith ha sido tercera," dijo el doctor, leyendo las señales. "A ella le habrá complacido mucho haber tenido tan buen resultado, considerando que estaba usted aquí."

El siguiente evento fue una sorpresa. Me había percatado de que un grupo de jóvenes que había sobre una plataforma elevada en el extremo del anfiteatro estaba haciendo algún tipo de calentamiento, y me preguntaba que iban a hacer. Entonces, de repente, al toque de una trompeta, los vi saltar hacia adelante sobre el borde de la plataforma. Di un involuntario grito de horror, porque había una distancia mortal hasta el suelo.

"No pasa nada," dijo riendo el doctor, y al instante siguiente me quedé mirando a una veintena de jóvenes que iban por el aire a más de quince metros por encima de la pista de carreras.

Luego vinieron las competiciones de lanzamiento de pelota y lanzamiento de peso.

"Está claro dónde adquieren sus mujeres sus espléndidos

pechos y hombros," dije.

"¡Los ha notado, entonces!" exclamó el doctor.

"Ciertamente he notado," fue mi respuesta, "que las mujeres de esta época parecen generalmente poseer un vigoroso desarrollo y apariencia de potencia por encima del talle que sólo se veía ocasionalmente en mi época."

"Sin duda estará interesado," dijo el doctor, "en que su impresión sea corroborada por evidencia concluyente. Suponga que dejamos el anfiteatro por unos minutos y entramos en los cuartos anatómicos. De hecho constituye una rara fortuna para un entusiasta de la anatomía como yo tener un pupilo tan bien cualificado para apreciarla, a quien señalar el efecto que nuestro principio de igualdad social, y las mejores oportunidades de cultura para todos, han tenido en modificar en general la forma humana hacia la perfección, y especialmente la figura femenina. Digo especialmente la figura femenina, porque estuvo más pervertida en su época por las influencias que negaron a la mujer una vida plena. Aquí hay un grupo de estatuas de yeso, basadas en las líneas que nos han entregado los expertos antropométricos de las últimas décadas del siglo diecinueve, con quienes estamos en una inmensa deuda. Observará, como lo que usted señaló indicaba que lo había observado, que la tendencia era hacia una forma de huso por encima de la cadera y un excesivo desarrollo por debajo. La figura parecía un poco como si se hubiese suavizado y rodado como un molde de azúcar en tiempo cálido. Vea, la medida plana frontal de la anchura de las caderas es de hecho mayor que la de los hombros, mientras que debería ser entre dos y cinco centímetros menor, y este bulboso efecto debe de haber sido exagerado por la voluminosa masa de pañería que sus mujeres acumulaban alrededor de la cadera."

A sus palabras alcé mis ojos hacia el pétreo rostro de la figura de mujer, cuyos encantos el doctor había desacreditado de ese modo, y me pareció que los ojos

carentes de visión se posaban en los míos con una expresión de reproche, ante la cual mi corazón instantáneamente confesó en justicia. Había sido contemporáneo de este tipo de mujer, y había estado en deuda con la luz de sus ojos por todo lo que hacía que la vida mereciese la pena vivirse. Completa o no, como pudiera ser su belleza bajo los estándares modernos, por ellos había aprendido a conocer la tensión de estar siempre femenina, y me había convertido en un iniciado de los sagrados misterios de la Naturaleza. Bien podían esos pétreos ojos reprocharme el consentir mediante mi silencio el descrédito de los encantos a los que tanto debía, hechos por un hombre de otra época.

"¡Calle, doctor, calle! exclamé. "Sin duda tiene razón, pero esas palabras no son para que yo las oiga."

No pude encontrar el lenguaje para explicar lo que había en mi mente, pero no fue necesario. El doctor entendió, y sus vivaces ojos grises brillaron mientras tendía su mano sobre mi hombro.

"¡Bien, muchacho, muy bien! Es lo que tenías que decir, y a Edith le gustarías al máximo por tus palabras, porque hoy en día las mujeres defienden con celo el honor las unas de otras, como juzgo que no lo hacían en tu época. Pero, por otra parte, si hubiesen estado presentes en este cuarto las sombras sin cuerpo de aquellas mujeres de tu época, disfrutarían más que ningunas otras, de los más hermosos y amplios templos que la libertad ha construído para que en ellos moren las almas de sus hijas.

"¡Mira!" añadió, apuntando a otra figura; "esta es la típica mujer de hoy, las líneas no son ideales, sino basadas en un promedio de medidas con el propósito de la comparación científica. Primero, observarás que la figura es más de cinco centímetros más alta que la otra. ¡Observa los hombros! Han ganado cinco centímetros en anchura en relación a las caderas, comparados con los de la figura que hemos estado examinando. Por otra parte, el contorno de las caderas es

mayor, mostrando un poderoso desarrollo muscular. El pecho es casi cuatro centímetros más profundo, mientras que la medida abdominal es cinco centímetros más profunda. Estos desarrollos incrementados son por todo y sobre todo lo que el mero incremento de estatura implicaría. En cuanto al desarrollo general del sistema muscular, verás que sencillamente no hay comparación.

"Ahora bien, ¿cuál es la explicación? Simplemente el efecto que ha tenido sobre las mujeres la vida física plena, libre, sin trabas, a la cual su independencia económica abrió el camino. Para desarrollar los hombros, brazos, pecho, muslos, piernas, y el cuerpo en general, es necesario el ejercicio—no suave y ligero, sino ejercicio vigoroso, continuo, acometido no espasmódicamente, sino con regularidad. No hay dispensa de la Providencia que dé o daría jamás a una mujer el desarrollo físico en ningunos otros términos que en aquellos por los cuales los hombres han adquirido su desarrollo. Pero las mujeres de tu época no tenían recursos para semejantes medios. Su trabajo había sido confinado durante incontables épocas a una multiplicidad de tareas insignificantes—trabajo manual y de dedos—tareas que desgastan el cuerpo y la mente en extremo, pero de un tipo que fracasaba por completo en provocar esa reacción de las fuerzas vitales que hacen que las partes ejercitadas se desarrollen. Desde tiempo inmemorial el muchacho ha salido a cavar y cazar con su padre, o ha luchado con otros jóvenes por el dominio mientras la chica se quedaba en casa para hilar y hornear. Hasta los quince años, ella podía compartir con su hermano unos pocos de sus más insípidos deportes, pero con los comienzos de la madurez de la mujer venía el fin de toda participación en la vida física activa al aire libre. ¿Qué podía esperarse salvo lo que resultó—un físico empequeñecido y debilitado y una existencia semi—inválida? Lo único asombroso es que, tras un tan largo período de represión y perversión corporal, el físico femenino haya respondido, con una mejora tan magnífica en tan breve período, a la vida libre que se ha abierto para las mujeres durante los últimos

cien años."

"Teníamos muchísimas mujeres hermosas; al menos a nosotros nos parecían físicamente perfectas," dije.

"Desde luego que sí, y no hay duda de que eran los tipos perfectos que te parecían," replicó el doctor. "Te mostraban lo que la Naturaleza tenía destinado que fuese el sexo por completo. Pero ¿me equivoco al suponer que la salud enfermiza era una condición general entre las mujeres de tu época? Ciertamente los registros así nos lo dicen. Si podemos creer en ellos, cuatro quintas partes de la praxis médica tenía lugar entre las mujeres, y tampoco parecía hacerles mucho bien a éstas, aunque quizá no debería criticar a mi propia profesión. El hecho es que no podían hacer nada, y probablemente sabían que no podían, en tanto las costumbres sociales por las que se regían las mujeres permaneciesen sin cambios."

"Desde luego tiene razón sobre el hecho general," repliqué. "De hecho, un gran escritor puso en circulación una máxima generalmente aceptada cuando dijo que la invalidez era la condición normal de la mujer."

"Recuerdo esa expresión. ¡Qué confesión del abyecto fracaso de tu civilización en resolver la más fundamental proposición de felicidad para la mitad de la especie! La invalidez de las mujeres era una de las grandes tragedias de tu civilización, y su rehabilitación física ha sido uno de los mayores elementos singulares en el incremento total de la felicidad que la igualdad económica ha traído a la humanidad. Considera lo que hay implicado en la transformación del mundo de la mujer, de los suspiros y lágrimas y sufrimiento, como sabes, al mundo de las mujeres de hoy, con su atmósfera de deleite y regocijo y desbordante vigor y vitalidad!"

"Pero," dije, "una cosa no está clara para mí. Sin ser un médico, o saber más de tales asuntos que lo que debe saber un joven, aun así he entendido de un modo general que la

debilidad y delicadeza de la condición física de las mujeres tenía su origen en ciertas discapacidades naturales del sexo."

"Sí, sé que la noción general en tu época era que la constitución física de la mujer la condenaba porque su efecto era necesariamente enfermarla, hacerla desgraciada, e infeliz, y que a lo sumo su condición no podría hacerse más que sencillamente tolerable en un sentido físico. Una más dañina blasfemia contra la Naturaleza nunca encontró expresión. Ninguna función natural causaría constante sufrimiento o enfermedad; y si lo hiciese, la racional inferencia sería que algo va mal en las circunstancias. Los orientales inventaron el mito de Eva y la manzana, y la maldición pronunciada sobre ella, para explicar las amarguras y padecimientos del sexo, que eran, de hecho, una consecuencia, no de la ira de Dios, sino de condiciones y costumbres hechas por el hombre. Una vez se admite que esas amarguras y padecimientos son inseparables de la constitución natural de la mujer, vaya, entonces no hay explicación lógica salvo aceptar ese mito como una cuestión histórica. Ya había en tu época, sin embargo, abundantes ejemplos de las grandes diferencias en las condiciones físicas de mujeres que estaban bajo diferentes circunstancias y diferentes entornos sociales, como para convencer a las mentes libres de prejuicios de que, si se mantuviesen las condiciones totalmente saludables durante un tiempo suficientemente largo, conducirían a una rehabilitación física de la mujer que la redimiría completamente de la ignominiosa reputación dada por su Creador."

"¿Debo entender que la maternidad no está ahora acompañada de riesgo o sufrimiento?"

"Hoy en día es una experiencia que no se considera en absoluto crítica ni en sus circunstancias ni en consecuencias reales. En cuanto a las otras supuestas discapacidades naturales que los sabios de tu época solían poner tan a menudo como excusas para manetener a las mujeres bajo el sometimiento económico, han dejado de implicar cualquier

molestia física, sea cual fuese.

"Y el final de esta reconstrucción física del físico femenino no está a la vista todavía. Mientras los hombres todavía retienen la superioridad en ciertas disciplinas atléticas, creemos que los sexos estarán no obstante en un plano de completa igualdad física, con diferencias sólo entre individuos."

"Hay una pregunta," dije, "que este maravilloso renacimiento físico de la mujer sugiere. Dice que ellas ya son iguales físicamente a los hombres, y que los fisiólogos de hoy prevén en unas pocas generaciones más su evolución hacia una completa igualdad con ellos. Esto es tanto como decir, ¿no?, que bajo condiciones normales y potencialmente, ella siempre ha sido físicamente igual al hombre y que nada salvo las circunstancias y condiciones adversas le han hecho siempre parecer que era inferior."

"Sin duda."

"¿Cómo, entonces, se explica el hecho de que ella ha sido en todas las épocas y países, desde el amanecer de la historia, con quizá unas pocas dudosas y transitorias excepciones, físicamente la sometida y la esclava de él? Si alguna vez fue su igual, ¿por qué dejó de serlo para llegar a ser eso otro, y por una regla tan universal? Si su inferioridad desde tiempos históricos puede adscribirse a condiciones desfavorables hechas por el hombre, ¿por qué, si era su igual, permitió que esas condiciones fuesen impuestas sobre ella? Una teoría filosófica sobre cómo cesa una condición debería contener una sugerencia racional en cuanto a cómo surgió."

"Muy cierto, ya lo creo" replicó el doctor. "Tu pregunta es práctica. La teoría de aquellos que sostienen que la mujer no obstante será plenamente igual al hombre en vigor físico, necesariamente implica, como sugieres, que probablemente ella debe de haber sido de hecho igual a él alguna vez, y

reclama una explicación de esa pérdida de igualdad. Supongamos que el hombre y la mujer fueron físicamente iguales de hecho en algún momento del pasado. Persiste una radical diferencia en su relación como sexos—a saber, que el hombre puede poseer pasionalmente a la mujer en contra de su voluntad si puede superarla en fuerza, mientras que la mujer no puede, incluso si estuviese dispuesta, poseer al hombre sin el pleno consentimiento de él, no importa cuán grande fuese la superioridad de la fuerza de ella. A menudo he especulado en cuanto a la razón de esta radical diferencia, que se encuentra en la raíz de toda la tiranía del sexo del pasado, ahora felizmente reemplazada para siempre por la reciprocidad. A veces me ha parecido que la provisión de la Naturaleza era mantener la especie viva en períodos de su evolución en que la vida no mereciese la pena vivirse salvo en pos de una posterioridad remota. Este fin, podemos decir, se aseguró astutamente confiriendo el agresivo y adecuado poder en la relación de los sexos a aquel sexo que tenía que soportar la menor parte de las consecuencias resultantes de su ejercicio. Podemos decir que este plan era un poco mezquino por parte de la Naturaleza, pero estaba bien calculado para lograr el propósito. Pero para ello, debido a la natural y racional resistencia del sexo que tenía que dar a luz a los niños, a asumir una carga tan amarga y tan aparentemente poco rentable, la especie pudiera haber quedado expuesta al riesgo de dejar de existir por completo, durante los más oscuros períodos de su ancestral evolución.

"Pero volvamos a la cuestión específica de la que estábamos hablando. Supongamos que el hombre y la mujer, en alguna época anterior, hayan sido, por completo, iguales físicamente, sexo con sexo. Sin embargo, habría muchas variaciones individuales. Alguno de cada sexo sería más fuerte que otros de su sexo. Algunos hombres serían más fuertes que algunas mujeres, y en la misma medida algunas mujeres serían más fuertes que algunos hombres. Muy bien; sabemos que bien entrados los tiempos históricos, el método salvaje para tomar esposa era mediante captura por la

fuerza. Mucho más podemos suponer que la fuerza fue usada donde fuese posible en períodos más primitivos. Ahora bien, una mujer fuerte no tendría nada que ganar capturando a un hombre más débil con propósito sexual, y por tanto no le perseguiría. A la inversa, sin embargo, los hombres fuertes tendrían un objeto capturando y conservando como sus esposas a mujeres más débiles que ellos mismos. En su captura de mujeres, los hombres habrían evitado de modo natural a las mujeres más fuertes, a quienes tendrían dificultad en dominar, y preferirían como pareja a las más débiles, quienes podrían ser menos capaces de resistirse a su voluntad. Por otra parte, los más débiles de los hombres encontrarían relativamente difícil capturar a cualquier pareja en absoluto, y sería consecuentemente menos probable que dejaran progenie. ¿Ves la inferencia?"

"Está bastante clara," repliqué. "Quiere decir que las mujeres fuertes y los hombres débiles estarían ambos discriminados, y que los tipos que sobrevivirían serían los más fuertes de los hombres y las más débiles de las mujeres."

"Precisamente. Ahora bien, supongamos que una diferencia en la fuerza física de los sexos haya llegado a estar bien establecida a través de este proceso en tiempos prehistóricos, antes del amanecer de la civilización: el resto del relato se sigue de un modo muy sencillo. El sexo declaradamente dominante habría, por supuesto, buscado retener e incrementar su dominio y el sexo completamente subordinado habría llegado con el tiempo a considerar que la inferioridad en la que había nacido era natural, inevitable, y ordenada por el Cielo. Y así continuaría como continuó, hasta el despertar del mundo al final del siglo pasado a la necesidad y posibilidad de una reorganización de la sociedad humana sobre una base moral, de la cual el primer principio debe ser la igual libertad y dignidad de todos los seres humanos. Desde entonces, las mujeres han estado reconquistando, como más adelante reconquistarán por completo, su prístina igualdad física con el hombre."

"Se me ocurre una idea alarmante," dije. "¿Y si al final la mujer no sólo igualase sino excediese al hombre en poder físico y mental, como él a ella en el pasado, y si ella sacase ventaja de esa superioridad como hizo él?"

El doctor se rio. "Creo que no hace falta que seas tan aprensivo de que semejante superioridad, incluso si se alcanzase, provocase un abuso. No porque se pueda confiar con más seguridad en que las mujeres, como tales, no utilicen el poder con más irresponsabilidad que los hombres, sino por la razón de que la especie está elevándose rápidamente hacia el plano ya en parte alcanzado en el cual las fuerzas espirituales dominarán por completo todas las cosas, y las cuestiones de poder físico dejarán de tener importancia alguna en las relaciones humanas. El control y liderazgo de la humanidad ya va en gran parte, y está claramente destinado a ir pronto por completo, a aquellos que tienen las almas más grandes—es decir, a aquellos que participan más del Espíritu del Gran Ser; y esa es una condición que en sí misma es la más absoluta garantía contra el uso inadecuado de ese poder para fines egoístas, viendo que con tal uso inadecuado dejaría de ser un poder."

"El Gran Ser—¿que es eso?" pregunté.

"Es uno de los nombres que damos al alma y a Dios," replicó el doctor, "pero es un tema demasiado grande para entrar en él ahora."

XXII. Suicidio económico del sistema de la ganancia

A la mañana siguiente, Edith recibió una llamada para presentarse en su puesto de servicio por una necesidad que surgió debido a una circunstancia especial. Después de que se fuera, busqué al doctor en la biblioteca y empecé a hacerle preguntas sin cesar, de las que, como de costumbre, se habían acumulado en mi mente la noche anterior.

"Si deseas continuar tus estudios históricos esta mañana," dijo inmediatamente, "voy a proponerte un cambio de maestros."

"Estoy satisfechísimo con el que la Providencia me ha asignado," respondí, "pero es completamente natural que quiera verse relevado de un interrogatorio tan persistente."

"No es eso en absoluto," replicó el doctor. "Estoy seguro de que nadie podría tener concebiblemente una tarea más inspiradora que la que he tenido, ni tengo ninguna intención de abandonar todavía. Pero se me ha ocurrido que un pequeño cambio en el método y en el medio de instrucción esta mañana podría ser agradable."

"¿Quién va a ser el nuevo maestro?" pregunté.

"Van a ser varios, y no son maestros en absoluto, sino alumnos."

"Venga, doctor," protesté, "¿no cree que un hombre en mi posición tiene bastantes enigmas que resolver, sin que se los fabriquen?"

"Suenan a enigma, ¿no? Pero no lo es. Sin embargo, me

apresuraré a explicarlo. Como uno de aquellos ciudadanos a quien a causa de supuestos servicios públicos la gente ha votado para obtener la cinta azul, tengo varias funciones honorarias en lo que respecta a los asuntos públicos, y especialmente a los asuntos educativos. He sabido esta mañana que hay un examen a las diez en punto en el noveno grado de la Escuela de Arlington. Han estado estudiando la historia del período anterior a la gran Revolución, y van a dar sus impresiones generales de él. He pensado que quizá, mediante un cambio, podrías estar interesado en escucharlos, especialmente en vista del asunto particular que van a discutir."

Aseguré al doctor que ningún programa podría prometer más entretenimiento. "¿Cuál es el asunto del que discuten?" pregunté.

"Su tema es el sistema de la ganancia como método de suicidio económico," replicó el doctor. "En las charlas que hemos tenido hasta ahora, hemos tocado principalmente la injusticia moral del viejo orden económico. En la discusión que oiremos esta mañana no habrá referencia a consideraciones morales, salvo incidentalmente. Los jóvenes se esforzarán por mostrarnos que había ciertos defectos inherentes y fatales en el capitalismo privado como máquina para producir la riqueza, los cuales, aparte por completo de su carácter ético, hacían necesaria su abolición si la humanidad fuese alguna vez a salir del fango de la pobreza."

"Esta es una doctrina muy diferente de la de los sermones que yo solía oír," dije. "El clero y los moralistas en general nos aseguraban que no había males sociales para los cuales la medicina religiosa y moral no fuese adecuada. La pobreza, decían, era al fin y al cabo el resultado de la depravación humana, y desaparecería si todos fuesen buenos, simplemente.

"Así lo hemos leído," dijo el doctor. Hasta qué extremo el clero y los moralistas predicaron esta doctrina con un motivo

profesional calculado para realzar la importancia de sus servicios como instructores morales, hasta qué extremo hacían eco de ello como excusa para la indolencia mental, y hasta qué extremo podían realmente haber sido sinceros, no podemos juzgarlo a esta distancia, pero ciertamente nunca se enseñó tontería más injuriosa. El sistema industrial y comercial mediante el cual se organiza y dirige el trabajo de una gran población constituye una máquina compleja. Si la máquina es construída de un modo no científico, resultará en una pérdida y un desastre, sin la más mínima consideración a si los gestores son los santos más excepcionales o los peores pecadores. El mundo siempre ha tenido y tendrá necesidad de toda la virtud y auténtica religión que a los hombres se les pueda inducir a practicar; pero decir a los granjeros que la religión personal tomará el lugar de una agricultura científica, o al capitán de un barco ingobernable que la práctica de la buena moral traerá su nave a la costa, no sería una mayor puerilidad que la que los sacerdotes y moralistas de tu época cometieron al asegurar a un mundo empobrecido por un sistema económico que el secreto de la abundancia era el buen trabajo y la devoción personal. La historia tiene un amargo capítulo para estos guías ciegos, quienes, durante el periodo revolucionario, hicieron mucho más daño que aquellos que abiertamente defendieron el viejo orden, porque, aunque la brutal franqueza de éstos repelía a los hombres buenos, aquellos los desorientaron, e hicieron que su indignación se dirigiese muy lejos del culpable sistema, al cual de otro modo habrían destruído pronto.

"Y justo aquí déjame decir, Julian, como un punto muy importante que tienes que recordar de la historia de la gran Revolución, que hasta que la gente no hubo superado esta pueril enseñanza y vio las causas de la necesidad y miseria del mundo no en la depravación humana, sino en la locura del sistema de la ganancia, del cual dependía el capitalismo privado, la Revolución no comenzó a avanzar en serio."

Ahora bien, aunque el doctor había dicho que la escuela que

íbamos a visitar estaba en Arlington, el cual yo sabía que estaba a una cierta distancia, fuera de la ciudad, y que el examen tendría lugar a las diez en punto, el doctor continuaba sentado cómodamente en su sillón, aunque eran las diez menos cinco.

"¿Esta Arlington es la misma ciudad que era un suburbio de la ciudad en mi época?" me aventuré a preguntar inmediatamente.

"Por supuesto."

"Estaba a unos quince o veinte kilómetros de la ciudad," dije.

"No se ha movido, te lo aseguro," dijo el doctor.

"Entonces, si es así, y el examen va a empezar en cinco minutos, ¿no es probable que lleguemos tarde?" comenté con suavidad.

"Oh, no," replicó el doctor, "todavía quedan tres o cuatro minutos."

"Doctor," dije, "durante los últimos días me han presentado muchos nuevos y veloces modos de locomoción, pero no veo cómo me va a llevar a Arlington desde aquí a tiempo para el examen que comienza dentro de tres minutos, a no ser que me reduzca a una solución electrificada, me envíe por cable, y me precipite de nuevo tomando mi forma al otro extremo de la línea; e incluso en ese caso debería suponer que no tenemos tiempo que perder."

"No tendríamos, ciertamente, si tuviésemos la intención de ir a Arlington incluso mediante ese proceso. No se me ocurrió que te importaría no ir, o podríamos haber empezado antes. ¡Qué lástima!"

"Me trae sin cuidado visitar Arlington," repliqué, "pero supuse que sería más bien necesario hacerlo si íbamos a asistir a un examen en ese lugar. Ya veo mi error. Debería haber

aprendido a estas alturas a no dar por sentado que cualquiera de las que en mi tiempo se consideraban leyes de la Naturaleza están todavía en vigor."

"Las leyes de la Naturaleza están perfectamente," dijo riendo el doctor. "¿Pero es posible que Edith no te haya mostrado el electroscopio?"

"¿Qué es eso?" pregunté

"Es a la vista lo que el teléfono al oído," replicó el doctor, y, encaminándose a la habitación de la música, me mostró el aparato.

"Son las diez en punto," dijo, "y no tenemos tiempo para explicaciones ahora. Toma esta silla y ajusta el instrumento como me ves hacerlo a mi. ¡Ahora!"

Al instante, sin avisar y sin la menor preparación para lo que iba a venir, me encontré mirando el interior de una gran habitación. Unos veinte chicos y chicas, de trece a catorce años de edad, ocupaban una doble fila de sillas colocadas en forma de semicírculo alrededor de un escritorio donde se sentaba un joven, de espaldas a nosotros. Las filas de estudiantes estaban frente a nosotros, aparentemente a no más de seis metros. El sonido del roce de los vestidos y todo cambio de expresión en sus rostros móviles aparecían tan distinguibles ante mis ojos y en mis oídos como si hubiésemos estado directamente detrás del maestro, como de hecho parecía que estábamos. En el momento en que la escena había aparecido de repente ante mis ojos, iba a hacerle un comentario al doctor. Como me paré, él se rio. "No debes temer interrumpirles," dijo. "No nos ven ni nos oyen, aunque ambos les veamos y oigamos a ellos tan bien. Están a más de una docena de kilómetros."

"¡Cielos!" susurré—porque, a pesar de lo que me aseguró, yo no podía comprender que no me oyeran—"¿estamos aquí o allí"

"Estamos aquí, naturalmente," replicó el doctor, "pero nuestros ojos y oídos están allí. Esto es electroscopio y teléfono combinados. Podríamos haber oído el examen igual de bien sin el electroscopio, pero pensé que te resultaría más entretenido si podías ver y oír. Son unos jóvenes con un aspecto excelente, ¿no? Ahora veremos si son tan inteligentes como bien parecidos."

Cómo las ganancias reducen el consumo

"Nuestro tema esta mañana," dijo el maestro enérgicamente, "es 'El Suicidio Económico de la Producción para obtener Ganancia,' o 'La Desesperanza de la Perspectiva Económica de la Humanidad bajo el Capitalismo Privado.'—Ahora bien, Frank, ¿puedes decirnos exactamente lo que esta propuesta significa?"

A estas palabras, uno de los chicos de la clase se puso de pie.

"Significa," dijo, "que las comunidades que dependían—como tenían que depender, en tanto perdurase el capitalismo privado—del principio de obtener una ganancia por la producción de las cosas mediante las cuales vivían, debe siempre sufrir pobreza, porque el sistema de la ganancia, por su necesaria naturaleza, trabajaba con un tope y paralizaba la producción en el punto donde empezaba a ser eficiente."

"¿Mediante qué se limita la posible producción de riqueza?"

"Mediante su consumo."

"¿No puede la producción ser inferior al posible consumo? ¿No puede la demanda para el consumo exceder los recursos de producción?"

"Teóricamente puede, pero no en la práctica—esto es, hablando de demanda como limitada a deseos racionales, y no extendiéndose a objetos meramente caprichosos. Desde que la división del trabajo fue introducida, y especialmente desde que los grandes inventos multiplicaron indefinidamente los poderes del hombre, la producción ha sido limitada en la práctica únicamente por la demanda creada por el consumo."

"¿Era esto así antes de la gran Revolución?"

"Ciertamente. Era un truismo entre los economistas que Inglaterra, Alemania, o los Estados Unidos por sí solos podrían haber abastecido fácilmente todo el consumo mundial de artículos fabricados. Ningún país comenzó a producir hasta el límite de su capacidad en ninguna línea."

"¿Por qué no?"

"A cuenta de la necesaria ley del sistema de la ganancia, mediante la cual operaba para limitar la producción."

"¿De qué manera operaba esta ley?"

"Creando una brecha entre el poder productivo y consumidor de la comunidad, cuyo resultado era que la gente no era capaz de consumir tanto como podía producir."

"Por favor, dínos precisamente cómo el sistema de la ganancia condujo a este resultado."

"No habiendo bajo el antiguo orden de cosas," replicó el chico, Frank, "ninguna agencia colectiva que se encargase de la organización del trabajo y el intercambio, esa función cayó naturalmente en manos de individuos emprendedores quienes, debido a que encargarse de ello requería mucho capital, tenían que ser capitalistas. Eran de dos clases generales—los capitalistas, que organizaban el trabajo para la producción, y los comerciantes, los intermediarios, y los almacenistas, que organizaban la distribución y habiendo recolectado todas las variedades de productos en el mercado, los vendían otra vez al público en general para su consumo. La gran masa de gente—nueve décimas partes, quizá, eran asalariados que vendían su trabajo a los capitalistas productores; o pequeños productores de primera mano, quienes vendían su producto personal a los intermediarios. Los granjeros eran de esta última clase. Con el dinero que los asalariados y granjeros recibían como paga o como precio de su producción, iban después al mercado, donde eran reunidos los productos de todas clases, y volvían

a comprar tanto como podían para su consumo. Ahora bien, por supuesto, los capitalistas, tanto si estaban implicados en organizar la producción como la distribución, tenían que tener algún incentivo por arriesgar su capital y emplear su tiempo en este trabajo. Ese incentivo era la ganancia."

"Dinos cómo eran recolectadas las ganancias."

"Los capitalistas fabricantes o empleadores pagaban a la gente que trabajaba para ellos, y los comerciantes pagaban a los granjeros por sus productos con unas fichas llamadas dinero, que eran válidas para volver a comprar la amalgama de productos que había en el mercado. Pero los capitalistas no daban a los asalariados ni a los granjeros suficientes de esas fichas de dinero para volver a comprar el equivalente al producto de su trabajo. La diferencia que los capitalistas se quedaban para ellos era su ganancia. Era recolectada poniendo un precio más alto sobre los productos, cuando eran vendidos en las tiendas, que el coste que el producto había tenido para los capitalistas."

"Danos un ejemplo."

"Tomaremos entonces, primero, al capitalista fabricante, que empleaba trabajadores. Supongamos que fabricaba zapatos. Supongamos que por cada par de zapatos pagaba diez céntimos al curtidor por el cuero, veinte céntimos por la labor de montar el zapato, y diez céntimos por el resto del trabajo que ha intervenido de alguna forma en la fabricación del zapato, así que el par le cuesta de hecho una inversión de cuarenta céntimos. El vendió los zapatos al intermediario por, digamos, setenta y cinco céntimos. El intermediario los vendió al minorista por un dólar, y el minorista los vendió en su mostrador al consumidor por un dólar y medio. Tomemos a continuación el caso del granjero, que vendió no meramente su trabajo como el asalariado, sino su trabajo combinado con su material. Supongamos que vendió su trigo al comerciante de grano por cuarenta céntimos la fanega. El comerciante de grano, al vendérselo al molinero, pediría,

digamos, sesenta céntimos la fanega. El molinero se lo vendería al comerciante mayorista de harina por un precio por encima del coste de molerlo, y por una cifra que incluiría una buena ganancia para él. El comerciante mayorista de harina añadiría otra ganancia al vendérselo al tendero minorista, y este último otro más al vendérselo al consumidor. Así que finalmente el equivalente de la fanega de trigo que se ha convertido en harina, cuando se vende al granjero original para su consumo le costaría, a cuenta de los cargos por ganancia solamente, por encima del coste del trabajo que se ha realizado en los procesos intermedios, quizá el doble de lo que él recibió por el grano que vendió al comerciante."

"Muy bien," dijo el maestro. "Ahora vamos al efecto de este sistema en la práctica."

"En la práctica, el efecto," replicó el chico, "era necesariamente crear una brecha entre el poder productivo y consumidor de aquellos implicados en la producción de las cosas sobre las cuales se cargaban ganancias. Su capacidad para consumir sería medida mediante el valor de las fichas de dinero que recibían por producir los artículos, que por lo dicho era menos que el valor puesto sobre esos artículos en las tiendas. La diferencia representaría una brecha entre lo que podían producir y lo que podían consumir."

Margaret habla de la brecha mortífera

"Margaret," dijo el maestro, "puedes asumir ahora el asunto donde Frank lo deja, y decirnos cuál sería el efecto, sobre el sistema económico de la gente, de semejante brecha entre su poder consumidor y productor como Frank nos muestra que era causado mediante la toma de ganancias."

"El efecto," dijo la chica que respondió al nombre de Margaret, "dependería de dos factores: primero, de cuán numeroso fuese el cuerpo de asalariados y primeros productores, sobre cuyos productos eran cargadas las ganancias; y, segundo, de cuán largo fuese el porcentaje de ganancia cargado, y la consiguiente discrepancia entre el poder productor y consumidor de cada individuo del cuerpo de trabajadores. Si los productores sobre cuyo producto se carga una ganancia no fuesen más que un puñado de gente, el efecto total de su incapacidad para volver a comprar y consumir más que una parte de su producto no crearía sino una pequeña brecha entre el poder productor y consumidor de la comunidad en su conjunto. Si, por otro lado, constituyesen una gran proporción de toda la población, la brecha sería correspondientemente grande, y el efecto reactivo para frenar la producción sería desastroso en proporción."

"¿Y cuál era de hecho la proporción de la población total constituida por los asalariados y primeros productores, a quienes mediante el sistema de la ganancia se les impedía consumir tanto como producían?"

"Constituía, como Frank ha dicho, al menos las nueve décimas partes de toda la gente, probablemente más. Los tomadores de ganancia, tanto si eran organizadores de producción como de distribución, eran un grupo numéricamente insignificante,

mientras que aquellos sobre cuyo producto se cargaba la ganancia constituían el grueso de la comunidad."

"Muy bien. Consideraremos ahora el otro factor del cual dependía el tamaño de la brecha entre el poder productivo y consumidor de la comunidad creada por el sistema de la ganancia—a saber, el porcentaje de ganancias cargadas. Dinos, entonces, cuál era la regla seguida por los capitalistas al cargar las ganancias. Sin duda, como hombres racionales que comprendían el efecto de sus altas ganancias para evitar el consumo, tendrían por norma hacer sus ganancias tan bajas como fuese posible."

"Al contrario, los capitalistas hacían sus ganancias tan altas como fuese posible. Su máxima era, 'grava las transacciones todo lo que aguanten.'"

"¿Quieres decir que en vez de intentar minimizar el efecto de la carga en la disminución del consumo, deliberadamente buscaban magnificarlo al más alto grado posible?"

"Eso quiero decir precisamente," replicó Margaret. "La regla de oro del sistema de la ganancia, el gran lema de los capitalistas, era, 'Compra en el Mercado Más Barato, y vende en el Más Caro.'"

"¿Qué quería decir eso?"

"Quería decir que el capitalista debería pagar lo menos posible a los que trabajaban para él o le vendían lo que producían, y por otra parte debería cargar el precio más alto posible por el producto de éstos cuando lo ofreciese en venta al público en general en el mercado."

"Estando ese público en general," observó el maestro, "principalmente compuesto por los trabajadores a quienes él y sus camaradas capitalistas acababan de pagar tan aproximadamente nada como fuese posible por crear el producto que ahora se esperaba que comprasen al más alto precio posible."

"Ciertamente."

"Bien, intentemos comprender la completa sabiduría económica de esta regla en tanto que aplicada a los negocios de la nación. Significa, ¿no es así?, conseguir algo por nada, o por tan aproximadamente nada como puedas. Bien, entonces, si puedes conseguirlo por absolutamente nada, estas llevando la máxima a la perfección. Por ejemplo, si un fabricante pudiese hipnotizar a sus trabajadores de modo que consiguiese que trabajasen para él a cambio de ningún salario en absoluto, estaría realizando el significado completo de la máxima, ¿no?"

"Ciertamente; un fabricante que pudiese hacer eso, y luego poner en el mercado al precio habitual el producto de sus trabajadores a quienes no había pagado, se habría hecho rico en muy poco tiempo."

"Y sería igualmente cierto, supongo, en el caso de un comerciante de grano que fuese capaz de sacar semejante provecho de los granjeros como para obtener su grano a cambio de nada, vendiéndolo después al precio más alto."

"Ciertamente. Se haría millonario inmediatamente."

"Bien, supongamos ahora que el secreto de su proceso hipnotizador se extendiese entre los capitalistas involucrados en la producción y el intercambio, y fuese aplicado por ellos por regla general, de modo que todos fuesen capaces de conseguir trabajadores sin salario, y comprar productos sin pagar nada por ellos, entonces sin duda todos los capitalistas a la vez se harían fabulosamente ricos."

"No, en absoluto."

"¡Dios mío! ¿por qué no?"

"Porque si todo el cuerpo de asalariados no recibiese ningún salario por su trabajo, y los granjeros no recibiesen nada por

su producto, no habría nadie para comprar nada, y el mercado se colapsaría por completo. No habría demanda de ningún artículo excepto lo poco que los propios capitalistas y sus amigos pudiesen consumir. La gente trabajadora se moriría de hambre inmediatamente, y los capitalistas tendrían que hacer su propio trabajo."

"Entonces parece que lo que sería bueno para un capitalista particular, si lo hiciese él solo, sería ruinoso para él y todos los demás si lo hiciesen todos los capitalistas. ¿Por qué era esto?"

"Porque el capitalista particular, esperando hacerse rico pagando insuficientemente a sus empleados, calcularía vender su producto, no al grupo particular de trabajadores a los que había estafado, sino a la comunidad en general, que consistía en los empleados de otros capitalistas que no habían tenido tanto éxito en estafar a sus trabajadores, quienes por consiguiente tendrían algo que comprar. El éxito de su truco dependía de presuponer que sus camaradas capitalistas no tendrían éxito en practicar el mismo truco. Si esa suposición fallaba, y todos los demás capitalistas tenían éxito a la vez al tratar con sus empleados, como todos estaban intentando hacer, el resultado sería parar el sistema industrial al completo en el acto."

"Parece, entonces, que en el sistema de la ganancia tenemos un método económico, cuya regla de funcionamiento, simplemente con que fuese aplicada lo bastante a fondo, llevaría el sistema a una completa paralización, y que todo lo que mantenía el sistema en marcha era la dificultad encontrada para llevar a cabo por completo la regla de funcionamiento."

"Así era precisamente," replicó la chica; "el capitalista individual que se hacía más rápidamente rico era el que tenía más éxito en empobrecer a aquellos cuyo trabajo o producto compraba; pero obviamente tan sólo bastaba que suficientes capitalistas tuviesen éxito en hacerlo así para implicar la

ruina general de los capitalistas y la gente por igual. Para hacer el más astuto regateo con el empleado o productor, para darle lo menos posible a cambio de su trabajo o producto, lo idóneo era que cada capitalista se mantuviese constantemente por delante de él, y aun así era matemáticamente cierto que cada uno de esos astutos regateos tendía a socavar la completa estructura del negocio, y que tan sólo bastaba que suficientes capitalistas tuviesen éxito en hacer suficientes de esos astutos regateos, para hacer caer la estructura."

"Una pregunta más. Los malos efectos de un mal sistema son siempre agravados por la obstinación de los hombres que se aprovechan de él, y así, sin duda, hombres egoístas hicieron que el sistema de la ganancia funcionase peor de lo que pudiera haberlo hecho. Ahora bien, supongamos que todos los capitalistas hubiesen sido hombres justos y no extorsionadores, y hubiesen hecho sus cargos por sus servicios tan pequeños como fuese consistente con ganancias razonables y la auto—protección, ¿habría esta situación implicado una reducción de cargos por ganancia tal que hubiese ayudado enormemente a la gente a consumir sus productos y de este modo promover la producción?"

"No," replicó la chica. "El antagonismo del sistema de la ganancia con la producción eficaz de riqueza surge de causas inherentes al e inseparables del capitalismo privado; y en tanto que el capitalismo privado fue mantenido, esas causas debieron hacer que el sistema de la ganancia fuese inconsistente con cualquier mejora económica de la condición de la gente, incluso si los capitalistas hubiesen sido ángeles. La raíz del mal no era moral, sino estrictamente económica."

"¿Pero el porcentaje de ganancias no se habría reducido mucho en el caso supuesto?"

"En algunos casos temporalmente sin duda, pero no en general, y en ningún caso permanentemente. Es dudoso si las ganancias, en conjunto, eran más altas de lo que tendrían

que ser para animar a los capitalistas a encargarse de la producción y el comercio."

"Dinos por qué las ganancias tenían que ser tan grandes para este propósito."

"Las ganancias legítimas bajo el capitalismo privado," replicó la chica, Margaret—"esto es, unas ganancias tales como las que los hombres que intervenían en la producción o el comercio debían calcular para la auto—protección, no importa cuán bien dispuestos estuviesen hacia el público—constaban de tres elementos, provenientes todos de condiciones inseparables del capitalismo privado, ninguno de los cuales existe ya. Primero, el capitalista debe calcular al menos un retorno del capital que tiene que invertir en la empresa tal como el que podría obtener prestándolo en buena garantía—es decir, el porcentaje de interés al uso. Si no estuviese seguro de eso, preferiría prestar su capital. Pero eso no era suficiente. Al entrar en el negocio, arriesgaba la total pérdida de su capital, al contrario de si lo prestase en buena garantía. Por consiguiente, además del porcentaje de interés al uso sobre el capital, sus ganancias debían cubrir el coste de los seguros sobre el capital arriesgado—esto es, debería haber una perspectiva de ganancias suficientemente grandes en caso de éxito de la empresa para cubrir el riesgo de pérdida de capital en caso de fracaso. Si las posibilidades de fracaso, por ejemplo, fuesen el cincuenta por ciento, debía calcular sobre más del cien por cien de ganancia en caso de éxito. De hecho, las posibilidades de fracaso en los negocios y de pérdida de capital en aquellos días eran a menudo mucho más del cincuenta por ciento. Los negocios eran de hecho poco más que un riesgo especulativo, una lotería en la que las papeletas en blanco excedían enormemente en número a las que tenían premio. Los premios para tentar la inversión debían por consiguiente ser grandes. Además, si un capitalista fuese personalmente a hacerse cargo del negocio en el que invertía su capital, habría esperado

razonablemente adecuados salarios de compensación por superintendencia, en otras palabras, por su habilidad y juicio al gobernar la empresa a través de las aguas tormentosas del mar de los negocios, comparado con el cual, como era en aquella época, el Atlántico Norte en pleno invierno es un apacible estanque. Por este servicio él consideraría justificado añadir un gran suplemento al margen de ganancia cargado."

"Entonces tu conclusión, Margaret, es que, incluso si estuviese dispuesto a ser justo con la comunidad, un capitalista de aquellos días no habría sido capaz de reducir sin peligro su porcentaje de ganancias lo suficiente como para traer a la gente a un punto mucho más cercano de ser capaces de consumir sus productos, del punto que eran capaces en realidad."

"Precisamente. La raíz del mal yace en las tremendas dificultades, complejidades, equivocaciones, riesgos, y despilfarros que el capitalismo privado asociaba al proceso de producción y distribución, que bajo el capitalismo público se ha hecho tan absolutamente simple, expeditivo, y seguro."

"Entonces parece que no es necesario considerar que nuestros antepasados capitalistas eran monstruos, para explicar el trágico resultado de sus métodos económicos."

"De ningún modo. Los capitalistas eran sin duda buenos y malos, como otra gente, pero probablemente aguantaron en pie como podrían haberlo hecho cualesquiera otras personas contra las depravadoras influencias de un sistema que en cincuenta años habría convertido el mismísimo cielo en un infierno."

Marion explica el exceso de producción

"Con eso basta, Margaret," dijo el maestro. "A continuación te preguntaremos a ti, Marion, para que nos ayudes a elucidar más el asunto. Si el sistema de la ganancia funcionaba conforme a la descripción que hemos escuchado, estaremos preparados para aprender que la situación económica estaba marcada por la existencia de grandes acopios de artículos consumibles en manos de los tomadores de ganancia, quienes se alegrarían de venderlos, y, por otro lado, por una gran población compuesta de los primeros productores de artículos, quienes estaban en una aguda necesidad de artículos, pero que no podían comprarlos. ¿Cómo concuerda esta teoría con los hechos establecidos en las narraciones históricas?"

"Tan bien," replicó Marion, "que una casi podría pensar que has estado leyéndolas." A lo cual la clase sonrió, y yo también.

"Describe, sin innecesaria infusión de humor—porque el asunto no era humorístico para nuestros antepasados—el estado de cosas al cual te refieres. ¿Reconocían nuestros bisabuelos en este exceso de artículos respecto a compradores, una causa de perturbación económica?"

"La reconocían como la gran y constante causa de tal perturbación. La perpetua carga de sus quejas eran los tiempos faltos de animación, el comercio estancado, el exceso de productos. Ocasionalmente tenían breves períodos de los que llamaban buenos tiempos, resultantes de una venta un poco más animada, pero en el mejor de los que llamaban buenos tiempos la condición de la masa de la gente era lo que llamaríamos abyectamente mísera."

"¿Cuál era el término mediante el cual describían más comunmente la presencia en el mercado de más productos que los que podían vender?"

"Exceso de producción."

"¿Con esta expresión se quería decir que había de hecho más comida, ropa, y otros artículos producidos, que los que la gente podía usar?"

"No, en absoluto. La masa de la gente estaba en gran necesidad siempre, y en más amarga necesidad que nunca precisamente en los tiempos en que la máquina de los negocios estaba atascada por lo que llamaban exceso de producción. La gente, si hubiesen podido tener acceso en cualquier momento a los artículos producidos en exceso, los habría consumido en un momento, y a gritos habría pedido más. El problema era, como se ha dicho, que las ganancias cargadas por los capitalistas fabricantes y comerciantes los habían puesto fuera de la capacidad de los primeros productores para poderlos comprar con el precio que habían recibido por su trabajo o sus productos."

"¿Con qué solían comparar nuestros historiadores la condición de la comunidad bajo el sistema de la ganancia?"

"A la de una víctima de la enfermedad de la dispepsia crónica tan prevalente entre nuestros antepasados."

"Desarrolla el paralelismo, por favor."

"En la dispepsia, el paciente sufre de incapacidad para asimilar la comida. Con abundancia de bocados exquisitos a mano se agota por no poder absorber el alimento. Aunque incapaz de comer lo suficiente para dar soporte a la vida, sufría constantemente los achaques de la indigestión de un estómago sobrecargado. Ahora bien, la condición económica de una comunidad bajo el sistema de la ganancia ofrecía una impactante analogía con los apuros de un dispéptico. Las masas de gente estaban siempre en amarga necesidad de

todas las cosas, y su industria era abundantemente capaz de abastecerles en todas sus necesidades, pero el sistema de la ganancia no les permitiría consumir ni siquiera lo que producían, mucho menos producir lo que podían. Tan pronto como mínimamente satisfacían su apetito, se apoderaban del sistema comercial los achaques de la indigestión aguda y todos los síntomas de un sistema sobrecargado, que nada salvo una situación de hambruna podría aliviar, tras lo cual la experiencia se repetiría con el mismo resultado, y así sucesivamente.

"¿Puedes explicar por qué se aplicaba un nombre tan extraordinariamente inapropiado como exceso de producción a una situación que sería descrita mejor como hambruna; por qué se decía que resultaba del exceso cuando era obviamente consecuencia de la abstinencia forzada? Seguramente, la equivocación era equivalente a diagnosticar un caso de inanición como caso de glotonería."

"Era porque los economistas y las clases ilustradas, que eran las únicas que tenían voz, contemplaban la cuestión económica completamente desde el lado de los capitalistas e ignoraban el interés de la gente. Desde el punto de vista del capitalista era un caso de exceso de producción cuando había cargado tales ganancias sobre los productos, que los llevaba más allá del poder de compra de la gente, y así los llamaba el economista al escribir en su interés. Desde el punto de vista del capitalista, y consecuentemente del economista, la única cuestión era la condición del mercado, no de la gente. No les importaba si la gente estaba hambrienta o saciada; la única cuestión era la condición del mercado. Su máxima, que la demanda gobernase el abastecimiento, y que el abastecimiento coincidiese con la demanda, no se refería de ningún modo a la demanda que representaba la necesidad humana, sino completamente a una cosa artificial llamada mercado, en sí mismo un producto del sistema de la ganancia."

"¿Qué era el mercado?"

"El mercado eran los que tenían dinero para comprar. Los que no tenían dinero eran inexistentes en lo que al mercado concernía, y como en proporción la gente tenía poco dinero, era una parte pequeña del mercado. Las necesidades del mercado eran las necesidades de los que tenían dinero con el que abastecer sus necesidades. El resto, que tenía necesidades en abundancia, pero no dinero, no contaba, aunque eran como ciento a uno de los que tenían dinero. El mercado estaba abastecido cuando aquellos que podían comprar tenían bastante, aunque la mayoría de la gente tuviese poco y muchos no tuviesen nada. El mercado estaba saturado cuando los adinerados estaban satisfechos, aunque muchedumbres hambrientas y desnudas pudiesen amotinarse en las calles."

"¿Sería posible hoy en día una cosa tal como la existencia al mismo tiempo de almacenes llenos y gente hambrienta y desnuda?"

"Por supuesto que no. Hasta que todos y cada uno estén satisfechos no puede haber una cosa tal como el exceso de producción. Nuestro sistema está ordenado de tal modo que no puede haber demasiado poco en ninguna parte en tanto haya demasiada cantidad en cualquier parte. Pero el viejo sistema no tenía circulación sanguínea."

"¿Qué nombre daban nuestros antepasados a las diversas perturbaciones económicas que adscribían al exceso de producción?"

"Las llamaban crisis económicas. Es decir, había un estado crónico de exceso que pudiera ser llamado una crisis crónica, pero de vez en cuando los atrasos resultantes de la constante discrepancia entre consumo y producción se acumulaban hasta tal punto que casi bloqueaban el negocio. Cuando esto ocurría lo llamaban, para distinguirlo del exceso crónico, crisis o pánico, a cuenta del terror ciego que causaba."

"¿A qué causa adscribían las crisis?"

"A casi todo excepto a la razón perfectamente obvia. Parece que se dedicó al asunto una extensa literatura. Hay estanterías llenas de ella en el museo, en las que he tratado de entrar, o al menos examinar por encima, en conexión con este estudio. Si los libros no fuesen tan faltos de animación en su estilo, serían muy divertidos simplemente a cuenta de la extraordinaria ingenuidad que exhibían los escritores al evitar la natural y obvia explicación de los hechos que discutían. Incluso acudían a la astronomía."

"¿Qué quieres decir?"

"Supongo que la clase pensará que estoy contando una novela, pero es un hecho que una de las teorías más famosas mediante las cuales nuestros antepasados explicaban los periódicos colapsos de los negocios resultantes del sistema de la ganancia era la llamada 'teoría de las manchas solares.' Durante la primera mitad del siglo diecinueve hubo varias crisis separadas a intervalos de diez u once años. Ahora bien, resultaba que las manchas solares estaban en su máximo cada diez años, y cierto eminente economista inglés llegó a la conclusión de que esas manchas solares causaban los pánicos. Más adelante, parece que su teoría se halló insatisfactoria, y dio lugar a la explicación de la falta—de—confianza."

"¿Y qué era eso?"

"No puedo descifrarlo exactamente, pero parecía razonable suponer que se debía de haber desarrollado una considerable falta de confianza en un sistema económico que producía semejantes resultados."

"Marion, me temo que no aportas un espíritu de simpatía al estudio de los modos de nuestros antepasados, y sin simpatía no podemos comprender a los otros."

"Me temo que ellos son un poco demasiado otros, para que yo los entienda."

Hubo risillas disimuladas en la clase, y a Marion se le permitió sentarse.

John habla sobre la competencia

"Ahora, John," dijo el maestro, "te haremos unas preguntas. Hemos visto mediante qué proceso se producía un exceso crónico de productos en el mercado, como resultado de la operación del sistema de la ganancia que ponía los productos fuera del alcance del poder de compra de la gente en general. Ahora bien, ¿qué notable característica y rasgo principal del sistema de negocio de nuestros antepasados resultaba del exceso producido de este modo?"

"¿Supongo que se refiere usted a la competencia?" dijo el chico.

"Sí. ¿Qué era la competencia y qué la causaba, refiriéndonos especialmente a la competencia entre capitalistas?"

"Resultaba, como usted sugiere, del insuficiente poder de consumo del público en general, que a su vez resultaba del sistema de la ganancia. Si los asalariados y productores de primera mano hubieran recibido poder de compra suficiente para que pudiesen recoger su proporción numérica del producto total ofrecido en el mercado, éste se habría quedado sin artículos sin ningún esfuerzo por parte de los vendedores, porque los compradores habrían ido en pos de los vendedores y habrían sido suficientes para comprarlo todo. Pero habiendo dejado el poder de compra de las masas, a causa a las ganancias cargadas sobre sus productos, completamente inadecuado para sacar esos productos del mercado, acto seguido vino una gran lucha entre los capitalistas ocupados en la producción y distribución para desviar lo más posible las demasiado escasas compras, cada uno en su propia dirección. Las compras totales no podían desde luego incrementarse un dólar sin relativamente, o absolutamente, incrementar el poder de compra en manos de

la gente, pero era posible mediante un esfuerzo alterar las direcciones particulares en las cuales se gastaría, y este era el único objetivo y efecto de la competencia. Nuestros antepasados pensaban que era una cosa excelente y maravillosa. La llamaban la vida del comercio, pero, como hemos visto, era meramente un síntoma del efecto del sistema de la ganancia para inhabilitar el consumo."

"¿Cuáles eran los métodos que usaban los capitalistas ocupados en la producción y el intercambio para atraer el comercio, como solían decir?"

"Primero estaba la petición directa a los compradores y un desvergonzado alardeo de las mercancías de cada uno por sí mismo y por los portavoces que contrataban, emparejado a un menosprecio sin límites de los vendedores rivales y las mercancías que éstos ofrecían. La tergiversación sin escrúpulos ni límites era tan universalmente la regla en los negocios que incluso cuando aquí y allí un comerciante decía la verdad nadie le daba crédito. La historia indica que mentir ha sido siempre más o menos común, pero quedó para el sistema competitivo, tal como se desarrolló por completo en el siglo diecinueve, hacerlo el medio de subsistencia del mundo entero. De acuerdo con nuestros antepasados—y ellos debían ciertamente saberlo—el único lubricante que se adaptaba a la maquinaria del sistema de la ganancia era la falsedad, y la demanda de ella era ilimitada."

"Y todo este océano de mentiras, dices, no incrementó y no podía incrementar el total de artículos consumidos por lo que vale un dólar."

"Desde luego que no. Nada, como he dicho, podía incrementarlo salvo un incremento en el poder de compra de la gente. El sistema de petición o publicidad, como era llamado, lejos de incrementar las ventas totales, tendía poderosamente a reducirlas."

"¿Por qué era así?"

"Porque era prodigiosamente caro y el gasto tenía que añadirse al precio de los artículos y ser pagado por el consumidor, quien por consiguiente podía comprar justo tanto menos que si se le hubiese dejado en paz y el precio de los artículos hubiese sido reducido mediante el ahorro en publicidad."

"Dices que el único modo mediante el cual el consumo podía haberse incrementado era incrementando el poder de compra en manos de la gente, en relación a los artículos que se podían comprar. Ahora bien, nuestros antepasados afirmaban que esto era justo lo que hacía el sistema competitivo. Afirmaban que era un potente medio de reducir los precios y recortar el porcentaje de ganancias, incrementando por ello relativamente el poder de compra de las masas. ¿Estaba esta afirmación bien fundamentada?"

"La rivalidad de los capitalistas entre ellos," replicó el muchacho, "para tentar a la clientela de compradores ciertamente les incitaba a vender más barato que los demás mediante reducciones nominales de los precios, pero raras veces esas reducciones nominales, aunque a menudo eran grandes en apariencia, representaban a largo plazo un beneficio económico para la gente en general, porque generalmente eran efectuadas por medios que anulaban su valor en la práctica."

"Aclara eso, por favor."

"Bien, naturalmente, el capitalista preferiría reducir los precios de sus artículos de tal modo, si fuese posible, que no se redujesen sus ganancias, y eso sería lo que estudiaría. Eran numerosos los artificios que empleaba para este fin. El primero era el de la reducción de la calidad y valor real de los artículos sobre los que el precio estaba nominalmente rebajado. Esto se hacía mediante la adulteración y el trabajo chapucero, y la práctica se extendía en el siglo diecinueve a cada rama de la industria y el comercio y afectaba a casi

todos los artículos del consumo humano. Llegó hasta un punto, como los libros de historia nos cuentan, que nadie podía confiar nunca en que nada de lo que comprase fuese lo que parecía o representaba. La completa atmósfera del comercio era mefítica con chicanería. Se convirtió en política de los capitalistas ocupados en las líneas más importantes de fabricación, el producir artículos expresamente fabricados con vistas a ser usados tan poco tiempo como fuese posible, para necesitar su más veloz renovación. Enseñaron a sus mismísimas máquinas a ser deshonestas, y corrompieron el acero y el latón. Incluso la gente cegata de aquella época reconocía la vanidad de las pretendidas reducciones en precio, mediante el calificativo de 'barato y malo', con el cual caracterizaban a los artículos abaratados. Toda esta clase de reducciones, está claro, costaba al consumidor dos dólares por cada uno que se decía que le ahorraba. Como singular ilustración del carácter absolutamente engañoso de las reducciones de precio bajo el sistema de la ganancia, se puede recordar que hacia el final del siglo diecinueve en América, tras casi mágicas invenciones para reducir el coste de la fabricación de zapatos, era común decir que aunque el precio de los zapatos era considerablemente menor que cincuenta años atrás, cuando se hacían a mano, aun así los baratos eran de una calidad tan pésima que en realidad resultaban tan caros como los hechos a mano."

"¿Eran la adulteración y el trabajo chapucero los únicos artificios mediante los cuales se efectuaban las falsas reducciones de precio?"

"Había otros dos modos. El primero era donde el capitalista salvaba su ganancia mientras reducía el precio de los artículos sacando la reducción de los salarios que había pagado a sus empleados. Este era el método mediante el cual las reducciones en precio eran efectuadas por regla general. Desde luego, el proceso lesionaba el poder de compra de la comunidad en la cuantía de los salarios rebajados. Por este medio, el grupo particular de capitalistas que bajaba los

salarios podía acelerar su venta durante un tiempo, hasta que otros capitalistas recortasen los salarios igualmente. Al final, esto no ayudaba a nadie, ni siquiera a los capitalistas. Entonces estaba el tercero de los tres tipos principales de reducciones en precio que puede ser adscrito al sistema competitivo—a saber, el que se hacía a cuenta de la maquinaria que ahorraba trabajo u otros inventos que capacitaban a los capitalistas para despedir a sus trabajadores. La reducción en el precio de los artículos se basaba en este caso, como en el anterior, en la cuantía reducida de salarios pagados, y consecuentemente significaba una reducción en el poder de compra por parte de la comunidad, que, en su efecto total, habitualmente anulaba la ventaja del precio reducido, y a menudo más que lo anulaba."

"Has mostrado," dijo el maestro, "que la mayoría de las reducciones de precio efectuadas por el sistema competitivo eran reducciones a expensas de los productores originales o los consumidores finales, y no reducciones en las ganancias. ¿Quieres decir que la competencia entre los capitalistas por el comercio nunca operaba para reducir las ganancias?"

"Indudablemente operó así en países donde, por el mucho tiempo que llevaba operando el sistema de la ganancia, se había acumulado un excedente de capital como para competir bajo gran presión para la inversión; pero bajo tales circunstancias las reducciones en precios, aunque pudieran provenir del sacrificio de ganancias, habitualmente llegaban demasiado tarde para incrementar el consumo de la gente."

"¿Cómo demasiado tarde?"

"Porque el capitalista naturalmente se había refrenado de sacrificar sus ganancias para reducir los precios en tanto que podía sacar el coste de la reducción de los salarios de sus trabajadores o de los productores de primera mano. Es decir, únicamente cuando las masas trabajadoras hubiesen sido reducidas casi al punto mínimo de subsistencia, el capitalista decidiría sacrificar una porción de sus ganancias. A esas

alturas, sería demasiado tarde para que la gente sacase provecho de la reducción. Cuando una población había alcanzado ese punto, no le quedaba poder de compra que estimular. Nada aparte de entregar los artículos gratis podría ayudarla. En consecuencia, observamos que en el siglo diecinueve siempre era en los países donde las poblaciones eran más desesperadamente pobres donde los precios eran los más bajos. En este sentido era una mala señal para la condición económica de una comunidad cuando los capitalistas veían necesario hacer un sacrificio real de las ganancias, porque era una clara indicación de que las masas trabajadoras habían sido exprimidas hasta que ya no se las podía exprimir más."

"Entonces, en su conjunto, la competencia no era un paliativo del sistema de la ganancia?"

"Creo que ha sido hecho ostensible que era un penoso agravamiento de él. La desesperada rivalidad de los capitalistas por una porción del escaso mercado que su propia obtención de ganancias había empobrecido los condujo a la práctica del engaño y la brutalidad, e impuso una dureza de corazón de la que estamos obligados a creer que los seres humanos no habrían sido culpables bajo una menor presión."

"¿Cuál era el efecto económico general de la competencia?"

"Operaba en todos los campos de la industria, y a largo plazo para todas las clases, los capitalistas y los no capitalistas, como algo que tiraba continuamente hacia abajo de un modo tan irresistible y universal como la gravitación. Los que primero lo sentían eran los que tenían el menor capital, los asalariados quienes casi no tenían ninguno, y los granjeros propietarios quienes, teniendo casi nada, estaban bajo casi la misma presión para encontrar a costa de cualquier sacrificio un mercado presto para su producto, como lo estaban los asalariados para encontrar presto compradores para su trabajo. Estas clases eran las primeras víctimas de la

competencia para vender en los mercados con exceso de cosas y de hombres. A continuación venía el turno de los pequeños capitalistas, hasta que finalmente sólo quedaban los grandes, y estos veían necesario para su supervivencia protegerse contra el proceso de masacre competitiva mediante la consolidación de sus intereses. Uno de los signos de los tiempos en el período precedente a la Revolución fue esta tendencia entre los grandes capitalistas para buscar refugio de los esfuerzos destructivos de la competencia mancomunando sus empresas en grandes consorcios y coaliciones de empresas."

"Supongamos que la Revolución no hubiese llegado a interrumpir ese proceso, ¿un sistema bajo el cual el capital y el control de todos los negocios hubiese sido consolidado en unas pocas manos, habría sido peor para el interés público que el efecto de la competencia?"

"Un sistema consolidado semejante, habría sido, desde luego, un despotismo intolerable, cuyo yugo, una vez asumido, la humanidad nunca habría sido capaz de romper. A ese respecto el capitalismo privado bajo una plutocracia consolidada, tal como la que era inminente en la época de la Revolución, habría sido una amenaza peor para el futuro del mundo que el sistema competitivo; pero en cuanto a la inmediata relevancia de los dos sistemas sobre el bienestar de la humanidad, el capital privado en su forma consolidada pudiera haber tenido algunos puntos de ventaja. Siendo una autocracia, al menos habría dado alguna oportunidad a un déspota benevolente para ser mejor que el sistema y para mejorar un poco las condiciones de la gente, y eso era algo que el sistema competitivo no permitía que hiciesen los capitalistas."

"¿Qué quieres decir?"

"Quiero decir que bajo el sistema competitivo no había juego libre de ninguna clase al que los mejores sentimientos del capitalista diesen ocasión, incluso si los tuviese. Él no podía

ser mejor que el sistema. Si trataba de serlo, el sistema lo aplastaría. Tenía que seguir el paso marcado por sus competidores o fracasar en los negocios. No importa cual fuera la bribonería o crueldad que sus rivales pudiesen idear, él debía imitarla o retirarse de la lucha. El más malvado, el más mezquino, y el más canalla de los competidores, el que más machacase a sus empleados, el que adulterase sus artículos del modo más vergonzoso, y mintiese acerca de ellos con más habilidad, marcaba el paso para todos los demás."

"Evidentemente, John, si hubieses vivido en la primera parte de la agitación revolucionaria habrías gozado de escasa simpatía entre aquellos primeros reformadores cuyo temor era el miedo a que los grandes monopolios acabasen con el sistema competitivo."

"No puedo decir si habría sido más sabio que mis contemporáneos en ese caso," replicó el chico, "pero creo que mi gratitud hacia los monopolistas por destruir el sistema competitivo sólo habría sido igualado por mis ansias de destruir a los monopolistas para abrir el camino al capitalismo público."

Robert habla del exceso de hombres

"Ahora bien, Robert," dijo el maestro, "John nos ha contado cómo el exceso de productos resultante del sistema de la ganancia causaba una competencia entre los capitalistas para vender los artículos y cuáles eran sus consecuencias. Había, sin embargo, otra clase de exceso, además de la de artículos, que resultaba del sistema de la ganancia. ¿Cuál era?"

"Un exceso de hombres," replicó el chico, Robert. "La falta de poder de compra por parte de la gente, fuese por falta de empleo o salarios bajos, significaba menos demanda de productos, y eso significaba menos trabajo para los productores. Los almacenes saturados significaban fábricas cerradas y poblaciones ociosas de trabajadores que no podían conseguir trabajo—es decir, el exceso en el mercado de artículos causaba un correspondiente exceso en el mercado de trabajo o de hombres. Y mientras el exceso en el mercado de artículos estimulaba la competencia entre capitalistas para vender sus artículos, así del mismo modo el exceso en el mercado de trabajo estimulaba una igualmente desesperada competencia entre los trabajadores para vender su trabajo. Los capitalistas que no podían encontrar compradores para sus artículos perdían su dinero de hecho, pero los que no tenían nada que vender sino su fuerza y habilidad, y no podían encontrar nada que comprar, debían perecer. Los capitalistas, a menos que sus artículos fuesen perecederos, podían esperar al mercado, pero los trabajadores debían encontrar inmediatamente un comprador para su trabajo o morir. Y respecto a esta incapacidad para esperar al mercado, al granjero, aunque técnicamente era un capitalista, no le iba mucho mejor que al asalariado, siendo, a cuenta de la pequeñez de su capital, casi tan incapaz de

aplazar su producto como el trabajador su trabajo. La necesidad apremiante del trabajador para vender su trabajo inmediatamente bajo cualesquiera términos y del pequeño capitalista para despachar su producto era el medio mediante el cual los grandes capitalistas eran capaces de forzar continuamente hacia abajo la tarifa de los salarios y los precios pagados por el producto de los primeros productores."

"¿Y este exceso de hombres existía sólo entre los asalariados y los pequeños productores?"

"Al contrario, cada oficio, cada ocupación, cada arte, y cada profesión, incluyendo las más ilustradas, estaba superpoblada igualmente, y los que estaban en las filas de cada una contemplaban cada nuevo reclutamiento con ojos celosos, viendo en él un nuevo rival en la lucha por la vida, haciéndola mucho más difícil de lo que había sido antes. Parecería que en aquella época ningún hombre podría haber sentido ninguna satisfacción en su trabajo, no importa cuán abnegado y árduo, porque siempre debió de haber estado asustado por el sentimiento de que habría sido más benevolente haberse hecho a un lado y dejar a otro hacer el trabajo y tomar la paga, viendo que no había trabajo y paga para todos."

"Dinos, Robert, ¿no reconocían nuestros antepasados los hechos de la situación que has descrito? ¿No veían que este exceso de hombres indicaba que algo no iba bien en el ordenamiento social?"

"Ciertamente. Manifestaban estar muy desasosegados por ello. Se dedicó mucha literatura a discutir por qué no había suficiente trabajo en un mundo en el cual evidentemente se necesitaba hacer tanto trabajo como indicaba su pobreza general. El Congreso y las Legislaturas formaban constantemente comisiones de hombres ilustrados para investigar e informar sobre el asunto."

"Y estos hombres ilustrados lo adscribían a su causa obvia como el efecto inevitable del sistema de la ganancia para

mantener e incrementar constantemente la brecha entre el poder consumidor y productivo de la comunidad?"

"¡Dios mío, no! Haber criticado el sistema de la ganancia habría sido absolutamente una blasfemia. Los hombres ilustrados lo llamaban problema—el problema del desempleo—y desistieron de él como de un rompecabezas. Un modo predilecto que tenían nuestros antepasados para eludir cuestiones que no podían resolver sin atacar intereses creados era llamarlas problemas y desistir de ellos como irresolubles misterios de la Divina Providencia."

"Había un filósofo, Robert—un inglés—que fue al fondo de esta dificultad del exceso de hombres resultante del sistema de la ganancia. Él estableció que sólo era posible evitar la saturación, a condición de que el sistema de la ganancia fuese mantenido. ¿Recuerdas su nombre?"

"Se refiere usted a Malthus, supongo."

"Sí. ¿Cuál era su plan?"

"Él aconsejó a los pobres, como único medio de evitar su inanición, no nacer—esto es, quiero decir que él recomendó a los pobres no tener hijos. Este individuo, como dice usted, era el único del lote que fue a la raíz del sistema de la ganancia, y vio que no había sitio para éste y la humanidad sobre la tierra. Considerando el sistema de la ganancia como una necesidad ordenada por Dios, no podía haber duda en su mente de que era la humanidad la que debía, dadas las circunstancias, salir de la tierra. La gente llamaba a Malthus filósofo con sangre fría. Quizá lo era, pero ciertamente era únicamente mera humanidad el que, en tanto que el sistema de la ganancia perdurase, debiera ondear una bandera roja sobre el planeta, avisando a las almas de no aterrizar salvo bajo su propio riesgo."

Emily muestra la necesidad de tubos de desagüe

"Estoy totalmente de acuerdo contigo, Robert," dijo el maestro, "Y ahora, Emily, te pediremos que nos tomes a tu cargo según vamos un poco más allá en este interesante, si no muy edificante, tema. El sistema económico de producción y distribución mediante el cual vive una nación puede ser adecuadamente comparado con una cisterna que tiene un tubo de llenado, que representa la producción, por el cual entra el agua en la cisterna; y un tubo de vaciado, que representa el consumo, mediante el cual sale el producto. Cuando la cisterna está construída científicamente, el tubo de llenado y el de vaciado se corresponden en capacidad, para que el agua pueda ser drenada tan rápido como sea el suministro, y no haya agua que se desperdicie por desbordamiento. Bajo el sistema de la ganancia, de nuestros antepasados, sin embargo, la disposición era diferente. En vez de corresponder en capacidad con el tubo de llenado que representa la producción, la salida que representa el consumo estaba cerrada a la mitad o a los dos tercios por las compuertas de las ganancias, así que no era capaz de llevarse más que, digamos, la mitad o una tercera parte de lo que se suministraba a la cisterna a través del tubo de llenado de la producción. Ahora bien, Emily, ¿cuál sería el efecto natural de semejante falta de correspondencia entre la entrada y la salida de la cisterna?"

"Obviamente," replicó la chica que respondió al nombre de Emily, "el efecto sería el de saturar la cisterna, y obligar a los surtidores a reducir la velocidad de bombeo en la cisterna hasta la mitad o un tercio de su capacidad—a saber, hasta la capacidad del tubo de salida."

"Pero," dijo el maestro, "supón que en el caso de la cisterna usada por nuestros antepasados el efecto de reducir la

velocidad de bombeo de la producción fuera disminuir todavía más la capacidad del tubo de salida del consumo, ya demasiado pequeño, privando a las masas de trabajadores de incluso el pequeño poder de compra que tenían anteriormente en forma de salarios por el trabajo o precios por lo producido."

"Vaya, en tal caso," replicó la chica, "es evidente que ya que disminuir la velocidad de producción sólo contendría, en vez de acelerar, el alivio por el consumo, no habría modo de evitar una parada completa del servicio excepto aliviando la presión en la cisterna abriendo los tubos de desagüe."

"Precisamente. Bien, ahora, estamos en posición de apreciar el papel tan necesario que jugaban los tubos de desagüe en el sistema económico de nuestros antepasados. Hemos visto que bajo ese sistema la mayoría de la gente vendía su trabajo o producto a los capitalistas, pero no eran capaces de volver a comprar y consumir salvo una pequeña parte del resultado de ese trabajo o producto que estaba en el mercado, permaneciendo el resto en manos de los capitalistas como ganancias. Ahora bien, siendo los capitalistas un grupo pequeño numéricamente, podrían consumir según sus necesidades solamente una parte insignificante de esas ganancias acumuladas, y aun así, si no se libraban de ellos de alguna forma, la producción se detendría, porque los capitalistas controlaban absolutamente la iniciativa en la producción, y no tendrían ningún motivo para incrementar las acumulaciones que no pudiesen despachar. En proporción, además, mientras los capitalistas aflojarían la producción al no rendirles más ganancias, la masa de la gente, no siendo contratados por los capitalistas, o no comprando éstos los productos de aquella para volverlos a vender, perdería cualquier pequeño poder de consumo que tuviese anteriormente, y todavía una mayor acumulación de productos quedaría en manos de los capitalistas. La cuestión es entonces: ¿cómo despachaban los capitalistas, tras consumir todo lo que podían de sus

ganancias en función de sus propias necesidades, el excedente, para hacer sitio a más producción?"

"Desde luego," dijo la chica, Emily, "si el excedente de productos tuviese que gastarse para aliviar el exceso, el primer punto sería que deberían gastarse de tal modo que no hubiese retorno de ellos. Deberían ser absolutamente despilfarrados—como agua vertida en el mar. Esto se lograba mediante el uso del exceso de productos en el sustento de grupos de trabajadores empleados en clases de trabajo improductivo. Este despilfarro de trabajo era de dos clases—la primera era la empleada en despilfarro industrial y competición comercial; la segunda era la empleada en los medios y servicios del lujo."

"Háblanos del despilfarro de trabajo en la competición."

"Este ocurría al emprender iniciativas industriales y comerciales que no estaban requeridas por ningún incremento en el consumo, siendo su objetivo meramente el desplazamiento de las empresas de un capitalista por las de otro."

"¿Y era esta una causa muy importante del despilfarro?"

"Su magnitud podía inferirse diciendo que era habitual en aquella época que el noventa y cinco por ciento de las empresas industriales y comerciales fracasasen, lo que meramente significaba que en esta proporción de casos los capitalistas despilfarraban sus inversiones tratando de cubrir una demanda que o bien no existía o ya estaba suplida. Si estas estimaciones fuesen incluso una remota sugerencia de la verdad, servirían para dar una idea de las enormes cuantías de ganancias acumuladas que eran absolutamente despilfarradas en gastos competitivos. Y debe recordarse también que cuando un capitalista tenía éxito en desplazar a otro y conseguir su negocio, el despilfarro total de capital era tan grande como si hubiese fracasado, sólo que en este caso era el capital del inversor anterior lo que era destruído

en vez del capital del recién llegado. En todo país que hubiese alcanzado algún grado de desarrollo económico, en cada línea había muchas más empresas que negocio, y muchas veces ya se había invertido todo el capital para el que podía haber retorno. El único modo en el que nuevo capital podía entrar en el negocio era forzando la salida y la destrucción de capital ya invertido. La suma de ganancias siempre ascendente que buscaban su parte de un mercado al que se le impedía crecer por el efecto de esas mismas ganancias, creaba una presión de competición entre los capitalistas la cual, por todas las versiones que nos han llegado, debió de haber sido como una conflagración en sus efectos consumidores del capital.

"Ahora dínos algo acerca del otro gran despilfarro de ganancias por el cual la presión en la cisterna era suficientemente aliviada como para permitir que la producción continuase—es decir, el gasto de las ganancias por el empleo de trabajo al servicio del lujo. ¿Qué era el lujo?"

"El término lujo, en referencia al estado de la sociedad antes de la Revolución, significaba el gasto abundante de riqueza por los ricos para gratificar una sensualidad refinada, mientras las masas de la gente estaban sufriendo carencia en sus necesidades primarias."

"¿Cuáles eran algunos de los modos de gasto lujoso que se permitían los capitalistas?"

"Su variedad era ilimitada, como, por ejemplo, la construcción de costosos palacios para residencia y su decoración en estilo regio, el mantener grandes séquitos de sirvientes, costosas provisiones para la mesa, ricas carrozas, barcos de placer, y toda clase de gasto sin límite en finos vestidos y piedras preciosas. El ingenio se agotaba inventando modos mediante los cuales el rico pudiese despilfarrar la abundancia a causa de la cual la gente estaba muriendo. Un vasto ejército de trabajadores estaban constantemente ocupados

en fabricar una infinita variedad de artículos y accesorios de elegancia y ostentación que escarnecían las insatisfechas necesidades primarias de aquellos que trabajaban duramente para producirlas.

"¿Qué tienes que decir sobre el aspecto moral de este gasto en lujos?"

"Si toda la comunidad hubiese llegado a ese estado de prosperidad económica que posibilitaría que todos por igual disfrutasen de los lujos a partes iguales," replicó la chica, "la complacencia en ellos habría sido meramente una cuestión de gusto. Pero este despilfarro de riqueza por los ricos en presencia de una vasta población que sufría una carencia de los mínimos necesarios para la vida era un ejemplo de inhumanidad que parecería increíble de gente civilizada si los hechos no estuviesen tan bien comprobados. Imaginemos una compañía de personas sentadas disfrutando de un banquete, mientras en el suelo y en todos los rincones del salón del banquete hubiese grupos de sus semejantes muriendo de privaciones y siguiendo con ojos hambrientos cada bocado que los comensales se llevasen a la boca. Y aun así, esto precisamente describe el modo en el cual los ricos gastaban sus ganancias en las grandes ciudades de América, Francia, Inglaterra, y Alemania antes de la Revolución, siendo la única diferencia que los necesitados y hambrientos, en vez de estar en el mismo salón del banquete, estaban fuera, justo en la calle."

"Los apologistas del gasto en lujos de los capitalistas, ¿no alegaban que éstos daban empleo de ese modo a muchos que de otro modo habrían carecido de él?"

"¿Y por qué habrían carecido de empleo? ¿Por qué la gente se alegraba de encontrar empleo atendiendo los placeres lujosos y satisfacciones de los capitalistas, vendiéndose a los más frívolos y degradantes usos? Era sencillamente porque la obtención de ganancias que esos mismos capitalistas llevaban a cabo, reduciendo el poder de consumo de la gente

a una fracción de su poder productivo, había limitado correspondientemente el campo del empleo productivo, en el cual bajo un sistema racional siempre habría habido trabajo para cada persona hasta que todas las necesidades fuesen satisfechas, precisamente como lo hay hoy. Disculpando su gasto lujoso en base a lo que usted ha mencionado, los capitalistas utilizaban los resultados de un mal como alegaciones para justificar la comisión de otro."

"Los moralistas de todas las épocas," dijo el maestro, "condenaron el lujo de los ricos. ¿Por qué sus censuras no causaron ningún cambio?"

"Porque no comprendían la economía implicada en el asunto. Fracasaron en ver que bajo el sistema de la ganancia el absoluto despilfarro del exceso de ganancias en gasto improductivo era una necesidad económica si la producción tenía que continuar, como usted ha mostrado al compararla con la cisterna. El despilfarro de las ganancias en lujo era una necesidad económica, para usar otra figura, precisamente como a veces una llaga abierta es necesaria para evacuar las impurezas de un cuerpo enfermo. Bajo nuestro sistema de reparto por igual, la riqueza de una comunidad es libremente e igualmente distribuída entre sus miembros como lo es la sangre en un cuerpo saludable. Pero cuando, bajo el antiguo sistema, esa riqueza estaba concentrada en manos de una porción de la comunidad, pierde su cualidad de ser vivificante, como la pierde la sangre cuando se congestiona en un órgano en particular, y como ésta, se convierte en un veneno activo, del que hay que librarse a toda costa. De este modo, el lujo podría llamarse úlcera, que debe dejarse abierta si el sistema de la ganancia iba a continuar en cualesquiera términos."

"Dices," dijo el maestro, "que para que esa producción continuase era absolutamente necesario que el exceso de ganancias fuese despilfarrado en alguna clase de gasto improductivo. ¿Pero no podrían los tomadores de la ganancia haber ideado algún modo de deshacerse del excedente, que

fuese más inteligente que la mera competición para desplazarse unos a otros, y más coherente con sentimientos humanitarios, que gastar la riqueza en refinamientos de satisfacción sensual en presencia de una multitud necesitada?"

"Ciertamente. Si los capitalistas se hubiesen preocupado del aspecto humanitario del asunto, podrían haber utilizado un método mucho menos falto de moral para deshacerse del obstructivo exceso. Podrían haber hecho periódicamente una hoguera con él como un ardiente sacrificio al dios Ganancia, o, si se prefiere, podrían haberselo llevado en gabarras más allá, donde ya no se toca fondo, y verterlo allí."

"Es fácil ver," dijo el maestro, "que, desde un punto de vista moral, semejante hoguera periódica o vertido habría sido infinitamente más edificante para los dioses y los hombres que la práctica de gastar en lujos, que escarnecía la amarga necesidad de las masas. Pero ¿qué hay del resultado económico de este plan?"

"Habría sido tan ventajoso económicamente como moralmente. El proceso de despilfarrar el exceso de ganancias en competir y en el lujo era lento y prolongado, y mientras tanto la industria productiva languidecía y los trabajadores esperaban, en ociosidad y miseria, a que el exceso se redujese tanto como para dejar sitio a más producción. Pero si el exceso, una vez constatado, fuese destruído inmediatamente, la industria productiva continuaría perfectamente."

"Pero ¿qué hay de los trabajadores empleados por los capitalistas en atender sus lujos? ¿No se habrían quedado sin trabajo si se hubiese abandonado el lujo?"

"Al contrario, bajo el sistema de la hoguera habría habido una constante demanda de empleo productivo para suministrar

material para el fuego, y eso seguramente habría sido una ocupación que habría merecido la pena muchísimo más que ayudar a los capitalistas a consumir en un desatino el producto de sus hermanos empleados en la industria productiva. Pero la mayor ventaja de todo lo que habría resultado de sustituir el lujo por la hoguera está por mencionar. Cuando la nación hubiese hecho unas cuantas de tales ofrendas ardientes a la ley de la ganancia, quizá incluso tras la primera ofrenda, es probable que hubiese empezado a cuestionar, a la luz de tan perfectos ejemplos, si las bellezas morales del sistema de la ganancia eran suficiente compensación para tan largo sacrificio económico."

Charles disipa una aprensión

"Ahora, Charles," dijo el maestro, "nos ayudarás un poco con un asunto de conciencia. Entre unos y otros hemos contado una historia muy adversa acerca del sistema de la ganancia, tanto en su aspecto moral como económico. Ahora bien, ¿no es posible que hayamos cometido una injusticia? ¿No lo hemos pintado muy negro? Desde un punto de vista ético apenas lo hemos hecho, porque no hay palabras lo bastante fuertes para describir con justicia la burla que hizo de todas las humanidades. Pero ¿no es posible que hayamos asegurado con demasiada fuerza su imbecilidad económica y la falta de esperanza de las perspectivas del mundo en cuanto al bienestar material en tanto el sistema fuese tolerado? ¿Puedes tranquilizarnos respecto a este punto?"

"Fácilmente," replicó el muchacho, Charles. "No podría desearse un testimonio más concluyente acerca de la falta de esperanza de la perspectiva económica bajo el capitalismo privado que el que dieron en abundancia los propios economistas del siglo diecinueve. Aunque parecían bastante incapaces de imaginar nada que fuese diferente del capitalismo privado como base de un sistema económico, no se hacían ilusiones en cuanto a su funcionamiento. Lejos de intentar reconfortar a la humanidad prometiendo que aunque los presentes males eran cuestiones que había que soportar con valentía, la cosa mejoraría, enseñaron expresamente que el sistema de la ganancia debía inevitablemente resultar, en algún momento no muy lejano en el tiempo, en la detención del progreso industrial y en una situación estacionaria de la producción."

"¿Cómo lo divisaron?"

"Reconocieron, como nosotros, la tendencia que bajo el

capitalismo privado tenían las rentas, el interés y las ganancias para acumularse como capital en manos de la clase capitalista, mientras que, por otro lado, el poder consumidor de las masas no se incrementaba, sino que decrecía o permanecía estacionario. De esta falta de equilibrio entre producción y consumo se seguía que la dificultad de emplear provechosamente el capital en la industria productiva debería incrementar a medida que las acumulaciones de capital así disponibles crecieran. Habiendo sido llevado al exceso de productos primero el mercado interior y luego el exterior, la competición entre capitalistas para encontrar un empleo productivo para su capital los llevaría, tras haber reducido los salarios al punto más bajo posible, a pujar por lo que quedase del mercado reduciendo sus propias ganancias al mínimo punto en el que merecía la pena arriesgar capital. Por debajo de ese punto no se invertiría más capital en los negocios. De este modo, la tasa de producción de riqueza dejaría de avanzar, y se haría estacionaria."

"¿Dices que esto es lo que los propios economistas del siglo diecinueve enseñaban en relación a las consecuencias del sistema de la ganancia?"

"Ciertamente. Podría citar de sus libros estándar cualquier número de pasajes que predecían ese estado de cosas, que, de hecho, no requería que lo predijese ningún profeta."

"¿Cuán cerca estaba el mundo—esto es, desde luego, las naciones cuya evolución industrial había llegado más lejos—de esta situación cuando llegó la Revolución?"

"Estaban aparentemente al borde. Los países más avanzados económicamente habían agotado en general sus mercados interiores y estaban luchando desesperadamente por lo que quedaba de los mercados exteriores. La tasa de interés, que indicaba el grado al cual el capital había llegado a ser excesivo, había caído en Inglaterra al dos por ciento y en América en treinta años se había hundido del siete y el seis al cinco y al tres y al cuatro por ciento, y estaba cayendo

año tras año. La industria productiva se había colapsado en general, y proseguía con intermitencias. En América, los asalariados estaban transformándose en proletarios y los granjeros estaban hundiéndose rápidamente al estado de arrendamiento. Era de hecho el descontento popular causado por estas condiciones, junto con la aprensión de algo peor por llegar, lo que finalmente provocó que la gente a finales del siglo diecinueve despertase a la necesidad de destruir el capitalismo privado para siempre."

"¿Y entiendo, entonces, que esta situación estacionaria, tras la cual no se podía buscar ningún incremento en la tasa de producción de riqueza, estaba siendo declarada mientras todavía las necesidades de las masas estaban desprovistas de lo necesario?"

"Ciertamente. La satisfacción de las necesidades de las masas, como hemos visto abundantemente, no estaba reconocida de ningún modo como un motivo para la producción, bajo el sistema de la ganancia. A medida que la producción se acercase al punto estacionario, la miseria de la gente se incrementaría, de hecho, como un resultado directo de la competición entre los capitalistas para invertir en negocios su exceso de capital. Para ello, como ya se ha mostrado, buscaron la reducción de los precios de los productos, y eso significaba la reducción de los salarios de los asalariados y los precios de los primeros productores hasta el punto más bajo posible antes de considerar cualquier reducción en las ganancias de los capitalistas. Lo que los antiguos economistas llamaron la situación estacionaria de la producción significaba, por consiguiente, la perpetuación indefinidamente del máximo grado de privaciones soportable por la gente en general."

"Con eso basta, Charles; has dicho lo bastante para disipar cualquier aprensión de que posiblemente estuviésemos

cometiendo una injusticia con el sistema de la ganancia. Evidentemente no podría cometerse con un sistema cuyos propios defensores predecían que tendría semejantes consecuencias como las que has descrito. De hecho, ¿qué podría añadirse a la descripción que hicieron de dicho resultado en esas predicciones de la situación estacionaria como un programa de la industria confesándose al final de sus recursos en medio de una humanidad desnuda y muriéndose de hambre? Esos eran los buenos tiempos que venían, en cuya esperanza los economistas del siglo diecinueve aclamaron el frío y hambriento mundo de trabajadores—unos tiempos en los que, estando en peor posición económica que nunca, debían abandonar para siempre la esperanza de mejora. No hay que asombrarse de que nuestros antepasados describiesen su así llamada política económica como una ciencia lúgubre, porque nunca hubo un pesimismo más negro, una mayor falta de esperanza que la que ellos predicaban. De hecho, mal le habría ido a la humanidad si hubiese sido realmente una ciencia.

Esther cuenta el coste del sistema de la ganancia

"Ahora, Esther," prosiguió el maestro, "voy a pedirte que hagas una pequeña estimación sobre cuánto costó a nuestros antepasados el privilegio de conservar el sistema de la ganancia. Emily nos ha dado una idea de la magnitud de dos grandes despilfarros de ganancias—el despilfarro de la competición y el despilfarro del lujo. Ahora bien, ¿el capital despilfarrado de estas dos maneras representaba todo lo que el sistema de la ganancia le costaba a la gente?"

"No daba ni una ligera idea de ello, mucho menos lo representaba," replicó la chica, Esther. "La suma de la riqueza despilfarrada respectivamente en competición y lujo, si hubiese sido distribuída a partes iguales entre la gente para su consumo, habría elevado sin duda considerablemente el nivel general de comodidad. En el coste del sistema de la ganancia para una comunidad, la riqueza despilfarrada por los capitalistas era, sin embargo, un capítulo insignificante. La mayor parte de ese coste consistía en el efecto que el sistema de la ganancia tenía para evitar que se produjese riqueza, conteniendo y amarrando las casi ilimitadas capacidades de producción de riqueza que tiene la humanidad. Imaginemos que la masa de la población, en vez de estar hundida en la pobreza y una gran parte de ella en amarga necesidad, hubiese recibido lo suficiente para satisfacer todas sus necesidades, dandosele una vida cómoda y en la abundancia, y estimemos la cuantía de riqueza adicional que habría sido necesario producir para alcanzar este estándar de consumo. Eso nos daría una base para calcular la cuantía de riqueza que el pueblo Americano o cualquier pueblo de aquella época podría producir y habría producido a no ser por el sistema de la ganancia. Podemos estimar que esto habría significado un incremento de cinco,

siete o diez veces la producción, como queramos suponer.

"Pero dínos esto: ¿habría sido posible para el pueblo de América, digamos, en el último cuarto del siglo diecinueve, haber multiplicado su producción a semejante tasa si el consumo lo hubiese demandado?"

"No puede haber una certeza mayor de que lo habrían conseguido fácilmente. El progreso de los inventos había sido tan grande en el siglo diecinueve como para multiplicar de veinte a cientos de veces el poder productivo de la industria. No hubo momento durante el último cuarto del siglo diecinueve en América o en cualquiera de los países avanzados, en el que las plantas productivas existentes no pudiesen haber producido lo suficiente en seis meses como para haber abastecido el consumo anual total tal y como era. Y aquellas plantas podrían haber sido multiplicadas indefinidamente. En igual manera, la producción agrícola del país siempre se mantuvo lejos de sus posibilidades, porque una cosecha abundante bajo el sistema de la ganancia significaba precios ruinosos para los granjeros. Como se ha dicho, se admitía el principio enunciado por los antiguos economistas de que no había límite visible para la producción si se podía asegurar la demanda suficiente para su consumo."

"¿Puedes recordar cualquier ejemplo en la historia, en el cual pueda alegarse que un pueblo pagase tan alto precio retrasando y evitando el desarrollo, por el privilegio de conservar cualquier otra tiranía, como ellos pagaron por conservar el sistema de la ganancia?"

"Estoy segura de que nunca hubo otro ejemplo semejante, y le diré porqué lo creo. El progreso humano ha sido retrasado en varios momentos por instituciones opresivas, y el mundo ha dado un salto hacia delante con su derrocamiento. Pero nunca antes hubo una época en la cual las condiciones hayan

sido adecuadas durante tanto tiempo y hayan estado esperando durante tanto tiempo un movimiento tan grande y tan instantáneo hacia delante en toda la extensión de la línea de la mejora social como en el período precedente a la Revolución. Las fuerzas mecánicas e industriales, puestas en jaque por el sistema de la ganancia, sólo requerían que se las dejase libres para transformar la situación económica de la humanidad como por arte de magia. Esto en cuanto al coste material del sistema de la ganancia para nuestros antepasados; pero, inmenso como era, no merece la pena considerarlo ni por un momento en comparación con su coste en felicidad humana. Quiero decir el coste moral en mal y en lágrimas y negras negaciones y posibilidades morales reprimidas que el mundo pagó por cada día de conservación del capitalismo privado: no hay palabras adecuadas para expresar la suma de eso."

No había economía política antes de la revolución

"Es suficiente, Esther.—Ahora, George, quiero que nos hables un poco sobre un grupo particular entre las clases ilustradas del siglo diecinueve, que, conforme a las profesiones de sus miembros, debería haber conocido y haber enseñado a la gente todo lo que con tanta facilidad hemos percibido en cuanto al carácter suicida del sistema de la ganancia y la pérdida económica que significaba para la humanidad en tanto lo tolerasen. Me refiero a los economistas políticos."

"No había economistas políticos antes de la Revolución," replicó el muchacho.

"Pero había ciertamente una clase numerosa de hombres ilustrados que se llamaban a sí mismos economistas políticos."

"Oh, sí; pero se etiquetaban a sí mismos equivocadamente."

"¿Cómo entiendes esto?"

"Porque hasta la Revolución, no hubo—excepto, por supuesto, entre aquellos que trabajaron para que la Revolución tuviese lugar—ninguna noción en absoluto acerca de lo que es la economía."

"¿Y qué es?"

"Economía," replicó el muchacho, "significa la sabia administración de la riqueza en la producción y la distribución. Economía individual es la ciencia de esta sabia administración cuando se realiza en interés del individuo sin considerar a nadie más. Economía familiar es esta sabia administración realizada en provecho de un grupo familiar sin considerar a otros grupos. Economía política, sin embargo,

solamente puede significar la sabia administración de la riqueza para el mayor provecho del cuerpo político o social, el número total de ciudadanos que constituyen la organización política. Este tipo de sabia administración implica necesariamente una regulación pública o política de los asuntos económicos en interés general. Pero antes de la Revolución no había noción de una economía semejante, ni ninguna organización para llevarla a cabo. Todos los sistemas y doctrinas de economía previos a esa época eran clara y exclusivamente privados e individuales en toda su teoría y práctica. Aunque en otros aspectos nuestros antepasados reconocieron de diversos modos y en diversos grados una solidaridad social y una unidad política con proporcionales derechos y deberes, su teoría y práctica en lo que respecta a todos los asuntos concernientes a la adquisición y reparto de la riqueza eran agresiva y brutalmente individualistas, antisociales y apolíticas."

"¿Has echado un vistazo alguna vez a cualquiera de los tratados que nuestros antepasados llamaban de economía política, que hay en la Biblioteca Histórica?"

"Confieso," respondió el muchacho, "que el título del principal trabajo que había bajo este epígrafe fue suficiente para mí. Se llamaba La Riqueza de las Naciones. Ese habría sido un título admirable para un libro de economía política hoy en día, cuando la producción y distribución de la riqueza se realizan en conjunto por y para la gente colectivamente; pero ¿qué significado podría concebiblemente haber tenido, aplicado a un libro escrito casi cien años antes de que se pensase en una cosa tal como una organización económica nacional, y escrito con vistas a instruir a los capitalistas en cómo hacerse ricos a costa, o al menos en total falta de consideración, del bienestar de sus conciudadanos? También noté que un subtítulo muy común utilizado para estos llamados trabajos sobre economía política era la frase 'La Ciencia de la Riqueza.' Ahora bien, ¿qué podría tener que decir un apologista del capitalismo privado y del sistema de

la ganancia sobre la ciencia de la riqueza? El A B C de cualquier ciencia de la producción de riqueza es la necesidad de coordinación y concierto del esfuerzo; mientras que la competición, el enfrentamiento, y los incesantes intereses en conflicto eran la suma y la sustancia de los métodos económicos expuestos por estos escritores."

"Y aun así," dijo el maestro, "la única culpa real de estos supuestos libros sobre Economía Política consistía en lo absurdo del título. Corríjase éste, y su valor como documentos de la época se hace evidente de inmediato. Por ejemplo, podríamos llamarlos 'Examen de las Consecuencias Económicas y Sociales de intentar arreglárselas sin Economía Política.' Un título apenas menos adecuado podría ser quizá 'Estudios sobre el Curso de los Asuntos Económicos cuando se abandonan a la Anarquía por la Falta de cualquier Regulación en pro del Interés General.' Cuando lo consideramos bajo esta luz, como exposiciones meticulosas y concluyentes acerca de los ruinosos efectos del capitalismo privado sobre el bienestar de las comunidades, percibimos la verdadera utilidad y valor de estos trabajos. Tratando en detalle los diversos fenómenos del mundo industrial y comercial de aquella época, con sus consecuencias sobre el estatus social, sus autores muestran cómo los resultados no podrían haber sido diferentes de los que eran, debido a las leyes del capitalismo privado, y que no era sino sentimentalismo suponer que mientras esas leyes siguiesen en vigor pudiesen obtenerse otros resultados, no importa lo buenas que fuesen las intenciones de las personas. Aunque algo pesado en su estilo para ser una lectura popular, a menudo he pensado que durante el período revolucionario ningún documento podría haber estado mejor calculado para convencer a una persona racional, que pudiese ser convencida para que lo leyese, de que era absolutamente necesario poner fin al capitalismo privado si la humanidad quería avanzar.

"El error fatal y completamente incomprensible de los

autores fue que ellos mismos no vieran esta conclusión y la predicaran. En vez de eso, cometieron el increíble error garrafal de aceptar como base de una ciencia social un conjunto de condiciones que eran manifiestamente meros supervivientes de la época de los bárbaros, cuando deberían haber visto fácilmente que la mera idea de un orden social científico sugería la abolición de aquellas condiciones como primer paso hacia la realización de éste.

"Mientras tanto, en cuanto a la presente lección, hay dos o tres puntos a aclarar antes de terminar. Hemos estado hablando entre todos sobre la obtención de la ganancia, pero este era sólo uno de los tres métodos principales mediante los cuales los capitalistas recaudaban el tributo de la gente trabajadora y adquirían y mantenían el poder. ¿Cuáles eran los otros dos?"

"La renta y el interés."

"¿Qué era la renta?"

"En aquellos días," replicó George, "el derecho a una asignación razonable y a partes iguales de tierras para uso privado no pertenecía como algo natural a cada persona como ocurre ahora. No se admitía que nadie tuviese un derecho natural a tierras, en absoluto. Por otro lado, no había límite para la extensión de las tierras que alguien podía poseer legalmente, aunque fuese una provincia entera, si podía conseguirlas. Como consecuencia natural de este orden de cosas, los fuertes y los astutos adquirieron la mayor parte de las tierras, mientras que la mayoría de la gente se quedó sin ninguna. Ahora bien, el propietario de esas tierras tenía el derecho de expulsar de sus tierras a cualquiera y de castigarle por entrar en ellas. Sin embargo, la gente que no poseía tierras y requería tenerlas y usarlas, debía acudir a los capitalistas. La renta era el precio cargado por los capitalistas por no expulsar a la gente de sus tierras."

"¿Representaba esta renta algún servicio económico de

cualquier tipo, prestado a la comunidad por el receptor de la renta?"

"En cuanto al cargo por el uso de las tierras en sí mismo, aparte de las mejoras, no representaba servicio de ningún tipo, nada sino la renuncia, por un precio, al derecho legal del propietario de expulsar al ocupante. No era un cargo por hacer algo, sino por no hacer algo."

"Ahora hablemos sobre el interés; ¿qué era eso?"

"El interés era el precio pagado por el uso del dinero. Hoy en día, la administración colectiva dirige las fuerzas industriales de la nación en pro del bienestar general, pero en aquellos días todas las empresas económicas eran en pro del beneficio privado, y quienes las proyectaban tenían que contratar con dinero el trabajo que necesitaban. Naturalmente, el alquiler de tan indispensable medio como ése, exigía un alto precio; ese precio era el interés."

"¿Y representaba el interés algún servicio económico a la comunidad por parte del tomador del interés al prestar su dinero?"

"Ninguno en absoluto. Al contrario, era, por la mera naturaleza de la transacción, una renuncia al poder de acción por parte del prestador en favor de quien hace uso del préstamo. Era un precio cargado por dejar que otra persona hiciese lo que el prestador podría haber hecho pero que eligió no hacer. Era un tributo recaudado por inacción, sobre una acción."

"Si todos los terratenientes y prestadores de dinero hubiesen muerto en una noche, ¿habría esto afectado al mundo de alguna manera?"

"De ninguna manera, en tanto dejasen las tierras y el dinero tras de sí. Su papel económico era pasivo, y en fuerte contraste con el de los capitalistas que buscaban las ganancias, que, para bien o para mal, al menos era un papel

activo."

"¿Cuál era el efecto general de la renta y el interés sobre el consumo y consecuentemente la producción de riqueza por la comunidad?"

"Operaba para reducir ambos."

"¿Cómo lo hacía?"

"Del mismo modo que la obtención de ganancias. Los que recibían la renta eran muy pocos, los que la pagaban eran casi todos. Los que recibían el interés eran unos pocos, y los que lo pagaban, muchos. La renta y el interés significaban, por consiguiente, como las ganancias, un constante alejamiento del poder de compra de la comunidad en general y su concentración en manos de una pequeña parte de ella."

"¿Qué tienes que decir de esos tres procesos en cuanto a su efecto comparativo en la destrucción del poder de consumo de las masas, y consecuentemente la demanda de producción?"

"Era diferente en épocas y países diferentes según el nivel de su desarrollo económico. El capitalismo privado ha sido comparado con un toro con tres cuernos, siendo los cuernos la renta, la ganancia y el interés, difiriendo en longitud y fuerza comparativas según la edad del animal. En los Estados Unidos, en la época de la que trata nuestra lección, las ganancias eran todavía el más largo de los tres cuernos, aunque los otros estaban creciendo terriblemente rápido."

"Hemos visto, George," dijo su maestro, "que desde mucho tiempo antes de la gran Revolución era tan cierto como lo es ahora que el único límite a la producción de riqueza en la sociedad era su consumo. Hemos visto que lo que mantenía al mundo en la pobreza bajo el capitalismo privado era el efecto de las ganancias, ayudados por la renta y el interés, para reducir el consumo y de este modo lisiar la producción, concentrando el poder de compra de la gente en manos de

unos pocos. Ahora bien, esta era la forma de hacer las cosas mal. Antes de terminar con el tema quiero decir en una palabra cuál es la forma de hacerlas bien. Viendo que la producción está limitada por el consumo, ¿qué regla debe seguirse en la distribución de los resultados de la producción que hay que consumir, para desarrollar el consumo a su punto más alto posible, y de ese modo crear a su vez la mayor posible demanda de producción?"

"Para ese propósito, los resultados de la producción deben distribuirse a partes iguales entre todos los miembros de la comunidad que los produce."

"Muéstranos por qué esto es así."

"Es una proposición matemática evidente en sí misma. Cuanto más se divide entre la gente una barra de pan o cualquier cosa dada, y más iguales sean las partes en que se divide, antes se consumirá y más pan se requerirá. Para ponerlo de un modo más formal, las necesidades de los seres humanos resultan de una misma constitución natural y son sustancialmente las mismas. Una igual distribución de las cosas que necesitan es por consiguiente el plan general por el cual el consumo de tales cosas se incrementará de inmediato a su mayor extensión posible y continuará a tal escala sin interrupción hasta el punto de completa satisfacción para todos. De esto se sigue que la distribución de los productos a partes iguales es una regla mediante la cual se puede asegurar el mayor consumo posible, y de este modo a su vez se puede estimular la mayor producción."

"Por otro lado, ¿cuál sería el efecto, sobre el consumo, de una desigual división de los productos consumibles?"

"Si la división fuese desigual, el resultado sería que algunos tendrían más de lo que podrían consumir durante un tiempo dado, y otros tendrían menos de lo que podrían haber consumido durante ese mismo tiempo, siendo el resultado una reducción del consumo total por debajo de lo que habría

sido para ese intervalo de tiempo con una división de los productos a partes iguales. Si un millón de dólares fuese dividido a partes iguales entre mil personas, se gastaría de inmediato por completo en el consumo de las cosas que necesitan, creando una demanda de producción de mucho más; pero si concentramos en las manos de una persona, ni una centésima parte de él, no importa cuán grande sea su lujo, sería probable que la gastase igualmente en el mismo período. La ley fundamental general en la ciencia de la riqueza social es, por consiguiente, que la eficiencia de una cuantía dada de poder adquisitivo para promover el consumo está en exacta proporción a su amplia distribución, y es más eficiente cuando se distribuye a partes iguales entre todo el cuerpo de consumidores porque es la distribución más amplia posible."

"No nos has llamado la atención sobre el hecho de que la fórmula de la mayor producción de riqueza—a saber, el reparto por igual del producto entre la comunidad—es también la aplicación del producto que causará la mayor suma de felicidad humana."

"Hablo estrictamente del lado económico del asunto."

"¿No les habría sorprendido a los antiguos economistas oír que el secreto del sistema más eficiente de producción de riqueza era la conformidad a una escala nacional con la idea ética de igual tratamiento para todos los encarnados por Jesucristo en la regla de oro?"

"Sin duda, porque ellos enseñaron falsamente que había dos clases de ciencia al tratar con la conducta humana—una moral, la otra económica; y dos líneas de razonamiento en cuanto a la conducta—la económica y la ética; ambas correctas de modo diferente. Nosotros estamos mejor informados. Sólo puede haber una ciencia de la conducta

humana, cualquiera que sea el campo, y esa es la ética. Cualquier proposición económica que no pueda ser establecida en términos éticos, es falsa. Nada puede ser a largo plazo o a gran escala economía sana si no es ética sana. No es, por consiguiente, una mera coincidencia, sino una necesidad lógica, que la suprema palabra para la ética y la economía debería ser una y la misma—igualdad. La regla de oro en su aplicación social es verdaderamente el secreto tanto de la abundancia como de la paz."

XXIII. La parábola del depósito de agua

"Con eso basta, George. Terminaremos la sesión aquí. Encuentro que nuestra discusión ha tenido un alcance más amplio que el esperado, y para completar el asunto necesitaremos tener una breve sesión esta tarde.— Y ahora, para concluir la mañana, propongo ofrecer una pequeña contribución de mi parte. El otro día, en el museo, estaba indagando entre las reliquias de la literatura de la gran Revolución, con vistas a encontrar algo que pudiese ilustrar nuestro tema. Me topé con un panfletillo de la época, amarillo y casi indescifrable, que, cuando lo examiné, descubrí que era una parodia bastante divertida o caricatura satírica del sistema de la ganancia. Me dio la impresión de que probablemente nuestra lección podría prepararnos para apreciarlo, e hice una copia. Se titula "La parábola del depósito de agua," y dice así:

"Había un cierto país muy seco, cuya gente estaba en extrema necesidad de agua. Y no hacían otra cosa que buscar agua de la mañana a la noche, y muchos perecían porque no podían encontrarla.

"Sea como fuere, había ciertas personas en aquel país que eran más astutas y diligentes que el resto, y habían acumulado depósitos de agua donde otros no podían encontrarla, y el nombre de aquellas personas era capitalistas. Y sucedió que la gente del país acudió a los capitalistas y les rogó que les diesen del agua que habían acumulado y que podían beber, porque su necesidad era extrema. Pero los capitalistas respondieron y dijeron:

"¡Marchaos, gente tonta! ¿Por qué deberíamos daros del agua que hemos acumulado, si entonces estaríamos igual que

estáis vosotros, y pereceríamos con vosotros? Pero mirad lo que haremos por vosotros. Sed nuestros sirvientes y tendréis agua."

"Y la gente dijo, "dadnos de beber y seremos vuestros sirvientes, nosotros y nuestros hijos." Y así fue.

"Ahora bien, los capitalistas eran personas de entendimiento, y sabios en su creación. Ordenaron a la gente que fuese sus sirvientes en cuadrillas con capitanes y oficiales, y a algunos de ellos los pusieron en las fuentes para zambullirse, y a otros les hicieron acarrear el agua, y a otros los pusieron a buscar nuevas fuentes. Y todo el agua era concentrada en un único lugar, y allí hicieron los capitalistas un gran depósito para contenerla, y el depósito se llamaba el Mercado, porque allí era donde la gente, incluso los sirvientes de los capitalistas, iban para conseguir agua. Y los capitalistas dijeron a la gente:

"Por cada cubo de agua que nos traigáis, que nosotros verteremos en el depósito, que es el Mercado, imirad! os daremos un céntimo, pero por cada cubo que extraigamos para daroslo para que bebáis de él, vosotros y vuestras esposas y vuestros hijos, nos daréis dos céntimos, y la diferencia será nuestra ganancia, bien entendido que si no fuese por esta ganancia no haríamos esto por vosotros, sino que todos vosotros pereceríais."

"Y ello fue bueno a los ojos de la gente, porque era torpe de entendimiento, y diligentemente trajo agua al depósito durante muchos días, y por cada cubo que trajeron, los capitalistas dieron a cada uno un céntimo; pero por cada cubo que los capitalistas extrajeron del depósito para dárselo de nuevo a la gente, imirad! la gente dio a los capitalistas dos céntimos.

"Y después de muchos días el depósito de agua, que era el Mercado, rebosó por la parte superior, porque la gente era mucha, pero los capitalistas eran unos pocos, y no podían

beber más que los demás. Así pues, el depósito rebosó.

"Y cuando los capitalistas vieron que el agua se desbordaba, dijeron a la gente:

"¿No veis que el depósito, que es el Mercado, rebosa? Sentaos, pues y sed pacientes, porque no habéis de traernos más agua hasta que el depósito se vacíe."

"Pero cuando la gente ya no recibió los céntimos de los capitalistas por el agua que traían, no pudieron comprar más agua de los capitalistas, no habiendo nada con que comprar. Y cuando los capitalistas vieron que ya no tenían más ganancia porque nadie les compraba agua, se turbaron. Y enviaron personas a las carreteras, a los caminos secundarios, a los vallados, gritando, "Si alguien tiene sed que venga al depósito y nos compre agua, porque rebosa." Porque se dijeron entre ellos, "Mirad, los tiempos están faltos de animación; debemos hacer publicidad."

"Pero la gente respondió, diciendo: "¿Cómo podemos comprar a no ser que nos contraten, porque cómo, si no, tendremos medios para comprar? Contratadnos, pues, como antes, y gustosamente compraremos agua, porque tenemos sed, y no hace falta que hagáis publicidad." Pero los capitalistas dijeron a la gente: "¿Contrataros para traer agua cuando el depósito, que es el Mercado, ya rebosa? Comprad, pues, agua primero, y cuando el depósito se vacíe, a base de que compréis, os contrataremos de nuevo." Y así, sucedió que, debido a que los capitalistas ya no contrataban a la gente para traer agua, la gente no podía comprar el agua que ya había traído, y debido a que la gente no podía comprar el agua que ya había traído, los capitalistas ya no contrataban a la gente para traer agua. Y la frase común se propagó, "Es una crisis."

"Y la sed de la gente era grande, porque ahora ya no ocurría como había ocurrido en la época de sus padres, cuando el país se abría ante ellos, para que cada uno buscara agua por sí mismo, viendo que los capitalistas habían tomado todas

las fuentes, y los pozos, y las norias, y las vasijas y los cubos, para que nadie pudiese conseguir agua excepto del depósito, que era el Mercado. Y la gente se quejaba contra los capitalistas y decía: "Mirad, el depósito ha rebosado, y nosotros nos morimos de sed. Dadnos, pues, del agua, que no perezcamos."

"Pero los capitalistas respondían: "Nada de eso. El agua es nuestra. No beberéis de ella a no ser que nos la compréis con céntimos." Y lo confirmaron con un juramento, diciendo, según su costumbre, "El negocio es el negocio."

"Pero los capitalistas estaban desasosegados porque la gente ya no compraba agua, por lo cual ellos ya no tenían ganancias, y hablaron entre ellos, diciendo: "parece que nuestras ganancias han detenido nuestras ganancias, y por razón de las ganancias que hemos hecho, ya no podemos hacer más ganancias. ¿Cómo es que nuestras ganancias han dejado de darnos ganancias, y nuestras ganancias nos empobrecen? Hagamos llamar pues a los agoreros, para que ellos puedan interpretarnos esta cosa," y enviaron a buscarlos.

"Ahora bien, los agoreros eran personas que habían aprendido oscuros proverbios, y que se unieron a los capitalistas por razón del agua de los capitalistas, para poder de este modo vivir, ellos y sus hijos. Y hablaron en favor de los capitalistas ante la gente, e hicieron sus embajadas por ellos, viendo que los capitalistas no eran un compañero ágil de entendimiento, ni preparado para el discurso.

"Y los capitalistas demandaron de los agoreros que les interpretasen esta cosa, por qué la gente no les compraba más agua, aunque el depósito estaba lleno. Y ciertos agoreros respondieron y dijeron, "es por razón de la sobreproducción", y alguno dijo, "es el exceso de producción"; pero el significado de las dos cosas es el mismo. Y otros dijeron, "No, pero esta cosa es por razón de las manchas solares." E incluso otros respondieron, diciendo, "No es por

razón del exceso de producción, ni de las manchas solares como este mal ha llegado a ocurrir, sino por la falta de confianza."

"Y mientras los agoreros competían entre ellos, conforme a sus modales, las personas de ganancia dormían y dormían, y cuando despertaron dijeron a los agoreros: "Basta. Nos habéis hablado confortablemente. Ahora marchaos y hablad asimismo confortablemente a esta gente, para que se estén quietos y nos dejen también en paz."

"Pero los agoreros, precisamente los hombres de la ciencia lúgubre—porque así los llamaban algunos—eran reacios a ir ante la gente por miedo a que los apedreasen, porque la gente no los quería. Y los agoreros dijeron a los capitalistas:"

"Amos, es un misterio de nuestro arte, que si las personas están llenas y no tienen sed, entonces encontrarán confort en nuestro discurso igual que vosotros. Pero si tienen sed y están vacías, no encontrarán confort en él, sino que en cambio se burlarán de nosotros, porque parece que a no ser que una persona esté llena, nuestra sabiduría no le parece sino vaciedad." Pero los capitalistas dijeron: "Id. ¿No sois los que nos hacéis las embajadas?"

"Y entonces los agoreros fueron ante la gente y les expusieron el misterio del exceso de producción, y cómo era que debían perecer de sed porque había agua en demasía, y cómo no podía haber suficiente porque había demasiada. E igualmente hablaron ante la gente en relación a las manchas solares, y también por qué era que estas cosas les habían sucedido por razón de la falta de confianza. Y ocurrió tal como los agoreros habían dicho, porque a la gente su sabiduría les pareció vaciedad. Y la gente los vituperó, diciendo: "¡Fuera, calvorotas! ¿Os burláis de nosotros? ¿La abundancia engendra escasez? ¿No sale nada de lo mucho?" Y cogieron piedras para apedrearlos.

"Y cuando los capitalistas vieron que la gente todavía se

quejaba y no prestaría oído a los agoreros, y porque también tenían miedo de que la gente se subiese al depósito y tomase el agua por la fuerza, trajeron ante la gente a ciertos hombres sagrados (pero eran falsos sacerdotes), quienes hablaron ante la gente de que debía estarse callada y no turbar a los capitalistas por estar sedienta. Y estos hombres sagrados, que eran falsos sacerdotes, dieron testimonio ante la gente de que esta aflicción fue enviada a ellos por Dios, para la curación de sus almas, y que si lo soportaban con paciencia y no sentían deseos por el agua, ni turbaban a los capitalistas, ocurriría que después de que muriesen irían a un país donde no habría capitalistas sino una abundancia de agua. No obstante, había ciertos auténticos profetas de Dios también, y estos tenían compasión con la gente y no profetizaban para los capitalistas, sino que en cambio hablaban constantemente en su contra.

"Entonces, cuando los capitalistas vieron que la gente todavía se quejaba y que no se estarían quietos, ni por las palabras de los agoreros ni por las de los falsos sacerdotes, acudieron ellos mismos ante la gente y pusieron la punta de sus dedos en el agua que rebosaba en el depósito y humedecieron las yemas de sus dedos en él, y esparcieron las gotas que había en la punta de sus dedos sobre la gente que se agolpaba alrededor del depósito, y el nombre de las gotas de agua era "caridad", y eran en extremo amargas.

"Y cuando los capitalistas vieron una vez más que ni por las palabras de los agoreros, ni de los hombres sagrados que eran falsos sacerdotes, ni por las gotas que fueron llamadas caridad, la gente se quedaba quieta, sino que se enfurecía más, y se agolpaba alrededor del depósito como si lo fuesen a tomar por la fuerza, entonces se reunieron en consejo y enviaron hombres en secreto a mezclarse con la gente. Y estos hombres buscaron a los más fornidos de entre la gente y a todos los que tuviesen habilidades para la guerra, y los apartaron y hablaron con ellos taimadamente, diciendo:

"Venid, ahora, ¿por qué no fundís vuestra suerte con la de

los capitalistas? Si sois sus hombres y les servís en contra de la gente, para que no entren por la fuerza en el depósito, entonces tendréis abundancia de agua, no pereceréis, ni vosotros ni vuestros hijos."

"Y los hombres fornidos y los que tenían habilidades para la guerra prestaron oído a este discurso y se resignaron a ser persuadidos, porque su sed les obligaba, y fueron ante los capitalistas y se convirtieron en sus hombres, y en sus manos fueron puestos bastones y espadas y se hicieron defensores de los capitalistas y golpearon a la gente cuando se apiñaban ante el depósito.

"Y tras muchos días, el nivel del agua del depósito había bajado, porque los capitalistas hicieron fuentes y estanques de peces con el agua de aquel, y allí se bañaban, ellos y sus esposas e hijos, y despilfarraban el agua para su placer.

"Y cuando los capitalistas vieron que el depósito estaba vacío, dijeron, "La crisis ha terminado"; y entonces hicieron llamar y contrataron a la gente que debía traer agua para llenarlo otra vez. Y por el agua que la gente traía al depósito la gente recibía un céntimo por cubo, pero por el agua que los capitalistas dejaban extraer del depósito para dárselo otra vez a la gente recibían dos céntimos, porque ellos debían tener su ganancia. Y después de un tiempo, el depósito volvió a rebosar otra vez igual que antes.

"Y entonces, cuando la gente había llenado muchas veces el depósito hasta rebosar y había tenido sed hasta que el agua que había en él hubiese sido despilfarrada por los capitalistas, sucedió que aparecieron en el país unas ciertas personas que fueron llamadas agitadores, porque estimulaban a la gente. Y hablaron a la gente, diciendo que debería asociarse, y entonces no necesitaría ser sirviente de los capitalistas y no tendría sed nunca más. Y a los ojos de los capitalistas los agitadores fueron individuos infames, y de buena gana los habrían crucificado, pero no se atrevieron por miedo a la gente.

"Y las palabras de los agitadores con las que hablaban a la gente fueron de esta manera:

"Gente insensata, ¿por cuánto tiempo vais a ser engañados por una mentira y creer para vuestro perjuicio que no lo es? Porque mirad, todas esas cosas que han sido dichas ante vosotros por los capitalistas y por los agoreros han sido fábulas astutamente urdidas. Y de la misma manera los hombres sagrados, que dicen que es la voluntad de Dios que seáis siempre pobres y míseros y sedientos, ¡mirad! ellos blasfeman contra Dios y son unos mentirosos, a quienes Él juzgará amargamente aunque perdonará a todos los demás. ¿Cómo es que no podéis ir por el agua que hay en el depósito? ¿No es porque no tenéis dinero? ¿Y por qué no tenéis dinero? ¿No es porque no recibís más que un céntimo por cada cubo que lleváis al depósito, que es el Mercado, pero debéis dar dos céntimos por cada cubo que sacáis, para que los capitalistas puedan tener su ganancia? ¿No véis que de este modo el depósito ha de rebosar, siendo llenado con aquello de lo que carecéis y siendo abundante a costa de vuestra carencia? ¿No veis tampoco que cuanto más duro trabajéis y con más diligencia busquéis y traigáis el agua, será peor y no mejor para vosotros por razón de la ganancia, y así para siempre?"

"De esta manera hablaron los agitadores durante muchos días ante la gente, y nadie les hizo caso, pero sucedió que después de un tiempo la gente aguzó el oído. Y respondieron y dijeron ante los agitadores:

"Decís la verdad. Es por culpa de los capitalistas y sus ganancias por lo que pasamos necesidad, viendo que por culpa de ellos y sus beneficios no podemos conseguir el fruto de nuestro trabajo, así que nuestro trabajo es en vano, y cuanto más trabajemos para llenar el depósito, antes rebosará, y podemos no recibir nada porque hay demasiado, conforme a las palabras de los agoreros. Pero mirad, los capitalistas son duros y sus tiernas compasiones son crueles.

Decidnos si sabéis algún modo mediante el cual podamos liberarnos de nuestra sumisión a ellos. Pero si no conocéis un modo cierto de liberación, os imploramos que os apacigüéis y nos dejéis en paz, que podamos olvidar nuestra miseria."

"Y los agitadores respondieron y dijeron, "Conocemos una manera."

"Y la gente dijo: "No nos engaños, porque esta situación dura desde el principio, y nadie ha encontrado una manera de liberarse hasta ahora, aunque muchos la han buscado cuidadosamente entre lágrimas. Pero si conocéis una manera, hablad ante nosotros, rápido."

"Entonces los agitadores hablaron ante la gente sobre la manera. Y dijeron:

"Mirad, ¿qué necesidad tenéis en absoluto de estos capitalistas, de tener que darles sus ganancias a costa de vuestro trabajo? ¿Qué gran cosa hacen ellos, por la cual les dais este tributo? ¡Mira por dónde! Es únicamente porque ellos os ordenan en cuadrillas y os dirigen adentro y afuera y os ponen las tareas y después os dan sólo un poco del agua que vosotros mismos habéis traído y no ellos. Ahora, imirad la manera de salir de vuestra sumisión! Haced para vosotros lo que es hecho por los capitalistas—a saber, ordenad vuestro trabajo, y organizad vuestras cuadrillas, y el reparto de vuestras tareas. Así no tendréis necesidad en absoluto de los capitalistas y no les daréis ninguna ganancia, sino que todo el fruto de vuestro trabajo lo compartiréis como hermanos, teniendo todos lo mismo; y así nunca rebosará el depósito hasta que cada ser humano esté lleno y no menearía ni la lengua para tener más, y después, con lo que rebosa haréis fuentes placenteras y estanques con peces para vuestro deleite igual que hacían los capitalistas; pero estas serán para el deleite de todos."

"Y la gente respondió, "¿Cómo llevaremos a cabo esto?, ya que nos parece bueno para nosotros."

"Y los agitadores respondieron: "Elegid personas prudentes para entrar y salir delante de vosotros y para organizar vuestras cuadrillas y ordenar vuestro trabajo, y estas personas serán como eran los capitalistas; pero, mirad, no serán vuestros amos como lo eran los capitalistas, sino vuestros hermanos e intendentes que harán vuestra voluntad, y no sacarán ninguna ganancia, sino cada uno su parte como los demás, ya que no habrá amos ni sirvientes entre vosotros, sino solamente hermanos. Y de vez en cuando, como fijéis, elegiréis otras personas prudentes en su lugar para ordenar vuestro trabajo."

"Y la gente aguzó el oído, y la cosa les pareció muy buena para ellos. Igualmente no pareció una cosa difícil. Y con una sola voz clamaron, "¡Sea, pues, como habéis dicho, porque lo haremos!"

"Y los capitalistas oyeron el alboroto del griterío y lo que la gente decía, y los agoreros lo oyeron también, e igualmente los falsos sacerdotes y los fornidos hombres de guerra, que defendían a los capitalistas; y cuando ellos oyeron temblaron en extremo, de modo que sus rodillas se golpeaban, y dijeron entre ellos, "¡Es nuestro final!"

"No obstante había ciertos auténticos sacerdotes de Dios que no profetizaban para los capitalistas, sino que sentían compasión por la gente; y cuando oyeron el griterío de la gente y lo que decía, se regocijaron con extremo gran alborozo, y dieron gracias a Dios a causa de la liberación.

"Y la gente fue e hizo todas las cosas que los agitadores dijeron que tenían que hacerse. Y sucedió como los agitadores habían dicho, exactamente conforme a todas sus palabras. Y no hubo más sed en aquél país, ni nadie que pasase hambre, o estuviese desnudo, o tuviese frío, o en

alguna situación de necesidad; y cada hombre dijo a su compañero, "Hermano mío," y cada mujer dijo a su compañera, "Hermana mía," porque así fueron los unos con los otros como hermanos y hermanas que vivieron juntos en armonía. Y la bendición de Dios descendió sobre ese país para siempre."

XXIV. Me muestran todos los reinos de la Tierra

Los chicos y chicas de la clase de economía política se pusieron en pie cuando el maestro dijo que podían irse, y en un abrir y cerrar de ojos la escena que había estado absorbiendo mi atención desapareció, y me encontré mirando fijamente el rostro sonriente del Dr. Leete y haciendo un esfuerzo para imaginar cómo había llegado yo a estar donde estaba. Durante la mayor parte y toda la última parte de la sesión de la clase, la ilusión de estar realmente presente en el aula de la escuela había sido tan absoluta, y el interés del tema había sido tan absorbente, que había olvidado por completo el extraordinario dispositivo mediante el cual había sido capaz de ver y oír la reunión. Ahora, mientras la recordaba, mi mente regresó a su estado anterior, con un impulso de curiosidad sin límites por el electroscopio y los procesos mediante los cuales realiza sus milagros.

Habiéndome dado alguna explicación del funcionamiento mecánico del aparato y del modo en el cual servía como una prolongación del nervio óptico, el doctor continuó exhibiendo sus poderes a gran escala. Durante la siguiente hora, sin dejar mi sillón, di la vuelta al mundo, y supe por el testimonio de mis sentidos que la transformación que había ocurrido en Boston desde mi vida anterior era una simple muestra de la que había sufrido el mundo entero de los hombres. Sólo tenía que mencionar una gran ciudad o una localidad famosa en cualquier país para estar de inmediato presente allí en lo que a la vista y el oído concierne. Contemplé Nueva York, después Chicago, San Francisco y Nueva Orleans, encontrando cada una de estas ciudades totalmente irreconocible salvo por los rasgos naturales que

constituían su asentamiento. Visité Londres. Oí a los parisinos hablar francés y a los berlineses hablar alemán, y desde San Petersburgo fui al Cairo via Delhi. Una ciudad estaba bañada por el sol del mediodía; sobre la que visitaba a continuación, la luna, quizá, estaba saliendo y estaban apareciendo las estrellas; mientras la tercera estaba envuelta en el silencio de la medianoche. En París, recuerdo, estaba lloviendo a cántaros, y en Londres reinaba una niebla suprema. En San Petersburgo había una tormenta de nieve. Volviendo de la contemplación del cambiante mundo de los hombres al inmutable rostro de la Naturaleza, renové el conocimiento que antaño tenía de las maravillas de la Tierra—las atronadoras cataratas, las tormentosas costas del océano, las solitarias cimas de las montañas, los grandes ríos, los brillantes esplendores de las regiones polares, y los desolados parajes de los desiertos.

Mientras tanto, el doctor me explicaba que no sólo el teléfono y el electroscopio estaban siempre conectados con un gran número de estaciones permanentes que tomaban todas las escenas de especial interés, sino que por doquier en cualquier parte del mundo donde ocurriese un espectáculo o accidente de particular interés, se hacían conexiones especiales al instante, para que inmediatamente toda la humanidad pudiese ver por sí misma cuál era la situación sin necesidad de especiales artistas reales o presuntos sobre el lugar.

Con todas mis nociones de tiempo y espacio reducidas al caos, y casi ebrio de asombro, exclamé por fin:

"¡Ya no puedo soportar más de esto! Estoy empezando a dudar seriamente si estoy dentro o fuera de mi cuerpo."

Como una manera práctica de establecer esta cuestión, el doctor propuso un rápido paseo, porque no habíamos estado fuera de casa esa mañana.

"¿Hemos tenido bastante economía por hoy?" preguntó

mientras salíamos de casa, "o te gustaría asistir a la sesión de por la tarde de la que habló el maestro?"

Repliqué que naturalmente que desearía asistir.

"Muy bien," dijo el doctor; "sin duda será muy corta, ¿y qué te parece asistir en persona esta vez? Tendremos tiempo de sobra para nuestro paseo y podemos llegar fácilmente a la escuela antes de la hora, tomando un coche en cualquier punto. Considerando que es la primera vez que has usado el electroscopio, y no tienes la seguridad excepto por testimonio de éste de que exista realmente tal escuela o tales pupilos, visitar el lugar en persona quizá ayudaría a confirmar cualquier impresión que puedas haber recibido."

XXV. Los huelguistas

Poco después, mientras cruzábamos el Boston Common, absortos en nuestra conversación, una sombra cayó de lado a lado del camino, y mirando hacia arriba, vi elevándose por encima de nosotros un grupo escultórico de tamaño heroico.

"¿Quiénes son estos? exclamé"

"Si hay alguien que lo sepa, ese deberías ser tú," dijo el doctor. "Son contemporáneos tuyos que causaron bastante alboroto en tu época."

Pero, de hecho, sólo había sido una involuntaria expresión de sorpresa el que yo preguntase qué eran las figuras.

Dejadme que os diga, lectores del siglo veinte, lo que vi allá arriba sobre el pedestal, y reconoceréis el grupo mundialmente famoso. Hombro con hombro, como congregados para resistir un asalto, había tres figuras de hombres con el atuendo de la clase trabajadora de mi época. Estaban con la cabeza al descubierto, y sus camisas de textura gruesa estaban arremangadas por encima del codo y abiertas en el pecho, mostrando poderosos brazos y pectorales. Ante ellos, en el suelo, había un par de palas y un pico. La figura central, con la mano derecha extendida, con la palma hacia afuera, estaba apuntando hacia las rechazadas herramientas. Los brazos de los otros dos estaban flexionados sobre su pecho. Los rostros eran toscos y duros en su perfil y con una erizada barba descuidada. Sus expresiones eran de tenaz desafío, y con el entrecejo fruncido miraban fijamente al vacío que había ante ellos, con tal intensidad, que miré involuntariamente detrás de mi para ver qué estaban mirando. También había dos mujeres en el

grupo, con vestidos del mismo grueso tejido y los mismos rasgos que los hombres. Una estaba arrodillada ante el hombre que había a la derecha, elevando hacia éste un brazo con el que sujetaba un niño escuálido, mientras con el otro señalaba las herramientas que había a los pies del hombre, con un gesto suplicante. La segunda de las mujeres estaba tirando de las mangas del hombre de la izquierda como si le quisiese hacer retroceder, mientras con la otra mano se cubría los ojos. Pero los hombres no prestaban atención a las mujeres en absoluto, ni parecían, en su enconada ira, saber que estaban allí.

"¡Vaya," exclamé, "estos son huelguistas!"

"Sí," dijo el doctor, "esto es Los Huelguistas, la obra maestra de Huntington, considerada el mayor grupo escultórico de la ciudad y uno de los mayores del país."

"¡Esas personas están vivas!" dije.

"Es el testimonio de un experto," replicó el doctor. "Es una lástima que Huntington muriese demasiado pronto para oírlo. Le habría complacido."

Ahora bien, yo, en común con la clase rica y culta en general, de mi época, siempre había sentido desprecio y antipatía por los huelguistas, como metepatas, personas peligrosas que se entrometían sin ningún derecho en los planes de uno para arruinarlos, tan ignorantes de sus propios y mayores intereses, como temerarios respecto a los de los demás, y generalmente unos individuos infames, cuyas manifestaciones, en tanto que no eran violentas, no podían desafortunadamente ser reprimidas por la fuerza, pero deberían ser siempre condenadas, y sofocadas de inmediato con mano de hierro en cuanto que hubiese una excusa para que interviniese la policía. Entre los adinerados, había más o menos tolerancia con los reformadores sociales que, mediante un libro o mediante su voz, abogasen incluso por cambios económicos muy radicales, en tanto que observasen

los convencionalismos en la forma de hablar, pero para el huelguista había pocos apologistas. Desde luego, los capitalistas vaciaban sobre él los viales de su ira y rechazo, e incluso gente que pensaba que simpatizaba con la clase trabajadora agitaba su cabeza cuando se mencionaban las huelgas, considerándolas como calculadas más bien para dificultar que para ayudar a la emancipación del trabajo. Habiéndome criado con estos prejuicios, no puede parecer extraño que me desconcertase encontrar que tan poco prometedores sujetos habían sido seleccionados para estar en el lugar más destacado de la ciudad.

"No hay duda en cuanto a la excelencia del trabajo del artista," dije, "¿pero qué había en los huelguistas que os haya hecho escogerlos de entre la gente de nuestra generación, como objeto de veneración?"

"Vemos en ellos," replicó el doctor, "a los pioneros de la sublevación contra el capitalismo privado que dio lugar a la actual civilización. Les honramos como a quienes, como Winkelried, 'hicieron camino en pro de la libertad, y murieron.' Los reverenciamos como los protomártires de la industria cooperativa y la igualdad económica."

"Pero puedo asegurarle, doctor, que estos individuos, al menos en mi época, no tenían la más leve intención de sublevarse contra el capitalismo privado como sistema. Eran muy ignorantes y totalmente incapaces de captar un concepto tan grande. No tenían noción de cómo arreglárselas sin los capitalistas. Todo lo que imaginaban como posible o deseable era que sus empleadores los trataran un poco mejor, unos pocos céntimos más por hora, unos pocos minutos menos de trabajo por día, o quizá meramente el despido de algún capataz impopular. La mayoría de ellos tenían como objetivo alguna insignificante mejora en su situación, y para alcanzarla no dudaban en arrojar toda la maquinaria industrial al desorden."

"Todo lo cual conocemos perfectamente," replicó el doctor.

"Mira esos rostros. ¿Los ha idealizado el escultor? ¿Son caras de filósofos? ¿No dan la razón a tu afirmación de que los huelguistas, como los trabajadores en general, eran, por regla general, hombres ignorantes, de mente estrecha, que no comprendían las grandes cuestiones, e incapaces de una idea tan grande como el derrocamiento del inmemorial orden económico? Es totalmente cierto que hasta unos años después de que te quedases dormido, no comprendieron que su pelea era con el capitalismo privado y no con capitalistas individuales. En esta lentitud en caer en la cuenta del completo significado de su sublevación estuvieron precisamente a la par con los pioneros de todas las grandes revoluciones. Los "minutemen" de Concord y Lexington, en 1775, no comprendieron que apuntaban con sus fusiles contra la idea monárquica. Tampoco el tercer estado de Francia, cuando entró en la Convención en 1789, comprendió que su camino discurría por encima de las ruinas del trono. Los pioneros de la libertad inglesa, cuando comenzaron a resistirse a la voluntad de Carlos I, tampoco previeron, antes de terminar, que se verían obligados a tomar su cabeza. En ninguno de estos casos, sin embargo, la posterioridad ha considerado que la limitada visión de futuro de los pioneros en lo que respecta a las consecuencias completas de sus acciones redujese la deuda que el mundo tiene con su cruda iniciativa, sin la cual, el más completo triunfo nunca habría llegado. La lógica de la huelga significaba el derrocamiento de la conducta irresponsable de la industria, tanto si los huelguistas lo sabían como si no, y no podemos regocijarnos en las consecuencias de aquel derrocamiento sin honrarlos de un modo que muy probablemente, como das a entender, les sorprendería, si hubiesen podido saberlo, tanto como a ti. Permíteme que intente darte el punto de vista moderno acerca del papel jugado por sus originales." Nos sentamos en uno de los bancos que había delante de la estatua, y el doctor continuó:

"Mi querido Julian, ¿quiénes fueron, humildemente te pregunto, los primeros que hicieron que el mundo de tu

época cayese en la cuenta del hecho de que había una cuestión industrial, y que mediante sus patéticas manifestaciones en contra de la injusticia, mantuvieron la atención de la gente fija sobre esa cuestión hasta que fue resuelta? ¿Fueron vuestros hombres de estado, acaso vuestros economistas, vuestros eruditos, o cualquier otro de vuestros llamados sabios? No. Fueron justo aquellos individuos despreciados, ridiculizados, maldecidos, y objeto de carcajadas, que se encuentran allá arriba sobre aquel pedestal, que con sus continuas huelgas no dejaron que el mundo descansase hasta que su injusta situación, que era también la injusta situación de todo el mundo, se hizo justa. Una vez más, Dios escogió las cosas insensatas de este mundo para confundir al sabio, las cosas débiles para confundir al poderoso.

"Para comprender cuánto poder tuvieron estas huelgas para convencer a la gente de la intolerable perversidad y locura del capitalismo privado, debes recordar que los acontecimientos son los que enseñan a las personas, que los hechos tienen una influencia educativa más potente que cualquier cantidad de doctrina, y especialmente era así en una época como la tuya, cuando las masas no tenían casi ninguna cultura o capacidad para razonar. No faltaron en el periodo revolucionario hombres y mujeres cultos, que, con voz y pluma, se adhirieron a la causa de los trabajadores, y les mostraron el camino de salida; pero sus palabras bien podrían haber sido de poco provecho, de no ser por el tremendo énfasis con el cual fueron confirmadas por los hombres que hay ahí arriba, que pasaron hambre para demostrar que eran verdad. Esos individuos de aspecto rudo, que probablemente no podrían haber constuído una oración gramatical, mediante sus esfuerzos combinados estaban manifestando la necesidad de un sistema industrial radicalmente nuevo, mediante un argumento más convincente que el que la habilidad de ningún retórico podría formular. Cuando los hombres arriesgan su vida para resistir la opresión, como hicieron estos hombres, otros hombres se

ven obligados a prestarles atención. Sobre aquel pedestal hemos inscrito, donde ves el rótulo, las palabras que la acción del grupo que hay por encima parece decir a voces:

"No podemos aguantar más. Es mejor morir de hambre que vivir en los términos que nos imponéis. Nuestras vidas, las vidas de nuestras esposas y nuestros hijos, las ponemos contra vuestras ganancias. Si ponéis vuestro pie sobre nuestro cuello, os morderemos el talón!"

"Este era el grito," prosiguió el doctor, "de los hombres que habían llegado a estar desesperados a causa de la opresión, para quienes la existencia en medio del sufrimiento había llegado a no tener valor. Era el mismo grito que en forma diferente salvo en un sentido, había sido la contraseña de cada revolución que significó un avance para la humanidad—'Dadnos la libertad, o dadnos la muerte!' y nunca resonó con una causa tan adecuada, o hizo que el mundo cayese en la cuenta de una cuestión tan imponente, como en las bocas de estos primeros rebeldes en contra de la locura y la tiranía del capital privado.

"En tu época, lo sé, Julian," continuó el doctor en un tono más suave, "era costumbre asociar el valor con el sonido de las armas y la pompa y circunstancia de la guerra. Pero el eco del flautín y el tambor nos llega muy débilmente, y no nos conmueve en absoluto. El soldado tuvo su época, y murió para siempre junto con el ideal de la humanidad que él ejemplificó. Pero ese grupo de ahí significa un tipo de autosacrificio que nos atrae profundamente. Aquellos hombres, cuando dejaron caer las herramientas de su oficio, arriesgaron su vida tanto como soldados entrando en batalla, y encararon su suerte como desesperados, y no solamente en su propio nombre, sino en el de sus familias, de las que ningún país agradecido se ocuparía en caso de que ellos muriesen. El soldado avanzaba con música, y se sentía apoyado por el entusiasmo del país, pero aquellos otros estaban cubiertos por la ignominia y el público rechazo, y sus fracasos y derrotas eran saludados con aclamación general. Y

aun así no iban tras las vidas de otros, sino solamente iban tras poder vivir a duras penas; y aunque primero habían pensado en el bienestar propio, y de sus más allegados, aun así no menos estaban luchando en la batalla de la humanidad y la posteridad, atacando de la única manera que podían, y mientras todavía nadie más se atrevía a atacar en absoluto el sistema económico que tenía al mundo sujeto por la garganta, y que nunca relajaría su agarre a fuerza de palabras suaves, o mediante nada más flojo que los golpes que lo neutralizasen. El clero, los economistas y los pedagogos, habiendo dejado que estos hombres ignorantes buscasen como pudiesen la solución del problema social, mientras ellos se quedaban sentados cómodamente y negaban que hubiese ningún problema, eran muy volubles en su crítica de los errores de los trabajadores, como si fuese posible cometer cualquier error al buscar una salida del caos social, que pudiese ser tan fatuo o tan criminal como el error de no intentar buscar ninguna. Sin duda, Julian, he puesto palabras más delicadas en boca de esos hombres de ahí arriba que las que sus originales podrían jamás haber entendido, pero si el significado no estaba en sus palabras, estaba en sus hechos. Y por lo que hicieron, no por lo que dijeron, los honramos como protomártires de la república industrial de hoy en día, y traemos a nuestros hijos, para que puedan en gratitud besar los toscamente calzados pies de aquellos que hicieron el camino por nosotros."

Mi experiencia desde que me desperté en este año 2000 podría decirse que ha consistido en una sucesión de reajustes mentales instantáneos de carácter revolucionario, en los cuales lo que antes me había parecido malo se transformaba en bueno, y lo que antes me había parecido sabiduría se transformaba en insensatez. Si esta conversación acerca de los huelguistas hubiese tenido lugar en cualquier otra parte, toda esta nueva impresión que había recibido acerca del papel jugado por ellos en la gran revolución social de la cual compartía el beneficio, simplemente habría sido uno más de esos reajustes, y todo habría sido un proceso mental. Pero la

presencia de este asombroso grupo, la semejanza de las figuras con la vida misma, que crecía ante mi vista a medida que escuchaba las palabras del doctor, confirió una peculiar naturaleza personal—si se me permite que utilice el término—como reacción al sentimiento que experimentaba. Movidó por un irresistible impulso, me puse en pie, y, quitándome el sombrero, saludé a las adustas figuras, los originales vivientes de las cuales había injuriado junto con mis contemporáneos.

El doctor sonrió con solemnidad.

"Sabes, hijo mío," dijo, "¿no ocurre a menudo que el torbellino del Tiempo trae de vuelta su venganza de un modo tan dramático como este?"

XXVI. Comercio exterior bajo el sistema de la ganancia; protección y libre comercio, o entre el diablo y la mar profunda

Llegamos a la Escuela Arlington algo antes del comienzo del examen oral al que íbamos a asistir, y el doctor aprovechó la oportunidad para presentarme al maestro. Se mostró extremadamente interesado al saber que yo había asistido a la sesión de la mañana, y muy deseoso de saber algo acerca de mis impresiones. En cuanto al examen oral que se avecinaba, sugirió que si los miembros de la clase supiesen que tenían tan distinguido oyente, sería probable que pasasen vergüenza, y por consiguiente él no diría nada acerca de mi presencia hasta el final de la sesión, cuando tendría el ansiado privilegio de presentarme a sus pupilos personalmente. Él tenía la esperanza de que le permitiese hacer ésto, ya que para ellos sería el acontecimiento de su vida, cuya narración sus nietos no se cansarían nunca de escuchar. La entrada de los alumnos interrumpió nuestra conversación, y cuando el doctor y yo tomamos asiento en una galería, donde podríamos oír y ver sin ser vistos, comenzó de inmediato la sesión.

"Esta mañana," dijo el maestro, "nos hemos limitado, en pro de la claridad, a los efectos del sistema de la ganancia, sobre una nación o comunidad considerada como si estuviese sola en el mundo y sin relaciones con otras comunidades. No hay forma en la cual esas relaciones exteriores pudiesen actuar negativamente sobre ninguna de las leyes de la ganancia que resaltamos esta mañana, sino que actuarían para extender el efecto de esas leyes de muchas y muy interesantes formas,

y sin referencia alguna al comercio exterior nuestra crítica del sistema de la ganancia estaría incompleta.

"En los libros llamados de economía política, de nuestros antepasados, leemos muchísimo sobre las ventajas que para un país tiene el comercio internacional. Se suponía que era uno de los grandes secretos de la prosperidad nacional, y para los hombres de estado del siglo diecinueve parece haber sido de estudio preferente el establecer y extender el comercio exterior.—Ahora bien, Paul, ¿puedes hablarnos de la teoría económica en lo que a las ventajas del comercio exterior se refiere?"

"Se basa en el hecho," dijo el muchacho, Paul, "de que los países difieren en clima, recursos naturales, y otras condiciones, así que en algunos es completamente imposible o muy difícil producir ciertas cosas necesarias, mientras que es muy fácil producir ciertas otras cosas en mayor abundancia que lo que se necesita. En otros tiempos también hubo marcadas diferencias en el grado de civilización y la situación de la tecnología en países diferentes, lo que modificaba aún más su respectiva capacidad para la producción de riqueza. Siendo esto así, es obvio que puede resultar de mutuo provecho para los países intercambiar lo que pueden producir por lo que no pueden producir en absoluto o sólo con dificultad, y de este modo no meramente asegurarse muchas cosas sin las cuales deberían arreglárselas en otro caso, sino también incrementar enormemente la efectividad total de su industria aplicándola a las clases de producción más adecuadas para sus condiciones. Sin embargo, para que la gente de los respectivos países obtuviesen de hecho esta ventaja o cualquier ventaja del comercio exterior, sería necesario que los intercambios fuesen realizados en interés general con el propósito de dar a la gente en general el beneficio de dichos

intercambios, como se hace hoy en día, cuando el comercio exterior, como otras tareas económicas, es realizado por los gobiernos de los diversos países. Pero en aquella época no había, por supuesto, ninguna agencia nacional para realizar el comercio exterior. El comercio exterior, al igual que los procesos interiores de la producción y distribución, estaba dirigido por los capitalistas en base al sistema de la ganancia. El resultado era que todos los beneficios de esta teoría del comercio exterior, que suena tan bien, se anulaban totalmente o se volvían maldiciones, y las relaciones del comercio internacional de los países constituían meramente una extensa área para ilustrar los efectos perniciosos del sistema de la ganancia y su poder para transformar el bien en mal y 'cerrar las puertas de la misericordia a la humanidad.'"

Cómo las ganancias anulaban lo beneficioso del comercio

"Ilústranos, por favor, el funcionamiento del sistema de la ganancia, en el comercio internacional."

"Supongamos," dijo el chico, Paul, "que América pudiese producir grano y otros comestibles a precio muy barato y en mayores cantidades que las que la gente necesita. Supongamos, por el contrario, que Inglaterra pudiese producir comestibles sólo con dificultad y en pequeñas cantidades. Supongamos, sin embargo, que Inglaterra, por diversas causas, pudiese producir ropa y herramientas mucho más baratas y en más abundancia que América. En tal caso, parecería que ambos países ganarían si América intercambiase los comestibles que le son tan fáciles de producir, por la ropa y la herramientas que a Inglaterra le son tan fáciles de producir. El resultado parecería prometer una clara e igual ganancia para ambos pueblos. Pero esto es, desde luego, suponiendo que el intercambio se negociase mediante una agencia pública para beneficio de las respectivas poblaciones en general. Pero cuando, como en aquella época, el intercambio era negociado en su conjunto por capitalistas privados compitiendo por las ganancias privadas, a expensas de las comunidades, el resultado era totalmente diferente.

"El comerciante americano de grano que exportaba grano a Inglaterra se vería obligado, por la competencia con otros comerciantes americanos de grano, a bajar su precio lo más posible para el inglés, y para hacer eso, a reducir al mínimo posible el precio pagado al granjero americano que producía el grano. Y el comerciante americano no sólo debería vender a tan bajo precio como sus rivales americanos, sino que

también debería vender por debajo de los comerciantes de grano de otros países productores de grano, como Rusia, Egipto, y la India. Y ahora veamos cuánto beneficio recibía el pueblo inglés, del grano barato americano. Digamos que, debido al suministro exterior de comida, el coste de vivir caía un medio o un tercio en Inglaterra. Aquí parecería una gran ganancia seguramente; pero miremos el otro lado del asunto. Los ingleses deben pagar por su grano, suministrando a los americanos ropa y herramientas. Los fabricantes ingleses de estas cosas eran rivales justo como lo eran los comerciantes americanos de grano—cada uno estaba deseoso de capturar una parte del mercado americano, tan grande como pudiese. Deben por tanto, si es posible, vender por debajo de los rivales de su país. Además, al igual que los comerciantes de grano americanos, el fabricante inglés debe competir con sus rivales extranjeros. Bélgica y Alemania hacían herramientas y ropa muy baratas, y los americanos intercambiarían su grano por estos artículos con los belgas y los alemanes a no ser que los ingleses vendiesen más barato. Ahora bien, el principal elemento en el coste de hacer ropa y herramientas era los salarios pagados por el trabajo. Por consiguiente, cada fabricante inglés llevaría la carga de la presión sobre sus trabajadores para obligarlos a aceptar menores salarios para que pudiese vender por debajo de sus rivales ingleses y por debajo también de los fabricantes alemanes y belgas, que estaban intentando conseguir el mercado americano. Ahora bien, ¿puede vivir el trabajador inglés con un salario más bajo que antes? Claramente puede, porque su suministro de alimentos se ha abaratado en gran medida. De inmediato, por consiguiente, ve su salario forzado a la baja, tanto, como el suministro de comida ha abaratado su sustento, y así el trabajador se encuentra justo donde estaba antes de que comenzase el comercio con los americanos. Y ahora miremos de nuevo al granjero americano. Ahora está consiguiendo su ropa y herramientas importadas mucho más baratas que antes, y consecuentemente el precio más bajo al que puede permitirse vender el grano es considerablemente menor que antes de que comenzase el comercio con los ingleses— más

bajo, de hecho, en la cuantía que se ha ahorrado en sus herramientas y ropa. De esto, el comerciante de grano, desde luego, sacaba rápida ventaja, porque a no ser que pusiese su grano en el mercado inglés a más bajo precio que los otros comerciantes de grano, perdería su mercado, y Rusia, Egipto, y la India estaban preparadas para inundar Inglaterra con grano si los americanos no pudiesen ofertar por debajo de ellos, y entonces ¡adiós a la ropa y las herramientas baratas! Así que inmediatamente el precio que el granjero americano recibía por su grano bajaba hasta que la reducción absorbía todo lo que hubiese ganado por la importación de tejidos y herramientas a precio más barato, y a él, como a sus compañeros víctimas del otro lado del Atlántico—los trabajadores del hierro o los operarios de las fábricas—no le iba mejor que antes de que el mercado inglés hubiese sido sugerido.

"¿Pero le iba tan bien? ¿Al trabajador americano o al inglés le iba tan bien como antes de que comenzase el intercambio de productos, el cual, si se hubiese realizado correctamente, habría resultado tan enormemente beneficioso para ambos? Al contrario, a ambos por igual les iba claramente peor en aspectos importantes. De hecho, a cada uno le había ido bastante mal antes, pero el sistema industrial del que dependían, estando limitado por las fronteras nacionales, era comparativamente simple y falto de complejidad, auto—mantenido, y susceptible de alteraciones únicamente locales y transitorias, cuyo efecto podía ser estimado en cierta medida, y posiblemente remediado. Ahora bien, sin embargo, los operarios ingleses y los granjeros americanos habían llegado a depender por igual del delicado equilibrio de un complejo conjunto de ajustes internacionales susceptible en todo momento de perturbaciones que podrían llevarse su sustento, sin darles ni la más mínima satisfacción de entender por qué se han visto perjudicados. Los precios de su trabajo o de su producto ya no dependían, como antes, de los clientes locales establecidos y los estándares nacionales de vida, sino que habían llegado a ser objeto de

determinación mediante las despiadadas necesidades de una competencia mundial en la cual el granjero americano y el artesano inglés estaban forzados a ser rivales del campesino indio, el labrador egipcio, el medio famélico minero belga o el tejedor alemán. En épocas anteriores, antes de que el comercio internacional se generalizase, cuando una nación estaba abajo, otra estaba arriba, y siempre había una esperanza mirando a ultramar; pero las posibilidades que el desarrollo ilimitado del comercio internacional en base al sistema de la ganancia estaban abriendo ante la humanidad en la última parte del siglo diecinueve eran las de un estándar de vida mundial fijado por el nivel al cual la vida podía ser sostenida en el caso de los pueblos peor tratados. El comercio internacional ya estaba mostrándose como el instrumento mediante el cual la plutocracia mundial podría haber establecido pronto su dominio si la gran Revolución se hubiese demorado."

"En el caso del supuesto comercio recíproco entre Inglaterra y América, que has usado como ilustración," dijo el maestro, "has supuesto que la relación comercial era un intercambio de artículos en los mismos términos. En tal caso, parece que el efecto del sistema de la ganancia era hacer que a las masas de ambos países les fuese algo peor que como les hubiese ido sin el comercio exterior, siendo las ganancias tanto del lado americano como del inglés para el total provecho de los capitalistas fabricantes y comerciantes. Pero, de hecho, los dos países que estaban en una relación comercial, habitualmente no lo estaban en los mismos términos. Los capitalistas de uno de los países eran a menudo mucho más poderosos que los del otro, y tenían una organización económica a su servicio que era más fuerte o más experimentada. En ese caso ¿cuál era el resultado?"

"La desbordante competencia de los capitalistas del país más fuerte aplastaba las empresas de los capitalistas del país más débil, cuyo pueblo consecuentemente se hacía totalmente dependiente de los capitalistas exteriores para

muchos productos que de otro modo habrían sido producidos localmente para beneficio de los capitalistas locales, y en proporción a como los capitalistas del país dependiente se volvían económicamente incapaces de resistir, los capitalistas del país más fuerte regulaban a su placer los términos del comercio. Las colonias americanas, en 1776, fueron empujadas a la sublevación contra Inglaterra por la opresión resultante de una relación de ese estilo. El objetivo de la fundación de colonias, que era uno de los principales objetivos de los hombres de estado de los siglos diecisiete, dieciocho y diecinueve, era poner a nuevas comunidades en esta relación de vasallaje económico con los capitalistas de la metrópoli, quienes, habiendo pauperizado el mercado interior por sus ganancias, no veían posibilidades de tener más ganancias excepto ajustando sus ventosas sobre comunidades exteriores. Gran Bretaña, cuyos capitalistas eran los más fuertes de todos, era naturalmente el líder de esta política, y la principal finalidad de sus guerras y su diplomacia a lo largo de muchos siglos antes de la gran Revolución, era obtener tales colonias, y asegurarse, de las naciones más débiles, concesiones de comercio y asentamientos—pacíficamente si era posible, a cañonazos si era necesario."

"¿Cómo era la situación de las masas en un país reducido de este modo al vasallaje comercial por los capitalistas de otro país? ¿Era necesariamente peor que la situación de las masas del país superior?"

"Eso no era así en absoluto. No debemos olvidar que los intereses de los capitalistas y los de la gente no eran idénticos. La prosperidad de los capitalistas de un país de ningún modo implicaba prosperidad por parte de la población, ni a la inversa. Si las masas del país dependiente no hubieran sido explotadas por capitalistas extranjeros, lo habrían sido

por los capitalistas del país. Ambas, ellas y las masas trabajadoras del país superior eran igualmente herramientas y esclavos de los capitalistas, que no trataban a los trabajadores mejor por ser sus compatriotas que si hubiesen sido extranjeros. Eran los capitalistas del país dependiente, en vez de las masas, quienes sufrían por la supresión de empresas de negocio independientes."

Entre el diablo y la mar profunda

"Con eso basta, Paul.—Ahora te pediremos alguna información, Helen, en cuanto a un punto que las últimas palabras de Paul han sugerido. Durante los siglos dieciocho y diecinueve, nuestros antepasados rugían en agria controversia entre dos partidos en opinión y política, llamados a sí mismos, respectivamente, los Proteccionistas y los Partidarios del Libre Comercio, los primeros mantenían que estaba bien cerrar la competencia en el mercado de un país a los capitalistas extranjeros por medio de una tarifa sobre las importaciones, mientras que los segundos mantenían que no debería haber ningún obstáculo en absoluto en el camino del libre comercio. ¿Qué tienes que decir sobre los méritos de esta controversia?"

"Meramente," replicó la chica llamada Helen, "que la diferencia entre las dos políticas, en lo que afecta a la gente en general, se reduce a la cuestión de si preferían ser desplumados por capitalistas del país o extranjeros. Libre comercio era el grito de los capitalistas que se sentían capaces de aplastar a los de las naciones rivales si se les daba la oportunidad de competir con ellos. Protección era el grito de los capitalistas que se sentían más débiles que los de otras naciones, y tenían miedo de que sus empresas fuesen aplastadas y que les quitasen sus ganancias si se permitiese la libre competencia. Los Partidarios del Libre Comercio eran como un hombre que, viendo que su antagonista no es rival para él, reclama con atrevimiento una pelea libre y sin favor, mientras el Proteccionista era el hombre que, viéndose sobrepasado, pedía que llamasen a la policía. El Partidario del Libre Comercio sostenía que el derecho natural de los capitalistas, dado por Dios, para esquilar a la gente donde quiera que la encontrase, era

superior a las consideraciones de raza, nacionalidad, o fronteras. Los Proteccionistas, por el contrario, sostenían el derecho patriótico de los capitalistas a esquilar en exclusiva a sus compatriotas sin interferencia de capitalistas extranjeros. En cuanto a la masa de la gente, la nación en general, como Paul acaba de decir, era una cuestión indiferente si eran desplumados por los capitalistas de su propio país bajo la protección, o por los capitalistas de países extranjeros bajo el libre comercio. La literatura de la controversia entre los Proteccionistas y los Partidarios del Libre Comercio aclaraba esto muy bien. Fuese lo que fuese lo que los Proteccionistas no pudiesen demostrar, sí eran capaces de demostrar que la situación de la gente en los países donde había libre comercio era tan mala como en cualquier otra parte, y, por otro lado, los Partidarios del Libre Comercio eran igualmente concluyentes en las demostraciones que presentaban de que a la gente de los países protegidos, siendo iguales en otras cosas, no les iba mejor que a la de los países donde había libre comercio. La cuestión de Protección o Libre Comercio interesaba únicamente a los capitalistas. Para la gente, era elegir entre el diablo o la mar profunda."

"Pongamos un ejemplo concreto," dijo el maestro. "Tomemos el caso de Inglaterra. De entre todos los países del siglo diecinueve, era, sin punto de comparación, el que tenía más comercio exterior y dominaba más mercados exteriores. Si un gran volumen de comercio exterior bajo condiciones prácticamente dictadas por sus capitalistas fuese, bajo el sistema de la ganancia, una fuente de prosperidad nacional para un país, deberíamos esperar ver a la masa del pueblo británico de finales del siglo diecinueve disfrutando todos ellos de una extraordinaria felicidad y bienestar general en comparación con la de otros pueblos o cualquier pueblo anterior, porque nunca antes una nación había desarrollado tan inmenso comercio exterior. ¿Cuáles eran los hechos?"

"Era común," replicó la chica, "para nuestros antepasados,

con el modo impreciso y confuso en el que usaban los términos 'nación' y 'nacional', hablar de Gran Bretaña como nación rica. Pero sólo eran ricos sus capitalistas, unos cuantos miles de individuos entre unos cuarenta millones de personas. Estos acumulaban de hecho cantidades inmensas, pero el resto de los cuarenta millones—todo el pueblo, de hecho, salvo una fracción infinitesimal—estaba hundido en la pobreza. Se dice que Inglaterra tenía un problema de pobreza mayor y más desesperado que cualquier otra nación civilizada. La situación de sus masas trabajadoras no sólo era más horrible que la de muchos pueblos contemporáneos, sino que era, como lo demuestran las más cuidadosas comparaciones económicas, peor de lo que había sido en el siglo quince, antes de que se pensase en el comercio exterior. La gente no emigra de un país donde les va bien, pero el pueblo británico, forzado a irse por necesidad, había encontrado que el gélido Canadá y la zona tórrida eran más hospitalarios que su país natal. Como ilustración del hecho de que el bienestar de las masas trabajadoras no mejoraba de ningún modo cuando los capitalistas de un país dominaban los mercados exteriores, es interesante notar el hecho de que el emigrante británico era capaz de vivir mejor en las colonias inglesas cuyos mercados estaban completamente dominados por los capitalistas ingleses que si se hubiesen quedado en Inglaterra como empleados de esos capitalistas. Debemos recordar también que Malthus, con su doctrina de que lo mejor que le podría ocurrir a un trabajador era no nacer, era inglés, y basaba sus conclusiones muy lógicamente en sus observaciones de las condiciones de vida de las masas en ese país que había tenido más éxito que cualquier otro en cualquier época en monopolizar los mercados exteriores del mundo mediante su comercio.

"O," continuó la muchacha, "tomemos el caso de Bélgica, esa antigua tierra de mercaderes de Flandes, donde el comercio exterior había sido utilizado durante más tiempo y más continuamente que en cualquier otro país europeo. En la última parte del siglo diecinueve, se decía que la masa del

pueblo belga, la población que trabajaba en las condiciones más duras del mundo, estaba, por regla general, carente de una adecuada alimentación—en pocas palabras, en proceso de morirse de hambre lentamente. A ellos, como al pueblo de Inglaterra y al pueblo de Alemania, según se demostraba por medio de cálculos estadísticos sobre el asunto que han llegado hasta nosotros, les había ido económicamente mucho mejor durante el siglo quince y la primera parte del siglo dieciséis, cuando el comercio exterior apenas se conocía, que en el siglo diecinueve. Antes de que comenzase el comercio exterior en busca de ganancias, había una posibilidad de que una población pudiese obtener alguna parte de la riqueza de un país que estuviese en la abundancia, simplemente por la falta de salida para ella. Pero con el inicio del comercio exterior, bajo el sistema de la ganancia, esa posibilidad se desvaneció. Desde ese momento, todo lo bueno o deseable, por encima de lo que pudiera servir para la mínima subsistencia de los trabajadores, fue sistemática y exhaustivamente recogido por los capitalistas, para ser intercambiado con países extranjeros por oro y gemas, sedas, terciopelos, y plumas de avestruz, para los ricos. Como dijo Goldsmith:

"Por todo el mundo cada producto necesario vuela
Para todos los lujos el mundo provee."

"¿Con qué ha sido acertadamente comparada la lucha de las naciones del siglo diecinueve por hacerse con los mercados exteriores?"

"Con un concurso entre galeras tripuladas por esclavos, cuyos propietarios estuviesen compitiendo en una carrera para conseguir un premio."

"En semejante carrera, ¿a qué tripulación era probable que le fuese peor, a la de la galera ganadora o a la de la perdedora?"

"A la de la galera ganadora, por supuesto," replicó la chica,

"porque se supone que, siendo iguales otras condiciones, fue la más dolorosamente azotada."

"Justo así," dijo el maestro, "y en base al mismo principio, cuando los capitalistas de dos países luchaban por dar suministro en un mercado exterior, eran los trabajadores del grupo de capitalistas vencedores por quienes había que tener la mayor lástima, porque, siendo otras condiciones iguales, era probable que sus salarios hubiesen sido los más recortados y que su situación general fuese la que más se hubiese degradado."

"Pero dínos," dijo el maestro, "¿no había en los países que no tenían comercio exterior, casos de pobreza general tan grande como la que prevalecía en los países que has mencionado?"

"¡Dios mío, sí!" replicó la chica. "No era mi intención dar la impresión, en absoluto, de que porque la tierna merced de los capitalistas extranjeros era cruel, la de los capitalistas nacionales lo era menos. La comparación es meramente entre el funcionamiento del sistema de la ganancia a una mayor o menor escala. En tanto el sistema de la ganancia fuese mantenido, daría igual al final, si se contruyese un muro alrededor de un país y se dejase que la gente fuese explotada exclusivamente por capitalistas del país, o se tirase abajo el muro y se dejase entrar a los capitalistas extranjeros."

XXVII. Un sistema de intereses creados, hostil con el progreso

"Ahora, Florence," dijo el maestro, "con tu ayuda trataremos el tema que cierra nuestra reflexión sobre el sistema económico de nuestros antepasados—a saber, su hostilidad con la invención y el progreso. Ha sido nuestro penoso deber señalar los numerosos aspectos en los que nuestros respetados antepasados estaban extrañamente ciegos para ver el verdadero carácter y efecto de sus instituciones económicas, pero ningún ejemplo quizá es más sorprendente que este. Lejos de ver el necesario antagonismo entre capitalismo privado y la marcha del progreso, que está tan claro para nosotros, parecen haber creído sinceramente que su sistema era peculiarmente favorable al progreso de la invención, y que su ventaja a este respecto era tan grande como para ser una compensación por sus admitidos defectos éticos. Aquí hay indudablemente una amplia diferencia de opiniones, pero afortunadamente los hechos están tan bien autenticados que no tendremos dificultad en concluir qué punto de vista es correcto.

"El asunto se divide en dos ramas: Primero, el natural antagonismo entre el viejo sistema y los cambios económicos; y, segundo, el efecto del principio de la ganancia, de minimizar, si no anular por completo, lo beneficioso de aquellas mejoras económicas que fuesen capaces de vencer ese antagonismo hasta tal punto que lograsen introducirse.—Ahora, Florence, dinos qué había en el viejo sistema económico, el sistema del capitalismo privado, que le hacía opuesto por naturaleza a los cambios en los métodos."

"Era," replicó la chica, "el hecho de que constaba de intereses

creados independientes, sin ningún principio de coordinación o combinación, cuyo resultado era que el bienestar económico de cada individuo o grupo era completamente dependiente de su interés creado particular, sin considerar a los demás o el bienestar de todos."

"Por favor, haz resaltar lo que quieres decir, comparando nuestro moderno sistema con el capitalismo privado, en relación con el asunto del que hablas."

"Nuestro sistema está estrictamente integrado—es decir, nadie tiene ningún interés económico en ninguna parte o función de la organización económica, que sea diferente de su interés en cada una de las demás partes y funciones. Su único interés es el mejor resultado posible del conjunto. Tenemos nuestras diversas ocupaciones, pero sólo para que podamos trabajar del modo más eficiente para el fondo común. Podemos llegar a ser muy entusiastas acerca de nuestro cometido particular, pero en cuanto a nuestros sentimientos solamente, porque nuestros intereses económicos no son más dependientes de nuestra ocupación particular que de cualquier otra. Compartimos en términos de igualdad, el producto total, sea cual sea."

"¿Cómo afecta el carácter integrado de nuestro sistema económico a nuestra actitud hacia las mejoras o los inventos de cualquier clase en los procesos económicos?"

"Les damos la bienvenida con impaciencia. ¿Por qué no? Cualquier mejora de esta clase debe redundar necesariamente en provecho de cada uno de los que viven en la nación y en provecho de cada uno en términos de igualdad. Si la ocupación que se ve afectada por el invento resulta ser nuestro empleo particular, no perdemos nada, aunque haría que esa ocupación fuese totalmente superflua. En ese caso podríamos sentir un pesar un poco sentimental en cuanto a las viejas costumbres que dejaríamos atrás, pero eso es todo. Ningún interés sustancial de nadie se indentifica de ningún modo con una actividad más que con otra. Todos

estamos al servicio de la nación, y es el asunto e interés de la nación el procurar que cada uno tenga un nuevo trabajo tan pronto como su anterior ocupación se hace innecesaria para el bienestar general, y bajo ninguna circunstancia se ve afectada su tarifa de manutención. Desde su primera producción, cada nueva mejora en los procesos económicos es por consiguiente una pura bendición para todos. El inventor trae en su mano un regalo de mayor riqueza u ocio para todos los que vivimos en la Tierra, y no hay que maravillarse de que la gratitud de la gente haga de la recompensa del inventor lo más envidiable que un benefactor público puede ganar."

"Ahora, Florence, dinos de qué manera la multitud de diferentes intereses creados en los que consistía el capitalismo privado actuaba para producir un antagonismo hacia los inventos y las mejoras."

Cómo el progreso era antagonista de los intereses creados

"Como hemos dicho," replicó la chica, "el interés de cada uno estaba completamente confinado y ligado a la ocupación particular en la que estaba implicado. Si era un capitalista, su capital estaba embarcado en ello; si era un trabajador especializado, su capital era el conocimiento de algún oficio en particular o parte de algún oficio, y para su subsistencia dependía de la demanda de la clase de trabajo que había aprendido a hacer. Ni como capitalista ni como trabajador especializado, como empleador o empleado, tenía ningún interés económico o dependencia fuera de o mayor que su ocupación particular. Ahora bien, el efecto de cualquier idea nueva, invento, o descubrimiento con aplicación económica, es prescindir más o menos por completo del proceso anteriormente utilizado en esa esfera de actividad, y en esa medida destruir la base económica de las ocupaciones conectadas con ese asunto. Bajo nuestro sistema, como he dicho, eso no significa ninguna pérdida para nadie, sino simplemente un desplazamiento de trabajadores, con una ganancia neta en salud u ocio para todos; pero antaño significaba la ruina para aquellos que estaban involucrados en el cambio. El capitalista perdía su capital, su fábrica, sus inversiones, más o menos totalmente, y los trabajadores perdían su medio de vida y eran arrojados a lo que llamó usted muy bien la fría caridad del mundo—una caridad habitualmente muy por debajo de cero; y esta pérdida sin ningún reembolso o compensación de ninguna clase del público en general a cuenta de cualquier beneficio general que pudiese recibirse del invento. Era completa. Consecuentemente, el más beneficioso de los inventos era cruel como la muerte para aquellos que habían dependido, para vivir o para su ganancia, de las ocupaciones particulares

a las que afectaba.

"A los capitalistas les salían canas por el miedo a los descubrimientos que en un día pudiesen convertir sus costosas fábricas en hierros viejos que solamente valiesen como chatarra, y la pesadilla del trabajador especializado era alguna máquina que le quitase el pan de la boca a sus hijos al hacer que su empleador pudiese prescindir de sus servicios.

"Debido a esta división del campo económico en un conjunto de intereses creados personales y de grupo, sin coherencia o idea integradora, cada uno manteniéndose en pie o cayendo por sí mismo, cada paso en el avance de las artes y las ciencias era ganado únicamente a costa de una cuantiosa pérdida y ruina para partes particulares de la comunidad tal y como podría ser ocasionada por una plaga o peste. El camino que recorría la invención era de color blanco debido a los blanqueados huesos de innumerables hecatombes de víctimas. La hiladora reemplazó la rueca, y la hambruna acechó los pueblos ingleses. El ferrocarril suplantó la diligencia, y mil ciudades de las colinas murieron mientras otras tantas brotaban en los valles, y los granjeros del este se empobrecieron por la nueva agricultura del oeste. El petróleo sucedió al aceite de ballena, y cien puertos de mar se marchitaron. Se encontró carbón y hierro en el sur, y la hierba creció en las calles de los centros de fabricación de hierro del norte. La electricidad sucedió al vapor, y miles de millones de propiedades del ferrocarril se redujeron a polvo. Pero ¿de qué sirve alargar una lista que podría hacerse interminable? La regla era siempre la misma: cada invento importante traía un desastre sin compensación, a alguna porción de gente. Ejércitos de bancarrotas, multitudes de trabajadores forzados a vagabundear, un mar de sufrimiento de toda clase, constituían el precio que nuestros antepasados pagaban por cada paso de progreso.

"Después, cuando las víctimas habían sido enterradas o se las había echado fuera del camino, era costumbre entre nuestros antepasados celebrar estos triunfos industriales, y

en tales ocasiones, una cita común en boca de los oradores era una línea de un verso a tal efecto, que decía—

"La paz tiene sus victorias no menos renombradas que las de la guerra.

Los oradores no estaban acostumbrados a meditar sobre el hecho de que esas victorias que de una manera tan extraña llamaban paz, eran ganadas habitualmente a un coste en vidas humanas y sufrimiento tan grandes—sí, a menudo más grandes que—las de la llamada guerra. Todos hemos leído acerca de la pirámide de Tamerlán en Damasco, hecha con setenta mil calaveras de sus víctimas. Puede decirse que si las víctimas de los diversos inventos conectados con la introducción del vapor hubieran consentido contribuir con sus calaveras a un monumento en honor de Stevenson o Arkwright, habría empequeñecido el de Tamerlán hasta la insignificancia. Tamerlán era una bestia, y Arkwright era un genio enviado para ayudar a los hombres, aun así los espantosos malabarismos del sistema económico de los viejos tiempos hicieron que el benefactor causase tanto sufrimiento humano como el brutal conquistador. Ya era suficientemente malo cuando los hombres apedreaban y crucificaban a aquellos que venían a ayudarles, pero el capitalismo privado les hizo un ultraje todavía peor, transformando en maldiciones los dones que traían."

"¿Y los trabajadores y los capitalistas cuyos intereses estaban amenazados por el progreso de la invención tomaron medidas prácticas para resistirse a ese progreso y suprimir los inventos y los inventores?"

"Hicieron todo lo que pudieron en ese sentido. Si los trabajadores hubiesen sido lo bastante fuertes, habrían impuesto un veto absoluto a los inventos de cualquier clase tendentes a disminuir la demanda de mano de obra en sus respectivos oficios. Lo que ocurrió fue que hicieron todo lo que les fue posible para conseguirlo mediante dictado de los sindicatos y violencia callejera; y nadie puede culpar a esos

pobres hombres por resistir al máximo las mejoras que les dejaban sin los medios de subsistencia. Un revólver apenas habría sido más mortal, apuntando a los trabajadores de aquella época, que una máquina que ahorrara trabajo. En aquellos tiempos amargos, a un hombre arrojado fuera del empleo al que se había adecuado, le podían igualmente haber pegado un tiro, y si no hubiese sido capaz de conseguir ningún otro trabajo, como a muchos les pasaba, le habría ido mejor si le hubiesen matado en una batalla con el tambor y el pífano para animarle y la esperanza de una pensión para su familia. Únicamente, por supuesto, era el sistema del capitalismo privado y no la máquina de ahorrar trabajo lo que los trabajadores deberían haber atacado, porque con un sistema económico racional, la máquina habría sido completamente beneficiosa."

"¿Cómo se resistía el capitalismo a los inventos?"

"Principalmente por medios negativos, aunque mucho más efectivos que la violencia callejera que usaban los trabajadores. La iniciativa en todo, pertenecía a los capitalistas. Ningún inventor podía introducir un invento, no importa lo excelente que fuese, a no ser que pudiese conseguir capitalistas para que se ocupasen de él, y esto habitualmente no lo harían a no ser que el inventor renunciase en favor de ellos a la mayoría de sus esperanzas de obtener ganancias en base a su descubrimiento. Un obstáculo mucho más importante para la introducción de los inventos resultaba del hecho de que aquellos que habrían estado interesados en ocuparse de ellos eran aquellos que ya estaban en el negocio en el cual el invento era de aplicación, y su interés era, en la mayor parte de los casos, el suprimir una innovación que amenazaba con hacer obsoleta la maquinaria y métodos en los cuales su capital estaba invertido. El capitalista tenía que asegurarse por completo no sólo de que el invento era bueno en sí, sino también de que sería tan beneficioso para él personalmente como para compensar todo el daño a su capital existente, antes de

tocarlo. Cuando los inventos abolían por completo los procesos que habían sido la base para el cobro de la ganancia, para el capitalista a menudo era suicida adoptarlos. Si no podían suprimir tales inventos de cualquier otra manera, su costumbre era comprar todas las existencias y postergarlos indefinidamente. Tras la Revolución, se encontraron tantas de estas patentes que habían sido acaparadas y postergadas por los capitalistas en defensa propia, como para que hubiensen aparecido novedades en el mundo durante diez años si no se hubiese descubierto nada más. Uno de los más trágicos capítulos de la historia del viejo orden consistió en las dificultades, desaires, y decepciones durante toda la vida, contra las que los inventores tenían que luchar antes de que pudiesen introducir sus descubrimientos, y los fraudes mediante los cuales, en muchos casos, los capitalistas a través de los cuales obtenían la introducción, les estafaban sus ganancias. Estas historias parecen, de hecho, casi increíbles hoy en día, cuando la nación está alerta y ansiosa por fomentar y animar toda iniciativa del espíritu inventivo, y todo el que tenga cualquier clase de idea nueva puede solicitar de las oficinas de la administración, sin coste, que le salvaguarden su derecho de prioridad y le provean de todas los posibles medios de información, material, y aparatos para perfeccionar su idea."

"Considerando," dijo el maestro, "que estos hechos, en cuanto a la resistencia ofrecida por los intereses creados a la marcha del progreso, deben de haber sido incluso más obvios para nuestros antepasados que para nosotros, ¿cómo explicas la creencia en la que parecían haber estado sinceramente, de que el capitalismo privado como sistema era favorable a la invención?"

"Sin duda," replicó la chica, "era porque veían que cuando un invento era introducido, lo era bajo el patronazgo de los capitalistas. Esto era así necesariamente, por supuesto, porque toda iniciativa económica estaba confinada a los

capitalistas. Nuestros antepasados, observando que cuando los inventos eran introducidos, lo eran a través de la maquinaria del capitalismo privado, pasaban por alto el hecho de que habitualmente los capitalistas se prestaban a su avance sólo después de haber agotado su energía obstaculizando la invención. A este respecto, eran como niños que, viendo que el agua se vierte por el borde de una presa y no yendo a ninguna otra parte, llegasen a la conclusión de que la presa es una agencia para ayudar a que el río fluya en vez de ser una obstrucción que solamente deja fluir el agua cuando ya no puede retenerla."

* * *

"Nuestra lección," dijo el maestro, "tiene estricta relación sólo con los resultados económicos del viejo orden, pero a veces el tema sugiere aspectos de las antiguas condiciones sociales, demasiado importantes para pasar de largo sin mencionarlos. Hemos visto cuán obstructivo era el sistema de los intereses creados, que subyacía al capitalismo privado, para la introducción de mejoras e inventos en el campo económico. Pero había otro campo en el cual se ejercía la misma influencia con efectos verdaderamente mucho más importantes y desastrosos.—Dinos algo, Florence, acerca del modo en que el sistema del interés creado tendía a resistirse al avance de nuevas ideas en el campo del pensamiento, de la moral, la ciencia, y la religión."

"Antes de la gran Revolución," replicó la chica, "no siendo, como ahora, universal la más alta educación, sino estando limitada a un pequeño grupo, los miembros de este grupo, conocidos como las clases ilustradas y profesionales, necesariamente se convirtieron en los maestros y líderes morales e intelectuales de la nación. Moldeaban los pensamientos de la gente, los adaptaban a sus estándares, y a través de sus mentes dominaban sus intereses materiales y determinaban el curso de la civilización. Un poder semejante no está monopolizado ahora por ninguna clase, porque el alto nivel de la educación general haría imposible para ninguna

clase de meros hombres liderar a la gente ciegamente. Viendo, sin embargo, que semejante poder era ejercido en aquella época y que estaba limitado a una clase tan pequeña, era una cuestión en extremo vital que esta clase estuviese cualificada para asumir un deber tan responsablemente, con un espíritu de dedicación al bienestar general no sesgado por motivos que les desviasen. Pero bajo el sistema del capitalismo privado, que hacía que toda persona y grupo fuese dependiente económicamente de y estuviese exclusivamente preocupado por la prosperidad de aquello en lo que se ocupaba la persona o su grupo, este ideal era imposible de alcanzar. Las clases ilustradas, los maestros, los sacerdotes, escritores, y profesionales, solamente eran comerciantes después de todo, justo como los zapateros y los carpinteros, y su bienestar estaba absolutamente ligado a la demanda del conjunto particular de ideas y doctrinas que representaban, y la clase particular de servicios profesionales de los que obtenían su sustento al ejercitarlos. La línea de enseñanza o predicación de cada hombre era su interés creado—los medios de su subsistencia. Siendo eso así, los miembros de las clases ilustradas y profesionales se veían afectados por las innovaciones en sus ámbitos, precisamente como los zapateros o los carpinteros por los inventos que afectaban a sus oficios. De aquí se seguía necesariamente que cuando se sugería cualquier idea nueva en religión, en medicina, en ciencia, en economía, en sociología, y de hecho en casi cualquier campo del pensamiento, la primera pregunta que se hacía el grupo de los ilustrados implicados en ese campo y que obtenían su sustento de él, no era si la idea era tan buena y cierta que tendería al bienestar general, sino cómo afectaría inmediata y directamente al conjunto de doctrinas, tradiciones, e instituciones, con cuyo prestigio se identificaban sus intereses personales. Si era una nueva noción religiosa que se hubiese sugerido, los clérigos consideraban, en primer lugar, cómo afectaría a su secta y a su estatus personal en ella. Si era una idea médica nueva, el doctor preguntaba primero cómo afectaría su práctica a la escuela con la que él

se identificaba. Si era una teoría económica o social nueva, entonces todos aquellos cuyo capital profesional era su reputación como maestros en esa rama, se cuestionaban en primer lugar cómo la nueva idea concordaba con las doctrinas y tradiciones que constituían su especialidad. Entonces, debido a que cualquier idea nueva, casi como algo natural, debe actuar en descrédito de las ideas previas en el mismo campo, de aquí se sigue que el interés propio económico de las clases ilustradas se opondría instintivamente y casi invariablemente a la reforma o al avance del pensamiento en sus campos.

"Siendo humanos, apenas se les puede culpar por considerar involuntariamente con aversión las nuevas ideas en sus especialidades, más que al tejedor o al fabricante de ladrillos por resistirse a la introducción de los inventos calculados para quitarles el pan de la boca. Y aun así, consideremos qué tremendo, casi insuperable, obstáculo para el progreso humano representaba el hecho de que los líderes intelectuales de las naciones y los moldeadores del pensamiento de la gente, por su dependencia de intereses creados en las ideas establecidas, estaban predispuestos en contra del progreso por los más fuertes motivos del interés propio. Cuando pensamos adecuadamente en el significado de este hecho, ya no nos asombra la lentitud del avance humano en el pasado, sino más bien que haya habido avance alguno."

XXVIII. Cómo el sistema de la ganancia anulaba el beneficio de los inventos

"El asunto general de la hostilidad del capitalismo privado al progreso," prosiguió el maestro, "se divide, como he dicho, en dos ramas. Primero, el antagonismo por naturaleza entre un sistema de distintos y separados intereses creados y todos los cambios desestabilizadores que, cualquiera que sea su efecto final, deben ser directamente dañinos para esos intereses. Ahora te pediremos, Harold, que te ocupes de la segunda rama del asunto—a saber, el efecto del principio de la ganancia para minimizar, si no anular por completo, el beneficio para la comunidad, de tales inventos y mejoras que hayan sido capaces de vencer el antagonismo de intereses creados hasta el punto de conseguir introducirse. El siglo diecinueve, incluyendo el último cuarto del siglo dieciocho, estuvo marcado por el número asombroso y absolutamente sin precedentes de grandes inventos en los procesos económicos. ¿A qué fue debida esta explosión de genio inventivo?"

"A la misma causa," replicó el chico, "que explica el surgimiento del movimiento democrático y la idea de igualdad humana durante el mismo período—es decir, a la difusión de información entre las masas, que, llegando a ser algo general por primera vez, multiplicó por diez mil la fuerza del pensamiento de la humanidad, y, en el aspecto político del asunto, cambió el propósito de ese pensamiento, del interés de unos pocos al de muchos."

"Nuestros antepasados," dijo el maestro, "viendo que esta explosión de invención tuvo lugar bajo el capitalismo privado, supusieron que debía haber algo en ese sistema, que fuese peculiarmente favorable para el genio de la invención.

¿Tienes algo que decir sobre este punto, aparte de lo que ya se ha dicho?"

"Nada," replicó el muchacho, "salvo que por la misma regla deberíamos dar crédito a las instituciones de la realeza, la nobleza, y la plutocracia por la idea democrática que bajo su fomentadora influencia creció durante el mismo período para florecer en la gran Revolución."

"Creo que eso bastará en relación con ese punto," respondió el maestro. "Ahora te pediremos que nos digas algo más en particular de ese gran período de invención que comenzó en la última parte del siglo dieciocho."

Harold expone los hechos

"Desde los tiempos de la antigüedad hasta el último cuarto del siglo dieciocho," dijo el muchacho, "casi no hubo progreso en las ciencias mecánicas, salvo en lo que a la construcción de barcos y las armas respecta. Desde 1780, aproximadamente, empezaron a ocurrir una serie de descubrimientos de fuentes de energía, y su aplicación con propósitos económicos por medio de la maquinaria, que, durante el siglo siguiente, revolucionaron por completo las condiciones de la industria y el comercio. El vapor y el carbón significaron una multiplicación incalculable de la energía humana en la producción de riqueza. Para los propósitos industriales, no es excesivo decir que transformaron al hombre de pigmeo en Titán. Esos fueron, por supuesto solamente los mayores factores entre una innumerable variedad de descubrimientos por los cuales las prodigiosas economías del trabajo se vieron afectadas en cada detalle de los oficios por medio de los cuales la vida humana es mantenida y asistida. En agricultura, donde la Naturaleza, a la que no se le puede meter mucha prisa, es una gran compañera, y donde, por consiguiente, la parte del hombre está menos controlada que en otras ocupaciones, podría esperarse que el incremento de la energía productiva a través de la invención humana fuese mínima. Aun así, se ha estimado que la maquinaria agrícola, tal como se desarrolló en América a su máximo grado de perfección, había multiplicado por quince el producto del trabajador individual. En muchas clases de producción menos directamente dependientes de la Naturaleza, la invención durante este período había multiplicado la eficiencia del trabajo en un grado mucho mayor, desde cincuenta o cien veces hasta varios miles de veces, haciendo que un hombre fuese capaz de producir tanto como un pequeño ejército en cualquier

época anterior."

"Es decir," dijo el maestro, "parecería que mientras las necesidades del género humano no se incrementasen, su poder para suplir esas necesidades se había multiplicado indefinidamente. Este prodigioso incremento de la potencia de trabajo fue una clara ganancia neta para el mundo, tal, que no había nada en la historia previa de la humanidad que fuera comparable. Era como si Dios hubiese dado al hombre su poder notarial al completo, para dominar todas las fuerzas del universo, para servir al hombre. Ahora, Harold, supongamos que meramente te hubiesen dicho tanto como tú nos has dicho en relación a la multiplicación por cien del poder de la humanidad para producir riqueza que tuvo lugar en este periodo, y dejasen que fueses tú, sin mayor información, quien infiriese la magnitud del cambio a mejor en la situación de la humanidad que se seguiría de modo natural, ¿qué parecería razonable suponer?"

"No parecería arriesgado dar por sentado, como mínimo," replicó el chico, "que toda forma de infelicidad humana o imperfección resultante directa o indirectamente de la necesidad económica desaparecería por completo de la faz de la tierra. Que el mero significado de la palabra pobreza se habría olvidado, parecería algo natural de suponer, para empezar. Más allá de eso, podríamos ir e imaginar casi cualquier cosa que nos plazca en el sentido de la difusión universal del lujo. Los hechos aportados como base de la especulación justificarían los más descabellados ensueños de felicidad universal, tanto como la abundancia material pudiese directa o indirectamente ayudar a ello."

"Muy bien, Harold. Ahora sabemos qué esperar cuando nos digas a continuación cuáles son los hechos históricos en lo que se refiere al grado de mejora en la situación económica de la masa de la humanidad, que fue el resultado real de los grandes inventos de los siglos dieciocho y diecinueve. Consideremos la situación de las masas de gente en los países avanzados al final del siglo diecinueve, después de

que hubiesen disfrutado de los beneficios del carbón y del vapor, y de la mayoría de los demás inventos durante un siglo, más o menos, y comparándola con su situación, digamos, en 1780, danos una idea del cambio a mejor que había tenido lugar en su bienestar económico. Sin duda fue algo maravilloso."

"Fue motivo de muchísimo debate y cálculo minucioso," replicó el chico, "si en los países más avanzados había habido, tomando una clase con otra, y no teniendo en cuenta los meros cambios en la moda, alguna mejora auténtica en absoluto, en las bases económicas de la gran mayoría de la gente."

"¿Es posible que la mejora fuese tan pequeña que pudiese ponerse en duda si la había habido en absoluto?"

"Precisamente. En cuanto al pueblo inglés en el siglo diecinueve, Florence nos ha aportado los hechos al hablar de los efectos del comercio exterior. Los ingleses tenían no sólo un comercio exterior mayor que cualquier otra nación, sino que también habían hecho un uso más temprano y completo de los grandes inventos, que cualquier otro. Ella nos ha dicho que los sociólogos de la época no tuvieron dificultad para demostrar que la situación económica del pueblo inglés era más desdichada en la última parte del siglo diecinueve que en los siglos anteriores, antes de que se hubiese pensado en el vapor, y que esto era igualmente cierto para los pueblos de los Países Bajos, y las masas de Alemania. En cuanto a las masas trabajadoras de Italia y España, habían estado en mucha mejor situación económica en tiempos del Imperio Romano que en el siglo diecinueve. Si los franceses estaban un poco mejor en el siglo diecinueve que en el dieciocho, era totalmente debido a la distribución de la tierra efectuada por la Revolución Francesa, y de ningún modo a los grandes inventos."

"¿Qué ocurría en los Estados Unidos?"

"Si América," replicó el muchacho, "había mostrado una notable mejora en la situación de la gente, no sería necesario atribuirle al progreso de la invención, porque las maravillosas oportunidades de un país nuevo les habían dado un inmensa aunque necesariamente temporal ventaja sobre otras naciones. No parece, sin embargo, que hubiese mayor acuerdo en cuanto a si en América la situación de las masas había mejorado en su conjunto más que en el Viejo Mundo. En la última década del siglo diecinueve, con vistas a apaciguar el descontento de los asalariados y los granjeros, que estaba entonces comenzando a crecer hasta alcanzar un nivel de revolución, los agentes del Gobierno de los Estados Unidos publicaron elaboradas comparaciones de salarios y precios, en los cuales trataban de persuadir de que durante el siglo había habido un pequeño porcentaje de ganancia sobre el conjunto de la situación económica de los trabajadores especializados americanos. A esta distancia no podemos, naturalmente, criticar esos cálculos en detalle, pero, basándonos en la existencia del descontento popular, podemos tener una duda razonable acerca de la conclusión que decía que la condición de las masas había mejorado mucho, conclusión que publicaron con la vana esperanza de moderar dicho descontento. No parece arriesgado suponer que la gente estaba más al corriente de su situación que los sociólogos, y es cierto que era creciente la convicción de las masas americanas, durante las últimas décadas del siglo diecinueve, de que estaban perdiendo terreno económicamente y en peligro de hundirse en la degradada condición del proletariado y el campesinado del mundo antiguo y la Europa contemporánea. Contra los laboriosos recuentos de los apologistas del capitalismo, podemos aducir, como la superior y más convincente evidencia de la tendencia económica del pueblo americano durante la última parte del siglo diecinueve, signos de los tiempos tales como el crecimiento de la mendicidad y de los vagabundos hasta proporciones del Viejo Mundo, las enconadas sublevaciones de los asalariados, que mantenían una constante guerra industrial, y finalmente, la situación de bancarrota en la que

la población campesina se estaba hundiendo."

"Con eso basta, en cuanto a este punto," dijo el maestro. "En una comparación como esta, los pequeños márgenes y los puntitos de diferencia son impertinentes. Baste decir que si la infinita multiplicación del poder del hombre para producir riqueza, mediante el progreso inventivo, se hubiese desarrollado y distribuido con cualquier grado de inteligencia para el interés general, la pobreza habría desaparecido y la comodidad, si no el lujo, habría llegado a ser la situación universal. Siendo este un hecho tan claro y tan visible como el sol, no hace falta considerar los sutiles debates de los economistas en cuanto a si la situación de esta o aquella clase de las masas en este o aquel país era una pizca mejor o dos pizzas peor que antes. Basta decir, para el propósito del argumento, que nadie en ninguna parte de ningún país insinuaba que había habido una mejora lo bastante perceptible para al menos poderse considerar el principio de esa completa transformación de la situación humana hacia algo mejor, de la cual los grandes inventos, se admitía universalmente, contenían la total e inmediata promesa y potencia.

"Y ahora dínos, Harold, lo que nuestros antepasados decían acerca de este asombroso hecho—un hecho más maravilloso que los grandes inventos en sí mismos, a saber, su fracaso en que de dichos inventos resultase cualquier beneficio de consideración para la humanidad. Seguro que un fenómeno a la vez tan asombroso en sí mismo y que suponía una derrota semejante de las esperanzas de felicidad para la humanidad debe haber puesto a un mundo de seres racionales a especular de modo apasionado sobre cuál podría ser la explicación. Uno supondría que los hechos de este fracaso, a los cuales hicieron frente nuestros antepasados, habrían bastado para convencerles de que debía haber algo radical y horriblemente equivocado en un sistema económico que fuese responsable de dicho fracaso o que lo hubiese permitido, y que no habrían necesitado más argumentos para inducirles

a efectuar un cambio radical en dicho sistema."

"Uno pensaría así, ciertamente," dijo el chico, "pero no parecía que a nuestros bisabuelos se les ocurriese en absoluto cargar a su sistema económico con la responsabilidad del resultado. Como hemos visto, reconocían, como quiera que discutiesen en cuanto a porcentajes, que los grandes inventos habían fracasado en traer cualquier notable mejora en la condición humana, pero no parecía que nunca llegaran tan lejos como para preguntarse seriamente por qué esto era así. En los voluminosos trabajos de los economistas de la época no encontramos discusiones, mucho menos intento alguno de explicar, un hecho que bajo nuestro punto de vista relega a un segundo plano todas las demás características de la situación económica antes de la Revolución. Y lo extraño de todo ello es que su fracaso en obtener cualquier beneficio del progreso de los inventos, del que mereciese la pena hablar, de ningún modo parecía apagar el entusiasmo de nuestros antepasados respecto a los inventos. Parecían bastante intoxicados por el orgullo de sus logros, carentes de beneficio como habían resultado ser, y sus ensueños eran de más descubrimientos que pusiesen a su disposición las fuerzas del universo a un nivel todavía más asombroso. Ninguno de ellos aparentemente hacía una pausa para reflexionar que aunque Dios pudiese vaciar su preciosa casa, en beneficio de ellos, de todo el secreto de uso y de poder, a la humanidad no le iría una pizca mejor por ello, a no ser que ideasen alguna maquinaria económica por la cual estos descubrimientos pudiesen servir para el bienestar general de un modo más efectivo que antes. No parecían comprender que mientras persistiese la pobreza, todo nuevo invento que multiplicase el poder de producción de riqueza no era sino un cargo más contra su sistema económico en la acusación de imbecilidad tan grande como su iniquidad. Parece que pasaron por totalmente por alto el hecho de que hasta que sus poderosas máquinas no se dedicasen a incrementar el bienestar humano, eran y continuarían siendo meros curiosos juguetes científicos, sin mayor valor o utilidad real para la

humanidad que tantos de esos particularmente ingeniosos muñecos de cuerda. Esta locura en pos de cada vez más y mejores y mayores inventos con propósito económico, junto a la aparentemente completa indiferencia en cuanto a si la humanidad obtenía al final algún beneficio de ellos o no, solamente puede entenderse considerándola como una de esas extrañas epidemias de loca excitación que se sabe han afectado a poblaciones enteras en ciertos momentos, especialmente en la Edad Media. No tiene ninguna explicación racional."

"Bien puedes decirlo," exclamó el maestro. "¿De qué servía, de hecho, que se hubiese descubierto el carbón, cuando todavía había tantos hogares sin fuego como siempre? ¿De qué servía la maquinaria mediante la cual un hombre podía tejer tantas prendas como mil hombres un siglo antes, cuando había tantos seres humanos harapientos, temblando, como siempre? ¿De qué servía la maquinaria mediante la cual un granjero americano podía producir diez veces más comida que su abuelo, cuando había más casos de muertes por hambre y una proporción mayor de gente semi—alimentada y mal alimentada en el país que nunca antes, y hordas de sin techo, desesperados vagabundos cruzando el país, mendigando pan en cada puerta? Estos antepasados nuestros habían inventado barcos de vapor que eran milagros, pero su ocupación principal era transportar pobres, de países donde habían sido reducidos a la mendicidad a pesar de la maquinaria que ahorraba trabajo, a nuevos países donde, tras un corto espacio, serían inevitablemente reducidos a la mendicidad otra vez. Hacia la mitad del siglo diecinueve, el mundo se volvió loco con la invención de la máquina de coser y la carga que retiraba de los hombros de la humanidad. Aun así, cincuenta años después, la tarea de fabricar ropa, que se había esperado que sufriese una revolución en el mejor de los sentidos, había llegado a ser una esclavitud tanto en

América como en Europa, que, bajo el nombre de 'sweating system,' escandalizaba incluso a aquella dura generación. Tenían cerillas de lucifer en vez de pedernal y acero, keroseno y electricidad en vez de velas y aceite de ballena, pero los espectáculos de escualidez, miseria, y degradación sobre los que brillaba la luz eran los mismos, y tan solo tenían el peor aspecto bajo ella. Qué pocos mendigos se veían deambulando por América en el primer cuarto del siglo diecinueve, mientras que en el último cuarto robaban su transporte en los trenes arrastrados por máquinas de vapor, pero había cincuenta veces más mendigos. El mundo viajaba a más de cien kilómetros por hora en vez de a diez o veinte como a principios del siglo, pero no había ganado un centímetro a la pobreza, que se aferraba a él como la sombra al corredor."

Helen da la explicación de los hechos

"Ahora Helen," prosiguió el maestro, "queremos que nos expliques los hechos que Harold ha hecho resaltar con tanta claridad. Queremos que nos digas por qué la situación económica de la humanidad apenas obtenía una ventaja perceptible como mucho, si acaso, de un progreso de la inventiva que por su infinita multiplicación de la energía productiva debería, por toda regla de la razón, haber transformado completamente en el mejor sentido la situación económica de la humanidad y desterrado por completo de la tierra la miseria. ¿Qué había en el viejo sistema del capitalismo privado que explicase un fiasco tan tremendo?"

"Era el funcionamiento del principio de la ganancia," replicó la chica, Helen.

"Procede con la explicación, por favor."

"Los grandes inventos económicos de los que Harold ha estado hablando," dijo la chica, "eran de la clase de lo que se llamaba máquinas y dispositivos que ahorran trabajo—es decir, hacían que un hombre fuese capaz de producir más que antes con el mismo trabajo, o producir lo mismo que antes con menos trabajo. Bajo una administración colectiva de la industria en interés general igual que nosotros, el efecto de cualquiera de tales inventos sería incrementar el resultado total para ser compartido en términos de igualdad por todos, o, si la gente lo prefiriese así y lo votase, la producción seguiría siendo la que era, y el ahorro de trabajo sería adecuadamente repartido como un dividendo de ocio para ser disfrutado por igual por todos. Pero bajo el viejo sistema no había, por supuesto, ninguna administración colectiva. Los capitalistas eran los administradores, siendo las únicas personas capaces de realizar operaciones

extensivas o tomar iniciativas en empresas económicas, y en lo que hacían o no hacían, no consideraban el interés público o la ganancia general, sino su propio beneficio solamente. El único motivo que podría inducir a un capitalista a adoptar un invento era la idea de incrementar sus ganancias, ya sea obteniendo una mayor producción al mismo coste laboral, ya sea obteniendo la misma producción reduciendo el coste laboral. Consideremos el primer caso. Supongamos que un capitalista, adoptando maquinaria que ahorra trabajo, calculase que se quedaría con todos sus empleados y haría aumentar sus ganancias produciendo más con el mismo coste laboral. Ahora bien, cuando un capitalista se proponía incrementar su producción sin la ayuda de una máquina, tenía que contratar a más trabajadores, a quienes debía pagar salarios que después gastarían en comprar los productos en el mercado. En ese caso, por cada incremento de producto había algún incremento, aunque en absoluto igual, en el poder de compra de la comunidad. Pero cuando el capitalista incrementaba su producto con ayuda de maquinaria, sin incrementar el número de trabajadores empleados, no había el correspondiente incremento en el poder de compra por parte de la comunidad para compensar el incremento de producto. Una cierta cuantía del poder de compra iba, de hecho, a los salarios para los mecánicos que construían las máquinas que ahorraban trabajo, pero era pequeña en comparación con el incremento de la producción que el capitalista esperaba fabricar por medio de la maquinaria, de otro modo no tendría sentido para él comprar la máquina. El incremento de producción tendería directamente, por consiguiente, a incrementar aún más el exceso de productos en el mercado, donde siempre hay exceso de productos; y si un número considerable de capitalistas introdujese maquinaria del mismo modo, el exceso se intensificaría transformándose en una crisis y una detención general de la producción.

"Para evitar o minimizar semejante desastre, los capitalistas podían tomar una de dos medidas. Podían, si optaban por

ello, reducir el precio de la producción que habían incrementado gracias a las máquinas, para que el poder de compra de la comunidad, que había permanecido estacionario, pudiese absorberla al menos casi como había absorbido la menor cantidad de producto cuando tenía un precio mayor, antes de que se introdujese la maquinaria. Pero si los capitalistas hacían esto, no obtendrían ninguna ganancia adicional en absoluto de la adopción de la maquinaria, yendo todo el beneficio a la comunidad. Apenas hace falta decir que éste no era el motivo por el cual los capitalistas estaban en el negocio. La otra medida a su alcance era mantener su producción tal y como era antes de introducir las máquinas, y realizar su ganancia despidiendo trabajadores, ahorrándose de este modo el coste del producto a costa del trabajador. Ésta era la medida que se tomaba más comunmente, porque el exceso de mercancías era generalmente tan amenazador que, salvo cuando los inventos abrían campos completamente nuevos, los capitalistas tenían cuidado de no incrementar mucho su producción. Por ejemplo, si la máquina capacitaba a un hombre para hacer el trabajo de dos, el capitalista despediría a la mitad de sus trabajadores, metiéndose en su bolsillo el ahorro del coste del trabajo, y todavía produciría tantas mercancías como antes. Además, este plan tenía otra ventaja. Los trabajadores despedidos inflaban el número de los desempleados, que competirían unos contra otros ofertando salarios más bajos para tener una oportunidad de trabajar. La incrementada desesperación de esta competición hacía posible de inmediato que los capitalistas redujesen los salarios de la mitad de su fuerza laboral inicial, la que todavía retenía. Ese era el resultado habitual de la introducción de la maquinaria que ahorra trabajo: Primero, el despido de trabajadores, luego, después de cierto tiempo, reducía los salarios de los que no habían sido despedidos."

"Si te he entendido, entonces," dijo el maestro, "el efecto de los inventos que ahorraban trabajo era incrementar la producción sin un correspondiente incremento en el poder de

compra de la comunidad, agravando de ese modo el exceso de mercancías, o si no, verdaderamente disminuir el poder de compra de la comunidad, a través de los despidos y reducciones de salarios, mientras la producción permanecía igual que antes. Es decir, el resultado neto de la maquinaria que ahorraba trabajo era incrementar la diferencia entre la producción y el consumo de la comunidad, que se quedaba en manos de los capitalistas como ganancia."

"Precisamente. El único motivo que los capitalistas tenían para introducir maquinaria que ahorraba trabajo era retener de la producción, como ganancia, una parte mayor que antes, recortando la parte del trabajo—es decir, la maquinaria que ahorraba trabajo, que debería haber desterrado la pobreza del mundo, se convirtió bajo el sistema de la ganancia en el medio para empobrecer a las masas más rápidamente que nunca."

"¿Pero la competencia entre capitalistas no les obligaba a sacrificar una parte de ese incremento de ganancias al reducir los precios para deshacerse de sus artículos?"

"Indudablemente; pero tales reducciones en el precio no incrementarían el poder de compra de la gente excepto si saliesen de las ganancias, y, como nos explicó John esta mañana, cuando los capitalistas se veían forzados a reducir sus precios por la competencia, salvaban sus ganancias mientras fuera posible compensando las reducciones en precio rebajando la calidad de las mercancías o recortando los salarios hasta que al público y a los asalariados ya no se les podía estafar ni estrujar más. Sólo entonces comenzaban a sacrificar ganancias, y era demasiado tarde para que los empobrecidos consumidores respondieran incrementando el consumo. Como John nos dijo, siempre era en los países donde la gente era más pobre, donde los precios eran los más bajos, pero sin beneficio para la gente."

El granjero americano y la maquinaria

"Y ahora," dijo el maestro, "quiero preguntarte algo acerca del efecto de los inventos que ahorraban trabajo, sobre una clase de los supuestos capitalistas que constituían la mitad del pueblo americano—quiero decir los granjeros. En la medida que eran propietarios de sus granjas y herramientas, no obstante cargadas de deudas e hipotecas, eran técnicamente capitalistas, aunque eran víctimas de los capitalistas como lo eran los trabajadores proletarios, y totalmente dignos de compasión como éstos. Los inventos que ahorraban trabajo, en el siglo diecinueve en América, eran algo simplemente maravilloso, haciendo que un hombre, como hemos estado diciendo, fuera capaz de hacer el trabajo que hacían quince en el siglo anterior. Sin embargo, el granjero americano se estaba yendo directamente a la ruina a medida que estos inventos estaban siendo introducidos. Ahora bien, ¿cómo explicas esto? ¿Por qué el granjero, siendo una clase de capitalista, no apilaba sus ganancias gracias a la maquinaria que ahorraba trabajo, como hacían los otros capitalistas?"

"Como hemos dicho," replicó la chica, "las ganancias obtenidas merced a la maquinaria que ahorraba trabajo resultaban del incremento de productividad del trabajo empleado, de este modo haciendo posible que el capitalista obtuviese una mayor producción con el mismo coste laboral o una producción igual con un menor coste laboral, siendo despedidos los trabajadores suplantados por la máquina. La cuantía de ganancias dependía por consiguiente de la escala del negocio realizado—esto es, el número de empleados y la consecuente cifra que el coste laboral representaba en el negocio. Cuando la actividad del granjero era realizada a muy grande escala, como era en las llamadas granjas "bonanza"

en los Estados Unidos de aquel periodo, que consistían en unas diez mil hectáreas de terreno, los capitalistas que las dirigían tenían durante un tiempo grandes ganancias, que eran debidas directamente a las máquinas que ahorraban trabajo, y que habrían sido imposible sin ellas. Estas máquinas les permitían poner en el mercado una cantidad de producto inmensamente mayor con un pequeño incremento del coste laboral, o si no, la misma cantidad de producto con una gran disminución del coste laboral. Pero la masa de los granjeros americanos operaba a pequeña escala únicamente y empleaba muy pocos trabajadores, haciendo en gran medida su propio trabajo. Por consiguiente, podían obtener muy pocas ganancias, si acaso, al utilizar maquinaria que ahorraba trabajo, despidiendo a los empleados. La única manera en que podían utilizarla no era recortando los gastos de su producción, sino incrementando la producción mediante un incremento de la eficiencia de su propio trabajo. Pero considerando que no había entretanto incremento en el poder de compra de la comunidad en general, no había más dinero demandando sus productos que antes, y consecuentemente si todos los granjeros en general, mediante maquinaria que ahorraba trabajo, incrementasen su producción, solamente podrían deshacerse de la suma total de su producción a un precio reducido, así que al final no conseguirían más por la gran producción que por la más pequeña. De hecho, no conseguirían tanto, porque el efecto de incluso un pequeño excedente en manos de débiles capitalistas que no podían quedarse con él, sino que debían presionar para su venta, traía como consecuencia la reducción del precio en el mercado, fuera de toda proporción con el montante del excedente. En los Estados Unidos, la masa de estos pequeños granjeros era tan grande, y su presión para vender tan desesperada, que en la última parte del siglo destruyeron el mercado no sólo para sí mismos sino finalmente incluso para los grandes capitalistas que dirigían las grandes granjas."

"La conclusión es, entonces, Helen," dijo el maestro, "que el

efecto neto de la maquinaria que ahorra trabajo, sobre la masa de pequeños granjeros de los Estados Unidos fue ruinoso."

"Indudablemente," replicó la chica. "Este es un caso en el cual los hechos históricos confirman absolutamente la teoría racional. Gracias al sistema de la ganancia, los inventos que multiplicaban por quince el poder productivo del granjero, causaron su bancarrota, y en tanto el sistema de la ganancia fuese mantenido, no había ayuda para él."

"¿Eran los granjeros la única clase de pequeños capitalistas que fueron perjudicados en vez de ayudados, por la maquinaria que ahorra trabajo?"

"La regla era la misma para todos los pequeños capitalistas, no importa el negocio en el cual estuviesen implicados. Su base, como he dicho, era el hecho de que la ventaja a ganar por los capitalistas al introducir maquinaria que ahorra trabajo estaba en proporción al número de trabajadores que la maquinaria les permitía despedir—es decir, dependía de la escala de su negocio. Si la escala de las operaciones del capitalista era tan pequeña que no podía ahorrarse mucho por la reducción del coste laboral al introducir la maquinaria, entonces la introducción de tal maquinaria le ponía en una aplastante desventaja en comparación con los capitalistas más grandes. La maquinaria que ahorra trabajo era de este modo una de las más poderosas influencias que hacia el final del siglo diecinueve hacía imposible que los pequeños capitalistas compitiesen en ningún campo con los grandes, y ayudó a concentrar el dominio económico del mundo en cada vez menos manos."

"Supón, Helen, que la Revolución no hubiese llegado, que la maquinaria que ahorra trabajo hubiese continuado siendo inventada tan rápidamente como siempre, y que la consolidación de los intereses de los grandes capitalistas, ya presagiado, se hubiese completado, de modo que las ganancias despilfarradas en competir entre ellos hubiesen

cesado, ¿cuál habría sido el resultado?"

"En ese caso," replicó la chica, "toda la riqueza que había sido despilfarrada en rivalidad comercial habría sido gastada en lujos, además de la que había sido gastada de ese modo anteriormente. La nueva maquinaria, año tras año, habría continuado haciendo posible que una fracción cada vez más pequeña de la población produjese todo lo necesario para el sustento de la humanidad, y el resto del mundo, incluyendo la gran masa de trabajadores, habría encontrado empleo en trabajo improductivo para proveer de los materiales del lujo a los ricos o en servicios personales para ellos. El mundo se habría dividido entonces en tres clases: la casta de los amos, muy limitada en número; un inmenso grupo de trabajadores improductivos empleados en atender el lujo y la pompa de la casta de los amos; y un pequeño grupo de trabajadores estrictamente productivos, que, debido a la perfección de la maquinaria, serían capaces de proveer de todo lo necesario para las necesidades de todos. No hace falta decir que todos, salvo los amos, estarían en el punto mínimo en cuanto a sus medios de subsistencia. Los imperios decadentes de los tiempos antiguos han presentado a menudo tales espectáculos de esplendor imperial y aristocrático, a cuyo abastecimiento y mantenimiento se dedicaba el trabajo de hambrientas naciones. Pero ningún espectáculo semejante que se haya visto jamás en el pasado habría sido comparable con el que habría contemplado el siglo veinte si la gran Revolución hubiese permitido que el capitalismo privado completase su evolución. En épocas anteriores, la gran masa de la población había estado necesariamente empleada en trabajo productivo para abastecer las necesidades del mundo, así que la porción de la fuerza laboral disponible para el servicio de la pompa y los placeres del amo, como trabajadores improductivos, había sido siempre relativamente pequeña. Pero en el imperio plutocrático que estamos imaginando, el genio de la invención, a través de la maquinaria que ahorra trabajo, habría hecho posible que los amos dedicasen una mayor proporción de su sumisa población

al directo servicio de su estatus y lujo, que la que había sido posible bajo cualquiera de los despotismos históricos. El horrendo espectáculo de los hombres entronizados como dioses por encima de abyectas e idólatras masas, que Asiria, Egipto, Persia, y Roma exhibieron en su día, habría sido eclipsado."

"Con eso basta, Helen," dijo el maestro. "Con tu testimonio cerramos nuestra crítica del sistema económico del capitalismo privado que la gran Revolución abolió para siempre. Hay, por supuesto, una multitud de otros aspectos y ramificaciones del asunto que podríamos tratar, pero el estudio sería tan poco provechoso como deprimente. Creo que hemos cubierto los puntos esenciales. Si entendéis por qué y cómo las ganancias, la renta, y los intereses operaban para limitar el poder de consumo de la mayoría de la comunidad, haciéndolo una parte fraccionaria de su poder productivo, lesionándolo a su vez correspondientemente, habéis descubierto el secreto de la pobreza del mundo antes de la Revolución, y de la imposibilidad de cualquier mejora importante o duradera, tuviese el origen que tuviese, en las circunstancias económicas de la humanidad, hasta y a no ser que al capitalismo privado, del cual el sistema de la ganancia, junto con la renta y el interés, eran partes necesarias e inseparables, se le pusiese punto final."

XXIX. Recibo una ovación

"Y ahora," continuó el maestro, mirando hacia la galería donde el doctor y yo habíamos estado sentados sin ser vistos, "tengo una gran sorpresa para vosotros. Entre los que han escuchado vuestro examen oral de hoy, tanto por la mañana como por la tarde, se encontraba un cierto personaje cuya identidad deberíais ser capaces de inferir cuando os diga que, de todas las personas que hay ahora en la tierra, él es absolutamente el mejor capacitado, y el único completamente capacitado, para juzgar cuán certera ha sido vuestra descripción de las condiciones del siglo diecinueve. Por temor a que haberlo sabido hubiese perturbado vuestra ecuanimidad, me he abstenido de deciros, hasta este momento, que está presente entre nosotros esta tarde un distinguido visitante, nada menos que Julian West, y que con gran amabilidad ha consentido en permitirme que os presente."

Había accedido, bastante a regañadientes, a la petición del maestro, no estando deseoso de exponerme innecesariamente a la curiosidad mirándome fijamente. Pero todavía tenía que conocer a los chicos y chicas del siglo veinte. Cuando vinieron hasta mi, era fácil ver en los melancólicos ojos de las chicas y los conmovidos rostros de los chicos cuán profundamente sus imaginaciones estaban agitadas por lo que mi presencia les sugería, y cuán lejos su sentimiento estaba de una común o frívola curiosidad. El interés que mostraban en mi era tan completa y delicadamente comprensivo que no habría ofendido al temperamento más sensible.

Esta había sido de hecho la actitud de todas las personas de edad madura con quienes me había reunido, pero apenas

habría esperado la misma consideración de los niños de una escuela. Parecía que no había considerado suficientemente la influencia sobre los modales que la atmósfera de refinamiento que rodea a los niños de hoy desde la cuna, tiene sobre ellos. Estos jóvenes nunca han visto la grosería, la rudeza, o la brusquedad por parte de nadie. Nunca se había abusado de su confianza, ni herido su simpatía, o excitada su sospecha. No habiendo imaginado nunca una cosa semejante a una persona socialmente superior o inferior a ellos, nunca habían aprendido ninguna clase de formalismos. No habiendo tenido nunca la ocasión para crear una impresión falsa o engañosa o para lograr nada a través de ello, era natural que no supiesen lo que era la afectación.

Verdaderamente, esas consecuencias secundarias, esas consecuencias sociales y morales de la igualdad económica, para crear una atmósfera noble en las relaciones humanas, son lo que, después de todo, ha sido la gran contribución que el principio ha hecho por la felicidad humana.

Inmediatamente me vi hablando y bromeando con los jóvenes con tanta facilidad como si los hubiese conocido de siempre, y entre su interés en lo que les contaba de las escuelas de los viejos tiempos, y mi deleite en sus inocentes comentarios, pasé una hora sin darme cuenta. La juventud siempre es inspiradora, y la atmósfera de estas vidas frescas, hermosas, ingeniosas, era como bañarme en vino.

¡Florence! ¡Esther! ¡Helen! ¡Marion! ¡Margaret! ¡George! ¡Robert! ¡Harold! ¡Paul!—Nunca olvidaré ese un grupo de chicas con ojos de estrella y espléndidos muchachos, en quienes conocí por primera vez a los chicos y chicas del siglo veinte. ¿Es posible que Dios envíe almas más dulces a la tierra ahora que el mundo es mucho más adecuado para ellas?

XXX. Lo que significa la cultura universal

Era una de esas tardes del "Indian summer" cuando parece impío no aprovechar la ocasión de pasar una hora perdida disfrutando de ella. No teniendo ninguna prisa, el doctor y yo alquilamos un coche a motor para dos en la siguiente estación, y nos dirigimos a casa en términos generales, dándonos el gusto de tomar tantos desvíos por el camino como complaciera a nuestra imaginación. Poco después, mientras rodábamos silenciosamente por las suaves calles, por donde las hojas se esparcían desde las columnatas de árboles que las bordeaban, comencé a proferir exclamaciones en relación a la precocidad de los niños de la escuela, que a la edad de trece o catorce años eran capaces de manejar temas habitualmente reservados en mi época a los institutos superiores y las universidades. El doctor arrojó la luz sobre ello.

"La economía política," dijo, "desde el momento en que el mundo adoptó el plan de igual reparto del trabajo y de sus resultados, se convirtió en una ciencia tan sencilla que cualquier niño que sepa cómo dividir adecuadamente una manzana y repartirla entre sus hermanitos ha llegado a dominar su secreto. Por supuesto, señalar las falacias de una falsa economía política es un asunto muy sencillo también, cuando uno solamente tiene que compararla con la verdad.

"En cuanto a la precocidad intelectual en general," prosiguió el doctor, "no creo que sea particularmente perceptible en nuestros niños, en comparación con los de tu época. Ciertamente no hacemos ningún esfuerzo para desarrollarla. Un niño que fuese brillante en la escuela a la edad de doce años en el siglo diecinueve podría compararse bastante bien en sus conocimientos con un niño corriente de doce años de

nuestras escuelas. Sería al compararlos diez años más tarde cuando la diferencia en los sistemas educativos mostraría su efecto. A los veintiuno o veintidós años, el joven corriente estaría en tu época poco más por delante en educación que a los catorce, habiendo probablemente dejado la escuela para ir a la fábrica o la granja a esa edad aproximadamente, o un par de años después, a menos que quizá fuese uno de los niños de la minoría rica. El niño correspondiente, bajo nuestro sistema, habría continuado su educación sin interrupción, y a los veintin años habría adquirido lo que solíais llamar una educación superior."

"La extensión de la maquinaria educativa necesaria para que todos tengan educación superior debe haber sido enorme," dijo. "Nuestro sistema de escuela primaria proporcionaba los rudimentos a casi todos los niños, pero ni uno de cada veinte llegaba a leer y escribir, ni uno entre cien llegaba a la escuela superior, y ni uno entre mil se vio jamás que llegase a la universidad. Las grandes universidades de mi época—Harvard, Yale, y el resto—deben haberse convertido en pequeñas ciudades para recibir a los estudiantes que acudan a ellas."

"Necesitarían ser ciudades muy grandes ciertamente," replicó el doctor, "si fuese una cuestión de que asumiesen la educación superior de nuestra juventud, porque cada año se gradúan no los miles o decenas de miles a que ascendía la cantidad anual de graduados universitarios de tu época, sino millones. Por esa mera razón—es decir, los números con los que hay que lidiar—no podemos tener más centros de educación superior que los que vosotros teníais de educación primaria. Cada comunidad tiene su universidad, justo como antiguamente tenía sus escuelas, y tiene más alumnos del distrito que una de las grandes universidades de tu época podría reunir con su red de arrastre desde los confines de la tierra."

"¿Pero la reputación de maestros concretos no atrae a los estudiantes a ciertas universidades en particular?"

"Ese es un asunto que se soluciona fácilmente," replicó el doctor. "La perfección de nuestro teléfono y electroscopio hace posible disfrutar a cualquier distancia de la instrucción de cualquier maestro. Uno que sea muy popular da conferencias para millones de pupilos susurrando, si se queda ronco, mucho más fácilmente de lo que cualquiera de los profesores de tu época hablando ante una clase de cincuenta con buena voz."

"Realmente, doctor," dije, "no hay hecho acerca de su civilización que parezca abrir tantas perspectivas de posibilidades y de resolver de antemano tantas posibles dificultades en el ordenamiento y funcionamiento de su sistema social como esta universalidad de la cultura. Me veo obligado a decir que nada que sea racional parece imposible en los ajustes sociales una vez que se supone la existencia de esa condición. Mis propios contemporáneos reconocían completamente en teoría, como sabe, la importancia de la educación popular para asegurar un buen gobierno en una democracia; pero nuestro sistema, que como mucho apenas enseñaba a las masas a leer, de hecho era una farsa comparado con la educación popular de hoy."

"Así es necesariamente," replicó el doctor. "La base de la educación es económica, requiriendo el mantenimiento del pupilo sin retorno económico durante el periodo educacional. Si la educación ha de ser significativa, ese periodo debe cubrir los años de la infancia y la adolescencia hasta la edad de por lo menos veinte años. Eso implica un gasto muy grande, que ni un padre entre mil era capaz de soportar en tu época. El estado podría haberlo asumido, por supuesto, pero eso habría supuesto para los ricos sostener a los niños de los pobres, y naturalmente no querrían ni oír hablar de ello, al menos más allá de los grados primarios de la educación. E incluso si no hubiese sido cuestión de dinero, a los ricos, si querían retener su poder, les habría parecido una locura proporcionar nada a las masas destinadas a hacer el trabajo sucio—proporcionar una cultura que podría haberles

convertido en rebeldes sociales. Por estas dos razones, vuestro sistema económico era incompatible con cualquier educación popular que mereciese llamarse así. Por otro lado, el primer efecto de la igualdad económica fue el de dar iguales ventajas educacionales a todos y las mejores que pueda permitirse la comunidad. Uno de los capítulos más interesantes de la historia de la Revolución es el que cuenta cómo inmediatamente después de que el nuevo orden fuese establecido, los jóvenes menores de veintiún años de edad que habían estado trabajando en los campos o en las fábricas, quizá desde la niñez, dejaron su trabajo y volvieron masivamente a las escuelas e institutos tan rápidamente como se podía hacer sitio para ellos, para que pudiesen reparar lo que perdieron de niños, tanto como fuese posible. Al igual se reconoce, ahora que se ha hecho que la educación sea económicamente posible para todos, que fue la mayor bendición que trajo el nuevo orden. También está registrado en los libros que no sólo los jóvenes, sino los hombres y mujeres, e incluso los mayores que habían carecido de ventajas educacionales, dedicaron todo el tiempo libre que les dejaban sus deberes industriales para compensar, tanto como fuese posible, su anterior falta de ventajas, para que no estuviesen demasiado avergonzados en presencia de una generación que surgía, que iba a estar compuesta toda de graduados.

"Al hablar de nuestro sistema educacional tal y como es ahora," continuó el doctor, "debería prevenirte contra el posible error de suponer que el curso que termina a los veintiuno completa el curriculum educativo del individuo corriente. Al contrario, es únicamente el mínimo requerido de cultura que la sociedad insiste en que todos los jóvenes reciban durante su minoría de edad para hacerles justo adecuados para su ciudadanía. De hecho, consideraríamos una educación muy precaria la que terminase ahí. Según lo vemos nosotros, la graduación en las escuelas al alcanzar la mayoría de edad significa meramente que el graduado ha alcanzado una edad a la cual puede suponerse que es

competente y tiene el derecho como adulto a seguir con su educación posterior sin la guía o impulso del estado. Para proporcionar los medios para este fin, la nación mantiene un inmenso sistema de lo que vosotros llamaríais cursos optativos de estudios de posgrado, en cada rama de la ciencia, y estos están abiertos libremente para todos durante toda la vida, pudiendo seguirse tanto o tan poco, tan constantemente o tan intermitentemente, tan en profundidad o tan superficialmente, como se desee.

"La mente no está hecha en realidad para muchas ramas importantes del conocimiento, el gusto por ellas no se despierta, y el intelecto no es capaz de entenderlas, hasta la edad madura, cuando un mes de aplicación da la comprensión de un tema que habría supuesto perder años enteros intentando impartirselo a un joven. Nuestra idea es que se posponga, tanto como sea posible, el estudio serio de tales ramas hasta el posgrado. Los jóvenes deben adquirir nociones de cosas en general, pero realmente para ellos no es el momento de la vida para el estudio ferviente y efectivo. Si quisieses ver estudiantes entusiastas para quienes la consecución del conocimiento es el mayor deleite en la vida, deberías buscarlos entre los padres y madres de la edad madura, en las escuelas de posgrado.

"Para el uso adecuado de estas oportunidades, para la consecución de conocimiento a lo largo de la vida, encontramos que el tiempo libre de nuestra vida, que a ti te parece tan amplio, es demasiado corto. Y aun así, ese tiempo libre, inmenso como es, con la mitad de cada día y la mitad de cada año, y la mitad final por entero, de nuestra vida, consagrada a usos personales—incluso la suma de esos grandes espacios, creciendo con cada invento que ahorra trabajo, que están reservados para los usos más elevados de la vida, nos parecería de poco valor para la cultura intelectual, salvo por una condición solicitada por casi nadie en tu época, pero asegurada para todos por nuestras instituciones. Quiero decir la atmósfera moral de serenidad

resultante de una absoluta liberación de la mente de ansiedades perturbadoras y preocupaciones opresivas concernientes a nuestro bienestar material o el de aquellos a quienes queremos. Nuestro sistema económico nos pone en una posición en la cual podemos seguir la máxima de Cristo, tan imposible para vosotros, para 'no tener preocupación por el mañana'. No debes interpretar, por supuesto, que ahora todas las personas son estudiantes o filósofos, pero debes entender que somos estudiantes más o menos asiduos y sistemáticos y vamos a la escuela durante toda nuestra vida."

"Realmente, doctor," dije, "no recuerdo que nunca me haya dicho nada que haya sugerido un contraste más completo y sorprendente entre su época y la mía que esto del persistente y creciente desarrollo de los intereses puramente intelectuales a lo largo de la vida. Después de todo, en mi época había solamente una diferencia de seis o siete años en la duración de la vida intelectual de los hijos de los pobres, reclutados para la fábrica a los catorce años, y la de los jóvenes más afortunados que iban a la universidad. Si unos dejaban de estudiar a los catorce, los otros lo hacían por completo a los veintiuno o veintidós. En vez de estar en situación de empezar su educación real al graduarse en la universidad, ese acontecimiento significaba el final de ella para el estudiante corriente, y era la marca del máximo nivel de su vida, en lo que a la cultura y el conocimiento de las ciencias y humanidades se refiere. A este respecto, a partir de entonces el estudiante corriente nunca sabía tanto como el día de su graduación. Porque inmediatamente a partir de entonces, a no ser que fuese de la clase rica, debía necesariamente zambullirse en la confusión y conflictos de la vida de los negocios y dedicarse a luchar por los medios materiales de subsistencia. Si fracasaba o tenía éxito, no había mucha diferencia en cuanto al efecto que ello tenía para atrofiar y marchitar su vida intelectual. No tenía tiempo y no podía dirigir ningún pensamiento hacia nada más. Si fracasaba, o casi evitaba el fracaso, la ansiedad perpetua le comía el corazón; y si tenía éxito, su éxito habitualmente le

hacía un materialista más burdo y más desesperadamente satisfecho consigo mismo que si hubiese fracasado. No había esperanza para su mente ni su alma en ningún caso. Si al final de su vida sus esfuerzos le hubiesen dado un pequeño espacio para respirar, no sería para él de ninguna utilidad elevada, porque las partes espirituales e intelectuales se habrían atrofiado por falta de uso, y ya no sería capaz de responder a la oportunidad.

"Y esta apología para una existencia," dijo el doctor, "era la vida de los que se decían más afortunados y con más éxito—de los que se contaban como ganadores de los premios de la vida. ¿Puede sorprenderte que miremos atrás, a la gran Revolución, como una especie de segunda creación del hombre, en tanto que añadió las condiciones de una adecuada vida de la mente y del alma, a la escueta existencia física bajo condiciones más o menos agradables, que era todo lo que la vida de la mayoría de los seres humanos, ricos o pobres, había conocido hasta entonces? El efecto de la lucha por la existencia, para detener, con sus preocupaciones, el desarrollo intelectual en el mismísimo umbral de la vida adulta, habría sido suficientemente desastroso aunque el carácter de la lucha hubiese sido moralmente aceptable. Cuando llegamos a considerar que la lucha no sólo impedía la cultura mental, sino que estaba atrofiando totalmente la vida moral, entonces comprendemos totalmente la desafortunada situación de la humanidad antes de la Revolución. La juventud es visitada por nobles aspiraciones y elevados sueños de deber y perfección. Ve el mundo como debería ser, no como es; y es bueno para la humanidad si las instituciones de la sociedad son tales que no ofenden esos entusiasmos morales, sino que en cambio tienden a conservarlos y desarrollarlos durante toda la vida. Creo que podemos proclamar que el moderno orden social hace esto. Gracias a un sistema económico que ejemplifica la más alta idea ética en todos sus trabajos, la juventud, entrando en el mundo, encuentra una escuela práctica de todas las moralidades. Encuentra pleno espacio y alcance, en

sus obligaciones y ocupaciones, para todo entusiasmo generoso, para toda aspiración altruista que alguna vez acariciase. No hay posibilidad de que pueda haber formado una idea moral más elevada o más completa que la que domina nuestro orden industrial y comercial.

"La juventud era tan noble en tu época como ahora, y soñaba con los mismos grandes sueños sobre de las posibilidades de la vida. Pero cuando el joven entraba en el mundo de la vida práctica, era para encontrar que sus sueños eran burlados y sus ideales ridiculizados a cada paso. Se veía obligado, lo quisiese o no, a tomar parte en una lucha por la vida, en la cual la primera condición para el éxito era poner su ética en la estantería y cortar el conocimiento de su conciencia. Teníais varios términos con los cuales describir el proceso por el cual el joven, dejando a regañadientes sus ideales a un lado, aceptaba las condiciones de la sórdida lucha. Lo describíais como 'aprender a aceptar el mundo como es,' 'superar las ideas románticas', 'volverse práctico', y todo eso. De hecho, no era nada más ni nada menos que la corrupción de un alma. ¿Es ésto decir demasiado?"

"No es más que la verdad, y todos lo sabíamos," respondí.

"¡Gracias a Dios, aquellos días terminaron para siempre! El padre ya no necesita instruir al hijo en el cinismo por miedo a que fracase en la vida, ni la madre a su hija en mundana sabiduría como protección contra el instinto generoso. Los padres son merecedores de sus hijos y son adecuados para ser asociados con ellos, como nos parece que no lo eran y no podían serlo en tu época. La vida es, todo a lo largo del tiempo, tan espaciosa y noble como le parece al ferviente niño en el umbral. Los ideales de perfección, el entusiasmo del autosacrificio, el honor, el amor, y el deber, que emocionan al chico y a la chica, ya no ceden con el paso de los años ante motivos más bajos, sino que continúan animando la vida hasta el final. Recuerdas que Wordsworth dijo:

"El cielo está por encima de nosotros en nuestra infancia.
Las sombras de la prisión comienzan a cerrarse
Sobre el muchacho que crece.

Creo que si él participase de nuestra vida, no se habría
sentido inducido a exaltar la niñez a expensas de la madurez,
porque la vida no deja de ampliarse y elevarse, hasta el
final."

XXXI. Ni en esta montaña ni en Jerusalén

A la mañana siguiente, siendo otra vez necesario que Edith se presentase en su puesto de servicio, la acompañé a la estación. Mientras estábamos esperando el tren, atrajo mi atención un hombre de aspecto distinguido que se apeó de un vagón de un tren que había llegado. Bajo los estándares del siglo diecinueve, parecía tener unos sesenta años, y por consiguiente tenía presumiblemente ochenta o noventa, siendo este aproximadamente el margen de diferencia que he comprobado que es necesario considerar al estimar las edades de mis nuevos contemporáneos, debido a la más lenta aparición de las señales de la edad en estos tiempos. Hablando con Edith sobre esta persona, me resultó muy interesante cuando me informó que no era otro que el Sr. Barton, cuyo sermón telefónico me había impresionado tanto aquel primer domingo de mi nueva vida, como expuse en *Mirando Atrás*. Edith tuvo el tiempo justo para presentarme antes de tomar el tren.

Según salíamos de la estación juntos, dije a mi acompañante que si me disculpaba la pregunta, estaría interesado en saber a qué secta concreta o cuerpo religioso representaba.

"Mi querido Sr. West," fue la respuesta, "su pregunta sugiere que mi amigo el Dr. Leete probablemente no le ha dicho mucho acerca de la manera moderna de considerar los asuntos religiosos."

"Nuestra conversación ha girado poco en torno a ese asunto," respondí, "pero no me sorprendería saber que sus ideas y prácticas son totalmente diferentes de las de mi época. De hecho, las ideas religiosas y las instituciones eclesíásticas ya estaban sufriendo en mi época una descomposición tan rápida

y radical que no era arriesgado predecir que si la religión iba a sobrevivir otro siglo, sería bajo formas muy diferentes de cualesquiera conocidas en el pasado."

"Ha sugerido usted un tema," dijo mi acompañante, "del mayor interés posible para mi. Si no tiene otra cosa que hacer, y le gustaría hablar un poco de ello, nada me complacería más."

Cuando le aseguré que no tenía absolutamente ninguna ocupación, excepto recoger información sobre el siglo veinte, el Sr. Barton dijo:

"Entremos entonces en esta vieja iglesia, que sin duda ya habrá reconocido como una reliquia de su época. Ahí nos podremos sentar cómodamente mientras hablamos, en un entorno adecuado para nuestro tema."

Percibí entonces que estábamos ante una de las iglesias del siglo pasado, que había sido preservada como monumento histórico, y, además, como de una manera bastante curiosa acontecía, esta iglesia en concreto no era otra que a la que mi familia había ido siempre, y yo también—esto es, cuando iba a la iglesia, que no era a menudo.

"¡Qué extraordinaria coincidencia!" exclamó el Sr. Barton, cuando se lo dije; "¿quién podría haberlo esperado? Naturalmente, cuando se vuelve a visitar un lugar tan cargado de recuerdos conmovedores, se desea estar a solas. Debe perdonar mi involuntaria indiscreción al proponerle volver aquí."

"En realidad," repliqué, "la coincidencia es meramente interesante, en absoluto conmovedora. Los jóvenes de mi época, por norma, no tomaban su relación con la iglesia muy en serio. Me interesa ver qué aspecto tiene este viejo lugar. Entremos, no faltaba más."

El interior demostró estar totalmente inalterado en los detalles esenciales, desde la última vez que había estado

entre sus muros, hacía más de un siglo. En aquella última ocasión, lo recuerdo bien, había un servicio de Pascua, al cual había acompañado a unas primas muy guapas que habían venido del campo, que querían oír la música y ver las flores. Sin duda el proceso de degradación había hecho que fuesen necesarias muchas restauraciones, pero habían sido llevadas a cabo de tal modo que se habían conservado completamente los efectos originales.

Caminando por la nave principal, me detuve frente al banco de la familia.

"Este, Sr. Barton," dije, "es, o era, mi banco. Es cierto que estoy un poco atrasado en cuanto al alquiler del banco, pero creo que puedo aventurarme a invitarle a que se siente conmigo."

Había dicho con toda sinceridad al Sr. Barton que había poco sentimiento conectado con las relaciones que había mantenido con esta iglesia. De hecho, eran meramente una cuestión de tradición familiar y buenas costumbres sociales. Pero en otro aspecto me sentí no poco conmovido, mientras, al situarme en mi lugar acostumbrado a la cabecera del banco, miré a mi alrededor en aquel oscuro y silencioso interior. Mientras mi vista iba de banco en banco, en mi imaginación revivían los hombres y mujeres, los jóvenes y las doncellas, que acostumbraban a sentarse los domingos, cien años antes, en aquellos bancos. Mientras recordaba sus diversas actividades, ambiciones, esperanzas, temores, envidias, e intrigas, dominado todo, como lo había estado, por la idea del dinero poseído, perdido, o codiciado, estaba impresionado no tanto por la muerte personal que les había llegado a estos mis viejos conocidos, como por el pensamiento de cuán completamente todo el esquema social en el que habían vivido, por el que se habían movido, y en el que habían existido, había muerto. No sólo se habían ido ellos, sino que se había ido su mundo, y este lugar ya no lo conocía. ¡Qué extraño, qué artificial, qué grotesco había sido aquel mundo!—y aun así, a ellos y a mi, mientras fui uno de

ellos, nos había parecido el único modo posible de existencia.

El Sr. Barton, con delicado respeto por mi abstracción, esperó a que yo rompiera el silencio.

"Sin duda," dije, "puesto que conservan nuestras iglesias como curiosidades, ¿deben ustedes tener otras mejores para su uso?"

"A decir verdad," replicó mi acompañante, "hacemos poco o ningún uso de las iglesias."

"¡Ah, sí! Había olvidado por un momento que escuchan sus sermones por teléfono. El teléfono, con su actual perfección, debe de hecho haber terminado del todo con la necesidad de una iglesia como lugar de audiencia."

"En otras palabras," replicó el Sr. Barton, "cuando nos reunimos ahora, ya no necesitamos llevar nuestros cuerpos con nosotros. Es una curiosa paradoja que mientras el teléfono y el electroscopio, aboliendo la distancia como obstáculo para ver y oír, han traído a la humanidad a una cercanía de solidaria e intelectual compenetración nunca antes imaginada, al mismo tiempo han hecho que los individuos, aunque están en estrecho contacto con todo lo que ocurre en el mundo, puedan disfrutar, si lo desean, de una privacidad física, que en su época había que ser un hermitaño para conseguirla. Nuestras ventajas a este respecto nos han llevado a pensar que estar en una muchedumbre, que era el castigo natural con el que había que pagar para ver u oír algo interesante, parece un precio demasiado caro para pagar por casi cualquier esparcimiento."

"Puedo imaginar," dije, "que las instituciones eclesiales deben de haberse visto afectadas de otras maneras además del desuso de las iglesias, por la adaptación general del sistema telefónico a la enseñanza religiosa. En mi época, el hecho de que quien hablaba no podía alcanzar con su voz más que a un pequeño grupo de oyentes, hacía necesario

tener un verdadero ejército de predicadores—unos cincuenta mil, digamos, sólo en los Estados Unidos—para instruir a la población. De éstos, ni uno entre muchos cientos era persona que tuviese algo que decir que mereciese la pena oírse. Por ejemplo, digamos que cincuenta mil clérigos predicasen todos los domingos otros tantos sermones a otras tantas congregaciones. Cuatro quintas partes de esos sermones eran pobres, la mitad del resto quizá pasables, algunos de los demás buenos, y unos pocos, posiblemente, de todos ellos, excelentes de verdad. Ahora bien, nadie, por supuesto, oíría un discurso pobre sobre cualquier asunto si pudiese oír con la misma facilidad uno excelente, y si hubiésemos perfeccionado el teléfono hasta el punto que lo han hecho ustedes, el resultado habría sido, el domingo siguiente a su introducción, que todos los que quisiesen oír un sermón habrían conectado con la sala de discursos o las iglesias de los pocos predicadores ampliamente reconocidos, y el resto no tendría oyentes en absoluto, e inmediatamente se habrían visto obligados a buscarse una nueva ocupación."

El Sr. Barton se divertía. "Ha tocado usted, de hecho," dijo, "el aspecto mecánico de uno de los contrastes más importantes entre su época y la nuestra—a saber, la supresión moderna de la mediocridad en la enseñanza, sea intelectual o religiosa. Siendo capaces de escoger entre los más selectos intelectos, y los más inspirados moralistas, y visionarios de la generación, todos están de acuerdo, por supuesto, en considerar una pérdida de tiempo escuchar a cualquiera que tenga mensajes menos valiosos para transmitir. Cuando consideras que todos son capaces de obtener de este modo la mejor inspiración que las mejores mentes pueden dar, y emparejar esto con el hecho de que, gracias a la universalidad de la educación superior, todos tienen al menos un juicio bastante bueno sobre qué es lo mejor, tienes el secreto de lo que podría llamarse inmediatamente la salvaguarda más fuerte del grado de civilización que hemos alcanzado, y la promesa de la tasa más alta posible de progreso hacia situaciones siempre

mejores—a saber, el liderazgo de genios morales e intelectuales. Para alguien como usted, educado conforme a las ideas del siglo diecinueve en lo que respecta al significado de la democracia, puede parecer paradójico que la igualación de las condiciones sociales y educacionales, que ha perfeccionado la democracia, deberían haber resultado en la más perfecta aristocracia, o gobierno de los mejores, que podría concebirse; aun así, ¿qué resultado podría ser más natural? La gente de hoy, demasiado inteligente para ser inducida a engaño por semidioses o para que estos puedan abusar de ella para fines egoístas, está preparada, por otro lado, para comprender y seguir con entusiasmo el mejor liderazgo en cada caso. El resultado es que nuestros más grandes hombres y mujeres ejercen hoy un imperio altruista, más absoluto que lo que sus zares soñaron, y de una extensión que haría que las conquistas de Alejandro pareciesen provinciales. Hay hombres en el mundo que cuando deciden apelar a sus seguidores, por el mero anuncio son capaces de dirigir hacia ellos la atención simultánea de cien, quinientos, ochocientos millones de personas. De hecho, si se trata de una gran ocasión, y el que habla lo merece, reina un silencio en todo el mundo mientras en los diversos lugares, algunos bajo el sol, algunos bajo las estrellas, algunos bajo la luz del amanecer y otros a la puesta del sol, todos están pendientes de los labios del maestro. Quizá tal poder habría parecido peligroso en la época de usted, pero cuando considere que esta ocupación está condicionada a la sabiduría y altruísmo de su ejercicio, y fracasaría con la primera nota en falso, puede juzgar que es un dominio tan falto de riesgo como el de Dios."

"El Dr. Leete," dije, "me ha contado algo acerca del modo en que la universalidad de la cultura, combinada con sus aparatos científicos, ha hecho físicamente posible este liderazgo de los mejores; pero, le ruego me disculpe, ¿cómo puede un hablante dirigirse a un número tan inmenso de personas como usted dice, a no ser que se repitiese el milagro de Pentecostés? Seguramente la audiencia estaría

limitada al menos por el número de los que entienden un idioma."

"¿Es posible que el Dr. Leete no le haya hablado de nuestro idioma universal?"

"No he oído otro idioma que el inglés."

"Desde luego, todos hablan el idioma de su propio país con sus paisanos, pero con el resto del mundo hablan el idioma general—es decir, hoy en día tenemos que aprender solamente dos idiomas para hablar con todos los pueblos—el nuestro, y el universal. Podemos aprender tantos más cuantos queramos, y habitualmente nos gusta aprender muchos, pero sólo estos dos son necesarios para viajar por todo el mundo o hablar por todo el mundo sin necesidad de intérprete. Un cierto número de las naciones más pequeñas ha abandonado por completo su lengua nacional y habla solamente el idioma general. Las grandes naciones, que tienen una excelente literatura preservada en sus idiomas, han sido más reacias a abandonarlos, y de este modo los pueblos pequeños han tenido cierto tipo de ventaja sobre los grandes. Sin embargo, la tendencia a cultivar solamente un idioma como lengua viva y tratar todos los demás como lenguas muertas o moribundas, está creciendo a tal velocidad que si hubiese usted dormido otra generación, no habría encontrado a nadie capaz de hablar con usted, salvo los expertos filólogos."

"Pero incluso con el teléfono universal y con el idioma universal," dije, "todavía queda por considerar el aspecto ceremonial y ritual de la religión. Para su práctica debo suponer que los que tienen inclinaciones piadosas todavía necesitan iglesias para reunirse, no importa en qué medida sea posible prescindir de ellas para el propósito de instruir."

"Si, quienes sean, sienten esa necesidad, no hay razón por la cual no debieran tener tantas iglesias como quieran y reunirse tan a menudo como les parezca adecuado. No los

conozco, pero hay todavía quienes así lo hacen. Pero con un grado de inteligencia que se hace universal, el mundo estaba destinado a superar el aspecto ceremonial de la religión, que con sus formas y símbolos, sus momentos y lugares sagrados, sus sacrificios, banquetes, fastos, y lunas nuevas, significó tanto en la infancia de la humanidad. Ha llegado plenamente el momento, que Cristo predijo cuando habló con la mujer junto al pozo de Samaria, en el cual la idea del Templo y todo aquello por lo que se erigió daría paso a la religión totalmente espiritual, sin considerar momentos o lugares, que Él declaró que así le complacía más a Dios.

"Superado el aspecto ritual y ceremonial de la religión," dije, "habiendo llegado a ser superflua la asistencia a la iglesia con propósito de instrucción, y eligiendo cada uno su propio predicador en base a motivos personales, diría yo que las líneas sectarias deben de haber desaparecido casi por completo."

"¡Ah, sí!" dijo el Sr. Barton, "eso me recuerda que nuestra charla comenzó cuando usted me preguntó a qué secta religiosa pertenecía. Hace mucho desde que la gente acostumbraba a dividirse en sectas y clasificarse bajo diferentes nombres a cuenta de variantes de opinión en lo que a las cuestiones de religión respecta."

"¿Es posible," exclamé, "que quiera usted decir que la gente ya no riñe a cuenta de la religión? ¿Me está diciendo que los seres humanos han llegado a ser capaces de mantener opiniones diferentes sobre el otro mundo, sin ser enemigos en este? El Dr. Leete me ha obligado a creer muchísimos milagros, pero este es demasiado."

"No me asombra que parezca una afirmación más bien extraordinaria, a primera vista, para un hombre del siglo diecinueve," replicó el Sr. Barton. "Pero, después de todo, ¿quién iniciaba y mantenía las disputas sobre religión en los viejos tiempos?"

"Por supuesto, eran los grupos eclesiásticos—los sacerdotes y predicadores."

"Pero no eran muchos. ¿Por qué eran capaces de causar tantos problemas?"

"A cuenta de las masas de la gente que, siendo densamente ignorantes, eran correspondientemente supersticiosos e intolerantes, y eran herramientas en manos de los eclesiásticos."

"Pero había una minoría de gente culta. ¿Eran intolerantes también? ¿Eran herramientas en manos de los eclesiásticos?"

"Al contrario, ellos siempre mantenían una actitud tranquila y tolerante sobre cuestiones religiosas y eran independientes de los sacerdotes. Si delegaban en la influencia eclesiástica, era porque les resultaba necesario con el propósito de controlar al ignorante populacho."

"Muy bien. Ha explicado su milagro. Ahora no hay ignorante populacho por quien sea necesario para los más inteligentes transigir de ningún modo con la verdad. Su clase culta, con su visión tolerante y filosófica de las diferencias religiosas, y de la locura criminal de pelearse por ellas, ha llegado a convertirse en la única clase que hay."

"¿Cuánto hace desde que la gente dejó de llamarse a sí misma Católica, Protestante, Baptista, Metodista, y así sucesivamente?"

"Ese tipo de clasificación puede decirse que recibió el golpe fatal en la época de la gran Revolución, cuando las demarcaciones sectarias y diferencias doctrinales, de las que ya nadie hacía mucho caso, fueron completamente barridas y olvidadas en el apasionado impulso de amor fraternal que congregó a los seres humanos para la fundación de un orden social más noble. El viejo hábito podría posiblemente haber revivido con el tiempo si no hubiese sido por la nueva cultura, que, durante la primera generación que siguió a la

Revolución, destruyó el sustrato de la ignorancia y la superstición con el cual se había sostenido la influencia eclesiástica, e hizo que su recrudescencia fuese imposible nunca más.

"Aunque, por supuesto," continuó mi acompañante, "la universalización de la cultura general es la única causa que necesita ser considerada para explicar la total desaparición del sectarismo religioso, aun así obtendrá una comprensión más vívida del golfo que se abrió entre los antiguos y los modernos usos en lo que respecta a la religión, si considera ciertas condiciones económicas, que ahora han desaparecido por completo, que en su época apuntalaban el poder de las instituciones eclesiásticas de manera muy sustancial. Por supuesto, en primer lugar, los edificios religiosos eran necesarios para predicar en ellos, e igualmente para el aspecto ritual y ceremonial de la religión. Además, la autorización de la enseñanza religiosa, dependiendo principalmente de la autoridad de la tradición en vez de su propia razonabilidad, hacía necesario que todo predicador que se dirigiese a oyentes entrase al servicio de alguna de las organizaciones sectarias establecidas. La religión, en una palabra, como la industria y la política, estaba capitalizada por corporaciones mayores o menores que controlaban en exclusividad la planta y la maquinaria, y la dirigían para el prestigio y el poder de la compañía. Como todos los que deseaban implicarse en la política o en la industria estaban obligados a hacerlo sometiéndose a los individuos y corporaciones que controlaban la maquinaria, así era igualmente en asuntos religiosos. Las personas deseosas de ocuparse de la enseñanza religiosa podían hacerlo únicamente si cumplían las condiciones de alguna de las organizaciones que controlaban la maquinaria, planta, y buena voluntad del negocio—es decir, de alguna de las grandes coporaciones eclesiásticas. Enseñar religión fuera de estas corporaciones, cuando no era absolutamente ilegal, era empresa muy difícil, no importa cuán grande fuese la capacidad del maestro—tan difícil, de hecho, como era entrar

en política sin llevar puesta la insignia de un partido, o triunfar en los negocios en oposición a los grandes capitalistas. El que iba a enseñar religión tenía que adherirse, por consiguiente, a una u otra organización sectaria, cuya boca él consentía ser, so pena de no obtener ningún oyente. La organización podía ser jerárquica, en cuyo caso recibía sus instrucciones desde arriba, o podía ser una congregación, en cuyo caso recibía las órdenes desde abajo. Un método era monárquico, el otro democrático, pero tanto el uno como el otro eran inconsistentes con el oficio de enseñar religión, cuya primera condición, según lo vemos nosotros, debería ser la absoluta espontaneidad del sentimiento y la libertad de expresión.

"Puede decirse que el viejo sistema eclesiástico dependía de una doble esclavitud: primero, el sometimiento intelectual de las masas a sus directores espirituales a través de la ignorancia; y, segundo, la esclavitud de los directores mismos a las organizaciones sectarias, que como capitalistas espirituales, monopolizaban las oportunidades de enseñanza. Como la esclavitud era doble, así lo era la emancipación—una liberación por igual de la gente y de sus maestros, que, bajo el disfraz de líderes, habían sido ellos mismos simples marionetas. Hoy en día, la predicación es tan libre como la escucha, y está abierta a todos. El hombre que siente una especial llamada para hablar a sus semejantes sobre temas religiosos no tiene necesidad de ningún otro capital que algo que decir, que merezca la pena. Dado esto, sin necesidad de otra maquinaria que el teléfono libre, es capaz de dirigirse a una audiencia únicamente limitada por la fuerza y la idoneidad de lo que tiene que decir. No vive para sus sermones. Su ocupación no es una profesión diferente. No pertenece a una clase separada de los demás ciudadanos, ni por educación ni por ocupación. No es necesario que lo fuese para ningún propósito. La educación superior que comparte con los demás le dota ampliamente en lo intelectual, mientras el abundante tiempo libre para fines personales con el cual se funde nuestra vida, y la total exención de servicio

público después de los cuarenta y cinco años, dan abundante oportunidad para el ejercicio de su vocación. En una palabra, el moderno maestro de religión es un profeta, no un sacerdote. Sus palabras no son autorizadas por ninguna organización humana o exequator eclesiástico, sino, igual que ocurría con los profetas de la antigüedad, por la respuesta que sus palabras tienen el poder de evocar en los corazones humanos."

"Si la gente," sugerí, "conservando aún un gusto por los rituales de los viejos tiempos y la observación ceremonial y el sermón cara a cara, desease tener iglesias y clero para sus especiales servicios, ¿hay algo que lo impida?"

"Desde luego que no. La libertad es la primera y la última palabra de nuestra civilización. Es perfectamente consistente con nuestro sistema económico que un grupo de individuos, contribuyendo con sus ingresos, no sólo alquile edificios para los fines del grupo, sino que indemnice a la nación por la pérdida del servicio público de un individuo para asegurárselo como su ministro especial. Aunque el estado no lleva a cabo contratos privados de ninguna clase, no los prohíbe. El viejo sistema eclesiástico siguió de este modo durante algún tiempo tras la Revolución, y podía haber seguido hasta hoy si alguien lo hubiese querido. Pero el rechazo en el que había caído la relación de contratación, inmediatamente después de la Revolución, pronto hizo intolerable la posición de tales clérigos contratados, y pronto no hubo nadie que se degradase a entrar en una relación tan despreciada, y nadie, de hecho, que hubiese recibido servicio espiritual de otro en tales términos."

"Según lo va relatando," dije, "parece que está muy claro cómo sucedió todo, y no podría haber sido de otro modo; pero quizá difícilmente puede imaginar cómo un hombre del siglo diecinueve, acostumbrado al inmenso lugar ocupado por el edificio eclesiástico y a la influencia en los asuntos humanos, se ve afectado por la idea de un mundo que avanza sin nada de ese estilo."

"Puedo imaginar algo de lo que siente," replicó mi acompañante, "aunque sin duda no adecuadamente. Y aun así, debo decir que ningún cambio en el orden social nos parece que hubiese sido presagiado con más claridad por los signos de los tiempos en su época que precisamente esta terminación del sistema eclesiástico. Como usted mismo ha observado justo antes de que entrásemos en esta iglesia, entonces estaba ocurriendo una decadencia general del dogmatismo, que hizo que sus contemporáneos se preguntasen qué iba a quedar. La influencia y la autoridad del clero estaban desapareciendo rápidamente, las líneas sectarias estaban siendo borradas, los credos estaban cayendo en el rechazo, y la autoridad de la tradición estaba siendo repudiada. Seguramente, si algo podía predecirse sin riesgo era que las ideas e instituciones religiosas del mundo se aproximaban a un gran cambio."

"Sin duda," dije, "si los eclesiásticos de mi época hubiesen considerado que el resultado dependía meramente del rumbo de la opinión de las personas, se habrían inclinado a abandonar toda esperanza de retener su influencia, pero había otro elemento en el caso que les infundía valor."

"¿Y cuál era?"

"Las mujeres. En mi época se las llamaba el sexo religioso. El clero generalmente estaba dispuesto a admitir que en cuanto al interés de la clase culta de los hombres, y de hecho de los hombres en general, en las iglesias, iban por mal camino, pero tenían fe en que la devoción de las mujeres salvaría la causa. Las mujeres eran la última esperanza de la Iglesia. No sólo las mujeres eran los principales asistentes a los actos religiosos, sino que era en gran medida a través de su influencia sobre los hombres como éstos toleraban, incluso tanto como ellas, las pretensiones eclesiásticas. Ahora bien, ¿no estaban justificados nuestros clérigos al contar con el continuo apoyo de las mujeres, no importa lo que hiciesen los hombres?"

"Ciertamente lo habrían estado si la posición de la mujer fuese a permanecer inalterada, pero, como ahora le resulta indudablemente obvio, la elevación y ampliación de la esfera de la mujer en todas direcciones fue quizá el aspecto singular más notable de la Revolución. Cuando a las mujeres se les llamaba el sexo religioso, habría sido de hecho una elevada imputación si se hubiese querido decir que eran las que tenían pensamientos más espirituales, pero eso no era en absoluto lo que la frase significaba para quienes la usaban; meramente se pretendía exponer de forma complementaria el hecho de que las mujeres de su época eran el sexo dócil. Menos educadas, como norma, que los hombres, no acostumbradas a tener responsabilidades, y adiestradas en hábitos de subordinación y falta de confianza en sí mismas, se apoyaban por completo en el precedente y la autoridad. Naturalmente, por consiguiente, todavía sostenían el principio de la enseñanza autorizada de la religión, mucho tiempo después de que los hombres en general lo hubiesen rechazado. Todo eso cambió con la Revolución, y de hecho comenzó a cambiar mucho antes de ella. Desde la Revolución, no ha habido diferencia en la educación de los sexos ni en la independencia de su posición económica y social, en el ejercicio de la responsabilidad o la experiencia en la dirección práctica de los asuntos. Como puede naturalmente inferir, ya no son, como antaño, una clase peculiarmente dócil, ni tienen ya una tolerancia mayor que sus hermanos con la autoridad, sea en religión, en política, o en economía. En cada objetivo de la vida, se unen a los hombres en términos de igualdad, incluyendo el más importante y fascinante de todos los objetivos—la búsqueda del conocimiento concerniente a la naturaleza y destino del ser humano y su relación con el infinito espiritual y material del cual es una parte."

XXXII. Eritis sicut Deus

"Infierno, entonces," dije, "que la desaparición de las divisiones religiosas y la casta sacerdotal no ha hecho que disminuya el interés general en la religión."

"¿Supone que debería haberlo hecho?"

"No lo sé. Nunca dediqué mucho tiempo a pensar en tales asuntos. La clase eclesiástica aparentaba ser muy esencial para la conservación de la religión, y los demás dábamos por sentado que así era."

"Toda institución social que haya existido durante un tiempo considerable," replicó el Sr. Barton, "ha llevado a cabo indudablemente alguna función que en su momento era más o menos útil y necesaria. Reyes, eclesiásticos, y capitalistas—todos ellos, en lo que respecta a este asunto, meramente diferentes tipos de capitalistas—han llevado a cabo, en sus propios periodos, funciones que, no importa lo mal que las hayan llevado a cabo, eran necesarias y que entonces no se podían haber llevado a cabo mejor de ninguna manera. Pero justo como la abolición de la realeza fue el comienzo de un gobierno en condiciones, así la desaparición de la organización y maquinaria de la iglesia, o capitalismo eclesiástico, fue el comienzo de un despertar en todo el mundo, de un apasionado interés por las inmensas cuestiones que abarca la palabra religión.

"Necesaria como pudo haber sido la sumisión de la humanidad a la autoridad sacerdotal en el curso de la evolución humana, era la forma de tutela que, de entre todas, era la más calculada para embotar y entumecer las facultades afectadas por ella, y el colapso del eclesiasticismo preparó de

inmediato el camino a un interés entusiasta en los grandes problemas de la naturaleza humana y su destino, que apenas habrían sido concebibles por los respetables eclesiásticos de sus tiempos, quienes con penosos esfuerzos y pequeños resultados intentaron que sus rebaños tomaran consciencia de los asuntos espirituales. La falta de interés general en esas cuestiones en sus tiempos, era el resultado natural del monopolio como asunto especial de la clase sacerdotal cuyos miembros se erigieron como intérpretes entre el hombre y su misterio, asumiendo la función de garantizar el bienestar espiritual de todos los que confiaban en ellos. El decaimiento de la autoridad sacerdotal dejó a cada alma cara a cara con ese misterio, con la responsabilidad de su interpretación según ella misma. El colapso de las teologías tradicionales alivió el asunto de la relación del hombre con el infinito, del efecto opresivo de las falsas finalidades del dogma que hasta entonces habían hecho que la más ilimitada de las ciencias fuese la más constreñida y estrecha. En vez del culto del pasado, que paralizaba la mente, y la esclavitud del presente a lo que está escrito, en la humanidad arraigó la convicción de que no había límite para lo que podrían conocer en relación con su naturaleza y su destino, y que no había límite para ese destino. La idea sacerdotal de que el pasado era más divino que el presente, que Dios estaba por detrás de la humanidad, dio paso a la creencia de que deberíamos mirar adelante y no atrás, en busca de inspiración, y que el presente y el futuro prometían un más pleno y más certero conocimiento en lo concerniente al alma y a Dios que el que se había alcanzado en el pasado."

"¿Ha sido esta creencia," pregunté, "confirmada hasta ahora en la práctica, por algún progreso que se haya hecho realmente en la certidumbre de lo que es cierto en relación con estas cosas? ¿Considera que realmente conocen ustedes más sobre ellas que lo que conocíamos nosotros, o que conocen de un modo más concluyente las cosas que nosotros meramente intentábamos creer?"

El Sr. Barton hizo una breve pausa antes de responder.

"Usted comentó hace un momento," dijo, "que en las conversaciones que ha tenido hasta ahora con el Dr. Leete habían tratado poco los asuntos religiosos. Al presentarle el mundo moderno era totalmente correcto y lógico que en primer lugar hiciese hincapié en el cambio ocurrido en los sistemas económicos, porque eso, por supuesto, ha proporcionado las bases materiales para los demás cambios que han tenido lugar. Pero estoy seguro de que jamás encontrará a nadie que, si le preguntan en qué dirección el progreso de la humanidad durante el siglo pasado ha tendido a incrementar más la felicidad humana, no responda que ha sido en la ciencia del alma y su relación con lo Eterno e Infinito.

"Este progreso ha sido el resultado no meramente de concebir el asunto de un modo más racional y de la total libertad intelectual en su estudio, sino en gran medida también de las condiciones sociales que nos han liberado casi por completo de preocupaciones materiales. Ya hemos disfrutado casi un siglo de bienestar económico que no ha dejado nada que desear en cuanto a las satisfacciones físicas, especialmente, en la misma proporción del incremento de esta abundancia, ha habido a través de la cultura un desarrollo de la sencillez en el gusto que rechaza el exceso y el empalago y cada vez damos menos importancia al aspecto material de la vida y más al mental y moral. Gracias a esta cooperación entre la evolución material y moral, cuanto más tenemos, menos necesitamos. Hace mucho tiempo se llegó a reconocer que en el aspecto material, la humanidad había alcanzado el objetivo de su evolución. Hemos perdido prácticamente la ambición por un mayor progreso en esa dirección. El resultado material ha sido que durante un largo periodo las principales energías del intelecto se han concentrado en las posibilidades de la evolución espiritual de la humanidad para la cuales la consumación de su evolución material no hecho sino preparar

su comienzo. Lo que hemos aprendido hasta ahora, estamos convencidos que es el primer débil indicio del conocimiento que alcanzaremos; y aun así, si las limitaciones de este estado terrenal fuesen tales que nunca pudiésemos esperar conocer aquí más que lo que conocemos ahora, no deberíamos quejarnos, porque el conocimiento que tenemos ha bastado para que la sombra de la muerte se torne un arcoiris de promesa y destile la sal de las lágrimas humanas. Observará, a medida que conozca más de nuestra literatura, que entre otras cosas difiere de la suya en un sentido: en la total falta de connotaciones trágicas. Esto ha sido una consecuencia muy natural de cómo concebimos nuestra vida real, teniendo una seguridad inaccesible, amparada en Dios, como dijo Pablo, por la cual los accidentes y vicisitudes de la personalidad son reducidos a la relativa trivialidad.

"Sus visionarios y poetas, en momentos exaltados, han visto que la muerte no era sino un paso en la vida, pero esto le parecía a la mayoría de ustedes que era algo difícil de decir. Hoy en día, cuando la vida avanza hacia su final, en vez de estar ensombrecida por la tristeza, está marcada por un estallido de apasionada expectación que podría causar que los jóvenes envidiasen a los mayores, cosa que no ocurre porque saben que en breve se abrirá la misma puerta para ellos. En su época, el trasfondo de la vida parece haber sido el de una indecible tristeza, la cual, como el lamento del mar para los que viven cerca del océano, se hace audible en cuanto cesa por un instante el ruido y ajetreo de las preocupaciones mezquinas. Ahora ese trasfondo es tan exultante que todavía no lo hemos oído."

"Si la humanidad continúa creciendo," dije, "a esta velocidad en el conocimiento de las cosas divinas y en el compartir la vida divina, ¿dónde va a llegar?"

El Sr. Barton sonrió.

"¿No dijo la serpiente en el antiguo relato, 'Si comes del fruto del árbol del conocimiento, seréis como dioses'? La promesa

era auténtica en las palabras, pero aparentemente había algún error respecto al árbol. Quizá era el árbol del conocimiento egoísta, o si no, el fruto no estaba maduro. El relato es oscuro. Cristo dijo más tarde lo mismo cuando dijo a los hombres que podrían ser los hijos de Dios. Pero no cometió ningún error en cuanto al árbol que les mostró, y el fruto estaba maduro. Era el fruto del amor, porque el amor universal es al mismo tiempo la semilla y el fruto, causa y efecto, del más alto y completo conocimiento. A través del amor sin límites, el hombre llega a ser un dios, porque de ese modo se hace consciente de su unión con Dios, y todas las cosas son puestas bajo sus pies. Solamente desde que la Revolución trajo la era de la hermandad entre los hombres, la humanidad ha sido capaz de comer abundantemente de este fruto del verdadero árbol del conocimiento, y de este modo ser cada vez más consciente del alma divina como el esencial ser y la verdad que esconde nuestra vida. Sí, de hecho, seremos dioses. El lema de la moderna civilización es 'Eritis sicut Deus.'"

"Habla usted de Cristo. ¿Entiendo que considera usted que esta religión moderna es la misma doctrina que Cristo enseñó?"

"Con toda certeza. Ha sido enseñada desde el comienzo de la historia y sin duda anteriormente, pero la enseñanza de Cristo es la que ha llegado hasta nosotros más completa y claramente. Era la doctrina que él enseñó, pero el mundo no podía recibirla entonces, salvo unos pocos, y de hecho no ha sido nunca posible para el mundo en general recibirla o incluso entenderla hasta este siglo."

"¿Por qué no podía el mundo recibir antes la revelación que parece encontrar tan fácil comprensión ahora?"

"Porque," replicó el Sr. Barton, "el profeta y revelador del alma y de Dios, que son lo mismo, es el amor, y hasta estos días el mundo se negó a oír al amor, crucificándolo en cambio. La religión de Cristo, dependiendo como dependía de

la experiencia e intuiciones de los entusiasmos altruistas, posiblemente no podía ser aceptada o entendida en general por un mundo que toleraba un sistema basado en la lucha fratricida como condición de existencia. Los profetas, los mesías, los visionarios, y los santos, podían de hecho por sí mismos ver a Dios cara a cara, pero era imposible que hubiese ninguna comprensión de Dios como Cristo le veía, hasta que la justicia social hubiese traído el amor fraternal. El hombre debía ser revelado al hombre como hermano antes de que Dios le pudiese ser revelado como padre. Nominalmente, el clero expresaba su aceptación de Cristo y repetía su enseñanza de que Dios es un padre que ama, pero por supuesto era sencillamente imposible que una idea semejante germinase de hecho y echase raíces en corazones tan fríos y duros como piedras hacia sus semejantes y empapados en odio y sospecha hacia ellos. 'Si un hombre no ama a su hermano al que ve, ¿cómo amaré a Dios, al que no ve?' Los sacerdotes dejaron sordos a sus rebaños con llamamientos para amar a Dios, para entregarle sus corazones. En vez de eso, deberían haberles enseñado, como hizo Cristo, a amar a sus semejantes y a darles sus corazones a ellos. Los corazones a los que se diese así el amor de Dios, inmediatamente despertarían, justo como, conforme a los antiguos, podría dependerse del fuego celestial para encender el fuego de un sacrificio adecuadamente preparado y dispuesto.

"Desde aquel púlpito, Sr. West, sin duda oyó usted estas palabras muchas veces y otras tantas las repitió: 'Si nos amamos los unos a los otros, Dios habita en nosotros y su amor es perfecto en nosotros.' 'El que ama a su hermano vive en la luz.' 'Si un hombre dice amo a Dios, y odia a su hermano, es un mentiroso.' 'El que no ama a su hermano, está en un estado de muerte.' 'Dios es amor y el que vive en el amor, vive en Dios.' 'Todo el que ama, conoce a Dios.' 'El que no ama, no conoce a Dios.'

"Aquí está la auténtica destilación de la enseñanza de Cristo

en cuanto a las condiciones para entrar en la vida divina. Aquí encontramos la explicación suficiente de por qué la revelación que vino a Cristo hace tanto tiempo y a otras almas iluminadas, posiblemente no podía ser recibida por la humanidad en general mientras un orden social inhumano constituyese un muro entre el hombre y Dios, y vaya, en el momento en que el muro fue echado abajo, la revelación inundó la tierra como un destello solar.

"Si nos amamos los unos a los otros, Dios vive en nosotros,' iy tome nota de cómo las palabras se hicieron buenas en la manera en la cual por fin la humanidad encontró a Dios! No fue, recuerde, buscando a Dios directamente, a propósito, o conscientemente. El gran entusiasmo de la humanidad que derrocó el viejo orden y trajo la sociedad fraternal, no fue en absoluto primariamente o conscientemente una aspiración hacia Dios. Fue esencialmente un movimiento humano. Fue un fundirse y fluir de los corazones de los hombres, de unos hacia otros, un arrebató de contricción, arrepentida ternura, un apasionado impulso de amor mutuo y auto—sacrificio por el bienestar común. Pero 'si nos amamos los unos a los otros, Dios vive en nosotros,' y así lo vieron los hombres. Parece que llegó un momento, el momento más trascendental en la historia de la humanidad, en el cual, con el resplandor fraternal de este mundo de hermanos que acaban de encontrarse por primera vez y que se abrazan, parece haberse combinado la inefable emoción de una participación divina, como si la mano de Dios estuviese sobre las manos unidas de los hombres. Y así ha continuado hasta este día, y continuará por siempre."

XXXIII. Varios asuntos importantes pasados por alto

Después de comer, el doctor dijo que tenía una sugerencia para hacer una excursión por la tarde.

"A menudo se me ha ocurrido," continuó, "que cuando salgas al mundo y te familiarices con sus características a través de tu propia observación, te formarás, mirando atrás a estas lecciones preparatorias que he intentado darte, una pobre impresión de mi talento como pedagogo. Estoy muy poco satisfecho conmigo mismo por el método con el que he desarrollado el asunto, el cual, en vez de haber sido concebido como un plan de instrucción, ha sido meramente una serie de charlas al azar, guiadas más bien por tu curiosidad que por cualquier esquema por mi parte."

"Estoy muy agradecido, mi querido amigo y maestro," repliqué, "de que me haya ahorrado el método filosófico. Sin presumir de haber adquirido tan pronto un completo entendimiento de su moderno sistema, estoy muy seguro de que conozco bastante más sobre él que lo que hubiera conocido de otro modo, por la sencilla razón de que ha seguido de una manera tan bondadosa la pauta de mi curiosidad en vez de hacerme ir a rastras de un método."

"Me gustaría ciertamente creer," dijo el doctor, "que nuestras charlas han sido tan instructivas para ti como agradables para mi, y si he cometido errores habría que recordar que quizá ningún instructor ha tenido o es probable que tenga jamás una tarea tan grande como la mía, o una tan inesperadamente impuesta sobre él, o, finalmente, una que, siendo tan grande, la curiosidad natural de su pupilo le obligase a cubrir en tan corto tiempo."

"Pero estaba usted hablando de una excursión para esta tarde."

"Sí," dijo el doctor. "Es una sugerencia en la línea de intentar remediar algunas de mis demasiado probables omisiones de cosas importantes al tratar de ponerte al tanto de cómo vivimos ahora. ¿Qué te parece si alquilamos un vehículo aéreo esta tarde, con el propósito de tener una perspectiva a vista de pájaro de la ciudad y sus alrededores, y ver lo que pueden sugerir sus diversos aspectos en forma de características de la civilización de hoy en día que no hayamos mencionado?"

La idea me impactó como admirable, y de inmediato procedimos a ponerla en ejecución.

* * *

En estas breves y fragmentarias reminiscencias de mis primeras experiencias en el mundo moderno es, por supuesto, imposible que pudiese referirme a una entre un centenar de cosas impactantes que me ocurrieron. Todavía, incluso con esa limitación, puede parecerle extraño a mis lectores que no haya tenido más que decir sobre el asombro provocado en mi mente por el número y carácter de los magníficos inventos mecánicos y aplicaciones, desconocidos en mi época, que contribuyen a la estructura material y accionan el mecanismo de vuestra civilización. Por ejemplo, aunque éste estaba muy lejos de ser mi primer viaje aéreo, no creo que me haya referido antes a un tipo de experiencia que, para un representante del siglo diecinueve, debe naturalmente haber sido nada menos que pasmoso. Solamente puedo decir, a modo de explicación de esta aparente indiferencia hacia las maravillas mecánicas de esta era, que si hubiesen sido diez veces más maravillosas, todavía me habrían impresionado con infinitamente menos estupefacción que la revolución moral ejemplificada por vuestro nuevo orden social.

Esto, estoy seguro, es lo que sería la experiencia de cualquier hombre de mi época bajo mis circunstancias. La marcha de los descubrimientos científicos y los inventos mecánicos durante la última mitad del siglo diecinueve había sido ya tan magnífica y estaba procediendo tan rápidamente que estábamos preparados para esperar casi cualquier cuantía de desarrollo en las mismas líneas en el futuro. Habíamos anticipado con claridad vuestros submarinos e incluso los habíamos realizado parcialmente. El descubrimiento de la energía eléctrica había hecho que se pudiese concebir casi cualquier mecanismo. En cuanto a la navegación aérea, esperábamos plenamente que sería resuelta con éxito por nuestros nietos, de algún modo, si no por nuestros hijos. Si, de hecho, no hubiese encontrado hombres surcando el aire, me hubiese decepcionado claramente.

Pero mientras estábamos preparados para esperar casi cualquier cosa del desarrollo intelectual del hombre y del perfeccionamiento de su dominio sobre el mundo material, éramos totalmente escépticos en cuanto a la posibilidad de cualquier gran mejora moral por su parte. Como un ser moral, creíamos que ya había tenido su crecimiento, como se decía, y que al menos en este mundo nunca alcanzaría una estatura noble. Como proposición filosófica, reconocíamos tan plenamente como vosotros que la regla de oro proporcionaría las bases de una vida social en la cual cada uno sería infinitamente más feliz que cualquiera de nuestro mundo, y que el auténtico interés de todos sería fomentado estableciendo un orden social semejante; pero sosteníamos al mismo tiempo que la falta de base moral y el egoísmo que cegaba al hombre le impediría por siempre hacer realidad semejante ideal. En vano, aunque hubiese estado dotado con un intelecto divino; no le ayudaría para ninguno de los más elevados usos de la vida, porque una perversidad moral inextirpable siempre le impediría prosperar tanto como sabía y le mantendría, sin esperanza, en una sumisión a los más

bajos y suicidas impulsos de su naturaleza.

"¡Imposible; va en contra de la naturaleza humana!" era el grito que se encontraba y que en su mayor parte aplastaba y silenciaba cada profeta o maestro que intentaba que el mundo despertase al descontento con el reinado del caos, y despertarle la fe en la posibilidad de un reino de Dios sobre la tierra.

¿Hay que asombrarse, entonces, de que alguien como yo, que me crié en esa atmósfera de desesperanza moral, pasase por alto con comparativamente poca atención los milagrosos logros materiales de esta era, para estudiar con un continuamente creciente y arrollador sentimiento de reverencia y asombro, el secreto de vuestro justo y gozoso modo de vida?

Cuando miro atrás, ahora veo de qué manera tan cierta esta vil perspectiva de la naturaleza humana era la mayor infidelidad a Dios y al hombre, en que la humanidad había caído jamás, pero, ¡ay! no era la infidelidad que las iglesias condenaban, sino más bien era de un tipo que sus enseñanzas sobre la desesperanzada depravación del hombre estaban calculadas para implantar y confirmar.

Este mismo asunto de la navegación aérea del que estaba hablando es un ejemplo impactante de la extraña combinación por parte de mis contemporáneos de una fe ilimitada en el progreso material del hombre con un total escepticismo en sus posibilidades morales. Como he dicho, esperábamos plenamente que la posteridad lograría la navegación aérea, pero la aplicación del invento que se discutía más era su uso en la guerra para dejar caer bombas de dinamita en medio de ciudades llenas de gente. Intentad comprender eso si podéis. Incluso Tennyson, en su visión del futuro, no vio nada más. Recordáis como él

Oyó que los cielos se llenaban de un griterío,
Y cayó un espantoso rocío
Desde las flotas aéreas de las naciones,
Luchando en medio del azul.

Cómo la gente lleva las riendas

"Y ahora," dijo el doctor, mientras comprobaba la elevación de nuestro vehículo a una altura de unos trescientos metros, "ocupémonos de nuestra lección. ¿Qué ves ahí abajo que te sugiera una pregunta?"

"Bueno, para empezar," dije, mientras la cúpula del State House captaba mi atención, "¿qué diantres han levantado ahí? Parece ni más ni menos que una de esas ruedas o molinos que usaban los granjeros de mi época para bombear agua. Bien seguro que es un tipo de ornamento singular para un edificio público."

"No está pensado como ornamento, sino como símbolo," replicó el doctor. "Representa el ideal moderno de un adecuado sistema de gobierno. La rueda o molino representa la maquinaria de la administración, el viento que la mueve simboliza la voluntad pública, y el timón que siempre mantiene la pala de la rueda cual veleta al viento, no importa lo repentina o completamente que éste pueda cambiar, representa el método por el cual la administración se mantiene en todo momento receptiva y obediente a cada mandato de la gente, aunque ésta simplemente respire."

"He hablado tanto contigo de este asunto, que no necesito extenderme más sobre la imposibilidad de tener ningún gobierno popular que merezca llamarse así, y que no esté basado en la igualdad económica de los ciudadanos con sus implicaciones y consecuencias. Ningún artificio constitucional o astucia de la maquinaria parlamentaria podría haber hecho posiblemente que el gobierno popular fuese otra cosa que una farsa, en tanto el interés privado del ciudadano sea distinto del y opuesto al interés público y el llamado pueblo soberano comiese el pan en la mano de los capitalistas. Por

otro lado, dada la unidad económica de los intereses privados con el interés público, la completa independencia de los individuos entre sí, y la cultura universal para rematar todo ello, ninguna imperfección de la maquinaria administrativa podría evitar que el gobierno fuese bueno. No obstante, hemos mejorado la maquinaria tanto como la fuerza motriz. Vosotros votábais una vez al año, o cada dos años, o cada seis años, según el caso, para elegir a los que os gobernaban hasta las siguientes elecciones, y esos que gobernaban, desde el momento de su elección hasta el término de su cargo, eran tan irresponsables como los zares. Incluso más, de hecho, porque el zar al menos tenía un motivo supremo para dejar su herencia intacta a su hijo, mientras estos tiranos electos no tenían ningún interés salvo beneficiarse lo más que podían con su poder mientras lo tenían.

"A nosotros nos parece que es un axioma del gobierno democrático que el poder nunca debería ser delegado irrevocablemente ni por una hora, sino que siempre debería estar sujeto a ser reclamado por el poder que delega. Los funcionarios públicos ahora son elegidos para ejercer durante un tiempo según convenga, pero no es un tiempo seguro. Sus poderes pueden ser revocados en cualquier momento por el voto de sus directores; tampoco hay ninguna medida, aparte de las que tienen carácter de mera rutina, que tenga que pasar por un cuerpo representativo sin remitirse al pueblo. El voto de ningún delegado, sobre cualquier medida importante, puede ser válido hasta quienes le han autorizado—o constituyentes, como los llamábais vosotros—hayan tenido la oportunidad de cancelarlo o no. Un agente elegido por el pueblo que ofendiese el sentimiento de los electores sería destituido, y su acto repudiado al día siguiente. Puedes inferir que bajo este sistema el agente es solícito para mantenerse en contacto con quienes le han autorizado. Estas precauciones no existen sólo contra la legislación irresponsable, sino que la propuesta de medidas proviene originalmente del pueblo más a menudo que de sus representantes.

"Tan completa a través de nuestro sistema telefónico ha llegado a ser la clase más compleja de voto, que la nación por entero se organiza para ser capaz de proceder casi como un parlamento si fuese necesario. Nuestros cuerpos representativos, que corresponden a vuestros Congresos, Legislaturas, y Parlamentos, son reducidos bajo este sistema al ejercicio de las funciones de lo que llamabais comités del congreso. La gente gobierna no sólo nominalmente sino de hecho. Tenemos una democracia de hecho.

"Nos esforzamos para ejercitar esta supervisión directa y constante de nuestros asuntos, no porque sospechemos de nuestros agentes electos o los temamos. Bajo nuestro sistema de igualdad económica irrevocable, inmutable, no hay motivo u oportunidad para la corrupción. No hay motivo para hacer un mal que pudiese por un momento estar en contra del abrumador motivo de merecer la estima pública, que es de hecho el único objeto posible que hoy en día podría inducir a alguien a aceptar un cargo. Todos nuestros intereses vitales están asegurados más allá de cualquier perturbación por el armazón de la sociedad. Podríamos volver, sin correr ningún riesgo, a que un cuerpo selecto de ciudadanos gestionase los asuntos públicos de por vida. La razón por la cual no lo hacemos es porque disfrutamos de la alegría de dirigir el gobierno de los asuntos directamente. Podría compararsenos con un rico de tu época que, aunque tiene a su servicio cuantos expertos cocheros desee, prefiere llevar las riendas él mismo por el placer de hacerlo. Vosotros votábais quizá una vez al año, empleando quince minutos para ello, y con el pesar de que el tiempo para ello se quitaba de vuestros asuntos privados, la consecución de los cuales llamábais, creo, 'mis intereses'. Nuestros asuntos privados son los asuntos públicos, y no tenemos otros de importancia. Nuestro 'interés' es el bienestar público, y no tenemos otro interés. Votamos quizá cien veces al año, sobre todo tipo de cuestiones, desde la temperatura de los baños públicos o el plano a seleccionar para un edificio

público, hasta las grandes cuestiones de la unión mundial, y encontramos el ejercicio a la vez tan estimulante como lo es el más elevado sentido educacional.

"Y ahora, Julian, mira otra vez hacia abajo y a ver si encuentras algo más en el paisaje sobre lo que me quieras preguntar."

Las pequeñas guerras y la gran guerra

"Observo," dije, "que los fuertes del puerto están ahí todavía. Supongo que los conservan, al igual que los especímenes de casas de vecinos, como evidencias históricas de la barbarie de sus antepasados, mis contemporáneos."

"No debes ofenderte," dijo el doctor, "si digo que realmente tenemos que conservar un surtido completo de tales evidencias, por miedo a que los niños se nieguen de plano a creer las explicaciones que dan los libros sobre las inexplicables travesuras de sus bisabuelos."

"La garantía de paz internacional que la unión mundial ha traído," dije, "seguramente debe de ser considerada por su gente como uno de los más señalados logros del nuevo orden, y aun así me sorprende haberle oído decir muy poco acerca de él."

"Por supuesto," dijo el doctor, "es algo grande en sí mismo, pero tan incomparablemente menos importante que la abolición de la guerra económica entre hombre y hombre, que lo consideramos como meramente incidental respecto a ésta. Nada es más asombroso en relación con el funcionamiento de la mente de tus contemporáneos que el alboroto que organizaron en relación con la crueldad de vuestras ocasionales guerras internacionales, mientras eran aparentemente inconscientes de los horrores de la batalla por la existencia, en la cual todos estabais perpetuamente involucrados. Desde nuestro punto de vista, vuestras guerras, aunque por supuesto eran muy insensatas, eran comparativamente humanas y a la vez exhibiciones mezquinas, comparadas con la lucha económica fratricida. En las guerras, únicamente tomaban parte hombres—hombres fuertes, seleccionados, que no constituían sino una parte

muy pequeña de la población total. No se permitía que las mujeres, ni los niños, ni la gente mayor, ni los lisiados, fuesen a la guerra. Los heridos eran cuidados con esmero, fuesen amigos o enemigos, y atendidos hasta que se reponían. Las reglas de la guerra prohibían la crueldad innecesaria, y en cualquier momento una honrosa rendición, con un buen tratamiento, estaba abierta para los vencidos. Las batallas generalmente tenían lugar en las fronteras, fuera de la vista y el oído de las masas. Las guerras eran también muy raras, a menudo no había una en una generación. Finalmente, los sentimientos apelados en los conflictos internacionales eran, por regla, los del valor y el autosacrificio. A menudo, de hecho generalmente, las causas de las guerras no merecían los sentimientos de autosacrificio que invocaban los que luchaban, pero los sentimientos en sí mismos eran del más noble orden.

"Compara una guerra de estas características, con las condiciones de la lucha económica por la existencia. Ésta no era una guerra en la que tomaran parte meramente pequeños grupos selectos de combatientes, sino una en la cual toda la población de cada país, excepto los insignificantes grupos de los ricos, era alistada a la fuerza y obligada a prestar servicio. No sólo tenían que participar en ella las mujeres, los niños, los mayores, y los lisiados, sino que cuanto más débiles eran los combatientes, peores eran las condiciones bajo las cuales tenían que combatir. Era una guerra en la cual no había ayuda para los heridos, ni cuartel para los vencidos. Era una guerra no en lejanas fronteras, sino en cada ciudad, en cada calle, y en cada casa, y sus heridas, destrozadas, y agonizantes víctimas yacían a nuestros pies por todas partes e impresionaban nuestra vista en todas las direcciones que pudiésemos mirar, con alguna nueva forma de miseria. El oído no podía escapar de los lamentos de los afligidos ni de sus vanos llantos solicitando compasión. Y esta guerra no venía una o dos veces por siglo, durando unas pocas semanas, o unos pocos meses, o unos pocos años, teñidos de rojo, abriendo paso otra vez a la paz,

como duraban las batallas de los soldados, sino que era perenne y perpetua, sin tregua, vitalicia. Finalmente, era una guerra que ni apelaba ni desarrollaba ningún sentimiento noble, ni generoso, ni honorable, sino, por el contrario, primaba constantemente las más mezquinas, falsas, y crueles propensiones de la naturaleza humana.

"Cuando miramos atrás, a tu época, la clase de lucha para la cual esos viejos fuertes de ahí abajo se levantaron parece casi noble y apenas trágica en absoluto, comparada con el horroroso espectáculo de la lucha por la existencia.

"Incluso somos capaces de comprender la declaración de algunos de los soldados profesionales de tu época, de que las guerras ocasionales, con sus apelaciones, aunque falsas, a las pasiones generosas y de autosacrificio, eran absolutamente necesarias para evitar que vuestra sociedad, de otro modo tan absolutamente sórdida y egoísta en sus ideales, se disolviese en la absoluta putrefacción."

"Es de temer," me vi inducido a comentar, "que la posteridad no ha construído un monumento tan alto a los promotores de las sociedades de la paz universal de mi época, como ellos esperaban."

"Eran bastante bien intencionados hasta donde vieron, no hay duda," dijo el doctor, "pero parece que fueron un grupo de personas terriblemente cortas de vista y medio ciegas. Sus esfuerzos para detener las guerras entre las naciones, que tranquilamente ignoraban la lucha económica mundial por la existencia que costaba más vidas y sufrimiento cualquier mes que las guerras internacionales en una generación, eran un caso muy sorprendente de filtrar el mosquito y tragarse el camello.

"En cuanto a lo que la humanidad ha ganado a partir de la

abolición de toda guerra o posibilidad de guerra entre las naciones de hoy, nos parece que consiste no tanto en la mera prevención del derramamiento de sangre, como en la extinción de los viejos celos y rencores que solían excitar la vehemencia de unos pueblos contra otros, casi tanto en la paz como en la guerra, y el crecimiento en su lugar de una solidaridad fraternal y buena voluntad mutua, inconscientes de cualquier barrera de raza o país."

El viejo patriotismo y el nuevo

Mientras el doctor hablaba, los ondeantes pliegues de una bandera al viento allá abajo a lo lejos captaron mi atención. Era el "Star—Spangled Banner". Mi corazón dió un brinco ante su visión, y mis ojos se humedecieron.

"¡Ah!" exclamé, "¡Vieja Gloria!" porque así se acostumbraba llamar la bandera en los días de la guerra civil y después.

"Sí," replicó mi acompañante, mientras sus ojos seguían mi mirada, "pero ahora se viste de una nueva gloria, porque en ningún lugar donde ondee se puede encontrar un ser humano oprimido o sufriendo ninguna necesidad que la ayuda humana pueda aliviar.

"Los americanos de tu época," continuó, "eran extremadamente patrióticos a su manera, pero la diferencia entre el viejo y el nuevo patriotismo es tan grande que apenas parece el mismo sentimiento. En tu época y antes de ella, las emociones y asociaciones de ideas relacionadas con la bandera eran principalmente de tipo marcial. El autosacrificio por la nación en la guerra contra otras naciones era la idea más comunmente expresada por la palabra 'patriotismo' y sus derivadas. Por supuesto, debía ser así en épocas en las cuales las naciones tenían que estar constantemente preparadas para luchar unas contra otras por su existencia. Pero el resultado era que el sentimiento de solidaridad nacional estaba alineado en contra del sentimiento de solidaridad humana. Se hacía que un menor entusiasmo social se opusiera a uno mayor, y el resultado estaba necesariamente lleno de contradicciones morales. Demasiado a menudo, lo que se llamaba amar al país podría haberse descrito mejor como odiar y envidiar a otros países, sin otro motivo mejor que porque eran otros, y tener ideas

intolerantes y prejuicios contra las ideas e instituciones extranjeras—a menudo mucho mejores que las nacionales—sin otro motivo que porque eran extranjeras. Esta clase de patriotismo fue un impedimento muy poderoso para el progreso de la civilización durante incontables épocas, oponiendo a la expansión de nuevas ideas, barreras más altas que montañas, más anchas que ríos, más profundas que mares.

"El nuevo patriotismo es el resultado natural de las nuevas condiciones sociales e internacionales que datan de la gran Revolución. Las guerras, que ya se estaban haciendo infrecuentes en tu época, se hicieron imposibles con el surgimiento de la unión mundial, y ahora han sido desconocidas durante generaciones. Las viejas fronteras de las naciones, teñidas de sangre, se han convertido en apenas algo más que delimitaciones del territorio por conveniencia administrativa, como las líneas de los Estados en la Unión Americana. Bajo estas circunstancias, los celos, las sospechas, las animosidades, y las aprensiones internacionales, por las cuales se mantuvo el fuego del antiguo patriotismo, fueron olvidadas hace tiempo. En una palabra, el patriotismo ya no es un sentimiento marcial y está libre de asociaciones de ideas bélicas. Mientras la bandera ha perdido su antiguo significado como un emblema de desafío hacia el exterior, ha ganado un nuevo significado como el símbolo supremo de la concordia y reciprocidad interna; se ha convertido en el signo visible de la solidaridad social en la cual el bienestar de todos está asegurado inexpugnablemente y en términos de igualdad. Tal como el americano alza ahora sus ojos a la enseña de la nación, dicha enseña no le recuerda su destreza militar comparada con la de otras naciones, o sus pasados triunfos en la batalla y las posibles victorias futuras. Para él, los ondeantes pliegues no le sugieren tales cosas. Más bien le recuerdan el pacto de hermandad con el cual está comprometido junto a todos sus compatriotas para salvaguardar mutuamente la igual dignidad y bienestar de cada uno por el poder de todos.

"La idea de los patriotas de los viejos tiempos era que los extranjeros eran las únicas personas a cuyas manos la bandera podría sufrir deshonor, y la noticia de cualquier falta de cortesía por su parte hacia ella, excitaba en el pueblo un patriótico frenesí. Ahora esa clase de sentimientos serían simplemente incomprensibles. Según lo vemos nosotros, los extranjeros no tienen ningún poder para insultar a la bandera, porque no tienen nada que ver con ella, ni con lo que ella significa. Su honor o deshonor debe depender del pueblo cuyo compromiso de fe de unos hacia otros representa, para mantener el contrato social. Para el patriota de los viejos tiempos no había nada incongruente en el espectáculo del símbolo de la unidad nacional ondeando sobre ciudades que apestaban a la más loca opresión, llena de prostitución, mendicidad, y guaridas de indescriptible miseria. Conforme al punto de vista moderno, la existencia de un único caso en cualquier rincón del país donde un ciudadano hubiese sido privado del pleno disfrute de la igualdad, haría que la bandera se convirtiese en una ostentosa mentira, y la gente exigiría con indignación que se arriase y no se izase otra vez hasta que el mal fuese remediado."

"Verdaderamente," dije, "la nueva gloria que viste la Vieja Gloria es mayor que la vieja gloria."

Más viajes internacionales pero menos comercio internacional

Según hablábamos, el doctor había dejado que nuestro vehículo fuese a la deriva arrastrado por la brisa del oeste, hasta ahora que estábamos sobre el puerto, y me sentí inducido a exclamar, ante las escasas filas de barcos que contenía.

"No me parece a mi," dije, "que haya más barcos aquí que en mi época, mucho menos las grandes flotas que uno podría esperar ver tras un siglo de desarrollo de la población y de los recursos."

"De hecho," dijo el doctor, "el nuevo orden ha tendido a disminuir el volumen del comercio exterior, aunque por otro lado hay mil veces más viajes internacionales por estudios y por placer."

"Exactamente de qué modo," pregunté, "el nuevo orden ha tendido a disminuir los intercambios con países extranjeros?"

"De dos maneras," replicó el doctor. "En primer lugar, como sabes, ahora la idea de ganancia está abolida tanto en el comercio exterior como en la distribución interior. El Consejo Internacional supervisa todos los intercambios entre naciones, y el precio de cualquier producto exportado por una nación a otra no debe ser mayor que el precio al cual la nación exportadora abastece a su propia gente con el mismo. Consecuentemente, no hay razón por la cual una nación deba preocuparse de producir artículos para la exportación a no ser y en la medida que necesite para su consumo real productos de otro país que no puede producir bien por sí misma.

"Otro efecto, todavía más potente, del nuevo orden, al limitar el intercambio exterior, es la ecualización general de todas las naciones que ocurrió hace tiempo, en cuanto a la información y el conocimiento y práctica de las ciencias y los oficios. Una nación de hoy se sentiría humillada por tener que importar cualquier artículo que insuperables condiciones naturales no impidieran su producción en la nación. Consecuentemente, ahora el comercio se limita a tales productos, y la lista de ellos se acorta continuamente a medida que avanza la conquista de la Naturaleza por el hombre, gracias al progreso de los inventos. En cuanto a la antigua ventaja que los países productores de carbón tenían en la fabricación, desapareció casi hace un siglo cuando los grandes descubrimientos hicieron que el ilimitado desarrollo de la energía eléctrica no tuviese prácticamente coste.

"Pero deberías entender que no es meramente por motivos económicos o por autoestima por lo que los diversos pueblos desean hacer todo lo posible por sí mismos en vez de depender de gente que está a distancia. Es igualmente por la educación y por la influencia que tiene para despertar la mente un sistema industrial diversificado en un espacio pequeño. Nuestra política, hasta donde puede llevarse económicamente a cabo el agrupamiento de industrias, no sólo es hacer que el sistema de cada nación sea completo, sino también agrupar las diversas industrias dentro de cada país en particular, de modo que cada distrito importante presente dentro de sus límites una especie de microcosmos del mundo industrial. Puede que recuerdes que estuvimos hablando de ello la otra mañana, en la Bolsa de Trabajo."

La fácil tarea del doctor moderno

Hacía un rato que el doctor había dado la vuelta, y ahora nos movíamos hacia el oeste por encima de la ciudad.

"¿Qué es ese edificio que ahora mismo estamos pasando por encima, que está tan acristalado?" pregunté

"Ese es uno de los sanatorios," replicó el doctor, "a los que va la gente que tiene problemas de salud y no desea cambiar de clima, como pensamos que las personas con enfermedades crónicas deberían hacer y como ahora todos pueden hacer si lo desean. En esos edificios, todo está absolutamente adaptado a la condición del paciente como si estuviese durante un tiempo en un mundo en el cual su enfermedad fuese lo normal."

"No hay duda de que ha habido grandes mejoras en todo lo relacionado con su profesión—medicina, higiene, cirugía, y lo demás—desde mi época."

"Sí," replicó el doctor, "ha habido grandes mejoras en dos sentidos—negativo y positivo—y el más importante de los dos es quizá el sentido negativo, que consiste en la desaparición de las condiciones hostiles para la salud, que los médicos anteriormente tenían que combatir con pocas posibilidades de éxito en muchos casos. Por ejemplo, ahora han pasado dos generaciones enteras desde que la garantía de igual manutención para todos situó a las mujeres en posición de independencia económica y consiguientemente de completo control de sus relaciones con los hombres. Comprenderás fácilmente cómo, como resultado de esto, las impurezas de la sífilis han sido eliminadas hace mucho tiempo de la sangre de la humanidad. La prevalencia universal, que dura ya tres generaciones, de las más limpias y refinadas

condiciones de vivienda, vestido, calefacción, y modo de vida en general, con el mejor tratamiento disponible para todos en caso de enfermedad, han puesto fin prácticamente—de hecho podría decir completamente—a la cimosis y otras enfermedades contagiosas. Para completar la historia, añade a estas mejoras en las condiciones higiénicas de la gente la cultura física sistemática y universal que es una parte de la formación de la juventud, y luego, como colofón, piensa en el efecto de la rehabilitación física—casi podrías llamarlo la segunda creación de la mujer en un sentido corporal—la cual ha purificado y energizado el flujo de la vida desde sus fuentes."

"Realmente, doctor, debo decir que, sin ir más allá, ha razonado su profesión a partir de sus ocupaciones."

"Bien puedes decirlo de ese modo," replicó el doctor. "El progreso de los inventos y mejoras ocurrido desde tu época ha mejorado varias veces la situación de los doctores en relación a sus antiguas ocupaciones, justo como ha ocurrido con todas las demás clases de trabajadores, pero sólo para abrir nuevos y más elevados campos de un mejor trabajo."

"Quizá," resumió mi acompañante, "un factor negativo en la mejora de las condiciones médicas e higiénicas, más importante que cualquiera que haya mencionado, es el hecho de que la gente ya no está en un estado de ignorancia en lo que a sus propios cuerpos se refiere, como parece que estaban antiguamente. El progreso del conocimiento a ese respecto se ha mantenido acorde con la marcha de la cultura universal. Es evidente, por lo que leemos, que incluso las clases cultas de tu época no pensaban que hubiese que avergonzarse por estar completamente desinformadas en cuanto a la fisiología y las condiciones normales para la salud y la enfermedad. Parecía que habían dejado sus intereses físicos en manos de los doctores, con un espíritu muy parecido a la resignación cínica con la cual le daban el cuidado de su alma al clero. Hoy en día se pensaría que sería ridículo un sistema educativo que no impartiese un

conocimiento suficiente sobre los principios generales de la fisiología, higiene, y medicina, para hacer que una persona sea capaz de tratar cualquier perturbación física corriente sin recurrir a un médico. Quizá no sea demasiado decir que hoy en día todos conocen tanto sobre el tratamiento de las enfermedades como una gran proporción de los miembros de la profesión médica de tu época. Como puedes fácilmente suponer, esta es una situación que, incluso aparte de la mejora general de la salud, haría que la gente fuese capaz de seguir con un único médico donde antiguamente hacían negocio veinte de ellos. Nosotros los doctores somos meramente especialistas y expertos en asuntos sobre los cuales todo el mundo debe tener bases sólidas de conocimiento. Cuando nos llaman, es en realidad únicamente para consulta, por usar una frase de la profesión de tu época, siendo las otras partes implicadas el paciente y sus amigos.

"Pero de todos los factores del avance de la ciencia médica, uno de los más importantes ha sido la desaparición del sectarismo, ampliamente resultante de las mismas causas, morales y económicas, que lo expelieron de la religión. Apenas necesitas que te recuerde que en tu época la medicina, junto a la teología, eran las ramas del conocimiento que más sufrían la entumecedora influencia de las escuelas dogmáticas. Parece haber sido casi tan fanática en cuanto a la ciencia de curar el cuerpo como en cuanto a curar el alma, y su influencia para desanimar el pensamiento original y retardar el progreso era igual en un campo que en el otro.

"En realidad no hay condiciones que limiten la carrera de los médicos. La educación médica es la más completa posible, pero los métodos de la práctica se dejan a doctor y paciente. Se supone que personas tan cultas como nosotros somos tan competentes para elegir el tratamiento para nuestros cuerpos como para elegir el de nuestras almas. El progreso en la ciencia médica que ha resultado de esta completa independencia y libertad de iniciativa en lo que al médico respecta, estimulada por la crítica y el aplauso de unas

personas totalmente capacitadas para juzgar los resultados, no tiene precedente. No sólo se han alcanzado innumerables logros y se han descubierto principios radicalmente nuevos en la específica aplicación de las artes preventivas y curativas, sino que hemos hecho avances hacia un conocimiento del misterio fundamental de la vida, en lo cual habría sido considerado casi sacrílego soñar en tu época. En cuanto al dolor, sólo lo permitimos por sus indicaciones sintomáticas, y únicamente en tanto en cuanto necesitemos su guía en el diagnóstico."

"Entiendo, sin embargo, que no han abolido la muerte."

"Te aseguro," dijo el doctor riéndose, "que si por casualidad alguien encontrase el secreto de eso, la gente le atacaría en grupo y quemaría la fórmula. ¿Supones que queremos estar aquí encerrados para siempre?"

"¿Cómo pudimos?"

Aplicándome otra vez al estudio del panorama que se movía bajo nosotros, comenté de inmediato al doctor que debíamos de estar casi por encima de lo que antiguamente se llamaba Brighton, un suburbio de la ciudad donde se entregaban principalmente los animales vivos destinados al abastecimiento de comida de la ciudad.

"Veo que los viejos establos ya no están," dije. "Sin duda tienen cosas mejores. Por cierto, ahora que todo el mundo es rico, y puede permitirse la mejor carne, imagino que abastecer un gran ciudad con carne fresca debe de ser un problema mucho más difícil que en mi época, cuando los pobres podían consumir muy poca carne, y de la peor clase."

El doctor miró a un lado del vehículo durante unos instantes antes de responder.

"Entiendo," dijo, "que no has hablado con nadie sobre este punto, hasta ahora."

"Vaya, creo que no. No se me había ocurrido hasta ahora."

"Mejor así," dijo el doctor. "Ya ves, Julian, en la transformación habida en las costumbres y hábitos de pensamiento y estándares de salud desde tu época, era casi inevitable que ocurriese que en algunos casos los cambios viniesen acompañados de un sentimiento de clara repugnancia contra las prácticas anteriores. Casi no sé cómo expresarme, pero me alegro de que hayas hablado primero conmigo sobre este asunto."

Una luz me iluminó, y de pronto resaltó el significado de numerosas observaciones a medio digerir que había hecho

previamente.

"¡Ah!" exclamé, "quiere decir que ya no comen carne de animales."

"¿Es posible que no lo hayas adivinado? ¿No habías notado que no te ofrecían semejante comida?"

"El hecho es," repliqué, "que la cocina es tan diferente de la de mi época en todos los aspectos, que había abandonado todo intento de identificar nada. Pero ciertamente no he echado de menos ningún sabor al que estuviese acostumbrado, aunque me han deleitado una gran cantidad de sabores novedosos."

"Sí," dijo el doctor, "en vez de uno o dos procesos rudimentarios heredados de los hombres primitivos, mediante lo cuales vosotros preparábais la comida y obteníais sus cualidades, nosotros tenemos un gran número y variedad. Dudo que hubiese algún sabor que tuvieseis vosotros que no reproduzcamos nosotros, además del gran número de sabores nuevos descubiertos desde tu época."

"¿Pero cuándo se dejaron de utilizar animales como comida?"

"Poco después de la gran Revolución."

"¿Qué causó el cambio? ¿Era una convicción acerca de que la salud se vería favorecida evitando la carne?"

"No parece haber sido ese motivo el que principalmente condujo al cambio. Indudablemente, el abandono de la costumbre de comer animales, por la cual heredábamos todas sus enfermedades, ha tenido algo que ver con la gran mejora física de la humanidad, pero aparentemente la gente no abandonó el consumo de animales principalmente por la salud, no más que los caníbales en tiempos más antiguos abandonaron el consumo de sus semejantes por esa razón. Fue, por supuesto, hace muchísimo tiempo, y no había quizá otra cosa que se practicase en el anterior orden que parezca

haber hecho que la gente se sintiese tan avergonzada, inmediatamente después de dejar de practicarla. Esta es sin duda la razón por la cual encontramos tan escasa información, en los libros de historia del periodo, en lo que se refiere a las circunstancias del cambio. Parece, sin embargo, que no hay duda de que el abandono de la costumbre fue principalmente un efecto de la gran ola de sentimiento humano, la pasión de lástima y remordimiento por todo sufrimiento—en una palabra, el impulso de ternura—que era en realidad el gran poder moral que había tras la revolución. Como era de esperar, este estallido no afectó meramente a las relaciones de los hombres con los hombres, sino igualmente a sus relaciones con el mundo de seres que tienen sentidos. El sentimiento de hermandad, el sentimiento de solidaridad, se hizo valer no meramente hacia hombres y mujeres, sino igualmente hacia los compañeros más humildes de nuestra vida en la tierra y con los que compartimos el destino de ésta, los animales. La nueva y vívida luz arrojada sobre los derechos y deberes de los hombres, puso en evidencia e hizo reconocer los derechos de los órdenes inferiores de seres. Un sentimiento contrario a la crueldad con los animales de todo género había estado creciendo en los países civilizados, y formó una característica distintiva del suavizamiento general de las actitudes, que condujo a la Revolución. Este sentimiento se transformó entonces en entusiasmo. La nueva noción de nuestra relación con los animales apelaba al corazón y cautivaba la imaginación de la humanidad. En vez de sacrificar las especies más débiles para nuestro uso o placer, sin consideración hacia su bienestar, comenzó a verse que más bien deberíamos, como hermanos mayores en la gran familia de la Naturaleza, ser, en la medida de lo posible, guardianes y auxiliares de los órdenes más débiles cuyo destino está en nuestras manos y para quienes somos como dioses. ¿No ves, Julian, cómo la prevalencia de este nuevo punto de vista pudo haber pronto llevado a la gente a considerar que comerse a sus semejantes los animales era una práctica horrible, casi igual que el canibalismo?"

"Desde luego, esto se entiende muy fácilmente. De hecho, doctor, no debe suponer que mis contemporáneos estaban totalmente desprovistos de todo sentimiento sobre este asunto. Mucho antes de que se soñase con la Revolución, había muchísimas personas que yo conocía que ponían serios reparos a comer carne, y quizá la mayor parte de las personas refinadas no carecían de remordimientos de conciencia en diversos momentos en relación con la práctica. El problema era que realmente parecía que no se podía hacer nada. Era justo igual que con nuestro sistema económico. Las personas humanitarias generalmente admitían que era muy malo y brutal, y aun así muy pocos podían ver con claridad que el mundo iba a reemplazarlo. Su gente parece haber tenido éxito al perfeccionar una cocina sin el uso de carne, y admito que en todos los sentidos es más satisfactoria que la nuestra, pero no puede imaginarse cuán absolutamente imposible se consideraba que era la idea de vivir sin el uso de comida animal, en mi época, cuando hasta ese momento no se había sugerido nada concreto para tomar su lugar, que ofreciese alguna gratificación razonable, en alguna medida, para el paladar, aunque sirviese como alimento."

"Puedo imaginarme la dificultad hasta cierto punto. Era, como dices, como lo que obstaculizó durante tanto tiempo el cambio de los sistemas económicos. La gente no podía comprender con claridad lo que iba a tomar su lugar. Mientras la boca de uno está llena de un sabor, es difícil imaginar otro. Esa falta de imaginación constructiva por parte de la masa es el obstáculo que ha habido a la hora de eliminar todo antiguo mal, e hizo necesaria una ola de fuerza revolucionaria para hacer el trabajo. Semejante ola de sentimientos como la que he descrito era necesaria en este caso para acabar con el hábito inmemorial de comer carne. Tan pronto como la nueva actitud de la mente humana eliminó su gusto por la carne, y hubo una demanda que tenía que satisfacerse mediante algún otro y adecuado tipo de

comida, parece que se satisfizo sin demora."

"¿Cuál fue la fuente de suministro?"

"Por supuesto," replicó el doctor, "principalmente proveniente del mundo vegetal, aunque de ningún modo completamente. Nunca había habido ningún serio intento anterior para averiguar cuáles eran de hecho sus posibilidades de aprovisionamiento como comida, todavía menos para averiguar lo que podría hacerse mediante el tratamiento científico. Ni, en tanto en cuanto no hubiese objeción para matar algún animal y beneficiarse sin problemas de sus experimentos, era probable que lo hubiese. Los ricos vivían principalmente de carne. En cuanto a las clases trabajadoras, que siempre habían extraído su vigor principalmente de vegetales, nadie de las clases influyentes se preocupó de hacer que la suerte de aquellas fuese más agradable. Ahora bien, sin embargo, todos de común acuerdo comenzaron a preguntarse qué tipo de mesa podría proveer la Naturaleza para los hombres que habían abjurado del asesinato.

"Justo como el tosco y sencillo método de la esclavitud, primero esclavitud con cadenas y luego esclavitud con salario, había evitado, en tanto prevaleció, que los hombres trataran de reemplazar su tosca conveniencia por un sistema industrial científico, así del mismo modo la tosca conveniencia de la carne como comida había evitado hasta ese momento que los hombres hiciesen una seria búsqueda de los recursos comestibles de la Naturaleza. El retraso a este respecto se explica mejor por el hecho de que la preparación de comida, considerando que la manera de realizarla es como una ocupación, había sido la menos progresista de todas las artes de la vida."

"¿Qué quiere decir?" repliqué. "¿La menos progresista de las artes? ¿Por qué?"

"Porque siempre se había realizado como una industria casera

aislada, y como tal, se había dejado principalmente en manos de los sirvientes o las mujeres, que en tiempos anteriores eran la clase más conservadora y fiel a las costumbres, de las comunidades. Las reglas del arte de cocinar habían sido transmitidas con pocos cambios en lo esencial desde que la mujer del arcaico cuidador indo—europeo de ganado le preparaba la comida.

"Ahora bien, resulta muy dudoso saber cuánto hubiese tardado en tener éxito la sublevación contra la comida animal si se hubiese dejado que la cocinera de una familia corriente, sea esposa o contratada, intentase resolver por sí misma en su propia cocina el problema de abastecer una mesa con un sustituto satisfactorio de la carne. Pero gracias al polifacético carácter de la gran Revolución, la coyuntura del momento en el cual el crecimiento del sentimiento humanitario creó una sublevación contra la comida animal coincidió con la completa crisis del servicio doméstico y la demanda de las mujeres de una vida con mayores horizontes, hechos que obligaron a que apareciesen negocios cooperativos para abastecer y preparar comida, y su transformación en una rama del servicio público. Así ocurrió que tan pronto como las personas, perdiendo su apetito por las criaturas que eran sus prójimos, comenzaron a preguntarse seriamente qué otra cosa podría comerse, ya estaba siendo organizado un gran departamento gubernamental al mando de todo el talento científico de la nación, y respaldado por los recursos del país, con el propósito de resolver la cuestión. Y es fácil creer que ninguno de los departamentos estaba estimulado en sus esfuerzos por un interés público más entusiasta que el que tenía a su cargo la preparación del nuevo menú nacional. Estas eran las condiciones que había estado esperando la alimentación desde los comienzos de la humanidad, para convertirse en ciencia.

"En primer lugar, los materiales comestibles y los métodos de prepararlos que de hecho existían, y se utilizaban en los

diversos países, fueron, por primera vez en la historia, reunidos y recopilados. En presencia de la cosmopolita variedad y extensión del menú internacional presentado de este modo, cada cocina nacional fue convicta de haberse llevado hasta el momento de un modo rutinario. Era evidente que en ninguna otra cosa habían sido más provinciales las naciones, habían tenido más estúpidamente prejuicios contra el aprendizaje las unas de las otras, como en asuntos de comida y cocina. Se descubrió, como los viajeros observadores siempre habían sido conscientes de ello, que cada nación y país, a menudo cada provincia, tenía media docena de secretos gastronómicos que nunca habían cruzado la frontera, o en el mejor de los casos habían hecho breves excursiones.

"Bien merece la pena mencionar, de pasada, que la recopilación de este menú internacional fue sólo un ejemplo de las innumerables maneras en las cuales las naciones, tan pronto como el nuevo orden puso fin a los viejos prejuicios, comenzaron a tomar prestado y adoptar a diestro y siniestro lo mejor de las ideas e instituciones de cada cual, para el gran enriquecimiento general.

"Pero la organización de un sistema científico de alimentación no cesó con la utilización de materiales y métodos ya existentes. Los botánicos y los químicos emprendieron a continuación la búsqueda de nuevos materiales comestibles y nuevos métodos para prepararlos. Inmediatamente se descubrió que de los productos naturales susceptibles de ser usados como comida por el hombre, sólo una minúscula proporción había sido utilizada alguna vez; únicamente aquellos, e incluso entre éstos sólo una pequeña parte, que se prestaban rápidamente a los procesos singulares primitivos a través de los cuales la humanidad había intentado preparar comida hasta ese momento—a saber, la aplicación de calor seco o húmedo. A esto, se añadieron ahora muchos otros procesos sugeridos por la química, con efectos que a nuestros antepasados les parecieron tan

deliciosos como novedosos. Hasta entonces había ocurrido con la ciencia de cocinar como con la metalurgia cuando el simple fuego era su único método.

"Está escrito que los hijos de Israel, al practicar una dieta vegetal a la fuerza en el desierto, añoraban las ollas con carne de Egipto, y probablemente con buenas razones. La experiencia de nuestros antepasados parece haber sido a este respecto bastante diferente. Parecería que los sentimientos con los cuales, tras un muy breve periodo, miraron atrás a las ollas de carne que habían dejado tras ellos, se vieron cargados de un sentimiento totalmente opuesto al pesar. Hay una divertida tira cómica de la época, que sugiere lo breve que fue el tiempo que les llevó descubrir qué cosa tan buena habían hecho para sí mismos al decidir prescindir de los animales. La tira, según recuerdo, tiene dos partes. La primera parte muestra a la Humanidad, tipificada por una figura femenina contemplando un grupo de animales que consta del buey, la oveja, y el cerdo. La cara de ella expresa el más profundo remordimiento, mientras exclama llena de lágrimas, '¡Pobrecillos! ¿Cómo pudimos llegar a comerlos?' La segunda parte reproduce el mismo grupo, con el encabezamiento 'Cinco Años Después'. Pero aquí el remordimiento de la Humanidad mientras contempla a los animales no expresa contricción o autoreproche, sino asco y aborrecimiento, mientras exclama en casi idénticos términos, pero muy diferente énfasis, '¿Cómo pudimos?'"

Qué fue de las grandes ciudades

Continuando nuestra marcha en dirección oeste, hacia el interior, habíamos ido dejando atrás gradualmente las partes de la ciudad más densamente pobladas, si de hecho alguna porción de estas modernas ciudades, en las cuales cada hogar está dentro de su propio vallado, puede decirse que esté densamente poblada. Las arboledas y los prados y grandes bosques se habían hecho numerosos, y los pueblos aparecían a intervalos frecuentes. Estábamos en el campo.

"Doctor," dije, "recuerde que resulta que he visto la vida del siglo veinte sólo en la ciudad principalmente. Si la vida del campo ha cambiado desde mi época tanto como la vida de la ciudad, será muy interesante conocerla de nuevo. Cuénteme algo sobre ello."

"Hay pocos aspectos, supongo," replicó el doctor, "en los cuales el efecto de la nacionalización de la producción y distribución sobre las bases de la igualdad económica haya obrado una mayor transformación que en las relaciones de la ciudad y el campo, y es raro que no hayamos tenido la ocasión de hablar de esto anteriormente."

"La vez anterior que estuve en el mundo de los vivos," dije, "la ciudad estaba devorando el campo rápidamente. ¿Ha continuado ese proceso, o posiblemente se ha invertido?"

"Indudablemente lo segundo," replicó el doctor, "como de hecho verás inmediatamente que debe haber sido el caso, cuando consideres que el enorme crecimiento de las grandes ciudades del pasado era por entero una consecuencia económica del sistema del capitalismo privado, con su necesaria dependencia de la iniciativa individual, y el sistema competitivo."

"Esa es una idea nueva para mi," dije.

"Creo que la encontrarás muy obvia tras una reflexión," replicó el doctor. "Bajo el capitalismo privado, ya ves, no había sistema público o gubernamental para la organización del esfuerzo productivo y la distribución de sus resultados. No había maquinaria general y constante para reunir a productores y consumidores. Todos tenían que buscarse su ocupación y manutención por su propia cuenta, y el éxito dependía de si encontraban una oportunidad para dar su trabajo o posesiones a cambio de posesiones o trabajo de otros. Para este propósito, el mejor lugar, desde luego, era donde hubiese mucha gente que asimismo quisiese comprar o vender su trabajo o productos. Consecuentemente, cuando, debido bien sea a un accidente o a un cálculo, una masa de personas se concentraba en un lugar, otras acudían a él, porque cada una de tales agregaciones hacía del lugar un mercado donde, debido simplemente al número de personas que deseaban comprar y vender, podían encontrarse mejores oportunidades para el intercambio que donde había menos personas, y cuanto mayor era el número de personas, mayores y mejores eran las facilidades para el intercambio. La ciudad que comenzaba de esta manera, cuanto mayor se hacía, más rápido era probable que creciese por la misma lógica que explicaba su primer crecimiento. El trabajador iba allí para encontrar el mayor y más estable mercado para su músculo, y el capitalista—que, siendo un director de la producción, deseaba el mayor y más estable mercado laboral—también se iba allí. El comerciante capitalista iba allí para encontrar el mayor grupo de consumidores de sus productos en el menor espacio.

"Aunque al principio las ciudades se levantaban y crecían, principalmente a causa de las facilidades de intercambio entre sus propios ciudadanos, aun así inmediatamente el resultado de la superior organización de facilidades de intercambio las hacía centros de intercambio para los productos del campo que había a su alrededor. De este

modo, quienes vivían en las ciudades no sólo tenían grandes oportunidades para hacerse ricos abasteciendo las necesidades de la densa población residente, sino que eran capaces también de recaudar un tributo sobre los productos de la gente del campo que había alrededor, obligando a que esos productos pasasen por sus manos de camino a los consumidores, aunque los consumidores, como los productores, vivían en el campo, y podían ser el vecino de al lado.

"A su debido tiempo," prosiguió el doctor, "esta concentración de riqueza material en las ciudades llevó a una concentración allí de todos los servicios superiores, refinados, placenteros, y lujosos de la vida. No sólo acudían a las ciudades los trabajadores manuales como a un mercado donde podían intercambiar mejor su trabajo por el dinero de los capitalistas, sino que las clases profesionales y las ilustradas iban allí con el mismo propósito. Los abogados, los pedagogos, los doctores, los grandes escritores, y los hombres de especiales habilidades de cada rama, iban allí como al mejor lugar para encontrar a los empleadores más ricos y más numerosos para sus talentos, y para hacer sus carreras.

"Y de igual manera todos los que vendían placer—los artistas, los actores, los cantantes, sí, y las cortesanas también—acudían a las ciudades por la misma razón. Y los que deseaban placer y tenían riqueza para comprarlo, los que querían disfrutar de la vida, bien a través de sus gratificaciones burdas o bien a través de las refinadas, seguían a los que suministraban placer. Y, finalmente, los ladrones y atracadores, y los que eran preeminentes en las malvadas artes de vivir a costa de sus semejantes, seguían a la muchedumbre a las ciudades, que les ofrecía también el mejor campo para sus talentos. Y así las ciudades se hicieron grandes vorágines, que arrastraban hacia sí todo lo más rico y lo mejor, y también todo lo más vil, de todo el país.

"Tal era, Julian, la ley de la génesis y crecimiento de las

ciudades, y era, por consecuencia necesaria, la ley de la contracción, decadencia, y muerte del campo y de la vida del campo. Sólo era necesario que la era del capitalismo privado en América durase lo suficiente para que los distritos rurales se redujesen a lo que eran en los días del Imperio Romano, y de cada imperio que alcanzase pleno desarrollo—a saber, regiones de donde todo el que podía escapar se había ido a buscar su fortuna a las ciudades, dejando únicamente una población de siervos y capataces.

"Para hacer justicia a tus contemporáneos, ellos mismos parecían comprender que el hecho de que el campo fuese engullido por la ciudad no era buena señal para la civilización, y aparentemente se habrían alegrado de encontrar una cura para ello, pero fracasaron por completo en observar que, como era el efecto necesario del capitalismo privado, sólo podría remediarse aboliéndolo."

"¿Exactamente cómo actúa," dije, "la abolición del capitalismo privado y su sustitución por un sistema de economía nacionalizada, para detener el crecimiento de las ciudades?"

"Aboliendo la necesidad de mercados para el intercambio de trabajo y artículos," replicó el doctor. "Las facilidades de intercambio organizadas en las ciudades bajo los capitalistas privados se hicieron completamente superfluas y no pertinentes, debido a la organización nacional de la producción y distribución. La producción del país ya no era organizada o distribuida a través de las ciudades, excepto si era producida o consumida allí. La calidad de los artículos proporcionados en todos los lugares, y la medida del servicio industrial que se requería de todos, era la misma. Habiendo la igualdad económica suprimido rico y pobre, la ciudad dejó de ser un lugar donde pudiese disfrutarse o desplegarse un lujo mayor que en el campo. La provisión de empleo y la manutención en términos de igualdad para todos, eliminó las ventajas de la concentración como una ayuda para ganarse la vida. En una palabra, ya no había ningún motivo que llevase a una persona a preferir la vida de la ciudad a la del campo, si

no le gustaban las muchedumbres, dada su aglomeración. Bajo estas circunstancias no te resultará extraño que el crecimiento de las ciudades cesase, y que su despoblación comenzase desde el momento en que los efectos de la Revolución se hicieron evidentes."

"¡Pero todavía tienen ciudades!" exclamé.

"Ciertamente—esto es, tenemos localidades donde la población todavía es más densa que en otros lugares. Ninguna de las grandes ciudades de tu época se ha extinguido, pero sus poblaciones no son sino pequeñas fracciones de lo que eran."

"Pero Boston es ciertamente una ciudad que tiene un aspecto mucho mejor que en mi época."

"Todas las ciudades modernas son mucho más magníficas y limpias en todos los sentidos que sus predecesoras, e infinitamente más adecuadas para que las personas vivan en ellas, pero para hacer que sean así, fue necesario deshacerse de la población excedente. Hoy hay en Boston quizá un cuarto de la población que vivía en los mismos límites del Boston de tu época, y eso es simplemente porque había cuatro veces más población dentro de esos límites, que la que podía ser alojada y dotada de entornos consistentes con la idea moderna de vida saludable y agradable. Nueva York, habiendo estado mucho más poblada que Boston, ha perdido un proporción todavía mayor de su antigua población. Si visitases la isla de Manhattan imagino que tu primera impresión sería que el Central Park de tu época se ha extendido desde Battery hasta el río Harlem, aunque de hecho el lugar está bastante densamente construído conforme al concepto moderno, unas doscientas cincuenta mil personas viven allí entre arboledas y fuentes."

"¿Y dices que esta asombrosa despoblación tuvo lugar inmediatamente después de la Revolución?"

"Comenzó entonces. La única manera en la cual las inmensas poblaciones de las viejas ciudades podía ser apiñada en espacios tan pequeños, era empaquetándolas como sardinas en casas de pisos. Tan pronto como se estableció que todos deberían tener realmente e igualmente buenas viviendas, de aquí se seguía que las ciudades debían perder la mayor parte de su población. Ésta tenía que ser dotada de casas en el campo. Por supuesto, un trabajo tan inmenso no pudo culminarse instantáneamente, pero se procedió a él con la mayor celeridad. Además del éxodo de la gente de las ciudades porque no había sitio para ella para vivir decentemente, hubo también un gran flujo de salida de otros que, ahora que la vida en la ciudad había dejado de tener ventajas económicas, fueron atraídos por los encantos naturales del campo; así que puedes ver fácilmente que una de las grandes tareas de la primera década después de la Revolución fue proporcionar hogares en otra parte para los que deseaban dejar las ciudades. La tendencia a irse al campo continuó hasta que en las ciudades, habiendo sido vaciadas de su exceso de población, fue posible hacer cambios radicales en su ordenamiento. Una gran proporción de los viejos edificios y todos los antiestéticos, elevados, e inartísticos fueron demolidos y reemplazados con estructuras de estilo bajo, ancho, espacioso, adaptado a los nuevos modos de vida. Parques, jardines, y amplios espacios se multiplicaron por todas partes y el sistema de tráfico fue modificado de modo que se librasen del ruido y el polvo, y finalmente, en una palabra, la ciudad de tu época fue transformada en la ciudad moderna. Habiendo sido convertidas de este modo en lugares tan placenteros para vivir como el propio campo, el flujo de salida de población de las ciudades cesó y llegó a establecerse un equilibrio."

"Me parece a mi," observé, "que bajo cualesquiera circunstancias, las ciudades, a cuenta de su mayor concentración de personas, deben de tener unos ciertos servicios públicos mejores que los pueblos pequeños, porque naturalmente tales comodidades son menos caras donde hay

que abastecer a una población más densa."

"En cuanto a eso", replicó el doctor, "si una persona desea vivir en algún remoto lugar lejos de sus vecinos, tendrá que aguantar ciertos inconvenientes. Tendrá que traer sus suministros desde el almacén público más cercano y renunciar a varios servicios públicos disfrutados por los que viven más cerca unos de otros; pero para estar de verdad fuera del alcance de estos servicios debe irse bastante lejos. Debes recordar que hoy en día los problemas de comunicación y transporte tanto por medios públicos como privados han sido tan completamente resueltos que los condicionantes de distancia, que eran tan prohibitivos en tu época, hoy no tienen importancia. Los pueblos que están a diez o veinte kilómetros de distancia están tan cerca a efectos de relaciones sociales y administración económica como los distritos contiguos de vuestras ciudades. Sea por su propia cuenta o combinándose en grupo con otras comunidades, los moradores de los pueblos más pequeños disfrutan de instalaciones de toda clase de servicios públicos tan completos como existen en las ciudades. Todos tienen almacenes y cocinas públicos con teléfono y sistemas de entrega, baños públicos, bibliotecas, e institutos de educación superior. En cuanto a la calidad de los servicios y las comodidades proporcionados, son de absolutamente igual excelencia donde quiera que se proporcionen. Finalmente, por teléfono o electroscopio, los habitantes de cualquier parte del país, no importa lo apartados que estén en la profundidad de los bosques o en medio de las montañas, pueden disfrutar del teatro, los conciertos, y los oradores, tan provechosamente como los residentes de las mayores ciudades."

La reforestación

Todavía seguíamos avanzando, kilómetro tras kilómetro, legua tras legua, hacia el interior, y todavía la superficie que teníamos bajo nosotros presentaba el mismo aspecto de parque que tenía el entorno inmediato de la ciudad. Todo rasgo natural parecía haber sido idealizado y todo su latente significado resaltado por la amorosa habilidad de algún consumado artista paisajístico, el trabajo del hombre mezclándose con el rostro de la Naturaleza en perfecta armonía. Tales configuraciones de paisaje habían sido habituales en mi época, cuando las grandes ciudades acondicionaban costosos parques, pero nunca había imaginado nada a una escala como esta.

"¿Hasta dónde se extiende este parque?" pregunté por fin.
"Parece no tener fin."

"Se extiende hasta el Océano Pacífico," dijo el doctor.

"¿Quiere decir que el trazado de todos los Estados Unidos está hecho así?"

"No precisamente así, de ningún modo, sino de un centenar de modos diferentes conforme a las sugerencias naturales de la superficie del campo y el modo más efectivo de cooperar con ellas. En esta región, por ejemplo, donde hay pocos rasgos naturales destacados, el mejor efecto a obtener era el de un paisaje risueño, pacífico con tanta diversificación en el detalle como fuese posible. En las regiones montañosas, por el contrario, donde la Naturaleza ha proporcionado efectos que el arte del hombre no puede intensificar, el método ha sido dejar todo absolutamente como la Naturaleza lo dejó, sólo proporcionando las mayores facilidades para viajar y para la observación. Cuando visites las Montañas

Blancas o las Colinas de Berkshire, encontrarás, imagino, que sus pendientes son más frondosas, sus torrentes más salvajes, sus bosques tienen árboles más altos y son más sombríos, que hace cien años. Las únicas evidencias del trabajo del hombre que pueden encontrarse allí son las calzadas que atraviesan cada desfiladero y coronan cada cumbre, poniendo al alcance del viajero cada pedacito salvaje, escarpado, o hermoso de la Naturaleza."

"En lo que a bosques se refiere, no será necesario que visite las montañas para percibir que los árboles son no sólo mucho más altos por regla general, sino que hay muchísimos más que antaño."

"Sí," dijo el doctor, "sería raro que no hubieses notado esa diferencia en el paisaje. Se dice que hay cinco o diez árboles hoy en día donde había uno en tu época, y una buena parte de los que ves ahí abajo tienen de setenta y cinco a cien años de edad, datan de la reforestación."

"¿Qué fue la reforestación?" pregunté.

"Fue la restauración de los bosques tras la Revolución. Bajo el capitalismo privado, la codicia o la necesidad de los individuos había conducido a una situación en la cual los bosques estaban tan arrasados que los ríos se habían reducido en gran medida y el país estaba constantemente afectado por la sequía. Tras la Revolución, se vio que una de las cosas más urgentes que había que hacer era reforestar el país. Por supuesto, a las nuevas plantaciones les ha llevado mucho tiempo llegar a la madurez, pero creo que hace unos veinticinco años que el plan de bosques alcanzó su pleno desarrollo y desaparecieron los últimos vestigios de los antiguos destrozos."

"¿Sabe," dije de inmediato, "que hay un rasgo que se echa en falta en el paisaje, que me impresiona tanto como cualquiera de los que presenta?"

"¿Qué se echa en falta?"

"El heno."

"¡Ah! sí, no me asombra que lo echés en falta," dijo el doctor. "¿Entiendo que en tu época el heno era la cosecha principal de Nueva Inglaterra?"

"Definitivamente, así era," repliqué, "y ahora supongo que no tienen uso para el heno en absoluto. ¡Dios mío, en qué multitud de importantes maneras debe de haber afectado a las ocupaciones e intereses humanos el hecho de que los animales ya no se utilicen ni para comida ni para trabajar!"

"Sí, en efecto," dijo el doctor, "y siempre para notable mejora de la condición social, aunque pueda sonar ingrato decirlo así. Tomemos el caso del caballo, por ejemplo. Con la desaparición del sirviente del hombre que tanto sufría, para la bien ganada recompensa de éste, primero se hizo posible que los senderos fuesen suaves, permanentes, y estuviesen limpios; el polvo, la suciedad, el peligro, y la incomodidad dejaron de ser necesarios incidentes de un viaje.

"Gracias a la desaparición del caballo, fue posible reducir la anchura de los senderos en la mitad o un tercio, para construirlos de suave hormigón de prado a prado, no dejando que ningún suelo pueda ser perturbado por el viento o el agua, y tales caminos, una vez construídos, perduran como calzadas romanas, y no pueden ser invadidos por la vegetación. Esos senderos, que penetran en cada recoveco y cada rincón del país, junto con los motores eléctricos, han hecho que el viajar sea un lujo tal, que por norma todos hacemos viajes cortos, y cuando el tiempo no apremia, incluso viajes largos, con medios de transporte privados. Si el viaje por tierra hubiese permanecido en las condiciones que estaba cuando dependía del caballo, la invención del vehículo aéreo difícilmente hubiese tentado a la humanidad para tratar a la tierra como hacen los pájaros—meramente como un lugar sobre el que posarse entre vuelos. De hecho,

consideramos que da igual si es más placentero deslizarse por el aire o deslizarse por la tierra, siendo el movimiento casi tan veloz, silencioso, y fácil en un caso como en el otro."

"Incluso antes de 1887," dije, "la bicicleta se estaba haciendo tan popular y las posibilidades de la electricidad estaban comenzando a surgir de tal modo, que las personas proféticas empezaron a hablar acerca de que los días del caballo casi habían terminado. Pero se creía que, aunque se prescindiese de él en los caminos, siempre seguiría siendo una necesidad para los múltiples propósitos del trabajo en una granja, y así lo supongo. ¿Qué hay de esto?"

La agricultura del siglo veinte

"Espera un momento," replicó el doctor; "cuando hayamos descendido un poco te daré una respuesta práctica."

"Después de que hubiésemos descendido desde una altitud de quizá unos trescientos metros a unos sesenta, el doctor dijo:

"Mira ahí abajo, a la derecha."

Así lo hice, y vi un gran campo donde se había segado la cosecha. Sobre su superficie se movía una fila de grandes máquinas, tras las cuales emergía la tierra en olas marrones y rígidas. Sobre cada máquina estaba de pie o sentado con actitud tranquila un joven o una joven con todo el aspecto de una persona en una placentera excursión.

"Evidentemente," dije, "estos son arados, pero ¿qué los impulsa?"

"Son arados eléctricos," replicó el doctor. "¿Ves ese cordón que parece una serpiente y que se aleja por el suelo resquebrajado por detrás de cada máquina? Es el cable por el que se suministra la fuerza. Observa aquellos postes a intervalos regulares por encima del campo. Sólo es necesario conectar uno de esos cables a un poste para tener la potencia que, conectada con cualquier clase de máquina agrícola, proporciona energía graduada desde la fuerza de un hombre hasta la de cien caballos, y para guiarlas no se requiere otra fuerza que la que pueden aplicar los dedos de un niño."

Y no sólo esto, sino que además me explicó que por este sistema de cables flexibles de todos los tamaños, la potencia eléctrica se aplicaba no sólo a todas las tareas pesadas

hechas anteriormente por animales, sino también a los instrumentos de mano—la azada, la pala, y la horca—con los cuales el granjero de mi época tenía que doblar su espada, no importa la potencia caballar con que contase. No había, de hecho, herramienta, por más pequeña que fuese, me explicó el doctor, que se usase en agricultura o en cualquier otro oficio, a la cual no pudiese aplicarse este motor, dejando para el trabajador únicamente el ajuste y el manejo del instrumento.

"Con una de nuestras palas," dijo el doctor, "un muchacho inteligente puede excavar una zanja o plantar un kilómetro de patatas más rápido que una cuadrilla de hombres en tu época, y sin más esfuerzo que el que usaría para rodar una carretilla."

Me habían dicho varias veces que, en el presente, el trabajo en la granja era considerado tan deseable como cualquier otra ocupación, pero, con mis impresiones acerca de lo peculiarmente árdua que es la tarea del que trabaja la tierra, no había sido capaz de comprender cómo esto podía ser así realmente. Empezó a parecer posible.

El doctor sugirió que quizá me gustaría aterrizar e inspeccionar algo de cómo estaba dispuesta una granja moderna, y asentí con alegría. Pero primero se aprovechó de nuestra elevada posición para señalar la red de vías por la cual se hacía todo el transporte de la granja y a través de la cual las cosechas recogidas podían, si se deseaba, ser enviadas directamente, sin otra manipulación, a cualquier punto del país. Habiéndonos apeado de nuestro vehículo, cruzamos el campo hacia el más cercano de los grandes arados, que estaba conducido por una joven de pelo negro delicadamente vestida, ciertamente una figura tal como la de ningún granjero del siglo diecinueve que hubiese visto jamás. Según estaba sentada grácilmente sobre la parte trasera del brillante monstruo metálico, el cual, según avanzaba, rasgaba la tierra con terribles cuernos, no podía sino recordarme a Europa en su toro. Si su prototipo era tan encantador como

el de esta joven, Júpiter ciertamente era excusable por ir tras ella.

Según nos aproximábamos, detuvo el arado y nos devolvió el saludo en un tono agradable. Era evidente que me reconoció a primera vista, como, gracias sin duda a la difusión de mi retrato, todos parecían reconocermé. El interés con el cual me consideró, habría sido más adulador si yo no hubiese sido consciente de que se debía totalmente a mi carácter de fenómeno de la naturaleza y en absoluto a mi personalidad.

Cuando le pregunté qué tipo de cosecha esperaban plantar esta temporada, ella contestó que éste era meramente uno de los muchos arados anuales realizado sobre todo terreno para mantenerlo en condiciones.

"Por supuesto, usamos abundantes fertilizantes," dijo ella, "pero consideramos que el suelo es su propio y mejor fertilizante si se mantiene en movimiento."

"No hay duda," dije, "de que el trabajo es el mejor fertilizante para el suelo. Una autoridad tan vieja como Esopo nos enseñó eso en su fábula de 'El Tesoro Enterrado,' pero era un tipo de fertilizante terriblemente caro en mi época si tenía que salir de los músculos de hombres y bestias. Un arado por años era todo lo que podían hacer nuestros granjeros, y eso casi rompía sus espaldas."

"Sí," dijo ella, "he leído cosas acerca de aquellos pobres hombres. Ya ve que ahora es diferente. Así como las mareas suben y bajan dos veces al día, no hablemos de los vientos y cascadas, no hay razón por la cual no deberíamos arar cada día si fuese deseable. Creo que se estima que hoy en día se suministra diez veces más potencia para el trabajo de cada hectárea de terreno que lo que era posible aplicar en otros tiempos."

Pasamos algún tiempo inspeccionando la granja. El doctor explicó los sistemas de drenaje y bombeo mediante los

cuales se protegían tanto del exceso como de la falta de lluvia, y me dio la oportunidad de examinar en detalle alguna de las maravillosas herramientas que había descrito, que no requerían prácticamente nada de músculo del trabajador, sólo necesitando la mente que estaba detrás.

Conectado con la granja, había uno de los sistemas de los grandes invernaderos de los que dependía la gente para tener vegetales frescos en invierno, y también lo visitamos. Las maravillas de los cultivos intensivos que vi en esa gran estructura, por supuesto no asombrarían a ninguno de mis lectores, pero a mi, la revelación de lo que podía hacerse con las plantas cuando todas las condiciones de luz, calor, humedad, e ingredientes del suelo están absolutamente controlados, fue una experiencia para no olvidar jamás. Me parecía que me había colado en el mismísimo laboratorio secreto del Creador, y le había encontrado atareado dando forma con manos invisibles al polvo de la tierra y moldeando el invisible aire en formas de vida. Nunca antes había visto plantas creciendo y había considerado que el truco de los malabaristas Indios era una impostura. Pero aquí las vi elevando sus puntas, extendiendo sus capullos, abriendo sus flores mediante movimientos que el ojo podía seguir. Confieso que claramente las oí susurrar.

"En mi época, el cultivo de vegetales en invernadero fuera de estación se había llevado a cabo únicamente para cubrir las demandas de una pequeña clase muy rica. La idea de abastecer a precios moderados a toda la comunidad, conforme a la práctica moderna, desde luego no podía ni soñarse."

Cuando dejamos el invernadero, la tarde se había difuminado y el sol se estaba poniendo. Elevándonos rápidamente hasta una altura donde sus rayos todavía nos calentaban, nos dirigimos a casa.

La más fuerte de todas las impresiones de aquella para mi tan maravillosa tarde, que permanecía allí firmemente fijada

en mi mente, era la última—a saber, el perfecto ejemplo que había recibido de la transformación de las condiciones de la agricultura, la gran ocupación básica de la humanidad desde el principio, y la base de todo sistema industrial. Inmediatamente dije:

"Ya que han eliminado tan exitosamente el primero de los dos principales inconvenientes de la ocupación agrícola tal como se conocía en mi época—a saber, su excesiva laboriosidad—no hay duda de que han sabido cómo eliminar el otro, que era el aislamiento, la soledad, la falta de relaciones sociales y oportunidades de cultura social, que incidían en la vida del granjero."

"Nadie haría trabajos agrícolas, ciertamente," replicó el doctor, "si hubiese seguido siendo más solitaria o más laboriosa que otras clases de trabajo. En cuanto al entorno social del agricultor, éste no se encuentra en diferente situación que el artesano o cualquier otra clase de trabajador. Él, como los demás, vive donde le place, y es traído y llevado justo como los demás lo son entre su lugar de residencia y el de su trabajo por las líneas de tráfico veloz que se entretajan a lo largo y ancho de todo el país. Trabajar en una granja ya no implica vivir en una granja, salvo para aquellos a quienes les guste."

"Una de las condiciones de la vida del granjero, debido a los cambios de estación," dije, "siempre ha sido la alternancia de trabajo flojo con periodos de especial exigencia, tales como plantar y cosechar, cuando la repentina necesidad de una fuerza laboral multiplicada necesitaba la más severa tensión de esfuerzo durante un tiempo. Esta alternancia de demasiado trabajo con demasiado poco, debo suponer que todavía continúa diferenciando a la agricultura de otras ocupaciones."

"Sin duda," replicó el doctor, "pero esta alternancia, lejos de implicar una derrochadora relajación del esfuerzo o una excesiva tensión sobre el trabajador, proporciona ocasiones

de esparcimiento que añaden un especial atractivo a la ocupación agrícola. Las estaciones de siembra y cosecha son, por supuesto, ligeramente diferentes o muy diferentes en los diversos distritos de un país tan extenso como este. El hecho hace posible concentrar sucesivamente en cada distrito un contingente extra de trabajadores traídos de los otros distritos, tan grande como se necesite. Es habitual al cabo de unos pocos días después de que se notifica, enviar cien mil trabajadores extra a una región donde haya una especial demanda temporal de trabajo. La inspiración de estos grandes movimientos de masas es notable, y debe de ser algo así lo que causaba en tu época la movilización y marcha de los ejércitos a la guerra."

Continuamos en silencio nuestro rumbo durante un tiempo por el cielo que se oscurecía.

"Verdaderamente, Julian," dijo el doctor finalmente, "ninguna transformación industrial ha sido tan completa desde tu época, y ninguna seguramente ha afectado a una proporción tan grande de gente, como la que ha habido en la agricultura. Los poetas, antes y después de Virgilio, han reconocido en las actividades y el cultivo de la tierra las condiciones más favorables para una vida serena y feliz. Sin embargo, lo que ellos imaginaban a este respecto ha sido, hasta el presente, burlado por las condiciones reales de la agricultura, que se combinaban para hacer de la suerte del agricultor, del que sustentaba a todo el mundo, la más triste, la más difícil, y la más falta de esperanza, que haya soportado ninguna clase de hombre. Desde el principio del mundo hasta el siglo pasado, el labrador ha sido la figura más patética de la historia. En las épocas de esclavitud, la suya era la clase más baja de esclavo. Después de que desapareciese la esclavitud, la suya seguía siendo la más llena de preocupaciones, la más árdua, y la más desesperante de las ocupaciones. Soportó más que la pobreza del asalariado sin su libertad para despreocuparse, y toda ansiedad del capitalista sin su esperanza de ganancias compensatorias. Por un lado, para su producción era

dependiente, como no lo era ninguna otra clase, de los caprichos de la Naturaleza, mientras por otro lado, cuando tenía el producto, estaba más completamente a merced de los intermediarios que cualquier otro productor. Bien podía preguntarse quién tenía menos corazón, si el hombre o la Naturaleza. Si las cosechas se perdían, el granjero perecía; si prosperaban, el intermediario se llevaba la ganancia. Siendo como un amortiguador entre las fuerzas elementales y la sociedad humana, era golpeado por las unas para ser empujado por la otra. Vinculado a la tierra, cayó en una servidumbre de las ciudades casi tan completa como había sido la esclavitud feudal. Por razón de su vida aislada y poco social, era basto, iletrado, no estaba al corriente de la cultura, carecía de oportunidades para la autosuperación, incluso si su amarga faena le dejaba energía o tiempo para ello. Por esta razón los habitantes de las ciudades le miraban por encima del hombro, como perteneciente a un género inferior. En todos los países, en todas las épocas, el pueblerino ha sido considerado objeto de ridiculización por los más patanes habitantes de la ciudad. El proletariado que se moría de hambre sobre el pavimento de la ciudad se burlaba del granjero considerándole un palurdo. Sin voz, no había nadie que hablase por él, y sus rudas, inarticuladas quejas eran recibidas con mofa. Balaam, cuando el asno que montaba le regañó, no se asombró más que las clases dominantes de América parecieron asombrarse cuando los agricultores, hacia el final del siglo diecinueve, empezaron a tener algo que decir sobre el gobierno del país.

"De vez en cuando en el progreso de la historia, la situación del granjero ha sido tolerable durante breves periodos. El "yeoman" de Inglaterra fue una vez, durante un tiempo, alguien con un noble aspecto en el rostro. De nuevo, el granjero americano, hasta mediados del siglo diecinueve, disfrutó de la edad de oro de la agricultura. Entonces,

durante un tiempo, producía principalmente para su propio uso y no para vender a los intermediarios, era el más independiente de los hombres y disfrutaba de una ruda abundancia. Pero antes de que el siglo diecinueve hubiese alcanzado su último tercio, la agricultura americana había dejado atrás su breve periodo idílico, y, por el inevitable funcionamiento del capitalismo privado, el granjero comenzó a descender la colina hacia la condición de servidumbre, que en todas las épocas anteriores había sido su estado normal, y lo había de ser para siempre, en tanto la explotación económica del hombre por el hombre continuase. Mientras en un sentido la igualdad económica trajo una bendición igual para todos, dos clases tuvieron una razón especial para saludarla por traerles una mayor elevación desde una más profunda degradación que cualquier otro. Una de esas clases fue las mujeres, la otra los agricultores."

XXXIV. Lo que inició la revolución

Qué me parecía ir al teatro esa noche, fue la pregunta con que me recibió Edith cuando llegamos a casa. Parece que esa tarde representaban en Honolulu un famoso drama histórico sobre la Revolución, y ella había pensado que podría gustarme verlo.

"De verdad, deberías asistir," dijo, "porque la representación de la obra es una especie de cumplido hacia ti, considerando que se vuelve a representar debido al interés popular en la historia revolucionaria que tu presencia ha despertado."

Ninguna manera de pasar la noche podría haber sido más agradable para mi, y acordamos que deberíamos montar una reunión familiar teatral.

"El único problema," dije, mientras nos sentábamos alrededor de la mesa del té, "es que todavía no sé lo suficiente sobre la Revolución para seguir la obra muy inteligentemente. Por supuesto, he oído mencionar acontecimientos revolucionarios frecuentemente, pero no he conectado la idea de la Revolución como un todo."

"Eso no importará," dijo Edith. "Hay tiempo de sobra antes de la función para que mi padre te cuente lo necesario. La primera sesión no empieza hasta las tres de la tarde en Honolulu, y como ahora son sólo las seis, la diferencia horaria nos dará por lo menos una hora antes de que se levante el telón."

"Es más bien poco tiempo, y he sido avisado con poca antelación también, para una tarea tan enorme como la de explicar la gran Revolución," protestó ligeramente el doctor, "pero dadas las circunstancias, supongo que tendré que hacer

lo posible."

"Los comienzos son siempre brumosos," dijo, cuando inmediatamente empecé a preguntarle cuándo comenzó la gran Revolución. "Quizá San Juan despachó este punto de la manera más sencilla cuando dijo que 'en el principio, era Dios.' Para venir más cerca, podría decirse que Jesucristo estableció las bases doctrinales y propósito práctico de la gran Revolución cuando declaró que la regla de oro del igual y mejor tratamiento para todos era el único principio justo en base al cual las personas podrían vivir juntas. Sin embargo, para hablar en el idioma de los historiadores, la gran Revolución, como todos los eventos importantes, tuvo dos conjuntos de causas—primero, la causa general, necesaria, y fundamental, que debió provocarla finalmente, no importa cuales fueran las circunstancias menores; y, segundo, las causas próximas o provocadoras que, hasta cierto punto, determinaron cuándo tuvo lugar de hecho, junto con los rasgos incidentales. Estas causas inmediatas o provocadoras fueron diferentes, por supuesto, en países diferentes, pero la causa general, necesaria, y fundamental fue la misma en todos los países, siendo la gran Revolución, como sabes, mundial y casi simultánea, en lo que respecta a las naciones más avanzadas.

"Esa causa, como he indicado a menudo en nuestras charlas, fue el crecimiento de la información y difusión del conocimiento entre las masas, que, comenzando con la introducción de la imprenta, se extendió lentamente a lo largo de los siglos dieciséis, diecisiete, y dieciocho, y mucho más rápidamente durante el diecinueve, cuando, en los países más favorecidos, comenzó a ser algo general. Previamente al comienzo de este proceso de ilustración, la situación de las masas de la humanidad en cuanto a la información, desde los tiempos más remotos, había sido prácticamente estacionaria en un punto que estaba muy poco por encima del nivel de las bestias. Sin más pensamiento o voluntad por su parte que la arcilla en las manos del

alfarero, se amoldaban sin resistencia a los usos de los individuos y grupos más inteligentes y poderosos de su género. Así continuó durante innumerables épocas, y nadie soñó en otra cosa hasta que por fin las condiciones estuvieron maduras para la inhalación de una vida intelectual en estos inertes e insensibles zoquetes. El proceso por el cual este despertar tuvo lugar fue silencioso, gradual, imperceptible, pero ningún evento previo, o serie de eventos, de la historia de la humanidad fue comparable con él en el efecto que iba a tener sobre el destino de la humanidad. Significó que el interés de los muchos en vez del de los pocos, el bienestar de todos en vez del de una parte, iba a ser desde ese momento el propósito primordial del orden social y el objetivo de su evolución.

"Vagamente, vuestros filósofos del siglo diecinueve parecen haber percibido que la difusión general de información era un hecho nuevo y de gran extensión, y que introducía una fuerza muy importante en la evolución social, pero padecían de estrabismo porque fracasaron en ver la certidumbre con la que ello presagiaba una completa revolución de las bases económicas de la sociedad en interés de todo el conjunto de la gente, como opuesto a los intereses de clase o los intereses parciales de cualquier tipo. Su primer efecto fue el movimiento democrático por el cual el dominio personal y de clase, en asuntos políticos, fue abolido en nombre del supremo interés y autoridad del pueblo. Resulta asombroso que hubiese personas inteligentes entre vosotros que no percibiesen que la democracia política no era sino el escuadrón pionero y de vanguardia de la democracia económica, despejando el camino y proporcionando los instrumentos para la parte sustancial del programa—a saber, la distribución del trabajo y la riqueza en términos de igualdad. Esto es todo en lo que respecta a la causa principal, general, y necesaria, y la explicación de la gran Revolución—a saber, la progresiva difusión de información entre las masas desde el siglo dieciséis hasta el final del siglo diecinueve. Dada esta fuerza en acción, y la revolución

de las bases económicas de la sociedad, esto debía dar tarde o temprano su resultado por todas partes: un poco más tarde o más temprano y justo en la manera y con justo las circunstancias que las diferentes situaciones de los diferentes países determinasen.

"En el caso de América, el periodo de agitación revolucionaria que resultó en el establecimiento del presente orden, comenzó casi inmediatamente al finalizar la guerra civil. Algunos historiadores datan el comienzo de la Revolución en 1873."

"¡Mil ochocientos setenta y tres!" exclamé; "¡vaya, eso era más de una docena de años antes de que cayese dormido! Parece, entonces, que fui contemporáneo y testigo de al menos una parte de la Revolución, y aun así no vi ninguna Revolución. Es cierto que reconocíamos la gravísima situación de confusión industrial y descontento popular, pero no comprendimos que estaba ocurriendo una Revolución."

"Era de esperar que no lo comprendieseis," replicó el doctor. "Muy rara vez los contemporáneos de los grandes movimientos revolucionarios han comprendido su naturaleza hasta que casi han concluído. Las generaciones siguientes siempre piensan que deberían haber sido más sabios al leer los signos de los tiempos, pero eso no es probable."

"Pero ¿qué había," dije, "en 1873, que llevó a los historiadores a tomarlo como la fecha a partir de la cual contar el comienzo de la Revolución?"

"Sencillamente el hecho de que marcó de una manera bastante diferenciada el comienzo de un período de tribulaciones económicas en el pueblo americano, que continuaron, con alivios temporales y parciales, hasta el derrocamiento del capitalismo privado. El descontento popular resultante de esta experiencia fue la causa que provocó la Revolución. Despertó a los americanos de su sueño autocomplaciente de que el problema social había sido

resuelto o podía ser resuelto por un sistema de democracia limitado a formas meramente políticas, y les hizo buscar la auténtica solución.

"Las tribulaciones económicas que comenzaron en el último tercio del siglo, que fueron la provocación directa de la Revolución, fueron muy leves comparadas con lo que había sido la constante suerte y antigua herencia de otras naciones. Representaban meramente la primera o segunda vuelta de tuerca mediante la cual el capitalismo a su debido tiempo estrujaba a las masas hasta dejarlas secas, siempre y en todas partes. El espacio sin precedentes y la riqueza de su nueva tierra había dado a los americanos una tregua de un siglo, antes del destino universal. Cuando esas ventajas pasaron, la tregua terminó, y llegó el momento de que el pueblo debía adaptar sus cuellos al yugo que habían llevado anteriormente todos los pueblos. Pero habiendo crecido con un elevado espíritu, de una larga experiencia de bienestar comparativo, los americanos resistieron la imposición, y, viendo que la mera resistencia era en vano, terminaron por hacer una revolución. Esta es, en resumen, la historia completa sobre la manera en que la gran Revolución se puso en marcha en América. Pero mientras esto pudiera satisfacer una lánguida curiosidad del siglo veinte en cuanto a un asunto tan remoto en el tiempo, tú naturalmente querrás algo más de detalle. Hay un capítulo particular en la Historia de la Revolución, de Storiot, que explica justo cómo y por qué el crecimiento del poder del capital provocó el gran levantamiento, el cual me impresionó profundamente en mis días de escuela, y no creo que pueda hacer un uso mejor de nuestro escaso tiempo que leyendo unos pocos párrafos de él."

Y cuando Edith hubo traído el libro de la biblioteca—porque seguíamos sentados a la mesa del té—el doctor leyó:

"Con referencia a la evolución del sistema del capitalismo privado hasta el punto en que provocó la Revolución al amenazar las vidas y libertades del pueblo, los historiadores

dividen la historia de la República Americana, desde su fundación en 1787 hasta la gran Revolución que la convirtió en una auténtica república, en tres períodos.

"El primero abarca las décadas desde la fundación de la república hasta alrededor del primer tercio del siglo diecinueve—digamos, hasta los años treinta o cuarenta. Este fue el período durante el cual el poder del capital en manos privadas no se había mostrado todavía gravemente agresivo. La clase adinerada era pequeña y la acumulación de capital, insignificante. La inmensidad de los recursos naturales del continente virgen desafiaba todavía el deseo codicioso. La gran extensión de las tierras a poseer por quienes las tomaban, garantizaba independencia de todo, a costa de trabajar. Con este recurso nadie necesitaba llamar a otro amo. Este puede ser considerado como el período idílico de la república, el tiempo en que De Tocqueville la vio y la admiró, aunque no sin vislumbrar el funesto destino que la esperaba. La semilla de la muerte estaba latente en el principio del capitalismo privado, y era seguro que con el tiempo crecería y maduraría, pero todavía las condiciones no eran favorables para su desarrollo. Todo parecía ir bien, y no es extraño que el pueblo americano se complaciese en la esperanza de que su república había resuelto de hecho la cuestión social.

"Desde alrededor de 1830 ó 1840, hablando por supuesto de manera general en cuanto a la fecha, consideramos que la república entró en su segunda fase—a saber, la fase en la cual el crecimiento y la concentración de capital comenzaron a ser rápidos. La clase adinerada ahora creció poderosa, y comenzó a alargar la mano y absorber los recursos naturales del país y a organizar para su ganancia el trabajo de la gente. En una palabra, el crecimiento de la plutocracia se hizo vigoroso. El acontecimiento que dio el gran impulso a este movimiento, y fijó el momento de la transición del primer período al segundo en la historia de la nación, fue por supuesto la aplicación general del vapor al comercio y a la industria. De hecho puede decirse que la transición comenzó

algo antes, con la introducción del sistema de fábricas. Por supuesto, si no se hubiese introducido nunca ni el vapor ni los inventos que hicieron posible el sistema de fábricas, habría sido meramente una cuestión de un tiempo más largo antes de que la clase capitalista, procediendo en este caso mediante los señoríos y la usura, hubiese reducido las masas al vasallaje, y derrocado la democracia como en las antiguas repúblicas, pero los grandes inventos aceleraron asombrosamente la conquista plutocrática. Por primera vez en la historia, el capitalismo tenía la maquinaria como aliado para la sumisión de sus semejantes, y era una maquinaria muy potente. Era el factor de poder que, multiplicando el poder del capital y relativamente empujando la importancia del trabajador, explica la extraordinaria rapidez con la cual, durante el segundo y tercer período se llevó a cabo la conquista de la república por la plutocracia.

"Es un hecho honorable para los americanos el que comenzaran, según parece, a comprender, en un momento tan temprano como la década de los cuarenta, que tendencias nuevas y peligrosas estaban afectando la república y amenazando con hacer falsa su promesa de una más amplia difusión del bienestar. Esa década es notable en la historia americana por el interés popular tomado en la discusión de la posibilidad de un mejor orden social, y por los numerosos experimentos acometidos para probar la viabilidad de terminar con el capitalismo mediante la industria cooperativa. Los ciudadanos más inteligentes y con más espíritu público estaban comenzando a observar que sus llamados gobiernos populares no parecían interferir en lo más mínimo con el dominio de los ricos y la sumisión de las masas a los amos económicos, y a preguntarse, si eso iba a continuar siendo así, exactamente de cuánto valor eran las llamadas instituciones republicanas en aquello de lo que ellas se enorgullecían tanto.

"Esta naciente agitación de la cuestión social sobre líneas radicales, sin embargo, estaba destinada en aquel tiempo a

resultar abortiva a la fuerza por la situación peculiar de América—a saber, la existencia en el país, a una inmensa escala, de esclavitud proveniente de África. Era digno de una evolución hacia la completa libertad humana que esta forma de esclavitud, más cruda y más brutal, si no en su conjunto más cruel, que la esclavitud salarial, debería ser quitada de en medio en primer lugar. Pero de no ser por esta necesidad y las condiciones que la producían, podemos creer que la gran Revolución habría ocurrido en América veinticinco años antes. Desde el período de 1840 a 1870 el problema de la esclavitud, implicando como implicaba un conflicto de fuerzas tremendas, absorbió todas las energías morales y mentales, y físicas, de la nación

"Durante los treinta o cuarenta años desde el comienzo en serio del movimiento antiesclavista hasta que la guerra finalizó y sus problemas fueron despachados, la nación no dedicó ningún pensamiento a ningún otro interés. Durante este período la concentración de capital en unas pocas manos, ya alarmantemente visto a lo lejos en los años cuarenta, tuvo tiempo, casi sin ser observado y sin resistencia alguna que se le opusiera, de avanzar en su conquista del país y de la gente. Al abrigo de la guerra civil, con sus periodos precedentes y subsiguientes de agitación en torno a los problemas de la guerra, los capitalistas puede decirse que ganaron por la mano a la nación y se atrincheraron en una posición de estar al mando.

"Mil ochocientos setenta y tres es el punto, tan cercano como ninguna fecha, en el cual el país, libre al fin de la distracción ética, y los problemas particulares de la esclavitud, empezó a abrir por primera vez los ojos al incontrolable conflicto que el crecimiento del capitalismo había forzado—un conflicto entre el poder de la riqueza y la idea democrática de igual derecho de todos a la vida, a la libertad, y a la felicidad. Desde más o menos este momento datamos, por consiguiente, el comienzo del periodo final o revolucionario de pseudo República Americana, el cual resultó

en el establecimiento del presente sistema.

"La historia ha proporcionado abundantes ejemplos previos, del derrocamiento de sociedades republicanas por el crecimiento y concentración de la riqueza privada, pero nunca antes se había registrado una revolución en las bases económicas de una gran nación a la vez tan completa y tan velozmente efectuada. En la América de antes de la guerra, como hemos visto, la riqueza había sido distribuída con un efecto general de igualdad nunca conocido previamente en una gran comunidad. Había unos pocos hombres ricos y muy pocas fortunas considerables. No había estado en poder ni de individuos ni de una clase, a través de la posesión de un abrumador capital, para ejercer la opresión sobre el resto de la comunidad. En el corto espacio de tiempo de veinticinco a treinta años, estas condiciones económicas se habían trastocado de una manera tan completa como para dar a América durante los años setenta y ochenta el nombre de país de los millonarios, y hacerla famosa hasta los confines de la tierra como el país donde existían las más inmensas acumulaciones privadas de riqueza. La consecuencia de esta asombrosa concentración de riqueza anteriormente tan repartida por igual, en tanto que había afectado los intereses industriales, sociales, y políticos, de la gente, no podía haber sido otra que revolucionaria.

"La libre competencia en los negocios había dejado de existir. La iniciativa personal en las empresas industriales, que anteriormente había estado abierta a todos, estaba restringida a los capitalistas, y de entre éstos a los mayores capitalistas. Anteriormente conocida en todo el mundo como la tierra de las oportunidades, América, en el intervalo de tiempo de una generación, se había hecho igualmente célebre como la tierra de los monopolios. Un hombre ya no contaba principalmente por lo que era, sino por lo que tenía. Cerebro y laboriosidad, si se emparejaban con la cortesía, podían de hecho ganar un lugar superior de sirviente como empleados del capital, pero ya no podían realizar una carrera.

"La concentración de la administración económica del país en manos de un grupo comparativamente pequeño de grandes capitalistas había consolidado y centralizado necesariamente y correspondientemente todas las funciones de producción y distribución. Grandes intereses individuales, respaldados por enormes sumas de capital, se habían apropiado de grandes parcelas del campo de los negocios anteriormente ocupadas por innumerables intereses menores. En este proceso, como algo natural, una multitud de pequeños negocios fueron aplastados como moscas, y sus anteriores propietarios independientes fueron afortunados al encontrar un puesto como subordinado en los grandes establecimientos que los habían suplantado. A través de los años setenta y ochenta, cada mes, cada semana, cada día, veía alguna nueva provincia fresca del estado económico, alguna nueva rama de la industria o del comercio previamente abiertas para todos a la iniciativa empresarial, capturada por una combinación de capitalistas y transformada en un campo atrincherado del monopolio. Las palabras "consorcio" y "trust" fueron acuñadas para describir estos crecimientos monstruosos, para lo cuales el anterior lenguaje de los negocios no tenía un nombre.

"De las dos grandes divisiones de las masas trabajadoras, sería difícil decir si los asalariados o los granjeros habían sufrido más por el cambiado orden. La vieja relación personal y sentimiento afectuoso entre empleado y empleador había muerto. Las grandes sumas de capital que habían tomado el lugar de los antiguos empleadores, eran fuerzas impersonales que ya no conocían al trabajador como un hombre, sino como una unidad de fuerza. Era meramente una herramienta en el empleo de una máquina, cuyos jefes lo consideraban como una molestia necesaria, que desafortunadamente debía retenerse al menor coste posible, hasta que pudiese ser sacado completamente del inventario de existencias gracias a alguna nueva innovación mecánica.

"La función y posibilidades económicas del granjero habían sido similarmente empequeñecidas o amputadas como

resultado de la concentración del sistema de negocios del campo en manos de unos pocos. Los ferrocarriles y el mercado de grano habían absorbido entre ambos las anteriores ganancias de la agricultura, y habían dejado al granjero sólo el salario de un jornalero en el caso de una buena cosecha, y una deuda hipotecaria en caso de una mala; y todo esto, además, emparejado con las responsabilidades de un capitalista cuyo dinero estaba invertido en su granja. Esta última responsabilidad, sin embargo, no continuaba atribulando al granjero por mucho tiempo, porque, como naturalmente puede suponerse, la única manera en que podía subsistir de año en año bajo tales condiciones era contrayendo deudas sin la más mínima perspectiva de pagarlas, lo cual pronto conducía a la ejecución de la hipoteca sobre sus tierras, y a su reducción desde el una vez orgulloso estado de granjero americano, al de arrendatario en camino de convertirse en labriego.

"Desde 1873 a 1896, los libros de historia citan unas seis diferentes crisis de negocios. Los periodos de recuperación entre ellas fueron, sin embargo, tan breves, que podemos decir que existió una crisis continua durante una gran parte de ese período. Ahora bien, las crisis de negocios había sido numerosas y desastrosas en la época inicial y media de la república, pero el sistema de negocios, descansando en aquella época sobre una iniciativa popular ampliamente extendida, se había mostrado rápida y fuertemente elástico, y las recuperaciones que puntualmente seguían a las caídas siempre habían conducido a una mayor prosperidad que la disfrutada anteriormente. Pero esta elasticidad, con lo que la ocasionaba, ahora se había ido. Hubo poca o lenta reacción tras las crisis de los años setenta, ochenta y principios de los noventa, pero, por el contrario, un casi ininterrumpido declive de los precios, de los salarios, y de la prosperidad y satisfacción general de las masas de granjeros y asalariados.

"No podría haber una prueba más espectacular de la tendencia descendente en el bienestar de los asalariados y

los granjeros que la deteriorante calidad y volumen decreciente de la inmigración desde el extranjero, que marcó ese período. La fuerte corriente de emigrantes Europeos a los Estados Unidos como la tierra prometida para los pobres, desde su comienzo medio siglo antes, había continuado con un volumen creciente, y arrastrado hasta nosotros una gran población de las mejores reservas del Viejo Mundo. Poco después de la guerra, el carácter de la inmigración comenzó a cambiar, y durante los años ochenta y noventa llegó a estar enteramente formada por los géneros más bajos, más míseros, y bárbaros de Europa—la auténtica escoria del continente. Incluso para asegurar estos míseros reclutamientos, los agentes de los vapores transatlánticos y los consorcios americanos tenían que enviar sus agentes por todos los peores distritos de Europa e inundar los países con circulares llenas de mentiras. Las cosas habían llegado a tal punto que ningún labriego o trabajador europeo, que estuviese todavía por encima del estado de un mendigo o de un exiliado, podía ya permitirse compartir la suerte del trabajador y el granjero americano, muy poco tiempo antes la envidia del mundo trabajador.

"Mientras los políticos, especialmente en tiempo de elecciones, buscaban saludar a los trabajadores asegurándoles que estaba a la vista tiempos mejores, los escritores económicos más serios parecía que habían admitido francamente que la superioridad disfrutada con anterioridad por los trabajadores americanos con respecto a los demás países no podía esperarse que durase más, que la tendencia a partir de entonces iba a ser hacia un nivel mundial de precios y salarios—a saber, el nivel del país donde fuesen los más bajos. Siguiendo con esta predicción, notamos que por primera vez, alrededor del comienzo de los años noventa, el empleador americano comenzó a encontrarse, a través del reducido coste de la producción en el cual los salarios eran el principal elemento, en una posición de vender por debajo del precio de coste en los mercados internacionales los productos de las bandas de

capitalistas esclavistas británicos, belgas, franceses y alemanes.

"Fue durante este periodo, en el cual las tribulaciones económicas de las masas estaban creando la guerra industrial y convirtiendo en revolucionarios a la más satisfecha y previamente próspera población agrícola de la historia, cuando las más inmensas fortunas privadas de la historia estaban siendo amasadas. El millonario, que había sido desconocido antes de la guerra y todavía era una figura poco habitual, y portentosa, a principios de los años setenta, fue inmediatamente sucedida por el multimillonario, y por encima de los multimillonarios se encumbraba un nuevo género de Titanes económicos, los cienmillonarios, y ya se estaba hablando de la llegada de los milmillonarios. No es difícil, ni a la gente de la época se lo pareció, ver, a la luz de esta comparación, adónde iba la riqueza que las masas estaban perdiendo. Decenas de miles de modestas fortunas desaparecieron, para reaparecer en colosales fortunas en manos individuales. Visiblemente, como el cuerpo de la araña se hincha mientras chupa los jugos de sus víctimas, estas inmensas sumas crecían en la medida en que el bienestar del una vez próspero pueblo se reducía hasta desaparecer.

"Las consecuencias sociales de un derrocamiento tan completo del anterior equilibrio económico como el que había tenido lugar, no podían ser menos que revolucionarias. En América, antes de la guerra, las acumulaciones de riqueza eran habitualmente el resultado de los esfuerzos personales del poseedor y eran consecuentemente pequeñas y correspondientemente precarias. Era un dicho de la época, que habitualmente no había más que tres generaciones de mangas de camisa a mangas de camisa—queriendo decir que si un hombre acumulaba una pequeña fortuna, su hijo generalmente la perdía, y el nieto era de nuevo un trabajador manual. Bajo esas circunstancias, las disparidades económicas, leves como mucho y constantemente fluctuando, fracasaban por completo en proporcionar una

base para distinciones de clase. No se reconocía clase trabajadora como tal, ni clase ociosa, ni clases fijas de los ricos y los pobres. Riqueza o pobreza, la situación de estar ocioso u obligado a trabajar eran consideradas meramente accidentes temporales de la fortuna y no situaciones permanentes. Entonces todo esto cambió. Las grandes fortunas del nuevo orden de cosas por su mera magnitud eran adquisiciones estables, no fácilmente susceptibles de perderse, capaces de ser legadas de generación en generación con casi tanta seguridad como un título nobiliario. Por otro lado, la monopolización de todas las oportunidades económicas de valor del país por los grandes capitalistas hizo correspondientemente imposible alcanzar la riqueza a los que no eran de la clase capitalista. La esperanza de hacerse rico algún día, que antes de la guerra había acariciado todo americano con arrostos, ahora prácticamente estaba más allá del horizonte del hombre, nacido para la pobreza. La puerta entre rico y pobre se cerró desde entonces. El camino hacia arriba, hasta entonces la válvula de seguridad social, había sido cerrada, y la tranca lastrada con bolsas de dinero.

"Un reflejo natural del cambio de las condiciones sociales del país se ve en la nueva terminología de clase, tomada del Viejo Mundo, que poco después de la guerra empezó sigilosamente a usarse en los Estados Unidos. Antes, los americanos habían alardeado de que todos en este país eran trabajadores; pero ahora encontrábamos ese término empleado cada vez más para distinguir al pobre del adinerado. Por primera vez en la literatura americana empezamos a leer cosas de las clases inferiores, las clases superiores, y las clases medias—términos que habrían carecido de sentido en la América de antes de la guerra, pero ahora correspondían con tanta precisión con los hechos reales de la situación, que aquellos que los detestaban no podían evitar su uso.

"Un prodigioso despliegue de lujo con el que Europa no podía

rivalizar había comenzado a caracterizar el modo de vida de los poseedores de las nuevas y sin precedentes fortunas. Espectáculos de dorado esplendor, de pompa regia y derroche sin límites escarnecían el descontento popular y resaltaban con luz deslumbrante la amplitud y profundidad del abismo que se estaba abriendo entre los amos y las masas.

"Mientras tanto, los reyes del dinero no se molestaban en disfrazar la plenitud de su convicción de que los días de la democracia estaban pasando y el sueño de igualdad casi había terminado. Mientras el sentimiento popular en América se había vuelto más acérrimo en su contra, ellos habían respondido con francas indicaciones de su desagrado con el país y su disgusto con las instituciones democráticas del mismo. Los principales millonarios americanos se habían convertido en personajes internacionales, que pasaban la mayor parte de su tiempo y gastaban la mayor parte de sus ingresos en países europeos, enviando a sus hijos allí para su educación y en algunos casos llevando sus preferencias por el Viejo Mundo hasta el extremo de llegar a someterse a poderes extranjeros. La disposición por parte de los grandes capitalistas americanos a dar su espalda a la democracia y aliarse con instituciones europeas y monárquicas se enfatizó de manera espectacular mediante una larga lista de matrimonios arreglados durante este período entre grandes herederas americanas y nobles extranjeros. Parece que se consideraba que el destino adecuado para la hija de un multimillonario americano era semejante unión. Estos grandes capitalistas eran muy taimados en asuntos de dinero, y sus inversiones de inmensas sumas comprando títulos para su posteridad eran la evidencia más fuerte que podían aportar de su sincera convicción de que el futuro del mundo, como su pasado, no pertenecía al pueblo sino a la clase y al privilegio.

"La influencia ejercida sobre el gobierno político por la clase adinerada, bajo el conveniente eufemismo de "los intereses de negocio," que meramente significaba los intereses de los

ricos, había sido siempre considerable, y a veces causaba graves escándalos. En la medida en que la riqueza del país se había concentrado y aliado, su influencia en el gobierno se había incrementado naturalmente, y durante los años setenta, ochenta, y noventa se hizo una dictadura apenas disimulada. Por miedo a que los representantes nominales del pueblo se extraviasen al hacer la voluntad de los capitalistas, éstos estaban representados por grupos de agentes escogidos en todas las instancias gubernamentales. Estos agentes seguían fielmente la conducta de todos los funcionarios públicos, y donde quiera que hubiese un titubeo en su fidelidad a los capitalistas, eran capaces de ejercer sus influencias de intimidación o soborno que rara vez fracasaban. Estos grupos de agentes tenían un lugar reconocido semi—legal, en los sistemas políticos de la época, bajo el nombre de "lobbyistas".

"La historia del gobierno contiene pocos capítulos más vergonzosos que el que registra cómo, durante este periodo, las Legislaturas—municipal, estatal, y nacional—secundadas por los Ejecutivos y los tribunales, competían unos con otros por concesiones de tierras al por mayor, privilegios, franquicias, y monopolios de todas clases, entregando el país, sus recursos, y su gente, al dominio de los capitalistas, sus herederos y cesionarios para siempre. Las tierras públicas, que unas décadas antes habían prometido una herencia sin límites para las generaciones futuras, fueron cedidas en inmensos dominios a los sindicatos y capitalistas individuales, para ser retenidas en contra de la gente como base de una futura aristocracia territorial con poblaciones tributarias de campesinos. No sólo la sustancia material del patrimonio nacional se había entregado a un puñado de personas, sino que en el campo del comercio y de la industria los monopolios se habían asegurado todas las oportunidades económicas de valor, mediante franquicias, excluyendo a las futuras generaciones de tener la oportunidad de ganarse la vida o conseguir un empleo, salvo como dependientes y vasallos de una clase capitalista hereditaria. En las crónicas

de las malas acciones de la realeza, hay muchos capítulos oscuros que registran cómo monarcas entontecidos o imbéciles habían vendido su pueblo a la esclavitud y agotado la riqueza de sus reinos para enriquecer favoritas licenciosas, pero el más oscuro de esos capítulos es brillante al lado de los que registran la venta de la herencia y las esperanzas del pueblo americano a los que pujan más alto, hecha por el llamado estado democrático, nacional, y los gobiernos locales durante el periodo del cual estamos hablando.

"Para la plutocracia, había llegado a ser especialmente necesario ser capaz de usar los poderes del gobierno a voluntad, a cuenta del estado de ánimo amargado y desesperado de las masas trabajadoras.

"Las huelgas de los trabajadores a menudo resultaban en disturbios demasiado extensos para lidiar con ellos mediante la policía, y llegó a ser práctica común de los capitalistas, en caso de graves huelgas, acudir a los gobiernos del estado y nacional para que enviase tropas para proteger el interés de sus propiedades. La principal función de la milicia de los estados había llegado a ser la supresión de las huelgas con balas o bayonetas, o hacer guardia vigilando las fábricas de los capitalistas, hasta que el hambre obligaba a los trabajadores insurgentes a rendirse.

"Durante los años ochenta, los gobiernos de los estados emprendieron una política general de preparación de la milicia para este nuevo y continuamente creciente campo de utilidad. La Guardia Nacional fue convertida en una Guardia Capitalista. La fuerza era generalmente reorganizada, incrementada en número, mejorada en disciplina, y entrenada con especial referencia al asunto de disparar contra trabajadores descontrolados. El entrenamiento para disparar en la calle—una característica nueva, y muy siniestra, en el entrenamiento de los hombres de las milicias americanas—se convirtió en un importante test de eficiencia. Arsenales de piedra y ladrillo, fortificados contra el ataque, con aspilleras para la fusilería y armadas con cañones para barrer las

calles, se levantaron en puntos estratégicos de las grandes ciudades. En algunos casos, la milicia, que, después de todo, estaba muy cercana al pueblo, había, sin embargo, mostrado tal falta de voluntad para disparar a los huelgistas y tales síntomas de solidaridad con sus quejas, que los capitalistas no confiaban en ellos plenamente, sino que en casos graves preferían depender de despiadados soldados profesionales del Gobierno General, los regulares. Consecuentemente, el Gobierno, a petición de los capitalistas, adoptaba la política de establecer campos fortificados cerca de las grandes ciudades, y apostar pesadas guarniciones en ellos. Las guerras indias estaban terminando por aquella época, y las tropas que estaban estacionadas en las planicies del oeste para proteger de los indios a los asentamientos blancos, fueron traídas al este para proteger a los capitalistas de los asentamientos blancos. Tal fue la evolución del capitalismo privado.

"La extensión y carácter práctico del uso al cual los capitalistas pretendían destinar el brazo militar del Gobierno en su controversia con los trabajadores puede ser juzgado por el hecho de que al principio de la década de los noventa, en un solo año se movilizaron ejércitos de ocho o diez mil hombres, en Nueva York y Pennsylvania, para suprimir las huelgas. En 1892 la milicia de cinco Estados, ayudada por los regulares, estaba en armas contra los huelguistas simultáneamente, cuya fuerza total de tropas probablemente era un cuerpo mayor que el que jamás comandó el General Washington. Aquí ya había seguramente una guerra civil.

"Los americanos de las épocas anteriores se habían reído con desprecio de las monarquías europeas que se mantenían a golpe de bayoneta, diciendo con razón que un gobierno que necesita defenderse de su propio pueblo por la fuerza, era un fracaso confeso. A esto, sin embargo, estaba llegando rápidamente el sistema industrial de los Estados Unidos—se estaba convirtiendo en un gobierno de bayonetas.

"De este modo resumido, y sin intentar entrar en detalle,

pueden ser recapitulados algunos de los principales aspectos de la transformación de la situación del pueblo americano, resultante de la concentración de la riqueza del país, que fueron los primeros en provocar grave alarma al final de la guerra civil.

"Casi podría decirse que los ejércitos ciudadanos del Norte habían regresado de salvar a la república de enemigos visibles, para encontrar que se la habían robado enemigos más sigilosos pero mucho más peligrosos, a quienes habían dejado en casa. Mientras habían estado derrocando en el Sur el dominio de una casta basado en la raza, el dominio de una clase basado en la riqueza había sido erigido en el Norte, para extenderse, con el tiempo, al Sur y al Norte por igual. Mientras los ejércitos del pueblo habían estado derramando ríos de sangre en el esfuerzo de preservar la unidad política de la nación, su unidad social, de la cual depende la vida misma de una república, había sido atacada por los comienzos de las divisiones de clase, que solamente podrían terminar dividiendo la una vez cohesionada nación en grupos de ciudadanos que tenían mutuas sospechas y que eran hostiles entre sí, que requerían el cinturón de hierro del despotismo para mantenerlos juntos en una organización política. Cuatro millones de negros de hecho se habían liberado de la esclavitud, pero, mientras tanto, una nación de hombres blancos había pasado a estar bajo el yugo de un vasallaje económico y social que, a pesar del destino común de los pueblos europeos y del viejo mundo, los fundadores de la república habían confiado con orgullo que su posteridad nunca soportaría."

* * *

El doctor cerró el libro del cual había estado leyendo y lo dejó a un lado.

"Julian," dijo, "esta historia de la subversión de la República Americana por la plutocracia es asombrosa. Fuiste testigo de la situación que describe, y eres capaz de juzgar si las

afirmaciones son exageradas."

"Al contrario," repliqué, "pensaría que había estado leyendo en voz alta una colección de periódicos de la época. Todos los hechos y síntomas políticos, sociales, y de los negocios, a los cuales se ha referido el escritor, eran asuntos de discusión pública y común notoriedad. Si no me impresionaron como lo hacen ahora, es simplemente porque imagino que nunca los había oído agrupados y ordenados con el propósito de resaltar su significado."

Una vez más el doctor pidió a Edith que le trajese un libro de la biblioteca. Pasando sus páginas hasta que encontró el lugar deseado, dijo:

"Por miedo a que pudieras imaginar que la fuerza de la afirmación de Storiot sobre la situación de los Estados Unidos durante el último tercio del siglo diecinueve debe algo a sus formas retóricas, quiero darte simplemente unas pocas duras, frías estadísticas sobre la distribución real de la propiedad durante ese periodo, que muestran hasta que punto se había concentrado su propiedad. Este es un volumen que contiene información sobre este asunto basada en análisis de informes del censo, gravámenes de impuestos, los archivos de los juzgados de sucesiones, y otros documentos oficiales. Te daré tres grupos de cálculos, cada uno preparado por una autoridad diferente y basado en una línea de investigación diferente, y concordando todos con una aproximación que, considerando la magnitud del cálculo, es asombrosa, y no deja lugar a duda sobre la sustancial precisión de las conclusiones.

"En el primer grupo de tablas, que fue preparado en 1893 por un funcionario del censo, a partir del censo de los Estados Unidos, encontramos que se estima que de los sesenta y dos mil millones de la riqueza del país, un grupo de millonarios y multimillonarios, que representaban tres centésimas por ciento de la población, poseían doce mil millones, o la quinta parte. Treinta y tres mil millones del resto eran poseídos por

algo menos de un nueve por ciento de la población americana, siendo los ricos y clase adinerada que no llegaban a millonarios. Esto es, los millonarios, ricos, y adinerados, juntos eran el nueve por ciento de toda la nación, poseyendo cuarenta y cinco mil millones del total nacional valorado en sesenta y dos mil millones. El noventa y un por ciento restante, que constituía el grueso de la nación, estaban clasificados como pobres, y se repartían entre sí los restantes diecisiete mil millones de dólares.

"Una segunda tabla, publicada en 1894 y basada en las copias de los registros de propiedad en el gran Estado de Nueva York, estima que el uno por ciento de la gente, un uno por ciento de la nación, poseía más de la mitad, o del cincuenta y cinco por ciento, de la riqueza total. Se ve que una fracción adicional de la población, incluyendo los adinerados y llegando hasta el once por ciento, poseían más del treinta y dos por ciento de la riqueza total, así que el veinte por ciento de la nación, incluyendo los muy ricos y los adinerados, monopolizaban el ochenta y siete por ciento del total de la riqueza del país, dejando el trece por ciento de esa riqueza para ser compartida por el restante ochenta y ocho por ciento de la nación. Este ochenta y ocho por ciento de la nación estaba subdividido en pobres y muy pobres. Estos últimos, constituyendo el cincuenta por ciento del ochenta y ocho por ciento, o la mitad de toda la nación, tenían demasiado poca riqueza para poder estimarse en absoluto, aparentemente viviendo una existencia precaria.

"Las estimaciones de un tercer cómputo que citaré, aunque están tomadas de datos completamente diferentes, concuerdan notablemente con las otras, refiriéndose como ellas al mismo periodo. Estas últimas estimaciones, que fueron publicadas en 1889 y 1891, y que, como las otras, producen una fuerte impresión, dividen la nación en tres clases—la rica, la media, y la trabajadora. A la rica, que era el uno y cuatro décimas por ciento de la población, se le atribuye el setenta por ciento del total de riqueza. A la clase

media, que representaba el nueve y dos décimas por ciento de la población, se le atribuye el doce por ciento del total de riqueza, representando las clases rica y media juntas el diez y seis décimas por ciento de la población, teniendo por consiguiente el ochenta y dos por ciento de la riqueza total, dejando a la clase trabajadora, que constituía el ochenta y nueve y cuatro décimas de la nación, el dieciocho por ciento de la riqueza para que se la repartan."

"Doctor," exclamé, "sé que las cosas estaban bastante desigualmente divididas en mi época, pero cifras como estas son abrumadoras. No es necesario que se moleste en decirme nada más como explicación de por qué la gente se sublevó contra el capitalismo privado. Estas cifras eran suficientes para que las mismas piedras se convirtiesen en revolucionarios."

"Pensé que dirías eso," replicó el doctor. "Y por favor recuerda también que estas tremendas cifras representan sólo el progreso que se hizo hacia la concentración de la riqueza principalmente en el periodo de una sola generación. Bien podrían los americanos decirse a sí mismos 'Si tales cosas son hechas en el árbol que está verde, ¿qué se hará en el seco?' Si el capitalismo privado, lidiando con una comunidad en la cual había existido previamente un grado de igualdad económica nunca antes conocido, pudo en un periodo de unos treinta años dar un paso tan grande hacia la completa expropiación del resto de la nación para el enriquecimiento de una clase, ¿qué es probable que quedase para el pueblo al finalizar el siglo? ¿Qué iba a quedar incluso para la siguiente generación?"

XXXV. Por qué la revolución primero fue lenta y al final rápida

"Esto es todo en cuanto a las causas de la Revolución en América, tanto la causa fundamental general, consistente en el nuevo factor introducido en la evolución social por la ilustración de las masas e irresistiblemente tendente a la igualdad, como a las causas locales inmediatas peculiares de América, que explican que la Revolución llegase en el momento particular que lo hizo y que tomase el curso particular que tomó. Ahora, brevemente en cuanto a ese curso:

"La apretura en el zapato económico, resultante de la concentración de riqueza, primero fue sentida naturalmente por la clase con las menores reservas, los asalariados, y puede decirse que la Revolución empezó con su sublevación. En 1869 se formó la primera gran organización laboral de América para resistir el poder del capital. Antes de la guerra, el número de huelgas que habían tenido lugar en el país podían contarse con los dedos. Antes de que terminasen los años sesenta, se contaban por centenares, durante los setenta por miles, y durante los ochenta los informes laborales enumeran casi diez mil, implicando dos o tres millones de trabajadores. Muchas de estas huelgas eran de alcance continental, sacudiendo toda la estructura comercial y causando pánicos generales.

"Poco después de la sublevación de los asalariados, llegó la de los granjeros—menos turbulenta en los métodos pero más seria y permanente en los resultados. Esta tomó la forma de ligas secretas y partidos políticos visibles dedicados a resistir lo que se llamaba el poder del dinero. Ya en los setenta, estas organizaciones sumieron el Estado y la política

nacional en la confusión, y más tarde se convirtieron en el núcleo del partido revolucionario.

"Tus contemporáneos de las clases pensantes no pueden ser acusados de indiferencia ante estos signos y portentos. La discusión pública y la literatura de la época reflejan la confusión y ansiedad con las cuales las manifestaciones sin precedentes del descontento popular habían afectado a todas las personas serias. Los alardes pasados de moda del cuatro de julio habían dejado de oírse en el país. Todos estaban de acuerdo de alguna manera en que las formas republicanas de gobierno no habían satisfecho su promesa de garantizar el bienestar popular, sino que se estaban mostrando impotentes para evitar la recrudescencia en el Nuevo Mundo de todos los males del Viejo Mundo, especialmente los de clase y casta, que se había supuesto que nunca podrían existir en la atmósfera de una república. Se reconocía por todas partes que el viejo orden estaba cambiando a peor, y que la república y todo lo que se había pensado que significaba estaban en peligro. El grito universal era que algo debía hacerse para detener la tendencia ruinosa. Reforma era la palabra en boca de todos, y el grito de reunión, sincero o fingido, de todo partido. Pero de hecho, Julian, no necesito perder tiempo describiéndote este estado de cosas, porque fuiste testigo de ello hasta 1887."

"Todo era como lo describe, la guerra y la confusión industrial y política, el sentimiento general de que el país estaba yendo mal, y el grito universal en pro de alguna clase de reforma. Pero, como dije antes, la agitación, aunque era bastante alarmante, era demasiado confusa y falta de propósitos como para parecer revolucionaria. Todos estaban de acuerdo en que algo enfermaba el país, pero no había dos que estuviesen de acuerdo en lo que era o en cómo curarlo."

"Así es precisamente," dijo el doctor. "Nuestros historiadores dividen toda la época revolucionaria—desde el final de la guerra o el comienzo de los años setenta, hasta el establecimiento del presente orden al principio del siglo

veinte—en dos periodos, el incoherente y el racional. El primero de estos es el periodo del cual hemos estado hablando, y del cual trata Storiot en los párrafos que he leído—el periodo con el cual fuiste, en su mayor parte, contemporáneo. Como hemos visto, y sabes mejor que nosotros, era un tiempo de terror y tumulto, de agitación confusa y sin propósito, y una Babel de clamor contradictorio. La gente daba patadas ciegamente en la oscuridad contra los miembros del capitalismo, sin una clara idea de contra qué estaban dando patadas.

"Las dos grandes divisiones de los trabajadores, los asalariados y los granjeros, estaban igualmente lejos de ver clara y completa la naturaleza de la situación y las fuerzas de las cuales eran víctimas. La única idea de los asalariados era que organizando a los trabajadores manuales y artesanos, sus salarios podían forzarse al alza y mantenerse indefinidamente. No parecían tener absolutamente ningún conocimiento superior al de un niño sobre el efecto que tiene siempre e inevitablemente el sistema de la ganancia, el efecto de mantener el poder de consumo de la comunidad indefinidamente por debajo de su poder productivo y de este modo mantener un constante estado de más o menos agravada saturación en los artículos y los mercados de trabajo, y que nada posiblemente podría evitar la constante presencia de estas condiciones en tanto el sistema de la ganancia fuese tolerado, o su efecto finalmente para reducir a los asalariados al punto de subsistencia o por debajo, a medida que las ganancias tendiesen a bajar. Hasta que los asalariados no viesen esto y dejaran de gastar sus fuerzas en huelgas sin esperanza o triviales contra capitalistas individuales que no podían posiblemente afectar al resultado general, y se uniesen para derrocar el sistema de la ganancia, la Revolución debía esperar, y los capitalistas no tenían razón para inquietarse.

"En cuanto a los granjeros, como no eran asalariados, no tenían interés en los planes de éstos, cuyo objetivo era

meramente beneficiar a la clase asalariada, sino que se dedicaban a intrigas igualmente triviales para su clase, en las cuales, por la misma razón de que eran meramente remedios de clase, los asalariados no tenían interés. Su objetivo era obtener ayuda del Gobierno para mejorar su condición como pequeños capitalistas oprimidos por los capitalistas mayores que controlaban el comercio y los mercados del país; como si cualquier dispositivo concebible, en tanto el capitalismo privado fuese tolerado, impidiese su evolución natural, que era el aplastamiento de los menores capitalistas por los mayores.

"Su principal idea parece haber sido que sus problemas como granjeros eran principalmente, si no completamente, explicados por ciertos actos crueles de la legislación financiera, el efecto de los cuales, sostenían ellos, había sido hacer que el dinero fuese escaso y caro. Lo que ellos pedían como cura suficiente de los males existentes era la revocación de la legislación cruel y una emisión mayor de dinero. Esto creían que sería especialmente beneficioso para la clase agrícola, al reducir los intereses de sus deudas y elevando el precio de sus productos.

"Indudablemente los capitalistas habían abusado vergonzosamente del dinero, la acuñación, y el sistema financiero gubernamental en general, para acaparar la riqueza de la nación en sus manos, pero su mal uso de esa parte de la maquinaria económica no había sido peor que su manipulación de las otras porciones del sistema. Sus artimañas con el dinero solamente les habían ayudado a monopolizar la riqueza del pueblo un poco más deprisa de lo que lo habrían hecho si hubiesen dependido para su enriquecimiento de lo que se llamaban legítimas operaciones de renta, interés, y ganancias. Aunque era una parte de su política general de sometimiento económico del pueblo, la manipulación de la moneda no había sido esencial para esa política, que habría tenido éxito con toda certeza aunque no se hubiese manipulado. Los capitalistas no habrían tenido

necesidad de haber hecho malabarismos con la acuñación, si se hubiesen contentado con hacer un poco más ociosamente el proceso de devorar las tierras y efectos de la gente. Para ese resultado, ninguna forma particular de sistema monetario era necesario, y ningún sistema monetario concebible lo hubiese evitado. Oro, plata, papel, dinero caro, dinero barato, dinero árduo, dinero malo, dinero bueno—toda forma de moneda desde conchas de molusco hasta guineas—todas habían respondido igualmente bien, en momentos y países diferentes, a los designios del capitalista, siendo los detalles del juego sólo ligeramente modificados conforme a las situaciones.

"Para haberse convencido de la locura de atribuir a una acta del Congreso relacionada con la moneda la zozobra económica a la cual su clase y el pueblo en general habían sido reducidos, el granjero americano sólo necesitaba haber mirado a los países extrajeros, donde habría visto que la clase agrícola estaba sumida por doquier en una miseria mayor que la suya, y, también, sin la menor relación con la naturaleza de los diversos sistemas monetarios en uso.

"El que los agricultores fuesen a la bancarrota, ¿era verdaderamente un fenómeno tan nuevo o extraño en los asuntos humanos, que el granjero americano debiese buscar una explicación para el hecho en alguna nueva y peculiar política americana? Al contrario, este había sido el destino para la clase agrícola de todas las épocas, y lo que ahora estaba amenazando al labrador de las tierras americanas no era otra cosa que el destino funesto que había sufrido su clase en toda generación previa y en todas las partes del mundo. Manifiestamente, entonces, debería buscar la explicación no en ninguna conjunción de circunstancias particulares o locales, sino en alguna causa general y siempre operante. Esta causa general, operante en todos los países y momentos y en todas las razas, se vería inmediatamente en cuanto se interrogase a la historia, era la irresistible tendencia por la cual la clase capitalista en la

evolución de cualquier sociedad a través de la renta, el interés, y las ganancias, absorbe para sí toda la riqueza del país, y de este modo reduce las masas del pueblo a la sumisión económica, social, y política, siendo invariablemente la clase más abyecta de todas el labrador de las tierras. Durante un tiempo, la población americana, incluyendo los granjeros, había sido capaz, gracias al inmenso botín de un continente virgen y vacío, de eludir el funcionamiento de esta ley universal, pero el destino común estaba ahora a punto de darles alcance, y nada podría ayudar a evitarlo salvo el derrocamiento del sistema del capitalismo privado del cual había sido y siempre debería ser el efecto necesario.

"Faltaría tiempo incluso para mencionar las innumerables reformas—panacea ofrecidas para la cura de la nación, por pequeños grupos de reformadores. Iban desde la teoría de los prohibicionistas, de que la causa principal de la zozobra económica—de la cual los abstemios granjeros del Oeste eran los peores sufridores—era el uso de bebidas alcohólicas, hasta la del partido que estaba de acuerdo con que la nación estaba sufriendo un castigo divino porque no había reconocimiento formal de la Trinidad en la Constitución. Por supuesto, estas eran personas extravagantes, pero incluso aquellos que reconocían la concentración de la riqueza como la causa de todos los problemas, fracasaban por completo en ver que esta concentración era en sí misma la evolución natural del capitalismo privado, y que no era posible evitarla o evitar cualquiera de sus consecuencias a menos que y hasta que se pusiese punto final al propio capitalismo privado.

"Como podría esperarse, los esfuerzos de resistencia tan mal calculados como estas manifestaciones de los asalariados y granjeros, por no hablar de las huestes de pequeñas sectas de supuestos reformadores durante la primera fase de la Revolución, eran inefectivos. Las grandes organizaciones laborales que habían surgido poco después de la guerra tan pronto como los asalariados sintieron la necesidad de agruparse para resistir el yugo del capital concentrado,

después de veinticinco años de lucha habían demostrado su redomada incapacidad para mantener, mucho menos para mejorar, la condición de sus trabajadores. Durante este periodo, tuvieron lugar diez o quince mil huelgas o cierres patronales registrados, pero el resultado neto de la guerra civil industrial, prolongada durante un periodo tan largo, había sido demostrar a los trabajadores más obtusos la falta de esperanza de asegurar ninguna mejora considerable de su suerte mediante la acción u organización de clase, o realmente de incluso mantenerla contra abusos. Después de todo este sufrimiento y lucha sin precedentes, a los asalariados les iba peor que nunca. Y los granjeros, la otra gran división de las masas insurgentes, no habían tenido más éxito en resistir el poder del dinero. Sus ligas, aunque controlaban millones de votos, habían demostrado ser todavía más impotentes, si es posible, que las organizaciones de los asalariados para ayudar a sus miembros. Incluso donde habían tenido éxito aparentemente, y habían capturado el poder político de estados, vieron que el poder del dinero era todavía capaz, mediante mil influencias indirectas, de frustrar sus esfuerzos y convertir sus aparentes victorias en manzanas de Sodoma, que se hacían cenizas en las manos de quienes las cogían.

"Del inmenso, ansioso, y angustiado volumen de discusión pública sobre qué debería hacerse, ¿cuál había sido el resultado práctico después de veinticinco años? Absolutamente nada. Si aquí y allí se habían introducido pequeñas reformas, el poder, en conjunto, de los males contra los cuales aquellas reformas habían sido introducidas se había incrementado inmensamente. Si el poder de la plutocracia en 1873 había sido tan pequeño como el dedo meñique de un hombre, en 1895 era más grueso que su lomo. Ciertamente, en lo que respecta a indicadores superficiales y materiales, parecía como si la batalla hubiese sido hasta ese momento constantemente, velozmente, y sin esperanza, en contra del pueblo, y que los capitalistas americanos que gastaban sus millones en comprar títulos nobiliarios para sus

hijos fuesen más listos en su generación que los hijos de la luz, y mejores juzgadores del futuro.

"Sin embargo, ninguna otra conclusión podría posiblemente haber estado más equivocada. Durante estas décadas de aparentemente invariante fracaso y desastre, el movimiento revolucionario para el completo derrocamiento del capitalismo privado había hecho un progreso que para las mentes racionales debería haber presagiado su completo triunfo en un futuro cercano."

"¿Dónde hubo un progreso?" dije; "no veo ninguno."

"En el desarrollo, entre las masas del pueblo, del necesario temperamento revolucionario," replicó el doctor "en la preparación de la mente popular, mediante el único proceso que podía haber sido preparada, para aceptar el programa de una reorganización radical del sistema económico de arriba a abajo. Una gran revolución, debes recordar, que va a cambiar tan profundamente una forma de sociedad, debe acumular una tremenda fuerza moral, un abrumador peso de justificación, por así decirlo, tras sí, antes de que pueda iniciarse. El proceso mediante el cual y el periodo durante el cual se lleva a cabo esta acumulación de impulso no son de ningún modo tan espectaculares como los eventos de su periodo subsiguiente, cuando el movimiento revolucionario, habiendo obtenido un impulso irresistible, arrastra, como si fuesen paja, los obstáculos que durante tanto tiempo lo retuvieron solamente para aumentar su fuerza y volumen al final. Pero para el estudiante, el periodo de preparación es el campo de estudio más propiamente interesante y crítico. Era absolutamente necesario que el pueblo americano antes de que pensase seriamente en emprender una reforma tan tremenda como la que estaba implicada en la sustitución del capitalismo público por el privado, estuviese plenamente convencido no por argumentos solamente, sino por abundante amarga experiencia y convincentes ejemplos perfectos, que ningún remedio menos completo o radical bastaría para los males de la época. Debían convencerse

mediante numerosos experimentos de que el capitalismo privado había evolucionado hasta el punto en que era imposible enmendarlo, antes de que escuchasen la propuesta para ponerle fin. La gente estaba adquiriendo esta dolorosa pero necesaria experiencia durante las primeras décadas de la lucha. De esta manera, las innumerables derrotas, decepciones, y fiascos, con que se encontraron todos sus esfuerzos para refrenar y reformar el poder del dinero durante los años setenta, ochenta, y principios de los noventa, contribuyeron, mucho más que lo habrían hecho muchas victorias, a la magnitud y plenitud del triunfo final del pueblo. De hecho era necesario que todas estas cosas ocurriesen, para hacer posible la Revolución. Era necesario que el sistema de tiranía privada y de clase, llamado capitalismo privado, colmase la medida de sus iniquidades y revelase todo lo que era capaz de hacer, como irreconciliable enemigo de la democracia, el enemigo de la vida y la libertad y la felicidad humana, para asegurar el grado de impulso para el levantamiento en su contra que se avecinaba, que fue necesario para garantizar su completo y final derrocamiento. Las revoluciones que comienzan demasiado pronto, se detienen demasiado pronto, y el bienestar de la humanidad demandaba que esta revolución no cesase, ni hiciese pausa, hasta que el último vestigio del sistema por el cual el hombre usurpó el poder sobre las vidas y las libertades de sus semejantes a través de los medios económicos, fuese destruído. Por consiguiente, ningún ultraje, ningún acto de opresión, ninguna exhibición de rapacidad falta de conciencia, ninguna prostitución de poder por parte del Ejecutivo, Legislativo, o judicial, ninguna lágrima de vergüenza patriótica por la degradación del nombre nacional, ningún golpe de la porra de un policía, ni una bala o golpe de bayoneta de las tropas, podría haber sido escatimado. Nada, sino justo esta disciplina de fracaso, decepción, y derrota, por parte de los primeros reformadores podría haber educado al pueblo en la necesidad de atacar el sistema del capitalismo privado en su existencia, en vez de meramente en sus manifestaciones particulares.

"Contamos el comienzo de la segunda parte del movimiento revolucionario al cual dimos el nombre de fase racional o coherente, a partir del momento en que se hizo aparente una clara noción, por parte de al menos una considerable parte del pueblo, de la auténtica naturaleza del problema, como un problema entre los derechos del hombre y el principio de poder irresponsable personificado en el capitalismo privado, y la comprensión de que su resultado, si el pueblo quería triunfar, debería ser el establecimiento de un sistema económico completamente nuevo, que debería basarse en el control público, en interés público, del sistema de producción y distribución hasta ese momento dejado en manos de la gestión privada."

"¿Y en qué fecha aproximadamente," pregunté, "consideran que el movimiento revolucionario comenzó a pasar de la fase incoherente a la lógica?"

"Por supuesto," replicó el doctor, "no fue el caso de un categórico cambio de carácter inmediato, sino sólo el comienzo de un nuevo espíritu y raciocinio. La confusión e incoherencia y la miopía del primer periodo se superpuso mucho con el tiempo en que la infusión de un espíritu más racional y un ideal adecuado comenzaron a aparecer, pero datamos aproximadamente a partir del principio de los años noventa la primera aparición de un propósito inteligente en el movimiento revolucionario y el comienzo de su desarrollo desde una mera insurrección, sin forma, contra las intolerables condiciones, hasta una evolución lógica y consciente de sus propias acciones, tendente al orden de hoy en día."

"Parece que me lo perdí por poco."

"Sí," replicó el doctor, "si hubieses sido capaz de permanecer despierto sólo un año o dos más, no te habrías visto tan completamente sorprendido por nuestro sistema industrial, y especialmente por la igualdad económica por y para la cual

existe, porque un par de años después de tu supuesta muerte, la posibilidad de que tal orden social pudiese ser el resultado de la crisis existente estaba siendo discutida del uno al otro confín de América.

"Por supuesto," continuó el doctor, "la idea de un sistema integrado que coordinase los esfuerzos de todos para el bienestar común, que es la base del estado moderno, es tan vieja como la filosofía. Como teoría se remonta por lo menos a Platón, y nadie sabe cuánto más, porque es una noción del orden más natural y obvio. Sin embargo, hasta que la difusión de información no hizo posible el gobierno popular, el mundo no estuvo maduro para la realización de semejante forma de sociedad. Hasta ese momento la idea, como el alma que espera una adecuada encarnación, debió permanecer sin encarnación social. Los gobernantes egoístas pensaron en las masas sólo como instrumentos de su propio enaltecimiento, y si ellos mismos estuvieron interesados en una organización más exacta de la industria, sólo fue con vistas a hacer de esa organización el medio para una más completa tiranía. Hasta que las propias masas no se hicieron competentes para gobernar, no fue posible o deseable una seria agitación en pro de una organización económica sobre una base cooperativa. Con los primeros indicios del espíritu democrático en Europa, llegó el comienzo de la discusión en serio acerca de la viabilidad de un orden social semejante. A mediados de siglo, en el Viejo Mundo, esta agitación ya se había convertido, para el ojo perspicaz, en uno de los signos de los tiempos, pero América, si exceptuamos los experimentos sociales de los años cuarenta, breves y abortivos, todavía permanecía totalmente indiferente al movimiento europeo.

"No necesito repetir que la razón, por supuesto, era el hecho de que las condiciones económicas de América habían sido para las masas más satisfactorias que nunca, o que en cualquier otra parte del mundo. El método individualista de ganarse la vida, cada hombre para sí mismo, respondía al

propósito, en su conjunto, tan bien que a la gente no le interesaba discutir otros métodos. Se carecía del poderoso motivo necesario para despertar de la pereza y los hábitos mentales de las masas e interesarlas en un conjunto de ideas nuevo y revolucionario. Incluso durante el primer estadio del periodo revolucionario se había visto que era imposible que alguien prestase oído a las nociones de un nuevo orden económico que ya estaba agitando Europa. Hasta el final de los años ochenta, el fracaso total y ridículo de veinte años de desesperado esfuerzo para reformar los abusos del capitalismo privado no había preparado al pueblo americano para prestar seria atención a la idea de terminar con el capitalista totalmente mediante la organización pública de la industria para ser administrada como otros asuntos comunes en interés común.

"El pueblo americano estaba peculiarmente adaptado para comprender y apreciar los dos grandes puntos del programa revolucionario: el principio de la igualdad económica y un sistema industrial nacionalizado como su medio y compromiso. Los hombres de leyes habían hecho una Constitución de los Estados Unidos, pero la auténtica constitución americana—la escrita en los corazones de la gente—siempre había sido la Declaración inmortal con su afirmación de la inalienable igualdad de todos los hombres. En cuanto a la nacionalización de la industria, aunque implicaba un conjunto de consecuencias que transformarían por completo la sociedad, el principio sobre el cual se basaba la proposición, y al cual apelaba como justificación, no era nuevo para los americanos en ningún sentido, sino, por el contrario, era meramente un desarrollo lógico de la idea de autogobierno popular sobre la cual fue fundado el sistema americano. La aplicación de este principio a la regulación de la administración económica fue de hecho un uso de ella que era históricamente nuevo, pero tan absoluta y obviamente implícito en el contenido de la idea que, en cuanto fue propuesto, fue imposible que ningún demócrata sincero no se hubiese quedado atónito de que un corolario de gobierno

popular, tan claro y tan de sentido común hubiese tardado tanto en ser reconocido. Los apóstoles de una administración colectiva del sistema económico en interés común, tenían en Europa una doble tarea: primero, enseñar la doctrina general del absoluto derecho del pueblo a gobernar, y luego, mostrar la aplicación económica de ese derecho. Para los americanos, sin embargo, sólo era necesario señalar una aplicación obvia, pero hasta ese momento pasada por alto, de un principio que ya estaba plenamente aceptado como axioma.

"La aceptación del nuevo ideal no implicaba meramente un cambio en programas específicos, sino un total giro de ciento ochenta grados del movimiento revolucionario. Hasta entonces había habido un intento de resistir las nuevas condiciones económicas impuestas por los capitalistas, recuperando las anteriores condiciones económicas mediante la restauración de una libre competencia como la que había existido antes de la guerra. Este era un esfuerzo necesariamente sin esperanza, viendo que los cambios económicos que habían tenido lugar eran meramente la evolución necesaria de cualquier sistema de capitalismo privado, y no podían tener éxito en su resistencia contra él, mientras se continuase con el sistema.

"¡'Media vuelta!' fue la nueva orden. ¡Luchad hacia delante, no hacia atrás! Marchad con el curso de la evolución económica, con contra él. El sistema competitivo nunca puede restaurarse, ni merece la pena restaurarlo, habiendo sido inmoral en el mejor caso, un barullo despilfarrador, brutal, en pos de la existencia. Nuevos problemas demandan nuevas respuestas. Es en vano oponer el sistema moribundo de la competición contra el joven gigante del monopolio privado; en vez de eso, a éste hay que oponer el gigante mayor del monopolio público. La consolidación de negocios en intereses privados debe encontrarse con la mayor consolidación en interés público, los trusts y consorcios con la ciudad, el Estado, y la nación, el capitalismo con el nacionalismo. Los capitalistas han destruido el sistema competitivo. No

tratemos de restaurarlo, sino en vez de ello demos las gracias por el trabajo, si no por el motivo, y emprendamos, no la reconstrucción del antiguo pueblo de casuchas, sino la construcción, sobre un lugar despejado, del templo que la humanidad ha estado esperando durante tanto tiempo.'

"Por la iluminación de la nueva enseñanza, la gente comenzó a reconocer que el lugar estrecho en el cual la república se había convertido no era sino el portal angosto y amenazador de un futuro de bienestar y felicidad universal, tal como solamente los profetas Hebreos tenían colores lo bastante fuertes para pintarlo.

"Por la nueva filosofía, el problema que había surgido entre el pueblo y la plutocracia era visto no como un evento extraño e inexplicable o deplorable, sino como una fase necesaria en la evolución de una sociedad democrática al pasar de un plano inferior a uno incomparablemente superior, por consiguiente, un problema al que había que dar la bienvenida, no un problema del que haya que huir, un problema que había que forzar, no evadir, viendo que no había duda de su resultado en el estado existente de ilustración humana y sentimiento democrático mundial. Por el camino que toda república se ha esforzado en subir desde las estériles tierras bajas de sus iniciales apuros y pobreza, justo en el punto donde se supera la pendiente de la colina y se abre una perspectiva de placenteras altiplanicies de riqueza y prosperidad, ha habido siempre una esfinge proponiendo un enigma, '¿Cómo combinará un estado la preservación de la igualdad económica con el incremento de la riqueza?' Sencilla de hecho ha sido la respuesta, porque sólo era necesario que el pueblo ordenase su sistema económico para que la riqueza fuese repartida en términos de igualdad a medida que se incrementaba, para que, no importa cuán grande fuese el incremento, no interfiriese de ningún modo con las igualdades del pueblo; porque la gran justicia de la igualdad es el bien de la vida política imperecedero para los pueblos, del cual si una nación bebe, puede vivir para siempre. No obstante,

ninguna república anterior había sido capaz de responder al enigma, y por consiguiente sus huesos blanquean la cima de la colina, y ninguna había sobrevivido para entrar en las placenteras tierras que había a la vista. Pero ahora había llegado el tiempo en la evolución de la inteligencia humana, en el cual el enigma preguntado tan a menudo y nunca respondido, iba a ser respondido correctamente, se iba a poner fin a la esfinge, y liberar el camino para siempre para todas las naciones.

"Fue esta nota de perfecta seguridad, de esperanza confiada y sin límites, lo que distinguió la nueva propaganda, y fue el más imperativo y ennoblecedor de sus contrastes con el vacío pesimismo, por un lado, del partido capitalista, y los nimios objetivos, intereses de clase, visión corta, y espíritu tímido de los reformadores que se habían opuesto a ellos hasta ese momento.

"Con una doctrina para predicar, de una fuerza y belleza tan convincente, prometiendo cosas tan buenas para el hombre, que tantísimo las necesitaba, podría parecer que no se requeriría más que un corto periodo de tiempo para que toda la gente se uniera y la apoyara. Y así sin duda habría sido si la maquinaria de la información y dirección pública hubiese estado en manos de los reformadores o en cualesquiera manos que fuesen imparciales, en vez de estar, como estaba, casi por completo en las manos de los capitalistas. En periodos anteriores, los periódicos no habían representado grandes inversiones del capital, habiendo sido asuntos bastante rudimentarios. Por esta mera razón, sin embargo, era más probable que representasen el sentimiento popular. En la última parte del siglo diecinueve, un gran periódico con gran tirada necesariamente requería una inmensa inversión de capital, y consecuentemente los periódicos importantes del país eran propiedad de capitalistas y por supuesto eran llevados en interés de los propietarios. Salvo cuando daba la casualidad de que los capitalistas que los controlaban eran hombres de elevados principios, los grandes periódicos

estaban por consiguiente del lado del orden de cosas existente y en contra del movimiento revolucionario. Estos periódicos monopolizaban las facilidades para reunir y diseminar la información pública y de ese modo ejercían una censura, casi tan efectiva como la que en la misma época prevalecía en Rusia o Turquía, sobre la mayor parte de la información que llegaba al pueblo.

"No sólo la prensa, sino la instrucción religiosa del pueblo estaba bajo el control de los capitalistas. Las iglesias eran los pensionistas de la rica y adinerada décima parte del pueblo, y abyectamente dependientes de ellos en los medios de ejercer y extender su trabajo. Las universidades e instituciones de enseñanza superior estaban de igual modo unidos mediante arneses de cadenas de oro al carro plutocrático. Como las iglesias, eran dependientes de las acciones benefactoras de ricos para su soporte y prosperidad, y ofenderles habría sido suicida. Además, la rica y adinerada décima parte de la población era la única clase que podía permitirse enviar niños a instituciones de educación secundaria, y naturalmente preferían escuelas que enseñasen una doctrina confortable para la clase poseedora.

"Si a los reformadores se les hubiese dado la prensa, el púlpito, y la universidad, que controlaban los capitalistas, para hacer llegar por este medio su doctrina hasta el corazón y mente y consciencia de la nación, habrían convertido y arrastrado el país en un mes.

"Sintiendo cuán rápido llegaría ese día si tan sólo pudiesen llegar al pueblo, era natural que el retraso les irritase amargamente, enfrentados como estaban al espectáculo de la humanidad crucificada diariamente de nuevo y soportando una angustia ilimitada que sabían que era innecesaria. De hecho ¿quién no habría sido impaciente en su lugar, y gritado como ellos, 'Cuánto tiempo, Oh Señor, cuánto tiempo?' Para las personas en tal situación, cada día que se posponía la gran liberación bien les podría parecer como un siglo. Involucrados como estaban en el fragor y el polvo de

innumerables pequeños combates, era tan difícil para ellos como para los soldados en medio de la batalla, obtener una idea del curso general del conflicto y de la acción de las fuerzas que determinarían su terminación. Para nosotros, sin embargo, al mirar atrás, la rapidez del proceso mediante el cual durante los años noventa la gente de América fue convencida con el programa revolucionario parece casi milagroso, mientras en lo que al resultado final se refiere no había, por supuesto, la más mínima duda en ningún momento.

"Desde aproximadamente el comienzo de la segunda fase del movimiento revolucionario, la literatura de la época comenzó a reflejar de la manera más extraordinaria un espíritu completamente nuevo de protesta radical contra las injusticias del orden social. No sólo en los periódicos y libros serios, de pública discusión, sino en la ficción y en la literatura, el asunto de la reforma social se hizo prominente y casi dominante. Las cifras que han llegado hasta nosotros sobre la asombrosa circulación de algunos de los libros dedicados a la defensa de una reorganización social radical, bastan por sí mismas para explicar la revolución. El movimiento antiesclavista tenía una Cabaña del Tío Tom; el movimiento anticapitalista tenía muchas.

"Un hecho particularmente significativo fue la extraordinaria unanimidad y entusiasmo con el cual las comunidades puramente agrícolas del lejano Oeste dieron la bienvenida al nuevo evangelio de un sistema económico nuevo e igualitario. En el pasado, los gobiernos siempre habían estado preparados para la agitación revolucionaria entre los proletarios asalariados de las ciudades, y siempre habían contado con el imperturbable conservadurismo de la clase agrícola como la fuerza que contendría a los inflamables trabajadores. Pero en esta revolución, eran los agricultores los que estaban en la vanguardia. Este hecho por sí solo debería haber sido suficiente para presagiar el veloz curso y seguro resultado de la lucha. Al comienzo de la batalla, los capitalistas habían perdido sus reservas.

"Aproximadamente al comienzo de los años noventa es cuando el movimiento revolucionario aparece por primera vez de un modo prominente en el terreno político. Durante veinte años a partir de la finalización de la guerra civil, las animosidades que perduraban entre el Norte y el Sur determinaron principalmente las líneas de los partidos, y este hecho, junto con la falta de acuerdo sobre una política concreta, había impedido hasta ese momento que las fuerzas del descontento industrial hiciesen ninguna manifestación política impactante. Pero hacia el final de los años ochenta, la reducida acritud de los sentimientos entre el Norte y el Sur dejó al pueblo libre para alinearse respecto al nuevo problema, que había sido continuamente vislumbrado desde los tiempos de la guerra, como el irrepresible conflicto del futuro cercano—la lucha a muerte entre democracia y plutocracia, entre los derechos del hombre y la tiranía del capital en manos irresponsables.

"Aunque la idea de la dirección pública de las empresas económicas mediante agencias públicas no había llamado la atención o ganado el favor en América con anterioridad, aun así ya en 1890, casi tan pronto como se empezó a hablar de ello, los partidos políticos que favorecían su aplicación a importantes ramas de los negocios habían sido muy votados. En 1892 un partido, organizado en casi todos los Estados de la Unión, consiguió un millón de votos en favor de la nacionalización de al menos los ferrocarriles, los telégrafos, el sistema bancario, y otros negocios monopolizados. Dos años más tarde, el mismo partido mostró grandes avances, y en 1896 su plataforma fue sustancialmente adoptada por uno de los grandes partidos históricos del país, y la nación se dividió casi por igual sobre el asunto.

"El terror que esta demostración de la fuerza del partido del descontento social causó entre las clases poseedoras parece a esta distancia más bien notable, viendo que sus demandas, aunque atacaban muchos de los importantes abusos capitalistas, todavía no arremetían directamente contral el

principio del control privado del capital como raíz de todo el mal social. Sin duda, lo que alarmó a los capitalistas incluso más que las propuestas específicas de los insurgentes sociales, fueron los signos de una asentada exasperación popular contra ellos y todas sus obras, lo cual indicaba que lo que ahora se pedía no era sino el principio de lo que más tarde se exigiría. El partido antiesclavista no había comenzado pidiendo la abolición de la esclavitud, sino meramente su limitación. Los esclavistas no fueron, sin embargo, engañados en cuanto al significado del nuevo portento político, y los capitalistas habrían sido menos listos en su generación que sus predecesores lo habían sido, si no hubiesen visto en la situación política el comienzo de una confrontación entre el pueblo y los capitalistas—las masas y las clases, como se decía entonces—que amenazaba con una revolución económica y social en el futuro cercano."

"Me parece a mi," dije, "que en este escenario del movimiento revolucionario, los capitalistas americanos que fuesen capaces de una visión desapasionada de la situación deberían haber visto la necesidad de hacer concesiones si querían conservar alguna parte de sus ventajas."

"Si la hubiesen visto," replicó el doctor, "habrían sido los primeros beneficiarios de una tiranía quienes en presencia de una creciente avalancha de revolución jamás comprendieron su fuerza o pensaron en hacer concesiones hasta que era demasiado tarde y no había ninguna esperanza. Ya ves, los tiranos son siempre materialistas, mientras que las fuerzas que están detrás de las grandes revoluciones son morales. Esta es la razón por la cual los tiranos nunca prevén su destino hasta que es demasiado tarde para evitarlo."

"Deberíamos estar en nuestros asientos dentro de muy poco," dijo Edith. "No quiero que Julian se pierda el comienzo de la obra."

"Todavía faltan unos minutos," dijo el doctor, "y considerando que he sido inducido más bien

involuntariamente a dar este tipo de bosquejo del recorrido de la Revolución, quiero decir alguna palabra sobre la extraordinaria explosión de entusiasmo popular que hizo que estos últimos estadios fuesen una corta historia, especialmente porque es de este periodo de lo que trata la representación a la que vamos a asistir.

"Debes saber, Julian, que hubo muchos que, aunque admitían que un sistema de cooperación debía finalmente tomar el lugar del capitalismo privado en América y en todas partes, esperaron que el proceso fuese lento y gradual, extendiéndose a lo largo de varias décadas, quizá medio siglo, o incluso más. Probablemente esa era la opinión más general. Pero quienes sostenían esto, fracasaron en tener en cuenta el entusiasmo popular que ciertamente tomaría posesión del movimiento y lo conduciría irresistiblemente hacia delante desde el momento que la perspectiva de su éxito se hizo lo bastante clara para las masas. Indudablemente, cuando el plan de un sistema industrial nacionalizado y que repartiese por igual sus resultados, con su promesa de abolición de la pobreza y el reino del confort universal, se presentó por primera vez a la gente, la mera grandeza de la salvación que ofrecía actuó para dificultar su aceptación. Pareció demasiado bueno para ser verdad. Con dificultad, las masas, embrutecidas por la miseria y endurecidas por la falta de esperanzas, habían sido capaces de creer que en el cielo no habría pobres, pero que fuese posible establecer aquí y ahora, en esta América de cada día, semejante paraíso terrenal, era demasiado para poderse creer.

"Pero gradualmente, a medida que la propaganda revolucionaria difundía el conocimiento de las bases claras e incuestionables sobre las cuales se asentaba este gran seguro, y a medida que las crecientes mayorías del partido revolucionario convencieron a los más desconfiados, de que la hora de su triunfo estaba al alcance de la mano, la esperanza de la multitud creció en confianza, y la confianza

se inflamó en un irresistible entusiasmo. Por la mera magnitud de la promesa que en un principio les espantó, ahora se vieron arrastrados. Unas apasionadas ansias se apoderaron de ellos, de entrar en la deliciosa tierra, así que cada día, cada hora de demora les parecía intolerable. Los jóvenes decían, 'Apresurémonos, y vayamos a la tierra prometida mientras seamos jóvenes, que podamos saber lo que es vivir'; y los ancianos decían, 'Vayamos antes de que nos muramos, que podamos cerrar nuestros ojos en paz, sabiendo que a nuestros hijos les irá bien cuando nos hayamos ido.' Los líderes y pioneros de la Revolución, tras haber exhortado y apelado durante tantos años al pueblo que en su mayor parte había sido indiferente o incrédulo, ahora se vieron superados y arrastrados hacia delante por una poderosa ola de entusiasmo que no podían detener, y que era difícil de guiar, si el camino no hubiese estado tan claro.

"Entonces, para coronar el climax, como si la mente popular no estuviese ya en un estado suficientemente exaltado, llegó, 'El Gran Resurgimiento,' rayando este entusiasmo en la emoción religiosa."

"En mi época teníamos lo que se llamaban resurgimientos de religión," dije, "a veces muy extendidos. ¿Fue éste de la misma naturaleza?"

"Apenas," replicó el doctor. "El Gran Resurgimiento fue una marea de entusiasmo en pro de la salvación social, no personal, y en pro del establecimiento en amor fraternal del reino de Dios en la tierra que Cristo propuso a los hombres para que pusiesen sus esperanzas en él y trabajasen por él. Era el despertar general del pueblo de América en los últimos años del siglo pasado, al carácter profundamente ético y auténticamente religioso, y las demandas, del movimiento en pro de un sistema industrial que garantizaría la igualdad económica de todo el pueblo.

"Nada, seguramente, podría ser más evidente en sí mismo

que la inspiración estrictamente cristiana de la idea de esta garantía. Contemplaba nada menos que un literal cumplimiento, a una escala social completa, de las enseñanzas de Cristo de que todos deberían sentir el mismo afán y hacer el mismo esfuerzo por el bienestar de los demás como por el suyo propio. El primer efecto de semejante afán debía ser necesariamente incitar el esfuerzo para hacer surgir un aprovisionamiento material igual para todos, como primera condición de bienestar. Uno ciertamente pensaría que una gente nominalmente cristiana, teniendo alguna familiaridad con el Nuevo Testamento, no habría necesitado que nadie le dijese estas cosas, sino que habría reconocido en su primera declaración que el programa de los revolucionarios era sencillamente una paráfrasis de la regla de oro, expresada en términos políticos y económicos. Uno habría dicho que cualquier cosa que fuese lo que otros miembros de la comunidad pudiesen hacer, los creyentes cristianos habrían acudido en masa inmediatamente para apoyar un movimiento semejante con todo su corazón, con toda su alma, y con todas sus fuerzas. El que fuesen tan lentos en hacerlo así debe ser atribuído a las malas enseñanzas y no enseñanzas, de una clase de personas cuyo expreso deber, por encima de otras personas y clases, era incitarles a esa acción—a saber, el clero cristiano.

"Durante muchas épocas—casi, de hecho, desde el comienzo de la era cristiana—las iglesias habían dado la espalda al ideal de Cristo de hacer realidad un reino de Dios en la tierra mediante la adopción de la ley de la ayuda mutua y el amor fraternal. Abandonando la regeneración de la sociedad humana en este mundo como si fuese un proyecto sin esperanza, el clero, en nombre del autor del Padrenuestro, había enseñado a la gente a no esperar que la voluntad de Dios se hiciese en la tierra. Directamente trastocando la actitud de Cristo hacia la sociedad como un mal y un orden perverso de cosas con el que había que acabar, se habían convertido en los valuartes y defensas de las instituciones sociales y políticas existentes, y ejercían toda su influencia

para desanimar las aspiraciones populares a un orden más justo e igualitario. En el Viejo Mundo habían sido los paladines y apologistas del poder y el privilegio y los derechos adquiridos, contra todo movimiento en pro de la libertad y la igualdad. Resistiendo los crecientes empeños de su pueblo, los reyes y emperadores siempre habían encontrado en el clero siervos más útiles que los soldados y la policía. En el Nuevo Mundo, cuando la realeza, en el acto de abdicación, había pasado su cetro al capitalismo, los cuerpos eclesiásticos habían transferido su lealtad al poder del dinero, y al igual que anteriormente habían predicado la naturaleza divina del gobierno de los reyes sobre sus semejantes, ahora predicaban el derecho divino a gobernar y usar a los demás que era inherente a la posesión de riquezas acumuladas o heredadas, y el deber de la gente de someterse sin rechistar a la exclusiva apropiación de todas las cosas llevada a cabo por los ricos.

"La histórica actitud de las iglesias como los paladines y apologistas del poder y el privilegio en toda controversia con los derechos del hombre y la idea de igualdad siempre había sido un prodigioso escándalo, y en toda crisis revolucionaria no había dejado de costarles grandes pérdidas del respeto público y del seguimiento popular. En tanto en cuanto que la ahora inminente crisis entre la plena afirmación de la igualdad humana y la existencia del capitalismo privado era incomparablemente el problema de la clase más radical que jamás hubiese surgido, la actitud de las iglesias era probable que tuviese un efecto crítico sobre su futuro. Si hubiesen cometido el error de alinearse del lado impopular en esta tremenda controversia, habría sido para ellos un error colosal, si no fatal—un error que habría amenazado la pérdida de su último sostén como organización de los corazones y mentes de la gente. Por otro lado, si los líderes de las iglesias hubiesen sido capaces de discernir el pleno significado del gran giro del corazón del mundo hacia el ideal de Cristo de una sociedad humana, que marcó el final del siglo diecinueve, podrían haber esperado, alineándose en el

lado adecuado, rehabilitar las iglesias en la estima y el respeto del mundo, como, después de todo, a pesar de tantos errores, los fieles representantes del espíritu y doctrina de la cristiandad. Hubo algunos, de hecho—sí, muchos, en el total—entre el clero, que vieron esto y buscaron desesperadamente mostrarlo a sus compañeros, pero, cegados por nubes de vanas tradiciones, y doblegados ante la tremenda presión del capitalismo, los grupos eclesiásticos en general, salvo estas nobles excepciones, no fueron conscientes de su gran oportunidad hasta que había pasado. Hubo otros grupos de hombres ilustrados que fracasaron igualmente en discernir la irresistible fuerza y divina sanción de la marea de entusiasmo humano que estaba barriendo la tierra, y en ver que estaba destinada a dejar tras de sí un mundo transformado y regenerado. Pero el fracaso de estos otros, no importa cuán lamentable, en discernir la naturaleza de la crisis, no fue como el fracaso del clero cristiano, porque su expresa vocación y ocupación, predicar y enseñar la aplicación a las relaciones humanas de la Regla de Oro del tratamiento igualitario para todos, es lo que la Revolución vino a establecer, y velar por la llegada de este auténtico reino de amor fraternal, cuyo advenimiento recibieron con anatemas.

"Los reformadores de aquella época eran muy acérrimos contra el clero por su doble traición a la humanidad y a la cristiandad, oponiéndose en vez de apoyar a la Revolución; pero el tiempo ha atemperado los ásperos juicios de toda clase, y miramos atrás más bien con profunda lástima en vez de con indignación, a estos infortunados hombres, quienes siempre conservarán la trágica distinción de haber perdido la mayor oportunidad de liderazgo jamás ofrecida a los hombres. ¿Por qué añadir el reproche al peso de semejante fracaso?

"Aunque la influencia de la autoridad eclesiástica en América, a cuenta del crecimiento de la información, había encogido enormemente en esta época desde sus anteriores

proporciones, la actitud generalmente desfavorable o negativa de las iglesias hacia el programa de igualdad había influído pesadamente para retraer el apoyo popular, que el movimiento podría razonablemente haber esperado, de la gente declaradamente cristiana. Sin embargo, fue sólo cuestión de tiempo y de la influencia educativa de la discusión pública, que el pueblo se familiarizase con los méritos del asunto. 'El Gran Resurgimiento' vino a continuación, cuando, en el curso de este proceso de educación, las masas de la nación alcanzaron la convicción de que la revolución contra la cual el clero había dado la voz de alarma por no ser cristiana, era, de hecho, el movimiento más esencial e intensamente cristiano que jamás había apelado a los hombres desde que Cristo llamó a sus discípulos, y como tal, imperativamente ordenaba el más fuerte apoyo de todo creyente o admirador de la doctrina de Cristo.

"El pueblo americano parece haber sido, en su conjunto, el más inteligentemente religioso de las grandes poblaciones del mundo—tal como la religión era entendida en aquella época—y el más generalmente influenciado por el sentimiento de la cristiandad. Cuando el pueblo llegó a reconocer que el ideal de un mundo de igual bienestar, que había sido presentado a ellos por el clero como una peligrosa falsa ilusión, no era otro que el auténtico sueño de Cristo; cuando comprendieron que la esperanza que les llevó a abogar por el nuevo orden no era funesto 'fuego fatuo', como las iglesias habían enseñado, sino nada menos ni otra cosa que la Estrella de Belén, no hay que asombrarse de que el impulso que el movimiento revolucionario recibió fuese abrumador. Desde ese momento en adelante, asumió más y más el carácter de cruzada, la primera de las llamadas cruzadas de la historia que tuvo un válido y adecuado derecho a ese nombre y a hacer de la cruz su emblema. A medida que en las siempre religiosas masas arraigó la convicción de que el plan de un bienestar humano igualitario era nada menos que el designio divino, y que buscando su propia y más elevada felicidad mediante su adopción estaban

cumpliendo el propósito de Dios para la humanidad, el espíritu de la Revolución se convirtió en un entusiasmo religioso. Como al sermón de Pedro el Hermitaño, así ahora una vez más las masas respondieron al sermón de los reformadores con el exultante grito de '¡Dios lo quiere!' y nadie dudó ya de que la visión llegaría a ocurrir. Así fue como la Revolución, que había comenzado su curso proscrita por las iglesias, fue llevada a su consumación en una ola de emoción moral y religiosa."

"Pero ¿qué fue de las iglesias y el clero cuando el pueblo averiguó los ciegos guías que habían sido?" pregunté.

"Sin duda," replicó el doctor, "debió parecerles algo similar al Juicio Final, cuando sus rebaños los desafiaron con las Biblias abiertas y demandando por qué habían ocultado el Evangelio todos esos años y falseado los oráculos de Dios que habían afirmado interpretar. Pero hasta donde parece, el gozoso júbilo del pueblo ante el gran descubrimiento de que la libertad, la igualdad, y la fraternidad eran nada menos que el práctico significado y contenido de la religión de Cristo, parece que no dejó lugar en sus corazones para el rencor hacia ninguna clase. El mundo había recibido una culminante demostración, que iba a ser concluyente para siempre, de falta de fiabilidad de las directrices eclesiásticas; eso era todo. El clero, que había fracasado en su oficio de guiar, no lo había hecho, no hace falta decirlo, porque no fuesen tan buenos como otros hombres, sino a cuenta de la falsedad, falta de esperanza, de su posición como dependientes económicos de aquellos que asumieron como dirigentes. Tan pronto como el gran resurgimiento hubo comenzado claramente, se metieron de lleno en él con tanta ilusión como cualquiera del pueblo, pero ahora sin ninguna pretensión de liderazgo. Siguieron al pueblo a quien debían haber liderado.

"A partir del gran resurgimiento, datamos el comienzo de la era de la religión moderna—una religión que ha prescindido de los ritos y las ceremonias, credos y dogmas, y desterrado

de esta vida el miedo y la preocupación por el más perverso de los seres; una religión de vida y conducta, dominada por un apasionado sentido de la solidaridad de la humanidad y del hombre con Dios; la religión de una humanidad que se sabe divina y no teme ningún mal, sea ahora o a partir de ahora."

"No hace falta que pregunte," dije, "sobre ninguno de los estadios subsiguientes de la Revolución, porque imagino que su consumación no se demoró mucho tiempo después de 'El Gran Resurgimiento.'"

"Ese fue de hecho el impulso culminante," replicó el doctor; "pero aunque dio un impulso al movimiento para su inmediata realización de una igualdad de bienestar que no podría haber resistido ningún obstáculo, hizo su trabajo, de hecho, no tanto echando abajo la oposición como haciéndola desaparecer. Los capitalistas, apenas es necesario decirlo, ya que eras uno de ellos, no eran personas de una disposición más depravada que las demás personas, sino meramente, como otras clases, lo que el sistema económico había hecho de ellos. Teniendo pasiones y sensibilidades similares a las de los otros hombres, eran tan incapaces de resistirse al contagio del entusiasmo de humanidad, de la pasión de la piedad, y de la compulsión de la ternura humana que El Gran Resurgimiento había despertado, como cualquier otra clase de personas. Desde el momento en que el sentido del pueblo llegó a reconocer generalmente que la lucha del orden existente para evitar el nuevo orden era nada más y nada menos que una controversia entre el todopoderoso dólar y Dios Todopoderoso, no hubo sino sustancialmente un bando. Una acérrima minoría del partido de los capitalistas y sus apoyos parece que continuó de hecho con su protesta en contra de la Revolución hasta el final, pero era de poca importancia. La mayor y la mejor parte de los capitalistas se unió con el pueblo para completar la instauración del nuevo orden que ahora todos hemos llegado a ver que iba a redundar en beneficio de todos por igual."

"¿Y no hubo guerra?"

"¡Guerra! Por supuesto que no. ¿Quién había para luchar en el otro bando? Es curioso cuántos de los primeros reformadores parecía que preveían una guerra antes de que el capitalismo pudiese ser derrocado. Constantemente se referían a la guerra civil de los Estados Unidos y a la Revolución Francesa como precedentes que justificaban su miedo, pero realmente aquellos no eran casos análogos. En la controversia sobre la esclavitud, dos secciones geográficas, mutuamente impenetrables a las ideas de la otra, se oponían y la guerra fue inevitable. En la Revolución Francesa no habría habido derramamiento de sangre en Francia salvo por la interferencia de las naciones vecinas con sus reyes brutales y poblaciones ignorantes. El pacífico resultado de la gran Revolución en América fue, además, potentemente favorecido porque todavía no había profundas distinciones de clase, y consecuentemente no había un enraizado odio entre clases. Su crecimiento estaba de hecho comenzando a avanzar a una alarmante velocidad, pero el proceso todavía no había ido lejos ni había profundizado, y era ineficaz para resistir el fulgor de entusiasmo social que en los años culminantes de la Revolución fusionó a toda la nación en una fe y propósito comunes.

"No debes dejar de tener en cuenta que la gran Revolución, tal como ocurrió en América, no fue en absoluto una revolución en el sentido político en el que habían ocurrido todas las anteriores revoluciones en interés popular. En todos estos casos, la gente, después de decidir lo que quería cambiar, debía derrocar al Gobierno y hacerse con el poder para cambiarlo. Pero en un estado democrático como América, la Revolución estaba prácticamente hecha cuando el pueblo decidió que ésta era en su interés. No hubo nadie para disputarle su poder y su derecho para hacer su voluntad una vez que se decidió. La Revolución, en lo que respecta a América y otros países, en la proporción en que sus gobiernos eran populares, fue más como el juicio de un caso en los tribunales que como una revolución del tipo tradicional

a sangre y fuego. El tribunal era el pueblo, y el único modo en que cualquier opositor podía ganar era convenciendo al tribunal, ante el cual no había apelación.

"En cuanto al escenario de las revoluciones tradicionales concierne, complots, conspiraciones, humo de pólvora, sangre y fuego, cualquiera de las diez mil disputas medievales de las ciudades Italianas o Flamencas, dio mucho más material al romancero o la dramaturgia que la gran revolución de América."

"¿Debo entender que no hubo en realidad ningún acto violento relacionado con esta gran transformación?"

"Hubo un gran número de disturbios y colisiones menores, implicando entre todos una cuantía considerable de violencia y derramamiento de sangre, pero no hubo nada parecido a una guerra con líneas trazadas, que fuese buscado por los reformadores. Muchas nimias disputas, sin causa ni resultado, entre reyes sin nombre, en el pasado, demasiado pequeñas para su mención histórica, costaron mucha más violencia y derramamiento de sangre que, en lo que América respecta, la más grande de todas las revoluciones."

"¿Y a las naciones europeas les fue tan bien cuando atravesaron la misma crisis?"

"Las condiciones de ninguna de ellas fueron tan favorables a una revolución social pacífica como las de los Estados Unidos, y la experiencia de la mayoría fue más larga y más dura, pero puede decirse que en ningún caso de los pueblos europeos los espantosos temores de sangre y carnicería se hicieron realidad como los primeros reformadores parece que sostuvieron que sucederían. Por todo el mundo la Revolución fue, en cuanto a sus factores principales, un triunfo de las fuerzas morales."

XXXVI. Yendo al teatro en el siglo veinte

"Siento interrumpir," dijo Edith, "pero sólo faltan cinco minutos para que se levante el telón, y Julian no debería perderse la primera escena."

Ante este aviso, nos dirigimos inmediatamente a la habitación de la música, donde cuatro cómodos sillones habían sido cómodamente dispuestos para nuestra conveniencia. Mientras el doctor estaba ajustando las conexiones del teléfono y el electroscopio para nuestro uso, di más detalles a mis acompañantes acerca de los contrastes entre las condiciones para ir al teatro en el siglo diecinueve y en el veinte—contrastos que los felices ciudadanos del mundo presente apenas pueden apreciar mediante un esfuerzo de su imaginación. "En mi época, sólo los residentes de las grandes ciudades, o sus visitantes, podían disfrutar de buenas obras u óperas, placeres que estaban por necesaria consecuencia prohibidos, y eran desconocidos, para la masa del pueblo. Pero incluso aquellos que por su lugar de residencia podían disfrutar de estas recreaciones, estaban obligados, para hacerlo, a sufrir y soportar tal prodigioso alboroto, aglomeraciones, gastos, y general trastorno de la comodidad, que en su mayor parte preferían quedarse en casa. En cuanto a disfrutar de los grandes artistas de otros países, uno tenía que viajar para hacerlo o esperar a que viajase el artista. Hoy, no necesito decir cómo es: te quedas en casa y mandas tus ojos y oídos al extranjero, para ver y oír por ti. Donde quiera que la conexión eléctrica es llevada—y no hay residencia humana, no importa cuán remota esté de los centros sociales, sea en el globo del observador del tiempo, que está en medio del aire o en medio del océano, o en la

cabaña cubierta de hielo del observador polar, donde no pueda llegar—es posible para su morador, en zapatillas y bata, elegir entre todo el entretenimiento público dado ese día en cada ciudad de la tierra. Y recordad, también, aunque no podáis entenderlo, vosotros que no habéis visto una mala actuación u oído cantar mal, como esta posibilidad de que una compañía interprete o cante para toda la tierra a la vez ha tenido el efecto de quitar el trabajo a los artistas mediocres, viendo que todo el mundo, siendo capaz de ver y oír a los mejores, sólo escuchará y verá a éstos."

"Ya suena el timbre para el telón," dijo el doctor, y un momento después olvidé todo salvo lo que había sobre el escenario. No necesito esbozar la acción de una obra tan familiar como "Los Caballeros de la Regla de Oro." Baste para este propósito recordar el hecho de que los trajes y la puesta en escena eran de los últimos días del siglo diecinueve, algo diferentes de lo que habían sido cuando miré por última vez al mundo de aquella época. Había algunos anacronismos e imprecisiones en la puesta en escena, que la administración teatral me ha hecho el honor desde entonces de solicitar mi asistencia para corregir, pero el mejor tributo a la general exactitud del esquema era su efecto de hacerme abstraerme, desde el primer momento, de la realidad que me rodeaba. Me encontré en presencia de un grupo de contemporáneos, vivientes, de mi anterior vida, hombres y mujeres vestidos como les había visto vestir, hablando y actuando como hasta hacía unas semanas había siempre visto que la gente hablaba y actuaba; personas, en resumen, de pasiones, prejuicios, y modales, similares a los míos, incluso hasta los más pequeños amaneramientos ingeniosamente introducidos por el dramaturgo, que, incluso más que los grandes trazos de semejanza, afectaban mi imaginación. El único sentimiento que obstaculizaba mi plena aceptación de la idea de que estaba asistiendo a una muestra del siglo diecinueve era un desconcertante asombro de por qué parecía que conocía tanto más que los actores parecían conocer acerca del resultado de la revolución social a la que

ellos aludían y que decían que estaba en marcha.

Cuando cayó el telón de la primera escena, y miré alrededor y vi a Edith, a su madre y a su padre, sentados a mi alrededor en la habitación de la música, la comprensión de mi situación real me vino como una conmoción que de haber ocurrido antes en mi carrera en el siglo veinte, me habría licuado el cerebro. Pero estaba demasiado firme en mis nuevas bases ahora para que nada de eso ocurriese, y durante el resto de la representación, el sentido de la tremenda experiencia que me había hecho ser contemporáneo a la vez de dos eras tan apartadas entre sí, contribuyó con una indescriptible intensidad a que disfrutase de la obra.

Después de que cayese el telón, nos sentamos a hablar del drama, y todo lo demás, hasta que el globo del reloj de color, cambió del verde botella al blanco, avisándonos de la medianoche, cuando las señoras nos dejaron al doctor y a mi a nuestro aire.

XXXVII. El período de transición

"Es bastante tarde," dije, "pero tengo grandes deseos de hacerle unas pocas preguntas más sobre la Revolución. Todo lo que he conocido me deja tan desconcertado como nunca, para imaginar cualquier conjunto de medidas prácticas mediante las cuales la sustitución del capitalismo privado por el capitalismo público pudiese haber sido efectuada sin una prodigiosa conmoción. En nuestra época teníamos ingenieros lo bastante listos como para mover grandes edificios de un lado a otro, manteniéndolos mientras tanto tan estables y erguidos como para no interferir con los habitantes que había en ellos, ni causar una interrupción de las operaciones domésticas. Un problema similar a este, pero millones de veces mayor y más complejo, debió surgir cuando llegó el momento de cambiar todas las bases de producción y distribución y revolucionar las condiciones del empleo y la manutención de todos, y hacerlo, además, sin interrumpir gravemente, mientras tanto, la continuación de las diversas partes de la maquinaria económica de las cuales dependía el sustento de la gente de día en día. Estaría enormemente interesado en que me dijese algo sobre cómo se hizo esto."

"Tu pregunta," replicó el doctor, "refleja un sentimiento que tuvo no poca influencia durante el periodo revolucionario, para prolongar la tolerancia extendida por el pueblo al capitalismo privado, a pesar de la creciente indignación contra sus atrocidades. Un cambio completo de los sistemas económicos les parecía, como a ti, una empresa tan colosal y complicada que incluso muchos de los que ardientemente deseaban el nuevo orden y creían plenamente en su viabilidad una vez establecido, retrocedieron ante lo que entendían sería la inmensa confusión y dificultad del proceso de transición. Por supuesto, los capitalistas, y los defensores

de las cosas tal como eran, eran la mayor parte de los que tenían este sentimiento, y aparentemente fastidiaron a los reformadores no poco, interpelándoles para que nombrasen las medidas específicas mediante las cuales, si tuviesen el poder, procederían a sustituir el sistema existente por un plan nacionalizado de industria gestionada en igual interés de todos.

"Una escuela de revolucionarios declinó formular o sugerir cualquier programa concreto, fuese el que fuese, para la etapa de consumación o constructiva de la Revolución. Decían que la crisis sugeriría el método para lidiar con ella, y que sería insensato y extravagante discutir la emergencia antes de que surgiese. Pero un buen general hace planes que proveen por adelantado todas las principales eventualidades de su campaña. Sus planes están, por supuesto, sujetos a modificaciones radicales o completo abandono, conforme a las circunstancias, pero debería tener un plan provisional. La réplica de esta escuela revolucionaria no era, por consiguiente, satisfactoria, y, en tanto nada mejor pudiese hacerse, una tímida y conservadora comunidad se inclinó a mirar con recelo al programa revolucionario.

"Comprendiendo la necesidad de algo más positivo como plan de campaña, varias escuelas de reformadores sugirieron esquemas más o menos concretos. Había una que sostenía que los sindicatos deberían desarrollar una fuerza suficiente como para controlar los principales oficios, y poner sus propios agentes electos en lugar de los capitalistas, organizando de este modo una especie de federación de sindicatos. Esto, de ser practicable, habría traído un sistema de capitalismo de grupo tan divisivo y antisocial, en el amplio sentido, como el propio capitalismo privado, y mucho más peligroso para el orden civil. Más tarde, de esta idea se oyó poco, a medida que se hizo evidente que el posible crecimiento y las posibles funciones de los sindicatos eran muy limitados.

"Había otra escuela que sostenía que la solución se

encontraría estableciendo un gran número de colonias voluntarias, organizadas sobre principios cooperativos, que mediante su éxito conducirían a la formación de más y más colonias, y que, finalmente, cuando la mayoría de la población se hubiese enrolado en tales grupos, simplemente se fusionarían y formarían uno. Muchas almas nobles y entusiastas se dedicaron a esta línea de esfuerzo, y las numerosas colonias que fueron organizando en los Estados Unidos durante el periodo revolucionario fueron una llamativa indicación de la reorientación general de los corazones de los hombres hacia un mejor orden social. Por lo demás, tales experimentos no condujeron y no podían conducir a nada. Económicamente débiles, manteniéndose unidos por un motivo sentimental, generalmente compuestos de personas excéntricas aunque respetables, y rodeados por un entorno hostil que tenía todo el uso y ventaja de la maquinaria social y económica, apenas era posible que tales empresas llegasen a nada práctico a no ser bajo especial liderazgo o especiales circunstancias.

"Había otra escuela más, que sostenía que el mejor orden era evolucionar gradualmente desde el viejo orden como resultado de una serie indefinida de legislación humana, consistente en actuaciones en las fábricas, leyes para reducir las horas, pensiones para los ancianos, casas de pisos mejoradas, abolición de los barrios marginales, y no sé cuántos otros parches para males particulares resultantes del sistema del capitalismo privado. Estas buenas gentes argumentaban que cuando en un indefinidamente remoto tiempo todas las malas consecuencias del capitalismo hubiesen sido abolidas, sería tiempo suficiente y entonces sería comparativamente más fácil abolir el capitalismo en sí mismo—es decir, después de que toda la fruta podrida hubiese sido retirada a mano de las ramas del árbol del mal, de una en una, sería tiempo suficiente para talar el árbol. Por supuesto, una obvia objeción a este plan era que, en tanto el árbol permaneciese en pie, sería probable que la fruta mala creciese tan deprisa como se fuese retirando. Las diversas

medidas reformadoras, y muchas otras urgidas por los reformadores, eran completamente humanas y excelentes, y sólo se las puede criticar cuando se plantean como un método suficiente para derrocar el capitalismo. Ni siquiera tendían hacia semejante resultado, sino que era más probable que ayudasen al capitalismo a obtener una mayor oportunidad de perdurar haciéndolo un poco menos horrible. Hubo realmente un tiempo, después de que el movimiento revolucionario hubiese ganado un considerable avance, en que los líderes juiciosos sintieron una considerable aprehensión, por miedo a que pudiese desviarse de su auténtico objetivo, y su fuerza fuese despilfarrada en este programa de reformas graduales.

"Pero me has preguntado cuál fue el plan de operación mediante el cual los revolucionarios, cuando finalmente llegaron al poder, derrocaron de hecho el capitalismo privado. Fue realmente como un ejemplo de la maniobra militar que se llamaba flanquear, que está contenida en los libros de historia de la guerra. Ahora bien, una operación de flanquear es una operación mediante la cual un ejército, en vez de atacar a su antagonista directamente de frente, se mueve alrededor de uno de sus flancos de tal modo que, sin dar ni un solo golpe, fuerza al enemigo a abandonar su posición. Esta es justo la estrategia que los revolucionarios usaron en la cuestión final con el capitalismo.

"Los capitalistas habían dado por hecho que iban a ser asaltados directamente mediante ataque sistemático y confiscación de sus propiedades por la fuerza. No ocurrió así ni por asomo. Aunque al final, por supuesto, la propiedad colectiva sustituyó a la propiedad privada del capital, aun así esto no fue hecho hasta que todo el sistema del capitalismo privado hubo fracasado y cayó hecho pedazos, y no como un medio de derribarlo. Para recurrir al ejemplo militar, el ejército revolucionario no atacó directamente la fortaleza del capitalismo en absoluto, sino que maniobró de tal modo que lo hizo insostenible, y obligó a su evacuación.

"Por supuesto, comprenderás que esta política no fue sugerida por ninguna consideración hacia los derechos de los capitalistas. Mucho tiempo antes de este momento, la gente había sido educada para ver en el capitalismo privado el origen y la suma de todas las villanías, que hacían a la humanidad convicta de pecado mortal cada día que era tolerado. La política de ataque indirecto seguida por los revolucionarios estaba totalmente dictada por el interés de la gente en general, lo cual demandaba que, en la medida de lo posible, deberían evitarse graves trastornos del sistema económico durante la transición del viejo al nuevo orden.

"Y ahora, dejando a un lado las figuras del discurso, dejame que te diga claramente lo que se hizo—esto es, hasta donde recuerdo el relato. No he hecho un especial estudio del periodo desde mis días en la universidad, y muy probablemente cuando leas los libros de historia encontrarás que he cometido muchos errores en cuanto a los detalles del proceso. Solamente voy a tratar de darte una idea general del curso principal de los acontecimientos, del mejor modo que los recuerdo. Ya he explicado que el primer paso en el programa de la acción política adoptada por los oponentes del capitalismo privado había sido inducir a la gente a municipalizar y nacionalizar varios servicios cuasi—públicos, tales como trabajos hidráulicos, plantas de iluminación, transbordadores, ferrocarriles locales, los sistemas telefónico y telegráfico, el sistema general de ferrocarriles, las minas de carbón y la producción de petróleo, y el tráfico de bebidas alcohólicas. Siendo estas una clase de empresas parcial o totalmente no competitivas y de carácter monopolístico, la toma del control público sobre ellas no atacó directamente al sistema de producción y distribución en general, e incluso los tímidos y conservadores vieron el paso con poca aprehensión. Esta clase entera de monopolios naturales o legales podría de hecho haber sido tomada bajo gestión pública sin implicar lógicamente un asalto al sistema del capitalismo privado en su conjunto. No sólo era esto así,

sino que incluso si toda esta clase de negocios fuese hecha pública y funcionase a precio de coste, el abaratamiento de la vida para la comunidad efectuado de este modo sería inmediatamente engullido por reducciones de salarios y precios, resultantes del implacable funcionamiento del competitivo sistema de la ganancia.

"Por consiguiente, los oponentes del capitalismo favorecieron el funcionamiento público de estos negocios, principalmente como medio para un ulterior fin. Una parte de ese ulterior fin era demostrar a la gente la superior sencillez, eficiencia, y humanidad de la gestión pública de las tareas económicas frente a la gestión privada. Pero para lo que sirvió principalmente este proceso parcial de nacionalización fue para preparar un cuerpo de empleados públicos suficientemente grande para abastecer un núcleo de consumidores cuando el Gobierno emprendiese el establecimiento de un sistema general de producción y distribución sobre una base de no ganancia. Los empleados de los ferrocarriles nacionalizados solos eran casi un millón, y con las mujeres e hijos que dependían de ellos, unos 4.000.000 de personas. Los empleados de las minas de carbón, hierro, y otros negocios tomados a su cargo por Gobierno como subsidiarios de los ferrocarriles, junto con los trabajadores del telégrafo y el teléfono, también al servicio público, constituían unos cientos de miles más de personas con quienes dependían de ellos. Antes de estas sumas, había habido al servicio habitual del Gobierno casi 250.000 personas, y el ejército y la armada constituían unas 50.000 más. Estos grupos con quienes dependían de ellos, sumaban probablemente un millón más de personas, quienes, sumados a las del ferrocarril, minería, telégrafo, y otros empleados, hacían un total de unos 5.000.000 de personas dependientes del empleo nacional. Además de estos estaban los diversos cuerpos de empleados del Estado y municipales en todos los

grados, desde los Gobernadores de los Estados hasta los barrenderos.

Los almacenes de servicio público

"El primer paso del partido cuando llegó al poder, con el mandato de la mayoría popular para introducir el nuevo orden, fue establecer, en todos los centros importantes, almacenes de servicio público, donde los empleados públicos pudiesen obtener a precio de coste todas las provisiones de necesidad o lujo previamente compradas en almacenes privados. La idea fue lo menos alarmante, por no ser completamente nueva. Había sido costumbre de los diversos gobiernos el abastecer ciertas necesidades de sus soldados y marinos estableciendo almacenes de servicio en los cuales todo era de calidad absolutamente garantizada y vendido estrictamente a precio de coste. Los artículos suministrados de este modo eran proverbiales por su baratura y calidad comparados con cualquiera que pudiese comprarse en otra parte, y el privilegio del soldado de obtener tales artículos era envidiado por los civiles, abandonados a las tiernas misericordias de los detallistas adulteradores y engullidores de ganancia. Los almacenes públicos ahora erigidos por el Gobierno eran, sin embargo, completos a una escala bastante más allá de cualquier proyecto previo, proyectados como estaban para abastecer todo el consumo de una población tan grande como una nación de pequeño tamaño.

"Al principio, los artículos de estos almacenes eran necesariamente comprados por el Gobierno a los capitalistas privados, productores, o importadores. En estos, el empleado público se ahorraba todas las ganancias de los intermediarios y detallistas, consiguiéndolos quizá a la mitad o los dos tercios de lo que deberían haber pagado en los almacenes privados, con la garantía, además, de una cuidadosa inspección del Gobierno en cuanto a su calidad. Pero estas ventajas sustanciales no eran sino un anticipo de la

prosperidad que disfrutaría cuando el Gobierno añadiese la función de producción a la de distribución, y procediese tan rápidamente como fuese posible a fabricar productos, en vez de comprárselos a los capitalistas.

"Para este fin se establecieron grandes granjas de comida y algodón en todas las secciones del país y se abrieron innumerables tiendas y fábricas, así que el Gobierno pronto tuvo en empleo público no sólo los originales 5.000.000, sino tantos más—granjeros, artesanos, y trabajadores de todas clases. Estos, por supuesto, también tenían el derecho a ser aprovisionados en los almacenes públicos, y el sistema tuvo que ser extendido correspondientemente. Los compradores que iban a los almacenes públicos ahora se ahorraban no sólo las ganancias de los intermediarios y detallistas, sino también las del fabricante, el productor, y el importador.

"Más aún, no sólo los almacenes públicos abastecían a los empleados públicos con toda clase de bienes para el consumo, sino que el Gobierno igualmente organizaba toda clase de servicios necesarios, tales como cocina, trabajo de lavandería, agencias de tareas domésticas, etc., para exclusivo beneficio de los empleados públicos—todos, por supuesto, realizados absolutamente a precio de coste. El resultado fue que el empleado público fue capaz de ser abastecido en casa o en restaurantes con comida preparada por los mejores con el mejor material y en la mayor variedad posible, y más barato que jamás había podido abastecerse a sí mismo con incluso las peores provisiones."

"¿Cómo adquirió el Gobierno las tierras y fábricas que necesitaba?" pregunté. "¿Se las compró a los propietarios, o construyó las fábricas?"

"Las co—erigió sin afectar al éxito del programa, pero fue generalmente innecesario. En cuanto a las tierras, los granjeros, a millones, estuvieron contentísimos de dar sus tierras al Gobierno y aceptar empleo en ellas, con la seguridad de subsistencia que implicaba para ellos y los

suyos. El Gobierno, además, tomó para su cultivo todas las tierras no ocupadas que fuesen convenientes para dicho propósito, condonando los impuestos en compensación.

"Ocurrió algo muy parecido con las fábricas y las tiendas que el sistema nacional requería. Estaban ociosas a miles por todas partes del país, en medio de las poblaciones de desempleados que pasaban hambre. Cuando estas fábricas se adecuaban a los requerimientos del Gobierno, se tomaba posesión de ellas, se ponían en operación, y a los antiguos trabajadores se les daba empleo. En muchos casos, los antiguos superintendentes y capataces así como el cuerpo principal de operarios se alegró de mantener sus antiguos puestos, con el empleador nacional. Los propietarios de tales fábricas, si recuerdo bien, recibieron alguna concesión, igual a una muy baja tasa de interés, por el uso de su propiedad hasta que el completo establecimiento del nuevo orden hiciese de la igual manutención de todos los ciudadanos el objeto de una garantía nacional. Ya no se dudaba de que esto iba a ser el resultado rápido y cierto del curso de los acontecimientos, y estando pendiente este resultado, los dueños de las plantas ociosas simplemente estuvieron contentísimos de conseguir cualquier cosa a cambio de su uso.

"Las fábricas no eran la única forma de capital ocioso del cual el Gobierno hizo uso en términos similares. Se requerían considerables cantidades de importaciones para abastecer los almacenes públicos; y para evitar el pago de ganancias sobre ellas a los capitalistas, el Gobierno tomó posesión de los barcos que no se usaban, construyendo los que además necesitase, y entró en el comercio exterior, exportando productos de las industrias públicas, y trajo del extranjero al país a cambio de ellos los artículos que se necesitaban. Flotas pesqueras en las que ondeaba la bandera nacional también trajeron al país la cosecha de los mares. Estas flotas

de paz pronto superaron por mucho en número los barcos de guerra que hasta ese momento habían llevado de modo exclusivo la encomienda nacional. En estas flotas el marinero ya no era un esclavo.

Cómo el dinero perdió su valor

"Y ahora consideremos el efecto de otra característica del sistema de almacenes públicos, a saber, el desuso del dinero en sus operaciones. En los almacenes públicos no se aceptaba el dinero ordinario, sino una especie de vale que se cancelaba con su uso y que era válido sólo durante un tiempo limitado. El empleado público tenía el derecho de canjear el dinero que recibía como salario, a la par, por este vale. Aunque el Gobierno lo emitía solamente para empleados públicos, era aceptado de cualquiera que lo presentase en los almacenes públicos, teniendo cuidado el Gobierno únicamente de que la cuantía total no excediese los salarios que los empleados habían canjeado por dicho vale. De este modo se convirtió en una divisa que podía comprar un trescientos, cuatrocientos, y quinientos por ciento más que el dinero que solamente compraría los artículos de alto precio y adulterados que había en los restantes almacenes de los capitalistas. La ganancia de ese porcentaje iba, por supuesto, a los empleados públicos. El oro, al que habían rendido culto los capitalistas como el supremo y eterno tipo de dinero, ya no era más aceptado en los almacenes públicos que la plata, el cobre, o el papel dinero, y la gente que deseaba los mejores artículos era afortunada si encontraba algún empleado público lo bastante necio como para aceptar tres o cuatro dólares en oro por uno en vale.

"El efecto de esta arolladora reducción de su utilidad para comprar, que hizo que el dinero fuese abundante en exceso en el mercado, se incrementó enormemente con su prácticamente completo desuso por la constantemente creciente proporción de gente que entraba al servicio público. La demanda de dinero todavía se redujo más por el hecho de que ya nadie quería pedirlo prestado para usarlo en

el crecimiento de negocios, viendo que el campo empresarial abierto al capital privado estaba encogiéndose hora tras hora, y evidentemente estaba destinado a desaparecer pronto. Tampoco quería dinero nadie para atesorarlo, porque era más evidente cada día que pronto no tendría ningún valor. He hablado del vale del almacén público que permitía comprar varios cientos por ciento más que el dinero, pero eso era en las primeras etapas del periodo de transición. En las últimas, el porcentaje subía a alturas cada vez más vertiginosas, hasta que el valor del dinero desapareció por completo, siendo literalmente bueno para nada como dinero.

"Si quisieses imaginar el colapso total del sistema monetario y financiero al completo con todos sus estándares e influencias sobre las relaciones y situaciones humanas, sólo tienes que imaginar cuál habría sido el efecto sobre los mismos intereses y relaciones en tu época si se hubiese generalizado una información incuestionable y fuera de toda duda, de que el mundo iba a ser destruido en unos pocos meses, o como mucho en un año. En este caso naturalmente el mundo no iba a ser destruido, sino a ser rejuvenecido y emprender una fase de evolución incomparablemente más elevada y feliz y más vigorosa; pero el efecto sobre el sistema monetario y todo lo que de él dependía fue completamente el mismo que si el mundo fuese a acabarse, porque en el nuevo mundo no habría uso para el dinero, ni se reconocería ningún derecho o relación medida mediante él."

"Me da la impresión," dije, "de que a medida que el dinero perdía valor, los impuestos públicos no debieron de haber sido capaces de aportar nada para el mantenimiento del Gobierno."

"Los impuestos," replicó el doctor, "eran un incidente del capitalismo privado e iban a morir con él. Su uso había sido dar al Gobierno un medio de llevar a cabo trabajos, bajo el

sistema del dinero. En la medida en que la nación colectivamente organizó y directamente aplicó todo el trabajo del pueblo como lo requería el bienestar público, ya no hubo necesidad de impuestos y ya no podían servir para nada, como el dinero en su caso. Los impuestos se hicieron añicos en la etapa culminante de la Revolución, en la medida en que la organización del capital y el trabajo del pueblo con propósitos públicos puso fin a sus funciones."

Cómo entró el resto de la gente

"Me parece a mi que en ese momento, si no antes, la masa del pueblo que estaba fuera del servicio público debió de haber comenzado a insistir a voz en grito en que les dejaran entrar a compartir estas cosas buenas."

"Por supuesto que así lo hicieron," replicó el doctor; "y por supuesto que fue lo que se esperaba que hiciesen y lo que se había dispuesto que hiciesen tan pronto como el sistema nacionalizado de producción y distribución estuviese en pleno funcionamiento. El cuerpo de empleados públicos previamente existente había sido utilizado meramente para abastecer a un núcleo conveniente de consumidores para empezar, el cual pudiera ser abastecido sin alterar el tiempo empleado para ello más de lo necesario, con los salarios externos o los mercados de artículos. Tan pronto como el sistema estuvo a pleno rendimiento, el Gobierno emprendió la recepción en el servicio público de no meramente grupos seleccionados de trabajadores, sino de todos los que lo solicitasen. Desde ese momento, el ejército industrial recibió sus reclutas por decenas de miles cada día hasta que al poco tiempo el pueblo en su conjunto estaba al servicio público."

"Por supuesto, todo el que tenía una ocupación u oficio fue mantenido en él en el lugar donde había estado anteriormente empleado, y los intercambios de trabajo, ya en pleno uso, gestionaron el resto. Después, cuando todo se tranquilizase, habría tiempo suficiente para los cambios y desplazamientos que pareciesen deseables."

"Naturalmente," dije, "bajo el funcionamiento del programa de empleo público, los trabajadores debían ser los primeros que entrasen en el sistema, y los ricos y adinerados probablemente se quedarían fuera más tiempo, y entrarían,

por así decirlo, todos en un lote, cuando lo hiciesen."

"Evidentemente," replicó el doctor. "Por supuesto, el núcleo original de empleados públicos, para quienes los almacenes públicos se abrieron en primer lugar, estaba todo él compuesto de trabajadores, y así ocurrió con los grupos de gente sucesivamente tomados al servicio público, como granjeros, artesanos, y tenderos de todo tipo. No había nada para impedir que un capitalista se enrolase en el servicio, pero sólo podía hacerlo como trabajador a la par con los demás. Podía comprar en los almacenes públicos sólo en la medida de su paga como trabajador. Su otro dinero no era válido allí. Hubo muchos hombres y mujeres de entre los ricos que, en el entusiasmo humanitario de los últimos días de la Revolución, abandonaron sus tierras y fábricas en manos del Gobierno y se enrolaron como voluntarios al servicio público en cualquier cosa que pudiesen darles; pero en su conjunto, como cabría esperar, la idea de ir a trabajar para ganarse la vida en igualdad económica con sus antiguos sirvientes no era bien recibida por los ricos, y no llegaron a ello hasta que tuvieron que hacerlo."

"Y entonces, ¿dónde fueron, finalmente, enrolados a la fuerza?" pregunté.

"¡A la fuerza!" exclamó el doctor; "¡Dios mío! no. No hubo ningún tipo de restricción que se aplicase sobre ellos que no se aplicase sobre cualquier otro, excepto la creada por la creciente dificultad y final imposibilidad de contratar personas para el empleo privado, u obtener lo necesario para la subsistencia salvo a través de los almacenes públicos con el nuevo vale. Antes de que el Gobierno emprendiese la política de recibir en el servicio público a todos los que lo solicitasen, los desempleados habían acudido en tropel a los capitalistas, buscando ser contratados. Pero inmediatamente después, a los ricos les empezó a resultar imposible obtener hombres y mujeres para que les sirvieran en el campo, la fábrica, o la cocina. No podían ofrecer incentivos con el depreciado dinero que ellos solos poseían, que compensasen

suficientemente las ventajas del servicio público. Todos sabían también que no había futuro para la clase rica, y nada que ganar por su favor.

"Además, como puedes imaginar, ya había un fuerte sentimiento popular de desprecio hacia aquellos que se rebajasen a servir a otros por un contrato, cuando podían servir a la nación de la cual eran ciudadanos; y, como bien puedes imaginar, este creciente sentimiento hizo intolerable la posición del sirviente o empleado de cualquier tipo. Y no sólo les resultó imposible a los infortunados capitalistas inducir a la gente a cocinar para ellos, lavar para ellos, lustrar sus botas, barrer sus habitaciones, o conducir sus coches, sino que se vieron en aprietos para obtener en los menguantes mercados privados, los únicos lugares donde era válido su dinero, lo mínimo para subsistir, y pronto incluso eso resultó imposible. Durante un tiempo, parece ser, lucharon contra un implacable destino, soportando de mala gana la vida a base de mendrugos en los rincones de sus solitarios palacios; pero al final, por supuesto, todos tuvieron que seguir a sus antiguos sirvientes entrando en la nueva nación, porque no había forma de vivir salvo en conexión con la organización económica nacional. De este modo, quedó notablemente ilustrado, en la salida final de los capitalistas del escenario humano, cuán absolutamente dependía y siempre había dependido el capital del trabajo al cual despreciaba y sobre el cual ejercía su tiranía."

"¿Y entiendo que no había presión sobre nadie para enrolarse en el servicio público?"

"Ninguna salvo la que era inherente a las circunstancias que he mencionado," replicó el doctor. "El nuevo orden no tenía necesidad de reclutamientos no voluntarios, ni empleo para ellos. De hecho, no tenía necesidad de nadie, sino que todos tenían necesidad de él. Si alguno no deseaba enrolarse al servicio público y podía vivir fuera de él sin robar o mendigar, no había ningún inconveniente. Los libros dicen que los bosques estuvieron llenos de hermitaños auto—exiliados

durante un tiempo, pero uno por uno se fueron cansando de ello y entraron en la nueva casa social. Algunas comunidades aisladas, sin embargo, permanecieron fuera durante años."

"El molino parece, de hecho, haber sido calculado para moler en extremo hasta lo más fino posible toda oposición al nuevo orden," observé, "y aun así debe haber tenido sus propias dificultades, también, en la natural resistencia de los materiales que tenía que moler. Tomemos, por ejemplo, mi propia clase de los ricos ociosos, los hombres y mujeres cuya única ocupación había sido la prosecución del placer. ¿Qué trabajo útil podría haberse obtenido de unas personas tales como éramos nosotros, por muy bien dispuestos a prestar el servicio que hubiésemos llegado a estar? ¿Dónde podríamos haber encajado en un tipo de servicio industrial, sin ser más un obstáculo que una ayuda?"

"El problema podría haber sido grave si los ricos ociosos de quienes hablas hubiesen sido una proporción muy grande de la población, pero, por supuesto, aunque mucho más evidentes, eran insignificantes en número, comparados con la masa de trabajadores útiles. En tanto eran personas educadas—y por lo general tenían algún barniz de conocimiento—había una amplia demanda de sus servicios como maestros. Por supuesto, no estaban formados como maestros, ni eran capaces de hacer un buen trabajo pedagógico; pero justo después de la Revolución, cuando los niños y los jóvenes de los antiguos pobres regresaron por millones a las escuelas, desde el campo y las fábricas, y cuando también los adultos de las clases trabajadoras demandaron apasionadamente algún grado de educación que correspondiese con las condiciones mejoradas de la vida que habían emprendido, hubo un requerimiento ilimitado de sus servicios como instructor de todo aquel que fuese capaz de enseñar lo que fuera, incluso en las ramas primarias, lectura,

escritura, geografía, o aritmética en sus rudimentos. Las mujeres de la antigua clase rica, siendo en su mayoría bien educadas, encontraron en esta tarea de enseñar a los niños de las masas, los nuevos herederos del mundo, un empleo en el cual imagino que deben de haber degustado más felicidad auténtica en el sentimiento de ser útiles para sus semejantes que la que todas sus anteriores frívolas existencias podían haberles dado. De hecho, pocos había de ninguna clase que no demostrasen tener alguna cualidad física o mental mediante la cual pudiesen con placer para sí mismos ser útiles para sus semejantes."

Qué se hizo con los criminales y delincuentes

"Había otra clase de contemporáneos míos," dije, "que imagino que debieron de haber causado más problemas al nuevo orden que los ricos, para sacar algo en claro con ellos. Al menos, los ricos eran inteligentes y claramente se comportaban bien, y sabían bastante bien adaptarse al nuevo estado de cosas y hacer lo mejor posible ante lo inevitable, pero debió de haber sido más duro lidiar con estos otros. En mi época, había una gran población flotante de vagabundos criminales, holgazanes, y delincuentes de toda clase, hombres y mujeres, como sin duda bien sabe. Admito que nuestra forma pervertida de sociedad era responsable de su existencia; sin embargo, allí estaban, para que la nueva sociedad lidiase con ellos. Para todos los propósitos, estaban deshumanizados, y eran tan peligrosos como fieras salvajes. Apenas podían ser reprimidos por un ejército de policías y las armas de la ley criminal, y constituían una permanente amenaza para la ley y el orden. En momentos de inusual agitación, y especialmente en todas las crisis revolucionarias, acostumbraban a congregarse en una fuerza alarmante y hacerse agresivos. En las crisis que describe, deben sin duda haberse hecho extremadamente turbulentos. ¿Qué hizo el nuevo orden con ellos? Sus justas y humanas proposiciones apenas atraerían a los miembros de la clase delincuente. No eran seres razonables; preferían vivir bajo una violencia sin ley, en vez de mediante un trabajo ordenado, en términos no importa cuán justos. Seguramente la nueva nación debió de encontrar que esta clase de ciudadanos era un bocado muy difícil de digerir."

"Ni mucho menos tan difícil," replicó el doctor, "como a la antigua sociedad le había resultado. En primer lugar, la antigua sociedad, estando en sí misma basada en la injusticia,

carecía por completo de prestigio moral o autoridad ética para lidiar con las clases delincuentes o fuera de la ley. La sociedad misma era condenada en su presencia por la injusticia que había sido la provocación y excusa de su rebelión. Este era un hecho que hacía que toda la maquinaria de la llamada justicia criminal de tu época fuese una burla. Todo hombre inteligente sabía en su corazón que los delincuentes y criminales eran lo que eran, en su mayor parte, a cuenta de la desatención y la injusticia y un entorno de influencias degradantes, de las que era responsable un orden social defectuoso, y que si se obrase con rectitud, la sociedad, en vez de juzgarlos, debería estar con ellos en el banquillo ante una justicia superior, y tomar sobre sí la más pesada condena. Esto sentían los criminales mismos en el fondo de su corazón, y ese sentimiento les impedía respetar la ley que temían. Sentían que la sociedad que les demandaba que se reformasen, estaba ella misma en una aún mayor necesidad de reforma. El nuevo orden, por otro lado, hablaba a los proscritos limpio de culpa hacia ellos. Admitiendo el mal que habían sufrido en el pasado, les invitaba a una nueva vida bajo nuevas condiciones, ofreciéndoles, en términos justos e iguales, su parte en la herencia social. ¿Supones que hubo alguna vez un corazón humano tan vil que al menos no conociese la diferencia entre la justicia y la injusticia, y respondiese a ello hasta cierto punto?

"Un sorprendente número de casos de los que hablas, que habían sido abandonados por tu civilización como fracasos, aunque de hecho eran pruebas del fracaso de ésta, respondieron con entusiasmo a la primera clara oportunidad que jamás habían tenido para ser hombres y mujeres decentes. Hubo, por supuesto, un gran residuo pervertido con el que había demasiado pocas esperanzas, demasiado congénitamente deformado para tener la capacidad de llevar

una vida buena, por más que se les asistiese. Hacia estos, la nueva sociedad, fuerte en la perfecta justicia de su actitud, procedió con clemente firmeza. La nueva sociedad no iba a tolerar, como la antigua había hecho, una clase criminal dentro de ella, más que consentía una clase indigente. La vieja sociedad nunca había tenido ningún derecho moral para prohibir el robo o castigar a los ladrones, porque todo el sistema económico estaba basado en la apropiación por parte de unos pocos, mediante la fuerza o el fraude, de la tierra y sus recursos y el fruto del duro trabajo de los pobres. Todavía menos tenía ningún derecho a prohibir la mendicidad o castigar la violencia, viendo que el sistema económico que mantenía y defendía actuaba necesariamente para fabricar mendigos y provocar la violencia. Pero el nuevo orden, garantizando una igualdad de abundancia para todos, no dejaba pretexto para el ladrón y el atracador, ni excusa para el mendigo, ni provocación para el violento. Prefiriendo el rumbo del mal, a la vida justa y honorable que les ofrecen, tales personas de ahí en adelante pronuncian sentencia sobre sí mismas como no aptas para las relaciones humanas. Con la conciencia tranquila, por consiguiente, la nueva sociedad procedió a lidiar con todos los criminales y delincuentes como personas moralmente perturbadas, y a segregarlos en lugares de confinamiento, para que pasasen allí sus vidas—no, naturalmente, bajo castigo, o soportando penalidades de ninguna clase más allá de un trabajo que bastase para su propio sustento, sino completamente aislados del mundo—e impidiéndoles absolutamente que continuasen con sus semejantes. Por este medio, la humanidad, en la primera generación después de la Revolución, fue capaz de dejar atrás para siempre una carga heredada de depravación e instintos congénitos viles, y desde entonces ha ido así de generación en generación, purgándose de su inmundicia."

La raza de color y el nuevo orden

"En mi época," dije, "una complicación peculiar del problema social en América era la existencia en los Estados del Sur de muchos millones de recientemente liberados esclavos negros, aunque parcialmente iguales en la responsabilidad de la libertad. Me interesaría saber precisamente cómo el nuevo orden se adaptó a la situación de la raza de color en el Sur."

"Resultó ser," replicó el doctor, "la pronta solución de un problema que, si no, podría haber continuado asolando indefinidamente al pueblo americano. La población de recientes esclavos necesitaba alguna clase de régimen industrial, a la vez firme y benevolente, administrado bajo condiciones que deberían tender mientras tanto a educar, refinar, y elevar a sus miembros. El nuevo orden reunía estas condiciones con ideal perfección. La disciplina centralizada del ejército industrial, dependiendo para su aplicación no tanto de la fuerza como de la incapacidad de cada uno para sobrevivir fuera del sistema del cual formaba parte, proporcionó justo la clase de control—amable y aun así irresistible—que necesitaban los recientemente emancipados esclavos. Por otro lado, la educación universal y los refinamientos y comodidades de la vida que llegaron con el bienestar económico inmediatamente traído para todos por igual por el nuevo orden, significó más para la raza de color como agente civilizador que incluso para la población blanca, que relativamente había estado más avanzada."

"Debió de haber habido en algunas parte," comenté, "un fuerte prejuicio por parte de la población blanca contra cualquier sistema que obligase a una mayor mezcla de las razas."

"Así lo leemos, pero no había absolutamente nada en el nuevo sistema para ofender ese prejuicio. Se refería por entero a la organización económica, y no tenía nada que ver entonces más que ahora con las relaciones sociales. Incluso para propósitos industriales, el nuevo sistema no implicaba más mezcla de razas que el viejo sistema. Era perfectamente consistente con cualquier grado de separación de razas en la industria que los más intolerantes prejuicios locales pudiesen demandar."

Cómo podría haberse acelerado la transición

"Hay justo un punto sobre la etapa de transición al que quiero volver," dije. "En el caso real, como ha afirmado, parece que los capitalistas siguieron teniendo su capital y continuaron dirigiendo negocios mientras pudieron seguir induciendo a alguien a trabajar para ellos o comprarles a ellos. Supongo que era la naturaleza humana—naturaleza humana capitalista en cualquier caso; pero era también conveniente para la Revolución, porque dio tiempo a que el nuevo sistema económico se perfeccionase como estructura antes de que el esfuerzo de abastecer a toda la gente fuese arrojado sobre él. Pero podría haber sido posible, supongo, que los capitalistas hubiesen tomado un rumbo diferente. Por ejemplo, supongamos que, a partir del momento en que la mayoría popular dio el control del Gobierno nacional a los revolucionarios, los capitalistas hubiesen abandonado de común acuerdo sus funciones y se hubiesen negado a hacer negocios de ninguna clase. Esto, atención, habría sido antes de que el Gobierno hubiese tenido tiempo de organizar incluso los comienzos del nuevo sistema. Eso habría ocasionado un problema más difícil con el que lidiar, ¿no?"

"No creo que el problema hubiese sido más difícil," replicó el doctor, "aunque habría requerido una acción más inmediata y sumaria. El Gobierno habría tenido dos cosas que hacer inmediatamente: por un lado, tomar y conducir la maquinaria de la industria productiva abandonada por los capitalistas, y simultáneamente proporcionar la manutención del pueblo hasta el momento en que la nueva producción estuviese disponible. Supongo que en cuanto al asunto de suministrar la manutención del pueblo, la acción tomada sería como la que

habitualmente sigue un gobierno cuando una inundación, una hambruna, un asedio, u otra repentina emergencia ha puesto en peligro la subsistencia de toda una comunidad. Sin duda, el primer paso habría sido requisar, para uso público, todos los almacenes de grano, ropa, zapatos, y artículos en general a lo largo y ancho del país, excepto por supuesto razonables existencias para uso estrictamente privado. Siempre hubo en cualquier país civilizado un abastecimiento por delante de las necesidades, suficiente para varios meses o un año, que sería mucho más de lo que se necesitaría para tender un puente sobre el vacío entre la parada de los engranajes de la producción bajo gestión privada y su puesta en pleno movimiento bajo administración pública. Órdenes en los almacenes públicos de comida y ropa habrían sido emitidas a todos los ciudadanos que hiciesen su solicitud y se enrolasen en el servicio público industrial. Mientras tanto, el Gobierno habría reanudado inmediatamente el funcionamiento de las diversas empresas productivas abandonadas por los capitalistas. Todos los que estaban previamente empleados en ellas sencillamente serían mantenidos, y se habría dado empleo tan rápido como fuese posible a aquellos que anteriormente hubiesen estado sin él. La nueva producción, tan rápidamente como se fabricase, se llevaría a los almacenes públicos y el proceso, de hecho, habría sido justo el mismo que he descrito, salvo que habría ocurrido en un tiempo mucho más rápido. Si no fuese tan suave a cuenta de la necesaria prisa, por otro lado habría culminado más pronto, y en el peor de los casos difícilmente podemos imaginar que la inconveniencia y dureza para el pueblo hubiera sido mayor que la que resultaba de incluso un leve caso de crisis económica que tus contemporáneos pensaban que era necesaria cada siete años, y que hacia el final del viejo orden se hizo perpetua."

Cómo se abordó la coacción de los capitalistas a los empleados

"Tu pregunta, sin embargo," continuó el doctor, "me recuerda otro punto que he olvidado mencionar—a saber, los métodos provisionales para dar empleo a los desempleados antes de la completa organización del sistema nacional industrial. Lo que a tus contemporáneos les gustaba llamar 'el problema del desempleo'—a saber, el efecto necesario del sistema de la ganancia, de crear y perpetuar una clase sin empleo—se había incrementado en magnitud desde el principio del periodo revolucionario, y hacia finales de siglo los parados involuntarios se contaban por millones. Mientras este estado de cosas por una parte proporcionaba un poderoso argumento para la propaganda revolucionaria mediante el perfecto ejemplo que era de la incompetencia del capitalismo privado para resolver el problema de la manutención nacional, por otro lado, en la medida en que el empleo se hacía difícil de conseguir, el control de los empleadores sobre los que estaban empleados y los que iban a estarlo se vio fortalecido. Los que tenían empleo y temían perderlo, y los que no lo tenían pero esperaban conseguirlo, se convirtieron, a través del miedo y la esperanza, en meras marionetas en manos de la clase empleadora y amoldaban sus votos a su deseo. Elección tras elección era ganada de este modo por los capitalistas a través de su poder para forzar al trabajador a votar con la papeleta capitalista en contra de sus propias convicciones, desde el miedo a perder o la esperanza de obtener una oportunidad de trabajar.

"Esta era la situación que hizo necesario que antes de la conquista del Gobierno General por el partido revolucionario, y para que los trabajadores fuesen libres para votar por su propia liberación, al menos fuese establecido un sistema

provisional de empleo por medio del cual al asalariado pudiese asegurarse un medio de subsistencia cuando no fuese capaz de encontrar un empleador privado.

"En diferentes Estados de la Unión, cuando el partido revolucionario llegó al poder, fueron adoptados métodos ligeramente diferentes para abordar esta emergencia. La tosca y despilfarradora temporalidad de empleo indiscriminado en trabajos públicos, que había sido adoptada anteriormente por los gobiernos para lidiar con emergencias similares, no habría soportado la crítica de la nueva ciencia económica. Era necesario un método más inteligente y se encontró fácilmente. El plan habitual, aunque variaba dependiendo del lugar, fue que el Estado garantizase a cada ciudadano que hiciese allí su solicitud de medios de subsistencia, que se le pagaría por su trabajo, y que ello tomaría la forma de artículos y alojamiento, siendo estos mismos artículos y alojamiento producidos y mantenidos por la suma del trabajo de aquellos, pasados y presentes, que lo compartían. Los artículos o materias primas que se necesitaban importar, eran obtenidas mediante la venta del exceso de producción a precios de mercado, encontrando también un especial mercado en el consumo de las prisiones del Estado, asilos, etc. Este sistema, por medio del cual el Estado hacía que los de otro modo desempleados pudiesen mantenerse mutuamente a sí mismos, proporcionando meramente la maquinaria y la superintendencia, llegó a extenderse mucho en su uso, para abordar las emergencias del periodo de transición, y jugó un importante papel para preparar a la gente para el nuevo orden, del cual era, de un modo imperfecto, una anticipación. En algunos de estos asentamientos del Estado para los desempleados, el círculo de industrias era notablemente completo, y la producción total de su trabajo, que estaba por encima de los gastos, era repartida entre los trabajadores, de modo que disfrutaban de

una situación mucho mejor que cuando tenían un empleo privado, junto con un sentido de seguridad que entonces era imposible. El poder del empleador para controlar a sus trabajadores mediante la amenaza de despido fue desbaratado desde el momento en que estos sistemas cooperativos comenzaron a establecerse, y cuando, más tarde, la organización industrial nacional estuvo lista para absorberlos, meramente se fundieron con ella."

¿Y las mujeres qué?

"¿Y las mujeres qué?" dije. "¿He de entender que, desde la primera organización del servicio público industrial a una escala completa, se esperaba que las mujeres, como los hombres, si eran físicamente capaces, ocupasen su lugar en las filas?"

"Donde las mujeres ya estaban suficientemente empleadas en trabajos domésticos en sus propias familias," replicó el doctor, "se les reconoció que estaban prestando un servicio público hasta que el nuevo sistema cooperativo de faenas domésticas estuviese suficientemente sistematizado para eliminar la necesidad de cocinas separadas y otra elaborada maquinaria doméstica para cada familia. Por lo demás, excepto cuando existiesen motivos de exención, las mujeres ocuparon su lugar en base a lo mismo que los hombres.

"Si la Revolución hubiese llegado cien años antes, cuando todavía las mujeres no tenían otra vocación salvo el trabajo doméstico, el cambio en las costumbres habría sido dramático, pero en ese momento las mujeres ya se habían hecho un lugar en el mundo industrial y del trabajo, y cuando llegó la Revolución era más bien excepcional que las mujeres solteras, que no fuesen de la clase de los ricos y ociosos, no tuviesen alguna ocupación habitual fuera del hogar. Reconociendo a las mujeres como igualmente elegibles y susceptibles de prestar servicio público junto a los hombres, el nuevo orden sencillamente confirmó a las mujeres trabajadoras la independencia que ya habían ganado."

"Pero ¿y las mujeres casadas?"

"Por supuesto," replicó el doctor, "habría considerables períodos durante los cuales las mujeres casadas y las

madres estarían naturalmente exentas de llevar a cabo cualquier deber público. Pero excepto en tales momentos, no parece haber nada en la naturaleza de la relación sexual que constituya una razón por la cual una mujer casada debería llevar una vida más aislada y baldía que un hombre. En este asunto del lugar de la mujer bajo el nuevo orden, debes entender que fueron las propias mujeres, en vez de los hombres, quienes insistieron en que deberían compartir plenamente los deberes y los privilegios de la ciudadanía. Los hombres no se los habrían exigido. A este respecto, debes recordar que durante todo su transcurso, la Revolución había sido contemporánea de un movimiento para una ampliación y una mayor libertad de las vidas de las mujeres, y su igualación con los hombres en cuanto a derechos y deberes. Las mujeres, casadas y solteras, se habían cansado totalmente de estar borradas, y se habían rebelado plenamente en contra del liderazgo del hombre. Si la Revolución no hubiese garantizado la igualdad y camaradería con él, que ella estaba conquistando rápidamente bajo el viejo orden, nunca podría haber contado con su apoyo."

"Pero ¿qué hay del cuidado de los niños, del hogar, etc.?"

"Ciertamente a las madres se les podía confiar velar por que nada interfiriera con el bienestar de sus hijos, y no había nada en el servicio público que obligase a las que así tuviesen que hacerlo. No hay nada en la función maternal que establezca que una relación entre madre e hijo necesariamente interfiera permanentemente con la realización de sus deberes sociales y públicos, ni de hecho parece que así fuera en tu época en el caso de las mujeres con suficientes medios económicos para obtener la necesaria asistencia. El hecho de que para las mujeres de las masas fuese tan a menudo necesario abandonar una existencia independiente, y dejar de vivir para sí mismas desde el

momento en que tenían hijos, era simplemente una señal de la imperfección del ordenamiento de vuestro sistema social, y no una necesidad natural o moral. Y lo mismo en lo que respecta a lo que llamas cuidado del hogar. Tan pronto como los métodos cooperativos fueron aplicados a las faenas domésticas, y sus varios departamentos fueron sistematizados como ramas del servicio público, la antigua ama de casa tuvo que encontrar forzosamente otra vocación para mantenerse ocupada."

La cuestión del alojamiento

"Hablando del trabajo doméstico," dije, "¿cómo se las apañaron con las casas? No había, por supuesto, bastantes alojamientos adecuados para todos, ahora que todos eran económicamente iguales. ¿Cómo se estableció quién debería tener las mejores casas y quién las peores?"

"Como he dicho," replicó el doctor, "la idea directriz de la política revolucionaria en el climax de la Revolución era no complicar el reajuste general haciendo cualesquiera cambios que en ese momento no fuesen necesarios para su propósito principal. Para el inmenso número de los que tenían malas viviendas, la construcción de mejores casas era una de las primeras y mayores tareas de la nación. En cuanto a las casas habitables, fueron evaluadas a una renta gradual conforme a su tamaño y atractivo, que sus antiguos ocupantes, si querían conservarlas, se esperaba que pagasen de sus nuevos ingresos como ciudadanos. Para una casa modesta, la renta era nominal, pero para una casa grande—uno de los palacios de los millonarios, por ejemplo—la renta era tan elevada que ningún individuo podía pagarla, y de hecho ningún individuo sin una hueste de sirvientes sería capaz de ocuparla, y desde luego no tenía medios para dar empleo a éstos. Tales edificios tuvieron que usarse como hoteles, edificios de apartamentos, o para propósitos públicos. Parece que nadie cambió sus viviendas excepto los muy pobres, cuyas casas no eran adecuadas para vivir en ellas, y los muy ricos, que no podían usar sus antiguas casas dado que la situación había cambiado."

Cuándo se realizó plenamente la igualdad económica

"Hay un punto que no está claro del todo en mi mente," dije, "y es justamente el de cuándo entró en vigor la garantía de igual manutención para todos los ciudadanos."

"Supongo," replicó el doctor, "que debió haber sido cuando, tras el colapso final de lo que quedaba del capitalismo privado, la nación asumió la responsabilidad de abastecer a todo el pueblo. Hasta entonces, la organización del servicio público se había hecho en base al salario, que de hecho era el único modo practicable de iniciar el plan de empleo público universal mientras aún la masa de negocios estaba dirigida por los capitalistas, y el nuevo sistema que surgía tenía que ser adaptado en tantos puntos al orden de cosas existente. La tremenda velocidad a la cual crecía el ejército industrial nacional semana tras semana durante el período de transición habría hecho imposible encontrar ninguna base para la distribución en términos de igualdad, que hubiese sido buena al día siguiente. La política del Gobierno fue, sin embargo, preparar a los trabajadores para el reparto en términos de igualdad, estableciendo, en la medida de lo posible, un nivel salarial para todas las clases de empleados públicos. Esto era posible de hacer, debido al abaratamiento de todo tipo de artículos por la abolición de las ganancias, sin reducir los ingresos de nadie.

"Por ejemplo, supongamos que un trabajador hubiese recibido dos dólares por día, y otro uno y medio. Debido al abaratamiento de los artículos de los almacenes públicos, estos salarios inmediatamente comprarían el doble que antes. Pero, en vez de permitir que el virtual incremento de los salarios actuase multiplicando, de modo que doble la discrepancia original entre la paga de los dos, se aplicó mediante sumas iguales a la cuenta de ambos. Mientras a

ambos por igual les iba mejor que antes, la desproporción en su bienestar era reducida de este modo. El que anteriormente había tenido una paga más alta no podía objetar que esto era injusto, porque el valor incrementado de su salario no era el resultado de sus propios esfuerzos, sino de la nueva organización pública, de la cual sólo podía pedir un beneficio igual al de todos los demás. De este modo, en el momento en que la nación estuvo lista para el reparto por igual, un nivel sustancial de salario, asegurado mediante subidas, no mediante bajadas, ya había sido establecido. En cuanto a los elevados salarios de empleados especiales, que obtenían bajo el capitalismo privado, fuera de toda proporción con los salarios de los trabajadores, fueron implacablemente recortados en el servicio público desde el comienzo de la política revolucionaria.

"Pero por supuesto que la innovación más radical al establecer la igualdad económica universal no fue el establecimiento de un nivel salarial entre los trabajadores, sino la admisión de toda la población, para un reparto de la producción nacional en términos de igualdad. Durante el período de transición, el Gobierno tuvo necesidad de proceder como un capitalista respecto a reconocer y tratar sólo con trabajadores eficientes. No tuvo mayor conocimiento de la existencia de las mujeres, o los niños, o los viejos, o los enfermos, o los lisiados, u otros que dependían de los trabajadores, excepto cuando eran trabajadores, que el que habían tenido por costumbre los capitalistas. Pero cuando la nación acumuló en sus manos todos los recursos económicos del país, procedió a administrarlos conforme al principio—proclamado, de hecho, en la gran Declaración, pero burlado en la práctica por la anterior república—de que todos los seres humanos tienen igual derecho a la libertad, la vida, y la felicidad, y que los gobiernos justamente existen sólo con el propósito de hacer bueno ese derecho—un principio del cual la primera consecuencia práctica debería ser la garantía para todos de las bases económicas en términos de igualdad. Desde entonces se requería que todas las personas

adultas que pudiesen prestar un servicio útil a la nación lo prestasen si deseaban disfrutar de los beneficios del sistema económico; pero todos los que aceptaron el nuevo orden, fuesen capaces o no de prestar algún servicio económico, recibieron una parte igual a todos los demás, de la producción nacional, y una provisión semejante se hizo para las necesidades de los niños para proteger absolutamente sus intereses del abandono o capricho de padres egoístas.

"Desde luego, el efecto inmediato fue necesariamente que los trabajadores activos recibieron unos ingresos menores que cuando eran los únicos a repartir; pero si eran hombres buenos y distribuían sus salarios como debían entre aquellos que dependían de ellos, todavía tenían para su uso personal tanto como antes. Sólo aquellos asalariados que anteriormente no tenían a nadie que dependiese de ellos o los hubiesen rechazado sufieron algún recorte de ingresos, y lo merecían. Pero de hecho no hubo cuestión de recorte para nadie salvo durante un tiempo muy corto; porque, tan pronto como la ahora completa organización económica estuvo claramente en movimiento, todos estuvieron demasiado ocupados pensando el modo de gastar su propio salario como para dedicar algún pensamiento al de los demás. Por supuesto, la igualación de la manutención económica para todos basada en su ciudadanía puso punto final al empleo de sirvientes privados, aunque la práctica hubiese perdurado hasta entonces, lo cual es dudoso; porque si cualquiera hubiese deseado un sirviente personal, debía a partir de ese momento pagarle tanto como él recibía estando al servicio público, lo que habría equivalido a los ingresos totales del empleador, dejándole nada para sí mismo."

La liquidación de los capitalistas

"Hay un punto," dije, "sobre el cual me gustaría tener información un poco más clara. Cuando la nación finalmente tomó posesión absolutamente a perpetuidad de todas las tierras, maquinaria, y capital después del colapso final del capitalismo privado, debió de haber sin duda algún tipo de liquidación y balance de cuentas entre el pueblo y los capitalistas cuyas anteriores propiedades habían sido nacionalizadas. ¿Cómo se gestionó esto? ¿Cuál fue la base para la liquidación?"

"La gente rechazó una liquidación," replicó el doctor. "La guillotina, la horca, y el paredón de fusilamiento no formaron parte de la consumación de la gran Revolución. Durante las fases previas de la agitación revolucionaria hubo mucha discusión acérrima calculando lo que el pueblo, en la hora de su triunfo, demandaría a los capitalistas por el cruel pasado; pero cuando llegó la hora del triunfo, el entusiasmo de humanidad que lo glorificó extinguió los fuegos del odio y se llevó todo deseo de estéril venganza. No, no hubo liquidación exigida; el pueblo perdonó el pasado."

"Doctor," dije, "ha respondido suficientemente—de hecho, abrumadoramente—a mi pregunta, y tanto más porque no ha captado lo que quería decir. Recuerde que represento la condición mental y moral del capitalista americano corriente de 1887. Lo que quería era preguntar qué compensación dio el pueblo a los capitalistas por la nacionalización de lo que habían sido sus propiedades. Evidentemente, sin embargo, desde el punto de vista del siglo veinte, si hubiese que haber hecho alguna liquidación entre el pueblo y los capitalistas, el pueblo era el que tenía que haber presentado la factura."

"Me enorgullezco," replicó el doctor, "de seguirle la pista a tu

punto de vista y de distinguirlo del nuestro, pero confieso que esta vez claramente he perdido la pista. Ya ves, cuando miramos atrás, a la Revolución, una de sus características más impresionantes parece ser la inmensa magnanimidad del pueblo en el momento del completo triunfo, al acordar liberar de la deuda a sus anteriores opresores.

"¿No ves que si el capitalismo privado era bueno entonces la Revolución era mala; pero, por otro lado, si la Revolución era buena, entonces el capitalismo privado era malo, y el peor mal que jamás existió; y en ese caso eran los capitalistas quienes debían una reparación al pueblo al que habían causado mal, en vez de que el pueblo debiese una compensación a los capitalistas por quitarles los medios para hacer dicho mal? Si el pueblo hubiese consentido, en cualesquiera términos, comprar su libertad a sus antiguos amos, habría sido admitir la justicia de su anterior esclavitud. Cuando los esclavos insurgentes triunfan, no tienen por costumbre pagar a sus antiguos amos el precio de las cadenas y grilletes que habían roto; los amos habitualmente se consideran afortunados si sus cabezas no son rotas también. Si la cuestión de compensar a los capitalistas hubiese surgido en el momento del que estamos hablando, habría sido un asunto desafortunado para ellos. A la pregunta, ¿quién iba a pagar por lo que el pueblo les ha quitado? la respuesta habría sido, ¿quién iba a pagar al pueblo por lo que el sistema capitalista le había quitado a él y a sus antepasados, la luz de la vida y la libertad y la felicidad que había estado apagada durante innumerables generaciones? Esa era una contabilidad que habría profundizado tanto y habría ido tan atrás en el tiempo que los deudores bien podrían estar contentos de prescindir de ella. Al tomar posesión de la tierra y todos los trabajos del hombre que la habitaba, el pueblo no estaba sino reclamando su propia herencia y el trabajo de sus propias manos, que le habían arrebatado mediante fraude. Cuando los auténticos herederos recuperan lo que es suyo, los injustos administradores que les habían dejado sin su herencia pueden

sentir que son tratados con misericordia si los nuevos amos están dispuestos a olvidar el pasado.

"Pero aunque la idea de compensar a los capitalistas por poner fin a su opresión habría sido éticamente absurda, apenas tendrás una plena noción de la situación si no consideras que cualquier tipo de compensación era, dada la naturaleza del caso, imposible. Haber compensado a los capitalistas en cualquier modo práctico—esto es, cualquier modo que hubiera conservado para ellos bajo el nuevo orden cualquier equivalencia económica con sus anteriores posesiones—habría implicado necesariamente establecer de nuevo el capitalismo privado en el mismo momento de destruirlo, derrotando y ridiculizando de este modo a la Revolución en el momento de su triunfo.

"Ya ves que esta última y más grande de las revoluciones, dada la naturaleza del caso, difería absolutamente de todas las anteriores en la finalidad y plenitud de su trabajo. En todos los casos anteriores en los cuales los gobiernos habían abolido, o convertido para uso público, formas de propiedad que estaban en manos de ciudadanos, había sido posible compensarlos con alguna otra forma de propiedad a través de la cual su anterior ventaja económica se perpetuaba bajo una forma diferente. Por ejemplo, al expropiar tierras era posible pagar por ellas en dinero, y al abolir la propiedad de hombres era posible pagar por los esclavos, de modo que la anterior superioridad o privilegio que tenían los propietarios no era destruída, sino meramente traducida, por así decirlo, en otros términos. Pero la gran Revolución, cuyo objetivo era la destrucción final de toda forma de ventaja, dominio, o privilegio entre los hombres, no dejó posible guisa o modo bajo los cuales el capitalista pudiese continuar ejerciendo su anterior superioridad. Todos los modos bajo los cuales los hombres en el pasado habían ejercido dominio sobre sus semejantes habían sido reducidos revolución tras revolución hasta uno solo, en forma de superioridad económica, y ahora que esta última encarnación del espíritu del dominio egoísta

iba a perecer, no había más refugio para ella. La última máscara fue arrancada, iba a dejarse marchitar frente al sol."

"Tras su explicación no tengo ninguna pregunta más en cuanto al asunto de la liquidación entre el pueblo y los capitalistas," dije. "Aun así, he entendido que en los primeros pasos hacia la sustitución del capitalismo privado por la gestión pública de los asuntos, consistente en la nacionalización o municipalización de servicios cuasi—públicos, tales como infraestructuras de gas, ferrocarriles, telégrafos, etc, se siguió alguna teoría de compensación. La opinión pública, en esa etapa, no habiendo aceptado el programa revolucionario al completo, debió probablemente haber insistido en esta práctica. ¿Cuándo exactamente se dejó de hacer?"

"Percibirás de inmediato," replicó el doctor, "que en la medida en que se llegó a un reconocimiento general de que la igualdad económica estaba al alcance de la mano, empezó a parecer ridículo pagar a los capitalistas por sus posesiones en formas de riqueza que debían inmediatamente, como todos sabían, perder todo su valor. Así ocurrió que, a medida que la Revolución se aproximaba a su consumación, la idea de comprarle su parte a los capitalistas dio lugar a planes para salvaguardarles de innecesarias penalidades durante el periodo de transición. Todos los asuntos de la clase que hablas, que fueron asumidos por el pueblo en las primeras etapas de la agitación revolucionaria, fueron pagados en dinero o bonos, y habitualmente a precios muy favorables para los capitalistas. En cuanto a las mayores industrias, que fueron asumidas más tarde, tales como los ferrocarriles y las minas, se siguió un camino diferente. Cuando la opinión pública estuvo madura para estos pasos, comenzó a ser reconocido hasta por los más torpes, que era posible si no probable, que el programa revolucionario se completase totalmente, y todas las formas de valor monetario u obligación se convertirían en papel mojado. Con esta perspectiva, los capitalistas que tenían propiedades no

estaban naturalmente deseosos de tomar bonos nacionales a cambio de ellas, lo cual habría sido la forma natural de compensación si se las hubiesen comprado. Aunque los capitalistas hubiesen estado dispuestos a tomar los bonos, el pueblo nunca habría consentido incrementar la deuda pública en los cinco o seis mil millones de bonos que habrían sido necesarios para llevar a cabo la compra. Ni los ferrocarriles ni las minas fueron por consiguiente comprados en absoluto. Era su gestión, no su propiedad, lo que había excitado la indignación pública y creado la exigencia de su nacionalización. Era su gestión, por tanto, lo que fue nacionalizado, quedando inalterada su propiedad.

"Es decir, el Gobierno, por los elevados motivos de la política pública y para la corrección de los agravios que se habían hecho intolerables, asumió la exclusiva y perpetua gestión y funcionamiento de las líneas del ferrocarril. Se había hecho una honesta evaluación de las fábricas, las ganancias, si las había, hasta un porcentaje razonable, fueron pagadas a los tenedores de seguros. Este arreglo respondía al propósito de liberar al pueblo y asegurar a los tenedores de seguros por igual contra las extorsiones y malas administraciones de los anteriores operadores privados, y al mismo tiempo enroló a un millón de empleados del ferrocarril en el servicio público y les hizo disfrutar de todos sus beneficios de un modo tan efectivo como si las líneas se hubiesen comprado. Un plan similar fue seguido con las minas de carbón y otras. Esta combinación de propiedad privada con gestión pública continuó hasta que, habiéndose consumado la Revolución, todo el capital del país fue nacionalizado mediante decreto.

"El principio general que gobernaba la política revolucionaria al tratar con propietarios de todo tipo era que aunque la distribución de propiedad era esencialmente injusta y los derechos de propiedad existentes moralmente inválidos, y que tan pronto como fuese posible se establecería un nuevo sistema, aun así, hasta que el nuevo sistema de propiedad pudiese en su conjunto reemplazar al existente, los derechos

legales de los propietarios deberían ser respetados, y cuando se anulasen en público interés, deberían hacerse las necesarias provisiones para evitar penalidades. Es decir, no debería quitarsele a nadie los medios de manutención privada, hasta que la garantía de manutención a partir de fuentes públicas pudiese tomar su lugar. La aplicación de este principio por los revolucionarios parece haber sido extremadamente lógica, pulcra, y concluyente. La vieja ley de la propiedad, mala como era, no era un objetivo a abolir en nombre de la licencia, el expolio, y la confusión, sino en nombre de una ley más estricta, lógica, y justa. En los días más vigorosos del capitalismo, robar, así se llamaba, nunca fue reprimido más severamente que en las vísperas de la completa introducción del nuevo sistema.

"Para resumir el caso en una palabra," sugerí, "parece que al pasar del viejo al nuevo orden a los ricos les fue necesariamente como cuando pasaban de este mundo al otro. Tanto en un caso como en el otro, tenían que dejar absolutamente tras de sí su dinero."

"El ejemplo es realmente muy adecuado," dijo riéndose el doctor, "excepto en un importante detalle. Se ha rumoreado que el cambio que Dives hizo de este mundo al otro fue infeliz para él; pero media docena de años después de que el nuevo sistema económico hubiese estado en funcionamientos no había un ex—millonario que no estuviese presto a admitir que para él y su clase la vida valía mucho más la pena vivirla que antes, como ocurría con el resto de la comunidad."

"¿El nuevo orden alcanzó el pleno funcionamiento tan rápidamente? pregunté.

"Por supuesto, no pudo alcanzar el orden perfecto que ahora ves, durante muchos años. El 'personal' de cualquier comunidad es el primer factor de su eficiencia económica, y hasta que la primera generación nacida bajo el nuevo orden no alcanzó la madurez—una generación cuyos miembros habían recibido el más alto aprendizaje intelectual e

industrial—el nuevo orden no mostró plenamente de lo que era capaz. Pero no habían pasado diez ni dos años desde el momento en que el Gobierno nacional empleó a todo el pueblo en base a un igual reparto de la producción, antes de que el sistema mostrase resultados que anonadaron al mundo con asombro. El sistema parcial de industrias públicas y almacenes públicos que el Gobierno ya había acometido había dado al pueblo algún indicio del abaratamiento de los productos y la mejora en su calidad que podría resultar de la abolición de las ganancias incluso bajo un sistema de salarios, pero hasta que el sistema económico al completo no fue nacionalizado y todos cooperaron en pro de una riqueza común no fue posible completamente poner en un fondo común la producción y repartirla por igual. Ninguna experiencia previa había por consiguiente preparado al público para la prodigiosa eficiencia de la nueva ingeniería económica. El pueblo había pensado que los reformadores hacían más bien grandes promesas en cuanto a lo que el nuevo sistema haría en lo que a creación de riqueza se refiere, pero ahora les acusaban de ocultar la verdad. Y aun así el resultado fue tal que no debería haber sorprendido a nadie que se hubiese tomado la molestia de calcular el efecto económico del cambio de sistema. El incalculable incremento de riqueza que salvo por el sistema de la ganancia habrían traído al mundo los grandes inventos del siglo hace mucho tiempo, estaba siendo recogido en una cosecha largamente pospuesta pero abrumadora.

"La dificultad bajo el sistema de la ganancia había sido evitar producir demasiado; la dificultad bajo el sistema de igual reparto era cómo producir bastante. La pequeñez de la demanda había limitado anteriormente el suministro, pero el suministro había ahora dispuesto para ella una tarea ilimitada. Bajo el capitalismo privado la demanda había sido un enano y cojo, y aun así este lisiado había sido el que marcaba el paso del gigante de la producción. La cooperación nacional había puesto alas al enano y calzado su cojera con las sandalias de Mercurio. Desde ese momento, el gigante necesitaría toda su

fuerza, todos sus músculos de acero y nervios de bronce incluso, para no perderlo de vista según revoloteaba por delante.

"Sería difícil darte una idea del tremendo estallido de energía industrial con el cual la rejuvenecida nación en la mañana de la Revolución se lanzó a la tarea de elevar el bienestar de todas las clases hasta un nivel donde los anteriores ricos que compartían la suerte común no tenían nada que lamentar. Nada como el Titánico logro por el cual este resultado fue realizado se había nunca antes conocido en la historia de la humanidad, y nada como ello parece probable que vuelva a ocurrir de nuevo. En el pasado, no había habido trabajo suficiente para la gente. Millones, algunos ricos, algunos pobres, algunos dispuestos, algunos no dispuestos, siempre habían estado ociosos, y no sólo eso, sino que la mitad del trabajo que se hacía era despilfarrado en competir o en producir lujos para gratificar las necesidades secundarias de los pocos, mientras aún las primarias necesidades de la masa quedaban insatisfechas. Maquinaria ociosa igual al poder de otros millones de hombres, tierras ociosas, capital ocioso de todo tipo, escarnecían las necesidades del pueblo. Ahora, de pronto no había manos suficientes en el país, engranajes suficientes en la maquinaria, potencia suficiente en el vapor y la electricidad, horas suficientes en el día, días suficientes en la semana, para la inmensa tarea de preparar las bases de una existencia confortable para todos. Pero no hasta que todos los adinerados, con buenas casas, bien vestidos, bien alimentados, pudiesen estar así también bajo el nuevo orden de cosas.

"Se dice que en el primer año después de establecerse el nuevo orden, la producción total del país se triplicó, y en el segundo se duplicó la producción del primero, y todo fue consumido.

"Aunque, desde luego, la mejora en el bienestar material de la nación era la característica más notable de los primeros años tras la Revolución, sencillamente porque era por donde

cualquier mejora debía comenzar, aun así se dice que los modales ennoblecedores y suavizados y el crecimiento de la genialidad en las relaciones sociales, fueron cambios apenas menos notables. Mientras las diferencias de clase heredadas del antiguo orden en forma de hábitos, educación, y cultura, debieron, por supuesto, continuar marcando y en cierta medida separando a los miembros de la generación entonces en escena, aun así el conocimiento cierto de que las bases de estas diferencias habían muerto para siempre, y que los niños de todos se mezclarían no sólo en términos de igualdad económica, sino moral, intelectual, y solidaridad social, y total comunidad de intereses, parece haber tenido una influencia fuertemente anticipatoria para unir en un sentimiento de esencial hermandad a aquellos que habían avanzado demasiado lejos en la vida como para esperar ver la promesa de Revolución plenamente realizada.

"Merece la pena hablar de otro asunto, que es del efecto casi inmediato de la prosperidad material universal y abundante que la nación había emprendido, para hacer que el pueblo olvidase todo acerca de la importancia que habían dado al final a las minúsculas diferencias en la paga y los salarios. En los viejos días de pobreza general, cuando una suficiencia era tan dura de conseguir, una diferencia de cincuenta céntimos o un dólar en un salario parecía tan grande para el trabajador que era difícil para él aceptar la idea de una igualdad económica en la cual tales importantes distinciones desaparecerían. Era totalmente natural que así fuese. Los hombres luchaban por mendrugos cuando pasaban hambre, pero no reñían por el pan sentados a la mesa de un banquete. Algo así ocurrió cuando en los años que siguieron a la Revolución la abundancia material y todas las comodidades de la vida llegaron a ser algo natural para cada uno, y guardar para el futuro era innecesario. Entonces fue cuando el motivo del hambre desapareció de la naturaleza

humana y la codicia de cosas materiales, escarnecida a muerte por la abundancia, pereció por atrofia, y los motivos del trabajador moderno, el amor al honor, el gozo de la benevolencia, el deleite del logro, y el entusiasmo de humanidad, llegaron a ser los impulsos del mundo económico. El trabajo fue glorificado, y los serviles esclavos asalariados del siglo diecinueve se presentaron trasfigurados como el caballero medieval de la humanidad."

XXXVIII. El libro de los ciegos

Si el lector fuese a juzgar meramente por lo que se ha puesto en estas páginas, sería probable que infiriese que mi más absorbente interés durante estos días que me estoy esforzando en recordar era el estudio de la economía política y la filosofía social del mundo moderno, que estaba prosiguiendo bajo la dirección del Dr. Leete. Eso, sin embargo, sería un gran error. Llena de asombro y fascinación, como estaba, esa ocupación, era un asunto prosaico comparado con el interés de cierta vieja historia que su hija y yo estuvimos revisando juntos, de lo que no ha sido hecha sino una leve mención, porque es una historia que todos conocen o deberían conocer por sí mismos. El estimado doctor, siendo consciente del habitual rumbo de tales historias, sin duda comprendió que debería esperarse que esta alcanzase una etapa de interés donde sería probable que, al menos por un tiempo, distrajese mi atención de otros temas. Sin duda se había regido por esta consideración al tratar de dar a nuestras charlas un rango que resultaría en proporcionarme una visión de las instituciones del mundo moderno y sus bases racionales, que sería tan simétrica y pulida como era del todo consistente con la inmensidad del asunto y la brevedad del tiempo. Pasaron unos días, después de que me hubiese contado la historia del periodo de transición, antes de que tuviésemos otra oportunidad para mantener una larga charla, y el giro que dio a nuestro discurso en esa ocasión parecía indicar que pretendía que fuese como una especie de conclusión de la serie, como de hecho demostró serlo.

Edith y yo habíamos llegado a casa más bien tarde esa noche, y cuando ella me dejó, me fui a la biblioteca, donde una luz indicaba que el doctor estaba allí sentado todavía. Cuando entré, estaba hojeando las páginas de un volumen

muy viejo y de aspecto amarillento, cuyo título, por lo extraño que era, captó mi atención.

"Libro de los Ciegos, de Kenloe," dije. "Es un título extraño."

"Es el título de un libro extraño," replicó el doctor. "El Libro de los Ciegos tiene casi cien años, habiendo sido compilado poco después del triunfo de la Revolución. Todos estaban felices, y la gente en su regocijo estaba dispuesta a perdonar y olvidar la acérrima oposición de los capitalistas y la clase ilustrada, que había retrasado durante tanto tiempo el bendito cambio. Los predicadores que habían predicado, los maestros que habían enseñado, y los escritores que habían escrito, contra la Revolución, eran ahora los que más vociferaban en su alabanza, y nada deseaban tanto como que sus anteriores declaraciones fuesen olvidadas. Pero Kenloe, movido por un cierto malhumorado sentido de la justicia, se comprometió a que no se olvidasen. Consecuentemente, se tomó la molestia de recopilar, con gran cuidado en cuanto a su autenticidad, nombres, fechas, y lugares, una multitud de extractos de discursos, libros, sermones, y periódicos, en los cuales los apologistas del capitalismo privado habían defendido ese sistema y arremetido contra los que abogaban por la igualdad económica, durante el largo período de agitación revolucionaria. De este modo, se propuso poner en la picota para siempre a los guías ciegos que habían hecho todo lo que estaba en su mano para conducir a la nación y al mundo a la cuneta. Previó que llegaría el momento, como así ha llegado, en que a la posteridad le parecería increíble que hombres racionales y, por encima de todo, hombres instruídos se hubiesen opuesto en nombre de la razón a una medida como la igualdad económica que obviamente significaba nada más y nada menos que la difusión general de la felicidad. Contra ese momento, preparó este libro, para que sirviese como perpetuo testimonio. Fue terriblemente duro con aquellos hombres, que estaban todos vivos en ese momento y deseando que se olvidase el pasado, y a quienes confirió esta muy indeseable inmortalidad. Uno puede

imaginarse cómo le debieron maldecir cuando el libro se publicó. Sin embargo, hay que decir que si hubo personas que alguna vez mereciesen padecer perpetua ignominia, fueron estos tipos.

"Cuando me encontré con este viejo volumen en la estantería de arriba de la biblioteca el otro día, se me ocurrió que podría ser útil para completar tu impresión de la gran Revolución dándote una idea del otro lado de la controversia—el lado de tu propia clase, los capitalistas, y qué tipo de razones eran capaces de esgrimir contra la propuesta de igualar las bases del bienestar humano."

Aseguré al doctor que nada me interesaría más. De hecho, me había naturalizado tan completamente como americano del siglo veinte que había algo decididamente estimulante en la idea de que me recordasen mi antiguo punto de vista como capitalista del siglo diecinueve.

"Previendo que adoptarías ese punto de vista," dijo el doctor, "he preparado una pequeña lista de las principales objeciones que aparecen en la colección de Kenloe, y entraremos en ellas, si te parece bien, esta noche. Por supuesto, hay muchas más aparte de las que he anotado, pero las demás son principalmente variaciones de éstas, o si no, se relacionan con puntos que hemos tratado en nuestras charlas."

Me puse cómodo, y el doctor procedió:

La objeción del púlpito

"El clero de tu época asumió ser el líder del pueblo, y no es sino ser respetuoso con sus pretensiones tratar en primer lugar lo que parece haber sido el principal argumento del púlpito contra el sistema propuesto de igualdad económica garantizada colectivamente. El no haber sido partidario del nuevo ideal social, parece haber sido más bien una excusa que un ataque directo contra éste, lo cual de hecho habría sido más bien difícil de hacer para un cristiano nominal, considerando que era meramente la propuesta para llevar a cabo la regla de oro.

"El clero razonaba que la causa fundamental de la miseria social era el pecado y la depravación humanos, y que era en vano esperar ninguna gran mejora en la situación social a través de meras mejoras en las formas e instituciones sociales, a menos que hubiese una correspondiente mejora moral en los seres humanos. Hasta que tal mejora tuviese lugar, era por consiguiente inútil introducir sistemas sociales mejorados, porque funcionarían tan mal como los antiguos si aquellos que fuesen a hacerlos funcionar no fuesen ellos mismos mejores hombres y mujeres.

"El elemento de verdad en este argumento es el hecho admitido de que el uso que los individuos o comunidades son capaces de hacer de cualquier idea, instrumento, o institución, depende del grado en el que han sido educados hasta el punto de entenderla y apreciarla.

"Por otro lado, sin embargo, es igualmente cierto, como el clero debía de inmediato haber admitido, que desde el momento en que un pueblo empieza a estar moral e intelectualmente educado hasta el punto de entender y apreciar mejores instituciones, su adopción es probable que

redunde en el mayor beneficio para dicho pueblo. Tomemos, por ejemplo, las ideas de libertad religiosa y de democracia. Hubo un tiempo en el cual la humanidad no podía entender o hacer uso adecuado de ninguna de ellas, y su adopción como instituciones formales no habría hecho ningún bien. Posteriormente llegó un momento en el cual el mundo estuvo preparado para esas ideas, y entonces su realización por medio de nuevas instituciones sociales constituyó un gran paso adelante de la civilización.

"Es decir, si, por una parte, es inútil introducir una institución mejorada antes de que el pueblo empiece a estar preparado para ella, por otra parte resulta una gran pérdida si hay un retraso o rechazo para adoptar la mejor institución en cuanto empieza a ser manifiesto que se está preparado.

"Siendo esta la ley general del progreso, la cuestión práctica es: ¿cómo determinaremos, ante cualquier mejora concreta de las instituciones que se proponga, si el mundo ya está preparado para hacer un buen uso de ella o si es prematura?

"El testimonio de la historia es que la única prueba de adecuación de la gente a una nueva institución en cualquier momento es el volumen y seriedad de la exigencia popular para el cambio. Cuando los pueblos comenzaron seriamente a pedir a gritos la libertad religiosa y la libertad de conciencia, era evidente que estaban preparados para ellas. Cuando las naciones comenzaron a demandar fuertemente el gobierno popular, era la prueba de que estaban preparadas para éste. No se seguía que fuesen totalmente capaces de inmediato de hacer el mejor uso posible de la nueva institución; eso solamente puede aprenderse a hacer con la experiencia, y el mayor desarrollo que alcanzarían a través del uso de la mejor institución y que no podría alcanzarse en absoluto de otro modo. Lo que era cierto era que después de que el pueblo hubiese alcanzado este estado mental, la vieja institución dejó de ser útil, y que no importa lo mal que la nueva pudiese funcionar durante un tiempo, el interés de la humanidad exigía su adopción, y la resistencia al cambio era

resistencia al progreso.

"Aplicando esta prueba a la situación que había hacia el final del siglo diecinueve, ¿qué evidencia había de que el mundo estaba comenzando a estar preparado para un conjunto de instituciones sociales radicalmente diferentes y más humanas? La evidencia era el volumen, la seriedad, y la persistencia de la demanda popular en pro de ellas, que en ese periodo había llegado a ser el movimiento más extenso, profundo, y potente que tuviese lugar en el mundo civilizado. Este era el tremendo hecho que debería haber alertado al clero que se resistió a las demandas del pueblo de cosas mejores, para tener cuidado por miedo a que posiblemente se encontrasen luchando incluso contra Dios. ¿Qué prueba más convincente podría pedirse de que el mundo había superado moral e intelectualmente el viejo orden económico que el que detestase y denunciase sus crueldades y fatuidades, lo cual había llegado a ser voz universal? ¿Qué evidencia más fuerte podría haber de que la humanidad estaba preparada al menos para intentar el experimento de vida social en un plano más noble, que el maravilloso desarrollo durante este periodo del espíritu humanitario y filantrópico, la apasionada aceptación por las masas de la nueva idea de solidaridad social y hermandad universal del hombre?

"Si los clérigos que objetaron la Revolución en base a que las mejores instituciones serían inútiles sin un mejor espíritu hubiesen sido sinceros en su objeción, habrían encontrado en una inspección del estado y tendencias del sentimiento popular la prueba más impactante de la presencia, en una medida extraordinaria, de las condiciones que ellos exigían como necesarias para asegurar el éxito del experimento.

"Pero de hecho es muy de temer que no eran sinceros. Fingían al sostener la doctrina de Cristo de que aborrecer la antigua vida y desear llevar una mejor es la única vocación necesaria para emprender dicha vida. Si hubiesen sido sinceros al profesar esta doctrina, habrían saludado con

júbilo el llamamiento de las masas para ser liberados de su esclavitud en un malvado orden social y serles permitido vivir juntos en base a unos términos mejores, más amables, más justos. Pero lo que en realidad dijeron al pueblo fue, en esencia, esto: Es cierto, como os quejáis, que el presente sistema social y económico es moralmente abominable y totalmente anticristiano, y que destruye el cuerpo y el alma de los hombres. No obstante, no debéis pensar en intentar cambiarlo por un sistema mejor, porque todavía no sois lo suficientemente buenos como para intentar ser mejores. Es necesario que esperéis hasta que seáis más virtuosos antes de que intentéis dejar de hacer el mal. Debéis continuar robando y luchando hasta que lleguéis a estar plenamente santificados.

"¿Cómo se habría escandalizado el clero al oír que un ministro cristiano había intentado desanimar, en términos similares, a un individuo penitente que profesase odio por su vida anterior y desease llevar una mejor! ¿Qué idioma encontraremos entonces que sea lo suficientemente adecuado para caracterizar la actitud de estos supuestos ministros de Cristo, que en su nombre censuraban y ridiculizaban las aspiraciones de un mundo cansado del mal social y que deseaba mejorar?"

La objeción de la falta de incentivo

"Pero, después de todo," prosiguió el doctor, pasando las páginas de Kenloe, "no seamos demasiado duros con estos infortunados clérigos, como si fuesen más ciegos o intolerantes en su oposición al progreso que otras clases de hombres ilustrados de la época, como, por ejemplo, los economistas. Uno de los principales argumentos—quizá el principal—de los economistas del siglo diecinueve contra el programa de igualdad económica bajo un sistema económico nacionalizado era que las personas no acreditarían ser trabajadores eficientes debido a la falta de incentivos personales suficientemente motivantes para que fuesen diligentes.

"Ahora bien, veamos esta objeción. Bajo el viejo sistema había dos incentivos principales para el esfuerzo económico: uno operaba principalmente sobre las masas, que vivían precariamente, sin esperanza de obtener más que una mínima subsistencia; el otro, actuaba estimulando a los adinerados y ricos para continuar sus esfuerzos de acumulación de riqueza. El primero de estos motivos, el látigo que conducía a las masas a su tarea, era la presión real o el temor inminente a la miseria. El segundo de los motivos, el que estimulaba a los que ya eran ricos, era el deseo de ser todavía más rico, una pasión que sabemos que se incrementaba con lo que la alimentaba. Bajo el nuevo sistema, cada uno, en sencillas condiciones, podría estar seguro de una manutención como cualquier otro y estar totalmente aliviado de la presión o el miedo de la miseria. Ninguno, por otra parte, mediante ninguna cantidad de esfuerzo, podría esperar hacerse económicamente superior a otro. Además, se decía, desde el momento que cada uno mirase su parte en el resultado general en vez de su

producción personal, el nervio del entusiasmo sería cortado. Se argumentaba que el resultado sería que cada uno haría tan poco como pudiese y que cumpliría con el mínimo requerimiento de la ley y que por consiguiente, aunque el sistema pudiese sostenerse por los pelos, nunca sería un éxito económico."

"Eso suena muy natural," dije. "Imagino que es la clase de argumento que yo habría pensado que es muy poderoso."

"Así parece que lo consideraron tus amigos los capitalistas, y aun así la mera enunciación del argumento contiene una confesión de la imbecilidad económica del capitalismo privado que verdaderamente no deja nada que desear en cuanto a su plenitud. Consideremos, Julian, lo que implica para un sistema económico el admitir que bajo él la gente nunca escapa de la presión real de la miseria o del inminente temor a ella. ¿Qué más podría alegar el peor enemigo del capitalismo privado en contra de éste, o qué razón más fuerte podría dar para exigir que al menos se probase algún sistema radicalmente nuevo, que el hecho que sus defensores establecían en este argumento, para no cambiar de sistema—a saber, que bajo el capitalismo, las masas siempre estaban hambrientas? Seguramente ningún posible nuevo sistema podría funcionar peor que uno que declaradamente depende de la hambruna perpetua del pueblo para seguir adelante."

"Era una bastante mala revelación de su caso," dije, "cuando llegas a pensar en ello de ese modo. Y aun así, a primera vista, de veras sonaba formidable."

"Manifiestamente," dijo el doctor, "los incentivos para la producción de la riqueza bajo un sistema que manifiestamente resulta en la hambruna perpetua deben ser ineficaces, y realmente no necesitamos considerarlos más; pero vuestros economistas alabaron tan sumamente la ambición de hacerse rico como motivo económico y objetaron con tanta fuerza la igualdad económica porque habría acabado con él, que puede estar bien decir una palabra en

cuanto al auténtico valor del deseo de riqueza como motivo económico. Bajo vuestro sistema ¿la prosecución individual de los ricos tendía necesariamente a incrementar la riqueza total de la comunidad? La respuesta es importante. Tendía a incrementar la riqueza total sólo cuando provocaba la creación de nueva riqueza. Cuando, por otro lado, meramente provocaba que los individuos adquiriesen la posesión de la riqueza ya producida y que estaba en manos de otros, sólo tendía a cambiar la distribución sin incrementar en absoluto la riqueza total. No sólo, de hecho, la prosecución de riqueza por adquisición, en vez de por producción, no tendía a incrementar el total, sino a disminuirlo enormemente por disputas despilfarradoras. Ahora bien, dejo para ti, Julian, si los que tenían éxito en su prosecución de la riqueza, los que ejemplificaban de un modo más impactante la fuerza de este motivo de acumulación, habitualmente buscaban su riqueza por sí mismos produciéndola o agarrando lo que otras personas habían producido o suplantando las empresas de otras personas y cosechando el campo que otros habían sembrado."

"Lo segundo, por supuesto," repliqué. "La producción era un trabajo lento y duro. No podía ganarse una gran riqueza de esa manera, y todos lo sabían. La adquisición de la producción de otras personas y la suplantación de sus empresas era el camino fácil y rápido y regio hacia la riqueza para aquellos que eran lo bastante listos, y era la base de toda acumulación grande y rápida."

"Así lo hemos leído," dijo el doctor; "pero el deseo de hacerse rico también estimulaba a los capitalistas a una actividad más o menos productiva que era la fuente de la pequeña riqueza que tú tenías. Esto se llamaba producción para obtener ganancias, pero la clase de economía política que tuvimos el otro día por la mañana nos mostró que la producción para obtener ganancias era un suicidio económico, tendente inevitablemente, al limitar el poder de consumo de una comunidad a una parte fraccionaria de su poder

productivo, a lisiar a su vez la producción, y de este modo mantener a la masa de la humanidad en perpetua pobreza. Y seguramente esto es suficiente para hablar de los incentivos que el mundo perdió, para hacer riqueza, al abandonar el capitalismo privado, primero la pobreza general, y segundo el sistema de la ganancia, que causó tanta pobreza. Indudablemente, podemos prescindir de esos incentivos.

"Bajo el moderno sistema, es naturalmente cierto que nadie imaginó jamás una cosa semejante a llegar a la miseria a no ser que deliberadamente se quisiese llegar, pero creemos que el miedo es en su conjunto el más débil y ciertamente el más cruel de los incentivos. No lo tendríamos de ningún modo aunque fuese meramente en pro de la ganancia. Incluso en vuestra época, vuestros capitalistas sabían que el mejor hombre no era el que estaba trabajando por su próxima comida, sino al que le iba tan bien que ninguna preocupación inmediata por su subsistencia afectaba su mente. La autoestima y el orgullo en los logros le hacía un trabajador mejor que el que estaba pensando en la paga diaria. Pero si esos motivos eran tan fuertes entonces, ¡piensa cuánto más poderosos son ahora! En tu época cuando dos hombres trabajaban codo con codo para un empleador, al uno no le preocupaba cuánto podía estafar u holgazanear el otro. No era su pérdida, sino la del empleador. Pero ahora que todos trabajamos para el fondo común, el que evade o chapucea su trabajo roba a todos sus semejantes. Hoy en día, más le vale a un hombre ahorcarse que ganarse la reputación de gandul.

"En cuanto al concepto de estos objetores, de que la igualdad económica cortarí­a el nervio del entusiasmo, al negar la recompensa individual por sus logros personales, era una interpretación completamente errónea de los efectos del sistema. La suposición de que no habría incentivos para impulsar a los individuos a destacar los unos sobre los otros en el trabajo meramente porque esos incentivos no tomaran una forma monetaria, era absurda. Cada uno es tan directamente y mucho más ciertamente beneficiario de sus

propios méritos como en tu época, sólo que la recompensa no es lo que llamabais 'dinero contante y sonante'. Como sabes, todo el sistema de rango y jefatura, social y oficial, junto con los honores especiales del estado, son determinados por el valor relativo de los servicios económicos y de otro tipo de los individuos a la comunidad. Comparado con la emulación despertada por este sistema de nobleza por mérito, los incentivos de esfuerzo ofrecidos bajo el viejo orden de cosas deben de haber sido insignificantes de hecho.

"De hecho, todo este asunto de incentivos llevado por tus contemporáneos parece haberse basado en la burda e infantil teoría de que el principal factor en la diligencia o la ejecución de cualquier clase es externo, mientras que es completamente interno. Una persona es congénitamente perezosa o activa. En el primer caso, ninguna oportunidad ni ningún incentivo puede hacerle trabajar más allá de un cierto mínimo o eficiencia, mientras que en el otro caso se buscará sus oportunidades y encontrará sus incentivos, y nada sino una fuerza superior puede evitar que lo haga en el mayor grado posible. Si la fuerza motivadora no está en el hombre para empezar, no puede suministrarse desde fuera, y no hay sustituto para ella. Si al resorte principal de un hombre no se le da cuerda cuando nace, nunca se le podrá dar cuerda después. Lo más que cualquier sistema industrial puede hacer para promover la diligencia es establecer unas condiciones tan absolutamente justas como prometan un seguro reconocimiento para todo mérito en su medida. La justicia, que vuestro sistema, totalmente injusto en todos los aspectos, fracasaba por completo en asegurar, es impartida por el nuestro absolutamente. En cuanto a los desafortunados que han nacido perezosos, nuestro sistema ciertamente no tiene poder milagroso para hacerlos energéticos, pero se cuida de que con absoluta certeza toda persona con capacidad corporal que recibe manutención económica de la nación preste al menos el mínimo de servicio. El más perezoso está seguro de pagar su coste. En

tu época, por otro lado, la sociedad mantenía en la ociosidad a millones de zánganos capacitados corporalmente, un peso muerto en la industria mundial. Desde la hora de la consumación de la gran Revolución, esta carga dejó de ser soportada."

"Doctor," dije, "Estoy seguro de que mis viejos amigos podían haberlo hecho mejor. Veamos otra de las objeciones."

Miedo de que la igualdad haría que todos fuesen parecidos

"Entonces, aquí hay una en la que parece que se pensó mucho. Argumentaban que el efecto de la igualdad económica sería hacer que todos se pareciesen, como si hubiesen sido cortados por el mismo patrón, y que consecuentemente la vida se volvería tan monótona que la gente se ahorcaría después de un mes. Esta objeción es perfectamente típica de una época en la cual todo y todos habían sido reducidos a una valoración monetaria. Habiendo sido propuesto igualar el suministro de dinero de cada uno, se supuso que a la vez, como algo natural, no quedarían puntos de diferencia entre los individuos, que mereciese la pena considerar. ¡Cuán perfectamente expresa esta conclusión la filosofía de vida que tenía una generación en la cual era costumbre catalogar a los hombres como si respectivamente 'valiesen' tantos miles, cientos de miles, o millones de dólares! Con bastante naturalidad, a esa gente le parecía que los seres humanos se harían casi indistinguibles si sus cuentas bancarias fuesen iguales.

"Pero seamos totalmente justos con tus contemporáneos. Posiblemente los que usaban este argumento en contra de la igualdad económica se hubieran sentido apenados de haberla hecho parecer la francamente sórdida proposición que parece ser. Parece, a juzgar por los extractos recopilados en este libro, que tenían una vaga pero sincera aprensión de que en algún modo totalmente indefinido la igualdad económica tendería realmente a hacer que la gente fuese monótonamente semejante, tediosamente similar, no meramente en cuanto a las cuentas bancarias, sino en cuanto a las cualidades en general, con el resultado de oscurecer las diferencias en sus cualidades naturales, la interacción de las

cuales le da todo el sabor a las relaciones sociales. Parece casi increíble que el obvio y necesario efecto de la igualdad económica pudiese ser entendido en un sentido tan absolutamente opuesto a la verdad. ¿Cómo pudieron tus contemporáneos mirar a su alrededor sin ver que siempre es la desigualdad la que provoca la supresión de la individualidad al premiar la imitación servil de los superiores, y, por otra parte, que siempre es entre iguales donde uno encuentra la independencia? Supongamos, Julian, que tuvieses un escuadrón de reclutas y quisieses averiguar de inmediato sus diferencias de estatura, ¿qué clase de terreno elegirías para alinearlos?"

"El más llano que pudiese encontrar, por supuesto."

"Evidentemente; y sin duda estos objetores habrían hecho lo mismo en un caso similar, y aun así fracasaban plenamente en ver que era esto lo que significaría la igualdad económica para la comunidad en general. La igualdad económica con las igualdades de educación y oportunidad implicadas en ella era el nivel del suelo llano, sobre el cual el nuevo orden proponía alinear a todos, para que pudiesen ser conocidos por lo que eran, y todas sus desigualdades naturales fuesen puestas totalmente en evidencia. La acusación de abolir y oscurecer las diferencias naturales entre las personas recae justamente no sobre el nuevo orden, sino sobre el viejo, el cual, mediante mil condiciones y oportunidades artificiales provenientes de la desigualdad económica, hacía imposible saber hasta qué punto las aparentes diferencias entre individuos eran naturales, y hasta qué punto eran el resultado de condiciones artificiales. A los que expresaban la objeción contra la igualdad económica como tendente a hacer a los hombres totalmente semejantes les gustaba llamarlo proceso nivelador. Así lo era, pero el proceso no igualaba a las personas, sino el terreno sobre el que estaban. Del momento de su introducción data la primera plena y clara revelación de las variedades naturales e inherentes de las dotes humanas. La igualdad económica, con todo lo que

implica, es la primera condición de cualquier sistema auténticamente antropométrico o medidor del hombre."

"Realmente," dije, "todas esas objeciones parecen ser del tipo boomerang, haciendo más daño a la parte que las usa que al enemigo."

"De hecho," replicó el doctor, "los revolucionarios se habrían quedado totalmente sin munición si sólo hubiesen usado la proporcionada por los argumentos de sus oponentes. Tomemos, por ejemplo, otro ejemplo, que podemos llamar la objeción estética a la igualdad económica, y podría considerarse un desarrollo de la que acabamos de considerar. Se afirmaba que el pintoresquismo y diversión del espectáculo humano sufriría sin el contraste de la situación entre los ricos y los pobres. La cuestión sugerida en primer lugar por esta declaración es: ¿A quiénes, a qué clase, tendrían estos contrastes a hacer la vida más divertida? Ciertamente no a los pobres, que constituían la masa de la humanidad. Para ellos, dichos contrastes debieron ser como para volverse loco. Así pues, este argumento de conservar la pobreza se urgía sólo en interés del mero puñado de ricos y afortunados. De hecho, este parece haber sido un argumento de las señoras finas. Kenloe lo pone en boca de los líderes de la sociedad bien educada. Con toda tranquilidad, como si hubiese sido una cuestión de decoración del salón, parece que argumentaban que el fondo negro de la miseria general era un empapelado deseable para resaltar la pompa de los ricos. Pero, después de todo, esta objeción no era más brutal que estúpida. Si aquí y allí pudiese encontrarse algún ser pervertido que saborease sus lujos de la manera más intensa precisamente al ver las necesidades de otros, aun así la regla general y universal es que la felicidad es estimulada al ver la felicidad de otros. De hecho, lejos de desear ver o incluso recordar la escualidez y la pobreza, los ricos parecen haber tratado de apartarse lo más posible de la vista o el oído de ellas, y deseado olvidarse de su existencia.

"Una gran parte de las objeciones a la igualdad económica recogidas en este libro parecen haber estado basadas en tales interpretaciones completamente equivocadas de lo que el plan implicaba, como para no tener ningún tipo de relevancia respecto a dicho plan. He pasado por alto algunas de estas. Una de ellas, por ejemplo, estaba basada en la suposición de que el nuevo orden social actuaría de algún modo para forzar, por ley, las relaciones de intimidad social de todos con todos, sin considerar los gustos o afinidades personales. Un buen número de sujetos mencionados en el libro de Kenloe se ponían frenéticos, protestando contra los intolerables efectos de semejante requerimiento. Por supuesto, estaban luchando contra enemigos imaginarios. No había nada bajo el viejo orden social que obligase a los hombres a asociarse meramente porque sus cuentas bancarias o ingresos fuesen iguales, y no había nada bajo el nuevo orden que les obligase a hacerlo. Aunque la universalidad de la cultura y el refinamiento amplía enormemente el círculo donde uno puede escoger asociaciones compatibles, no hay nada que evite que alguien pueda vivir una vida absolutamente asocial como podría haber deseado el más auténtico de los cínicos de los tiempos de la antigüedad.

Objeción de que la igualdad acabaría con el sistema competitivo

"La teoría de Kenloe," continuó el doctor, "de que a menos que él tomase nota y autentificase estas objeciones a la igualdad económica, la posteridad podría negarse a creer que habían sido propuestas jamás en serio, se ve especialmente justificada por la siguiente de la lista. Ésta argumenta en contra del nuevo orden porque aboliría el sistema competitivo y pondría fin a la lucha por la existencia. Conforme a estos objetores, esto destruiría una valiosa escuela de carácter y proceso de prueba para la eliminación de la inferioridad, y el desarrollo y supervivencia como líderes, de los mejores tipos de la humanidad. Ahora bien, si tus contemporáneos se hubiesen excusado por tolerar el sistema competitivo en base a que, malo y cruel como era, el mundo no estaba maduro para ningún otro sistema, la actitud habría sido entendible, si no racional; pero que la defendiesen como una institución deseable en sí misma, a cuenta de sus resultados morales, y que por consiguiente no se podía prescindir de ella incluso si se pudiese, parece difícil de creer. Porque, ¿qué era el sistema competitivo, sino un despiadado sistema de combate por los medios de subsistencia, que involucraba a todos, cuyo completo furor dependía del hecho de que no había suficiente para todos, y los perdedores debían perecer o comprar la mínima subsistencia haciéndose esclavos de los triunfadores? Entre una lucha como ésta por los medios necesarios para la vida y una lucha por la vida misma con espada y pistola, es imposible hacer ninguna distinción real. Sin embargo, demos a la objeción una justa audiencia.

"En primer lugar, admitamos que, no importa lo espantosos que fuesen los incidentes en la lucha por los medios de vida,

llamada competición, aun así, si fuese semejante escuela de carácter y proceso de prueba para el desarrollo de los mejores tipos de la especie como aducían estos objetores, habría algo que decir en favor de su conservación. Pero la primera condición de toda competición o prueba, cuyos resultados vayan a infundir respeto o poseer algún valor, es la justicia y equidad de la lucha. ¿Caracterizaba al sistema de tu época esta primera y esencial condición de cualquier lucha competitiva?"

"Al contrario," repliqué, "al empezar, la inmensa mayoría de los participantes estaban en desventaja sin esperanza, por ignorancia y falta de ventajas iniciales, y nunca tenían ni siquiera el fantasma de una oportunidad a partir de la palabra 'ya'. Las diferencias en ventajas económicas y respaldo, además, daban a algunos la mitad de la carrera al empezar, dejando a los otros a una distancia que únicamente podría ser superada mediante unas dotes extraordinarias. Finalmente, en la carrera por la riqueza, ninguno de los grandes premios estaba sujeto a competición en absoluto, sino que eran concedidos conforme al nacimiento, sin ninguna competición."

"En su conjunto, entonces, parecería," resumió el doctor, "que todas las competiciones absolutamente desiguales, injustas, fraudulentas, falsas, en deporte o en serio, a las que siempre se dedicaron, el llamado sistema competitivo, eran la más espantosa farsa. Era llamado sistema competitivo aparentemente por ninguna otra razón que porque no había ni una pizca de auténtica competición en él, nada salvo la brutal y cobarde carnicería de los desarmados y superados por los matones con armadura; porque, aunque hemos comparado la lucha competitiva con una carrera pedestre, no era un deporte tan inofensivo como ésta, sino una lucha a muerte por la vida y la libertad, que, atención, los competidores ni siquiera podían elegir arriesgarse a ella, sino que eran obligados a emprenderla, no importa qué posibilidades tuviesen en ella. Los antiguos romanos

disfrutaban del espectáculo de ver a hombres luchar por su vida, pero al menos se preocupaban de que sus gladiadores estuviesen tan a la par como fuese posible. Los más templados asistentes al Coliseo habrían abucheado una pelea en la cual los combatientes fuesen emparejados con tan rematada inobservancia de la ecuanimidad como lo eran aquellos que luchaban por sus vidas en la llamada lucha competitiva de vuestra época."

"Ni siquiera usted, doctor," dije, "aunque conoce tan bien estas cosas a través de los registros escritos, puede comprender lo terriblemente ciertas que son sus palabras."

"Muy bien. Ahora dime lo que habría sido necesario hacer por medio de la igualación de las condiciones de la lucha competitiva, para que pudiese llamarse, sin escarnio, una justa prueba de las cualidades de los contendientes."

"Habría sido necesario, al menos," dije, "igualar su equipamiento educativo, iguales ventajas, y respaldo económico o monetario."

"Precisamente; y eso es justo lo que la igualdad económica proponía que se hiciese. Tus extraordinarios contemporáneos objetaban la igualdad económica porque destruiría el sistema competitivo, cuando, de hecho, prometía al mundo el primer y único sistema competitivo auténtico que jamás tuvo."

"Esta objeción parece el boomerang más grande hasta el momento," dije.

"Es un boomerang con dos extremos," dijo el doctor, "y hasta el momento sólo hemos observado uno de ellos. Hemos visto que el llamado sistema competitivo bajo el capitalismo privado no era un sistema competitivo en absoluto, y nada salvo la igualdad económica podría hacer posible un auténtico sistema competitivo. Concedido, sin embargo, en pro del argumento, que el viejo sistema era honestamente competitivo, y que los premios iban al más capaz bajo los

requerimientos de la competición, quedaría la cuestión de si las cualidades que la competición tendía a desarrollar eran deseables. Una escuela que adiestrase en el arte de mentir, por ejemplo, o en el pillaje, o en la calumnia, o en el fraude, podría ser eficiente en su método y los premios podrían ser distribuidos con justicia a los más eficientes pupilos, y aun así apenas podría argumentarse que el mantenimiento de la escuela era en interés público. La objeción que estamos considerando asume que las cualidades alentadas y recompensadas bajo el sistema competitivo eran cualidades deseables, y hasta tal punto que era deseable que la política pública velara por su desarrollo. Ahora bien, si esto era así, podemos confiar en esperar encontrar que se admitiese que los ganadores de los premios en la lucha competitiva, los grandes amasadores de dinero de tu época, fuesen intelectual y moralmente los tipos más perfectos de la especie en aquel momento. ¿Qué había de esto?

"No sea sarcástico, doctor."

"No, no seré sarcástico, por muy fuerte que sea la tentación, pero hablaré de ello sin rodeos. ¿Qué pensaba el mundo, por regla general, de los grandes amasadores de fortuna de tu época? ¿Qué clase de tipos humanos representaban? En cuanto a cultura general, se tenía como axioma que una educación universitaria era una desventaja para tener éxito en los negocios, y así era naturalmente, porque cualquier conocimiento en humanidades habría desprovisto a los hombres, en esa medida, de todo su coraje a causa de las sórdidas y despiadadas condiciones de la lucha por la riqueza. Vemos que los que se llevaban el gran premio en la lucha competitiva eran generalmente hombres que presumían de que nunca habían tenido ninguna educación mental más allá de los rudimentos. Por regla general, los hijos y los nietos, que placentosamente heredaban su riqueza, se avergonzaban de su apariencia y modales por ser demasiado vulgares para ambientes refinados.

"Esto en cuanto a las cualidades intelectuales que distinguían

a los vencedores en la carrera por la riqueza bajo el mal llamado sistema competitivo; ¿y qué podemos decir de la moral? ¿Cuáles eran las cualidades y prácticas que el triunfador en la búsqueda de la gran riqueza debía sistemáticamente cultivar y seguir? Una costumbre crónica de calcular y sacar ventaja de las debilidades, necesidades, y equivocaciones de los demás, una despiadada insistencia en sacar el máximo de cada ventaja que uno pudiera sacar a otro, ya fuese por habilidad o por accidente, la constante costumbre de infravalorar y depreciar lo que uno compraba, y sobrevalorar lo que uno vendía; finalmente, un estudio vitalicio para regular cada pensamiento y acto teniendo como única referencia la estrella polar del interés propio en su noción más estrecha, hasta el punto de que la persona se vuelve de hecho incapaz de todo impulso generoso o que se haga sin pensar en uno mismo. Esa era la situación de la mente y el alma que la prosecución competitiva de la riqueza, en tu época, tendía a desarrollar, y que era naturalmente ejemplificada del modo más brillante en los casos de aquellos que se llevaban los grandes premios en la lucha.

"Pero, por supuesto, estos ganadores de los grandes premios eran unos pocos, y si la influencia desmoralizadora de la lucha se hubiese limitado a ellos, habría implicado la ruina moral de un pequeño número. Para comprender cuán amplia y mortal era la influencia depravadora de la lucha por la existencia, debemos recordar que no estaba confinada a su efecto sobre los caracteres de los pocos que tenían éxito, sino que desmoralizaba igualmente a los millones que fracasaban, no a cuenta de una virtud superior a la de los pocos ganadores, o a cualquier renuncia a adoptar sus métodos, sino meramente por la falta del requisito de habilidad o fortuna. Aunque ni uno entre diez mil pudiese tener éxito en gran medida en la prosecución de la riqueza, aun así las reglas de la competición debían seguirse al pie de la letra tanto para llevar una mínima existencia como para ganar una fortuna, al regatear por una bolsa de harapos

viejos como al comprar un ferrocarril. Así ocurría que la igual necesidad que todos tenían de buscar su propio sustento, no importa cuán humilde, mediante los métodos de la competición, impedía eficazmente tener la paz de una conciencia tranquila, tanto a las personas pobres como a las ricas, a los numerosos perdedores en el juego como a los escasos ganadores. Recuerda la familiar leyenda que representa al diablo negociando con las personas a cambio de sus almas, con la promesa del éxito terrenal como precio. El trato era justo según se decía en la vieja historia. El hombre siempre recibía el precio acordado. Pero el sistema competitivo era un diablo fraudulento, el cual, mientras solicitaba a todos que entregasen su alma, daba a cambio el éxito terrenal solamente a uno entre mil.

"Y ahora, Julian, veamos el contraste entre lo que significaba ganar, bajo el antiguo falso sistema competitivo y lo que significa bajo el nuevo y auténtico sistema competitivo, tanto para el ganador como para los demás. Los ganadores de entonces eran aquellos que habían tenido más éxito en conseguir la riqueza apartándola de los demás. Ni siquiera pretendían mirar por el bien de la comunidad o avanzar en interés de ésta, y si lo hacían, ese resultado había sido totalmente accidental. Más a menudo que menos, su riqueza consistía en las pérdidas de los demás. ¿Qué hay de asombroso en que sus riquezas se convirtiesen en un signo de ignominia y su victoria en su vergüenza? Los ganadores en la competición de hoy son aquellos que han hecho lo máximo para incrementar la riqueza y el bienestar general. Los perdedores, aquellos que han fracasado en ganar los premios, no son las víctimas de los ganadores, sino aquellos cuyo interés, junto con el interés general, ha sido servido para ellos mejor que lo que ellos mismos podrían haberlo servido. De hecho les va mejor porque una mayor habilidad que la suya se ha desarrollado en la carrera, viendo que esta habilidad ha redundando por completo en interés común. Los distintivos de honor y las recompensas de rango y oficio que son la evidencia tangible del éxito, ganados en la lucha

competitiva moderna, no son sino expresiones del amor y la gratitud de la gente hacia aquellos que han demostrado ser sus más devotos y eficientes servidores y benefactores."

"Me da la impresión," dije, "por lo que ha dicho hasta ahora, que si se hubiese contratado a alguien para redactar una lista de los aspectos peores y más débiles del capitalismo privado, no lo podría haber hecho mejor que seleccionando las características del sistema sobre el cual sus defensores parecen haber basado sus objeciones contra un cambio."

Objeción de que la igualdad desalentaría la independencia y la originalidad

"Esa es una impresión," dijo el doctor, "que verás confirmada cuando tratemos el siguiente argumento de nuestra lista contra la igualdad económica. Se afirmaba que tener un mantenimiento económico en términos sencillos y fáciles, garantizado para todos por la nación, tendería a desalentar la originalidad y la independencia de pensamiento y conducta de la gente, y dificultaría el desarrollo del carácter y la individualidad. Esta objeción podría considerarse como una ramificación de la anterior, la de que toda igualdad económica haría a todos similares, o podría considerarse un corolario del argumento con el que acabamos de terminar, sobre el valor de la competición como escuela de carácter. Pero parece haber sido planteada hasta tal punto por los que se oponían a la Revolución, que la he puesto por separado.

"La objeción, por los meros términos que se necesitan para establecerla, parece responderse a sí misma, porque supone decir que una persona estará en peligro de perder la independencia de sentimientos al ganar la independencia de posición. Si te preguntase qué situación económica se consideraba más favorable para la independencia moral e intelectual en tu época, y que animase con más probabilidad a un hombre a actuar de motu proprio sin miedo o favor, ¿qué dirías?"

"Diría, por supuesto, que la condición era una base para su subsistencia que fuese segura e independiente."

"Por supuesto. Ahora bien, lo que el nuevo orden prometía dar y garantizar a todos era precisamente esta absoluta independencia y seguridad de subsistencia. Y aun así se aducía que el ordenamiento sería censurable, porque tendía

a desalentar la independencia de carácter. A nosotros nos parece que si hay algún particular en el cual la influencia de la igualdad económica sobre la humanidad ha sido más beneficioso que otro, ha sido el efecto que la seguridad de la situación económica ha tenido para hacer a cada uno el absoluto dueño y señor de sí mismo y teniendo que responder solamente ante su propia conciencia por sus opiniones, por lo que habla, y por su conducta.

"Quizá es suficiente decir esto en respuesta a una objeción que, como he señalado, realmente se refuta a sí misma, pero la monumental audacia de los defensores del capitalismo privado al argumentar que cualquier otro posible sistema podría ser más desfavorable que el capitalismo para la dignidad e independencia humanas, me tienta a hacer un pequeño comentario, especialmente al ser este un aspecto del viejo orden sobre el cual no recuerdo haber hablado mucho. Tal como nos parece a nosotros, quizá la característica más ofensiva del capitalismo privado, si uno puede elegir entre tantas características ofensivas, era su efecto para hacer de los seres humanos unas criaturas cobardes, conformistas, abyectas, como consecuencia de la dependencia de casi todos, para su subsistencia, de algún individuo o grupo.

"Contemplemos el espectáculo que el viejo orden presentaba a este respecto. Tomemos el caso de las mujeres en primer lugar, la mitad de la humanidad. Al estar casi universalmente en una relación de dependencia económica, primero de los hombres en general y luego de algún hombre en particular, estaban durante toda su vida en un estado de sumisión tanto al personal dictado de algún hombre individual, como a un conjunto de convencionalismos irritantes y que embotaban la mente, que representaban los estándares tradicionales de opinión en cuanto a su conducta adecuada, fijados conforme al sentimiento masculino. Pero si las mujeres no tenían independencia en absoluto, a los hombres no les iba mucho mejor. De la masculina mitad del mundo, la gran parte eran

contratados que dependían, para su subsistencia, del favor de empleadores y que ponían su más directo interés en amoldar sus opiniones y conducta, tanto como fuese posible, conforme a los prejuicios de sus amos, y, cuando no podían amoldarse, callarse. Mira vuestras leyes de voto secreto. Las considerasteis absolutamente necesarias para hacer posible que los trabajadores votasen libremente. ¡Qué confesión de la intimidación universal del empleado por el empleador es este hecho! Luego estaban los hombres de negocios, que se tenían por encima de los trabajadores. Quiero decir los comerciantes, que se ganaban la vida presuadiendo a la gente de que les comprase a ellos. Pero aquí nuestra exploración de la independencia es incluso más desesperanzada que entre los trabajadores, porque, para tener éxito en atraer la clientela de aquellos a quienes vegonzosamente imponían sus patrones de estilo, era necesario para el comerciante ser el factotum de todos, y hacer un arte del servilismo.

"Miremos más arriba todavía. Podemos seguramente esperar encontrar independencia de pensamiento y habla entre las clases ilustradas, en las llamadas profesiones liberales, si no en otra parte. Veamos cómo le va a nuestra indagación ahí. Tomemos en primer lugar la profesión clerical—la de los ministros y enseñantes religiosos. Vemos que eran económicamente siervos y asalariados de jerarquías o congregaciones, y que estaban pagados para ser la voz de las opiniones de sus empleadores y de nadie más. Cada palabra que salía de su boca era cuidadosamente sopesada por miedo a que indicase una traza de pensamiento independiente, y si se encontrase, el clérigo arriesgaba su sustento. Tomemos las más altas ramas de la enseñanza seglar en las universidades y profesiones. Parece haber habido alguna libertad permitida al enseñar las lenguas muertas; pero trate el instructor algún asunto candente y trátelo en una manera inconsistente con el interés del capitalista, y sabrás bastante bien lo que fue del instructor. Finalmente, tomemos la profesión editorial, los escritores

para la prensa, quienes en conjunto representan la rama más influyente de la clase ilustrada. Los grandes periódicos del siglo diecinueve eran una empresa capitalista tan puramente comercial en sus principios como una fábrica de lana, y a los editores no se les permitía escribir sus propias opiniones más que a los tejedores elegir el patrón que tejían. Se les empleaba para abogar por las opiniones e intereses de los capitalistas, que eran dueños del periódico, y de nadie más. El único aspecto en el cual los periodistas parecen haber sido diferentes del clero era en el hecho de que los credos para predicar los cuales éstos eran contratados, eran más o menos tradiciones fijas, mientras que aquellos que los editores tenían que predicar cambiaban con el dueño del periódico. Este, Julian, es el auténticamente estimulante espectáculo de la originalidad abundante y sin restricciones, de robusta moral e independencia intelectual y fuerte individualidad, que tus contemporáneos temían que fuese puesta en peligro por cualquier cambio en el sistema económico. Podemos estar de acuerdo con ellos en que habría sido naturalmente una lástima si cualquier influencia hubiese traído como consecuencia hacer que la independencia fuese más rara de lo que era, pero no debían haber sido aprensivos; no podía serlo."

"A juzgar por estos ejemplos del tipo de oposición argumentativa con la que los revolucionarios tuvieron que encontrarse," dije, "me da la impresión de que lo tuvieron facilísimo."

"En cuanto a los argumentos racionales concierne," replicó el doctor, "ningún gran movimiento revolucionario tuvo jamás que lidiar con tan poca oposición. La causa de los capitalistas era tan absolutamente mala, sea desde el punto de vista de la ética, de la política, o de la ciencia económica, que no había literalmente nada que pudiera decirse a su favor que

no se volviese contra ella con un efecto mayor. El silencio era la única política segura para los capitalistas, y se hubieran alegrado mucho de seguirla si la gente no hubiese insistido en que debían hacer algún tipo de alegato ante los cargos formulados contra ellos. Pero porque la oposición argumentativa con la cual los revolucionarios tenían que lidiar fuese de baja calidad, esto no significa que su trabajo fuese fácil. Su auténtica tarea—y era una tarea de gigantes—no era terminar con los argumentos en contra de su causa, sino vencer la inercia moral e intelectual de las masas y despertarlas, para que pensasen un poco por sí mismas con claridad."

La corrupción política como objeción a la nacionalización de la industria

"La siguiente objeción—hay sólo dos o tres más que merezca la pena mencionar—está dirigida no tanto en contra de la igualdad económica en sí misma como contra la idoneidad de la maquinaria mediante la cual el nuevo sistema industrial iba a funcionar. La extensión del gobierno popular a la industria y al comercio implicaba desde luego la sustitución del anterior control irresponsable de los capitalistas privados, por la administración pública y política a gran escala. Ahora bien, no necesito decirte, que el Gobierno de los Estados Unidos—municipal, estatal, y nacional—en el último tercio del siglo diecinueve había llegado a ser muy corrupto. Se aducía que delegar cualquier función adicional a gobiernos tan corruptos era poco menos que una locura."

"¡Ah!" exclamé, "esa es quizá la objeción racional que hemos estado esperando. Estoy seguro de que es una objeción que habría pesado mucho en mi, porque la corrupción de nuestro sistema gubernamental se olía desde el cielo."

"No hay duda," dijo el doctor, "de que había mucha corrupción política y que era algo muy malo, pero debemos mirar un poco más en profundidad que estos objetores, para ver la auténtica relevancia de este hecho sobre la idoneidad de la industria nacionalizada."

"Un ejemplo de corrupción política era cuando el servidor público abusaba de la confianza depositada en él, mediante la utilización de la administración bajo su control con el propósito de obtener ganancias privadas en vez de únicamente por el interés público—es decir, gestionaba la confianza del público como si fuese su negocio privado e intentaba obtener una ganancia de ello. Se producía un gran

clamor, y muy apropiadamente, cuando se sospechaba de una conducta semejante; y por consiguiente los funcionarios corruptos actuaban con muchas dificultades, y estaban en constante peligro de ser detectados y castigados. Consecuentemente, incluso en el peor de los gobiernos de tu época, la masa de los asuntos era dirigida con honestidad, como se decía que se hacía, en interés público, siendo comparativamente pocas y ocasionales las transacciones afectadas por influencias corruptas.

"Por otro lado, ¿cuál era la teoría y práctica proseguida por los capitalistas en el funcionamiento de la maquinaria económica que estaba bajo su control? No actuaban en interés público ni tenían ninguna consideración hacia él. El objeto declarado de toda su política era usar la maquinaria de su posición para obtener las mayores ganancias personales posibles para sí mismos a costa de la comunidad. Es decir, el uso de este control de la maquinaria pública para su ganancia personal—que en el caso de un funcionario público era denunciada y castigada como delito, y en su mayor parte evitada mediante vigilancia pública—era la política declarada del capitalista. El orgullo del funcionario público era dejar su cargo siendo tan pobre como cuando lo asumió, pero el capitalista presumía de que había hecho una fortuna aprovechando las oportunidades de su posición. En el caso del capitalista, estas ganancias no se llamaban corruptas, como cuando eran hechas por los funcionarios públicos al despachar los asuntos públicos. Se llamaban ganancias, y se consideraban legítimas; pero el punto práctico a considerar en cuanto a los resultados de los dos sistemas era que estas ganancias costaban a la gente de la cual salían, tanto como si se hubiesen llamado saqueo político.

"Y aun así estos hombres sabios de la colección de Kenloe enseñaban a la gente, y alguien debió de escucharles, que debido a que en algunos casos los funcionarios públicos tenían éxito, a pesar de todas las precauciones, en usar la

administración pública para su propia ganancia, no sería seguro poner más intereses públicos bajo administración pública, sino que sería más seguro dejárselos a los capitalistas privados, que francamente proponían como su política habitual justo aquello por lo que los oficiales públicos eran castigados cuando les pillaban haciéndolo—a saber, sacar provecho de las oportunidades de su posición para enriquecerse a expensas del público. Era precisamente como si el propietario de una hacienda, viendo difícil asegurarse criados que fuesen perfectamente fieles, recibiera el consejo de protegerse poniendo sus asuntos en manos de ladrones profesionales."

"Quiere decir," dije, "que la corrupción política meramente significaba la aplicación ocasional a la administración pública, del principio de búsqueda de ganancias bajo el cual se realizan todos los negocios privados."

"Ciertamente. Un caso de corrupción en el cargo era simplemente un caso en el cual el funcionario público olvidaba su promesa y para la ocasión tomaba un punto de vista de negocio sobre las oportunidades de su posición—es decir, cuando el funcionario público caía en desgracia, sólo caía al nivel normal en el que todos los negocios privados eran declaradamente dirigidos. Es sencillamente asombroso, Julian, cuán completamente pasaban por alto tus contemporáneos este hecho obvio. Por supuesto, era altamente adecuado que fuesen críticos en extremo con la conducta de sus funcionarios públicos; pero es inexplicable que fracasasen en ver que las ganancias de los capitalistas privados salían de los bolsillos de la comunidad, de un modo tan cierto como los robos de los funcionarios deshonestos, y que incluso en los departamentos públicos más corruptos los robos representaban un porcentaje mucho más pequeño que lo que habrían representado si se hubiesen tomado como ganancias en el mismo asunto si éste hubiese sido realizado para el público por los capitalistas.

"Esto en cuanto alpreciado argumento de que, porque

algunos funcionarios a veces se aprovechan de la gente, sería más económico dejar los asuntos de ésta en manos de aquellos que sistemáticamente se aprovecharían de ella! Pero, por supuesto, aunque la gestión de los asuntos públicos, incluso si estuviese marcada con una cierta cantidad de corrupción, sería todavía más económica para la comunidad que dejándola bajo el sistema de la ganancia, aun así ninguna comunidad que se respete a sí misma desearía tolerar ninguna corrupción pública en absoluto, y no habría necesidad de que la tolerase, si tan sólo la gente ejerciese vigilancia. Ahora bien, ¿qué impulsa a la gente a ejercer vigilancia de la administración pública? La proximidad con la cual seguimos la pista a un agente depende de la importancia de los intereses puestos en sus manos. La corrupción siempre ha medrado en los departamentos políticos en los cuales la masa de la gente se ha interesado poco, directamente. Pon bajo administración pública intereses vitales de la comunidad tocantes a su bienestar diario en muchos aspectos, y ya no habrá falta de vigilancia. Si hubiese sido más sabia, la gente que objetaba que el gobierno asumiera nuevas funciones económicas a cuenta de la corrupción política que había, habría apoyado precisamente esa política como la cura específica para el mal.

"Una razón por la cual estos objetores parecen haber sido especialmente miopes es el hecho de que, en todo caso, la forma más grave que la corrupción política tomaba en América en esa época era el soborno de legisladores por capitalistas y corporaciones privados, para obtener franquicias y privilegios. En comparación con este abuso, la malversación o el soborno de tipo burdamente directo estaban poco extendidos o eran de poca importancia. Ahora bien, el efecto inmediato y expreso de que el gobierno asumiese los asuntos económicos sería, como fue, secar esta fuente de corrupción, porque fue precisamente esta clase de cometidos capitalistas lo que los revolucionarios propusieron poner bajo control público en primer lugar.

"Por supuesto, esta objeción estaba dirigida sólo contra el nuevo orden durante el proceso de su introducción. Con su completo establecimiento, la mera posibilidad de corrupción desaparecería con la ley de la absoluta uniformidad de todos los ingresos.

"Peor y peor," exclamé. "¿De qué sirve continuar?"

"Paciencia," dijo el doctor. "Completemos el asunto mientras estamos sobre él. Sólo hay un par de objeciones más que tienen suficiente envidia para admitir ser enunciadas."

Objeción de que un sistema industrial nacionalizado amenazaría la libertad

"La primera de ellas," prosiguió el doctor, "era el argumento de que una extensión semejante de las funciones de la administración pública, como implicaba la nacionalización de las industrias, pondría un poder en manos del Gobierno, incluso si fuese el gobierno de la propia gente, que sería peligroso para las libertades de ésta.

"Toda la plausibilidad que tenía esta objeción descansaba en la suposición tácita de que la gente en sus relaciones industriales había sido, bajo el capitalismo privado, libre y no había tenido trabas y no había estado sujeta a ninguna forma de autoridad. Pero ¿qué suposición podía haber tenido menos en cuenta los hechos, que esta? Bajo el capitalismo privado, la completa estructura de la industria y el comercio, que implicaba el empleo y la subsistencia de todos, estaba sujeta al gobierno despótico e irresponsable de los amos privados. La mera demanda de nacionalización industrial resultaba enteramente del sufrimiento de la gente bajo el yugo de los capitalistas.

"En 1776, los americanos derrocaron el gobierno real británico en las colonias y establecieron el suyo propio en su lugar. Supongamos que en aquel momento el rey hubiese enviado una embajada para avisar al pueblo americano de que asumiendo esas nuevas funciones de gobierno que anteriormente habían sido llevadas a cabo para ellos por él, pondrían en peligro su libertad. Por supuesto, se habrían reído de semejante embajada. Si se hubiese pensado que era necesaria alguna respuesta, habrían puntualizado que los americanos no estaban estableciendo sobre sí ningún nuevo gobierno, sino que estaban estableciendo un gobierno suyo,

actuando en sus propios intereses, porque el gobierno de otros resultaba en un interés indiferente u hostil. Ahora bien, eso era precisamente lo que la nacionalización de la industria significaba. La cuestión era, dada la necesidad de algún tipo de regulación y dirección del sistema industrial, si ¿tendería más a la libertad para el pueblo dejar ese poder a personas irresponsables con intereses hostiles, o ejercerlo él mismo a través de agentes responsables? ¿Puede haber concebiblemente sino una respuesta a esta pregunta?

"Y aun así parece que un notable filósofo de la época, en un pasaje que ha llegado hasta nosotros, se propuso demostrar que si el pueblo perfeccionaba el sistema democrático asumiendo el control de la industria y el interés público, caería inmediatamente en un estado de esclavitud que le haría suspirar por los días de Nerón y Calígula. Me gustaría que tuviésemos ese filósofo aquí, para que pudiésemos preguntarle ahora cómo, conforme a toda ley observada de la naturaleza humana, iba a llegar la esclavitud como resultado de un sistema cuyo objetivo era establecer y perpetuar un grado más perfecto de igualdad, intelectual y material, que el que jamás se hubiese conocido. ¿Imaginaba que el pueblo se impondría deliberada y maliciosamente un yugo sobre sí mismo, o temía que algún usurpador se haría con el control de la maquinaria social y la usaría para reducir al pueblo a la servidumbre? Pero ¿qué usurpador desde el principio de los tiempos intentó jamás una tarea tan falta de esperanza como la subversión de un estado en el cual no había clases o intereses que contraponer, un estado en el cual no había aristocracia ni populacho, un estado cuya estabilidad representaba el igual y total soporte durante la vida de todo ser humano que habitaba en él? Ciertamente, parecería que la gente que concibiese la subversión de semejante república, posiblemente no debería haber perdido tiempo y debería encadenar las pirámides, por miedo a que ellas, también, desafiando las leyes habituales de la Naturaleza, se diesen la vuelta incontinentemente para sustentarse sobre su vértice.

"Pero dejemos que los muertos entierren a sus muertos, y consideremos cómo la nacionalización de la industria afectó de hecho la relación del gobierno con el pueblo. Si la cantidad de maquinaria gubernamental—esto es, la cantidad de regulación, control, asignación, y dirección bajo gestión pública de la industria—hubiese continuado siendo justo la misma que era bajo la administración privada de los capitalistas, el hecho de que ahora era el gobierno del pueblo, gestionando todo en interés del pueblo bajo responsabilidad del pueblo, en vez de una tiranía irresponsable que buscaba su propio interés, habría marcado una diferencia absoluta en el completo carácter y efecto del sistema y la habría hecho inmensamente más tolerable. Pero la nacionalización de la industria no dio meramente un carácter y propósito completamente nuevos a la administración económica, sino que también disminuyó enormemente la cantidad neta de gobierno necesaria para llevarlo a cabo. Esto resultó, de modo natural, de la unidad del sistema, con la consiguiente coordinación y funcionamiento conjunto de todas las partes, que tomó el lugar de la antigua gestión con mil cabezas que seguía otras tantas líneas de intereses diferentes y en conflicto, cada una siendo una ley para sí misma. Para los trabajadores, la diferencia fue como si hubiesen pasado de estar bajo la dominación personal de innumerables déspotas insignificantes, a un gobierno de leyes y principios tan sencillo y sistemático, que el sentido de estar sometido a una autoridad personal se había ido.

"Pero para comprender completamente cuán fuertemente este argumento de demasiado gobierno, dirigido contra el sistema de industria nacionalizada, compartía la cualidad de boomerang de las objeciones previas, debemos mirar los efectos últimos que la justicia social del nuevo orden tendría, que deberían naturalmente hacer superflua casi toda la maquinaria del gobierno como se llevaba previamente. El principal, a menudo casi el único, asunto de los gobiernos en

tu época era la protección de la propiedad y las personas contra los delincuentes, un sistema que implicaba una inmensa cantidad de interferencia con los inocentes. Esta función del estado ha llegado a ser casi obsoleta ahora. Ya no hay disputas sobre propiedad, ni ladrones de propiedades, ni ninguna necesidad de proteger la propiedad. Cada uno tiene lo que necesita y tanto como cualquier otro. En épocas anteriores, un gran número de delitos resultaban de las pasiones de amor y celos. Eran consecuencias de la idea derivada de un barbarismo inmemorial, de que el hombre y la mujer podrían adquirir la propiedad sexual el uno del otro, y mantenerla y afirmarla contra la voluntad de la persona. Tales delitos dejaron de conocerse después de que la primera generación hubiese crecido bajo la absoluta autonomía e independencia sexual que vino después de la igualdad económica. No habiendo clases inferiores ahora que las clases superiores se sientan en el deber de educar del modo que deberían ser, a pesar de ellos mismos, todos los intentos de cualquier tipo para regular el comportamiento personal en asuntos que conciernen solamente al individuo, mediante legislación superflua, han cesado hace tiempo. Siempre necesitaremos un gobierno en el sentido de un directorio coordinado de nuestras industrias asociadas, pero ese es prácticamente todo el gobierno que tenemos ahora. Era un sueño de los filósofos, el que el mundo alguna vez disfrutaría de semejante reino de la razón y la justicia, de modo que los hombres serían capaces de vivir juntos sin leyes. Esa situación, en lo que a las regulaciones punitivas y coercitivas concierne, la hemos alcanzado prácticamente. En cuanto a las leyes obligatorias, puede decirse que vivimos casi en un estado de anarquía.

"No hay, como te expliqué en la Bolsa de Trabajo el otro día, ninguna obligación, al final, incluso en cuanto a la realización del deber universal de servicio público. Sólo insistimos en que

aquellos que finalmente se nieguen a hacer su parte para mantener el bienestar social no serán partícipes de él, sino que tendrán que apañárselas por sí mismos y abastecerse por sí mismos.

La objeción malthusiana

"Y ahora llegamos a la última objeción que hay en mi lista. Es totalmente diferente, en su carácter, de cualquiera de las otras. No niega que la igualdad económica sería practicable o deseable, ni afirma que la maquinaria trabajaría mal. Admite que el sistema demostraría ser un éxito triunfante en la elevación del bienestar humano hasta un punto sin precedentes y en hacer del mundo un lugar incomparablemente más agradable para vivir en él. De hecho, era el concedido éxito del plan lo que constituía la base de la objeción."

"Esa debe ser una curiosa clase de objeción," dije. "Oigamosla."

"Los objetores lo formulaban de este modo: 'Supongamos,' decían, 'que la pobreza y todas las perniciosas influencias sobre la vida y la salud que acarrea fuesen abolidas y todos viviesen una vida tan larga como su propia naturaleza les permitiese. Teniendo cada uno asegurada la manutención para sí y sus hijos, ningún motivo de prudencia resultaría operativo para restringir el número de hijos. Si las demás circunstancias fuesen iguales, esto significaría un incremento mucho más rápido de la población que el que jamás se haya conocido, y al final significaría una superpoblación de la tierra y una presión sobre el abastecimiento de comida, a no ser que naturalmente supongamos que se encontrasen nuevas e infinitas fuentes de comida'"

"No veo por qué no podría ser razonable prever semejante resultado," dije, "si las demás circunstancias fuesen iguales."

"Si las demás circunstancias fuesen iguales," replicó el doctor, "semejante resultado podría preverse. Pero las

demás circunstancias no serían iguales, sino tan diferentes que podría dependerse de su influencia para evitar dicho resultado."

"¿Cuáles son las otras circunstancias que no serían iguales?"

"Bueno, la primera sería la difusión de la educación, la cultura, y el refinamiento general. Dime, ¿las familias de los adinerados y de la clase culta en la América de tu época eran grandes generalmente?"

"Muy al contrario. Por regla general, no hacían más que reemplazarse a sí mismas."

"Aun así, ningún motivo de prudencia les impedía incrementar su número. A este respecto, ocupaban una posición tan independiente como la que las familias ocupan bajo el presente orden de igualdad económica y manutención garantizada. ¿Nunca se te ocurrió por qué las familias de los adinerados y cultos de tu época no eran mayores?"

"Sin duda," dije, "era a cuenta del hecho de que en la medida en que la cultura y el refinamiento abrían campos de interés intelectual y estético, los impulsos de la cruda animalidad jugaban un papel menos importante en la vida. Entonces, también, en la medida en que las familias se refinaban, las mujeres dejaban de ser meras esclavas sexuales del marido, y los deseos de ellas en lo que respecta a tales asuntos eran tenidos en consideración."

"Exactamente. La reflexión que has sugerido, basta para hacer ver la falacia de toda la teoría Malthusiana del incremento de población sobre la cual se funda esta objeción a unas mejores condiciones sociales. Malthus, como sabes, sostenía que la población tendía a incrementarse más deprisa que los medios de subsistencia, y, por consiguiente, que la pobreza y la tremenda destrucción de vida que ésta significaba, eran absolutamente necesarias para evitar que el mundo se muriese de hambre por superpoblación. Por

supuesto, esta doctrina era enormemente popular entre los ricos y las clases ilustradas, que eran responsables de la miseria del mundo. Ellos naturalmente se deleitaban cuando les aseguraban que su indiferencia hacia las penas de los pobres, e incluso su directa influencia en la multiplicación de esas penas, eran providencialmente obviadas para bien, de manera que eran realmente más dignas de alabanza que otra cosa. La doctrina de Malthus también era muy conveniente como un medio de ajustarles las cuentas a los reformadores que proponían abolir la pobreza, al demostrar que, en vez de beneficiar a la humanidad, sus reformas sólo harían que las cosas fuesen peor a la larga por la superpoblación de la tierra y la muerte por hambre de todo el mundo. Por medio de la teoría de Malthus, el hombre más mezquino que jamás hubiese atormentado el rostro de los pobres no tenía dificultad en mostrar que era realmente un benefactor de la humanidad ligeramente disfrazado, mientras que el filántropo era un tipo dañino.

"Esta prodigiosa conveniencia del Malthusianismo como excusa para que las cosas fuesen como eran, proporciona la explicación para la de otro modo incomprensible moda de tan absurda teoría. Lo absurdo consiste en el hecho de que, mientras pone su acento sobre los efectos directos de la pobreza y todos los males que conlleva para destruir la vida, fracasaba absolutamente en tener en cuenta la mucha mayor influencia que las circunstancias embrutecedoras de la pobreza ejercían para promover la imprudente multiplicación de la especie. La pobreza, con todas sus mortíferas consecuencias, mataba a sus millones, pero solamente después de haber promovido, por medio de sus brutales condiciones, la reproducción imprudente de decenas de millones—es decir, la doctrina de Malthus reconocía solamente los efectos secundarios de la miseria y la degradación que reducían la población, y pasaba totalmente por alto su mucho más importante efecto primario, que la multiplicaba. Esa era su fatal falacia.

"Era una falacia de lo más inexcusable porque Malthus y todos sus seguidores estaban rodeados por una sociedad cuyas condiciones refutaban absolutamente su teoría. Solamente tenían que abrir los ojos y ver que dondequiera que la pobreza y la escualidez abundaban principalmente, lo cual pregonaban que eran los valiosos impedimentos para la población, la humanidad se multiplicaba como conejos, mientras en la medida en que el nivel económico de una clase se elevaba, era menos prolífica. ¿Qué corolario podría ser más obvio a partir de este hecho de universal observación, que que el modo de evitar la imprudente superpoblación era elevar, no deprimir, el estatus económico de la masa, con toda la general mejora en el bienestar que eso implicaba? ¿Cuánto tiempo supones que una absurda falacia fundamental como la que subyace a la teoría de Malthus habría permanecido oculta si Malthus hubiese sido un revolucionario en vez de un adalid y defensor del capitalismo?"

"Pero olvidemos a Malthus. Aunque la baja tasa de nacimiento entre las clases cultas—cuya condición era el prototipo de la situación general bajo la igualdad económica—era suficiente refutación de la objeción de la superpoblación, aun así hay otra respuesta y mucho más conclusiva, cuya plena fuerza no ha sido resaltada todavía. Dijiste hace un momento que una razón por la cual la tasa de nacimiento era tan moderada entre las clases ilustradas era el hecho de que en esas clases los deseos de las mujeres se tenían más en consideración que en las clases más bajas. El efecto necesario de la igualdad económica entre los sexos significaría, sin embargo, que, en vez de ser más o menos tenidos en consideración, los deseos de las mujeres en todo lo tocante al asunto que estamos discutiendo serían definitivos y absolutos. Antes del establecimiento de la igualdad económica por la gran Revolución, el sexo que no da a luz era el sexo que determinaba la cuestión de dar a luz, y la natural consecuencia era la posibilidad de un Malthus y su doctrina. La Naturaleza ha proporcionado con el dolor y los inconvenientes de la función maternal un impedimento suficiente contra el abuso de ésta, justo como lo tiene en lo

que respecta a todas las demás funciones naturales. Pero, para que el impedimento de la Naturaleza funcione adecuadamente, es necesario que las mujeres, a través de cuya voluntad debe funcionar, si acaso, sean agentes absolutamente libres para disponer de sí mismas, y la condición necesaria para ser tales agentes libres es la independencia económica. Asegurada ésta, aunque podemos estar seguros de que el instinto maternal siempre evitará que la humanidad se extinga, el mundo estará igualmente en escaso peligro de ser imprudentemente superpoblado."

Edward Bellamy



Edward Bellamy (26 de marzo de 1850 – 22 de mayo de 1898) fue un autor estadounidense y socialista, famoso por su novela utópica, *Looking Backward*, ambientada en el año 2000.

Edward Bellamy nació en Chicopee Falls, Massachusetts. Su padre era Rufus King Bellamy (1816-1886), un ministro baptista y descendiente de Joseph Bellamy. Su madre era

Maria Louisa (Putnam) Bellamy, Calvinista. El padre de esta, Benjamin Putnam, también había sido ministro Baptista, pero tuvo que retirarse del ministerio en Salem (Massachusetts), tras las objeciones hechas contra él por ser francmasón. Edward Bellamy tenía dos hermanos mayores, Frederick y Charles. Asistió al Union College de Schenectady, Nueva York, pero no se graduó. Mientras estuvo allí, se unió al Theta Chi Chapter de la Fraternidad Delta Kappa Epsilon. Estudió leyes, pero abandonó la práctica y trabajó brevemente en prensa en Nueva York, escribiendo editoriales para el New York Post y en Springfield (Massachusetts), donde fue editor asociado del Springfield Union. Por motivos de salud abandonó el periodismo, dedicándose a la literatura, escribiendo tanto relatos breves como novelas.